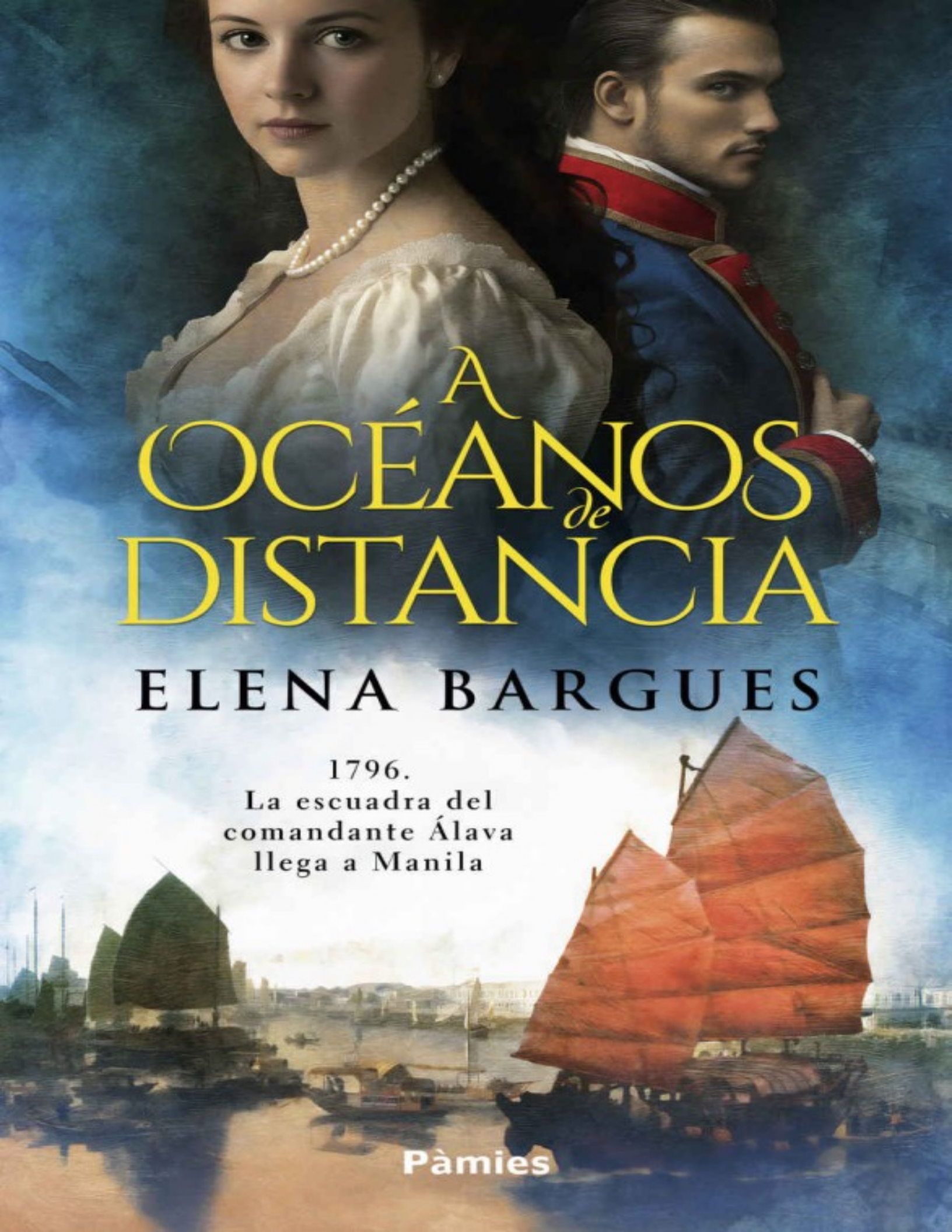

A
OCÉANOS
de
DISTANCIA
ELENA BARGUES
1796.
La escuadra del
comandante Álava
llega a Manila
Pàmies

ELENA BARGUES

A OCÉANOS de DISTANCIA



Pàmies

Primera edición: junio de 2025

Copyright © 2025 de Elena Bargues Capa

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-84-4
BIC: FV

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Adaptación libre de la obra *Vista de las fábricas de Cantón,* de William Daniell (hacia 1810)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

I. El viaje. 1796
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
II. Año de reparaciones. 1797
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
III. Operaciones de guerra. 1798
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
IV. Crucero por los mares del Sur. 1799
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
V. La furia de las islas. 1800
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
VI. El tornaviaje. 1801
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

VII. A océanos de distancia. 1802
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
VIII. Cádiz. 1803
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Nota de la autora
Glosario
Agradecimientos
Contenido especial

A Alfonso García Aranzábal, que me ha acompañado con su amistad y me ha ofrecido su conocimiento sobre el Montañés.

I

El viaje

1796

1

Islas Malvinas, febrero de 1796

Desde el pasamanos del alcázar, Melchor vigilaba las labores que se realizaban en el combés para acomodar en la bodega los toneles que llegaban en la lancha. Había salido hacia puerto Egmont la última expedición a la fuente de agua.

A pesar de los años que llevaba embarcado, era la primera vez que cruzaba el Atlántico. El Mediterráneo había sido su escuela y su vida: un mar rodeado de tierras y de gente, un mar en el que tropezarse con barcos de mercaderes y de pescadores era frecuente. Por el contrario, el Atlántico le estaba pareciendo inmenso e inhóspito.

Desde lo alto del alcázar observó la isla yerma, barrida por los inclementes vientos, que bien podía semejar la metáfora de su vida. Alejado de la familia desde la temprana edad de trece años y arrojado a la vida militar, ignoraba el valor del calor de un hogar, aunque suspiraba por él, como todo marino, pues el mar era celoso y las ausencias tan largas que impedían a los oficiales formar una familia a temprana edad, y algunos no lo conseguían nunca. Era el tercer hijo de un marqués, un marquesado pobre, pero que había podido sufragarle los gastos de la Real Academia de Guardias Marinas. A partir de ahí, sólo había contado con su inteligencia, una hoja de servicios impecable y facilidad de hacer amistades. Los hermanos de armas eran su familia, donde primaba la lealtad y el compañerismo, aunque no siempre: también los había con malas pulgas que buscaban contienda, como si no tuvieran suficiente con la que soportaban en los combates contra los enemigos.

Se hallaban a mitad de camino de su destino: el puerto del Callao. Aprovechando la marea de la mañana, habían partido del puerto de Cádiz el domingo, 22 de noviembre de 1795, con las instrucciones de proteger la costa de Chile. En algo más de dos meses, habían

fondeado en las islas Malvinas para realizar algunas reparaciones, llenar los toneles de agua limpia e higienizar las cubiertas con vinagre y lampazos después de semanas de convivencia.

Entrecerró los ojos para protegerlos de la fría brisa y se le formaron un sinfín de finas arrugas. Quien no lo conociera pensaría que la causa de las estrías era la intemperie, pero nada más alejado de la realidad. Desde niño, su mirada celeste había sido risueña y acuosa, reflejo de un alma optimista. No era un hombre amargado por su suerte de segundón, sino un hombre empecinado en cambiar esa suerte a su favor con un carácter forjado en la seguridad de los pasos que daba para que la mudanza se produjera. Las mujeres caían rendidas ante esa mirada amable y amante, envolvente como una caricia, sin percatarse de que resultaba engañosa, escondía otra mirada más ambiciosa, propia de quien desea progresar, que no las incluía a ellas, al menos, hasta que no lograra su ambición. Había estudiado matemáticas, astronomía, geodesia, cartografía y varias ciencias más, luego se había perfeccionado como artillero y amplió los estudios de trigonometría, física y química. Sin embargo, en ese viaje al Pacífico, se enfrentaba a un campo inexplorado y muy amplio: el comercio. Le habían asegurado que, a poco listo que fuera, podía regresar con una buena base para iniciar su fortuna. Había indagado entre los compañeros y le habían facilitado un nombre para conseguir ese fin.

Vio que uno de los pajes, que rondaba la boca de la bodega, se acercaba a la escalerilla y pedía permiso al soldado de guardia para ascender.

—Señor —requirió su atención el diablillo de siete años, bien erguido en su presencia—, el intendente le reclama en la bodega.

Melchor, como oficial de guardia en el puesto de mando, miró a su alrededor y sólo divisó al señor Mier, el primer piloto, que se hallaba en la toldilla a punto de empezar su clase por la hora que era. Todo tranquilo. Abandonó su puesto y siguió al paje hasta la escotilla grande, en medio del combés, y se asomó.

—¡Mire qué desastre, señor Crespo! —exclamó, quejoso, el intendente que llevaba la cuenta del almacén—. ¡Es un sabotaje! Y el despensero ha desaparecido.

Melchor contempló el dedo de agua en la bodega a causa de la rotura de uno de los toneles que estaban rellenando los encargados de la aguada.

—¿Por qué dice que es un sabotaje? —se interesó Melchor.

—Por el corte. Es limpio, no astillado. Con un hacha —explicó el intendente.

—Señor Ramírez —se dirigió al contramaestre—. Solucione el asunto y ponga dos hombres a ayudar hasta que termine la aguada.

Melchor se retiró escamado. La acusación del intendente era grave. El agua era vital y cualquier marinero o soldado era consciente de su importancia.

—¡Señor Crespo! ¡Es el piloto Mier!

Alzó la cabeza hacia la toldilla, desde donde lo reclamaba el guardiamarina Montiel, visiblemente alarmado. Subió ligero. Los pilotos menores y los guardiamarinas lo aguardaban a la puerta del camarín del primer piloto. Se asomó y halló al señor Mier tendido en el suelo e inconsciente.

—Andújar, avise al comandante —ordenó a uno de los guardiamarinas. El asunto no sólo era grave, sino también incomprensible. Y justo en su guardia, unas guardias que transcurrían sin sobresaltos desde que habían fondeado en la bahía de isla Soledad.

Se arrodilló y buscó el pulso del piloto, que, afortunadamente, seguía latiendo. El comandante Valcárcel no se demoró, se agachó preocupado y agitó al hombre desmayado.

—¡Señor Mier! ¡Espabile! Ya recobra el conocimiento. —La voz grave de Fernando María Valcárcel se abría paso entre las brumas de la mente del piloto—. ¡Cuánto tarda el señor Aramburu! —Mostró su impaciencia el comandante.

—Ya viene por el alcázar, señor —informó el guardiamarina Montiel.

—Despejen el lugar —ordenó Valcárcel.

Mier abrió los ojos e intentó incorporarse en el momento en que el médico del Montañés entraba en la cabina.

—¡No se mueva! —ordenó el señor Aramburu, y dejó el maletín sobre el suelo al tiempo que se arrodillaba junto a él.

El médico realizó una rápida inspección de la cabeza y le examinó

los ojos. Lo ayudó a incorporarse con cuidado y le indicó que apoyara la frente sobre las rodillas, por si acaso se mareaba mientras lo lavaba y le curaba la herida. Melchor ignoraba cuánto tiempo Mier había permanecido sin sentido, lo que tardó en bajar y regresar del combés. Observó el desorden de la cabina. En la puerta se asomaban los alumnos a la espera del derrotero que tomarían los acontecimientos.

—¿Ha visto quién lo ha atacado, señor Mier? —preguntó el comandante Valcárcel, cuya corpulencia llenaba el espacio y dificultaba la labor del cirujano.

—No, señor. Me hallaba inclinado ante el baúl —explicó el hombre entre muecas de dolor, pues Aramburu, tras limpiarle la sangre, había pasado a vendarle la cabeza.

—En cuanto sea posible, investigue qué falta —ordenó Valcárcel, y, pensativo, añadió—: Por el desorden, es obvio que el atacante buscaba algo. La cuestión es si lo ha encontrado. Señor Crespo preséntese en mi camarote con la lista de los hombres que permanecen en el barco y cerciórese de si falta o ha faltado alguien en algún momento. Quiero esto solucionado antes de que embarque el resto de la tripulación.

Por suerte, la mayor parte de la infantería de marina se hallaba en tierra, además de los encargados de realizar la última aguada, bajo el mando del teniente Anievas.

Aramburu terminó el vendaje, recogió sus ungüentos y recomendó a Mier que se tomara el resto del día con tranquilidad y que, si se mareaba o le acometían las náuseas, lo buscara. Se despidió de los presentes y volvió a la profundidad de la nave, donde se hallaba la enfermería.

Los compañeros de Mier, los pilotos Calderón y Terán, ayudaron a aquel a poner orden mientras los guardiamarinas se retiraban a disfrutar de la hora libre. Melchor tomó la hoja de los permisos y recorrió la nave junto con el contramaestre Ramírez. Preguntaron por los hombres a los oficiales de cada palo. Faltaban dos: Simón, el despensero, y un marinero, Tadeo.

El chirrido de los cabrestantes a pleno rendimiento le indicó a Melchor que el teniente Anievas había retornado con la aguada y los

infantes. Con la ayuda del guindaste, los hombres trasladaban los toneles de agua desde las barcazas hasta depositarlos en la bodega a través de las escotillas. Se encaminó al camarote del comandante y un paje lo anunció. Llevaban unos minutos conversando cuando se presentó el primer piloto.

—¿Y bien, señor Mier? —indagó Valcárcel, prestándole atención.

—Echamos en falta el cuaderno de señales, señor.

—¿Para qué diantres dos marineros necesitan ese cuaderno en este erial?

—Contiene información confidencial, mi comandante —recordó el piloto.

—No resto importancia al robo, señor Mier. Lo comprendería si hubiera tenido lugar en un puerto importante, pero ¿en una isla despoblada? Eso es lo que me desconcierta.

—Entiendo que han sido dos las personas.

—¡Ah, sí! El despensero y un marinero son los que faltan por ahora, si no ha habido algún equívoco. En cuanto embarquen los que han bajado a tierra, obtendremos la confirmación, organizaré la búsqueda de los ladrones y daré parte de la incidencia al jefe de escuadra, al señor Álava. Creemos que los dos hombres accedieron a la toldilla por las jarcias, pues los dos soldados que custodiaban la escalerilla al alcázar no han visto nada extraño ni han permitido el paso a nadie desautorizado. Y el asunto del sabotaje en la bodega ha sido una distracción para el oficial de guardia, de lo que no le considero responsable, señor Crespo, dada la circunstancia de hallarnos fuera de peligro. Bien, caballeros, por el momento nada más se puede hacer. Retomen sus obligaciones.

Melchor cedió el paso al piloto herido y salieron al alcázar, donde imperaba un desbarajuste bien organizado. Sin mediar palabra entre ellos, se dirigieron a la aleta de estribor para observar el puerto fantasmagórico de Egmont.

Había sido habitado por españoles, franceses e ingleses, pero lo habían abandonado ante la imposibilidad de mantener una colonia establecida a la que había que suministrar alimento todo el año. Isla Soledad. Sólo quedaban los alojamientos medio derruidos que servían de refugio a animales asilvestrados y a balleneros y

cazadores de focas, los únicos que se arriesgaban en aguas tan australes. Los barcos que se aventuraban a dar la vuelta al cabo de Hornos y se detenían para abastecerse de agua eran escasos y, preferentemente, españoles, que estaban obligados a mantener el servicio entre los virreinatos americanos.

Melchor dedujo que la acción de esos dos locos resultaba incomprensible. Se arriesgaban a morir de hambre en ese paraje agreste por un cuaderno de señales con datos sobre los puertos de los virreinatos. El comandante Valcárcel tenía razón: había mejores oportunidades en tierra firme, en cuanto llegaran a Talcahuano, Valparaíso o Callao.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al primer piloto.

Era un hombre muy joven para el puesto que desempeñaba. Entre los oficiales se comentaba que tenía una mente privilegiada. Era de estatura media, moreno, de rostro anguloso y piel curtida. Provenía de una familia acomodada de comerciantes transoceánicos, y ese era el hombre que había despertado el interés de Melchor, a quien el incidente le iba a facilitar una amistad que podría resultar muy beneficiosa.

—Estaré mejor en cuanto el dolor de cabeza me dé un poco de tregua. Ya salen los expedicionarios. ¿Qué opina sobre el robo, señor Crespo?

Los hombres habían terminado de asentar la tonelería y la marinería seleccionada descendía a ocupar sus puestos a los remos de las chalupas que los acercarían al puerto. La escuadra de Álava llenaba la abrigada bahía. Estaba compuesta por tres navíos de línea: Europa, a cargo del comandante don Isidoro García de Postigo, y que lucía el gallardete de buque insignia; San Pedro Apóstol, comandado por don Ángel González, y el Montañés, bajo el mando del señor Valcárcel. Y dos fragatas: Nuestra Señora del Pilar y Fama. Habían permanecido fondeados casi una semana, tiempo suficiente para que el Montañés reparara el mastelero de velacho y la cofa desempernada.

—Es muy extraño el lugar que han escogido. Es el ideal para cogernos desprevenidos, porque aquí sólo esperas que el peligro venga por el mar.

—¿Se ha internado en la isla, más allá del puerto, señor? —Ante el asentimiento de Melchor, el piloto prosiguió—: ¿Cuánto tiempo puede pasar hasta que aparezca un barco? Y que sea una bandera amiga; aunque, si no fuera así, ¿emplearán el cuaderno para negociar?

—No tienen nada en el momento en que pisen una cubierta amiga o enemiga —replicó Melchor—; hasta el último cabello de un hombre pertenece al capitán.

—En ese caso, señor, colijo que estamos en un aprieto —susurró Mier—. Esos hombres no actúan solos, sino comprados por una inteligencia que sacará beneficio de la información que contiene ese cuaderno.

—Cádiz está lleno de espías de todas las potencias que buscan nuestra ruina —dedujo Melchor—. Esos dos traidores confían en que los recogerán en cuanto nos marchemos. La cuestión es a qué potencia se han vendido: ¿portugueses, ingleses, holandeses o franceses?

—¿Cómo explica que unos marineros que no saben escribir su nombre reconozcan el libro de señales entre otros? ¿Y cómo llegaron a la toldilla, un lugar reservado a los oficiales, sin ser vistos por los soldados de guardia? Lo de trepando por las jarcias, debe disculparme, señor, pero no me convence.

—A mí tampoco —aseveró Melchor con rotundidad—. ¿Por qué asegura que sabían leer?

—Estaba junto a otros cuadernos que guardo de mi anterior viaje por estas aguas.

—¿Ya había realizado una travesía transoceánica? Para mí es la primera.

—Fue un golpe de fortuna. Todavía era segundo piloto, aunque sólo contaba con veinte años y me consideraban demasiado joven para semejante responsabilidad.

—Sigue siendo joven para lucir el uniforme de primer piloto —incidió Melchor—. ¿Cuál fue el mérito?

—Estudiar mucho y poner empeño en aprender —reconoció Mier con humildad—. El acompañar a los comandantes Malaspina y Bustamante en su expedición científica fue una experiencia única.

Me embarqué en la corbeta Atrevida, comandada por Bustamante. Cinco años duró la expedición. Realicé la inspección de isla Soledad junto a uno de los oficiales de la Atrevida, Dionisio Alcalá Galiano. Entre los dos la cartografiamos a causa de la situación estratégica, ya que desde aquí se controlan los pasos del Atlántico al Pacífico: el estrecho de Magallanes y, más al sur, el mar de Hoces, cuya entrada señala el cabo de Hornos. Alcalá Galiano conocía muy bien estas islas, pues pasó dos años al mando de un paquebote que las vigilaba para que no fueran ocupadas por ingleses o franceses, como ya había sucedido en más de una ocasión.

—Y en esos cuadernos usted ha reunido todas esas disciplinas y experiencias vitales. Sí que son un tesoro —confirmó Melchor—. ¡Cinco años! —Lanzó un silbido de admiración—. Espero que no transcurra tanto tiempo en este viaje. El teniente Anievas me ha comentado que serán unos dos años.

Una ligera brisa barrió la cubierta y ambos se subieron el cuello del casacón. Era verano en el hemisferio sur; sin embargo, se hallaban tan próximos a la Antártida que la temperatura había bajado.

—Sí. Es el cálculo que hemos realizado todos —ratificó Mier.

2

Cantón, octubre de 1796

Francisca recorrió el sendero que conducía al porche de su casa, salvó los tres escalones con ligereza y se descalzó antes de entrar. Reconocía que era una de las costumbres chinas que más disfrutaba. Severino había sido muy estricto en cuanto a la observancia de algunos hábitos indígenas, y ella elogiaba la inteligencia de su marido: la mosquitera no faltaba en el lecho, el agua se hervía y así un sinfín de normas higiénicas. Francisca reconocía esos hábitos en su madre, y rara vez algún miembro de la familia había sucumbido a las fiebres.

En alguna ocasión, con permiso de las autoridades chinas, habían viajado al interior del país, y Francisca había descubierto una civilización sofisticada en su artesanía, en sus manifestaciones artísticas, en sus logros científicos y en su filosofía. Los chinos habían ganado su respeto, y consideró que eran necios los factores que despreciaban una cultura diferente.

Cantón era una ciudad populosa y comercial a causa del puerto. El Gobierno cantonés había cedido unos terrenos junto al río principal para que los agentes de las casas comerciales europeas se asentaran, y lo llamaban «el distrito de las trece factorías». Se habían erigido grandes almacenes y edificios alargados con balcones corridos que cobijaban soportales de columnas finas. Y ventanas, muchas ventanas para que corriera el aire y con vistas al río. Las casas particulares eran mansiones, construidas con materiales ligeros y rodeadas de exuberantes jardines. No se viviría mal si no fuera por la ausencia de la vida social, que se desarrollaba en Macao. Las escasas reuniones cantonesas servían para obtener noticias y cerrar negocios, por lo que se convertían en una prolongación del trabajo.

Entró en el vestíbulo y, mientras se quitaba el sombrero, se acercó la silenciosa Fei para hacerse cargo de la sombrilla y del sombrero. La sociedad china era muy compleja, y Francisca, consciente de ello, había pedido auxilio a su socio comercial, Jian Zhou, quien le había enviado a esa imprescindible mujer. Fei dirigía al resto de empleados, le enseñaba a ella costumbres y palabras en chino y servía de enlace con Jian Zhou.

Jian Zhou era un sangley —como denominaban los manileños a los chinos residentes en Filipinas—, hijo de chino y de filipina, al que Francisca conocía desde niña, a pesar de la distancia social que los separaba, pues los chinos y los españoles no se relacionaban. El padre de Jian lo había enviado a educarse a Cantón para que no perdiera el contacto con los suyos. La situación le vino a Francisca como anillo al dedo, ya que contaba con un buen amigo en un territorio desconocido.

Fei se retiró como una sombra y Francisca se encaminó al despacho. No era sólo de su marido, pues ella se encargaba de la burocracia y de la contabilidad de puertas adentro. El resto de los factores ignoraba el papel que Francisca desempeñaba en los negocios de Severino. Su marido, como agente, era escrupuloso con sus clientes y en el cierre de los tratos, que nunca delegaba en subalternos; como esposo era atento y considerado, culto e inteligente, con unos criterios firmes que le impedían someterse a los dictados sociales a ciegas, aunque Francisca sospechaba que la edad influía, pues era quince años mayor que ella.

Y en esas normas sociales entraba Francisca, una mujer que se aburría y echaba de menos la colaboración que había mantenido con su padre y la fabricación de perfumes cuando estaba soltera. No se había atrevido a planteárselo a Severino, consciente de que su interferencia no habría sido bien vista por los empleados ni comprendida por los compañeros de oficio.

Todo cambió una noche que no podía dormir y había entrado en el despacho privado que su marido había organizado para trabajar en casa, además del escritorio que había en los almacenes, donde recibía a los proveedores y clientes. Se había sentado a la mesa del contable, el único empleado que tenía acceso a la casa, un individuo

de apariencia anodina, cortés, obediente y callado, y, por inercia, había empezado a hojear los libros con largas listas de nombres y cantidades que había alineados sobre la mesa. Hastiada, los había dejado de lado y se había dedicado a abrir los cajones y a curiosear lo que había en ellos. Le había llamado la atención que no hubiera ningún objeto personal cuando los factores presumían de familia o de origen, ya fuera peninsular o virreinal. En el último cajón había palpado una bolsa de terciopelo, y en cuanto la había cogido había adivinado el contenido. Y así había sido como había descubierto que el contable recibía sobornos de los proveedores de Severino, quien no había tardado en despedirlo.

Severino, ante la necesidad de que alguien de confianza le echara una mano, había claudicado y había permitido que Francisca, desde la clandestinidad de la casa, llevara la contabilidad y fijara los precios de las mercancías según la normativa del Cohong, el gremio que ejercía el monopolio e imponía los precios abusivos en plata con el consentimiento del emperador Quianlong, quien había restringido al puerto de Cantón el comercio de especias, té y seda con los occidentales.

La implicación de Francisca en los negocios la había acercado más a su marido, y la diferencia de edad se había acortado por un sentimiento de respeto mutuo. Aun así, no se había decidido a revelarle su pequeño secreto, el diseño de joyas, pues conocía la avaricia de los comerciantes, por honrados que se presentaran. Se aprovechaban de cualquier resquicio para abrir una brecha, y de ahí a un agujero había un paso, y, si se añadían las lenguas sueltas por el alcohol en las reuniones entre ellos, el agujero podía convertirse en una avenida. El pequeño negocio que Jian Zhou y ella se traían entre manos era muy delicado y podía irse al traste ante cualquier abuso o indiscreción.

La mente de Francisca regresó del recuerdo y se concentró en la lista que Severino le había entregado. Era una relación de lo que contenían los fardos que iban a embarcar con destino a Cádiz, a través de los océanos Índico y Atlántico. Habían arribado a Cantón dos bergantines gaditanos, fletados por la Casa de Ustáriz. Desafiando a sus enemigos —ingleses, holandeses y portugueses—,

se habían aventurado por la ruta del cabo de Buena Esperanza, y, si lograban volver sin novedad, los réditos se multiplicarían al no haber pasado por el cedazo de los almaceneros de Acapulco. Severino vaticinaba que el tiempo del monopolio del Consulado de Filipinas con Nueva España llegaba a su fin.

Francisca se aseguró de que cada lista tuviera sus tres copias: una viajaría con el propio fardo, otra sería para el consignatario de la casa que viajaba en las naves y la última se la quedaban ellos. Las tres listas, una vez comprobadas, serían firmadas por el consignatario, por Severino y por el funcionario de turno. Había un total de veinte fardos con sedas, algodones, especias y complementos de carey y dieciséis cajones o arcones con porcelanas bien acolchadas. La apuesta era seria por la peligrosidad del trayecto, pero la Casa de Ustáriz había cuidado los detalles. El bergantín era un barco con una capacidad de carga regular, pero más que suficiente para un pequeño grupo de fletadores, y contaba con la ventaja de tratarse de una embarcación ligera y rápida para huir ante cualquier eventualidad. Desde hacía años, los bergantines y las goletas se empleaban como naves correo por esas características. Severino había depositado una gran esperanza en que se mantuviera la ruta abierta, pues aventajaba en tiempo a la transpacífica.

La llegada de Severino la interrumpió. Vivían solos y no se cerraban las puertas. Escuchó los pasos fuertes y rápidos que se acercaban al despacho.

—¿Cómo ha ido la mañana? —se interesó él en cuanto la vio. Se acercó y le depositó un beso húmedo sobre la frente—. ¿Lo tienes? —Por respuesta, Francisca le entregó los pliegos—. ¡Perfecto! Me voy al almacén. Los bergantines deben zarpar al atardecer para ampararse en la noche hasta que alcancen mar abierto. Las islas de la desembocadura son el apostadero favorito de los piratas. Los dos capitanes me transmiten confianza; conocen estos mares.

—¿Te espero para cenar?

—Sí. En cuanto despache con el funcionario del distrito y el consignatario del bergantín, habré terminado.

—Sólo podemos rezar —comentó Francisca, con una sonrisa de

satisfacción.

La vida del comerciante a larga distancia era un sinvivir, siempre en manos del destino, pues nunca dependía de los esfuerzos ni de los cuidados que procurase el mercader para que el negocio prosperase: un año nadaba en la riqueza y al siguiente se hundía en la pobreza. De ahí, la importancia de la previsión cuando salía bien, y Severino, para alegría de Francisca, era un hombre previsor que prefería diversificar las inversiones. Aun así, la pérdida de una carga suponía un contratiempo importante.

—En mar abierto será complicado que los avisten —la tranquilizó Severino—, hasta que se aproximen a la Península, donde de nuevo correrán peligro.

Severino era de talla media, y se mantenía delgado y ágil gracias a que no se excedía en la mesa. Malagueño de nacimiento, vestía a la europea, aunque sus ropas eran ligeras y estaban confeccionadas con las telas de lino y algodón, y prescindía de forros y otros adornos. La peluca había quedado relegada a las reuniones elegantes en Macao, a las que acudía con disgusto, y raramente se la ponía en Cantón.

—Lo celebraremos esta noche —prometió Severino. Se fue, animado, con los documentos bajo el brazo camino del despacho del almacén.

Francisca se levantó y llamó a Fei. Aprovecharía la ausencia de Severino para practicar la defensa personal, un tipo de lucha que practicaban los chinos, tanto hombres como mujeres, y que Jian Zhou le había recomendado que aprendiera. Al principio le había parecido grotesco, pero cuando Fei, siendo más menuda que ella, la había derribado con facilidad, se había aplicado en el aprendizaje, y había resultado más gratificante de lo que esperaba, una vez superada la vergüenza de vestir el pantalón y la camisola holgada de los indígenas. Le había costado superar la frustración del principiante, llena de moratones, hasta que había aprendido a caer. Los movimientos pausados y seguros de Fei la espoleaban a seguir intentándolo. Si una mujer menuda y de más edad podía, ella también.

La relación con Fei había sido extraña desde el primer día. Ninguna

hablaba el idioma de la otra, y, a pesar de ello, se comprendían. Había sido el matrimonio el que se había adaptado a las costumbres de Fei, a la higiene y a las comidas, aunque no a todas. Francisca había introducido variaciones occidentales en la medida de lo posible. La boca de Fei era muda por el desconocimiento del español, pero sus ojos y sus ademanes lo hablaban todo. Francisca se había percatado de la capacidad de observación de la mujer, por la rapidez con la que se adelantaba a los deseos del matrimonio: los conocía mejor a ambos que ellos a Fei.

Pasaron el resto de la tarde en la habitación que habían despejado para los ejercicios. Francisca hubiera preferido el jardín, pero la presencia del contable y la posibilidad de que Severino acudiera acompañado no lo aconsejaban. Cuando el contable desapareció de la casa, conservaron la costumbre.

Cayó la oscuridad y Fei dejó a Francisca para comprobar cómo iba el trabajo en la cocina. Entre tanto, ella se lavó y se vistió para cenar. Severino se retrasaba. Francisca estaba acostumbrada a las impuntualidades: el negocio era el que marcaba el ritmo de la vida.

Entró en el salón, decorado al gusto chino y bien iluminado. Era complicado y muy caro amueblar la casa con la comodidad europea, y existía el peligro de que las riadas se la llevaran durante los monzones. Esa era una lección que había aprendido desde niña en Manila. En más de una ocasión, las aguas habían arrasado con poblados enteros; y cuando no eran las lluvias, eran los terremotos. La inseguridad ante una naturaleza desatada los obligaba a vivir el día a día y a emplear el dinero en asuntos más productivos que la mera ostentación.

Acababa de servirse una copa de Oporto cuando oyó voces alteradas en el pórtico de entrada. Se acercó a la puerta, sabiendo que Fei no comprendía el español, y se tropezó con una extraña comitiva: Aquiles Robles, Juan Ruiz, factores de la Real Compañía de Filipinas y su hermanastro Esteban cargaban con una camilla improvisada con un par de levitas y dos varas de medir las telas.

—¡Severino! —Reconoció a su marido en la figura yacente. Se le resbaló la copa de las manos y se estrelló contra el suelo. Acudió al lado de su marido y le tomó la mano, mientras los hombres

avanzaban hacia la alcoba: estaba caliente, tenía pulso.

—¡Avisad al galeno del distrito! —ordenó Esteban.

—Lo he encontrado en el callejón, al lado del almacén —explicó Robles, aunque ella no escuchaba—. Lo han acuchillado.

Francisca se serenó al comprobar que había esperanza y reaccionó. En lugar de enviar a buscar al galeno borracho, indicó a Fei que trajera a un médico chino. La mujer entendió y salió como un suspiro.

Los hombres depositaron a Severino en el suelo, donde ayudaron a desnudarlo y a lavarlo para dejarlo sobre la cama, cubierto por una sábana que duró poco tiempo limpia para mayor angustia de Francisca, consciente de que cada minuto era importante.

—¿Dónde se habrá metido Canalejas? —rezongó Robles.

—En cualquier taberna —replicó Esteban, molesto—. Y a ver si llega en condiciones.

—Por eso no se preocupen —atajó Francisca—. No le confiaré la vida de Severino a un borracho. Necesita una mano firme que lo cosa.

—Ha perdido mucha sangre, y no sabemos si la cuchillada es limpia —indicó Esteban, su hermanastro.

—No pienso rendirme —dijo Francisca, pálida, pero con convicción. Se preguntó qué hacía ahí Esteban, pero no era la ocasión de enzarzarse en rencillas familiares.

Fei llamó con los nudillos a la puerta y Francisca le hizo un gesto para que pasara. Un cantonés de edad indefinida, vestido en sedas, con un bonete negro y seguido de un criado que cargaba un pequeño baúl entró en la estancia. Los señores le abrieron paso, y se acercó al herido. En silencio, presenciaron cómo examinaba el cuerpo tendido; palpó algunas partes cercanas a la herida, por la que se le iba la vida, y negó con la cabeza. Ruiz, que hablaba un poco el cantonés, preguntó y el chino señaló una zona más amplia a la de la herida y dijo una palabra.

—Sangre —tradujo el factor—. Además de la que ha perdido, se le ha acumulado dentro. No sirve de nada coserlo, debe de haberle afectado el hígado o el riñón. Sólo queda rezar.

A Francisca se le vino el mundo encima. Apretó los labios en un

esfuerzo por contener el llanto. La lividez de Severino se acentuó y el pulso fue ralentizándose hasta que no fue posible hallarlo. Se mantuvo a su lado, contemplándolo con la esperanza de que recobrase la consciencia y pudieran despedirse o que él señalara al asesino; sin embargo, en ningún momento recuperó Severino el conocimiento. El médico chino sacó un espejo, lo acercó a los labios para comprobar la muerte, se dio media vuelta y se dirigió a Francisca. Dijo unas palabras, se inclinó, respetuoso, y abandonó la habitación seguido por el criado que portaba el baúl.

A partir de entonces, Francisca conoció un dolor diferente al físico, un dolor más profundo que emanaba del corazón. Era cierto lo que decían: el corazón dolía. El llanto manó sin control. No le importó que la vieran los hombres, porque la realidad se había borrado para ella. Ahora eran ella y Severino, allí postrado, lívido, tan lleno de vida unas horas antes cuando se habían separado sin reparar que sería la última vez que se veían, el último beso al que no correspondió, sumida en los papeles. ¿Tan importantes eran como para no haberlo abrazado? Y el llanto no cesaba. Acudió a su mente el recuerdo de cuando se conocieron por casualidad, pues él vivía entre Macao y Cantón, donde desarrollaba su negocio como agente comercial para varias casas españolas, mientras que Francisca vivía en Manila, en casa de sus padres. Severino se había desplazado a Manila por alguna cuestión del navío a Acapulco y su padre sirvió de intermediario ante el Consulado de Cargadores. En aquellas fechas, Francisca cumplía diecisiete años. Era una joven delgada, bien formada, con la inteligencia del padre y la belleza de la madre: morena, ojos pardos, de nariz recta, cejas arqueadas y labios generosos. Don Pedro organizó una fiesta para homenajearla a la que invitó a Severino. Para él fue un flechazo; para ella, una buena opción, a pesar de los quince años de diferencia, ya que Manila sólo le ofrecía funcionarios y pobretones que husmeaban una buena dote.

Dios no los había bendecido con hijos, y Francisca —aunque las esposas de los factores se quedaban en Macao hasta que comenzaban los monzones y regresaban los maridos— había decidido acompañar a Severino a Cantón. Pasada la novedad del

primer año en la ciudad china, en la segunda temporada se había visto fuera de lugar, ya que no había mucha vida social para una mujer, pero lo prefería a permanecer en Macao con el resto de las mujeres y vivir rodeada de cotilleos y de niños llorones. No se arrepentía de ninguna de las decisiones que había tomado. Severino la había hecho feliz. La voz de su hermanastro la devolvió al presente, el doloroso, no el feliz.

—Te ayudaré con los trámites del entierro —se ofreció Esteban—. No estás sola.

Francisca recuperó el resuello y se enjugó las lágrimas, aunque estas eran obcecadas; ignoró el ofrecimiento de Esteban y se interesó por la causa del asesinato.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se conoce al agresor?

—No comprendemos la razón del asalto —contestó Robles, uno de los empleados del almacén—. No llevaba nada de valor ni había gran cosa en los almacenes, pues los bergantines ya habían zarpado hacia España.

—Estaba muy cerca del almacén, por eso lo encontramos —comentó Ruiz.

—Hacer desaparecer un cuerpo en esta ciudad del infierno es fácil —observó Robles—. Querían que lo halláramos. ¿Quién guarda tanta inquina a la Casa de Puig? Parece una venganza.

—¿Y un borracho? Los ingleses recorren las calles con gran alboroto —sugirió Esteban.

Francisca no contestó a una idea tan estúpida. El distrito extranjero estaba vigilado.

—Porque Cantón no es una ciudad segura, nos guardamos de ello —convino Robles—. Severino estaba junto al almacén. Allí no había nadie. Un ataque rápido, tan rápido que el asesino no aguardó a verlo morir, y a nuestro director no le dio tiempo a pedir auxilio. Lo habríamos oído.

—Y no ha habido robo —insistió Ruiz.

—Señores… —Francisca, cansada de escuchar lo que no deseaba oír, los despidió—: Ahora eso ya no importa. Desearía estar a solas con él.

Los factores se disculparon por la falta de tacto y se encaminaron

hacia la salida. Esteban se retrasó.

—Me ocuparé de todo. Mañana vendré con un ataúd. Indagaré si hay algún sacerdote en el distrito, pero creo que católico no. ¿Igual prefieres enterrarlo en Macao?

—Los cuerpos se corrompen enseguida con el calor —dijo Francisca, a la que le quedaba algo de sentido común—. Algún capitán de barco podría oficiar el entierro.

—Preguntaré. Hasta mañana.

Francisca se aproximó al lecho y tomó la mano fría y fina de su marido. No estaba dañada. ¿Conocía al agresor y por eso no se había defendido? Permitió que la pena la inundara de nuevo y las lágrimas, inagotables, escaparon silenciosas. Los recuerdos volvieron a rodearla. Severino había puesto mucho empeño en conquistarla en el día a día, y lo había conseguido. El mero hecho de pensar que ya no lo tendría más a su lado, que le faltarían su aliento, su ánimo y su optimismo, le desgarraba las entrañas. Sólo disponía de esa noche para el duelo, y se preguntaba cómo iba a reponerse de semejante pérdida. En cuanto saliera el sol, sería una viuda triste, pero había de ser fuerte. No tardarían los buitres en volar sobre ella. Pensó en todo lo que se encontraba en juego: la empresa de Severino y también su propio sueño desde que se había sentado en el despacho de su marido, encargándose de los libros y los contratos. Le vino a la mente el contable. Debía averiguar dónde se hallaba. ¿Sería el asesino? Habría podido acercarse sin levantar sospechas y asestarle las cuchilladas por venganza.

No lo vio, pues sus ojos no se apartaban de Severino; lo sintió. Se giró y su mirada rota se cruzó con la de Jian Zhou. Seguía siendo el joven esbelto que recordaba, con el cabello trenzado y cubierto por un bonete de seda, e igual de inexpresivo que Fei, si no fuera por la mirada oblicua que delataba la vida interior de su dueño.

Jian Zhou reparó en la solitaria tristeza de Francisca bajo el dintel de la puerta. No se atrevió a invadir la intimidad de la mujer occidental. En cuanto hubo llegado el mensajero enviado por Fei, se había adentrado en el distrito de las factorías sin dudarlo. Francisca era su

secreto y su mejor inversión.

La había conocido en Manila. Pedro Muñoz, acompañado de su hija de catorce años, había entrado en el almacén de los Zhou, situado en el Parián chino, para cerrar un acuerdo tanto de transporte como comercial. La casa Zhou contaba con una flota de barcos propia y el señor Muñoz buscaba una mejor rentabilidad a sus compras en Cantón que la que le ofrecía el Consulado de Filipinas.

Mientras los dos comerciantes alcanzaban un entendimiento, la hija de Muñoz deambulaba aburrida por el almacén sangley. Y así había encontrado a Jian, inclinado sobre la mesa de trabajo, sobre la que diseñaba las joyas con el arte que había aprendido de la familia filipina de su madre. Sin mediar palabra, Jian se había percatado del interés que había despertado en la joven, unos años menor que él. Sin hablar, Jian había esparcido sus diseños y le había mostrado una de las joyas que había ejecutado según el dibujo. Se trataba de un complejo tocado en oro que las mujeres chinas lucían sobre el recogido de pelo. La joven había observado, igualmente muda, lo que le había enseñado y, cuando su padre la había llamado, se había retirado. Días después, un criado le había entregado unos diseños de joyas occidentales, de esas que los españoles llamaban joyeles y servían para adornar o para sujetar velos, mantones o cualquier otra ropa para evitar que se escurriera: unas eran un simple lazo y otras mostraban un diseño más complejo, con formas de pájaros y de tortugas. No estaban firmadas, pero, en Manila, los sirvientes de las casas principales eran sobradamente conocidos.

Jian lo había sentido como un reto y, a espaldas de su padre, en sus ratos libres, había trabajado los diseños y las filigranas en cobre, pues el oro y la plata eran demasiado valiosos para el experimento. Había sustituido las piedras preciosas por cristales de colores producidos en Nagasaki cuyo efecto era el mismo. Estaba orgulloso de su tortuga creada, y se la había enviado a la joven en agradecimiento por el gesto. Recordaba la impresión que le había causado el que la tortuga le hubiera sido devuelta con una nota: *«¿Hacemos negocio?».*

Y así había empezado uno de sus secretos, porque a ese lo habían seguido otros tan lucrativos como la venta de joyas falsas. La astucia

y el éxito del asunto había residido en venderlas como falsas —no había engaño ni ilegalidad—, pero la rentabilidad era más alta que la que proporcionaba una joya auténtica y sin correr el riesgo de robo. Los materiales eran baratos y no requerían una gran inversión; el mayor coste era el trabajo del orfebre, y recaía en él mismo, mientras que Francisca se ocupaba de la comercialización. Lo más curioso había sido que, durante años, habían conservado el anonimato: ni siquiera los respectivos progenitores se habían enterado de la alianza ni del comercio que se traían entre manos.

Con las primeras ganancias, Jian había adquirido una casa en Binondo, el barrio de los sangleyes, mestizos y cristianos, y montó un taller clandestino, en el que trabajaba en sus horas libres, sin ayudantes que pudieran delatarlo. Por otro lado, la audaz joven había convencido a su padre para que le permitiera disponer de un pequeño espacio en los fardos que enviaba la Casa de Muñoz en el navío a Acapulco. Francisca era perfumista y entre sus perfumes viajaban, apretadas, las joyas falsas para ser vendidas en el almacén de su tío Virgilio, hermano de su madre, en Ciudad de México, a espaldas de su familia en Filipinas.

La sorpresa para Jian había llegado de la mano de su padre cuando, contra la regla establecida, había decidido enviarlo a Cantón para que terminara su formación junto a un tío cantonés. Los chinos afincados en Manila se amancebaban con filipinas, pero nunca las llevaban a China, ni tampoco a sus hijos. La sociedad china era muy racista y estaba dividida en etnias. Su padre pertenecía a la etnia *han,* la más extensa y populosa; sin embargo, la etnia reinante era la *manchú,* que los oprimía ante el temor de una rebelión y los alejaba de los puestos administrativos.

La razón de esa decisión, que lo beneficiaba, había sido la muerte de la familia de su tío durante una epidemia de tifus. Los dos hermanos Zhou se habían quedado sin descendencia china para dirigir el negocio. El que Jian conservara los rasgos chinos de su padre más acentuados que los filipinos de su madre y el que destacara sobre los hermanos por su inteligencia y por la facilidad de aprendizaje —hablaba el español y el tagalo y se defendía con el cantonés— fueron factores que inclinaron la balanza a su favor. A los

veinte años se había embarcado hacia Cantón y a los pocos meses hablaba el mandarín y el cantonés con soltura. Su tío lo había introducido en el complicado y ancestral monopolio comercial que mantenían con los occidentales, además de otras actividades propias de un *han,* como la práctica de las artes marciales y la filiación a la sociedad secreta del Loto Blanco. Jian se sentía orgulloso de que el color de su piel no fuera tan oscuro como el filipino y hubiera sido aceptado como un chino más.

A pesar de la distancia, Jian siguió adelante con la fabricación de joyas falsas en la clandestinidad. Le producía unos ingresos propios, al margen de los familiares, de los que no había de responder ante nadie. Y a Francisca, como mujer, le sucedía lo mismo, ya que ella dependía de su padre, quien le conseguía las especias para elaborar sus perfumes y, por tanto, se consideraban ganancias familiares hasta que contrajo matrimonio. Lo más curioso de esa extraña alianza había sido el raro contacto entre ellos. Jian le había proporcionado el enlace, en forma de servicio doméstico, allá donde fuera la mujer.

Francisca intuyó su presencia y se volvió para mirarlo. Sólo entonces Jian se atrevió a entrar en el aposento y se inclinó a modo de saludo.

—A pesar de los años que llevamos siendo socios, si me hubiera cruzado con usted por la calle, no lo habría reconocido —admitió la mujer. Se levantó, a pesar del agotamiento, y le devolvió el saludo a la forma oriental.

Lo había tratado como a un europeo de su misma clase, no se había dirigido a él con el despectivo voseo de los criollos filipinos, que ya no se empleaba en la Península.

—¿Se sabe quién fue? —indagó Jian, poco propenso a perder el tiempo con palabras huecas.

—No, pero lo encontraron junto al almacén. Sospecho del contable, pero puede que se encuentre en Macao. No hay pistas.

—Está en Macao y ya se ha colocado.

—A la mente me llega otro sospechoso, pero carezco de algún

indicio que lo implique.

—Esteban. ¿Cuánto hacía que no entraba en esta casa? —inquirió Jian.

—Nunca había estado aquí. A la muerte de su madre, María Ronzal, mi padre contrajo segundas nupcias con mi madre, doña Lisarda Ledesma. No me reconocen como familiar mis hermanastros; sin embargo, tras años de mirarnos como enemigos, me ha extrañado verlo en esta casa y ofrecerse, solícito, a ayudarme.

—¿Y ahora qué será de usted sin el amparo de un hombre? —planteó Jian.

—Me sumiré en el dolor, en los recuerdos. Esteban vendrá mañana para ayudarme. Me temo que la Casa de Muñoz absorberá la casa comercial de mi marido.

—No lo permita, sus hermanos no la respetan. Usted es fuerte. Yo la ayudaré.

—No puedo permanecer sola en Cantón, y los factores no me dejarán acercarme a los barcos ni me permitirán participar en los cargamentos.

—Lo sé, pero puede hacer una fortuna. Oro y plata sobre la que no podrán poner sus manos. Es complicado hacerse un sitio como factor en Cantón por las limitaciones del emperador, y se pagan bien un almacén y contactos. Yo buscaré compradores y los enviaré para que pujen. ¿Volverá a Manila o aceptará otro matrimonio?

—¿Otro matrimonio? —Se irguió como si le hubiesen escupido.

—Querrán hacerse con su fortuna sin pagar —aclaró Jian, sin ocultar el sarcasmo.

Francisca soltó una risa amarga y apagada ante la descarnada idea que había expuesto su amigo.

—No se halla en mi ánimo, y mi marido está aquí presente. —Sabía que se aferraba a un cuerpo sin vida, pero para ella era real—. Me inclino por su plan de venta, y yo me instalaré junto a mis padres. Si el comprador es de España, que las letras sean pagaderas en Cádiz, y si es de Nueva España, para depositar en un banquero de Ciudad de México.

—Cuando regrese a casa, recuerde: nunca revele lo que sabe y no sabrán lo que ignora. Es la base de cualquier relación comercial o

familiar. En cuanto a esa pequeña fortuna que cobrará, estimo muy inteligente mantenerla fuera del alcance de la familia: si le sucediera algo a su padre, quedaría a merced de sus hermanastros. Investigaré a Esteban, a quien no le falta motivo y que tan oportunamente ha aparecido para hacerse cargo de sus problemas.

Jian dio por terminada la entrevista, se inclinó y se retiró. Fei lo aguardaba en las cocinas. Hacía un par de años, en 1794, el marido de Fei y sus hijos habían participado en la rebelión del Loto Blanco contra los impuestos y la corrupción de los mandarines del gobierno Quing y habían muerto en las refriegas. Las protestas continuaban actualmente, pero los *han* habían aprendido la lección y actuaban como guerrillas. Lo cierto era que la situación se había vuelto bastante confusa para todos, y no parecía que aquello fuera a terminar. Fei, perseguida por las autoridades porque había formado parte de una de esas guerrillas, había viajado hasta Cantón, donde vivía de la caridad. Jian había conocido su historia cuando estaba buscando a alguien con formación en la defensa personal y que fuera de confianza para escoltar a Francisca durante sus estancias en Cantón. El contrato le había devuelto a Fei el orgullo de casta y la independencia, y Jian había ganado su fidelidad. Allí, en el distrito de las factorías, no la encontrarían las autoridades chinas.

—Protégela. Un cuchillo busca su vida —ordenó Jian, antes de perderse en la noche.

No estaba permitido enterrar a los muertos, así que Francisca había incinerado a Severino y regresaba a casa con una urna que contenía sus cenizas. Vestida de negro y cubierta por un velo de encaje del mismo color pese al calor, se bajó de la silla de manos escoltada por Fei, que no la dejaba sola. En el porche de la casa la aguardaba el esquivo galeno del distrito, en esta ocasión, sereno.

—Le presento mis condolencias, señora. Y espero que acepte mis disculpas por no haber estado en mi puesto.

Francisca lo observó con desapego. Se había arreglado y la ropa lucía limpia; sin embargo, no podía esconder la cara y la nariz, abotargadas y cruzadas por miles de venillas rojas a causa del alcohol. Era joven todavía, a pesar de los excesos. Se decía que había desertado de un barco y se había negado a subir en ningún

otro después de lo que había calificado como una terrible experiencia. Y así se había visto atrapado en Cantón.

—Nadie lo fue a buscar, pues Esteban expresó la dificultad de encontrarlo, así que no tiene de qué disculparse —replicó, cansada de tener que lidiar con los pésames y deseando estar sola.

El hombre parpadeó confuso.

—Su hermano Esteban sabía dónde me hallaba; es más, él mismo me sugirió ir a un sitio.

—¿Y cómo ha sido eso? —El interés de Francisca se despertó de golpe, superando la tristeza y el hartazgo.

—Vino después de la comida y me invitó a la cantina. Allí estuvimos hasta la media tarde y me sugirió… Perdone que no le cite el lugar, pero Esteban conocía mi paradero.

—¿En los brazos de Venus? —sugirió Francisca—. ¿Y Esteban?

—Es una forma agradable de decirlo. Él se despidió, pues lo apremiaba un negocio.

A raíz de esa entrevista con el médico, Francisca comenzó a indagar los pasos de Esteban. Con ayuda de uno de los empleados de su marido interrogaron, sutilmente, a uno de los empleados de Esteban, quien dio razón puntual de las idas y venidas de este, y descubrió que nadie lo había visto esa tarde. Las pesquisas en el resto del recinto de las factorías confirmaron esa extraña desaparición después de dejar al galeno.

Esteban había dado la estocada, al quitar a Severino del camino a su ambición, pero Francisca, manteniendo un gran dominio sobre sus emociones, realizó el descabello.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando Fei anunció a Esteban.

—Vengo a ayudarte con los asuntos de tu marido. He escrito a nuestro padre y le parece bien que anexionemos las dos casas.

—¿Ahora es «nuestro» padre? —Iba a arremeter contra él cuando recordó las palabras de Jian Zhou de no descubrir lo que sabía—. Es igual lo que vosotros hayáis decidido: he vendido la empresa, y, por cierto, me la han pagado muy bien. —Se calló que se había quedado con los réditos de los fardos que viajaban en los barcos de la Casa de Ustáriz. Le hacía falta abrir un crédito allí de cara a futuras transacciones independientes de la familia, y la Casa de Ustáriz era

una firma de garantía.

La cara de Esteban pasó de la sorpresa a la reflexión y de ahí a la ira y al odio. Al menos, este último le resultaba familiar, ¡qué ironía!, y no el guante de seda que había mostrado desde el fallecimiento de Severino. ¿Sería el asesino? ¿Se habría atrevido a tanto? La declaración del médico la inclinaba a pensar que estaba detrás del asesinato.

3

Cabo de Hornos, febrero de 1796

Sin haber dado con el paradero de los dos marineros fugados, el comandante Álava había ordenado hacerse a la mar. Melchor, desde el alcázar, contemplaba la compleja labor de subir las anclas a bordo. La maniobra se repetía en el resto de los buques de la escuadra. Era un espectáculo presenciar cómo se desperezaban las naves y las tripulaciones tras días de relativo descanso. El silbato del contramaestre alertó al alférez de la segunda cubierta, que ordenó girar el cabrestante a sesenta infantes de marina para recoger los cables de las anclas. Estas colgaban de las serviolas de proa hasta que conseguían amarrarlas al casco, y el peligro de que la nave escorase se acentuaba durante la maniobra.

La flotabilidad de una nave y la supervivencia de los navegantes en medio de una tormenta dependían del equilibrio. El peso de la arboladura y el aparejo, así como la incidencia del viento sobre el velamen estaban calculados en el casco, que era el que aseguraba ese equilibrio para que la nave no volcara y se hundiera. De ahí, la importancia del lastre, de la simetría en la distribución y el peso de la carga, no sólo de las mercancías y municiones, sino también del mismo número de cañones a una banda y otra, con la misma disposición y calibre.

Una vez terminadas las maniobras y trincadas las lanchas en el combés, el comandante subió a la toldilla y observó cómo marchaban los trabajos en el resto de la escuadra. Con las manos a la espalda, Valcárcel aguardaba a que se izase la señal en la nave capitana. Las dotaciones de cada palo, junto con su oficial, permanecían cerca de las drizas a la espera de las órdenes para izar la vela trinquete hasta que abandonaran la bahía; sólo entonces, en mar abierto, treparían a las vergas de los masteleros y desplegarían

el resto del velamen.

En cuanto ondeó la señal en el navío Europa, los buques se engalanaron con las lonas, que no tardaron en hincharse, y los gritos y los pitos de los oficiales resonaron en la bahía. Melchor se santiguó, como acostumbraba a hacer cada vez que emprendía la navegación, a pesar de que ya habían rezado, dirigidos en la oración por el padre Anselmo. Comprobó que el paje estuviera pendiente del reloj, y el primer piloto, de la maniobra y de la gente que dependía de él. Toda precaución era poca: se debían coordinar las maniobras y la derrota con el resto de las naves, pues se corría el riesgo de colisionar entre ellas hasta que no salieran a mar abierto.

El día anterior, el comandante Álava había reunido a los oficiales y pilotos que componían la escuadra para compartir con ellos los detalles de la nueva singladura. Álava había decidido doblar el cabo de Hornos, en lugar de introducirse en el estrecho de Magallanes.

—Señores, son demasiados barcos para aventurarse en un pasaje en el que las rachas de viento llegan por sorpresa y con una fuerza inusual: pueden empujarnos a encallar o a abordarnos entre nosotros. El doblar el cabo no es más fácil con los vientos en contra, pero habrá más espacio para maniobrar en el mar de Hoces. En cuanto al velamen, recomiendo navegar con las velas de cuchillo, pero eso queda a juicio de cada comandante. En el Pacífico nos reagruparemos frente a la isla Madre de Dios, a cincuenta grados de latitud y setenta y cinco de longitud, que viene a coincidir con la salida del estrecho de Magallanes. Navegaremos con poco trapo para dar lugar a la reunión. En el caso de que alguna nave no lo consiguiera, el próximo puerto será Talcahuano.

Melchor recordó que Elcano había intentado arribar de nuevo a las Molucas con una flota de tres carabelas y otras naves de menor tonelaje. Cuando iban a entrar en el estrecho de Magallanes, una tormenta los había dispersado, y a la carabela San Lesmes, que comandaba Francisco de Hoces, la había obligado a derivar hacia el sur. Sin perder de vista la costa, había llegado al punto donde se acababa la tierra y lo había cartografiado con su nombre: mar de Hoces.

Francis Drake había tratado de adjudicarse una gloria que no le

correspondía cincuenta años después de que lo hubiera realizado Hoces y de que ese mar hubiera sido navegado por los españoles en varias ocasiones ante que el inglés. El paso estaba perfectamente cartografiado, por lo que habría sido fácil que Drake hubiera conseguido alguna de esas cartas y se las atribuyera. Y para su mayor vergüenza, sus compañeros de aventura habían desmentido que hubieran doblado el cabo de Hornos, y sí habían pasado el estrecho de Magallanes, gracias a dos pilotos españoles que llevaban prisioneros.

Así que, el 13 de febrero, enfilaron el mar de Hoces con los hombres descansados. Melchor confiaba en el criterio de Álava, quien ya había navegado por el Pacífico. Había tenido el honor de ver el barómetro que el comandante tenía a bordo del Europa y del que todos los oficiales, incluso Mier, hablaban. La novedad tecnológica los había alertado de la borrasca a la que se iban a enfrentar y se habían tomado las precauciones protocolarias: las portas y escotillas habían sido aseguradas y cubiertas con las lonas alquitranadas, las velas reglamentarias izadas, los cabos de seguridad preparados para los hombres, los fogones apagados y el rancho frío dispuesto. A pesar de ser verano en aquellas latitudes, se hallaban a 5° centígrados. El cielo acerado y la oscuridad del mar amilanaban al más bravo. A los marinos, por muchas tormentas y huracanes que hubieran capeado, el temor a que una ola los hundiera siempre los perseguía, y Melchor no era una excepción.

En cuestión de horas la temperatura descendió drásticamente, y se encontraron en un mar helado. Melchor se mantuvo encogido, en un acto reflejo para no perder el calor corporal, y se parapetó para no estar expuesto al viento gélido que recorría la cubierta. De cuando en cuando, el guardia de la cofa avistaba témpanos de hielo: unos, altos como montañas; otros, lisos como planchas, con algunas focas perezosas sobre la superficie o pingüinos, aunque el horizonte se volvía más difuso por momentos. Melchor había oído hablar de los hielos, y le ilusionaba poder contemplar algo nuevo para sus ojos. Olvidó el frío y se asomó para descubrir un mar diferente, jalonado de hielos azules. El hielo que él conocía era blanco o, cuando se descongelaba, traslúcido, pero no azul, como aquellas gigantescas

moles flotantes.

Los hombres se movían con dificultad, ateridos por el frío a pesar de los capotes encerados. La nave avanzaba dando bordadas sobre el negro océano y viraba por avante para coger las olas de frente o para evitar un hielo. La fuerza del viento fue aumentando según se internaban en el temido mar. La tensión de la navegación se transmitía a la marinería experimentada, conocedora de cuándo se complicaba la situación. Al poco rato, los alcanzó el huracán pronosticado.

La oscuridad los envolvió y perdieron el contacto con el resto de la escuadra. El primer piloto, según las indicaciones del teniente Anievas, daba órdenes de orzar o arribar a los dos grumetes que se aferraban a las cabillas del timón para que este obedeciera. Melchor se ató un cabo de seguridad para aguantar el equilibrio en una nave que arfaba bruscamente.

En medio de un temporal no servían los medios técnicos o los cálculos, y estos eran sustituidos por la experiencia y la intuición. No era una leyenda eso de que «un marino podía oler la tierra»: la altura y la frecuencia de las olas, la velocidad de las nubes, el color de las aguas, el olor a sal —pues el Pacífico olía diferente que el Atlántico a causa de la densidad salina— eran indicios importantes para la navegación.

Los marineros se afanaban en amurar las velas en cuanto se acababa la virada. Se habían convertido en el juguete de Poseidón, y las principales preocupaciones eran el rumbo y no perder el timón. El mar competía en negrura con el cielo y se encrespaba amenazante. Las olas rompientes barrían las cubiertas y los imbornales no bastaban para evacuar el agua, que bajaba a la sentina. Cuando tocaba una nueva virada, los silbatos de los oficiales, las carreras de los marineros, que aguantaban los terribles cabeceos, y las embestidas de las olas llenaban de vida el combés hasta que regresaban al refugio de los palos y candeleros, a los que permanecían amarrados para evitar que el mar los arrastrase a sus profundidades. Los batallones de infantería se hallaban con la bomba de achique, dejándose el músculo en extraer el agua de la sentina, que volvía a inundarse irremediablemente. Mier controlaba

con la ampolleta el tiempo de virada. Avanzar con el viento en contra resultaba fatigoso para la marinería.

El grueso de la tormenta los maltrató a lo largo del día, y los hombres, con las manos desolladas, múltiples heridas y contusiones, sometidos a las raciones de queso en aceite y aceitunas y sin nada caliente que echarse al vientre en medio de aquel frío, se encontraban al borde de la extenuación. El día 20, cuando el huracán ya había perdido fuerza, se partió la verga de trinquete: los inclementes vientos lo habían forzado demasiado tiempo. Cuando las nubes lo permitieron, Mier y sus compañeros tomaron la latitud, y, como Melchor había sospechado, habían derivado más de la cuenta. Después, con ayuda del cronómetro de Mier, —otro avance tecnológico—, determinaron la longitud exacta.

Mejoró el estado del mar y arrumbaron hacia el norte, momento en el que el comandante Valcárcel tomó las disposiciones pertinentes para que el contramaestre, los carpinteros y los maestros veleros restituyeran la verga dañada. El día 26, con la nave al pairo y en medio del océano, llevaron a cabo la reparación. El padre Anselmo aprovechó para celebrar una misa seca —sin consagración ni comunión—, antes de que se ocultara el sol, para agradecer a Dios su misericordia.

Melchor rezó como si la vida le fuera en ello. No recordaba en sus años de embarcado una tempestad como la sufrida. Lo que le sorprendió fue el deseo de vivir que experimentó mientras apretaba los dientes para contener el miedo. Era joven con alma de viejo tras años en el mar y de muchos lances en el Mediterráneo. Había visto, había padecido, carecía de responsabilidades familiares, vagaba por los mares jugándose la vida y, sin embargo, se aferraba a ella. Un sinsentido, pues nada lo retenía en este mundo. Siempre navegando hacia un horizonte inalcanzable.

Al amanecer, la visibilidad había mejorado y el vigía de la cofa avistó el navío Europa y la fragata Fama, que navegaban, más alejados, hacia el punto de encuentro. La presencia de los cormoranes delataba la proximidad de la costa.

El Montañés, con los nuevos cálculos, la derrota trazada y con sólo las velas redondas, siguió navegando hacia el norte. Al día siguiente,

se avistó la fragata Nuestra Señora del Pilar y seguían sin noticias del tercer navío de línea. Arribaron en el puerto de Talcahuano el 4 de marzo, tras ser recibidos con salvas por los fuertes de San Agustín y de Gálvez. Las tripulaciones agradecieron el descanso y el abastecimiento de alimentos frescos después de una travesía tan dura. El navío perdido, San Pedro Apóstol, se les unió dos días más tarde, lo que elevó los ánimos de la escuadra.

Melchor contempló el puerto que se extendía ante su vista con una mezcla de alivio y de decepción. Mier se le unió.

—El cabo de Hornos ha dejado en mí un recuerdo imborrable —comentó Melchor—, y, a mi juicio, hemos tenido bastante fortuna. Lo que me preocupa es que hemos de pasarlo de nuevo en el regreso. ¿Bajamos a tierra? La guardia le corresponde al señor Solís. —Melchor consideró que era el mejor momento para comenzar una amistad con el hombre que lo ayudaría en sus planes comerciales.

—Le agradezco su invitación —respondió Mier, sorprendido de que un superior le tendiera la mano. Por lo general, los pilotos tenían una vida bastante aislada al situarse sus camarotes en la toldilla, alejados del resto de la tripulación.

Tras la desagradable experiencia en las islas Malvinas, el comandante había reforzado la guardia. En caso de reparaciones en el alcázar o en la toldilla, los carpinteros habían de contar con permiso del oficial que estuviera de guardia. Medidas que, según Melchor, si sus elucubraciones no andaban erradas, no entorpecerían al traidor, pues, como muy bien había apuntado Mier, no concebía que hubieran sido dos marineros ignorantes los verdaderos autores del robo.

En el bote, con los remeros presentes, Melchor y Mier se limitaron a observar la tierra a la que se acercaban, y, en cuanto desembarcaron, el teniente tomó la palabra.

—Le he invitado a acompañarme porque me agradaría franquearme con usted. Me han comentado que su familia se dedica al comercio de ultramar. Le confieso que, pese a mi carta de nobleza, nada puedo esperar del marquesado; necesito forjarme una fortuna propia, pero debo salvar un pequeño obstáculo: mi completo desconocimiento sobre la actividad comercial, una disciplina que no

ha sido contemplada por el marqués, mi padre, durante mi aprendizaje en el marquesado, ni por la Academia de Guardias Marinas. Se murmura mucho sobre las fortunas que han amasado los oficiales de la carrera de Indias al realizar negocios sobre las mercancías que llevaban, o bien, al adquirir una participación sobre lo transportado. Dicho esto, le propongo una sociedad mercantil, en la que usted ofrece los conocimientos mercantiles y yo me encargo de las relaciones públicas. En los puertos, los oficiales de guerra tenemos acceso a personas y casas que les están vedadas a los que carecen de linaje. Usted me indica y yo actúo.

—La sinceridad es un bien que aprecio. Sin embargo, le advierto que, pese a las lecciones aceleradas que me impartió mi hermano Dionisio, no es un campo que domine.

—Estoy seguro de que sabe más que yo. ¿Serán así todos los puertos de las posesiones en el Pacífico? —inquirió Melchor, contemplando la pobreza de las construcciones que los rodeaban.

—Estos son meros puestos avanzados para evitar que las potencias enemigas se asienten en las zonas desatendidas y con la función de abastecer a nuestra flota, sea de guerra o comercial. Chile es una Capitanía General, no llega a ser virreinato porque no reúne alicientes. Demasiado frío para resultar atractivo el asentamiento en invierno.

—Se me hace raro que en febrero sea verano —comentó Melchor, que se sentía como los aventureros del siglo pasado cuando descubrían nuevas tierras—, aunque, después del cabo de Hornos, encuentro muy agradable esta temperatura.

Se adentraron en una calle de tierra rojiza, entre casas de adobe, que pertenecían a los funcionarios del puerto, y las chozas de madera de los indígenas. Las mujeres con las que se cruzaban eran indígenas, vestidas con telas de alegres colores, y los escasos españoles que residían allí obligados por sus cargos de funcionarios habían dejado a sus familias en Valparaíso. Saludaron a algún que otro hacendado que había acudido al puerto para contemplar la escuadra, ya que, aparte de las goletas de cabotaje, rara vez fondeaban naves tan grandes. La despejada zona costera estaba rodeada de una impenetrable masa de arbustos espinosos y

enmarañados.

—No es de extrañar que falten hombres de mar para completar la tripulación —comentó Mier—. Las penurias, los peligros y las prolongadas travesías sin tocar tierra, por no hablar de las enfermedades, no resultan muy atractivas.

—Ahora comprendo el derecho que nos concede el rey, la *pacotilla,* para cargar mercaderías —añadió Melchor— y compensar el escaso sueldo. Es el anzuelo para animar en las levas.

—¿Se conforma con eso, teniente? —Melchor notó la ironía en el tono del piloto—. Los españoles somos muy hábiles en solventar prohibiciones con picardía.

—¿Así llaman al contrabando? Confieso que, si surgiera la ocasión, no me importaría arriesgarme. ¿Usted no? ¿O va a soltarme el sermón del niño bueno? Si no sacáramos algún beneficio científico o económico, ¿quién se embarcaría en busca de nuevos descubrimientos?

Mier sonrió. Melchor esperaba caerle bien al no tener pelos en la lengua. Su don de gentes le permitía evaluar a la persona que deseaba conquistar y Mier era de aquellos a los que había que abordar de frente; lo contrario sería insultar su inteligencia.

—Yo también aspiro a dejar de ser pobre. ¿Con qué capital cuenta?

—Con mi sueldo, señor Mier, y la pacotilla. ¿Será suficiente?

—Se hará lo que se pueda, pero le aconsejo que empiece a ahorrar, señor. —Se estrecharon las manos, complacidos ambos con la sociedad.

La escuadra continuó la singladura hacia el norte, hicieron una breve escala en Valparaíso y fondearon en el Callao el 3 de mayo, puerto en el que Álava había decidido pasar los cuatro meses de invierno, bajo la protección del fuerte Real Felipe.

Lima los recibió con los brazos abiertos. Era una ciudad señorial con más de cuatro mil viviendas: quintas y mansiones con huertas y jardines, provistas de patios y galerías. Las residencias urbanas constaban de dos pisos con largas balconadas sobre la calle. La mayor parte de los limeños eran españoles o hijos de españoles afincados allí. Las costumbres y la forma de entender la vida eran españolas. Era el virreinato más importante y antiguo después de

Nueva España, y el virrey aspiraba a mejorarlo.

En las calles limeñas se mezclaban los sobrios colores de los ropajes españoles con los vistosos de los indígenas, rústicos y artesanales; las calesas tiradas por briosos caballos adelantaban a los lentos carros, uncidos por mulas o bueyes; airosas mujeres, con grandes abanicos en la mano y envueltas en sedas, destacaban sobre las mujeres vestidas de algodones y con niños fajados a la espalda. El mismo contraste ofrecían las edificaciones señoriales, grandes palacios e iglesias barrocas, que se hallaban rodeadas por estrechos callejones, de humildes y apretadas construcciones de adobe con galpones y huertas.

Los oficiales de la Real Armada se convirtieron en el centro de las atenciones de los limeños y disfrutaron de las fiestas y recepciones con las que los agasajaron, entre las que destacó la ofrecida por el virrey, Ambrosio O'Higgins, un comerciante y militar irlandés que hacía gala de su recién estrenado título de marqués de Osorno. La otra cara de la estancia eran las labores de mantenimiento que requerían las naves, por no hablar del vaciado de la sentina, las coladas de ropa, los cortes de pelo y los baños con agua dulce, que eran obligatorios para mantener las epidemias controladas en el puerto.

El señor Marcelo de Cuéllar, asentador del vino y terrateniente, celebró un baile y reunió a la flor y nata de la sociedad peruana. La hacienda era próspera, y Cuéllar había levantado un edificio sólido, como casa principal, al estilo gaditano, por lo que los oficiales de la escuadra se encontraban en un ambiente familiar, con un lenguaje y unas costumbres similares. En el momento álgido de la reunión, el señor Álava desveló la intención de prolongar el viaje hasta las islas Filipinas. La noticia cayó como un jarro de agua fría, ya que la mayor parte de los oficiales vio frustrada su intención de comerciar en Nueva España.

—¡Negra suerte! —exclamó Mier—. ¡Manila! ¡Mis contactos están en Acapulco!

—¿Tan grave es? —se preocupó Melchor. Estaban en el patio principal, adornado con farolillos y plantas alrededor de un suelo de madera que empleaban como pista de baile. Las mujeres se

abanicaban con brío, ignorantes de lo que significaba el cambio de planes para aquellos marinos uniformados que despertaban su curiosidad—. ¿Qué sabe sobre las islas de Poniente? ¿No son el origen de las fortunas y la tierra de las especias? Por lo que he escuchado, los comerciantes aguardan la nao de Manila con expectación.

—¿Qué quiere que le diga? Es el fin del mundo, pero un mundo fragmentado en miles de islas que nunca se terminan de cartografiar ni de dominar.

—No son palabras muy alentadoras de alguien que ya ha estado —reconoció Melchor, con el ceño fruncido—. Sin embargo, el reino se enriquece; no puede ser tan malo —insistió, con la esperanza de hallar un poco de aliento.

—No está muy ducho en comercio, mi querido amigo. No se enriquece el que produce, sino el que vende. Misterios de la economía —añadió Mier, con sorna—. Mi inquietud por el cambio de ruta de la escuadra se debe a mis planes —le confesó el piloto—. Mi familia trabaja para los hermanos Ustáriz y me ha facilitado contactos con consulares y consignatarios de los puertos y ferias de Nueva España.

—Si fuera tan fácil hacer fortuna —observó Melchor—, en España habría más terratenientes y palacios que setas en un otoño lluvioso.

Se rieron al unísono. Melchor se alegró del buen humor del piloto; estaba empezando a conocerlo y le caía bien. Se dieron la vuelta y se alejaron del bullicio para internarse en los jardines que rodeaban la casa. Habían perdido el interés por las jovencitas que bailaban bajo la atenta mirada de sus progenitores.

—¡Ah, por fin los encuentro! —El teniente Anievas se les unió.

Era mayor que ellos, delgado, ya que la vida de embarcado no casaba con la obesidad —al contrario: los marinos mostraban carnes magras y fibrosas—. Su carácter afable disimulaba lo poco agraciado que era, pese a sus esfuerzos en acicalarse. Contrariamente a Melchor, Anievas disponía de una casa solar acompañada del título de hidalgo y de las buenas rentas que generaba y que gestionaba su esposa en su ausencia.

—Estaba muy ocupado con la señorita Martínez —señaló Melchor.

—A decir verdad, la señorita estaba ocupada conmigo. Los galones se cotizan mucho por estos parajes. Las matronas están desesperadas por cazar un marido que lleve a sus hijas a Madrid.

—Sobre eso hablaba con el señor Mier —agregó Melchor. Habían rebasado los jardines, adornados con vistosas orquídeas y achiras, y se adentraron en la plantación forestal sin iluminar—. La tierra es feraz, la producción generosa, gozan de servicio y de buenas casas y, sin embargo, añoran la vida peninsular, donde no vivirían con tantas comodidades y pasarían verdaderos quebrantos, si no hambre.

—Las costumbres, las comidas y el lenguaje indígenas nos son extraños —opinó Anievas—, y, al cabo de un tiempo, se añora la convivencia con personas de la misma cultura.

—Es un punto de vista muy usual en un recién llegado.

La voz salió de la oscuridad que los rodeaba. Escucharon el crujir de las hojas al paso de la persona que se acercaba y, cuando se presentó ante ellos, reconocieron al anfitrión, Marcelo de Cuéllar.

—Me había alejado para fumar. —Alzó la pipa, la prueba del delito —. Me aturden tantas voces. Con el tiempo uno se acostumbra al silencio del campo y a la soledad de la hacienda. La razón por la que las matronas desean casar a sus hijas con oficiales de la Península es la dureza de la vida para ellas. Lima es una gran ciudad, pero en su contra juegan otros factores opuestos a la riqueza que genera: el no poder alejarte mucho sin entrar en la selva y la falta de hombres de posición con los que casar a las hijas, y entiéndase por posición la influencia en la corte, educación, rentas, zarandajas con las que no crecemos los hombres en los virreinatos, pues nos debemos a nuestras haciendas, esas que generan la vida acomodada de las señoritas, criadas con un servicio que las colma de atenciones. —La ironía rezumaba en sus palabras—. Las mujeres que han nacido aquí tienen la triste creencia de que la Península es mejor, porque vienen de allí funcionarios y petimetres, muy pagados de sí mismos, en busca de fortuna. Esas mujeres de seso ligero confían en que una buena dote les conseguirá la luna, y, por desgracia, he presenciado cómo algunos aventureros se han aprovechado de esas dotes y se han deshecho de las mujeres en cualquier otro puerto de camino a

esa supuesta tierra prometida.

—Por la acritud con la que habla de las mujeres, no ha tenido suerte en ese campo —dedujo Anievas, el único casado.

—En dos ocasiones lo intenté —reconoció el señor Cuéllar— y ambas pagaron un alto precio por su ambición. Yo les hubiera bajado la luna. —La mirada del hacendado se perdió en el recuerdo y, luego, cambió de tema—. Los puertos caribeños son más prósperos y más avanzados que los puertos del Pacífico porque están mejor comunicados con Europa. Aquí sólo contamos con el cabotaje. Me fui de Cádiz siendo muy joven, pero yo diría que Cartagena de Indias, y esa ciudad, señores, sí que es inolvidable, se le asemeja mucho: las casas, las voces, el mercado. Hay mucha vida en la perla del Caribe, pero, en aquel entonces, era muy cara para un buscavidas como yo, así que esto es lo que encontré. No me dolieron prendas, ya que abrigaba la esperanza de enriquecerme lo suficiente y volver al Caribe, pero ya lo ven: aquí sigo, hasta que llegue un loco con dinero y me compre la hacienda para irme a vivir a Cartagena o a Santa Marta. No deseo regresar a Cádiz. Le concedo la razón, caballero, aquí vivo como un aristócrata y nadie me abre las venas para ver de qué color son.

—¿Qué nos puede decir sobre la nao de Manila? —Melchor retomó el interés que los movía.

—Ese negocio es exclusivo de los almaceneros novohispanos, no de los hacendados o rancheros de los virreinatos del sur. Los almaceneros minoristas del Perú designan a su comisionista, que viaja a Acapulco, y allí cuenta con un intermediario novohispano que es quien participa en la puja de la feria y adquiere los fardos completos, que luego se reparten entre los minoristas. Se encarecen los productos con tanto mediador y tan largas distancias. Vivimos bien aquí, como ha observado usted, pero dependemos de Nueva España y de la Península: una poderosa razón que nos impide enriquecernos como lo hacen los novohispanos. Otro asunto diferente es la minería, que pertenece al rey y a cuatro nobles. Ahí no participamos en la fiesta.

—Es una plantación forestal; ¿qué árboles son estos? —se interesó Anievas.

—Palo de rosa. Los árboles más rectos y altos se venden a la Armada, otros, para hacer muebles, y de los sobrantes se obtiene un aceite para los perfumistas. Es muy rentable, pero, ya le digo, no consigo desprenderme de la hacienda porque es muy cara. Hay algunos que nombran a un administrador al frente de sus tierras y se van a vivir a un lugar mejor, y, cuando quieren darse cuenta de lo que sucede, el administrador ha volado con la riqueza generada. Si me voy, no quiero dejar nada a la espalda.

—Por lo que nos cuenta, hay una gran diferencia entre asentarse en la costa pacífica o en la costa atlántica —resumió Anievas, pensativo—, y la diferencia la marca el comercio.

—Entiéndame usted —incidió el señor Cuéllar—. Las necesidades vitales las tenemos cubiertas; no obstante, para enriquecerse, que es la idea que todos traemos en mente, es necesario el gran comercio. Y ese se desarrolla en las costas caribeñas. El Pacífico pertenece a Nueva España.

—Tenía usted razón, Mier —concedió Melchor—: la suerte no nos acompaña en este viaje.

—¡Ah, no! —exclamó el hacendado—. No se den por vencidos tan pronto. Es cierto que, si esto está lejos, aquello es el fin del mundo. Sin embargo, ustedes lo tienen todo a favor. Las islas de Poniente no son un lugar agradable para afincarse, pero sí para cerrar tratos comerciales a gran escala. Ustedes tienen rango para codearse con los consignatarios y los almaceneros manileños, los invitarán a sus casas y, si son ágiles de mente y de trato fácil y agradable, obtendrán beneficios. Están ávidos de noticias y de relacionarse con personas como ellos, que no sean chinos, japoneses o indígenas. Es una comunidad pequeña, muy dispersa, y las condiciones de vida, por lo que tengo entendido, son muy malas, alejadas de las comodidades que disfrutamos en los virreinatos.

—Le estamos muy agradecidos por sus palabras de ánimo —dijo Mier.

—Se rumorea que el rey va a permitir el comercio con más puertos americanos que el de Acapulco; de hecho, ha llegado alguna nave. Por nuestro propio interés deseo que sea cierto, pues nos hallamos desamparados ante la rapiña de los ingleses, que se presentan para

comerciar y, cuando los compradores suben a la cubierta con el dinero, les roban y los devuelven a sus botes sin nada. He tenido noticia ya de varias actuaciones similares a lo largo de la costa, en pequeños puertos en los que no hay presencia militar. Así que, si ustedes siguieran en Filipinas y enviaran la nave prometida o regresasen de su expedición al Callao, yo me haría cargo de los fardos y cajones que tuvieran a bien embarcar para la venta.

La conversación siguió en términos hipotéticos y los marinos, más alentados por las palabras optimistas del hacendado, se despidieron del anfitrión cuando la fiesta terminó.

Melchor y Mier no tardaron en hacer partícipe de sus planes comerciales al teniente Anievas, quien se unió a la empresa sin dudarlo.

El resto del invierno lo pasaron recogiendo información sobre los entresijos del comercio en los virreinatos. A Melchor y a Anievas les costaba imaginarse el volumen de ventas cuando los informaron de que tanto la capitanía de Guatemala como el virreinato de Nueva Granada también nombraban a sus propios comisionados entre los almaceneros novohispanos. Acapulco establecía el monopolio a través de la organización de las subastas, y el resto era un festín entre lobos. Melchor empezaba a intuir que a Cádiz llegaban los restos de esa orgía, lo que no se vendía por falta de interés o por exceso de producto entre los almacenes mexicanos. De ahí que los socios recuperaran la confianza en Filipinas: Manila podía ser una buena opción si jugaban bien las cartas, ya que era el origen de ese comercio sin cuartel.

A mediados del mes de septiembre comenzaron los preparativos para acometer la travesía más dura y larga: el Pacífico hasta las islas del rey Felipe. En el muelle, se improvisaron corrales para las gallinas y los carneros; los contadores pululaban como abejas entre los toneles de sólidos y de líquidos y designaban los buques a los que estaban destinados; en los barcos, los guindastes gemían y trabajaban sin descanso, mientras que los bodegueros y despenseros, entre gritos, estibaban la carga bajo la supervisión de algún oficial de guerra.

El comandante Álava, enterado de la desilusión de la oficialidad de

la escuadra por el destino, permitió que los oficiales embarcaran la pacotilla, es decir, fardos por el importe equivalente a unos miles de pesos fuertes, cuya cantidad variaba según el grado del oficial. Los tres socios adquirieron una buena carga de palo de rosa al señor Cuéllar. Melchor se había endeudado eventualmente con el señor Mier, pero este le había asegurado que no tendría problemas para devolvérselo en Manila y que aún tendría plata para comerciar allí.

Se ultimaron las labores de limpieza, se restablecieron los turnos de la marinería y se ubicó a los nuevos tripulantes que Álava había conseguido contratar para completar los equipos de los barcos. Los limeños contemplaban las labores con la melancolía propia de los que se quedaban en el puerto. La probabilidad de que arribara otra escuadra semejante era bastante remota.

En los días previos, los buzos limpiaron de moluscos y algas los cables de las anclas, tras haber pasado cuatro meses sumergidos. El 6 de octubre levaron anclas y se hicieron a la vela para alcanzar la latitud de Acapulco. Era el tramo más complicado por el peligro de que los interceptase alguna nave enemiga. Sin embargo, al llegar a la altura del puerto novohispano, tan sólo un bergantín, avisado de la cercanía y del destino de la escuadra, se acercó para entregarles el correo procedente de Nueva España y de la Península para Manila.

Melchor calculó con Mier que de Acapulco a Manila navegarían unos tres meses sin avistar tierra si la travesía se realizaba sin novedad. El peso de la derrota caía sobre la nave capitana, y los demás buques se limitaban a seguir su estela. El trayecto en sí no entrañaba dificultad. Los problemas pesaban sobre los hombros de los despenseros, quienes vigilaban que los alimentos no se echaran a perder y medían las raciones exactas para que no se agotaran antes de tiempo. Era un tema muy sensible entre la tripulación, por lo general siempre hambrienta. La bodega se abría a una orden del comandante y se subían las raciones a boca de escotilla. A la vista de todos, vigilados por el oficial del detalle, los despenseros procedían a pesar y a medir los alimentos. Se comía una vez al día, aunque había dos repartos, uno por la mañana y otro por la tarde, para cada turno. La única excepción, tanto en el reglamento como en la calidad del rancho, eran los enfermos, cuya dieta la ajustaba el

cirujano. También se entregaba el alimento de los animales, el aceite para las luces ordinarias y el vinagre para desinfectar la enfermería u otro lugar en caso necesario. Melchor, como oficial de guerra, sacaba sus raciones de su propio pañol, que contenía alimentos y vinos extra abonados por él mismo. Terminado el reparto, la bodega se cerraba bajo dos llaves y la custodiaban dos soldados.

A la mesa del comandante se sentaban los oficiales de guerra y el capellán habitualmente, y, en ocasiones, se invitaba al primer piloto y al médico cirujano. La mesa disponía de mantel, vajilla, cubiertos, vasos de cristal y asistencia de los pajes. No obstante, Valcárcel cuidaba de que no se cometieran excesos en los alimentos, para que no se alterasen los ánimos de la tripulación ante tan visible privilegio.

Recalaron en la isla de Guam el 3 de diciembre sin novedad ni retraso. A excepción de algunas lluvias torrenciales, la navegación transcurrió con la rutina de los trabajos a bordo. Lo que había marcado el tedio, según Melchor, había sido la constante monotonía de mar y cielo, aunque la reciente amistad con Mier y Anievas había ayudado a superarlo. Por algo lo llamaban Pacífico. Realizada la aguada y la adquisición de alimentos frescos, el jefe de la escuadra envió por delante a la fragata Nuestra Señora del Pilar con la misión de buscar prácticos en Palapag, al norte de la isla Samar, para que los ayudasen a pasar el complicado estrecho de San Bernardino.

Un día después, abandonaron el refugio de la isla de Guam y se aproximaron al límite del Pacífico, donde los sorprendió un temporal. Valcárcel llamó a zafarrancho y se tomaron las mismas disposiciones que en el cabo de Hornos para capearlo. La duración, desde el día 14 hasta el 18, y la virulencia hicieron pequeños los sufrimientos que habían soportado en el mar de Hoces. Llegaron sin más contratiempos a Palapag, donde no había noticia de la fragata. A causa del peligro que suponía la espera sin un buen abrigo para la escuadra, Álava decidió aventurarse por el estrecho sin ayuda.

—Fíjense bien en los detalles —recomendó Mier a los dos oficiales —: es la puerta a las Filipinas. Por aquí se entra y se sale del archipiélago al Pacífico. No hay otra ruta, aunque se ha buscado.

Melchor observó las paredes verticales graníticas, hoscas y

afiladas, características del origen volcánico. Las naves enfilaron el estrecho en línea y con poco trapo. Se levantó una densa niebla que los obligó a mantenerse a la vista con el riesgo de abordarse o acercarse demasiado a las rocas, por lo que Anievas dispuso vigilancia en las serviolas y en las mesas de los obenques. Por si fuera poco, la noche se les echó encima y dificultó más el avance. Dejaron las islas de Ticao y Burias a babor y se adentraron en el archipiélago en dirección noroeste, y el 24 de diciembre se mantuvieron al pairo frente a Mariveles, a la espera de que les concedieran permiso para adentrarse en la bahía de Manila.

No tardó en abarloar junto al Europa la lancha del capitán del puerto, perteneciente al tercio de Marina, y el día 25 fondearon frente a la ciudad, al sur de la desembocadura del río Pasig.

4

Manila, diciembre de 1796

Francisca agitó la redoma. Contenía el aceite de la resina del benjuí y alcohol, obtenido de la caña de azúcar de la isla de Cebú. El olor de las esencias impregnaba la estancia. Los aceites esenciales con los que realizaba sus perfumes eran orientales, los que podía conseguir su amigo Jian, pues había seguido, al pie de la letra, su consejo de reiniciar su actividad: resina de benjuí y pachulí de Indonesia; sándalo, oud, jazmín y canela de la India y vainilla de Madagascar. De ahí el éxito de sus perfumes, pues eran fragancias diferentes y difíciles de obtener en Europa a precios asequibles.

—Hija, me ha costado encontrarte —le reprochó su madre, una mujer de cuarenta años bien llevados—. No has tardado mucho en poner de nuevo en marcha el taller.

Lo que llamaban «el taller» era un chamizo que estaba junto a la cocina y el lavadero, en el patio trasero de la casa. Había estantes llenos de redomas, pipetas y tarros con el contenido escrito. Sobre el suelo de piedra hervían varios alambiques: unos, para destilar agua; otros, para destilar esencias. Ofrecía un aspecto abigarrado, pero pulcro y ordenado. La sustentación del techo, sobre los cuatro ángulos que ofrecían las paredes, permitía la ventilación del chamizo por los cuatro costados. Para impedir el paso de los insectos, atraídos por el dulzor de los aromas, Francisca había colgado una fina gasa que cubría la apertura desde la pared hasta el techo de nipa.

—Lo he echado de menos —se justificó Francisca—. Los asuntos de Severino absorbían mis esfuerzos, y los constantes traslados de Macao a Cantón me impidieron organizar una producción. Además, me distrae de la añoranza. ¿Para qué me buscaba?

Había dejado de llorarlo, pero se había instalado la tristeza y los

vapores de los perfumes conseguían distraerla.

—Ha llegado una flota de navíos y procede de Cádiz —informó, excitada, doña Lisarda.

Doña Lisarda se había casado enamorada, pero Francisca sabía cuánto echaba de menos México, los bailes, el teatro y el ajetreo de una sociedad con muchos entretenimientos. De niña, le hablaba de su juventud, de sus amistades y de los mercados. Nada que ver con la sociedad manileña, que vivía para el trabajo.

—¿Una flota? —inquirió Francisca, sin abandonar lo que se traía entre manos.

—Sí. Hay navíos grandes, de esos modernos, y otros más pequeños. ¡Ay, hija! No entiendo de barcos. Lo importante es que estos son de la Real Armada y proceden de Cádiz. Españoles de pura cepa. Y comentan que vienen para quedarse.

—Eso no presagia nada bueno —se alarmó Francisca—. ¿Quiénes son nuestros enemigos esta vez? ¿Cuándo se han acordado de defendernos en la Península?

—¡Vaya! Te pareces a tu padre. Yo emocionada de pensar que puedas encontrar un buen oficial español y vosotros hablando de guerras.

—Madre, he decidido guardar un año de luto. —Francisca tapó la redoma, en la que maceraba la fragancia.

—¡Bah! A mí no me engañas. Es una estratagema para mantener lejos a los menesterosos y buscadores de dote. Y en eso te apoyo, pero no te cierres si aparece un buen candidato. Las mujeres no somos nadie sin un marido.

—Aquí ya he terminado —dijo Francisca. Apagó el alambique por el que discurría el agua destilada para próximas elaboraciones, se quitó el mandil y lo colgó de un gancho.

—¿Es un nuevo perfume? —se interesó doña Lisarda.

—No. Estoy recuperando los aromas clásicos para reintroducirlos en el mercado. Dos años retirada y he de recuperar a los clientes. ¿Vamos? Imagino que querrá ir a la playa a contemplar los barcos. Le advierto que se va a llevar una decepción. En Cantón he presenciado muchas arribadas tras una larga travesía: los barcos son pestilentes y a los hombres se los confunde con menesterosos.

Entraron en la cocina e informaron de su salida a las dos empleadas filipinas, Serafina, la cocinera, y Mauricia, la criada. Francisca las conocía desde niña. Después de tantos años trabajando en la casa, formaban parte de la familia. Ambas eran de mediana edad y tenían los rasgos indígenas muy pronunciados. Serafina era más rellenita y paciente que Mauricia, toda actividad y más esbelta. Madre e hija atravesaron las dependencias de la planta baja, que servían de almacén, y subieron a la planta noble, con numerosos vanos para que corriera el aire. A causa de los movimientos sísmicos, las casas eran bajas. Los pilares que sustentaban las paredes —de mampostería abajo y de madera arriba — eran de piedra y se hundían en la tierra. La techumbre era ligera, de madera y teja árabe. Manila había sido asolada en bastantes ocasiones por terremotos y tifones, y la experiencia había obligado a los manileños a mezclar los sistemas constructivos españoles con los indígenas.

No se emperifollaron para acudir a la playa, por lo que prescindieron de los servicios de Fei, quien había dejado Cantón y había acompañado a Francisca a Manila a petición de Jian. Se ajustaron los sombreros y cogieron las sombrillas.

La casa de los Muñoz, al estar en una esquina, contaba con dos fachadas a la calle, por lo que era más cara y lujosa. Se situaba cerca de la plaza Mayor, alrededor de la cual se erigían la catedral, la casa consistorial, el palacio del gobernador, la Audiencia y la Contaduría General. De allí a la puerta, por la que se salía al arenal, había un paseo entre calles trazadas a cordel, interrumpidas por la presencia de los conventos, cuya mole abarcaba más de una calle y que gozaban de una placita delante del pórtico principal de la iglesia.

La playa estaba muy concurrida. Madre e hija saludaban con un movimiento de cabeza a las personas conocidas hasta que tropezaron con la señora de Acevedo, cuyo marido era militar y comerciante. Doña Lisarda la soportaba porque no le quedaba más remedio. Tras el saludo protocolario, la señora se precipitó a informarlas.

—Rafael me ha dicho que falta una fragata. ¡Qué desgracia, doña Lisarda! Justo cuando ya estaba tan cerca. Pero debemos alegrarnos

por el resto, es lo que le digo a mi marido. ¡Qué emoción! Seguro que habrá bailes y fiestas. En cuanto me he enterado, me he acercado a Binondo para encargar unos vestidos nuevos a las niñas. La ocasión bien merece el gasto. Es una pena que siga usted de luto.

—Mírelo por el lado bueno, doña Rigoberta: sus hijas tendrán una competidora menos —dijo Francisca, a quien esas batallas por cazar marido le importaban un ardite.

—No hay que ser tan riguroso con las conveniencias sociales —quitó importancia doña Lisarda—. Francisca no faltará en los salones. Son tan pocas las distracciones que nos ofrece esta isla —se lamentó— que sería delito perdérselas.

—¿Vestida de luto? —Doña Rigoberta no ocultó su extrañeza.

—Por supuesto —replicó doña Lisarda. Se inclinó hacia su oyente y susurró, como si le hiciera una confidencia—: No podrá bailar, pero sí cotillear.

A doña Rigoberta se le escapó una sonrisa cómplice y un suspiro de alivio. Sus hijas no eran rivales para la belleza de Francisca, y carecían de su experiencia. Pero, si la Muñoz mantenía el luto, eso la descalificaría como posible esposa a ojos de los oficiales solteros.

—¡Oh! Allí está tu padre con los señores de Orellana —señaló doña Lisarda, ansiosa por sacudirse de encima a doña Rigoberta.

Se despidieron y Francisca se animó. Ana María de Orellana era sólo dos años mayor que ella y habían congeniado nada más conocerse. Se la presentó su madre en cuanto regresó de Cantón. El matrimonio Orellana había llegado con sus hijos unos meses antes que ella a Manila desde Ciudad de México para hacerse cargo de los negocios de la familia. Ana María le había confiado la situación sin ningún pudor. Como ninguno de los hermanos quería desplazarse, lo habían sorteado y les había tocado a ellos pasar unos años en la isla. Al principio se había disgustado, pero hubo de hacerse a la idea. Si el viaje les había parecido una odisea, pues los dos niños se habían pasado gran parte del viaje mareados, cuando arribaron a Guam les había sorprendido una tormenta de la que pensaron que no saldrían vivos. Le había confesado que en Nueva España no se hablaba bien de la vida en Manila, y había comprobado la veracidad

de esos rumores; por el contrario, a Fernando, su marido, le había entusiasmado encontrarse en el epicentro de las mercaderías.

A pesar de sus palabras, Francisca había constatado que doña Ana María era una mujer optimista y nada remilgada. La novohispana se había interesado por su vida en Cantón y había recorrido con ella los arrabales que rodeaban la ciudad amurallada de Manila, colmándola de preguntas: la curiosidad era una de sus buenas cualidades, así como su capacidad de observación. No perdía la ocasión de disfrutar de los placeres de la vida o de estrenar un vestido, ya que conservaba buen tipo después de los dos partos.

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó su padre en cuanto las vio acercarse—. Debéis de ser las últimas.

Pedro Muñoz era un hombre hecho a sí mismo, como todos los que se habían establecido allí, pero se diferenciaba de los demás en el carácter afable y alegre propio de la persona que está satisfecha con lo que ha conseguido en la vida. A sus cincuenta y seis años, se mantenía delgado y erguido, y lucía con orgullo su cabello blanco, peinado hacia atrás y recogido en una coleta para que no le estorbara ni le diera calor. El rostro, de rasgos regulares, lo mantenía rasurado para evitar que anidaran molestos parásitos. Doña Lisarda exigía pulcritud, y lo que dijera su esposa no caía en saco roto, ya que era uno de sus sueños cumplidos: que una hermosa mujer no sólo se hubiera enamorado de él, sino que, además, hubiera accedido a acompañarlo a aquellas latitudes.

—¿Había alguna prisa? Todavía están echando el ancla y aferrando las velas —observó Francisca.

—Los impacientes somos nosotros —intervino don Fernando—. Habrá noticias de la familia.

—Y de mis cuñados en Acapulco, que son quienes adquieren mi género —añadió don Pedro.

—Dicen que vienen a quedarse —comentó doña Lisarda.

—En el consulado se rumorea que traen problemas —compartió el temor don Pedro—. Cuando la metrópoli se acuerda de nosotros no es para nada bueno. Vienen por sus intereses, no por los nuestros.

—¿Se refiere a la ruptura del monopolio del Pacífico? —planteó don Fernando Orellana.

—Ya están llegando naves de Cádiz por el cabo de Buena Esperanza, apoyadas por la Real Compañía de Filipinas —confirmó don Pedro.

—El día que murió mi marido, salieron dos barcos de la Casa de Ustáriz de Cantón hacia Cádiz —intervino Francisca—. Señores, si ustedes fueran comerciantes gaditanos, ¿no harían lo mismo? Habrá que plegarse a la realidad y buscar la forma de adaptarse a ella.

—Desde que has vivido en Cantón, te has vuelto muy sagaz —constató, orgulloso, su padre—. Es una pena que seas mujer: hubieras sido mejor agente que tu hermanastro Esteban.

Francisca no le había hablado de la trifulca que había sostenido con Esteban cuando este se enteró de que ella había dispuesto de los bienes de su marido a su conveniencia, sin consultar con la familia, ni que planeaba seguir adelante con la venta de sus perfumes y de las joyas falsas. Severino había intuido el cambio de política cuando se permitió comerciar a los buques de guerra que regresaban por el cabo de Buena Esperanza, y, poco después, se declaró el puerto de Manila abierto a otras naciones. ¿Qué sería lo siguiente? La respuesta estaba en esa escuadra que fondeaba en la bahía.

—Ahí va el gobernador. —Doña Lisarda atrajo la atención de los presentes.

Una lancha, con las autoridades manileñas, se dirigía hacia el navío de línea en el que ondeaba la insignia del jefe de escuadra.

—Espero que se haya perfumado bien —comentó Francisca a Ana María, con una pícara sonrisa.

—¡Oh, Dios mío! Me acuerdo de cómo olíamos cuando desembarcamos después de tres meses en el mar —se lamentó Ana María—. Por cierto, estoy encantada con su regalo.

—Ya lo percibo —replicó Francisca. Se echaron a reír las dos.

—Creo que ya podemos retirarnos —planteó don Fernando—. Pasarán horas hasta que las autoridades sanitarias los permitan desembarcar, y, si traen correo, tardarán en clasificarlo.

—Nos acercaremos esta tarde a la oficina del puerto —propuso don Pedro. Los hombres no ocultaban su hambre de noticias—. Para entonces, ya habrán ordenado la correspondencia.

Se abrieron paso entre los curiosos y avanzaron juntos por el arenal hacia la puerta de la ciudad.

—Seguro que se organizará un baile —vaticinó doña Ana María. La esperanza no abandonaba a las mujeres—. ¿Van a acudir?

—¿Faltar en una ocasión así? —ironizó doña Lisarda—. Doña Ana María, no permita que mi hija ponga el luto como excusa. No puede perder semejante oportunidad caída del cielo.

—Madre, la oportunidad ha venido por mar, no ha caído del cielo.

—Muy graciosa —dijo doña Lisarda, sin ofenderse.

—A su madre no le falta razón. En Manila no abundan los buenos partidos —doña Ana María se alineó con su madre—, y así me hace compañía. Fernando se enzarzará con asuntos políticos y comerciales.

—No se esfuerce, doña Ana María: he decidido asistir para que mi madre no quede como una mentirosa. Va diciendo a todo el que quiere escucharla que estaré allí, así que ya ve, no voy a dejarla en la estacada.

—Qué hija tan considerada. —El sarcasmo de doña Lisarda fue acompañado de una sonrisa. Era una postura teatralizada que mantenían entre madre e hija para romper la monotonía diaria, y se había convertido, con el tiempo, en un hábito.

Se despidieron en la plaza Mayor. Los Orellana eran nuevos y había pocas casas disponibles en Intramuros, pues estaban muy solicitadas por los funcionarios y militares: eran el cebo para que estos aceptaran semejante destino, por lo que se habían tenido que conformar con una casita al sur de la fortificación, cerca de la Puerta Real de Bagumbayan, el arrabal de los filipinos y de los españoles que vivían extramuros. Doña Ana María se quejaba de la falta de espacio, ya que la planta baja estaba dedicada al almacenamiento y al despacho de su marido. Así que los dos niños hacían la vida en la explanada que había delante del convento, acompañados de un sirviente.

—Tenemos que ahondar en esa idea de cambiar el sistema de comercio —planteó don Pedro, que caminaba entre la madre y la hija—. No me gustaría quedarme atrás después de tantos años de esfuerzos.

—Esperemos a ver qué cuenta esta gente —recomendó Francisca —. Por otra parte, le recuerdo que todavía estoy aguardando la contestación de la casa comercial gaditana.

Entraron en la casa.

—¡Fei! —llamó doña Lisarda, al tiempo que se quitaba el sombrero —. Reconozco que me pone nerviosa tu sirvienta por el sigilo con el que se mueve, pero siempre está donde se la necesita.

—Es extraña su ausencia —coincidió Francisca.

—Déjalos en mi aposento. —Y le entregó el sombrero y la sombrilla —. Voy a la cocina a ver si podemos comer ya.

—Buscadme en el despacho en cuanto esté la comida —anunció don Pedro, y se sumergió en el almacén.

Francisca subió las escaleras, cruzó la sala principal, dejó las cosas de su madre en el aposento de sus padres y entró en su alcoba. No pasó del umbral. Contempló con asombro el desorden que imperaba: el armario vacío y la ropa tirada por doquier, el colchón vuelto, el baúl abierto y los cajones fuera de sitio.

El grito de doña Lisarda la sacó del estupor; tiró el sombrero y la sombrilla sobre el barullo y bajó corriendo. Su padre llegó antes a la cocina. Doña Lisarda se hallaba en la alacena, donde había encontrado a Serafina y a Mauricia, atadas y encerradas.

—¿Qué ha sucedido? ¿Han entrado a robar, aquí, dentro de la ciudadela? —Don Pedro no salía de su asombro.

—¡Ay, señores! ¡Qué susto! —exclamó Serafina, ya con las manos libres—. Dos hombres embozados se nos echaron encima en cuanto ustedes se fueron. Nos encerraron en la alacena y les oímos romper cosas —gimió.

Mauricia, con los ojos asustados, asentía sin parar mientras se frotaba las muñecas.

—Mi habitación está revuelta, pero la de ustedes no —informó Francisca.

—En el despacho no he notado nada —añadió su padre—. Volveré a mirar.

—Aquí no hay nada roto —dijo doña Lisarda, tras examinar la cocina.

—¡El taller! —exclamó Francisca, y salió al patio seguida de su

madre.

—¡Qué desastre! —Palideció Francisca ante el estropicio de las esencias. Manoteó para alejar los insectos que habían acudido al aroma dulzón—. ¿Qué buscaban?

—El taller. ¿Y dices que también tu cuarto? —reflexionó su madre con la frente fruncida—. No lo entiendo. ¿Han robado algo?

—Voy a revisar todo con detenimiento mientras ustedes solucionan la comida —propuso Francisca—. Pero en el taller parece que ha habido más un ensañamiento que un robo —evaluó el estrago. Recogió del suelo un alambique abollado y lo dejó sobre su fuego apagado—. Veré arriba.

—¿Y dónde está Fei? —La echó de menos doña Lisarda.

Francisca se detuvo sorprendida. ¿Dónde estaba Fei? Dos hombres no eran suficientes para reducirla. Ella podría haberlos frenado. ¿Qué había sucedido?

—Nosotras no la hemos visto en ningún momento, y eso que hemos gritado en cuanto se fueron esos energúmenos —informó Mauricia, ya repuesta del susto.

Como si hubiera oído que hablaban de ella, Fei surgió de la nada, con el rostro impenetrable, pero Francisca, que estaba más familiarizada con ella, detectó que había corrido y que sus ojos buscaban los suyos.

—La semana que viene llegará el sándalo —le comunicó.

Francisca comprendió la mentira y la apoyó.

—Con la impresión del asalto, se me olvidó que la había enviado a Binondo —la excusó ante sus padres, y le explicó a Fei—: Han entrado en la casa, pero no sabemos todavía con qué intención. Iba a subir para ver si falta algo de mi habitación. Acompáñame y ponemos un poco de orden en ese caos.

—Si no falta nada, ¿qué hacemos? ¿Doy parte del asalto? —inquirió su padre.

—¿No resulta muy extraño esto? —caviló doña Lisarda.

—El centro del ataque han sido mis pertenencias —analizó Francisca—. Creo que alguien se ha sentido amenazado por mi competencia en los perfumes. Es la única explicación. Y sí que han robado algo: mi cuaderno con las fórmulas de los perfumes. Yo no

diría nada, padre. Mauricia y Serafina no han sufrido daño. Lo único que conseguiríamos es convertirnos en el centro de la noticia sin lograr descubrir al ladrón. Ya sabe cómo es esto. Deberemos andar más vigilantes.

—Tienes razón —contemporizó don Pedro—. ¿Qué pueden hacer con tus fórmulas? En cuanto saquen los perfumes a la venta sabremos quién está detrás. Haré mis averiguaciones de forma discreta.

—Si los venden directamente en Nueva España o venden las fórmulas a algún perfumista de allí, para cuando queramos enterarnos, no habrá solución —objetó Francisca, preocupada.

—¿Has perdido todo el trabajo? —Doña Lisarda reflejaba su angustia y su rabia en el rostro.

—¡Oh, no! Siempre hago una copia por si se produce un incendio o una inundación. Padre guarda en su caja fuerte un cuaderno idéntico —explicó Francisca—. Pero de poco sirve si lo que pretenden es arrebatarme el mercado. Tendré que empezar a diseñar fórmulas nuevas.

A Francisca le urgía hablar con Fei. Se dio la vuelta y subió las escaleras, seguida de la china. En cuanto se encontraron al resguardo de oídos indiscretos, Fei habló.

—Dos hombres, indígenas filipinos. Entrar al patio y atar a Mauricia y Serafina. Yo esconder en almacén. Mirar. No intervenir. Cuando ellos ir, yo seguir. Ellos pagados.

—Muy inteligente. ¿Adónde fueron? ¿Se llevaron algo?

—Sólo cuadernos. Ir a Bagumbayan.

—¿Cuadernos? ¿En plural? —se alarmó. Se volvió y revisó su escritorio y lo que había esparcido por el suelo. También faltaba el cuaderno en el que diseñaba las joyas en sus ratos de inspiración—. ¿Conseguiste averiguar quién les pagaba?

Miguel se revolvía furioso en el asiento de su despacho. Los dos hombres que le habían entregado las libretas eran unos ineptos. No habían dado con la mugrienta china que acompañaba a Francisca como una sombra. Se levantó y salió al corredor que daba al patio

central de la casa. Era la mejor edificación del Bagumbayan. Su padre, Pedro Muñoz, sabía de construcción, como de otras muchas cosas.

Había sido una lástima que su padre optara por casarse con una española a la muerte de su madre en lugar de tomar a la cuñada, como era costumbre. No se debía dejar desamparadas a las mujeres de la familia. Todo habría sido más fácil, aunque no hay mal que por bien no venga, porque le había permitido ser el cabeza de una familia muy extensa, con tíos y primos por doquier que ahora servían en la empresa familiar, una empresa que, en breve, lideraría.

Y eso lo conducía a otro fracaso. Sacó de un cajón la carta que le había enviado hacía unos meses su hermano Esteban y la releyó.

«Querido hermano:
La primera parte del plan se ha realizado con éxito y sin levantar la mínima sospecha. No obstante, la pieza principal se nos ha escapado y no por ineptitud mía, que te conozco, sino por la desconfianza que hemos generado. A veces me pregunto si no hemos equivocado la estrategia; tendríamos que haber sido más disimulados en nuestro desafecto. Aquí no puedo hacer más, pues despertaría las sospechas: el distrito extranjero acoge a una comunidad pequeña.
Ya ha salido un sampán con esa extraña mercadería barata que me has encargado.
Esteban».

Ahora el problema se hallaba en Manila, y le tocaba a Miguel solucionarlo.

II

Año de reparaciones

1797

5

MANILA, ENERO DE 1797

Melchor puso especial cuidado en el afeitado esa mañana. Se dejó largas y rectas las patillas, de color castaño claro, más claras de lo habitual por el sol, pues no le agradaba prolongarlas a lo largo de la mandíbula. Observó su rostro bronceado por estar a la intemperie, y los rasgos angulosos, faltos de grasa. Se pasó la mano por la recién rasurada barbilla y contempló unos labios firmes y deseosos de besos. Sus ojos, extrañamente azules para un español, herencia de una abuela francesa, se inundaron de una sonrisa ante la posibilidad de ver cumplido ese deseo. Al almuerzo sólo habían sido invitados los oficiales de guerra, pero habían permitido a los oficiales mayores asistir al baile de la tarde.

Era el primer día de asueto. La mayor parte de los equipajes —oficiales, tripulaciones, infantes de marina, cirujanos, pajes, capellanes e intendentes— no habían desembarcado durante la semana, ya que estaban o bien ocupados con la descarga de los pertrechos destinados a Manila, o bien, con la limpieza y el oreo de las cubiertas con las troneras abiertas. Además del aseo personal de barbas y cabellos, había que añadir el asunto del lavado de la ropa, y en cualquier driza o escota del velamen ondeaban camisolas y calzones. Por otra parte, la alimentación había mejorado y disponían de agua con libertad, lo que se había reflejado en el humor y en los cuerpos de los soldados de Infantería de Marina y de los marineros.

Se vistió con el uniforme de gala —en el que sólo cambiaba el pantalón por un calzón con medias blancas y zapato en lugar de bota— con tranquilidad, se sujetó el cabello con un lazo del color de la chupa y repasó su aspecto. Se colgó del gancho metálico del cinturón el sable. Por último, se encasquetó el bicornio con la cucarda roja.

En el combés, junto a la escala que bajaba hasta la lancha, aguardaban sus compañeros: el comandante Valcárcel, el teniente Anievas, el alférez Marañón y el primer piloto, Mier. El teniente Solís se quedaba de guardia por sorteo.

—¿Usted también, padre? ¿Qué se le ha perdido en un baile? —bromeó Melchor al comprobar que el capellán se unía a ellos.

—Disfrutar de la comida, como ustedes, y de la charla. La información siempre es bienvenida —contestó don Anselmo, en absoluto molesto. Conocía bien a sus compañeros de ruta y sus ganas de vida—. Porque no podrán convencerme de que acuden por las irrefrenables ganas que tienen de bailar.

Rieron la gracia de don Anselmo y comenzaron a descender a la lancha que los acercaría a los largos muelles de madera que se introducían en el mar para salvar los limos del río Pasig. La muralla, que envolvía la parte noble de la ciudad, era imponente. Salvaron la puerta y se introdujeron, por primera vez, por las cuidadas calles ortogonales, muy distintas a las irregulares, tan características de las poblaciones andaluzas. Las casas eran suntuosas y los conventos habían sido construidos con buena piedra. Algunos transeúntes, ávidos de noticias de la Península, los detenían en su camino, y Melchor se sorprendió cuando uno de ellos le comentó que la ciudad contaba con un hospital y una universidad. Llegaron a la plaza en la que se hallaba, completamente iluminado, el palacio del gobernador. Se trataba de una construcción pétrea con numerosos vanos, de apariencia más defensiva que palaciega.

Los curiosos, vestidos con prendas de lino y algodón la mayor parte, iban y venían por la plaza o formaban corrillos, pendientes de las personas que entraban y salían del palacio. Era el acontecimiento del Año Nuevo y no estaban dispuestos a perdérselo. Melchor y sus compañeros accedieron al interior, y los recibió un patio adornado con plantas exóticas y en torno al cual se articulaban las estancias.

—O está muy bien cuidado o parece de nueva fábrica —comentó el padre Anselmo, observándolo todo a su alrededor.

—Muy atinado, padre —confirmó el comandante Valcárcel, el único que había desembarcado en varias ocasiones por motivos burocráticos—. En el año setenta y uno sucumbió una parte del

edificio a causa de un terremoto. Por aquí son algo frecuentes; hablan de los seísmos como nosotros de los temporales.

—Caballeros, lo importante ahora es hallar la sala del ágape —apremió Melchor. La comida era un tema crucial entre los marinos.

—Los dejo con su entretenimiento. Debo reunirme con el comandante Álava —dijo Valcárcel, y se internó en uno de los salones.

La música les indicó cuál era el salón de baile, por lo que tomaron el camino opuesto y hallaron la sala en la que se exponían las viandas sobre largas mesas. En silencio, se armaron de platos y se diseminaron para abordar los manjares que les habían estado prohibidos durante la larga singladura. En la sala entraban y salían matronas y vecinos de Manila para servirse, y Melchor los observaba mientras intentaba mantener la compostura ante su plato y comer pausadamente, aunque su cuerpo le pedía que deglutiera cuanto antes y se sirviera otra vez.

—¿Ha oído eso? —preguntó el teniente Anievas a su lado.

—No prestaba atención.

—Los dos caballeros que estaban sirviéndose a mi lado comentaban que nuestro jefe de escuadra y el gobernador de las islas no están en buenos términos. Las órdenes que trae el comandante Álava no han sido del agrado del gobernador, don Rafael María de Aguilar.

—A eso le digo yo «desembarcar con buen pie». —Anievas sonrió ante la ironía de Melchor—. ¡Por fin una hembra que merece la pena! —exclamó en voz baja. Melchor se había criado en los salones y no olvidaba la etiqueta.

—¿A cuál de las dos se refiere? —indagó el señor Anievas.

Dos mujeres, agitando sus abanicos, avanzaban entre las mesas hablando entre ellas. La de cabello castaño, de rasgos bondadosos y boca sonriente, lucía un espléndido vestido de seda azul celeste con un amplio escote. La otra, con un cabello negro recogido en alto, dejaba a la vista un cuello blanco y enmarcaba un rostro ovalado en el que destacaban unos ojos verdes. Vestía de negro y una fina gasa del mismo color ocultaba parte del escote. De talante más serio que su compañera, contemplaba con cierto hastío las viandas sobre las

mesas.

—La de negro, señor Anievas —contestó rotundo Melchor, como si no hubiera lugar a equívocos—. Se mueve con elegancia y seguridad.

—Y está de luto.

—Mejor. Las viudas son más interesantes —incidió Melchor, sin parar de comer—. ¡Oh! Aquí llega nuestro hombre.

—¿Adónde nos dirigimos: salón de baile o salón de conversación? —indagó el señor Mier—. ¿Todavía comiendo? Tengan cuidado, no les vaya a sentar mal.

—Lo que me sienta mal es el hambre. El salón de baile debe de ser aburrido —opinó Melchor entre bocado y bocado—. La mayor parte de las mujeres que han desfilado por aquí son indígenas, vestidas a la europea y con bastante poca gracia. Las españolas están casadas o viudas, sean guapas o feas. ¡Un desastre, señor Mier!

—La información que he conseguido —dijo el señor Anievas— es que los españoles vienen aquí forzados por las circunstancias, por nombramientos o, simplemente, cuando el gobernador exige pobladores a Nueva España y le envían la carne de presidio, porque no encuentran hombres dispuestos a llegar tan lejos por muchas que sean las facilidades. Así que he deducido que hay gato encerrado. La distancia no es una excusa si uno espera lucrarse.

—Me alegra descubrir que no sólo han bebido y comido —se complació el piloto—. Recuerden que les advertí de que la riqueza se halla en el comercio, no en la producción, y los muertos de hambre no disponen de peculio para comerciar. Entremos en el salón; nuestro paso siguiente será descubrir cuáles son las principales casas comerciales y quiénes las administran.

—Ha sido una suerte para mí haberlo conocido —se sinceró Melchor, alumbrado por el vino—. Si algún día formo una familia, procuraré que mis hijos aprendan cosas útiles.

—No se haga el mártir. Usted es inteligente y sabe moverse muy bien en la sociedad. A mí me falta nobleza para acceder a ciertas capas sociales —observó el señor Mier sin resquemor.

—Para eso, cuente con nosotros. De todas formas, aquí no abundan los aristócratas. La mayor parte son comerciantes, bien

posicionados y enriquecidos, pero se les atragantan las formas. La nobleza rezuma en más cosas que en el vestir, y no pretendo ser elitista. En mi situación, no me está permitido presumir de algo de lo que carezco.

—Usted es hijo de marqués y ha sido educado como tal. La falta de fortuna no implica que haya perdido sus privilegios. Sin embargo, le agradezco su ayuda en esos círculos prohibidos para mí.

—Y en los que se mueve mejor que un simple hidalgo —redundó el señor Anievas.

Mientras hablaban, habían dejado los platos y avanzaban por el salón, atestado de grupos de hombres concentrados en las conversaciones que mantenían. Los calurosos uniformes de los oficiales se intercalaban con las frescas casacas de lino y seda en tonos claros de los civiles. Al igual que en el patio, en el salón abundaban las plantas que contribuían a aumentar la humedad del lugar. Se suponía que los marinos debían estar acostumbrados a los ambientes tanto fríos como tropicales; sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues Melchor sudaba hasta por el cabello. Nadie se fijó en ellos, y deambularon hasta que dieron con unos señores bien trajeados. Melchor captó la frase *«Tenemos buenos sastres y buenas telas»,* retuvo al teniente Anievas por el brazo y le hizo una seña con la cabeza. Se sumaron los tres al grupo para escuchar aquello de lo que se hablaba.

—Si nos permiten participar en la conversación, señores… —Melchor se encargó de la introducción—. El teniente de navío Luis Anievas, el piloto de primera Álvaro Mier y un servidor, el teniente de fragata Melchor Crespo.

—Los señores don Pedro Muñoz y don José Cabrero, comerciantes y consulares de Filipinas, y un servidor, don Gaspar Quiralte, oidor de la Audiencia —presentó el señor Quiralte.

—Sea la estación seca o la lluviosa, la temperatura se mantiene en los treinta grados —advirtió don Pedro, que llevaba la voz cantante —. Nuestras ropas son más ligeras y adecuadas que las suyas.

—Es un buen consejo —valoró Melchor, siguiendo el tono distendido—, pero, si completara la información con la dirección de un sastre, le estaríamos mucho más agradecidos.

—¿Han tenido la oportunidad de recorrer la ciudad? —se interesó don Pedro.

—Hemos estado ocupados. Es el primer día de asueto —confesó el teniente Anievas—, pero esperamos desquitarnos pronto.

—La ciudad extramuros se divide en arrabales. Al sur, en el camino a Cavite, está el indígena de Bagumbayan. Allí encontrarán buenos sastres. Viven también españoles, pues no hay suficientes casas para todos dentro de la ciudadela.

—En Lima nos han hablado maravillas del comercio asiático. —Mier se atrevió a abordar el tema que le interesaba—. ¿Cuáles con los almacenes de mayor prestigio?

—Sin duda, somos el origen del comercio, caballeros —confirmó don Pedro, más locuaz que los dos señores que lo acompañaban—. En el norte de la ciudad, por donde discurre el río Pasig, se sitúan los arrabales chinos: Binondo y Tondo. He de advertirles que los sangleyes no son de fiar. Asegúrense de que la pieza de tela tiene las varas que les han prometido y de que las últimas dobleces de la tela no estén manchadas o rotas; si compran mazos de hojas de té, revisen hoja por hoja para comprobar que son de la misma calidad y no mezcladas. Hecho esto, no pierdan de vista el producto, porque intentarán realizarles el trueque. Es mejor que no lo suelten ni permitan que se lo envuelvan.

—El comercio con ellos es complicado y muy poco fiable —dedujo, aturdido, Mier—. Ha sido una suerte tropezarnos con ustedes.

—Y más para marinos como ustedes, poco entendidos en calidades y tretas, si me permiten observarlo sin ánimo de ofender.

—¿Y cómo deberíamos proceder? —indagó Melchor.

—Si pretenden realizar compras grandes —comentó don José—, necesitarán un agente de confianza. El comercio con los sangleyes sigue sus propias normas. Son gente complicada. No se convierten al cristianismo, se afilian a sociedades secretas y no traen a sus familias, sino que se unen a los indígenas, pero no se llevan a los mestizos de regreso a China, y los dejan abandonados con su madre. Ya hemos sufrido su traición en varias ocasiones, como cuando se unieron a los ingleses durante la conquista de Manila en el año sesenta y dos. Sin embargo, nos vemos obligados a comerciar

con ellos y por eso los toleramos.

—Su interés en el comercio confirma los rumores de que las naves de guerra cargarán fardos. —Don Gaspar Quiralte no anduvo muy atinado con la afirmación. Los temas que giraban alrededor del comercio eran muy sensibles, ya que la vida en las Filipinas dependía enteramente de él.

—Nos permiten comerciar, si es eso a lo que se refiere. En cuanto a lo de cargar como un mercante, lo ignoro. —El teniente Anievas optó por la prudencia.

—El que los oficiales de los barcos deseen comerciar por su cuenta para sacar un rendimiento a su viaje no nos molesta —aseguró don José—, pero su comandante ha hablado de favorecer la ruta del cabo de Buena Esperanza para comerciar con Cádiz, y eso es algo que afecta al Consulado de Filipinas gravemente. Son casi dos siglos de mercadeo con Nueva España. De hecho, ya ha habido desavenencias entre el señor Álava y nuestro gobernador. Hay muchos intereses en torno a la nao de Acapulco.

—Don José, tenga compasión de estos oficiales —medió don Pedro —. Ellos son militares y, por tanto, no son responsables de las diferencias entre los comerciantes y los políticos de la metrópoli. Además, sabemos que la discrepancia principal se debe a la independencia de la toma de decisiones del comandante Álava respecto a nuestro capitán general. Creo que los van a alojar en Cavite, caballeros. En el río Pasig se acumulan tantos limos que es imposible adentrarse por él como no sea en canoa.

Se alejaron de un tema espinoso para los comerciantes y Melchor perdió interés. Discretamente, escrutó el salón en el que destacaban los uniformes de la marina y de los oficiales de tierra. De vez en cuando, entraba alguna mujer en busca de alguien, pero aquellas se mantenían en el salón de baile. La noche se les echó encima, y, tras un ligero refrigerio tomado de pie, los tres oficiales se retiraron al barco a descansar.

Al sonido de la campana y al canto de las horas Melchor estaba acostumbrado, pero las inusuales voces del padre Anselmo lo

despertaron. Recordó que se hallaban en el puerto, por lo que la alarma no se debía a nada grave. Prestó atención y se percató de que eran gritos de júbilo. Se levantó, se puso la camisola por encima y salió a ver qué sucedía. Mier y Anievas ya estaban apostados en la aleta de estribor, de cara al mar. Por la bahía avanzaba, maltrecha, la fragata Nuestra Señora del Pilar.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó el padre Anselmo, acercándose seguido de los pajes a su cargo para contemplar el espectáculo de la arribada.

Desde las embarcaciones fondeadas se oían gritos de ánimo y aplausos para los recién llegados. Divisó al comandante Álava, quien surcaba la rada en una falúa para personarse en la fragata.

—Al final, ha sido un viaje afortunado: tres muertes, unas pocas bajas por enfermedad y todos los barcos —evaluó Melchor satisfecho. Perder compañeros no elevaba el espíritu de los marinos.

El día 10 de enero la escuadra levó anclas para trasladarse al apostadero de Cavite. No tardaron en divisar la peculiar península que semejaba la pinza de un cangrejo. Valcárcel no pudo evitar su consternación delante de sus subordinados.

—¡Santo Dios! Ese gobernador del demonio nos ha engañado. Sólo hablaba de las mejoras en la fortificación de Manila, de la construcción de lanchas cañoneras y de que había abierto una fábrica de pólvora, pero se calló el abandono en el que ha dejado el apostadero de Cavite. ¡Observen esa muralla que se derrumba sobre el mar!

Desde el alcázar, reunidos los militares de guerra junto a su comandante, contemplaban impotentes la ingente labor que tenían por delante para recuperar las fortificaciones y restablecer el abastecimiento, tanto de pertrechos para las naves como para alimentar y alojar a la tropa. Siguieron las órdenes del navío Europa para fondear: en línea frente a la costa. Melchor dedujo que utilizarían la playa para muchas de las labores, y Álava la quería protegida de cualquier sorpresa que se adentrara en la bahía manileña.

Los comandantes fueron convocados en el arsenal, entre el baluarte de Guadalupe y el fuerte de San Felipe, donde se

concentraba el caserío destinado a los españoles vinculados con el mantenimiento del apostadero, y decidieron acondicionarlo para las tripulaciones que estuvieran en tierra durante las reparaciones. La población artesanal indígena se extendía por los arrabales de San Roque, fuera de la zona amurallada: una mezcla de etnias indonesias, japonesas y chinas.

Melchor fue uno de los afortunados en desembarcar al frente de la compañía de infantes de marina, como grupo de trabajo para reacondicionar los barracones junto a otros grupos de los demás barcos. Bajo sus órdenes se limpiaron y despejaron los accesos, se repararon los tejados de nipa y, luego, se reunió con el teniente Ibargoitia, al frente de otro de los grupos.

—Hace mucho calor para dormir ahí dentro. ¿Qué le parece si construimos un techado de nipa sobre la calle, como si fuera un emparrado para sombrear las horas de descanso al aire libre?

—Muy buena idea —aprobó Ibargoitia, y se pusieron manos a la obra.

Mientras tanto, los jefes militares y los intendentes recorrían las instalaciones y tomaban nota de los pertrechos que se almacenaban en los tinglados y de los que harían falta para efectuar las reparaciones, aunque se enfrentaban al desconocimiento de los árboles y plantas a las que estaban acostumbrados a emplear en Europa: maderas de palo María, laguán, banaba y abacá para las jarcias. En Manila podían adquirir plomo y hierro procedente de China y Japón. De hecho, los chinos y los japoneses se encargaban de las herrerías, en las que, a causa del calor, trabajaban de noche en la fabricación de clavos y pernos. El mayor problema era la carencia de cañones y la imposibilidad de conseguirlos para reforzar las defensas del astillero.

En los últimos años, el gobernador sólo había construido cañoneras para la defensa de la bahía, y Álava no tardó en cobrarse su venganza: puso al frente de esa pequeña armada sutil a don Isidoro García del Postigo, el comandante del Europa, para adiestrar a los infantes y realizar el entrenamiento de tiro, ya que, durante meses, sería la única fuerza con la que contarían cuando los barcos comenzaran las reparaciones.

Al cabo de dos meses de acondicionamiento del apostadero, pudieron sacar a tierra, sobre las gradas, el navío de línea Europa y la fragata Nuestra Señora del Pilar, ambos con los cascos podridos y las arboladuras incompletas.

Para entonces, las tripulaciones iban y venían de tierra de forma usual, bien porque contaban con horas de libertad, bien porque les había correspondido trabajar en las reparaciones. En una de esas ocasiones, Mier tuvo que acompañar a Valcárcel a tierra para asistir a una de las reuniones de Álava.

Ese día, Melchor se hallaba de guardia cuando el segundo piloto, el señor Calderón, se aproximó con cara de preocupación.

—Teniente, permiso para desembarcar. El señor Mier se ha olvidado el cuaderno de notas.

Melchor enarcó una ceja ante lo insólito del olvido. El señor Calderón se explicó mejor.

—Se ha llevado el cuaderno equivocado. Me he dado cuenta mientras estudiaba las cartas que tiene en su camarote sobre las islas. Anoche estuvo preparando la entrevista.

Aquella aclaración terminó por convencerlo, y le dio el permiso. No volvió a saber más del tema hasta que regresó el señor Mier sin el segundo piloto.

—¿Y el señor Calderón?

—¿El señor Calderón? —Mier lo miró extrañado.

—Le di permiso para desembarcar. Al parecer, usted se había llevado el cuaderno equivocado.

—No necesitaba ningún cuaderno y no he visto al señor Calderón.

Se miraron los dos, procesando la información, y, en breves segundos, llegaron a la misma conclusión.

—¿Será el traidor encubierto? —planteó Melchor, alarmado.

—Vamos a mi cabina. —Mier unió las palabras a la acción.

Desde la puerta contemplaron el baúl abierto y las ropas tiradas por doquier.

—Mis instrumentos no los ha tocado, los portulanos…

—No llevaba cartas de navegación —interrumpió Melchor, visiblemente nervioso—. Son difíciles de esconder.

—Se ha llevado uno de los cuadernos que conservaba de mi

participación en la expedición de Malaspina, justamente el que se refiere a estas aguas —constató Mier, hojeando rápidamente sus cuadernos. Se agachó sobre el baúl y removió lo que quedaba dentro—, y el joyel de mi madre.

—Lo siento por el recuerdo —dijo Melchor, abrumado porque era el responsable y enfadado por lo fácil que había sido engañarlo.

—No era un recuerdo, era una posibilidad de comercio en Acapulco. Ya le contaré. Por de pronto, habrá que informar al comandante, pero no mencione el joyel, carece de importancia.

Melchor informó a su superior en la nave, el teniente Anievas, quien desembarcó para informar a Valcárcel, y este informó a Álava, quien tomó las disposiciones necesarias para la búsqueda del segundo piloto del Montañés.

La preocupación por el robo sufrido en las Malvinas regresó para acomodarse en las mentes de los comandantes, que se preguntaban cuáles serían las consecuencias de lo que ya parecía un acto de espionaje.

A mediados del mes de marzo, Melchor coincidió con Mier en los baños, un barracón, atendido por los chinos, en el que las tinas estaban separadas por mamparas. Allí se cortaban el pelo, se afeitaban o se bañaban, y se había convertido en el mentidero del arsenal.

—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó Mier, cuando lo vio entrar.

—¿Se refiere a la llegada del bergantín Activo?

—Más bien, al parte de guerra —aclaró Mier.

—No es ninguna sorpresa —replicó Melchor—. La inclinación de Godoy hacia Francia no es nueva, y, en cuanto se ha firmado el nuevo tratado, era de esperar la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña. Lo interesante será descubrir cómo nos afectará la guerra en esta parte tan alejada del mundo.

6

Manila, marzo de 1797

Desde que había arribado el bergantín con la noticia de que estaban en guerra, una vez más con Gran Bretaña, no se hablaba de otra cosa en las calles de Manila. Francisca pensó que las personas eran absurdas: a su entender, nunca había habido paz, y Severino le había dado la razón en su día. Seguía pensando en él. ¿Lo había amado? Creía que no. Aun así, su muerte le había dolido como describían los poetas. Había sido un compañero, un amigo, se habían entendido muy bien, la había respetado y le había enseñado lo que sabía, y, lo más importante, no se había sentido frustrado cuando no llegaron los hijos. Francisca conocía las intenciones de su madre, pero no se sentía con fuerzas de iniciar una nueva relación. La suerte no pasaba dos veces por delante de la puerta de casa. En Manila se conocían todos, y no había hombre para ella. Los interesantes estaban casados y los solteros… por algo estaban solteros: o eran malos sujetos, que abundaban mucho por las islas, o buscaban fortuna. Ella no estaba dispuesta a ofrecer su persona y su patrimonio a cambio de una mala vida.

Había restablecido el taller y andaba de nuevo con la fabricación de sus perfumes. Excepto cuando creaba un aroma, que requería de su concentración, con los ya creados se limitaba a seguir sus notas, por lo que se trataba de un trabajo rutinario que liberaba su mente. Y su mente se proyectaba al futuro incierto. Encendió el pequeño fuego bajo el alambique para que se iniciara la destilación. Su madre no dejaba de recordarle que no eran eternos, que qué haría el día que ellos faltasen, que no podía contar con sus hermanastros —no les había revelado la implicación de Esteban en la muerte de su marido —, que la sociedad era muy cruel con las mujeres sin familia. No le decía nada que fuera nuevo.

Don Pedro Muñoz, desde el día de la profanación de la casa por individuos desconocidos, había cambiado. Se mostraba más quisquilloso con la vigilancia, no les permitía salir sin compañía y andaba siempre con el ceño fruncido. Y hablaba mucho sobre sus negocios y los puestos que ocupaba en la sociedad, como si quisiera que ellas conocieran los pormenores del tinglado. ¿Qué temía? A don Pedro no se le escapaba la frialdad entre los hijos de su primera esposa y ellas. Aquella incursión le había recordado la precariedad de la vida. ¿Quién las cuidaría si él faltase?

Sin embargo, a Francisca le preocupaba la violencia que se había desatado a su alrededor. Si estaba en lo cierto y Esteban había asesinado a su marido, el asalto al taller no era asunto baladí y señalaba a Miguel. ¿A qué venía ese acoso? ¿Por qué ahora? A pesar de la inquina que le tenían los hermanos, habían vivido en paz, cada uno por su lado. ¿Qué había cambiado?

Miguel era el mayor de los hermanastros y quien había conservado los rasgos indígenas de su madre, mientras que Esteban y Jacinta eran de piel más clara y rasgos europeos; tan solo el brillo oscuro de los ojos delataba su mezcla. Francisca sabía por doña Lisarda que Miguel llevaba mal la apariencia física. Francisca iba más allá y lo consideraba un hombre consumido por la frustración en ese aspecto e intentaba contrarrestarlo con una dedicación obsesiva para destacar y que no lo definieran como un indígena más, remolón y torpe.

En algunas ocasiones, Miguel se presentaba en el almacén de la casa para despachar con su padre, como sucedió esa tarde, y Francisca no se sonrojaba por la indiscreción de escuchar oculta entre los fardos.

—Acudimos a la playa para ver el espectáculo de la llegada de la escuadra —contaba don Pedro—, y mejor que no lo hubiéramos hecho. Sucedió algo muy enojoso en nuestra ausencia: entraron en la casa y destruyeron el taller de Francisca.

—¿Y eso le extraña? No a todos los hombres les agrada que una mujer comercie. ¿Aparte de destrozar el taller robaron algo? —se interesó Miguel.

—Eso es lo curioso —respondió don Pedro, caviloso—. No entraron

en mi despacho ni en el almacén, pero revisaron el aposento de Francisca. ¿Cómo sabían dónde dormía?

—Habrán denunciado la situación… —A juicio de Francisca, Miguel había eludido responder a la pregunta de don Pedro.

—Pues no —replicó su padre con rotundidad—. Se trata de algo muy raro. Dentro de la ciudadela no se producen robos, así que esperaré a ver qué sucede.

—Si sólo han causado desperfectos y no han sustraído nada, huelga la denuncia —convino Miguel, con demasiada presteza para la tranquilidad de Francisca.

—¿Y no te parece extraño? —insistió don Pedro a su hijo—. La única perjudicada ha sido Francisca. Y sí que han robado algo: el cuaderno de las fórmulas de tu hermana. Lo que no comprendo es la razón del destrozo causado en su taller ni que hayan despreciado los perfumes ya elaborados, que se cotizan bien en el mercado.

—Habrán considerado que serían fácilmente identificables en Manila. —Y con un tono que dejaba entrever su malestar, Miguel añadió—: Después de privarnos, su querida hija, de una buena fusión al vender la compañía de su marido, no comprendo por qué le sigue preocupando lo que le suceda. ¿No es su deseo introducirse en el mundo de los hombres? Pues déjela y que se apañe.

En ese instante, Francisca consideró seriamente la posibilidad de que Miguel estuviera detrás del asalto.

—No sé a qué viene ese comentario —lo reprendió don Pedro—. Tu hermana no es tonta, y como viuda goza de mayor permisividad.

—Por supuesto, padre, es una mujer de recursos, que no a todo el mundo agrada. Luego, que vaya acostumbrándose a la intolerancia.

La conversación, a partir de ese momento, varió a las pretensiones de la escuadra recién llegada y al cierre de tratos que se traían entre manos. Francisca se retiró en silencio de su posición de escucha.

Lo más enervante de la situación era que, si Miguel era la cabeza rectora del asalto, quedaría indemne, ya que flotaría en el limbo de la incertidumbre. El día del asalto, Fei había seguido a los delincuentes hasta Bagumbayan, pero no había averiguado quién les había pagado. Francisca necesitaba pruebas para acusar a Miguel abiertamente ante su padre, y aun así, no tenía claro qué podría

hacer don Pedro en favor de su hija. Miguel y Esteban eran hombres hechos y derechos con familia y contaban con el apoyo de los filipinos y de los españoles, pues los mestizos dominaban la producción por su sangre tagala y el comercio por su sangre española. Por otra parte, se portaban como buenos hijos con don Pedro, por lo que Francisca no podía obligar a su padre a tomar partido. Era una situación que debía resolver sola.

Selló con lacre los últimos frascos rellenos de perfume y los acomodó en el arcón preparado para transportar la preciada y delicada mercancía hasta Acapulco, que constaba de tres pisos divididos en compartimentos del tamaño de los frascos por unas finas, pero sólidas, láminas de madera acolchadas. Los manileños esperaban que llegara el San Andrés de Acapulco, pero ignoraban cuándo partiría de regreso a Nueva España, por lo que las cargas debían estar preparadas.

El almacén de la casa era amplio y su padre exigía que allí sólo se acumularan los fardos listos para el embarque. Estos debían cumplir las medidas exactas estipuladas por el consulado para su perfecta estiba en el navío. Además de los fardos, se admitían otros formatos como cajones o arcones para porcelana y vidrio, y tinajas para líquidos. Como el almacenamiento duraba meses, los productos debían ser perdurables, como porcelanas, textiles o maderas. Las especias y los líquidos se empaquetaban unos meses antes de la salida de la nao.

—¿Qué sucede, Fei? —preguntó en cuanto descubrió a la china en la puerta del taller. Por respuesta Fei le entregó una nota. Francisca la abrió y la leyó—. ¡Vaya! El señor Zhou ha vuelto a Manila. —Su rostro se iluminó. No tenían mucho contacto personal, pero Jian era su recurso cuando la vida se torcía—. Mañana le haremos una visita a la tienda. ¿Estará su padre?

—No. Padre partir para no volver.

Otra buena noticia. Jian Zhou estaba al frente de una de las casas comerciales más fuertes de Manila, especializada en joyas, aunque comerciaba con todo aquello que se le ofreciera.

Al día siguiente Fei la aguardaba en la calesa de llamativo toldo rectangular y largos varales que sujetaban al caballo frente a la

puerta de la casa, y se dirigieron a Binondo. Atravesaron la puerta Real de Santiago y avanzaron por la fortificación exterior hasta el puente que se levantaba sobre el río Pasig. Lo cruzaron, rebasaron los muelles, abigarrados de almacenes, y se introdujeron en Binondo, el arrabal sangley por excelencia, en el que se cerraban los grandes tratos para el comercio transatlántico y se ofrecía género al por menor en las tiendas y almacenes. Los chinos también cocinaban en la calle, como los indígenas filipinos, pero mantenían una higiene básica. Francisca estaba acostumbrada a que se mezclaran los olores a su paso: la nuez moscada con la sopa de tortuga, la canela con las verduras fermentadas, el sudor con el excremento de las gallinas… Le llegaban a ráfagas, según el capricho del aire. La tierra, regada por numerosos canales y ramificaciones del Pasig, era feraz, y árboles y arbustos rebeldes se alzaban asfixiados entre las casas.

En Binondo, la presencia de compradores, de vendedores, de cargadores sudorosos, de matronas con sus sombrillas, que entraban y salían de las tiendas, llenaban las calles de actividad. Nadie adivinaría el rechazo de los filipinos a los chinos, ni el desprecio de estos a los filipinos y a los españoles. Se había levantado un muro de cuentas pendientes entre ambas sociedades cuando se expulsó a los sangleyes en los años 1744 y 1747. En 1762 los sangleyes se tomaron su revancha y se unieron a los ingleses en la conquista de Manila. No obstante, a pesar de las afrentas de unos y de otros, se necesitaban para llevar a cabo sus empresas comerciales. Las aguas habían regresado a su cauce y la economía se había impuesto a los resentimientos. Era una sociedad que escondía los sentimientos en estado de ebullición, como la tierra que pisaban, que temblaba y vomitaba fuego.

Fei frenó el paso del caballo en cuanto se adentraron en el arrabal para no arrollar a nadie y lo detuvo a la puerta del almacén de Zhou. Francisca entró sola en el local y la recibió una vaharada a sándalo. Paseó la mirada y observó los cambios que había sufrido el almacén, así como el cuidado vestuario de los dependientes que atendían a los clientes: nuevos aires flotaban en la empresa Zhou.

Aguardaba a que uno de los jóvenes vendedores quedara libre

cuando un chico salió de la trastienda y le hizo un gesto para que lo siguiera. En los dos años que Francisca había residido en Cantón, había aprendido que los comerciantes chinos mantenían vigilado el local a través de trampillas disimuladas entre los anaqueles. Lo siguió por un oscuro pasillo y ascendió al piso superior, luminoso y bien ventilado. En Cantón ya había apreciado el refinamiento de Jian en el vestir y había creído que sería algo temporal, pero se había equivocado: Jian conservaba el aire serio y maduro en el rostro y el elegante estilo cantonés en las ropas.

—Gracias por recibirme. Me alegro mucho de su vuelta, si eso es lo que deseaba.

Jian alargó la mano y señaló el asiento frente a él. Francisca obedeció, consciente del halago que le hacía, pues las mujeres no se sentaban ante los hombres.

—Era mi deseo. China ha sido un buen aprendizaje, pero no era nadie allí. Por el contrario, en Binondo tienen en cuenta mis opiniones y me respetan por mis logros como comerciante.

—Comparto su sabiduría. Que los dioses le sean propicios.

Jian sonrió con los ojos.

—No soy creyente. Confío en el esfuerzo y en la capacidad de las personas para prosperar.

—Ya somos dos. Aprovecho para comentar que hay alguien a quien le molesta que yo prospere.

—Fei me ha hablado sobre el asalto y el robo de las dos libretas. Por esa razón la he convocado.

—Tengo mis sospechas, pero necesito pruebas. El tema es delicado.

—La familia siempre es un tema delicado.

Francisca se sorprendió por lo rápido que había atado cabos su amigo.

—¿Ha averiguado algo?

—No hace falta. Desde hace años soy consciente de que sus hermanos la odian, por eso la insté a vender la empresa en Cantón. Me informaron de que ya tenían arreglada la fusión. Fei me comunicó sus investigaciones acerca de Esteban.

—Sin pruebas, no sé cómo actuar; son hijos de mi padre —explicó

Francisca.

—Olvide a su padre y olvide que es mujer. Salga a su terreno y luche por lo que es suyo. Pero, antes, debe explorar ese terreno y conocer al enemigo; luego, con astucia, emplee sus propias armas contra ellos.

Francisca echó una mirada alrededor de la lujosa sala, tiempo que se tomó para pensar en lo que Jian le había dicho.

—Necesito una casa en Bagumbayan para poder espiarlo. Las puertas de la ciudadela cierran de noche.

—Yo me ocupo. Lo que me inquieta es el robo de la libreta en la que diseñaba las joyas. Habrá que crear diseños nuevos para no saturar el mercado acapulquense.

—Es lo mismo que he pensado con los perfumes. A partir de ahora, seré más cuidadosa con mis libretas.

No tardaron en enredarse con los diseños de las joyas de imitación que más éxito habían tenido y en la cantidad que ya se habían realizado para embarcar en el próximo barco a Acapulco. No eran socios a medias, pues el mayor trabajo recaía en los hombros de Jian, pero a ella le correspondía un treinta y cinco por ciento por el diseño europeo y por facilitar el embarque y la venta en Nueva España. Se podría decir que era un hombre de paja, pues los sangleyes tenían prohibido el acceso a esa ruta comercial. Por otra parte, Jian era su banco privado, el depositario de una pequeña parte de la plata que había reservado de los beneficios de la venta de la empresa de su marido, para el pago de las materias primas que necesitaba para elaborar los perfumes El negocio de Francisca residía en sus perfumes; las joyas falsas eran un extra muy lucrativo. Para cuando Francisca abandonó el local, el calor había apretado. Se subió a la calesa y Fei azuzó al caballo.

—Hay un plan —se limitó a decirle Francisca.

En cuanto Francisca abandonó el local, Jian agitó una campanilla y se personó un joven.

—Busca a Bayani. Lo necesito.

No dudaba de la capacidad de Francisca, pero no olvidaba las

limitaciones de las mujeres europeas. A Jian no le agradaban las sorpresas. Una de las principales razones de su éxito residía en ir por delante, y, para ello, el conocimiento era crucial. Había montado una red de informadores por los distintos arrabales que rodeaban la ciudadela fortificada, incluso en su interior contaba con Fei. Por otra parte, Miguel Muñoz era un contendiente feroz y ambicioso al que deseaba abatir. Representaba un peligro para sus negocios y para su futuro. Y no pensaba sólo en Francisca, sino en él mismo. Pedro Muñoz era un comerciante tradicional y de fiar, pero el hijo jugaba sucio, compraba voluntades y disfrutaba con el poder. Debía estar preparado para cuando surgiera el momento de derrotar a ese competidor.

Bayani era un joven tagalo de Bagumbayan que estaba ansioso por independizarse de la familia y necesitaba dinero. Siempre era una cuestión de dinero, bien lo sabía Jian.

Los comerciantes chinos de Cantón vivían aterrorizados por el azote pirata llamado Zheng Yi. Por una casualidad, durante su estancia en esa ciudad, Jian conoció a uno de sus lugartenientes, al que pidió una entrevista con su comandante. La empresa Zhou contaba con una pequeña flota de sampanes para trasladar la mercancía de Cantón a Manila, pero el constante acoso de los piratas trastornaba en muchas ocasiones que los envíos llegasen a tiempo. Acordó con Zheng Yi un pago fijo a cambio de la impunidad de los barcos de la Casa de Zhou. Fue uno de los grandes logros que alabó su tío antes de fallecer y por lo que su padre le había confiado la dirección de la empresa en Manila.

Pero Jian era previsor. A pesar de su fidelidad, conocía la mentalidad de su padre y no se fiaba de que, en un futuro, lo sustituyera en Manila por alguno de sus nuevos hijos chinos, todavía niños, así que su alianza con Francisca seguía en la clandestinidad, como la elaboración de joyas falsas, que sería un escándalo y un oprobio para cualquier joyero renombrado.

Trabajaba por la noche, solo. Era una gran verdad que los secretos mejor guardados son los que no se comparten. Tras la cena, se ausentaba y se dirigía a la casa que había adquirido en tiempos de su padre, lejos de la vista de los indiscretos. Regresaba de

madrugada y se acostaba. Se había ganado la fama entre sus operarios de experto en prostíbulos. No le importaba, mientras nadie metiera las narices en sus asuntos, y esperaba que la joven y bella mestiza, a la que había elegido como esposa, no le complicara la vida. Pertenecía a una familia reconocida por ser el padre un soldado español, algo muy conveniente para Jian. La familia de ella se había avenido a aceptar el matrimonio por la dote que había aportado Jian. Él prefería considerarlo así, pues no deseaba que sus hijos se avergonzaran, como le había sucedido al propio Jian con su madre. En China era común comprar a las mujeres, pero Jian había desarrollado una extraña sensibilidad en ese campo.

Bayani interrumpió sus pensamientos.

—Quiero que vigiles la casa de Miguel Muñoz —ordenó Jian—. Anota sus horarios, con quién habla, quiénes son sus clientes, si juega, si bebe, si fuma opio…

—Entiendo. Necesitaré ayuda.

—Que sea de tu confianza. Si se va de la lengua, será tu responsabilidad, y no admito errores.

El chico se inclinó y se retiró tan silenciosamente como había aparecido.

7

El tifón, abril de 1797

La respuesta a cómo les iba a afectar la guerra no había tardado. Terminadas las reparaciones, los navíos Montañés y San Pedro Apóstol y las fragatas Santa Lucía, Fama y Santa María de la Cabeza habían recibido la orden de situarse en la barrera de Manila para ser abastecidos de víveres.

Se hicieron a la vela con la misión de escoltar a la fragata San Andrés a su llegada de Acapulco. Las órdenes eran acompañarla por el estrecho de San Bernardino hasta Manila. Cualquier salida del puerto implicaba un riesgo, guardias y muchas horas sin dormir, además del duro trabajo que suponía la navegación, por eso, la expectación y ansiedad se traslucían en la tripulación del barco.

En Cavite, se habían reunido con la fragata Santa María de la Real Compañía Filipina, que zarpaba a Nueva España para solicitar auxilios para la subsistencia de las islas, y el día 20 de abril se habían hecho a la mar. El comandante Álava navegaba en el San Pedro, en el que ondeaba su insignia, y Terán, el pilotín, andaba pendiente de las señales que se emitían desde allí.

Los tres primeros días de navegación fueron tranquilos, y, aproximándose al estrecho, al cuarto día, el tiempo comenzó a torcerse. Del buque insignia se transmitieron noticias inquietantes sobre el rápido descenso del barómetro. Valcárcel ordenó zafarrancho para capear el temporal y la nave cobró vida. Se tomaron las medidas habituales ante un temporal y los mareantes se aplicaron a las velas bajo la supervisión de los contramaestres. Progresivamente, el viento fue arreciando y el mar, en consecuencia, agitándose. Rebajaron el paño a lo imprescindible para gobernar la nao, cada hombre conocía su puesto y su tarea en cada palo, mientras que Melchor permanecía atento a la evolución de la

tormenta, que, para su desdicha, ya amenazaba con convertirse en algo mucho más violento.

A partir de ahí, Melchor recordó esa noche como interminable, en la que las desdichas se sucedieron y los pusieron en graves aprietos para salir con vida de uno de los peores tifones de los que se habían tenido memoria en años. La fuerza de los vientos los desarboló de los tres palos masteleros: mesana, mayor y trinquete. El embate de las olas rompientes y el sobreesfuerzo de arrumbar la nave, sin ayuda de las velas, tan sólo con el timón, consiguieron partir este, y se vieron a la deriva, en manos de un mar embravecido y de un viento inclemente.

Melchor, calado hasta los huesos, con las manos desolladas y agotado por el esfuerzo, ya se encomendaba al Señor cuando el huracán, con la misma rapidez que se les había echado encima, los abandonó. Sobre las ocho de la mañana, el viento empezó a ceder hasta convertirse en una brisa hacia las diez horas y el mar se tranquilizó hasta reducirse el oleaje a una suave marejada.

A lo largo de la mañana, con el barco a merced de las corrientes, los oficiales pusieron orden en las cubiertas y se tomaron decisiones: lo principal era recuperar el palo mastelero mayor y, después, el trinquete. Como era habitual, el trabajo no permitía que los hombres se plantearan lo precario de la situación. Mientras tanto, el primer piloto calculaba la longitud y la latitud y estudiaba la fuerza y la dirección de la corriente que los arrastraba y lo registraba en el cuaderno de bitácora, como parte de su obligación.

Era fundamental recuperar el gobierno de la nave, y la labor recayó sobre Melchor, quien, con dos remeros y un buzo y sin perder el amarre al buque, se aproximó a la popa. No ocultó su alivio cuando comprobó que la pala del timón era de fácil solución. Transcurrieron diez días hasta que consiguieron un timón aceptable y unos masteleros provisionales que les permitieran arrumbar hacia Manila.

El día 7 de mayo por la mañana, bordeando la punta de Barangay, el vigía avistó el buque insignia, el San Pedro, que, igualmente desarbolado, navegaba un poco errático al no poder ceñir. A mediodía lograron acercarse, y Valcárcel envió al teniente Anievas al San Pedro para dar cuenta a Álava de lo acontecido. El relato con el

que regresó el teniente fue muy similar al de ellos. El San Pedro se había salvado gracias a que se había encontrado con la nao de Acapulco, la San Andrés, que navegaba hacia Manila muy hundida a causa de la pesada carga, y los había asistido con hombres y materiales y los había remolcado durante un par de días; luego, el San Pedro se había rezagado ante la imposibilidad de seguir a la nao.

El Montañés, de nuevo bajo el mando del San Pedro, navegó pendiente del navío, que iba mucho más perjudicado. Al inicio de la tarde, avistaron la mentada nao de Acapulco, que navegaba más tranquila, y los tres buques pudieron fondear a la noche en la isla del Corregidor para entrar en Cavite por la mañana.

—¡Vaya desastre! —se lamentó Valcárcel ante los tenientes reunidos, antes de retirarse a su cámara—. No acabamos de salir del astillero y hemos vuelto peor que entramos.

Llegaron a Cavite derrengados, pero contentos de haber conservado la vida en la aventura. Sin embargo, el panorama en el arsenal era desolador: las fragatas Santa María de la Cabeza, Fama y Santa Lucía estaban desarboladas y la última también sin timón. Pendientes de reparación estaban el navío Europa y la fragata Pilar. La frente de Melchor se arrugó ante la perspectiva de pasar meses en tierra, trabajando en los astilleros para reparar ese desastre, y en medio de una guerra, que todavía no la habían sentido por esos mares, aunque la hubiera preferido a medirse con los elementos que tan mal parados los había dejado.

Durante dos días permitieron que la tripulación descansara y curara las heridas. Melchor, que había recuperado horas de sueño perdidas, acudió a la calle principal, donde se reunió con Mier y Anievas bajo el techado de nipa, y buscaron unas sillas de madera y asiento trenzado de abacá. Mier llevaba un brazo vendado y en cabestrillo y, aunque no se había roto el hueso, se quejaba de algo muscular, mientras que Anievas y Melchor presentaban rasguños y contusiones que, en ese clima, habían de cuidar.

—Cabo de Hornos ha sido un paseo al lado del tifón —declaró Anievas.

—¿Esto va a seguir así? —inquirió Melchor, haciendo una mueca de

dolor al sentarse—. No me extraña que nadie desee vivir en una tierra tan desapacible.

—Nos pagan poco por este trabajo —dijo Mier—. Sabemos que corremos un riesgo cada vez que embarcamos, pero esto se acerca al suicidio.

—¿Se sabe algo del piloto Calderón? —preguntó Melchor a Anievas.

—Álava está saturado de trabajo, y ahora, con este panorama, no creo que sea su prioridad buscar al desertor o espía o lo que sea —respondió Anievas, sin mostrar más interés por el tema.

—Esto me recuerda, señor Mier, que me debe una explicación sobre una joya de su madre, la que le robó Calderón junto con la libreta —dijo Melchor.

—¿Una joya? —indagó Anievas—. Nadie ha hablado de una joya.

—No era una joya de calidad, sino falsa —aclaró Mier—, por eso no he querido mencionarla en el parte del robo. Y ahora les explico más acerca del joyel. Era un ramillete con cuatro flores de diamantes y un topacio en el centro de cada flor. La elaboración era propia de un orfebre, hasta el punto de que podía pasar por buena para los poco entendidos, pero, en lugar de oro, había empleado cobre, y, en lugar de piedras preciosas, había engastado cristales de color. Mi padre me confió el joyel falso para que buscara el orfebre que los fabricaba en Ciudad de México, pues ésa era su procedencia. No se asusten, no se trata de nada ilegal. Vino a Cádiz en un cargamento como muestra, por si interesaba el comercio con joyas de bajo precio. Se desechó la idea y mi padre le regaló el joyel a mi madre. Cuál no fue su asombro cuando las amigas de mi madre, que no ocultó que era una imitación, no dejaban de preguntar dónde podían adquirir baratijas tan bien confeccionadas y tan bonitas. Sin embargo, mi padre había perdido la referencia del almacenero que lo había enviado. Cuando me embarqué de nuevo y conocimos el destino, pensamos que recalaríamos en Acapulco si llegábamos al Pacífico, y me lo confió para que buscara el origen de la pieza y encargara más. Como comprenderán, no he podido denunciar la falta, ya que es un asunto familiar; por otra parte, carece de valor. Me gustaría ver la cara de Calderón cuando quiera venderlo.

—Quiere decir que está tan bien trabajado —resumió Melchor—

que es fácil no percibir su falsedad a no ser que el comprador sea un experto.

—Sí. Pero la intención no es traficar con joyas falsas, sino venderlas como falsas —reiteró Mier—. Se venderían mucho más baratas que las auténticas, pero más caras que cualquier abalorio, porque son tan buenas que las mujeres de posibles económicos pueden lucirlas sin sonrojo. El beneficio estaría en el volumen de ventas.

—Me habría gustado ver ese joyel —dijo Anievas—. Parece interesante la idea.

—Las joyas son fáciles de esconder —reflexionó Melchor en voz alta—, me refiero al contrabando. Deberíamos darnos una vuelta por el barrio de los orfebres. ¿Ustedes entienden de joyas?

—Mi esposa tiene algunas, pero confieso que sé que son buenas porque ella lo dice. —Mencionar a su mujer y anegarlo la nostalgia fue casi al tiempo. Tenía tres hijos vivos, y otros dos que habían fallecido a poco de nacer, y ninguna hija que lo cuidara en la vejez.

—Pues yo no sé mucho más, señores; mi vida se ha desarrollado estudiando y navegando —dijo Mier.

—¡Vaya trío! ¿Y pretendemos hacernos ricos? —ironizó Melchor—. Necesitamos a alguien de confianza que nos guíe por el mundo de las joyas, la porcelana y calidades de sedas; en caso contrario, pagaremos el doble por artículos de dudosa venta.

—Ahora es la ocasión —se animó Anievas—, antes de que nos toque carenar la nave. Lo primero sería una excursión a Manila y lo segundo, intentar contactar con los comerciantes que conocimos en la fiesta.

Se enzarzaron con la planificación de las guardias para poder escapar varios días a Manila, y el tema del desertor y ladrón, igual que le había sucedido a Álava, pasó al olvido, relegado por asuntos mucho más atractivos e importantes para su futuro. El padre Anselmo les escribió una nota para que pudieran pernoctar en el convento de los agustinos.

—Es un viejo amigo de cuando éramos novicios en la orden —les explicó—. Lo fui a visitar hace un mes y revivimos tiempos pasados.

Aprovecharon una de las lanchas que realizaban el recorrido por la

bahía entre Cavite y Manila. El agustino los recomendó al superior y les cedieron una celda para dormir, recorrieron los arrabales de Binondo y Tondo y se pasearon por las calles de Intramuros, como los lugareños denominaban a la ciudadela fortificada. En una de las plazas, tuvieron la fortuna de tropezarse con el señor Muñoz, uno de los comerciantes con los que hablaron en el palacio del gobernador. No les costó mucho que el hombre los invitara a cenar con la familia. Los manileños eran gente afable y deseosa de conocer noticias y anécdotas de cualquier parte del mundo. ¿Y quién mejor que un marino fantasioso en su afán por agradar y que le llenaran el estómago? Se decía que eran grandes narradores, y no era una leyenda. El mar, las penalidades y el aburrimiento les avivaban la imaginación, o bien los puertos y países hollados durante la travesía proporcionaban las anécdotas necesarias para entretener a los comensales ávidos de historias.

8

Manila, julio de 1797

Lo único que había compensado el terrible estado en el que había quedado la escuadra de Álava y la pérdida de la fragata Santa María, de la que no había habido noticias y daban por seguro su hundimiento, había sido la llegada de la nao San Andrés, milagrosamente incólume, pues había alcanzado las Filipinas un día después de uno de los más violentos tifones que se recordaban en aquella parte de las islas. Los comisionados habían resuelto las cuentas con los comerciantes y el dinero había corrido por los bolsillos para llenar los almacenes con nuevo género. Las manileñas se habían entregado a las compras de los productos más codiciados. Para ellas, el jade o la porcelana carecían de atractivo, pero el chocolate mexicano, la cochinilla de Oaxaca, los vinos olorosos y los aceites de Andalucía, así como el trigo, el maíz y la batata eran bienes humildes y añorados en las islas.

—Hija, ni que tuvieras el cuerpo lleno de pulgas —regañó doña Lisarda.

Se hallaban sentadas en el salón con la costura entre manos. Ellas mismas confeccionaban las ropas de diario, y los vestidos de fiesta los encargaban en Ciudad de México.

—Esta mañana me tropecé con el regidor de la Junta de Repartimiento, ese que le comenté que me presentó padre cuando lo acompañé para reclamar a los consignatarios los fardos que vinieron en el San Andrés, y el vino del que es asentista.

—¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. Es soltero y de buen porte, ¿no?

—En esas prendas se fija usted, que yo no —replicó Francisca—. Anda por la cuarentena, tiene cabello grisáceo y el cuerpo delata la buena vida, aunque conserva el brío en el andar. No me resulta atractivo, aunque a usted se lo parezca. Estoy mojando la tela con el

sudor. Es terrible esta humedad.

—Es lo que tiene el monzón. Parece que ha cesado la lluvia; hace un rato que no la oigo. ¿Y por qué te inquieta ese hombre?

—Me temo que se ha hecho ilusiones. Sé distinguir una casualidad de un encuentro fingido.

—Sí, es un poco mayor para ti, pero está bien posicionado socialmente y…

—¡Madre, por Dios! —Francisca cortó los argumentos de doña Lisarda—. Sabe que no estoy interesada. Ya repasé las opciones que se ofrecen en Manila y no encontré ningún caballero que me acomodase.

—Eres muy exigente. Te aconsejo que no seas brusca en el rechazo. El regidor ocupa un puesto muy importante en la Junta.

—No soy tonta. Pero es lo único interesante que ofrece ese hombre. Mucho me temo que es de los que dejan a la mujer en casa mientras ellos hacen su vida.

Para Francisca, cualquier hombre de mentalidad tradicional carecía de interés, y, en caso contrario, eran hombres para los que la mujer sólo tenía una utilidad. Estaba segura de que Agustín Monterroso no le permitiría participar en ninguna actividad que no fuera apropiada para una mujer.

—¿Quién es ese dechado de virtudes? —preguntó don Pedro, invadiendo el salón—. ¡No estaréis hablando de mí! Porque os aseguro que traigo noticias divertidas, para soslayar este encierro mientras se inundan los arrabales.

—¿Es grave la situación? —se interesó Francisca.

—No más que otros años: los canales desbordados, las calles transformadas en arroyos y la población pendiente de la resistencia de los pilares de sus casas. Todavía no ha habido ningún incidente grave.

—¡Pobre gente! —suspiró doña Lisarda—. Todos los años igual. ¡Qué vida más precaria! Cuando no es un terremoto, es una inundación o una erupción volcánica, por no hablar de las incursiones de los piratas de Joló, a los que llaman moros por ser musulmanes, para apresar indígenas y venderlos como esclavos en Macasar.

—Bueno, bueno. No nos pongamos tristes —atajó don Pedro—. Los oficiales de la escuadra deambulan perdidos en tanto se consiguen los materiales necesarios para las reparaciones, y aguardan a que pasen los monzones para poner en carena los barcos, así que he invitado a dos tenientes y a un piloto. Los conocí el día de la fiesta del gobernador. Me preguntaba si no podríamos añadir a algún lugareño.

—Sería interesante invitar a los Orellana —propuso Francisca.

—Y al regidor que persigue a tu hija —añadió doña Lisarda.

—¿Un pretendiente? —inquirió don Pedro, interesado.

—Don Agustín Monterroso —se apresuró a informar la esposa.

—Es un personaje curioso —ponderó con precaución el padre.

—Madre, no busque lo que no hay —se quejó Francisca.

—No seas tonta. Es una buena oportunidad para observarlo sin que refleje interés por tu parte. Es un acto social, aunque sea reducido, y lo invitará tu padre —se explicó doña Lisarda, quien tenía buena mano izquierda para conseguir lo que se propusiera.

—¿Qué quiere decir con «personaje curioso»? —inquirió Francisca.

—Es un militar de oscuros orígenes, pero con buenos avales. Sentó plaza de capitán en el presidio de Zamboanga y, contra todo pronóstico, realizó una buena labor de defensa y organizó una pequeña marina sutil de vintas para mantener a raya a los moros de Joló. El puesto de regidor vino rodado, aderezado con un buen pago. Es un hombre hecho a sí mismo.

—Como todos los que terminan aquí —restó importancia Francisca —, pero usted ha hablado de oscuros orígenes.

—¿Y quién no los tiene? Lo que crea expectación en torno a su persona es que nunca habla de ello. Nadie ha dado noticia de su vida antes de recalar en las islas, y eso es muy significativo.

—Un presidiario. Son los que más interés tienen en hacer borrón y cuenta nueva —dictaminó Francisca.

—O un tropiezo en el ejército y hubo de tomar distancia —opinó su padre—. Es eficiente como militar. Si buscas claridad de sangre, va a ser tarea ardua. Los que forman parte de la administración están casados, y son muy pocos en comparación con los militares y los religiosos que pueblan las islas.

—Son ustedes quienes me buscan marido, que a mí me sobra.

El día de la cena Francisca se esmeró en el peinado: un recogido alto del que caían los tirabuzones en cascada hasta el cuello. En Europa, entre los principales se seguía llevando la peluca, sobre todo en los actos públicos, mientras que las señoras lucían postizos y aparatosos adornos de plumas, flores y perlas; por el contrario, en Manila, optaban por algo más fresco: el cabello al natural, corto o en coleta por parte de los caballeros, e igualmente de sencillo por parte de las damas. El escotado vestido de seda negro realzaba su mirada verde. Doña Lisarda escogió uno del tono de la madera, según ella, más acorde con sus años y el cabello entrecano. Don Pedro eligió calzones a juego con la casaca azul turquesa y finas medias de seda de color crudo y zapatos con hebilla de plata.

Los invitados fueron puntuales. Los recibieron en el salón, donde se realizaron las presentaciones y los comentarios oportunos a la situación que provocaba el monzón. Los militares, con sus casacas azules, solapas y bocamangas rojas, destacaban en la estancia. A causa de la complicación del traslado por las tierras embarradas, habían venido por mar y habían conseguido alojamiento para un par de noches en el convento de los agustinos. A la hora de sentarse a la mesa procuraron alternarse hombres y mujeres. Don Pedro ocupó la cabecera y doña Lisarda, su derecha; a continuación don Agustín, quien se había vestido para deslumbrar, a pesar de estar en franca desventaja entre los llamativos uniformes militares, Francisca y el teniente Anievas; enfrente, a la izquierda de don Pedro, el matrimonio Orellana, el teniente Crespo y el piloto Mier.

Francisca se alegró de lo bien situada que había quedado, hacia el lado de los oficiales del Montañés. El teniente Anievas era enjuto, serio, de mirada sagaz y estaba casado, por lo que perdió interés para ella. El teniente Crespo, sentado enfrente, era atractivo; su mirada, acuosa y rasgada, disputaba con el color del cielo en intensidad. Crespo llenaba la mesa con su conversación y sus esmerados modales. Francisca se dio cuenta de lo poco que había tratado con personajes de la aristocracia, a los que, a causa del

prejuicio, los consideraba engreídos, nada más lejos del sencillo trato del teniente. Nunca le habían deslumbrado los uniformes, pero reconocía que el teniente se movía con él como si fuera una segunda piel. El señor Mier ofrecía un vívido contraste con sus compañeros; el silencio que guardaba lo desmentía la elocuencia de su mirada: inteligente, más que observadora, escudriñadora, y complacida con lo que encontraba. El uniforme del piloto no resultaba tan rutilante como el de los oficiales de guerra con sus galones en las bocamangas rojas y las solapas vueltas. Aun así, Francisca intuyó que el hombre de los ojos grises y la ceja partida disfrutaba con la velada, ¿pero qué marino no cambiaría el presidio o el barco por una mesa bien surtida en una casa? Lo que más la animaba era que esa noche podría satisfacer la curiosidad que le suscitaba Cádiz, una sociedad que se le escapaba de la imaginación. Decían que era muy diferente del mundo que ella conocía.

—¿Son los tres gaditanos? —se interesó Francisca.

—El único gaditano es el señor Mier, aunque de ascendencia montañesa. El señor Anievas y yo residimos allí por necesidad del servicio. Mi familia es de Huete, un marquesado cerca de Cuenca —contestó el señor Crespo, sobre el que pesaba la conversación.

—Ustedes, los oficiales de la Armada, vienen de largas estirpes de marinos. ¿Algún familiar destacado? —se interesó Monterroso.

—Un tío, pero lo asesinaron unos desertores a los que intentó detener durante el bloqueo a Gibraltar, que nuestra Armada llevó a cabo con baterías flotantes hace unos años.

A Francisca no le interesaban las historias familiares, y recondujo la conversación al tema que la obsesionaba.

—Cádiz ha generado muchas expectativas en Manila desde que llegaron ustedes. Dependemos de Nueva España, y este cambio que nos ofrecen nos inquieta.

—Quienes saldremos afectados, si se prescinde de la nao de Acapulco, seremos los novohispanos —terció Fernando Orellana.

—A ustedes lo que les asusta es tener que financiar los barcos —intervino don Agustín—. Desde que se descubrió el tornaviaje, han disfrutado de una nave pagada por la Corona, mientras que los más beneficiados de ese comercio eran ustedes, que no los manileños,

sometidos a los vaivenes de su mercado. La Real Compañía de Filipinas construye naves que realizan la ruta de Cantón a la India y a Cádiz, poniendo en un brete al Consulado de Filipinas.

—No sea injusto, don Agustín —apaciguó don Pedro—. Comerciantes somos todos. Ahora mismo, por primera vez en la historia, los manileños tenemos los ases en la mano. Somos el centro de arranque de ambas rutas, aunque es cierto que la Real Compañía, impuesta por Madrid, compite contra el consulado, que los manileños fundamos para proteger nuestros intereses frente a los gremios peninsulares que intentaron instalarse aquí.

—Rutas con muchas espinas —opinó Francisca, a quien no se le escapó cómo fruncía la frente don Agustín—. La del Pacífico es larga y peligrosa, porque depende de los caprichos de los vientos y las corrientes; la del Índico, más corta, es la ruta de los portugueses, holandeses e ingleses, quienes cuentan con puertos amigos jalonados a lo largo del recorrido, mientras que nuestros barcos, para disponer de un puerto, sufren las decisiones y los acuerdos que toman los gobiernos.

—Ha definido la situación de forma concisa y contundente —alabó, admirado, el teniente Crespo—. Me sorprende lo bien informadas de los entresijos políticos y económicos que están las mujeres en los virreinatos.

—La supervivencia nos obliga —adujo doña Lisarda—. Mi hija, como viuda, debe seguir adelante con los negocios del marido.

—¡Cómo! —exclamó don Agustín, extrañado. Se dirigió a don Pedro —: ¿No es usted quien se hace cargo de sus asuntos?

—En absoluto. Y me enorgullece que mi hija sea capaz de salir sola adelante —manifestó don Pedro—. Hoy estamos, y mañana… ¿quién sabe? Es mejor que Francisca se prepare mientras yo pueda asesorarla.

—Y no es la única —corroboró el señor Crespo—. En Lima conocí a una mujer que se hallaba en una posición complicada, con niños pequeños, y se había puesto al frente de la hacienda para preservar el legado del padre para el hijo.

—No sé si considerarlo habitual —dijo don Pedro—, pero no es algo extraño. En Manila, la población española es muy escasa, comparada

con los sangleyes y los indígenas, por lo que las mujeres cuentan como uno más.

—Entiendo que a ustedes les fascine la vida aquí; sin embargo, a mí me gustaría que me contaran cómo es la vida en Cádiz —solicitó Francisca.

El señor Crespo acaparó la atención con su voz grave. Les habló de una pequeña ciudad rodeada de una muralla y aguas azules que refulgían bajo un cielo de zafiro; de calles blancas, llenas de risas y canciones; de mercados en los que se vendían los productos de las marismas y de las huertas, que se extendían más allá de la bahía; del olor de las algas, tan diferente al de Manila; de los muelles adonde arribaban naves de cualquier parte del mundo, cargadas de exóticas mercancías y de oro y plata.

—¿Y las mujeres? ¿Cómo es la sociedad? —apremió Francisca, embelesada.

—De cabellos negros y ojos como carbones, pero de piel tan blanca como las plumas de una gaviota. Alegres y seductoras, con toda la vida por delante. Su única preocupación son las fiestas y buscar un buen marido —terminó de forma brusca.

—¡Quién lo hubiera imaginado, señor Crespo! —exclamó el teniente Anievas—. Me ha llenado el corazón de nostalgia con la descripción de la ciudad.

No obstante, Francisca atisbó algo más: no le agradaban las mujeres triviales. Esa singularidad en un noble consiguió que se fijara en él con más detenimiento.

—¿Es aficionado a las ciencias? —preguntó Francisca al señor Mier, para cambiar de tema y de hombre.

—Es un fanático del conocimiento —contestó el teniente Crespo por él, divertido ante la repentina timidez de su amigo—. Y no lo digo como crítica. Por esa sabiduría, nuestro piloto vale su peso en oro.

—Y usted, el suyo como amigo —sentenció Francisca.

Notó cómo la mirada de los hombres se clavaba en ella. Le complació haber dejado mudo al teniente Crespo, tan desenvuelto en los salones, pero que ignoraba cómo hacer frente a la sinceridad sin subterfugios. Por el contrario, el señor Mier esbozó una sonrisa

¿de complicidad? El señor Crespo retomó la palabra.

—Les puedo asegurar, como hijo de marqués que soy, que no encontrarán en Cádiz una mesa mejor vestida que esta. El mantel es de un algodón finísimo de la India, la vajilla de porcelana china, la cristalería… ¿De dónde es este cristal? —inquirió, desorientado, acercando una copa a la luz de las velas.

—De Nagasaki —informó doña Lisarda—, y las bandejas y los candelabros de plata, del Perú. ¿De verdad que no tienen nada similar? Me asombra usted.

—Nuestros ajuares proceden de aquí o de otros puntos de Europa, pero esta mesa es digna de un príncipe. En Cádiz no se la puede permitir la mayor parte de la población. Con esto, quiero señalar que ustedes gozan de muchas comodidades que les ofrece la prosperidad de las islas.

—No se engañe, teniente —intervino don Pedro—, no todos alcanzamos el bienestar, y, ante la lejanía de nuestro origen, la comodidad no suple la añoranza. Por otra parte, ¿qué me dicen del clima que padecemos y de las enfermedades tropicales? ¿O de depender de los barcos que llegan? ¿Y de los peligros que nos rodean entre tierras y gentes extrañas?

—Comprendo cómo se siente, pero cuando no se tiene nada que perder…

—Dependerá de lo que cada uno considere pérdida —matizó Francisca—. Usted habla de dinero. No niego que sea importante, pero para mí goza de la misma relevancia la parte emotiva de una persona. ¿Quién no desea que la familia esté a salvo?

—La vida es muy difícil en cualquier parte —se unió al debate el callado piloto—; es igual de complicada en Cádiz. El puerto soporta constantemente el asedio de los ingleses, cuando no es de los piratas; sufrimos nuestras enfermedades, que vienen con los viajeros del interior o por el mal estado de las aguas o en algún barco. Es lícito buscar el paraíso, pero no existe.

—No destruya nuestras esperanzas, Mier —reprendió, sin acritud, el teniente Anievas—. Algún sitio habrá que reúna mejores condiciones.

—El mejor lugar es aquel que puede forjarse la persona que

disponga de un buen bolsillo y de unas buenas relaciones —concluyó doña Lisarda—, y déjense de tonterías.

—Coincido con usted, mi querida señora. —Por primera vez se escuchó la voz de don Agustín en la conversación, quien se había mantenido silencioso. Francisca lo atribuyó a la carencia intelectual ante hombres con una formación superior.

La conversación regresó al escenario filipino y no se abandonó hasta que los invitados se despidieron. Para alegría de Francisca, don Agustín se mantuvo el resto de la velada en un plano discreto, pensativo. Había sido la forma más diplomática de informarlo sobre su temperamento independiente, y esperaba que desistiera de su pretensión sobre ella.

—Ha sido amena la velada —comentó doña Lisarda, en tanto se retiraban a los dormitorios—. Tú también has disfrutado. ¿Qué te ha parecido el teniente Crespo?

—Muy agradable; sin embargo, no se haga ilusiones, madre: es noble.

—¡Ay, hija, ya lo sé! Era un comentario sin más. En cuanto al señor Monterroso, no he conseguido hacerme una idea sobre su carácter.

—No se inquiete por él; lo he descartado desde el principio, ya se lo dije.

Con las lluvias, la vida en Manila se detenía, pues nadie se arriesgaba ante la crecida del Pasig y el desbordamiento de los numerosos canales que cruzaban los arrabales. En las calles, los carros se sustituían por barcas y las familias se arremolinaban en la parte alta de las casas. Todos los años había alguna muerte por imprudencia, o por la mala suerte de que los pilares cedieran a la fuerza del agua y se ahogara la familia que la habitaba, por no hablar del tifus y del cólera que extendían su manto sobre la población más débil.

En cuanto las lluvias remitieron y los caminos se secaron, Jian Zhou les envió una dirección en Bagumbayan. Francisca pretextó la necesidad de acción y se dirigió en la calesa a la nueva casa, acompañada de Fei.

De hechura indígena, estaba amueblada con lo imprescindible para pasar las noches cómodamente. Constaba de una sola planta

superior, con la ventaja de que se divisaba la entrada de la casa de Miguel, una construcción más acorde con el gusto español, pues la había mandado construir su padre cuando estaba casado con la madre de sus hermanastros. Lo bueno era que la casita quedaba oculta al camino principal, lo que favorecía que la actividad en ella pasara desapercibida. El peso de la vigilancia recaería en Fei, quien no sería echada de menos en Intramuros y quien tenía experiencia de su época revolucionaria en China.

—Durante el día te sustituiré y tú seguirás a los salteadores. Estoy segura de que realizarán más trabajos para su jefe, y si este, como sospecho, es Miguel, resolverán mis dudas y podré actuar en consecuencia.

Francisca estableció una rutina: salía de la casa todas las mañanas en la calesa bajo el pretexto de acudir en ayuda de doña Margarita, hija de su aya filipina y con quien había congeniado desde niña. Margarita se había movido con libertad por la ciudadela, bien junto a su madre o acompañando a Francisca en sus correrías. Era guapa y lista, y atrajo la atención de un sargento español, que estaba destinado en la guardia del palacio del capitán general, contrajeron matrimonio y se encontraba a punto de dar a luz a su tercer hijo. Doña Margarita no era la primera vez que la cubría en sus escapadas, y no le extrañó en esta ocasión. Por fortuna, su marido pasaba fuera la mayor parte del día, sumido en sus obligaciones en el palacio, y doña Margarita no había de dar cuenta a nadie. Francisca se disfrazaba como una sangley, con pantalón ancho y camisola oscuros. Escondía el rostro europeo bajo un sombrero cónico de nipa, el habitual entre los indígenas. Llegaba a la casa alquilada sin despertar la atención y ocupaba su puesto de observación.

La vigilancia nocturna había sido un fracaso. Fei había descubierto que Miguel llevaba una vida monótona, regida por horarios y lugares comunes. El único vicio que se permitía eran las apuestas de gallos. Su esposa debía de bastarle, porque no visitaba las casas de placer. Como mestizo, cuidaba la imagen para ser admitido entre los funcionarios reales y los españoles establecidos. No obstante, Francisca no era tan tonta como para no intuir que alguien que ha

alcanzado un puesto prominente y cierto peso en las transacciones mercantiles estuviera libre de algún negocio sucio. Y no había tardado en constatar lo atinada que estaba en su idea: la clientela que entraba y salía de la casa de su hermanastro había captado su atención, y había comenzado a tomar nota de las personas. La gran cuestión era qué se escondía tras ese desfile de personajes.

Miguel se hallaba satisfecho de cómo iban las «negociaciones» con los miembros más débiles del consulado. Los vicios y los desmanes se pagaban, y, si no, que aprendieran a ser más discretos. El conocimiento era poder, y él guardaba mucha información en una caja de caudales, pero no era suficiente para obtener los votos necesarios para que lo nombrasen prior del Consulado de Filipinas. El color de su piel era un impedimento, y necesitaba mucho más apoyo para sus planes.

—¿Qué sucede, Aníbal?

Aníbal era uno de sus tantos primos por parte de su madre, un hombre diligente, callado, discreto y paciente con sus ataques de ira, prendas por las que lo había empleado de secretario, y no se había equivocado con él.

—El señor Monterroso.

—Hazlo pasar.

Don Agustín era un socio muy conveniente por ser español, formar parte del consulado, estar al frente de la oficina de repartimiento de boletos y carecer de escrúpulos.

—Me dijiste que tu hermana estaba bajo el control de su padre —Monterroso no era un hombre que se anduviera por las ramas—; sin embargo, en la cena a la que me invitó don Pedro, me quedó muy claro, por parte de ambos, que doña Francisca es independiente, que no trabaja con la Casa de Muñoz.

—¿Desde cuándo vas a cenar a casa de mi padre?

—No me invitó a mí solo; había militares de Cavite y un matrimonio de comerciantes. No sé por qué me incluyó, pero fue una noche provechosa que no pienso desperdiciar. Voy a hacerle la corte a tu hermana. Sería una locura permitir que se la lleve otro.

—No te pases de listo, Monterroso. No intentarás nada hasta que vea en qué queda el asunto de la primera nao que salga a Acapulco. Y ya cuidaré de que ningún mentecato se acerque a ella.

Monterroso se avino a esperar hasta la primera nao. Simuló que comprendía que la fortuna de Francisca le correspondía a la familia en primer lugar, pero él se cuidaría de que acabase en sus manos de alguna forma sutil, pues no le interesaba un enemigo como Miguel. También se calló algo que le inquietaba mucho más por ser más personal, y era el teniente Crespo, aunque eso era una cuestión que debía resolver con prontitud.

En cuanto Monterroso abandonó la estancia, Miguel frunció el ceño. Que su socio se propusiera unirse a su hermana no era un plan conveniente. Había logrado convencerlo de que dejara pasar un tiempo, el que Miguel necesitaba para acabar con la vida de Francisca y que su padre heredara. Por de pronto, había resguardado el negocio de perfumes, aunque faltaba por ver si el boticario que había contratado conseguía los resultados prometidos. Se había arriesgado mucho para que el negocio resultase fallido.

9

Cavite, noviembre de 1797

Melchor contemplaba el hermoso navío sobre las gradas, tocado con un sombrero de paja de ala ancha, como el que utilizaban los indígenas, mucho más práctico que el bicornio reglamentario. Manila había recobrado la rutina con el inicio del monzón seco y en Cavite se habían comenzado las reparaciones, sin temor de tifones o inundaciones. Removía la tierra con el pie sin apartar la vista del espectáculo que ofrecían el navío Montañés y la fragata Santa María de la Cabeza. Los carpinteros y los encargados de la brea repasaban cada cuaderna, mientras él aguardaba a que llegara un timón nuevo. Cavite carecía de los modernos medios de un astillero y empleaban los tradicionales, que requerían un mayor esfuerzo.

Melchor lo sentía como una maldición. En el Mediterráneo no se había ocupado de reparaciones de semejante envergadura, pero desde que estaba en Cavite, no salía del astillero y aprendía a marchas forzadas cada cuaderna y cada perno que se empleaba en la construcción.

Que el Montañés fuera el primero había sido un alivio, y, en cuanto estuviera listo, regresaría al servicio, mientras que los oficiales de las otras embarcaciones haraganeaban a la espera de su turno y buscaban entretenimiento en las casas de placer, en las peleas de gallos o, si tenían suerte y eran invitados, en alguna fiesta privada de los comerciantes lugareños.

Melchor vio al primer piloto que se acercaba a la nave y le ganó la curiosidad.

—¿Adónde se dirige con esa caja de herramientas?

El señor Mier cambió la trayectoria y se aproximó a Melchor. En voz baja, le confesó su plan.

—Voy a aprovechar las reparaciones de las cuadernas para fabricar

en la cabina un cubículo en la misma armazón del buque para esconder el futuro contrabando, bien sean joyas, oro, plata o especias, independientemente de lo que me corresponda como derecho a carga. He oído hablar mucho de estas triquiñuelas y no voy a desperdiciar la ocasión. Según qué puertos, hacen la vista gorda o no. Prefiero no arriesgarme.

—Visto así, no le falta razón. He de proceder de igual modo cuando termine mi guardia —Se enjugó con la manga el sudor de la frente. Me he pasado la mañana supervisando los trabajos. Es agotador. Me sustituirá el teniente Solís. Luego, podríamos comer juntos. Un poco de sombra no me vendría mal. ¿Cómo aguanta con ese ridículo sombrero reglamentario? ¿Por qué no adquiere un sombrero como el mío? Le aseguro que son muy efectivos, y, ante los desmayos, los comandantes han hecho la vista gorda.

—Falta de tiempo —se lamentó Mier—. Entre las clases a los indígenas que nos ha proporcionado el gobernador, las reparaciones y el cansancio voy posponiéndolo.

—Después de comer, nos acercaremos al poblado para conseguirle uno.

La explanada hervía de actividad, llena de tinglados, donde los artesanos retocaban o cortaban las piezas a medida, y de operarios que iban y venían bajo el control de los oficiales y de los intendentes. Para cuando el teniente Solís llegó a sustituirlo, el señor Mier ya había terminado la faena. Los dos amigos comieron del rancho que se ofrecía en la taberna y allí coincidieron con el teniente Anievas, quien se unió a la excursión para adquirir un sombrero de paja. Se alejaron del bullicio y se encaminaron hacia el caserío de San Roque, que se extendía fuera de la fortificación militar.

—Tenemos trabajo para tres o cuatro meses —ponderó Mier—. Nunca había vivido un huracán así. Bueno, tifones los llaman aquí.

—¿Y qué me dice de los continuos temblores de tierra? —apuntó Melchor.

—Al principio pensé que era el mal del mar. —Se rio Anievas ante su propia estupidez.

—No fue el único —confesó Melchor

—¿No lo ha vuelto a invitar el señor Muñoz? —se preocupó Mier.

—No. Se lo hubiera comunicado. Fue una reunión muy interesante para nuestros planes —evaluó Crespo.

—Sí, sí que lo fue —redundó Anievas con intención—. Así que la interesante viuda del baile se trata de una, no menos interesante, mujer de negocios. Le deseo suerte, señor Crespo. Va a necesitar de todas sus habilidades de salón para conquistarla.

—Lo que más me atrae de su amistad, teniente, es su optimismo y buen humor —dijo Melchor en el mismo tono de sorna.

—No se engañe. Es una forma de supervivencia. Pero no se escabulla. ¿Qué me dice de la viuda? Un personaje singular.

—Otra superviviente —contestó, lacónico, Melchor. Era un tema que había intentado mantener alejado de su mente. La viuda había hecho mella en él para su sorpresa.

—Vamos, señor Crespo, que no apartó la mirada de ella —recordó Anievas, con un tono de complicidad.

—Usted mismo ha reconocido que es un personaje singular —se defendió. Melchor notó que la excusa era endeble y que menospreciaba la inteligencia de sus amigos—. Digamos que es una mujer con la que me gustaría mantener una conversación fuera de oídos indiscretos, y no me interpreten mal —se apresuró a matizar —. Creo que calló mucho aquella noche por no avergonzar a la familia.

—Yo llegué a la misma conclusión —afirmó Anievas—. Confío en tener algún día libre para acercarme a la ciudad. Me haría el encontradizo con el señor Muñoz con el fin de arrancarle otra invitación.

Mier, que ignoraba la dirección de la conversación de sus compañeros, siguió otro hilo distinto.

—Les agradezco su discreción al no revelar mi relación con la casa de Ustáriz. Hubiera sido violento con el señor Orellana presente. No es uno de nuestros contactos en Nueva España.

—El complicado mundo de los agentes y los almaceneros —se apresuró a contestar Melchor— se lo dejo a usted. Yo me limito a escuchar y a hablar de naderías. Al fin y al cabo, es lo que se espera de un noble de cabeza hueca.

—La gente duerme en cualquier sitio.

Anievas señaló con la cabeza a un hombre tendido debajo de un arbusto, apartado del camino, pero muy cerca de la población.

—¡Umm! ¿Dormido? —Melchor aguzó la vista—. ¿No les parece que la postura de la pierna no es natural? Tiene aspecto de marinero. Estará borracho.

Sin mediar una palabra más, se acercaron al cuerpo tendido y Mier se agachó.

—Está muerto —declaró.

Se fijó en los rasgos y se irguió bruscamente al reconocer al hombre.

—¿Es quien yo creo que es? —balbució, sorprendido.

—El despensero que huyó en isla Soledad —confirmó Anievas—. Esto es grave. ¿Cómo ha muerto?

Examinaron el cuerpo en busca de respuestas. La ropa estaba sucia, pero limpia de sangre. El cariz que estaba tomando el asunto no le gustaba un ápice a Melchor.

—El golpe fatal está en la parte posterior de la cabeza —informó Mier.

—¿Se dan cuenta de lo que significa la presencia del despensero aquí? —preguntó Melchor—. No anduvimos desencaminados con nuestras conjeturas. —Continuó con sus elucubraciones mientras Mier registraba las ropas y dejaba el cuerpo como lo habían encontrado—. Los recogió otro barco con el mismo destino que el nuestro.

—No sé —dudó Anievas—. Nuestro destino entonces era Callao. Demos parte al comandante.

Melchor y Mier se quedaron custodiando el cuerpo y el teniente Anievas se alejó en busca de Valcárcel. Decidieron que la discreción era importante ante un posible caso de espionaje y de alta traición. Anievas regresó con el comandante y un indígena muy fuerte que contaba con la confianza de este último. Lo envolvieron en un trozo de lona que traían y el hombretón lo cargó al hombro.

—Se lo llevo al comandante Álava —informó Valcárcel—. Que él decida. Por la cercanía al astillero, creo que se iba a entregar, y el compañero lo ha asesinado para salvaguardar su presencia en las islas. Les ruego que guarden silencio hasta nueva orden.

Acordaron en reunirse sobre el baluarte. Melchor llegó el primero y contempló cómo el sol se precipitaba sobre el horizonte. La brisa era terral hasta que cambiara el flujo y procediera del mar. El atardecer le trajo el rostro de la viuda a la mente. Anievas no andaba desencaminado: en un momento dado de la cena, algo en ella lo había atrapado. No atinaba el qué, pero, a partir de ahí, no había hecho más que observarla.

—Bonita puesta de sol —comentó Anievas.

—Sí, se aprecia mejor desde tierra —coincidió Mier—. Y eso que era reacio a abandonar el barco. No me agrada vivir sin espacio privado.

—Yo tampoco estoy acostumbrado, pero aprendí en la academia de Guardias Marinas —dijo Melchor, contento de que lo sacaran de sus cavilaciones—. He estado pensando en el joyel. Ha sido una pena el robo, era un buen plan. Las mujeres se pierden por esas baratijas.

—¡Vaya cinismo! —exclamó Anievas, sonriente—. Si usted tuviera posibles, habría que verlo perdiendo los dineros por alfileres de oro con una buena piedra o con un joyel prendido de la solapa.

—La joya es lo de menos —restó importancia Mier con un suspiro de hastío—; dudo que pueda venderla. Estamos ante un caso de alta traición, pues el cuaderno de señales, que robaron en las Malvinas, se encuentra en manos indebidas.

—Se equivoca, amigo —contradijo, con gesto serio, Melchor—. Si se ha enterado de que ese joyel es falso, el traidor conoce su secreto.

—¿Mi secreto?

—El traidor ignora la razón por la que usted posee ese joyel. Pensará que es un estafador y querrá chantajearlo.

—¡Ojala fuera cierto! —declaró, con vehemencia, Mier—. Tendría que dar la cara y lo atraparíamos.

—Por cómo ha procedido hasta ahora —adujo Anievas—, me temo que no se arriesgará. ¿Por qué ha matado al compañero? ¿Ha ofrecido Álava una recompensa?

—Lo ignoro. ¿Y el otro? —inquirió Melchor.

—Muerto, o pronto lo estará —replicó Anievas—. Si lo chantajea, pónganos al corriente. Será entretenido organizar una cacería en

medio de las tediosas reparaciones.

—¡Qué poco me apetece acostarme con este calor y con los ronquidos de mis compañeros! —se lamentó Melchor.

—Yo no sé qué hacer para que no me coman vivo los mosquitos —lo secundó Mier mientras se encaminaban a los barracones.

10

Manila, diciembre de 1797

Francisca se miró de nuevo en el espejo. Como no contaba con la ayuda de Fei esa mañana, se vestía sola, y debía asegurarse de que su atuendo estaba en orden. Llamaron a la puerta, que se abrió sin esperar respuesta, y entró su madre.

—Doña Ana María aguarda abajo. Ha traído su propia calesa. ¿Otra vez sola? ¿Cómo es que se ausenta tanto esa china? Te falta de abrochar un par de botones.

—No es sólo mi doncella, madre. Ya la expliqué que tiene otros cometidos. No le permito que la reprenda —dijo Francisca, mientras su madre le abrochaba los botones.

—No soy corta de entendederas, hija, pero, si esto sigue así, deberías contratar a otra doncella. Mauricia no puede con todo.

—No se preocupe. Sé arreglármelas sin ayuda.

—Ya lo he visto. Salías a medio vestir —le reprochó doña Lisarda.

—Madre, no sea exagerada. Bajemos.

Habían acordado con la señora de Orellana visitar las joyerías. El marido se encargaba de las telas, las especias y las maderas, pero la señora de Orellana tenía un gusto exquisito para seleccionar las porcelanas y la joyería. Ella ojeaba y don Fernando compraba; formaban un buen equipo. Cada vez que la buena señora se desplazaba a los arrabales para visitar las tiendas, quedaban. Era más agradable ir en grupo.

Se apretujaron las tres en la calesa, bajo el colorido toldo que las preservaba del sol, y el conductor se subió a lomos del caballo. Aunque los mejores orfebres eran filipinos y se hallaban en Bagumbayan, doña Ana María había oído hablar de un taller chino, y se dirigieron a Binondo.

—Los chinos tienen otro estilo de trabajar y diseñan complicados

adornos para el pelo —comentó doña Lisarda—. Dese cuenta de que sus costumbres son muy distintas a las europeas.

—Busco algo diferente, que llame la atención en el mercado de Ciudad de México —explicó doña Ana María—. La orfebrería filipina inunda los cajones y los tenderetes.

Francisca notó el cambio de olor en el aire cuando se introdujeron en el arrabal de Binondo. El ajo se sobreponía a los demás. Su nariz era capaz de determinar dónde se encontraba por el aroma que percibía. En Bagumbayan predominaban las especias picantes, como el labuyo.

La calesa se detuvo ante la puerta del local de la Casa de Zhou, para satisfacción de Francisca. Se bajaron y despidieron al mozo hasta una hora más tarde. Entraron y las acogió el aroma del sándalo indio. Como era un local importante, les ofrecieron una infusión de bienvenida, para aliviar el calor del día. Lo iban sorbiendo mientras recorrían los mostradores llenos de sortijas, brazaletes, collares y unos curiosos artilugios con colgantes con los que se adornaban el cabello las chinas.

—Mire, doña Ana María, este mostrador es el que le interesa. —Francisca atrajo la atención de su amiga—. El jade es la piedra por excelencia de China, y hacen maravillas con ella.

—Mi querida Francisca, recuerde que nosotros trabajamos el jade maya.

—Pero este jade la dejará sin aliento. Es el jade imperial.

Las tres mujeres se arremolinaron en torno al mostrador indicado y lo contemplaron con detenimiento.

—¡Parecen esmeraldas! Es un verde traslúcido. —Doña Ana María no ocultó su sorpresa.

—El de Nueva España es un jade con otra composición y de una gran dureza. Los chinos trabajan la jadeíta, más blanda y luminosa —explicó Francisca.

—¡Qué interesante! —Doña Ana María admiraba las piedras embelesada—. Me he fijado que tienen algunas piezas europeas, como joyeles de lazo, ramos de flores y brazaletes en los que destacan perlas de variados colores y formas. Me interesan las perlas con un oriente diferente al caribeño.

—Le recomiendo las japonesas —indicó doña Lisarda.

Pasaron un buen rato bajo la atenta mirada de los dependientes, pero sin que estos las molestaran en su inspección. Los sangleyes eran pacientes vendedores, e influía que Francisca fuera recibida por el patrón; estaba segura de que Jian las observaba desde su escondida atalaya. Otros compradores revoloteaban por la exposición; algunos habían adquirido la joya deseada antes de abandonar el local. Las grandes compras para la exportación se realizaban en el despacho de Jian, no en el almacén.

—Esos militares que acaban de entrar con unos sombreros campesinos ¿no son los marinos que estuvieron cenando en su casa?

Francisca se fijó y descubrió a los tenientes Crespo y Anievas y al piloto Mier en medio del local, aguardando a que la vista se acostumbrara a la penumbra. Vestían informales y cómodos: una amplia camisa blanca con el corbatín al cuello, la chupa reglamentaria, pantalones blancos y botas a media pierna. El piloto llevaba una bolsa de algodón cruzada al pecho y los tres iban cubiertos con unos sombreros cónicos de ala ancha. No se habían percatado de su presencia hasta que doña Lisarda agitó la mano.

—Señoras, ¡qué buena fortuna la nuestra! —saludó el teniente Crespo con alegría. Los tres se descubrieron y, con los sombreros confeccionados con hojas de nipa bajo el brazo, se inclinaron a la vez—. Dios las tenga en su mano.

—Buenos días, caballeros —respondió doña Lisarda—. Compruebo que ya se están adaptando a nuestras costumbres.

—Si lo dice por nuestros humildes tocados —contestó el señor Anievas—, he de reconocer que son muy prácticos para no desmayarse cuando velamos por las reparaciones a pleno sol. Y es tal la comodidad que decidimos conservarlos el resto del día.

—Y hacen muy bien —intervino doña Ana María—. En los climas cálidos, la comodidad es lo principal si no se quiere sucumbir a la insolación. La moda europea y los uniformes militares no son los más apropiados para sobrevivir en estas tierras.

—Venimos de ver sedas para hacernos una idea de los precios y conocer el mercado. Ahora íbamos a saciar nuestra curiosidad sobre

las joyas. ¿Podríamos abusar de su paciencia y rogarles que nos orientaran sobre las especialidades en las islas? Aunque no disponemos de dinero para gastarlo en algo tan baladí —confesó el teniente Crespo, con marcada ironía.

—Se encuentran en una casa china —informó Francisca—. Los orfebres no son como los filipinos, aunque aquí podrán encontrar algunos diseños europeos.

—La amplitud de precios que admite una joya es lo que la vuelve interesante —explicó doña Ana María—. Los hombres no necesitan aparentar, así que lo más discreto es lo más elegante. Les recomiendo joyeles, alamares, botones y hebillas.

Al mismo tiempo que hablaba, doña Ana María se dirigía hacia un mostrador con una variedad de broches. Los demás la siguieron, y Francisca notó que el señor Crespo se situaba a su lado. La cercanía del teniente la alteró de una forma muy sutil, y se inquietó al darse cuenta.

—Son divinos para sujetar las corbatas —decía doña Ana María—. Observen los de perlas y los de jade.

—No veo jade —murmuró Crespo—, sólo esmeraldas.

—No son esmeraldas —aleccionó Francisca a su lado, y repitió la explicación que le había dado a doña Ana María unos minutos antes.

—¿Y es más caro? —Crespo se volvió hacia ella al realizar la pregunta y sus ojos como lagunas se clavaron en los suyos. Francisca se sumergió en la mirada de Crespo hasta que reaccionó y respondió.

—¿En cuanto al jade maya? No. Y en cuanto a las esmeraldas, mucho más barato. El jade es una piedra semipreciosa, fácil de obtener.

—¿Ven esas piedras de jade en forma de gota de agua? —continuaba, incansable, doña Ana María—. En Nueva España los llamamos aguacates.

—He tenido la suerte de degustar esa fruta —dijo el teniente Anievas, quien escuchaba atentamente las enseñanzas—. Señor Mier, creo que este tipo de joyas es el que más se ciñe a nuestra economía. —Se volvió de nuevo a la señora de Orellana—. ¿Y qué me dice de las perlas?

—Les aconsejo los aljófares —medió doña Lisarda—, pequeñas e irregulares. Las más perfectas, con buen diámetro y con oriente nacarado, son tan caras como un diamante.

—En el Caribe son bastante usuales, y se utilizan todavía como moneda en los poblados del interior —objetó doña Ana María.

Francisca se sintió orgullosa de la destreza de su amigo oriental cuando, al salir del local, la señora de Orellana expresó su satisfacción ante el descubrimiento de un nuevo proveedor.

—Creía que ya lo había visto todo, pero lo cierto es que no pensé en la orfebrería china. Y muchos de sus diseños son del gusto europeo —siguió contando mientras cada una abría su sombrilla y los señores se cubrían con los sombreros vegetales.

—Les advierto —metió baza Francisca— que este taller es el único que realiza este tipo de trabajo. El dueño es sangley. El trabajo del resto de los chinos es más tradicional.

—¿Lo conoce? —se interesó el señor Crespo.

—Mi padre trabaja en muchas ocasiones con la Casa de Zhou. Es la más fiable.

—Recuerdo el ofrecimiento de su padre para avalarnos, y acudiremos a él cuando llegue el momento de regresar a Cádiz —dijo el señor Crespo.

—Entonces, ¿no nos aconseja que sigamos mirando? —indagó doña Ana María con la desilusión reflejada en la cara.

—¿Y perdernos una mañana de diversión? —replicó vivamente Francisca—. Además de porcelanas y sedas, merecen atención el papel pintado y la artesanía en marfil y jade. Otro de los grandes atractivos de Binondo es la farmacopea china, aunque hay que andar con tiento, pues la iglesia despotrica contra las pócimas herejes.

—¡Oh, no! No está en nuestro ánimo aventurarnos por ese sendero —rechazó el teniente Anievas.

—Madre, ¿qué le parece si repitiéramos la velada de hace unos meses? —Francisca decidió no perder la ocasión de alternar. Los marinos eran gente de mundo y también unos sinvergüenzas oportunistas; sin embargo, mezclados en un ambiente más distendido resultaban inofensivos y muy entretenidos, o al menos de

eso trataba convencerse, pues la turbación ante la presencia del señor Crespo persistía.

—Por supuesto. Mi marido les enviará la invitación un día de estos, antes del Año Nuevo, que es tradición acudir a la fiesta de nuestro capitán general.

En ese momento fueron interrumpidos por el paso de una comitiva fúnebre, y se apartaron a un lado para dejar paso.

—¿Celebran algo? —inquirió el señor Crespo, que volvía a hallarse al lado de Francisca.

—Una muerte, si se le puede llamar celebración —respondió Francisca—. El bonzo que va delante es el portador del farol; representa la luz que ilumina el camino al alma.

—Recuerda a una representación teatral —comentó el teniente Anievas.

—Y lo es en cierta manera —confirmó Francisca—. La silla y la figura que va sentada en ella delante del ataúd son de papel: representan el alma; las cajas que portan los familiares son de papel y están llenas de lingotes dorados y plateados también de papel.

—El papel es un material ligero para que los objetos no le pesen al alma y pueda volar hacia su destino —contribuyó doña Lisarda.

Entre los petardos y el humo de las varillas de incienso que sostenían los que participaban en el cortejo, les lagrimeaban los ojos. La comitiva la cerraban los monjes con carracas y platillos.

—El manojo de paja y el cuenco de agua son para el caballo —continuó Francisca.

—¿Qué caballo? —preguntó el teniente Crespo.

—El que estará representado también en papel —comentó, riendo, doña Ana María—. Si no fuera por estas anécdotas, sería muy aburrida la vida.

Tras el paso del cortejo fúnebre, la calesa se acercaba para recogerlas. Estaban despidiéndose cuando Francisca sintió un fuerte empujón que le hizo perder el equilibrio, y, si no hubiera sido por la presteza del señor Crespo, que la sostuvo, habría acabado entre los cascos del caballo que montaba el mozo de doña Ana María y que, en ese momento, pasaba a menos de medio metro de ella.

—¡Virgen Santísima! —exclamó, asustada, doña Lisarda—. Ten más

cuidado, hija.

—No ha sido torpeza de ella —declaró el señor Anievas—. He visto cómo la empujaba un indígena que, luego, se ha alejado corriendo. ¿Se encuentra usted bien?

—Creo que sí. Gracias. Le debo la vida, teniente —le dijo al señor Crespo.

—¡Qué salvajes! —protestó doña Ana María—. Nos pierden el respeto y se abren paso a empujones. Menos mal que posee buenos reflejos, señor Crespo.

—Ya le vuelve el color —se fijó doña Lisarda, preocupada.

—Nunca me ha agradado desplazarme a pie fuera de la fortaleza —explicó doña Ana María—; te arrollan en cuanto te descuidas.

Francisca se había puesto tan nerviosa que no se paró a pensar en qué había sucedido. El corazón le latía desbocado, aunque ignoraba si la razón era el susto, la mano del señor Crespo que la sostenía del antebrazo o sus ojos azules fijos en ella y llenos de inquietud.

—¿Ha dicho que la empujó? —se interesó el señor Crespo—. ¿Con intención?

—Y me ratifico en mi apreciación —dijo el teniente Anievas—. Se abrió paso entre el público curioso, pensé que para presenciar mejor el paso del cortejo, pero, en lugar de eso, la empujó y no volvió la vista atrás en la huida. No me dio tiempo a reaccionar ante la sorpresa y la preocupación por la señora.

A medida que las palabras del señor Anievas iban calando, Francisca palidecía de nuevo. Primero su marido y ahora ella. Había sido intencionado. La ansiedad le aceleró la respiración, y se mareó. El señor Crespo, que no la había soltado, la observaba con una ceja levantada.

—La señora no se ha recuperado del todo —notó el señor Mier.

—Será mejor que regresemos a casa —propuso doña Lisarda.

Unieron las palabras a la acción, y, en tanto doña Lisarda y doña Ana María subían ayudadas por Anievas y se acomodaban en el carruaje, el señor Crespo se dirigió a Francisca en voz baja.

—Señora, deduzco que tiene un enemigo que desea su muerte. Sepa que puede confiar en mí si precisa ayuda.

—Se lo agradezco, teniente. Es usted muy perspicaz. Le ruego que

no lo comente delante de mis padres.

La ayudó a acomodarse, y doña Lisarda reiteró la invitación para cenar antes de que la calesa partiera. El teniente Crespo le lanzó a Francisca una última mirada de entendimiento, como para recordarle el ofrecimiento de su ayuda.

Por el camino, el parloteo de doña Lisarda con doña Ana María no le permitió a Francisca analizar lo que había sucedido. Una vez en su cuarto, echada en la cama, su mente comenzó a trabajar.

No había sido un tropezón casual: la fuerza con la que había sido empujada lo desmentía, y, por primera vez, Francisca temió que la mano de sus hermanastros estuviera detrás. No por odio, que ese nunca había faltado, sino por algo mucho más viejo y más serio: la avaricia. Si se había preguntado qué era lo que había cambiado entre ellos para que se hubieran vuelto más agresivos, esa era la respuesta: se había convertido en una mujer rica por la herencia de su marido y por su empresa de perfumería.

Hasta ese momento no se lo había planteado; carecía de herederos y sus ahorros serían para sus padres y, ahí estaba la clave, de su padre a los hijos de este. Apretó las mandíbulas presa de la ira. Por fortuna, sus hermanos habían fallado, y ahora dependería de ella que no hubiera una segunda oportunidad. Sin embargo, ¿cómo se protegería? No podía encerrarse en casa. Y era tan fácil eliminar a una persona… Aquel supuesto accidente se lo había demostrado, una forma audaz y sin levantar sospechas.

La semana pasó rápida con la celebración de la Natividad de Nuestro Señor, una festividad más propia de la Iglesia que de las familias. Doña Lisarda cursó las invitaciones prometidas a los caballeros y al matrimonio Orellana. El señor Monterroso se disculpó con un compromiso previo para satisfacción de Francisca.

Abrió el armario ropero y repasó los vestidos de atractivos colores que se había confeccionado en Macao. Se habían quedado pasados de moda, como indicaban los diseños de los vestidos de doña Ana María: falda hasta los tobillos y poco armada, cintura apretada y escotes generosos disimulados con un finísimo fichú. Con el luto, había descuidado el renovar la ropa. Si no hubiera sido porque abandonar el luto habría significado que estaba libre para aceptar

otro enlace, Francisca ya lo habría dejado de buen grado, pero ese día le pesaba su cabezonería. No se llamaba a engaño, y reconocía que los culpables de esas repentinas ganas de vivir eran unos ojos de color celeste. Sacudió la cabeza para que se le fueran de la mente. ¡Vaya estupidez! ¡Un noble, hijo de un marqués! Y vivía al otro lado del mundo.

Unos golpes en la puerta la avisaron de la entrada de Fei con el vestido de seda negro de la otra noche. De cualquier noche, pues sólo se había confeccionado uno. Su madre se negó a que encargara más bajo la admonición de que no permitiría a Francisca que vistiera de negro en muchas fiestas. Doña Lisarda no había contado con la tozudez de su hija. Francisca se vistió y se peinó con la ayuda de Fei, y se encaminó al salón donde sus padres esperaban. Las ventanas estaban cubiertas con ligeras telas de algodón para que los insectos no entrasen, atraídos por la luz de las lámparas de aceite.

—Francisca, perdona que indague en tu vida privada —se disculpó su padre—. ¿Has vuelto a encontrarte a don Agustín?

—No. Y don Agustín no es parte de mi vida privada ni va a serlo —replicó Francisca, sin acritud—. ¿Qué sucede con ese señor?

—Igual es una percepción mía, pero creo que me rehúye. El consulado está algo revuelto, pero nadie suelta prenda. Aparentemente no ocurre nada, y, sin embargo, flota una sensación extraña.

—¿Se sabe cuándo saldrá el barco de regreso a Acapulco? Siempre se alborota el gallinero cuando toca la repartición de boletos.

—Se dice que este año que entra, pero es todavía incierto como para que los comerciantes comiencen a agitarse por el repartimiento del espacio en la nave. No, mi sensación es otra.

—Lo que sea ya aflorará. Somos una comunidad pequeña —restó importancia Francisca.

—Lo que espero es que no reviente como un volcán —vaticinó don Pedro, llevado de un sentimiento catastrófico.

La conversación quedó olvidada con la llegada de los invitados. La reunión se desarrolló más distendida, pues ya se habían establecido unos lazos de amistad. En el salón se limitaron a los saludos y a mencionar el tiempo y las dificultades de los traslados, pues los

asiáticos eran pueblos que se movían mucho y abarrotaban los caminos y los canales. Don Pedro se deshizo en agradecimiento por la oportuna intervención del señor Crespo en el rescate de su hija a la salida del almacén chino. Sin embargo, una vez sentados y ante los manjares, servidos al estilo francés —con las fuentes presentadas sobre la mesa simultáneamente y cada uno sirviéndose a sí mismo —, la conversación discurría por derroteros más serios, informativos y de opinión.

—Nos preguntábamos si este año que viene habría nave a Acapulco —expuso don Pedro, sirviéndose un arroz con pollo y cerdo del color de la cúrcuma y que despedía aromas de jengibre.

—Las reparaciones van a buen ritmo —contestó el teniente Anievas, que había terminado de servirse—. El problema es que todos los barcos han sufrido grandes averías. El San Andrés, aunque se libró del tifón, está necesitado de reparaciones.

Se produjo un pequeño temblor sólo perceptible por el líquido de las copas y el pábilo de las velas que iluminaban la estancia. Acostumbrados, no prestaron atención: los temblores eran como la lluvia en época del monzón.

—No recuerdo ninguna nave que haya arribado a puerto ilesa tras cruzar el Pacífico. Cualquier viaje prolongado desgasta los navíos —concedió don Pedro.

—Sin embargo, al comandante Álava le acucia cumplir con su deber —intervino el señor Mier—, y espera que en primavera ya esté disponible la mitad de la escuadra. Calculo que en otoño podría salir la nao hacia Acapulco.

—Sería lo deseable —dijo el señor Orellana—. Desde enero del año pasado no hemos podido vaciar nuestros almacenes. Será algo más de un año y medio. Me cuesta habituarme a este abandono —se lamentó.

—Vivo desde hace muchos años en Manila y sigo sin acostumbrarme a esta lejanía. Si no fuera por los negocios que me ha costado tanto levantar, me plantearía el retiro en Ciudad de México. A Lisarda le haría muy feliz. —Don Pedro sonrió a su mujer.

—Han llegado noticias muy desagradables a Cavite —comunicó el teniente Crespo—, y supongo que también el señor gobernador se

hallará informado: Cádiz lleva meses bloqueado por la escuadra de Jarvis, tras haber derrotado al comandante José de Córdoba en el cabo de San Vicente.

—No es excusa —planteó don Fernando—. Siempre ha habido interferencias por parte de los ingleses. Es ya una costumbre.

Francisca escuchaba sin prestar atención y sin levantar la vista de su plato. Se preguntaba cómo podría entablar conversación con el señor Crespo, que se había sentado enfrente. Se fijó en que los militares habían renovado los uniformes, y las casacas eran de fina seda en lugar de paño y se acomodaban mejor al clima cálido. Iba a realizar algún comentario sobre ello cuando el propio teniente le facilitó la labor.

—¿Considerarían una indiscreción si les preguntara con qué comercian?

—En absoluto. No es ningún secreto —se apresuró a contestar el señor Orellana—. Lo usual son las sedas, ya sean en rama, en hilo o seda floja. Los rasos, las gasas, sayas de Cantón, algodones de India, quimonos, colchas de cama, lencería y medias de seda de China. Lo especial y más complicado por costoso, el té, el tabaco, las maderas preciosas, especias como la nuez moscada de Insulindia, la pimienta y el jengibre de Malabar, la canela de Ceilán, el clavo de Ternate y el oro de Sumatra. Luego, en cuanto a ajuar, porcelanas de China y cristal de Japón.

—Ha sido muy exhaustivo —contempló el señor Mier—; sin embargo, cada vez que entro en esta casa, un olor peculiar me envuelve, y no me parece que sean las especias, que son más fuertes, picantes o dulces.

Habían llegado a los postres y a los licores, que paladeaban con deleite.

—¡Ah! Ese es un comercio que no está al alcance de todos —exclamó don Pedro.

—Efectivamente —corroboró doña Ana María. Orgullosa de su amiga, continuó—: Esos aromas son obra de mi amiga doña Francisca. Es experta en perfumería, y su nariz es proverbial.

Francisca se sonrojó ante los halagos y, de una forma inocente, logró la atención del señor Crespo.

—¿Esa era la dedicación de su marido? —El interés del señor Crespo brillaba en sus ojos.

—No. Mi marido poseía una compañía en Macao y comerciaba con todo lo que ha mencionado el señor Orellana. Los perfumes son un asunto propio —respondió Francisca.

—Tendremos que visitar su almacén. ¿Dónde se ubica? —preguntó el señor Crespo, galante.

—No vendo al público. Los fabrico yo misma aquí, en casa. Hay un lugar en el bazar de Bagumbayan que los vende a los manileños, pero la mayor parte viajan a Nueva España, donde el mercado es mayor y los precios, más altos. Si no les aburre, puedo enseñarles mi taller.

—Es un ofrecimiento muy generoso que no puedo pasar por alto. La curiosidad es mi pecado —aceptó el señor Crespo.

—Vayan ustedes —alentó don Pedro—. Es un sitio pequeño. Mi esposa y yo los aguardaremos aquí.

—En ese caso, me quedo con ustedes. Ya lo conozco —se disculpó el señor Orellana.

Francisca abrió el camino hacia la cocina, donde Serafina y Mauricia los recibieron con asombro, y de allí pasaron al patio. Abrió el taller, se retiró a un lado para dejarlos entrar a oscuras y extendió una gasa de algodón que cubrió el vano de la puerta. Hasta entonces no encendió un farol de barco que colgaba en el centro de la estancia.

Con gran satisfacción, reparó en la curiosidad del teniente Crespo, que observaba su mesa de trabajo y el local, bien aireado, ya que las paredes no llegaban hasta el techo y ese tramo estaba cubierto por una tela de algodón, como la del vano de la puerta. No comprendía de dónde nacía la necesidad de deslumbrarlo con sus habilidades. Intuía que él apreciaría su esfuerzo. ¿Desde cuándo era imprescindible para ella la aprobación de nadie? Borró aquellas cuestiones de su mente y se centró en la explicación.

—La aireación es esencial, pero tiene el inconveniente de que los aromas florales atraen a todo tipo de insectos, de ahí que las mosquiteras sean importantes. A pesar de los cuidados, siempre hay algún osado que consigue introducirse. Empleo el mismo método

que los apicultores para deshacerme de ellos: el humo que produce el sándalo. —Cambió de posición y señaló la mesa—. Los aceites esenciales los extraigo por prensado o por destilación con vapor de agua en esos alambiques. —Señaló tres pequeños alambiques que había junto a unas cenizas, aisladas por una pared de piedra—. Una vez obtenido, el aceite esencial se añade al alcohol desleído en agua, y se pasa a la maceración. Es un proceso complicado hasta que se consiguen las proporciones idóneas. En la maceración se mezclan varios aceites: es lo que configurará el aroma final y único del perfume. Conseguido el aroma, hay que fijarlo para que no se evapore con rapidez y dure en la piel o en las telas. Empleo aceites y ámbar gris como fijadores.

—Pura química —concluyó el señor Crespo—. La cuestión es dar con la fórmula exacta y, después, reproducirla cuantas veces sea necesario.

—No es muy galante esa observación, teniente —reprendió el señor Anievas, preocupado por la falta de tacto de su amigo.

—¡Oh! No me ha molestado —replicó Francisca con viveza—. Es cierto que la dificultad estriba en la creación del aroma, para lo que se necesita nariz y paciencia: hay que conseguir la cantidad exacta de cada esencia para lograr un equilibrio en el perfume. Pero luego se trata de algo repetitivo. ¿Le apasiona la química, señor Crespo? No la había considerado necesaria para guiar una nave.

—Me atrae todo aquello que explique la composición del aire y de la tierra. La alquimia es un saber que se estudia desde antiguo, y cursé mis estudios en artillería. ¿Por qué no me iba a interesar?

Cogió un frasquito de perfume, lo destapó, cerró los ojos y olió.

—Huele a oriente.

—¿El oriente tiene olor? —preguntó Francisca, asombrada.

—Sí, querida. A nosotros también nos sorprendió —intervino doña Ana María—. Usted está acostumbrada, nació aquí. Pero el olor es diferente en Nueva España.

—No se me había ocurrido que los países olieran. —Francisca estaba fascinada.

—¿Nunca ha salido de Filipinas? —inquirió el teniente Crespo.

—Sí, he vivido en Macao y en Cantón. —Fue pronunciar «Cantón»

y caer en la cuenta—. Es cierto, aquí los arrabales huelen diferente, según el tipo de alimentación.

—Así que no ha viajado fuera de Asia —comentó el señor Crespo, pensativo, con un perfume en la mano—. Los componentes necesarios para crear el perfume son muy caros, ¿me equivoco?

—Digamos que la buena perfumería va de la mano con la joyería, si se refiere a la inversión. La diferencia radica en que la perfumería no resulta rentable para el comprador por ser de consumo. Por decirlo de otra forma: por lo volátil de la sustancia.

—Es un lujo muy costoso, efímero y a fondo perdido —concluyó el señor Crespo—. Perfecto para todos los pretenciosos.

Doña Ana María no era una mujer discreta cuando se sentía en confianza, y decía lo que pensaba.

—Para la idea que me había formado sobre el carácter de un marqués, usted se me antoja muy alejado de ella.

—Será porque no soy marqués. Hijo y hermano, sí, pero nada más. Soy de esos que han crecido en el paraíso y, después, han sido expulsados de él. He de ganarme mi sustento y he de forjarme mi fortuna.

—Y sincero —apuntó Francisca sin apartar la mirada. Le habían sorprendido gratamente su inteligencia y la afinidad que los unía—. ¿No será que lo utiliza como un arma para conseguir lo que desea?

—¿Con la sinceridad se consigue algo? —El teniente levantó levemente una ceja. Un gesto muy elocuente y característico del hombre. Francisca se planteó si debería hacerlo partícipe de sus problemas, pero desechó la idea. Era un marino, un extraño, ajeno a la complicada vida manileña.

—Por lo pronto, ha ganado amistades y un perfume —aseguró Francisca—. Elaboraré uno personal para cada uno. Será mi nuevo reto. Ustedes son más sobrios, y sólo he diseñado tres aromas para hombres.

—Será en los virreinatos —contradijo el señor Crespo—; en la Península somos muy atildados y vanidosos.

Las dos mujeres se sonrieron. Los caballeros devolvieron los perfumes a su lugar e iniciaron el regreso al salón. Un rato más tarde, se despidieron hasta la fiesta del Nuevo Año en el palacio del

capitán general.

Cuando Jian recibió el aviso de que la mujer blanca se hallaba en la Casa se temió lo peor. Recordaba que se había levantado sin prisa, había rodeado el biombo lacado que ocultaba la pequeña celosía y que quedaba a la altura de los ojos y había divisado a Francisca con su madre, la amiga novohispana y tres militares desconocidos, por lo que había colegido que se trataban de los alojados en Cavite. Luego, Fei había subido al despacho para informarlo.

—¿Qué tienes que decirme? —Hablaba en cantonés con ella, la lengua en la que se encontraba más cómoda, pues el español aún no lo dominaba.

—Las noches han sido infructuosas y ahora nos dedicamos a observar a los clientes. Bajo una aparente normalidad, hay algo raro. Algunos no compran y salen con la ira o la angustia en los ojos. Doña Francisca ha reconocido a la mayor parte como integrantes del consulado, de la Casa de Misericordia o de alguna de las instituciones.

—Quiero nombres.

—Eso es fácil, pero no podré estar segura de lo que esconden.

—Por supuesto que no. Hazme una lista y yo lo averiguaré por otros medios.

Fei se había despedido y Jian se había abstraído, olvidando el peligro que corría Francisca. Hasta que un sirviente le había transmitido la noticia del incidente.

—¿Qué sucede?

—La mujer blanca. Alguien la empujó y casi cae bajo los cascos de su propio caballo.

—¿Alguien? ¿No lo viste?

—Era un tagalo, pero sólo le vi la espalda. Huyó amparándose entre la gente que se había detenido para presenciar el cortejo fúnebre que cortaba la calle. Uno de los hombres que la acompañaba la salvó.

—Gracias. Puedes retirarte.

Jian seguía dándole vueltas al incidente. Miguel tenía prisa, pero

no podía ejecutar a su hermanastra de cualquier manera. El asesinato de la hija de Pedro Muñoz removería la sociedad manileña, y rodarían cabezas: mejor simular un accidente. Ese plan requería paciencia, tiempo y una estrecha vigilancia. A Jian lo acuciaba descubrir lo que se traía entre manos ese mestizo para derrocarlo.

III

Operaciones de guerra

1798

11

Bahía de Manila, enero de 1798

El Montañés había abandonado las gradas con el casco carenado y los palos repuestos y los operarios andaban con la cabuyería. A Melchor esas labores se le hacían tediosas, y la mente tomaba derroteros más entretenidos, como el recuerdo de la viuda entre sus brazos cuando la empujaron. Nunca se había tenido por un quijote, y, aun así, de algún lado había salido el ofrecimiento de su ayuda a una desconocida. No tenía la menor idea de cómo podría ayudarla él, que ignoraba todo acerca la sociedad manileña, tan compleja a causa de la mezcla de culturas muy diferentes. El planteamiento del asesinato había estado bien urdido, luego el enemigo era poderoso. ¿Quién deseaba con tanto ahínco la muerte de una mujer hermosa y bien situada con un negocio que requería una gran inversión? ¿Un competidor? ¿No sería más fácil conquistarla y casarse con ella? A no ser que fuera un pretendiente rechazado.

Por otra parte, Melchor no había iniciado ningún avance con Francisca, ni ella con él, pues no había vuelto a tener noticia, y eso le generaba curiosidad y cierta precaución. Como muy bien la había definido Anievas, era una mujer singular: sus armas no incluían la coquetería ni las triquiñuelas de salón propias de las mujeres que salen a la caza de un hombre, su conversación era inusual, no entraba en provocaciones. La mujer en sí constituía un reto y un peligro. La cuestión era si Melchor aceptaría el desafío y si le compensaría el riesgo.

—Señor Crespo —le llamó Mier—, me preguntaba si le interesaría una excursión en un junco.

—Cualquier cosa que no se relacione con las jarcias —replicó Melchor más animado, pues estaba vigilando cómo realizaban la sujeción de los palos con los obenques.

—Me han encargado el adiestramiento de cinco indígenas para que piloten las pequeñas flotas sutiles que hay desperdigadas por las islas. Por uno de ellos, Juan, un tagalo cristiano, me he enterado de que algunos frailes conocen los secretos de la construcción de barcos de poco porte y de la navegación y han creado pequeñas flotas sutiles para defender la costa en la que se ubican sus iglesias y conventos y las pequeñas poblaciones que los rodeaban. Estas se han convertido en reductos de resistencia a las incursiones de los moros de Joló. Ahora bien, las embarcaciones son de lo más variopintas: vintas, falúas, joangas y los juncos, que son los de mayor porte para largas travesías. Hablando sobre ellas, surgió la invitación por parte de esos cinco alumnos de enseñarnos cómo se navega en un junco. El teniente Anievas y dos guardiamarinas también se han unido. Me dirijo a solicitar permiso al comandante Álava.

—Cuenten conmigo.

Y la propuesta no se demoró: esa misma tarde navegaban por la bahía manileña.

—Curioso sistema de velas —comentó Melchor, con la mirada fija en ellas—, y funciona.

—No dejan de ser variaciones sobre la misma idea —restó importancia Mier—. Si lo piensa bien, cada pueblo, a lo largo de la historia, ha desarrollado su particular concepción de una nave. Nosotros mismos hemos cambiado de las galeras a las naves mancas, como las llamaban hace más de un siglo, al tener que adaptarse a otro tipo de mar.

—¿Qué le ocurre al vigía? —El teniente Anievas alzaba la mirada a la cofa.

—No consigo aprender su lengua —reconoció Mier, con cierta frustración.

El tagalo Juan, que hablaba correctamente el español, aprendido del fraile agustino que estaba al frente de la misión en su pueblo, se acercó a informarlos.

—Velas de naos hacia la isla del Corregidor. Estarán aquí al caer el sol.

—Puede ser algún barco de la Real Compañía que viene de Cantón

—formuló la posibilidad Melchor.

—No había noticia en Cavite de ninguna llegada —rechazó el teniente Anievas—. Acerquémonos a la isla.

Mier se volvió al señor Anievas y lo miró interrogativo.

—Es una corazonada. No se me quita de la mente el robo ni tampoco el cuerpo del despensero —se excusó Anievas—. ¡Juan! Que el vigía no pierda de vista las velas e informe sobre su evolución. Señor Montiel —se dirigió al guardiamarina que estaba aprendiendo a manejar la caña del timón con el tagalo José—, hacia la isla del Corregidor.

La fuerza de la costumbre movió al teniente Anievas a impartir órdenes, aunque no fuera su barco. Melchor comprendía que, cuando una idea entraba en la mente, la mejor manera de sacarla era aquella. El arrepentimiento llegaba cuando no había solución.

Melchor sacó su catalejo y, desde el coronamiento, avistó los buques. Cuando lo bajó, miró serio a Anievas.

—Me da mala espina. Llevan bandera francesa, pero hay algo que…

El teniente Anievas lo interrumpió.

—¡Andújar, Montiel! Quítense las chupas. Simulen ser tagalos. Mier, nuestros sombreros de paja. Juan, advierte a los tuyos. Ahora somos pescadores.

—Hay una red —ofreció José.

—Pues echadla a babor y bajad un bote para recoger el otro extremo, y de esa forma estaréis más próximos a las naves. Van a pasar cerca de nosotros. Vaya usted en el bote —ordenó a Melchor —, a ver si consigue descubrir algo más que con el catalejo.

Los buques eran dos fragatas y se aproximaban sin prisa, con poca vela. Sin necesidad de catalejo, Melchor se fijó en que se movía poca gente por las cubiertas para ser una nave que avistaba tierra. No perdió detalle del intercambio de señales con el fuerte de la isla. Todo correcto. Sin embargo, era extraño el silencio en unas naos que se disponían a fondear, cuando debían impartirse órdenes a la marinería. ¿Alguna enfermedad infecciosa? Con los ojos ocultos bajo el sombrero, divisó a uno de los oficiales que los enfocaba con el catalejo.

—Nos están observando —advirtió a José—. Grita en tagalo a los del junco para que tiren de la red.

Fingieron que el trabajo había terminado y que recogían para irse. Pero fueron la brisa del atardecer y la posición del bote a sotavento de una de las fragatas las que desvelaron la traición que tanto temía el teniente Anievas: frases incompletas y palabras sueltas en inglés, pronunciadas en voz baja, para transmitir las órdenes.

En cuanto pisó la cubierta, dejó que los demás se ocupasen de izar el bote y se acercó sin prisa, para no levantar sospechas de los buques enemigos, a Anievas y a Mier.

—Son ingleses. ¿Qué hacemos?

—Buscan resguardo en la isla —dedujo el teniente Anievas—. Una de las naves ya ha tomado posición y va a echar el ancla para evitar la deriva. Pasarán la noche ahí, bajo el amparo de nuestros propios cañones. —Melchor notó la ironía de su superior—. Ignoramos qué se proponen, pero no puede ser nada bueno. Debemos dar la alarma.

Una vez recogida la red y amarrado el bote, izaron las velas y pusieron rumbo a Cavite. El regreso se les hizo lentísimo, con la mente llena de preguntas y la ansiedad instalada en el ánimo.

Los guardiamarinas, los tenientes y el piloto desembarcaron en Cavite, con la vestimenta militar ya recuperada, mientras los indígenas aspirantes a piloto aguardaban en el junco. Anievas y Mier fueron en busca de Álava, y Melchor, con Montiel y Andújar, de Valcárcel, para ahorrar tiempo.

—¿Y dice que hicieron las señales correctamente? —repetía Valcárcel mientras se encaminaban a paso ligero hacia el despacho del comandante de la escuadra.

Allí se reunieron con Anievas, Mier y los comandantes Isidoro García del Postigo y Francisco de Riquelme, quienes se hallaban discutiendo las reparaciones ante unos planos.

—No comprendo por qué no han entrado disparando los cañones —decía el comandante Riquelme—. Nos tienen a su merced con los barcos en las gradas.

—No desprecie los cañones de tierra ni las lanchas cañoneras de Manila —mesuró Álava—. Creo que buscan información de nuestro

estado. Con sólo dos naves, es ridículo plantearse un asalto a una ciudad fortificada como Manila. Causarían destrozos, pero ellos no se irían sin recibir lo suyo. Lo más preocupante es que ya sabemos quién posee el libro de señales.

—Un barco en territorio enemigo dobla la guardia —expuso Valcárcel—. Pero si mañana conservan su posición, no sería extraño que recibieran la visita de un oficial del puerto.

—Se podría crear una distracción para la guardia durante la visita y sabotear la nave. El timón es la pieza más sensible para gobernar la nave —propuso Melchor.

—¿A plena luz del día? —objetó el comandante del Europa, García de Postigo.

—¿Se entregarían sin resistirse? —planteó Riquelme.

—Lo dudo —replicó Álava—. Esos saben que han entrado en la boca del lobo y se defenderán. Lo que me preocupa es que cañoneen el astillero y las gradas. Nos dejarían fuera del mar por unos años: hay medios para repararlos, pero no para construirlos. Las defensas de Cavite, gracias al necio del gobernador, son débiles. Y seguimos con el problema del abastecimiento de cañones.

—¿Cómo se podría averiar un timón? Son muy fuertes. —Valcárcel era un hombre pragmático, y se centró en buscar soluciones.

—El efecto no sería inmediato —advirtió Melchor. No había pensado que el dominio de la construcción de una nave pudiera servirle en un futuro tan próximo—. Con un berbiquí se agujerea en línea perpendicular por la parte más cercana de la pala a la unión con la caña. Es la parte más estrecha, aunque está alta, pero será lo más rápido y lo menos ruidoso dentro del tiempo que costará trepanar la madera. Quedará muy débil, y, con oleaje un poco fuerte o una ceñida prolongada, lo perderían.

—La idea de que no se averíen en la bahía me convence. El temor de que se vean acorralados y comiencen a disparar, ya sea a Manila o a Cavite, es muy grande. Como usted ha señalado, llevará tiempo —intervino Álava, más animado ante el sesgo que tomaba el asunto —. Habría que crear una distracción para que no los vean mientras efectúan el trabajo, pero es la idea más sensata que he escuchado.

—¿Y una riña entre pescadores cerca de su posición?

—Señor Crespo, posee usted una imaginación muy viva —amonestó Valcárcel.

—Sin embargo, es una idea de la que pueden surgir otras —aceptó Álava—. Señores, lo primero será tomar posiciones. Habrá un centro de mando en Manila y otro, aquí, en Cavite. Señor Riquelme, usted dirigirá el reducto de Cavite con la ayuda del señor Valcárcel. Tome las medidas necesarias para la defensa o para apoyar un ataque en caso necesario. Yo ocuparé el de Manila y me acompañarán ustedes —señaló a Crespo, Anievas, García de Postigo y a Mier— en ese junco del que hablaban para no despertar sospechas. Estableceremos un enlace a caballo por tierra.

—¿Quién irá en la lancha oficial mañana? —preguntó Valcárcel—. Debe ser un hombre con temple para subir al barco enemigo.

—Señor, me ofrezco voluntario, ya que ha sido idea mía —dijo Melchor.

Era un suicidio, pero echaba de menos la acción. Él mismo estaba sorprendido de haber dado ese paso al frente.

—De acuerdo —aceptó Álava—. Y el señor Mier se encargará de que estén en el junco los operarios necesarios para llevar a cabo el estropicio. ¡Ojalá se hundieran con el cuaderno antes de causar algún daño irreparable a las islas! El resto deberemos improvisar sobre la marcha. Todo dependerá de los planes del enemigo. Una cosa más, señor García del Postigo: en cuanto cambie las contraseñas hay que hacerlas llegar a los responsables de los presidios de las islas para que no les cojan desprevenidos.

Abandonaron el despacho de Álava en silencio, cada uno sumido en cómo realizar su tarea. Los movimientos de las dos naves inglesas en las próximas horas serían cruciales para sus planes. Mier se concentró en las personas que seleccionaría para estropear los timones: serían buzos, no eran necesarios operarios especializados para el trabajo; se trataba de destrozar, no de arreglar.

—Me considera un bocazas —dijo Melchor a su lado.

—En absoluto. Me ha sorprendido lo descabellado de su propuesta. Lo tenía por un hombre más cabal; sin embargo, ese tipo de apuestas suelen salir bien, aunque nadie se explique la causa. Igual por lo inesperadas.

—Una idea descabellada me salió bien en el combate del Rosellón. Está visto que estoy lo suficientemente loco como para esperar que vuelva a repetirse la fortuna.

—No se martirice. —Mier intentó alentar a su amigo—. Su propuesta ha servido para que los demás arrimemos el hombro en decidir una estrategia. Y si sale bien, será por su mérito.

—Y si sale mal…

—… se convertirá en el señor Crespo, el fantasioso —replicó el teniente Anievas, que estaba pendiente de la conversación—. Es el riesgo que corren los héroes.

—No ayuda mucho —reprochó Melchor, con la preocupación grabada en el semblante.

—El humor debe ser bienvenido —aconsejó el señor Anievas—. Procuro reír cuando creo que las cosas pueden torcerse. ¿Habla inglés?

—Se supone que he de hablar en francés —recordó Melchor.

—Podría escuchar frases o palabras en inglés. Son muchos hombres y siempre hay alguien al que se le escapa algo.

—Sé algunas frases de cortesía y de alguna maniobra, pero poco más. Es la lengua del enemigo, por lo que nunca me he planteado aprenderla. Aunque, ahora que lo dice, debería esforzarme por si surge otra ocasión.

—Si escuchara una sola palabra en inglés —advirtió Mier—, tírese al agua. Su vida no valdrá un maravedí.

Llegaron a los barracones de noche cerrada y cada uno fue a despertar a los hombres que habían seleccionado. A medianoche, se reunieron en el muelle con Álava y el teniente de fragata Juan Antonio Ibargoitia, que se había ofrecido para averiar uno de los dos timones cuando se enteró de la aventura. Se embarcaron en el junco con las armas y las herramientas necesarias. Álava dejó que Anievas dirigiera la navegación hacia Manila con la colaboración de los pilotos bisoños, Juan y José. Previamente, el comandante de la escuadra había enviado un correo por tierra para alertar a las autoridades militares del fuerte de Santiago, situado en la desembocadura del río Pasig.

Entre la toma de decisiones, el desplazamiento a Manila y la

organización de la operación, se pasó la noche. El alboroto de las aves anunció el inminente amanecer. Se espabilaron los unos a los otros, pendientes de los movimientos del enemigo. Habían preparado la lancha del oficial del puerto y Melchor aguardaba vestido con el nuevo uniforme. Los remeros habían sido escogidos entre los soldados de marina destinados al puerto. El comandante García del Postigo se había puesto al frente de las cañoneras, por si hiciera falta salir a defender la plaza.

Aunque el gobernador se hallaba sobre aviso, la población manileña permaneció ignorante del peligro, y el movimiento en la ciudad transcurría como un día más.

Mier y el señor Ibargoitia se habían disfrazado con las ropas nativas y el sombrero de paja cónico para que no los reconocieran desde lo alto del buque. Habían preparado dos *bangcas* —canoas con estabilizadores— para que parecieran inofensivas, con las nasas para crustáceos bien visibles. Mier capitaneaba una de ellas con el tagalo Juan, como apoyo lingüístico, y cuatro buzos para turnarse en tan ardua labor, pues no sería tarea sencilla agujerear la madera de la pala de un timón. Al mando de la otra, se hallaba Juan Antonio Ibargoitia, al que acompañaban el indígena José y otros cuatro buzos. Aguardaban al pie del fuerte a que les diesen la orden de salir al escenario. Álava había conseguido la colaboración de algunos de los indígenas reclutados como marineros para representar una comedia entre pescadores en medio de la bahía y distraer la atención de los vigías de las fragatas.

Melchor divisó una lancha con las velas desplegadas que se aproximaba a la playa, al embarcadero de la fortaleza.

—Son los espías —anunció Mier a su lado—. ¿Qué habrá sucedido?

No tardaron en saberlo. Las fragatas levaban anclas.

—Tanto trabajo para nada —se lamentó Mier, quien había estado repasando el plan una y mil veces.

—No tenga prisa por entrar en combate —recomendó Melchor, quien empezaba a cuestionarse su cordura—. Las batallas permiten ascender antes, pero también morir más joven.

Al cabo de una hora, el enemigo los sorprendió de nuevo con su audacia. Las dos fragatas se adentraban en la bahía con la intención

de fondear entre Cavite y Manila.

—Teniente, no queda otra —dijo Álava, con el catalejo en la mano —. Dejaremos correr una hora para que las canoas se sitúen en los lugares convenientes. —Dio la orden de zarpar a Mier y a Ibargoitia y siguió instruyendo a Melchor—: Después, se aproximará a identificar a nuestros aliados franceses. Hágase el tonto lo más posible y no ponga en duda nada de lo que le digan. Nosotros aguardaremos a sus señales: si todo va bien, levante el bicornio para secarse el sudor; si sospechan, llévese la mano al mentón, como si se rascara.

Melchor, sereno en la popa de la falúa oficial, consciente de que había varios catalejos observándolo, tanto amigos como enemigos, mantenía una expresión seria e indefinida. Los remeros, de la infantería de marina, bogaban a buen ritmo, y la distancia con las fragatas menguaba. Había elegido la que se llamaba Prudente, un recordatorio de algo que le faltaba. Divisó a Mier con sus hombres, situados a la popa de la fragata a la que iba a subir y que fingían estar ocupados en la pesca de moluscos y cangrejos.

Por los muelles de Manila, habían corrido la voz de que había entrado un banco de sabalotes, y las canoas de los pescadores indígenas proliferaban en la bahía y en torno a las fragatas enemigas, con el fin de dificultar la vigilancia de la guardia de las naves al crear tantos puntos de distracción.

Abarloaron al pie de la escalerilla del buque. Los remeros permanecieron en la falúa y Melchor escaló por el estribor de la nave, como correspondía, y que daba la casualidad que miraba al puerto. En el combés, lo aguardaban dos oficiales. La suerte estaba echada: faltaba ganar el juego.

Al cabo de dos terroríficas horas, Melchor descendía por la escala hasta la falúa del puerto. Cerró los ojos y respiró hondo. Habían salido ilesos de la aventura; quedaba por verificar si la estratagema tendría éxito.

Una vez en el puerto, Melchor se dirigió al fuerte de Santiago, donde habían acordado reunirse los participantes de la comedia. Álava los esperaba. Si había estado inquieto, no lo demostró. Había seguido el desarrollo de los acontecimientos desde la torre de la

fortaleza y había comandado la operación de forma escalonada para que llenara la tarde y así favorecer la labor de los buzos. Al parecer, había sido un éxito. Faltaba ahora que los ingleses se amedrentaran y huyeran por la noche sin causar daño.

Una vez reunidos, cada uno expuso sus observaciones.

—Eran las fragatas HMS Sybille y la HMS Fox —informó Mier—. Habían superpuesto el nombre ficticio sobre el original con una burda tablilla pintada. No querían estropear la pintura del barco. Los buzos lo descubrieron. Pero lo importante es esto. —Se adelantó y entregó un cuaderno de señales. Álava lo tomó y lo hojeó.

—Muy buena labor, señor Mier —lo felicitó Álava—. Hay anotaciones en inglés, seguramente alguna observación o traducción. ¿Cómo lo ha conseguido?

—¿Es el libro de señales? —inquirió Valcárcel, admirado.

Mier asintió antes de responder.

—Quedó una ventana abierta, trepé por el espejo de popa y me introduje en el camarote del capitán, que estaba desierto. He de resaltar que el silencio era inusual. Me acerqué a la puerta y, tras intentar escuchar algo, abrí una rendija. El pasillo estaba igual de desierto, sin soldados de guardia. Creo que la tripulación se encontraba hacinada en la bodega o en los pañoles y en completo silencio. En la mesa del capitán había más información, pero no me atreví a robarla, pues podrían echarla en falta mientras estuvieran en la rada. Me limité a recuperar lo que nos interesaba.

—Arriesgó mucho, Mier —reprendió Álava—. No sólo su vida, sino también la de los oficiales que han subido a bordo. Sin embargo, ha tenido éxito, y es lo que importa. Lo que me pregunto es por qué estaba el camarote del comandante sin guardia.

—Eso puedo explicarlo yo, señor —intervino Melchor—. En la cubierta me aguardaban un teniente y un alférez, correctamente uniformados como hijos de la república. Me invitaron a saludar al capitán, que me esperaba en su recámara; sin embargo, con amabilidad y firmeza, decliné la invitación y expliqué que mi misión consistía en recabar información sobre las naves y los oficiales y transmitírselas a mi superior en el puerto. Imagino que despejaron el camino hasta la cámara del comandante para que no me

percatara de que no hablaban francés.

—Pues Dios lo ha alumbrado, teniente —habló de nuevo Mier—, porque si llega a entrar en esa cámara, habría sido hombre muerto. Eran visibles papeles y libros en inglés.

—No rechazo la intercesión de Nuestro Señor, pero, personalmente, siento aversión a entrar en una ratonera. Si me lo permiten, sigo con el relato. —Asintieron los presentes—. Como a los dos oficiales se les notaba que el francés no era su lengua materna, fingí que lo hablaba peor que ellos, que sólo poseía unas nociones mínimas. Me percaté de que, en lugar de dar la orden a uno de los grumetes de que fuera a buscar al capitán, el alférez hizo algo inusual: se ofreció a avisarlo. No se me escapó que la orden hubiera tenido que darla en francés, y nadie en el buque debía de hablarlo. La parodia me pareció irrisoria, pero mantuve el rostro impasible; me iba la vida en ello. Observé el barco y a los escasos hombres que estaban visibles y silenciosos. Busqué cualquier pista que lo identificara realmente como un buque de la HMS. El comandante salió muy jovial y en absoluto molesto. Respondió a las preguntas protocolarias e identificó a los barcos como el Prudente y el Forte, que formaban parte de la flota del contraalmirante Pierre de Sercey, quien navegaba desde hacía un año por los mares de China y de Java. Habían recalado en Manila, como aliados, para abastecerse de agua y raciones de boca.

»Me admiró la osadía del comandante: no sólo se había adentrado en una bahía enemiga en busca de información, sino que también pretendía que lo abasteciéramos. De hecho, el comandante empezó a interrogarme de forma descarada. Simulé encontrarme cómodo y me quité el sombrero para secarme el sudor, como habíamos convenido, y respondí con una mentira en cuanto al número de soldados y de cañones que albergaba la isla, aunque dije la verdad en cuanto al estado de la flota, pues era obvio que los navíos se hallaban sobre las gradas en plena reparación y los ingleses habrían hecho buen uso de los catalejos y lo habrían descubierto. La llegada del comandante de la otra fragata detuvo el aluvión de preguntas. Se presentó como el capitán Poulain y comentó la frenética actividad pesquera de la bahía. Expliqué que los indígenas filipinos y malayos,

además de formar familias prolíficas, eran pueblos laboriosos que vivían de la pesca.

»La voz de Valcárcel, pidiendo permiso para ascender junto a los cuatro oficiales que lo acompañaban, los volvió a interrumpir. Se repitieron las presentaciones y las explicaciones. Se me antojó la escena artificial por ambos bandos, y tuve que esforzarme para mantener la seriedad: los españoles nos habíamos vuelto sordos al terrible acento de los ingleses y ciegos al no percatarnos de que nadie más, a excepción de los tres oficiales que nos atendían, hablaba con nosotros. El señor Valcárcel exageró las defensas de la ciudad y les proporcionó datos erróneos sobre estas aguas; mientras que los «pseudofranceses» tomaban buena nota de la información que les estaban sonsacando a los palurdos españoles. Señor, recordaré esta entrevista como un momento memorable para relatar ante la chimenea y que me tilden como el marino más mentiroso de la historia.

Se rieron los presentes que habían participado en la aventura y siguió el comandante Valcárcel con el relato.

—El espectáculo entre los pescadores también es digno de ser recordado. Me convertí en un traductor espontáneo y acaparé la atención de los dos capitanes y del oficial. Fue un éxito, pues consiguieron distraer a la guardia de su labor de vigilancia. Disfrutamos de la trifulca en la que se arrojaron cangrejos y peces de una canoa a otra y proferían gritos y amenazas los contendientes. Lo mejor fue que atrajeron la atención de otras embarcaciones de pescadores cercanas que se sumaron a la trifulca en favor de unos o de otros sin venir a cuento.

—Ese toque de improvisación dio más veracidad a la disputa, sin lugar a dudas —convino el señor García del Postigo.

—Veremos si esta noche ha tenido éxito la trampa final —comentó el comandante Valcárcel—. La coordinación ha sido perfecta. Cuando me estaba despidiendo con la promesa de abastecerlos, abarloó una lancha e informó a voces sobre la presencia de buques franceses que llegaban por la ruta de Cantón.

—Señores —Álava atrajo la atención—, a mi juicio, se ha escenificado un sainete en el que los ingleses se han hecho pasar

por tontos igual que nosotros. No entiendo cómo ha sucedido ni por qué, pero los ingleses entraron decididos y algo los ha hecho cambiar de opinión y han aceptado formar parte de la representación. Ni ellos ni nosotros deseamos la contienda. ¿En cuanto a los timones? —se interesó Álava.

—Les darán problemas —contestó Ibargoitia—. La labor fue ardua por la dureza de la pala, pero se ha conseguido. Debo señalar que no les cabrá duda de que los hemos saboteado.

—Son vengativos —ponderó Álava—. Me pregunto qué nueva mentira lanzarán a los cuatro vientos para convertirla en hazaña. En ningún momento piensen, caballeros, que ellos quedarán como mentecatos. Se las apañarán para volver las tornas. La Real Armada española, por desgracia, está acostumbrada a ello; nuestras espaldas son muy amplias. Lo que me tranquiliza es que el asunto de la traición se haya resuelto, aunque no se haya dado todavía con el desertor.

Álava dio por terminada la reunión y se retiraron, aunque permanecieron en la fortaleza a la espera de las consecuencias de la parodia.

Durmieron unas horas, aunque a Melchor le costó. Las palabras de Álava rondaban su cabeza: *«Lo que me tranquiliza es que el asunto de la traición se haya resuelto»*. A él no se lo parecía. Calderón era piloto y bien podía vender su oficio y conocimientos a los ingleses. Mientras repasaba mentalmente los hechos, le sorprendió el sueño. Valcárcel los despertó.

—La artimaña ha dado resultado y las dos fragatas han huido en medio de la oscuridad —les informó, satisfecho—. Desayunen; una falúa nos aguarda para llevarnos de regreso a Cavite.

12

Manila, marzo de 1798

Francisca contemplaba indecisa el revuelo de telas de calicó sobre la cama. Se había probado tres vestidos y ninguno le satisfacía. Desde que había dejado el luto, el vestirse se había convertido en un desafío. Había utilizado el negro como escudo para defenderse de los pretendientes, pero no se había percatado de lo cómodo que era el no tener que pensar en el atuendo diario. Ahora lo echaba de menos.

—Hija, ¿todavía así? —Doña Lisarda había entrado como un torbellino a instancias de su marido—. Tu padre lleva esperando un rato. Ya está el coche en la puerta.

—Decida usted —ofreció Francisca—. Algo discreto, que no voy buscando marido, y a la vez elegante, que se vea que no soy una viuda pobre.

—Creo que en el consulado conocen de sobra tu estado civil y económico —advirtió su madre—. Te olvidas de que el cotilleo es una actividad que va de la mano con el comercio.

Ese día iba a presentar su solicitud para que le concedieran el derecho a adquirir un boleto que se correspondía con el espacio de carga en la nao a Acapulco. Era un tema muy serio, pues implicaba que ella podría embarcar una serie de fardos y cajones propios, sin depender de la disponibilidad de espacio en los de su padre y, de cara al futuro, para no hallarse a merced de su hermano Miguel, con el que debía distanciarse comercialmente. Por deferencia a ella, su padre se desplazaba en el calesín. La ciudad se veía diferente a cuando uno iba a pie, incluso se sentía correr el aire bajo el toldo. El recorrido no fue muy largo, pues el consulado, como el resto de las instituciones importantes, se hallaba dentro del recinto amurallado y cercano al palacio del gobernador de la Capitanía General de

Filipinas. Don Pedro aseguró el caballo y, luego, la ayudó a bajar.

La actividad en el consulado era febril, desde que se había anunciado que se estaba reparando la fragata San Andrés para que pudiera zarpar en septiembre. Los letrados, los escribanos e intendentes iban y venían cargados de papeles por las distintas dependencias. Francisca y su padre se detuvieron cada dos pasos, para saludar a las amistades o para que don Pedro la presentara a los compañeros consulares. Entraron en el despacho de la Junta de Repartimiento, donde, como el nombre indicaba, se repartían los espacios de carga del buque. Los consulares tenían su cuota de espacio adjudicada y quedaba un pequeño porcentaje para las obras pías, viudas y huérfanos que se distribuían a través de la concesión de boletos a las personas o instituciones de caridad que cumplieran con los requisitos estipulados por el consulado.

—Buenos días, don Pedro. —Don Agustín Monterroso se levantó al observar la presencia de Francisca, y esta notó cómo le cambió la expresión afable a una preocupada—. Viene acompañado hoy. Muy buenos días, señora.

—Buenos días, don Agustín —respondió don Pedro. Francisca inclinó la cabeza a modo de saludo—. Venimos para cumplimentar los requisitos para que mi hija, como viuda, participe en la repartición de boletos para espacio de carga.

—Si me visitan ustedes por cuestión de negocios —a Francisca le pareció nervioso el hombre, pero bien podría haber sido por la sorpresa—, por favor, tomen asiento en tanto busco al escribano. Son días muy ocupados desde que se ha difundido la fecha de salida de la nao.

La espera y la ausencia de don Agustín le dieron tiempo a Francisca para fijarse en el despacho. Los responsables de la sensación de agobio que producía la sala eran una enorme estantería, llena de legajos y archivos, y una mesa de dimensiones considerables, que ocupaba el centro. Sobre la mesa reinaba el más absoluto desorden y los candelabros ocultaban la labor de los plateros bajo capas de cera. Algunos cuadernos y cajas con resmas de papel se extendían por el suelo, a falta de otro sitio. Una estrecha ventana en un lateral era la única iluminación que recibía del exterior

y que revelaba la capa de polvo que reinaba sobre aquel desbarajuste. Si a eso se le añadía el olor a papel viejo, a tinta, a tabaco y a sudor, para una mujer como ella, dedicada a la perfumería, la atmósfera resultaba irrespirable.

—Esto parece el paraíso de un ratón —susurró a su padre—. Aquí una mujer no es bienvenida ni para limpiar.

—¡Ah, no! —exclamó, alarmado y en voz baja, don Pedro—. Una mujer intentaría poner orden y lo desordenaría todo. ¡Un peligro para encontrar algo!

Francisca interrumpió su sonrisa cuando entró de nuevo don Agustín, seguido del escribano. Les llevó una hora cumplimentar los datos y aportar los documentos, y, en todo momento, ya más sereno, don Agustín mantuvo una distancia profesional, demasiado fría para el agrado de Francisca. Cuando terminaron y el escribano se ausentó, requerido en otra parte, su padre trató de establecer un diálogo más distendido.

—Lo echamos de menos en la cena de hace unos meses.

—Le agradezco la consideración que tuvo conmigo, pero me fue imposible. Quizás en otra ocasión. La estación de lluvias está casi encima, y, en cuanto zarpe la nao, habrá tiempo para las distracciones —replicó de una forma vaga, evitando el contacto visual y con la mirada sobre los papeles que ordenaba.

—No hará falta esperar tanto entre amigos —intervino Francisca de una forma más directa, con la intención de acorralarlo.

Don Agustín no pudo eludirla y apartó lo ojos de lo que hacía para contemplarla a ella. Francisca no supo cómo definir lo que reflejaron: ¿la evaluaba, la deseaba? Tardó en responder, como si no hallara la forma de expresarse sin ofender.

—Créanme que me agradaría ser su amigo, pero la vida es muy compleja, y, cuando queremos volar, alguna circunstancia nos corta las alas. Les deseo lo mejor. Que tengan un buen día. —Se levantó sin dar opción a la réplica y salió por la puerta sin otra explicación.

Francisca iba a seguirlo para indagar sobre la extraña actitud, pero su padre la retuvo por el codo y la empujó con firmeza hacia la salida. La ayudó a subir a la calesa, y, hasta que no iniciaron el camino de regreso, don Pedro no habló.

—No entiendo qué sucede en el consulado —confesó—. Los miembros se comportan con recelo y se muestran poco comunicativos. No soy el único que se ha dado cuenta. Don José y el oidor de la Audiencia, don Gaspar, a los que conozco bien, comparten mi opinión.

—Por lo que dice, el ambiente enrarecido se limita al ámbito consular, no se ha extendido al resto de comerciantes —puntualizó Francisca, pensativa.

—Sí, pero los comerciantes de mayor peso somos los que exportamos e importamos, y, por tanto, los que pertenecemos al consulado. Viene a ser lo mismo.

—¿Y todos están tan raros como el señor Monterroso? Parecía deseoso de que nos esfumáramos de su despacho.

—No todos: algunos amigos coinciden conmigo en que algo oscuro está interfiriendo en las buenas relaciones entre los consulares, como mi querido amigo don José Cabrero. Aunque ignoramos lo que sucede, es algo muy grave, Francisca. El consulado es el eje del comercio filipino y nuestra forma de hacer frente a los almaceneros novohispanos. No tengo nada contra Orellana, pero ya ves que es persistente; es un agente que trabaja duro para poder regresar a su cómoda vida en México. Como él, hay más que vienen de allí para hacerse cargo de los envíos sin mediar los filipinos.

—¿No será otra vez que algún gremio está saltándose las reglas? —planteó Francisca.

—¿Te refieres a cuando llegaron los comisionados de la Compañía de los Cinco Gremios y no respetaron los pagos de las comisiones vigentes entre consignatarios y cargadores ni las reglas de las subastas? No. Además, en aquello nos apoyamos los filipinos y los novohispanos. Esto es más sutil y local. Lo comenté con Orellana y no sabe nada ni ha notado que la actitud de los comerciantes haya cambiado en los tratos que cierra. También nos mantuvimos unidos frente al intento de ruptura del monopolio con Nueva España cuando se creó la Real Compañía de Filipinas, promovida por el rey, para abrir una ruta directa por el cabo de Buena Esperanza.

Se detuvieron ante la puerta de casa y don Pedro se resignó.

—Lo que sea ya desbordará por algún lado.

—Espero que no nos ahogue, si nos encuentra desprevenidos —concluyó Francisca. Aceptó la mano de su padre y se apeó—. En cuanto a la Real Compañía de Filipinas, no ignora que Severino lo apoyó y nos beneficiamos de ello.

—Lo sé. Ha sido una batalla perdida, pues la escuadra de Álava tiene la misma intención; al menos es lo que se rumorea. Los tiempos cambian.

El mozo de almacén salió para hacerse cargo de la calesa y entraron juntos: don Pedro se dirigió al despacho del almacén, y ella subió a su habitación a refrescarse. Fei la aguardaba sentada en un escabel. Cuando levantó la cara, Francisca ahogó un grito.

—¿Qué te ha pasado? —Se arrodilló frente a ella, pues se la notaba dolorida.

—No preocupar, ellos peor que yo.

—¿Quiénes?

—Los mismos que entrar aquí. Yo reconocer.

—¿Estás herida? ¿Llamo a un médico?

—¡No! —exclamó Fei, alarmada—. No confiar, yo preparar medicina. No tener nada roto, sólo doler el orgullo. Estar distraída, error mío.

—De acuerdo. La vigilancia ya no es de utilidad, pues te conocen y te vigilarán a su vez.

—No creo. Atacar en la calle. No conocer la casa.

—De todas formas, ya tengo lo que buscaba. La mayor parte son consulares. Mi intuición me dice que Miguel tiene algo que ver con lo que acontece en el Consulado de Filipinas —dijo Francisca, y se irguió—. Ve a curarte y échate a descansar; no te necesitaré el resto del día. Procuraré que mi madre no te moleste. Avísame si te encuentras peor.

Francisca intuyó que la terca Fei no la avisaría ni aunque se estuviera muriendo. Esa forma de ser, la desconfianza que los chinos destilaban hacia las costumbres o la medicina occidental no llegaba a comprenderlas. Igual que ella seleccionaba lo inteligente de otras culturas, a los chinos les costaba aceptar otra manera de pensar. Al menos, Fei no les había permitido a los atacantes ensañarse con ella y se habían llevado su parte.

Fei se retiró cojeando y Francisca se puso un vestido más sencillo para estar por casa. A la hora del almuerzo le comentó a su madre que Fei se encontraba mal, aunque no era nada grave.

—Ya sé que trabaja para ti, pero cuando no está ausente, está enferma —se quejó doña Lisarda, entre golpes de abanico—. ¿Hoy hace un calor inusual? —Sin dejar que su hija le contestara, continuó —: Tu padre está preocupado. No me cuenta nada, pero lo noto. ¿Qué ha sucedido?

—Tiene razón cuando afirma que el ambiente en el consulado está enrarecido. Lo he podido comprobar. El propio señor Monterroso elude nuestras invitaciones de forma abierta.

—¡Qué desagradecido! ¿Se cree que está por encima de nosotros? —se soliviantó doña Lisarda.

—En absoluto, madre. No es personal, sino, más bien, comercial, por eso padre anda desasosegado. Nadie habla, pero se percibe una relación extraña entre los consulares.

—Eso suena a conjura, a rumores con el desprestigio en la punta de la lengua, envidia. No me es ajena la sensación: la he vivido y no es agradable —se inquietó su madre.

—No voy a contradecirla, creo que ha dado en el clavo. ¿Sería capaz Miguel de alzarse contra su padre?

—¡Jesús, hija! ¿Me lees el pensamiento? Sin embargo, ningún indicio lo apunta.

—No estoy tan segura.

—¿No se come en esta casa? ¿Qué os tiene tan entretenidas? —tronó la voz de don Pedro al entrar en la sala.

—Comentábamos las necesidades de la casa —mintió doña Lisarda. No quería molestar a su marido con suposiciones, y Francisca lo aprobó al no desmentirla.

El día transcurrió plácido, no así la mente de Francisca, que trabajaba sin descanso. Su madre pensaba que no había indicios que apuntaran a Miguel; sin embargo, ella había reunido unos cuantos. Los individuos que atacaron a Fei, si trabajaban para Miguel, demostrarían que su hermano estaba al cabo de que lo estaba vigilando. Hasta ahí llegaba el empate, porque en lo demás la aventajaba. Si deseaba ganar la partida, debía ir por delante.

Al día siguiente, Fei se presentó en su habitación para ayudarla a vestirse, y, después de desayunar, salieron en la calesa hacia la iglesia del convento de San Agustín. Dentro de las murallas, no era necesario un lacayo, pues las calles eran seguras para las mujeres. Los indígenas y los sangleyes que se movían por el interior del recinto amurallado eran sirvientes o recaderos. Antes de entrar en la iglesia, dieron una vuelta por la plaza, y Francisca se detuvo con los conocidos con los que se tropezaron. Descubrió que la relación con las matronas del lugar no se había visto afectada por lo que sucediera en el consulado, no había salido de los muros comerciales lo que fuera que estuviera alterando a los consulares.

Se encaminaron a la iglesia y se refugiaron del calor en su interior. Era creyente y católica, pero no era muy cumplidora con las obligaciones de un buen cristiano. Aquella parte del mundo le había mostrado unas creencias diferentes que la habían llevado a cuestionarse por qué la religión cristiana era la verdadera. No era teóloga ni pretendía serlo, por lo que se había desligado de las cuestiones religiosas y se había inclinado hacia el pragmatismo y el razonamiento; sin embargo, la serenidad que habitaba en los templos la atraía, y disfrutaba de su paz.

—Buenos días. —El saludo del señor Monterroso a su espalda la cogió desprevenida—. La he observado un rato. ¿Espera a alguien?

—Buenos días, don Agustín. A mi madre, pero creo que ya no va a venir. Se ha debido de entretener.

—Miente muy mal; debe ensayar más si quiere entrar en el mundo de los hombres —notó el señor Monterroso sin acritud—. Necesito hablar con usted.

El señor Monterroso se tomó su tiempo para contemplar el interior del templo; ocuparon un banco apartado y la fámula no se sentó lejos de su ama.

—Ha conseguido intrigarme —confesó Francisca. Tomó la iniciativa al notar su silencio.

—La he visto en la plaza y la he seguido. Por el camino, trataba de decidir si debía abordarla o dejarlo pasar. Me decanté por lo primero, puesto que estoy aquí. Lo que inclinó la balanza fue la premisa de que usted no es ninguna estúpida. No quiero decir que su padre lo

sea, pero lo ciega la paternidad.

—Agradezco su sinceridad. Temía que me propusiera matrimonio: no se me pasó por la imaginación que usted fuera tan directo. Sabemos que algo inquieta a los miembros del consulado, e intuyo que Miguel no es ajeno al malestar.

—¡Ah, sí! La cuestión del matrimonio. Me alegro de que haya sido usted quien haya puesto las cartas sobre la mesa. De momento, postergaremos ese asunto, pero no renuncio a su mano. Usted es una mujer como hay pocas por estas latitudes.

—Soy curiosa, no se lo tome como un permiso para pretenderme. Es cierto que ya no visto de luto, pero no entra en mis cálculos un matrimonio. ¿A usted qué le retiene? ¿A qué se debe que lo postergue?

—A mi estupidez, pero que tire la primera piedra aquel que esté libre de cometer una tontería una vez en la vida. Me alivia saber que el matrimonio no está entre sus prioridades; eso alejará a los posibles contrincantes, si es que alguno se atreviera a pretenderla. No obstante, no me descarte y piense lo fuerte que podría ser una alianza entre ambos.

Francisca se quedó sin resuello y no respondió. Intentó adivinar por qué don Agustín le confiaba su pretensión y de qué le estaba advirtiendo.

—Desde que nací, Miguel me odia. Nunca lo ha ocultado. Porque es de él de quien me está previniendo, ¿no? —Sin aguardar contestación, prosiguió—: ¿A qué se debe el mal ambiente que se ha instalado en el consulado?

—Estoy hablando mucho —se excusó el hombre— y corro el peligro de que me vean con usted. Yo he tranquilizado mi conciencia. No tendremos otra conversación a corazón abierto. La admiro y le repito que mi proposición de matrimonio la demoro, pero no la abandono. Primero he de solucionar los temas pendientes con su hermano. Mientras tanto, le ruego que se guarde las espaldas.

El señor Monterroso no prolongó más la conversación y abandonó la iglesia. Francisca contempló el retablo envuelta en el aroma a incienso que flotaba en el ambiente eclesiástico. El incienso la relajaba, era algo familiar. Seguramente, por esa propiedad era

empleado en los altares asiáticos, fuera cual fuera la religión. El incienso, tanto la palabra como el aroma, implicaban misticismo, reflexión, introspección.

Miguel se había convertido en sinónimo de peligro para los miembros del consulado, pues su ansia de poder había fijado su objetivo en ellos. Su padre no erraba en su juicio: el asunto era muy grave. Ignoraba hasta dónde se había extendido la influencia de Miguel, pero, si alcanzaba al órgano rector, el consulado se convertiría en una trampa para los comerciantes, y especialmente para ella. ¿Acaso no le había desvelado el señor Monterroso la interposición de Miguel en asuntos tan privados como el matrimonio? A Miguel le interesaba que Francisca se hallara desprotegida, y, hasta ese momento, sin saberlo, le había seguido el juego. Sin embargo, el señor Monterroso se había alzado como adalid para protegerla de su hermano. Demoraba, pero no abandonaba, la idea del matrimonio, le había dicho. Se le cruzó otra idea más tenebrosa: ¿habría emprendido la huida algún comerciante? Si no se lo había planteado ya, probablemente, comenzaría la migración en breve, en cuanto se destapara la podredumbre del consulado. Comprendía hasta qué punto se había arriesgado el señor Monterroso y le estaría agradecida por ello; sin embargo, le habría gustado conocer el alcance de la conjura de Miguel. ¿Se lo contaría a su padre? Siempre y cuando no se enojara y exigiera explicaciones a Miguel. La razón aconsejaba, en estos casos, no desvelar al enemigo hasta dónde llegaba el conocimiento de uno para no prevenirlo. Miguel se sentía seguro en la clandestinidad, y así seguiría siendo.

Miguel se hallaba en el despacho trabajando en la contabilidad del cargamento de la siguiente nave. Los fardos que le había enviado Esteban no los había tocado, y los había etiquetado con el nombre de Casa de Muñoz, como acostumbraban a hacer para que se reconociera a quién pertenecía el fardo y quién era el destinatario, pues los fardos de Casa de Muñoz no iban a subasta en Acapulco, sino que los recogían los hermanos Ledesma, con los que su padre

tenía relación desde hacía muchos años, los mismos años que llevaba casado con la suplente de su difunta madre. Una relación que terminaría pronto si salían bien sus planes.

Levantó la cabeza al oír pasos. Aníbal asomó en la puerta.

—El señor Monterroso.

—Que pase.

—Buenos días, Miguel. Creo que vuestra hermana sigue esquivándoos. Se ha presentado con tu padre en la Junta de Repartimiento y ha solicitado derecho a carga.

—¡Maldita mujer! —exclamó Miguel, encolerizado—. Extravía esa solicitud. Debe realizar su envío con la Casa de Muñoz, como siempre. ¿Qué se ha creído?

—Igual, ahora, no te parece tan descabellada la idea del matrimonio. Mejor yo que otro.

Miguel no respondió, sino que lo miró pensativo. Monterroso aguantó la inspección. Miguel se recostó en la poltrona y retomó la palabra.

—Y óptimo si no se casa. Francisca es asunto mío, y no me agradaría verte rondándola. Somos socios, pero no te tomes licencias.

Monterroso abandonó la estancia y Miguel lanzó una mirada torva a su espalda. No le acomodaba su socio. Era listo y un truhan como él, por lo que no era de fiar. Sin embargo, por el momento, lo necesitaba. Pero sólo por el momento, porque era un hombre sin escrúpulos y sumamente molesto. Lo había investigado y no había conseguido averiguar nada sobre él, como si no hubiera existido antes de establecerse en Filipinas, y eso hablaba a gritos de un pasado delictivo, aunque no había ninguna orden de búsqueda contra él. Luego era muy hábil y, por tanto, peligroso.

—¡Aníbal!

—¿Señor? —acudió el hombre a la llamada.

—Así que esos dos necios no pudieron con una mugrienta sangley. Búscame alguien más profesional.

13

Mar de Java, mayo de 1798

Llevaban dos meses navegando por aquel mar infernal, y se acercaba la estación del monzón húmedo: no sería agradable que los sorprendieran los tifones en medio de la ruta frecuentada por el enemigo.

El Montañés había zarpado de Cavite en abril, al frente de una pequeña flotilla formada por las fragatas Santa María de la Cabeza y Santa Lucía. En un principio iban a realizar un crucero de pruebas para determinar la resistencia de las nuevas arboladuras, el aguante de las lonas confeccionadas con tejidos de la isla de Llocos, de las jarcias fabricadas con abacá, y a la vez serviría de adiestramiento a la nueva tripulación indígena y a los futuros pilotos que formarían parte de la Marina Sutil de Filipinas.

No obstante, a punto de abandonar Cavite, Álava había recibido la noticia de que un convoy inglés protegía la ruta comercial de los mares del Sur, y eso decidió el destino: controlar los estrechos de Malaca y Malabanga, rutas que seguían los barcos ingleses de la Compañía de las Indias Orientales hacia Cantón o hacia las Molucas y Bahía Botánica.

—No hay suerte —comentó Anievas a Melchor—. En estos mares parece complicado divisar una vela.

—Mi entretenimiento, aparte de entrenar a los artilleros, es contemplar la divertida y acrobática presencia de los delfines. —Melchor se calló cierta melancolía por una viuda de ojos verdes. ¿Qué habría sido de ella? No había tenido noticias desde el día en que les mostró el taller. ¿Habría solucionado el asunto del atentado? Esa cuestión no se le había ido de la cabeza, y le preocupaba.

—He mantenido una curiosa charla con Juan, el indígena aspirante a piloto —explicó Anievas—. El fraile de la aldea es el responsable de

la construcción de vintas y falúas. Es un religioso muy emprendedor y consiguió, con su pequeña flota, arrebatarles a los moros un cañón y varios falconetes con los que artilló sus barcos. Juan lo cuenta con orgullo, pues participó en la empresa. Admira al fraile y, por esa razón ha permitido que lo bautizara, aunque él no es muy creyente.

En junio, Valcárcel decidió abandonar la actividad y regresar a Cavite antes de que los sorprendiera algún tifón con el cambio de estación. Embocaron la bahía bajo una lluvia espesa, una avanzadilla de los dos meses de catarsis que los esperaba bajo el peligro de los desbordamientos.

Melchor divisó la fragata San Andrés del Consulado de Comerciantes de Filipinas frente a las gradas. Ultimaban las reparaciones para que estuviera lista para una nueva travesía hasta Acapulco en el mes de septiembre. De los tres navíos de línea de la escuadra sólo el Montañés se hallaba operativo, y rezó para que no les tocara a ellos la escolta. Todavía no se había repuesto de la impresión que le había producido el último tifón: los había dejado a merced del mar y de sus propios recursos. El paso de San Bernardino se hallaba bajo la influencia de los cambios atmosféricos y de las corrientes: las naves abandonaban la tranquila navegación por el amplio Pacífico y se adentraban entre las islas en un nuevo mar, como sucedía en el cabo de Hornos.

En cuanto fondearon, Valcárcel desembarcó para presentarse a Álava con el resultado del crucero y dio permiso para que bajaran a tierra los oficiales y los soldados que no estuvieran de guardia. Les tocaba guardia al teniente Soler y al alférez Marañón, que se quedaron en la nave junto con el pilotín. Los tres amigos desembarcaron en el muelle de Cavite, cuyo caserío se extendía a continuación del arsenal y de la fortaleza de San Felipe. El teniente Ibargoitia los aguardaba con el aburrimiento reflejado en el semblante.

—¿Cómo ha ido el crucero? —preguntó, en cuanto se puso a su lado.

—Bien —contestó Anievas—. La ruta por el Índico, libre de islotes y pasos estrechos, es mucho más segura que la de Ticao y el estrecho de San Bernardino. Creo que los comerciantes filipinos han

equivocado la estrategia comercial.

—Salvo por el pequeño detalle de que esos puertos y pasos se hallan en manos de nuestros enemigos —corrigió Ibargoitia.

—Es que el equívoco viene de dos siglos atrás —criticó Anievas—, cuando Legazpi tomó posesión de las islas. El Pacífico era muy cómodo porque no se aventuraba por él ninguna nave enemiga, pero no contaron con el genio de Poseidón. No sé quién es más temible.

—Ya no tiene remedio. —Ibargoitia no era de los que lamentaran el pasado, y, como buen vasco, apechugaba con lo que tocaba—. ¿Vamos a comer algo y hablamos? Hay noticias que les interesarán, ya que formaron parte del asunto de las fragatas inglesas.

Entraron en una de las tabernas que frecuentaban la marinería y los operarios del arsenal y se sentaron. Una tagala, con el pelo negro recogido en un prieto moño y vestida con una blusa blanca y una falda de colores llamativos, se aprestó a servirles. Pidieron un guiso de carnes de vacuno con arroz blanco cocido y cerveza para beber.

—Nos tiene en ascuas —animó Melchor.

—Les va a divertir el relato. —Ibargoitia se relamía como un gato —. Cuando abandonaron la bahía, arrumbaron hacia Mindanao y se acercaron al fuerte de Zamboanga. En esta ocasión intentaron pasar…, ¡no se lo van a creer! —se interrumpió con una sonrisa—, por españoles.

Los oficiales del Montañés se miraron con los ojos muy abiertos y soltaron una carcajada.

—¡Qué desfachatez! Si balbucían el francés —criticó Melchor, entre risas.

—Pues con el español no les fue mejor, porque no llegaron ni a desembarcar —siguió Ibargoitia, disfrutando de la diversión que estaba proporcionando—. El capitán del presidio se olió la estratagema y los recibió con el sonido de los cañones. Una de las fragatas encalló en un arenal y tuvieron que esperar la pleamar bajo el fuego de la fortaleza. La otra se mantuvo fuera de tiro hasta que se aproximó para echar un cable y ayudar a la compañera a sacar la quilla de la arena. Y entonces, sucedió. Por lo que contaba el

mensajero, una de ellas derivó y amenazó con abordar a la otra.

—¡Qué pena habernos perdido el fruto de una tarde de trabajo! —suspiró Mier, con lágrimas en los ojos de la risa.

—¿Y por dónde andan? —se interesó Melchor, que echaba de menos la acción.

—No se ha vuelto a saber de ellas. En semejante estado, habrán buscado un puerto aliado para reparar los timones y los desperfectos que haya sufrido la que estuvo bajo el fuego de los cañones de la fortaleza del Pilar.

—Brindemos por el buen resultado de una maniobra inaudita. Sinceramente, cada vez que recuerdo aquel día, lo hago como si hubiera estado en el escenario de un teatro en Cádiz, en lugar de en la cubierta de un buque inglés —confesó Melchor.

—No terminan las noticias. —Ibargoitia se echó hacia atrás satisfecho—. Se ha decidido que, a causa de la estancia tan prolongada en las islas y de la dilación en recibir los salarios, tanto los oficiales de guerra como los de mar que lo deseen comercien con Acapulco. Nos reservarán espacio en la nave de la escuadra que acompañe a la nao San Andrés.

Los tres amigos se miraron emocionados: allí estaba su oportunidad.

—¿Quién será nuestro agente comercial para realizar las compras con los sangleyes y facilitar la venta en Acapulco? —planteó Melchor.

—Sólo tenemos dos opciones —contestó Anievas—: Orellana o Muñoz.

14

Manila, agosto de 1798

Francisca rumiaba, furiosa, la derrota en su taller. No hacía más que dar vueltas y cambiarlo todo de sitio en un afán de entretenerse, de superar el sabor amargo del que se sabe vencido. Su ira iba dirigida contra ella misma, por estúpida. Monterroso le había advertido y ella, orgullosa y temeraria, no lo había escuchado. Recogía lo que había sembrado: el menosprecio del enemigo.

Se sentó y hundió la cara entre las manos, como si con ello consiguiera esconder su fracaso. Fei le había enseñado a relajarse con movimientos y a controlar la respiración. Se puso de pie y comenzó a moverse de forma lenta y estudiada. Intentó vaciar la mente de la rabia que contenía y el cuerpo de la tensión que la atenazaba. Debía recuperar el equilibrio para pensar con agudeza y para mostrar impasibilidad al enemigo ante la derrota. Nunca había que darle la ventaja del regocijo ni ofrecerle la certidumbre de la victoria. Por primera vez desde que recibió la noticia por boca de su padre, esbozó una sonrisa mientras seguía con los ejercicios, lentos, controlando la respiración. Para hallar la solución, necesitaba reflexionar, y la serenidad era la que mantenía la mente despejada. Equilibrio, reflexión. Perder una batalla no significaba perder la guerra. Estiró el brazo y giró la muñeca a la vez que flexionaba las piernas y daba un paso adelante, con la mirada perdida al frente. Concentrada. Había otras rutas, otras formas de comerciar. A veces, la más simple la tenemos delante y no la vemos.

—Hija, ¿qué haces? Ya me he enterado por tu padre.

Doña Lisarda irrumpió en el taller con el apremio del que llega con el consuelo, pero Francisca ya se había sosegado. Había encajado el golpe. El próximo lo daría ella.

—Son unos ejercicios de relajación que aprendí en Cantón. Muchos

chinos lo practican.

Se detuvo y suspiró. Su madre no tenía la culpa de nada.

—No consigo habituarme a otras costumbres, pero si tú los imitas, algo bueno tendrán.

—Gracias por su confianza.

—Pareces muy tranquila; y sin embargo, a mí me hierve la sangre —dramatizó doña Lisarda, y acompañó las palabras con un gesto contundente de desesperación.

—Pues sirve para eso, para enfriarme y razonar mejor. De la ira no sale nada bueno, madre. Eso se lo dejo a los hombres. Nosotras debemos ser más astutas, ya que ni la fuerza ni la ley nos asisten.

Francisca divisó a Mauricia, que les hacía señas desde la puerta de la cocina.

—¿Sí, Mauricia?

—El señor las llama —anunció—. Desea que acudan a su despacho.

Las pérdidas por naufragio eran algo natural, y, aunque su padre ya no era joven para soportar los reveses, las asumía por costumbre, como todos los isleños. No obstante, le inquietaba lo que escapaba a su entendimiento, como que el Consulado de Cargadores estuviera tan revuelto. Madre e hija atravesaron la cocina y se internaron en el corredor que conducía al almacén, donde se encontraba el despacho de don Pedro.

—Hace un rato que se ha ido Miguel —comunicó el hombre, sin levantar la vista de las manos, que mantenía unidas sobre los papeles.

—¿A qué ha venido? ¿A regodearse? —dijo Francisca, con una ceja alzada—. Padre, he callado mucho tiempo por respeto a usted y a la sangre que lo une con mis hermanastros, pero…

—¡Calla! —exclamó don Pedro, con cierta violencia—. Sentaos y escuchad antes de hablar. —Las mujeres obedecieron, sorprendidas por el tono desacostumbrado que había empleado don Pedro—. Admito que la paternidad me ha cegado. El querer hacer lo justo para todos, pero mi esfuerzo no ha sido valorado. Ignoro si Miguel conoce el rechazo de tu solicitud para obtener un espacio de carga. Ha venido para informarme de que ha sido admitido como miembro

en el consulado y de que dispone de espacio propio para sus fardos en el San Andrés. Eso no me molestaría si me lo hubiera comunicado antes, cuando había presentado la solicitud; sin embargo, ha esperado hasta el final para que yo no pudiera cambiar su participación en el espacio de carga de Casa de Muñoz, por lo que nos perjudica a Esteban y a mí, pues es tarde para retirarlo de los beneficios de este viaje.

—Es premeditado —replicó Francisca—. Y usted no lo quiere ver, pero alguien me advirtió de que no conseguiría mi boleto como viuda.

—¿Quién? Viola los estatutos sobre el sorteo y disposición de los boletos.

—No voy a desvelar su nombre. Se portó con la integridad que pudo permitirse. Padre, no sé de qué medios se sirve, pero Miguel es la sombra que oscurece las relaciones entre los miembros del consulado. Se ha servido de su nombre y, ahora, lo aparta como algo molesto. Es un manipulador al que le pierde la ambición. Lamento que se haya enterado de esta forma. Y no excluya a Esteban, aunque se encuentre en Cantón.

—Siempre han estado molestos, tanto Esteban como Miguel, por mi nuevo matrimonio. Confié en que, con el tiempo, se habituarían, pero ya han transcurrido más de veinte años. Mi ceguera no era tanta como para ignorar que, por el contrario, la inquina crecía. Por eso te alenté a ser independiente, y siempre te he ofrecido amparo para tus negocios, sin pedirte nada a cambio. Trataba de compensar el rechazo de tus hermanastros, pero nunca sospeché hasta dónde llegaría el resentimiento. Esteban tiene la llave de las adquisiciones en Cantón. He de escribirle: lo necesito de mi parte en esta guerra que se avecina.

—¿Cómo ha podido reunir una carga sin tu ayuda? —Por primera vez intervino doña Lisarda, que había estado escuchando atentamente—. ¿De dónde ha obtenido el dinero? ¿Quién le ha proporcionado la mercancía si no ha sido Esteban? Creo que hay interrogantes más apremiantes que contestar antes de pasar a la acción —reflexionó doña Lisarda.

—Me estáis presentando a unos desconocidos —se rindió don

Pedro—. Ignoro la vida de mis hijos.

—Tu hija Jacinta es como tú —dijo doña Lisarda, compadecida del desánimo de su marido—. Carece de maldad, y estoy segura de que sus hermanos no la tienen en cuenta en sus asuntos. ¿Por qué no la independizas? Esos dos zopencos la dejarán sin nada.

—¿A qué te refieres? ¿Que le ceda los terrenos que explotan ella y su marido en Cebú?

—Sería un gesto amable y una forma de asegurarle su parte.

—Todavía no me he muerto, mujer —protestó don Pedro, con el ceño fruncido.

—Ni yo lo deseo, Pedro, pero ya ves que la intención de Miguel es apartarte, poco a poco, de la dirección de la Casa de Muñoz, creando la suya y enturbiando el consulado, donde tomará posiciones y te arrinconará. Piénsalo y asegura el futuro de tus hijas y el nuestro antes de que sea demasiado tarde.

—Meditaré sobre lo que me habéis dicho e intentaré informarme de las andanzas de Miguel. Cuando decida sobre cómo actuar, os lo comunicaré.

Las dos mujeres abandonaron la estancia y se dirigieron al salón de la casa.

—¡Vaya decepción que se ha llevado! —suspiró doña Lisarda—. Pero más vale tarde que nunca. Igual está a tiempo de encauzar la empresa.

—La clave está en cómo ha conseguido hacerse con las voluntades para entrar en el consulado —caviló Francisca.

—Lo más rápido es el chantaje —replicó doña Lisarda—, y no me refiero a la extorsión económica; hay más formas de chantaje, como las promesas, el clientelismo por préstamos, qué sé yo. Confío en que no esté todo perdido y en la capacidad de tu padre para salir a flote.

—La empresa familiar goza de salud, madre, todavía no se ha hundido. Tiene razón padre: está usted tañendo la campana a difunto antes de que haya un muerto.

—La vejez viene revestida de un aura de clarividencia. Hay quien lo llama sabiduría.

—La nao San Andrés se nos ha escapado. Ahora, por cómo se

presenta el futuro, lo más importante es que la nao que llega de Acapulco arribe sin novedad. Ya se han dado a la vela dos fragatas de la escuadra para escoltarla desde el estrecho hasta Manila.

—Será un dinero bienvenido y que permitirá a tu padre adquirir otra fuente de ingresos que sustituya los campos de Cebú.

—Da por hecho que aceptará su consejo —notó Francisca.

—Lo conozco bien. Es un hombre razonable, por eso me casé con él.

Al día siguiente, Francisca acordó con doña Ana María dar una vuelta por los almacenes de Binondo. Ante la inminente salida de la nao San Andrés, se ultimaban las compras a la baja, pues lo que ya no se vendiera se quedaría en los almacenes, y nadie deseaba pérdidas. Francisca apreciaba la compañía de doña Ana María, y le servía de excusa para presentarse en el local de Casa de Zhou sin levantar sospechas. Era conocido el interés de los novohispanos por la búsqueda de lo exótico, un mercado muy exclusivo y complicado de satisfacer.

—Fernando ha localizado unos monos muy curiosos en la isla de Buhol —le decía doña Ana María de camino a la puerta del Parián—. Los llaman tarseros y tienen unos ojos abultados y muy rojos.

—¡Ah, sí! He visto algunos —corroboró Francisca—. Son muy mansos y nada divertidos como mascotas.

—Pero son raros, y eso es lo que gusta en México. Enviaremos algunos a ver qué tal aguantan la travesía y qué aceptación tienen.

Fei guiaba la calesa y, de vez en cuando, gritaba a algún transeúnte despistado que amenazaba con acabar bajo los cascos del caballo. Visitaron algunos herbolarios para adquirir plantas medicinales y otras aromáticas, que inspiraban a Francisca en sus creaciones, y, antes de regresar, se detuvieron en la Casa de Zhou. Dejó a la señora de Orellana entretenida con uno de los dependientes y ella se deslizó al piso superior, donde la aguardaba Jian.

—Buenos días, señor Zhou. —Jian le ofreció asiento y ella lo rechazó—. No vengo sola. La urgencia se debe a que no deseaba mensajeros de por medio. Miguel se las ha arreglado para que la Junta de Repartimiento no me adjudicara el boleto que me

correspondía. Voy a quejarme, porque estoy en mi derecho, pero ya será tarde para este barco. Perdemos un espacio importante para nuestro negocio. No sospeché cuán largo era el brazo de mi hermanastro en el consulado. Me temo que trata de desplazar a mi padre de los negocios, pues se está independizando. Lo que no me explico es cómo ha adquirido tanto dinero.

—El boleto es un contratiempo, pero nada grave. —Jian restó importancia al asunto de la carga—. Se ha iniciado una guerra y esto no es más que una escaramuza. Su hermano no sólo molesta a su familia, sino también a los demás comerciantes. No es lo inteligente, pero no es la primera vez que alguien intenta alzarse con el poder mercantil. Cambiaremos las reglas: no vuelva por aquí, y tampoco Fei. Miguel la ha descubierto y la tendrá vigilada, lo mismo que nosotros hacemos con él. Tendremos un nuevo enlace que no levante sospechas: Ketut, mi sobrino tagalo de once años.

Era una buena idea, pensó Francisca; los niños corrían por todas partes y nadie les prestaba atención.

—Me he enterado —continuó Jian— de que alguien ha realizado una compra igual a la que suele usted hacer para fabricar sus perfumes. Es una compra llamativa por lo especial. Estoy siguiendo la pista.

Francisca alabó su eficacia y se despidió. Se reunió con doña Ana María, quien se había regalado unos pendientes de jade imperial que hacían juego con sus ojos.

—Es una compensación por enviarme al fin del mundo.

Llevaba viviendo tres años en Manila y todavía no se había acostumbrado a la sobriedad de la vida filipina. Añoraba las reuniones en casas señoriales, los bailes, el teatro y los cotilleos de Ciudad de México.

Jian sabía algo que Francisca ignoraba: Monterroso era el ariete de Miguel dentro del consulado. No había descorrido el velo porque le venía bien la ceguera de la mujer: resultaba más creíble y ellos se sentirían más seguros ante su inocencia. Por otro lado, no temía que Francisca cayera en los brazos de Monterroso. Fei así lo había

asegurado.

Lo que le preocupaba era el giro que habían experimentado los planes del mestizo. No había imaginado que abandonara al padre ni la Casa de Muñoz, que gozaba de crédito entre los comerciantes. ¿La venganza alcanzaba al padre?

No comprendía la mente europea. Jian se encontraba en peor tesitura que Miguel. Mestizo como el filipino, su padre no lo reconocía como don Pedro había reconocido a sus hijos, y Jian sabía que en un futuro lo desplazaría uno de sus hermanastros chinos, mientras que a Miguel no lo desplazaría nadie, sino que heredaría. ¿A qué venía aquella inquina estúpida? Jian estaba organizando su propia casa de comercio, que llegaría a ser más importante que la de su padre. Esa era la correcta revancha, la que le favorecía y no iba en contra de sus intereses; mientras que la postura de Miguel era la propia de un suicida, con las manos manchadas de sangre, rodeado de enemigos que desean tu caída y la conciencia pesada.

15

Cavite, octubre de 1798

Melchor se apresuró a ocupar su puesto en el alcázar. Los silbatos y los gritos de los oficiales, una vez levadas las anclas, lo devolvieron a la rutina de la navegación. Tras la arribada de una vinta con la noticia del hundimiento de la nao San Andrés entre las islas de Ticao y Capul, en el estrecho de San Bernardino, se habían presentado en Cavite unos pescadores con la nueva de que había dos naves francesas a la entrada de la bahía que solicitaban permiso para entrar en el puerto.

Se desconocía el destino de la fragata Nuestra Señora del Pilar, que había sido la elegida como escolta del San Andrés, y Melchor había comprendido la ansiedad y la angustia de los comerciantes. Tanto Ibargoitia, Anievas y Mier como Melchor habían apostado fuerte y habían consignado varios fardos a sus nombres con las mercaderías más apreciadas por los novohispanos, según el señor Orellana, quien los había asesorado y, a su vez, había conseguido embarcar unas cuantas cajas llenas de porcelana en la fragata de la escuadra por medio de ellos, como pago al favor que les hacía.

Pero no todo fueron malas noticias. Las fragatas destacadas para escoltar la nao que venía de Acapulco, la Rey Carlos, habían tenido que detenerse en San Jacinto, porque la nao hacía agua y debía realizar algunas reparaciones de urgencia. Por esta causa, la Santa María de la Cabeza y la Santa Lucía llegaron a tiempo de rescatar a la tripulación del San Andrés.

Después de la experiencia con los ingleses, Álava se mostró prudente. Con las dotaciones completas y bien artillados, los navíos Europa y Montañés y la fragata Fama dieron vela al encuentro con las naves francesas.

—Espero que sean franceses de los de verdad —le comentó

Melchor a Anievas, sin escamotear la ironía.

—No creo que tengan ganas de volver después de encallar y más tarde irse al garete por la rotura del timón. Habrán atado cabos al ver la labor de los timones. —Se sonrió Anievas.

Rebasaron la isla del Corregidor y se internaron en el mar abierto. El vigía de la cofa no tardó en avistar las naves francesas, que aguardaban puestas en facha. Según se aproximaban y se hacían visibles, los catalejos se desplegaron.

—Una fragata y una corbeta, señor —anunció Anievas al comandante Valcárcel, quien asomaba al alcázar—. Parecen maltrechas.

—¡Lo que nos faltaba! —se lamentó Valcárcel—. No comprendo cómo el astillero de Cavite no está mejor equipado con la de trabajo que ofrecen estos mares.

Melchor y Anievas intercambiaron una sonrisa a la espalda del comandante. No era ningún misterio la razón de la carencia de un arsenal en condiciones. Además de una gran obra portuaria y una inversión en máquinas, hacía falta una amplia población de obreros especializados y grandes tinglados. Cavite era importante para mantener el comercio asiático, pero era insostenible económicamente y complicado en el ámbito humano: nadie quería residir tan lejos de la civilización que conocían. Pero no dejaba de ser una realidad que las gradas siempre estaban ocupadas y que el abastecimiento de jarcias, velas y palos era muy lento por la falta de especialización y dedicación a la producción. Los españoles afincados en Manila hacían todo lo posible, pero eran pocos los implicados en la navegación transoceánica y estaba en manos de los indígenas.

En un par de meses, cumplirían los dos años de estancia en Asia, y faltaba lo principal por hacer: la cartografía de las islas y el estudio de la hidrografía. Melchor sintió en el alma la realidad abrumadora: la premonición de años en las Filipinas si no eran requeridos por el ministerio en otra parte del mundo.

—Nuevas señales de la nave capitana: mantenerse al pairo —informó el pilotín.

Anievas gritó la orden de que bracearan las velas a barlovento, Mier ordenó girar la rueda del timón a barlovento para que la nave

redujera la velocidad pero sin detenerse, como prevención por si había que defenderse. Álava no se fiaba.

Aguardaron a que la fragata Preneurse enviara un oficial a entrevistarse con Álava. Mientras tanto, Melchor, junto con el resto de los oficiales, observaba los daños en el aparejo de la fragata. La esbelta corbeta Brulegueille hacía agua a ojos vista y los soldados se ocupaban de la bomba de achique. El viento llevaba y traía, de un buque a otro, frases en español y en francés.

—Con estos no hay duda —resopló Melchor con satisfacción—: son franceses.

El comandante debió de llegar a la misma conclusión, pues el bote volvió a su origen y las señales del Europa ordenaban el regreso al puerto. En cuanto los marineros amuraron las velas, Mier orzó para capturar el viento. Las naves francesas los siguieron, más rezagadas, a Cavite.

Durante los siguientes días hubo un gran revuelo en el astillero. Pusieron el navío Europa en carena y las dos naves francesas ocuparon las gradas. Pero Álava, entre la noticia del hundimiento del San Andrés y el hecho de que las dos fragatas destacadas aguardaban a que el Rey Carlos terminara las reparaciones para seguir hasta Manila, se mostraba nervioso. Por si fuera poco, los informes de los franceses no lo tranquilizaron. La consecuencia fue que enviara al Montañés con la Santa Lucía y la Fama a realizar una incursión por los mares de China y a recoger noticias de Macao y Cantón sobre los movimientos de los convoyes ingleses, con el fin de estorbarles.

Reconocieron las islas cercanas a Macao, pero no se tropezaron con ninguna nave enemiga, aunque sí tuvieron noticia de un navío de guerra inglés fondeado en el Tigris. Sería la escolta de un convoy comercial que preparaba su salida hacia Europa en el mes de febrero. Y con esa nueva, navegaron a Cavite.

Dos días les habían permitido librar cuando llegaron a puerto. Al tercer día debían estar la tripulación y los oficiales a pleno rendimiento en el barco. Había que limpiar y reponer suministros para un nuevo crucero. Álava se proponía asaltar el convoy inglés, y había previsto la salida de la pequeña escuadra el 9 de enero. En

principio, para reconocer las aguas y asegurarse de que no había aumentado la protección militar del convoy; después, ya se vería.

16

Manila, diciembre de 1798

Francisca lo lamentaba por su padre. El hundimiento del San Andrés con toda su carga había desatado la angustia de los comerciantes manileños. Su padre llevaba días entre el consulado y la Hermandad de la Santa Misericordia, que estaban desbordados con las documentaciones exigidas por sus miembros: unos para cobrar lo que pudieran de la carga asegurada; otros para aplazar las correspondencias de riesgo a premio de mar, según fueran los términos del contrato. El hundimiento de un barco siempre causaba penurias, pero los más perjudicados eran los boleteros —viudas y huérfanos que carecían de ahorros— y los pequeños comerciantes que empezaban a establecerse, pues sus esperanzas de fortuna se ahogaban en el naufragio.

Como no conseguía concentrarse en las notas que estaba copiando, se dedicó a limpiar la pluma. Por su parte, sintió un pequeño alivio y deseó, aunque estuviera mal, que Miguel se encontrara en dificultades. Lo consideraría un acto de justicia por haberse cruzado en su camino.

Tapó la tinta y, tras asegurarse de que lo que había escrito se había secado, cerró el cuaderno. En ese momento escuchó a su padre en la entrada de la casa. Hablaba con algún empleado. Se levantó y fue a su encuentro para enterarse de las novedades. Divisó la espalda del notario, que abandonaba la casa, y se dirigió al almacén. Don Pedro acaldaba una serie de documentos sobre el escritorio, y levantó la vista al oírla llegar.

—¡Vaya caos!—exclamó.

—¿Ha perdido mucho?

—Nada fuera de lo normal. No voy a decir que esté saltando de alegría, pero me he arreglado con el seguro marítimo y he alcanzado

un acuerdo provechoso con mi deudor, de ahí que haya intervenido el notario. Tiene un campo de abacá, y me pagará con la cosecha. Por eso me avine a concederle el préstamo. Con la escuadra en Cavite, la actividad del astillero absorbe todas las cosechas que se le ofrecen.

—¿Sabe algo sobre la situación de Miguel?

—Lo he visto de lejos, pero no hemos hablado. No obstante, intuyo que tu interés se debe a la determinación que tomaré respecto a su permanencia en la compañía… Bueno, es algo que voy a poner en manos del destino. Lo que sí te aseguro es que los negocios que inicie en adelante serán en solitario, y ya tengo uno a la vista con este jaleo. Aguardaré a que arribe el Rey Carlos con la carga que trae. Rendiré cuentas a tus hermanos y, con mi parte del beneficio, iniciaré este otro negocio que me han propuesto: abastecimiento a la Armada.

—No parece muy rentable. La bonanza es algo puntual; en cuanto se vaya la escuadra dejará de ser provechoso —objetó Francisca.

—Lo es, pero no de la manera en que tú lo enfocas. Las rentas fijas, aunque no generen grandes ingresos, son necesarias cuando los negocios a gran escala fallan. Pienso en tu madre. Yo sé que tú saldrás adelante, pero a tu madre la despojarán de todo lo que puedan y no le permitirán comerciar, como hemos comprobado con el asunto de los boletos. He de buscar una alternativa, aparte del asiento del vino, que no está nada mal, pero ya sabes que cesaría la concesión con mi fallecimiento. ¿Has decidido cómo vas a proceder?

—No le agradará la idea, pero ya he comerciado con la Real Compañía y me ha ido bien. El brazo de Miguel no la alcanza, ni ponen tantos reparos a los responsables de las cargas. No obstante, me disgustaría contrariar al tío Virgilio, que espera con ansiedad mis perfumes, ya que tiene la exclusiva.

—Los tiempos cambian, y lo que antes no aprobaba ahora me parece una oportunidad. Entiendo la situación en la que queda mi cuñado, y te apoyaré en lo que pueda.

—Se lo agradezco, padre. Lamento el disgusto que le ha dado Miguel con su defección.

—Si hubiera actuado de forma abierta y sincera, yo le habría dado

la independencia. Al hacerlo solapadamente, me temo que busca algo más que independizarse. Pero no nos desviemos del tema. Estamos en guerra y la ruta por el cabo de Buena Esperanza está cortada. Los bergantines de la Casa de Ustáriz que zarparon con vuestra carga de Cantón debieron de ser los últimos antes del bloqueo de Cádiz.

—Aguardaré. No tengo prisa. ¿Puedo almacenar aquí lo mío?

—Elige tu espacio ahora que el almacén está casi vacío.

Francisca se dirigió a la zona peor iluminada, donde se apilaban los fardos que no se habían podido embarcar en el San Andrés. Lo que en su momento fue un quebranto, ahora, a causa del hundimiento, se consideraba una suerte. Las compras se ordenaban sobre los estantes; se amontonaban las sedas, cuidadosamente envueltas en papel de seda para preservarlas de la humedad, sobre amplias mesas; en cajones se acomodaba la porcelana, y un tanto dispersos se hallaban los baúles de perfumes, los cajones de especias y de joyería falsa de Jian Zhou que no había podido embarcar. Si iba a ir por libre, sin contar con los Muñoz, necesitaría aumentar su oferta para llenar el espacio que le correspondiera en cualquier buque.

—Señor don Pedro, ¿puede atenderme un instante? ¿Está solo?

Francisca escuchó una voz tímida y se detuvo en su recorrido.

—Sí, estoy solo, Ramón —aseguró su padre. O se había olvidado de ella o, como no era una empleada, no la tuvo en cuenta—. ¿Qué deseas?

—Verá, patrón. Mi familia y yo llevamos muchos años trabajando para la familia Muñoz. Le debemos mucho. Cuando falleció doña María y se casó con la novohispana, nos tuvo la misma consideración.

A pesar de los años transcurridos, su madre seguía siendo «la novohispana». Francisca suponía que se debía a la inquina hacia ellas que Miguel se había ocupado de extender entre los empleados de la compañía.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Sois buenos trabajadores, y leales. ¿Acaso quieres un aumento?

—No, no, patrón. Me remuerde la conciencia. Estoy entre la espada y la pared, como dicen ustedes. Soy tagalo, como lo era doña María,

y me debo a mi gente, pero usted siempre se ha portado bien con nosotros.

—Lo que me dices lo entiendo, pero ¿adónde quieres llegar? ¿Tienes problemas?

—Los tendré si usted repite lo que yo le cuente o si no me cree. Le he dado muchas vueltas, pero ya no puedo con ello en la conciencia.

—Bien. Veamos qué es ello, y no te preocupes por mi reacción. Siempre he considerado que eres un buen hombre, por eso te he conservado a mi lado. Eres de los trabajadores más antiguos, y tus hijos también han sido bien recibidos.

—Eso me he dicho yo, patrón, que usted no se merece lo que le está haciendo el señor Miguel. No es un buen cachorro, no lo es quien quiere mal a su padre. ¡Si doña María levantara la cabeza!

—Ya me ha comunicado que desea independizarse y que había embarcado en el San Andrés carga propia, ajena a la compañía familiar.

—Pero ignora que intercambió las cargas.

—¿Qué quieres decir con eso de intercambiar?

—Miguel adquirió mercancía de peor calidad, más barata. Confeccionó sus fardos y sustituyó con ellos los que sustrajo de la compañía, que los facturó como propios. Yo no participé en el cambio, pero uno de mis hijos sí. No se enfade con él y lo despida. Comprenda que nosotros nos hacemos viejos y los jóvenes se inclinan hacia el que dirigirá la compañía en un futuro. Sin embargo, a mí no me parece bien.

Francisca escuchaba en silencio. No había que ser adivina para imaginar la estocada que acababa de recibir su padre. La traición había ido más lejos de lo que habían sospechado. Don Pedro nunca había abandonado a los hijos de doña María, porque también eran sangre de su sangre. Cuando se había casado con doña Lisarda, les había entregado la casa familiar de Bagumbayan; a Jacinta acababa de cederle los campos de abacá, que explotaba con su marido desde que se casó. Los dos hombres trabajaban para la compañía familiar, que heredarían más adelante. Sentía cómo su padre estaría repasando el esfuerzo que había hecho por sus hijos e imaginaba el sinfín de preguntas que se estaría haciendo, aunque la crucial sería

¿por qué?

—No temas por ti ni por tu familia. Lo mantendremos en secreto. Yo no diré ni haré nada que haga sospechar a Miguel que lo sé. La carga, sea cual sea, se halla en el fondo del mar, luego el nombre de la compañía no se ha desprestigiado. Gracias por tu lealtad. Ahora mismo supone mucho para mí. Tienes razón: nos hacemos viejos, y a algunos les corre prisa hacernos a un lado.

—Pero eso no es cristiano, patrón —se lamentó Ramón.

—No, no lo es. La ambición y la avaricia son pecados, como faltar al cuarto mandamiento.

Francisca no se atrevió a moverse hasta que Ramón abandonó el despacho. Luego, paso a paso, salió a la luz, a espaldas de su padre, quien permanecía sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Se acercó a él y le masajeó los hombros. Don Pedro irguió la cabeza.

—Había olvidado que estabas ahí detrás. ¿Lo has escuchado?

—Sí, y lo siento por usted. No se lo merece.

—Tus hermanos no comparten tu opinión.

—De nuevo, no se ha mencionado a Esteban —notó Francisca.

—Porque está lejos. ¿Crees que no lo sabe? Lo pongo en duda. Miguel depende de Esteban para las compras en Cantón.

—Yo creo que realizó el cambio de fardos por su cuenta —razonó Francisca, con la mente más clara, sin la nebulosa de los sentimientos traicionados—. Si la carga hubiera llegado a Acapulco, Miguel se habría acreditado como comerciante y la compañía se habría ido al garete al tener que pagar a los almacenistas que se hubieran sentido estafados por los Muñoz. ¿Y Esteban? Esteban se habría visto obligado a pedirle trabajo a su hermano. No sería copropietario como ahora. Miguel, además, habría ganado el dinero necesario para comprar una carga de calidad. ¿Se acuerda de que nos preguntábamos cómo había pagado una carga independiente? Pues ya tenemos la respuesta. Lo cierto es que la jugada ha sido magistral. Pero el hombre propone y Dios ha decidido desbaratar su plan hundiendo el barco.

—Así expuesto, tus palabras suenan sacrílegas. Dios no puede desear nada malo a las gentes. Son muchos los perjudicados y las esperanzas truncadas con el hundimiento de la nao.

Francisca dejó de masajearle los hombros y se situó delante de él. Había envejecido. Le dolió no haberse percatado de los cambios hasta ese instante. Su padre no era eterno, y acusaba el paso del tiempo, y Francisca se temía que el desafecto de sus hijos sería la puntilla de una vida entregada a la familia.

—Me parece una buena estrategia el callar. Debemos actuar con sigilo, como ha hecho él, y devolvérsela. No le comunique sus intenciones en un futuro, ni le cuente si invierte aquí o allí, ni qué compra.

—Lo sabrá. Esto es un pueblo y dependo de Esteban.

—Ya veremos. Tenía razón: es una buena idea esa inversión en maderas y abacá de las que me hablaba —reconoció, en un intento de animarlo—. No le diga nada a mi madre de la traición de Miguel.

—Sabe guardar un secreto —objetó don Pedro.

—Pero no es buena actriz, y bastaría una mirada encendida para que se delatara.

Don Pedro sonrió: la hija conocía a la madre.

Al día siguiente, como si hubiera sido invocada, entraba en la bahía la nao Rey Carlos, escoltada por las fragatas Santa María de la Cabeza y Santa Lucía, que traían a la tripulación de la siniestrada San Andrés. Las salvas de cañón y el volteo de campanas anunciaron la arribada, y en el muelle y en la playa se apretujaron los manileños para recibirla. Los altos funcionarios se personaron sin ocultar su alivio, pues habría una remesa de plata para pagar los sueldos de un año y el situado para mantener la ciudad. Los funcionarios menores celebraban la llegada del relevo que les permitiría regresar a Nueva España. Pero los más bienaventurados eran los comerciantes que podrían hacer frente, con la plata de sus ventas en Acapulco, al descalabro de la nao San Andrés, o bien adquirir nuevas mercaderías procedentes de Cantón.

Los consignatarios trabajaron a destajo con las liquidaciones y las entregas de caudales de las ventas en Acapulco. Las colas delante de los escribanos y de los notarios eran interminables. En el patio del consulado se realizó la entrega de las memorias de los fardos que los agentes, como los Orellana, subastarían a fin de año.

Francisca acudió acompañada de los señores Orellana. Aunque ella

no iba a tomar parte, era un espectáculo en el que se daba a conocer la liquidez de las casas comerciales, y corrían todo tipo de chismorreos y elucubraciones. Al fin y al cabo, no había tantas ocasiones en las que se reuniera la crema y nata de los comerciantes. Su padre y doña Lisarda se movían y charlaban con todos ellos como si no se hubieran visto en años. Divisó al mimético Jian Zhou, vestido al estilo filipino, como la ocasión lo requería para participar en la puja. Sacaba partido a la dualidad que ofrecía el mestizaje, como Miguel. Francisca sabía que Jian se sentía más cómodo con la cultura china que con la filipina. Después de haber vivido en Cantón, ella lo comprendía. La sociedad china era mucho más refinada que las poblaciones indígenas que habitaban en el océano Índico.

—¡Mire! —Doña Ana María llamó la atención de Francisca—. ¿No son esos nuestros amigos de la Armada? Han prescindido de sus sombreros de paja para presentarse en el consulado —bromeó al tiempo que les hacía una seña para que se acercaran.

—Buenos días —saludaron al unísono los oficiales, y continuó Anievas—: ¡Vaya expectación!

—Se trata de un acontecimiento importantísimo para las islas —remarcó el señor Orellana, y trabó una discusión con Anievas sobre la importancia de las subastas, tanto en Manila como en Acapulco.

—Hemos venido para aprender cómo funciona el sistema —aclaró Crespo, quien no perdió el tiempo y se situó al lado de Francisca, mientras que Mier daba la réplica a doña Ana María.

A Francisca le complació el interés del teniente, así como su cercanía. Hacía meses que no se veían.

—Es sencillo —se avino a explicar Francisca—. Los interesados tienen una copia de la memoria de cada fardo, es decir, una relación del contenido. Se subasta el fardo completo y, luego, el almacenero lo desglosa y vende la mercancía al por menor a los pequeños comerciantes.

—¿Se subastan todos los fardos que han desembarcado?

—No. Muchos son encargos que ya están vendidos. Sólo los que se adquieren para subastar. Lo mismo sucede en Acapulco. La mayor parte de la labor recae en los consignatarios, que son los que pagan

y cobran en nombre de sus consignados en el puerto de origen.

—¿Qué mercancía es la más solicitada?

—Los más valiosos y más difíciles de traer son los animales: las vacas y los caballos sobre todo. Y están muy solicitados productos como el maíz, cacao, tabaco, caña de azúcar, cacahuetes, pimientos. Como verá, no hay mucho lujo en contraste con lo que nosotros enviamos allá. Yo no compro nada; cambio mis perfumes y mis especias por oro y plata, que es lo que necesito en Cantón para obtener la materia prima para elaborarlos. Los chinos carecen de plata y la prefieren por encima del oro.

—Su apuesta es fuerte —comentó, admirado, el señor Crespo.

—En absoluto; si lo piensa, es igual: se gana o se pierde lo mismo, sea mayor o menor la cantidad arriesgada. La diferencia está en el capital inicial del que se dispone para arriesgar en un comercio más selecto o más común.

A Francisca le agradaba, más de lo que deseaba admitir, que el hombre no se molestara con su conocimiento sobre el comercio y los mercados; por el contrario, prolongaba la conversación con ella. En un momento dado, el teniente bajó la voz.

—No ha necesitado mi ayuda. ¿Ha descubierto quién era el enemigo?

Francisca observó la cara risueña del teniente, a pesar de la gravedad del tema que abordaba. Inspiraba confianza.

—Lo he sabido desde el primer día; sin embargo, ignoro cómo puede ayudarme. Es complicada mi situación.

—No olvide que mis oídos están dispuestos a escuchar si siente la necesidad de desahogarse —insistió el señor Crespo.

La subasta comenzó y se hizo el silencio, tan sólo roto por la voz del consignatario que anunciaba los fardos y por la del subastador del consulado que cantaba las cifras. Un escribano tomaba nota del fardo y del precio al que había sido adquirido para más adelante cerrar la compraventa ante el letrado.

En cuanto terminó la subasta, los espectadores abandonaron el patio y los interesados cerraron la compraventa, entre ellos el señor Orellana, como representante de su casa. Se encaminaron hacia la plaza Mayor, acompañados por los oficiales.

—Así que ya han entrado en acción —comentó don Pedro, refiriéndose a su reciente salida hacia Macao.

—Lo hemos intentado, pero nos esquivan las velas enemigas —replicó Anievas.

—No quiero resultar grosera al recordarles que dos fragatas inglesas fondearon frente a la ciudad —dijo doña Ana María—. Menos mal que me enteré una semana después, cuando ya no corría peligro.

—Esa fue una aventura que podrían contarles en otro momento los caballeros que nos acompañan —señaló Anievas—, pues fueron ellos los artífices de que levaran anclas sin causar daño.

—Lo dejaremos para cuando regresen de la nueva salida —dijo Francisca—. Hemos de organizar una cena para compensarlos de la que se van a perder en el palacio del gobernador en el Año Nuevo. Los echaremos de menos.

—Es muy amable —dijo el teniente Crespo—. Nos acompañará el calor de su invitación.

Se trataba de una mera fórmula de agradecimiento; sin embargo, a Francisca le turbó la mirada azul del teniente. Luego recordó que era un hombre de mundo y con unos privilegios de cuna que lo hacían inalcanzable. Y una tenue tristeza, como una neblina, la envolvió.

Miguel subió a la calesa seguido de Aníbal. Si no le hubieran especificado que se trataba de un oficial de la Armada de Cavite, no se habría molestado en desplazarse. La calesa se adentró en un laberinto de casas que se sobreponían unas a otras y los techos de nipa casi se tocaban. El olor era más nauseabundo de lo habitual y los niños corrían alborotados y desnudos en persecución de la calesa.

—Espero que sea interesante la entrevista —comentó a Aníbal—. ¿Por qué un oficial busca a un falsificador de joyas?

—Parece que del contrabando a la estafa sólo hay un paso —opinó Aníbal.

Se detuvo el conductor ante un antro mal iluminado. Se apearon e indicaron al hombre que los aguardara alejado de la choza. No

habían dado dos pasos hacia el tugurio cuando dos individuos se les acercaron. Miguel reconoció a uno de ellos, el tagalo que le había ido con la historia. Le entregó un peso por la información.

—Persiste en dar con un orfebre dispuesto a hacer falsificaciones. Lo aguarda dentro —dijo el individuo antes de alejarse con su compañero.

Miguel seguía renuente con la entrevista. Recibía muchos avisos sobre lo que sucedía en el Bagumbayan carentes de interés. Sin embargo, ya que había llegado hasta allí, seguiría hasta el final. El interior estaba vacío, pero enseguida se dio cuenta de su error: de una pared se despegó una figura.

—Enséñeme la falsificación —exigió Miguel, dispuesto a terminar cuanto antes.

El hombre no lucía uniforme: vestía como un lugareño, pero no lo era. El color de la piel y la forma de moverse lo delataban. Miguel extrajo el joyel del fajín y se lo entregó. Aníbal encendió una vela de grasa y tomó nota del aspecto del oficial. Miguel sacó una lupa y examinó la falsificación durante un rato. Hacía tiempo que se preguntaba qué significaba la libreta que le había robado a Francisca. Había elucubrado si pretendía convertirse en orfebre o invertir en joyas, pero hasta entonces no había realizado ningún movimiento en ese aspecto. Abrió la libreta que llevaba consigo para la entrevista, más por intuición que por convicción, y pasó las hojas hasta que encontró lo que buscaba y se sonrió: un regalo divino.

—Es una falsificación muy buena —comentó mientras guardaba la libreta en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Dónde lo ha obtenido?

—En Cádiz. Busco a alguien que pueda realizar algo similar para venderlo allí.

—El trabajo es muy fino, de orfebre, pero la piedra delata la falsedad: es vidrio, engastado en cobre. Sería detenido antes de que consiguiera vender una sola joya. ¿Le dieron gato por liebre o detectó la falsificación a tiempo?

—No entiendo de joyas, creí que era buena —reconoció el hombre.

—Entonces, desconoce el mercado y las consecuencias que puede acarrear el timo, porque sería un timo. No podría venderlas por el cauce legal, a no ser que las ofreciera como lo que son: falsas. En

Nueva España se llaman tumbagas.

—Es posible que sea mexicana. Ignoro su procedencia. Pensé que se podría hacer negocio con un buen falsificador.

—Y se puede, si se venden como lo que son —ratificó Miguel—. Pero usted no es mercader y carece de contactos. No me interesa su propuesta.

Por un momento ponderó la idea de comprársela, pues podía utilizarla como chantaje a Zhou, pero ganó la prudencia. No se creía el cuento de aquél pájaro. Algo había ganado, y era información sobre una red de falsificación. Miguel era perro viejo, y aquello olía a podredumbre, algo muy atractivo para alguien como él.

—No parece un marinero. ¿Es un oficial de la Armada? Ustedes lo ganan bien, saltándose los registros aduaneros. Ignoro sus intenciones, pero necesito gente preparada si considerara la posibilidad de establecerse en Filipinas.

—Podría interesarme según cuál fuera el puesto de trabajo.

A Miguel ya no le cupo duda de que el hombre huía de algo o de alguien. ¿A quién le iba a seducir asentarse en el fin del mundo?

—Según sea su rango en la armada. Estoy formando una pequeña flota para comerciar.

—Piloto.

—¡Ah! Muy interesante. En ese caso, puede comandar mi pequeña flota, aunque antes habremos de hablar claro sobre las expectativas de cada uno. Mi gente carece de escrúpulos para realizar cualquier tipo de comercio, aunque esté prohibido. Es el más beneficioso, y pago muy bien esos trabajos.

El piloto se avino y acordaron verse el día siguiente en su despacho. Se despidieron, y a Miguel ya no le cabía duda de que el hombre tenía cuentas pendientes. Al final, Miguel se guardó el joyel.

—La entrevista ha sido productiva —comentó Miguel a Aníbal—. Recorrerás con uno de nuestros orfebres los talleres de orfebrería de Binondo, pero me interesa concretamente el taller del señor Zhou, el que visitan con cierta frecuencia Francisca y su amiga, la de Orellana. Creo que voy a matar muchos pájaros de un tiro.

IV

Crucero por los mares del Sur

1799

17

Macao, enero de 1799

Melchor echó el aliento sobre las manos, que se frotaba a la altura de la boca en un vano intento de calentarlas. El comandante Álava había decidido realizar alguna acción de guerra contra los ingleses y el objetivo era la salida anual de Cantón del convoy de la Compañía de la Indias Orientales hacia Inglaterra. Había tenido conocimiento de que habían sido avistados el navío de línea HMS Arrogant, de setenta y cuatro cañones, y la fragata HMS Virginia, de treinta y ocho.

Con prisa y con escasos víveres, habían partido el 9 de enero de Cavite los navíos de línea Europa y Montañés y las fragatas Santa Lucía y Fama, reforzados con la presencia de las dos naves francesas. Las órdenes habían sido claras: reconocer la rada de Macao, atacar los buques de guerra ingleses que encontrasen, retrasar o estorbar la salida del convoy inglés y, por último, asegurar la conducción de trigo adquirido en Cantón para abastecer a la escuadra de galleta.

Por el camino, se cruzaron con una embarcación neutral, cuyo capitán conferenció con Álava. Al continuar la navegación hacia Macao, Valcárcel dedujo que ese capitán había comunicado noticias favorables.

Sin embargo, una vez más, el tiempo no los acompañaba. Además del frío, el horizonte no auguraba nada bueno. Melchor tenía la suerte de estar protegido de la lluvia bajo la toldilla, junto al piloto, mientras que el resto de la tripulación se mojaba cada vez que cambiaban de amurada, y, aun así, no sentía las orejas. Las temperaturas solían ser más amables en esa longitud, pues se hallaban al sur del trópico de Cáncer; sin embargo, los había sorprendido un cambio de clima inusual. Las ráfagas de viento acentuaban la sensación gélida, hasta el punto de que la tripulación

indígena, desacostumbrada, se mostraba torpe y afectada.

—Puede que sea una buena ocasión para devolverles la visita —comentó Melchor al teniente Anievas, que se había reunido con él bajo la protección que ofrecía la toldilla—. Pero con esta tripulación bisoña y congelada, no tengo muy claro el resultado de un enfrentamiento con una dotación curtida.

—Comparto su opinión —replicó Anievas—. Me he enfrentado a un *east indiaman* y le aseguro que, por mucha carga que lleven, cuentan con artillería de gran calibre. Se asemejan a los buques de guerra, y muchos de ellos están capitaneados por gente formada en la Real Armada. No se amilanan.

Al día siguiente, 26 de enero, divisaron las islas de China. El Europa envió señales para que se acercaran a la isla mayor, coronada por un monte muy alto, que la carta náutica indicaba con el nombre de Gran Leme. De nuevo, el navío de Álava se puso en facha para conferenciar con unos chinos que pescaban cerca del litoral. El resto de las naves imitaron la maniobra y orientaron las velas de forma divergente para contrarrestar el avance y mantenerse en la posición.

Observaron que un bote del Europa partía con órdenes para la corbeta Brûle-Gueille y la fragata Santa Lucía, las cuales se separaron y se acercaron a la costa para recabar información. Cuando regresaron, Valcárcel envió al alférez Marañón en un bote a enterarse de lo que se cocía en el Europa. A pesar de la marejada, que maltrataba la pequeña embarcación, volvió antes de que emprendieran la marcha.

—Señor —saludó el alférez en cuanto pisó el alcázar—, el comandante esperaba encontrar un navío de línea, el HMS Intrepide, pero, por las declaraciones recabadas, a mediados de mes salieron cinco navíos de la compañía y el buque de guerra los acompañaba. No obstante, el comandante no desiste, y avanzaremos hacia Macao, a pesar del mal tiempo.

—Gracias, Marañón —dijo Valcárcel—. Vaya a calentarse, que no quiero quedarme sin oficiales; bastante tengo con bregar con la tripulación bisoña —rezongó el comandante.

Mientras tanto, Anievas había comandado la maniobra con la

oscuridad del cielo tormentoso encima y amurando al norte, de donde llegaban ráfagas fuertes de viento. Al anochecer, los buques se habían reunido en el canal del Gran Leme por la parte del sudeste del elevado monte de la isla y habían dado fondo.

Anievas había establecido los turnos de guardia y el resto se había retirado a las hamacas. Melchor entró en su cabina aterido y se tumbó vestido; se había acostumbrado al promedio de los 22º centígrados que imperaban en Luzón desde diciembre. Aun así, durmió y se despertó para realizar la última guardia antes del amanecer. En el exterior persistía el mal tiempo. Se abrigó con todo lo que pudo y salió al alcázar.

—¿Es aguanieve lo que cae? —preguntó a Mier, incrédulo, con la mano extendida para cerciorarse.

Uno de los pajes del padre Anselmo dio la hora. El sonido de las campanas del resto de las naves reverberó en el canal.

Al repuntar la marea entrante, el navío Europa hizo la señal de dar la vela. El oficial llamó a los hombres al cabestrante para recoger el ancla y Melchor comprobó que continuaba soplando el viento del norte, por lo que navegarían de amurada. De pronto, se produjo un revuelo en el castillo de proa. Un paje llegó corriendo y dio aviso al padre Anselmo y al comandante, quienes se dirigieron a proa sin demora. Melchor no se movió de su puesto, pero anduvo pendiente de lo que sucedía. Subió a la cubierta el médico con dos de sus ayudantes y unas parihuelas, en las que retiraron un cuerpo. Fue el padre Anselmo el que lo informó de la tragedia.

—Uno de los indios —dijo con pesar— ha muerto congelado al pie de su cañón. Esta gente no está acostumbrada para este frío y no sabe resguardarse de él.

A las diez y media del día rodearon una isla por el barlovento, y el Montañés y la fragata Fama, al ir los últimos, más al sur, necesitaron dar otro repiquete que los atrasó considerablemente. Melchor soltó un juramento y ordenó al paje más próximo que avisase al comandante para darle parte de la nueva situación.

—¡Señor! —gritó el vigía de la cofa—, ¡la Brûle-Gueille hace señales: enemigo por el oeste sudoeste!

—¿Qué sucede, teniente?

Valcárcel se había personado en el alcázar.

—Nos hemos quedado descolgados, señor. Hubo que hacer una maniobra de más, al encontrarnos en el sotavento de la isla. Las velas están muy tensas.

—El Europa acorta vela —anunció Valcárcel, sin despegarse del catalejo—. Intenta reunirnos.

Melchor comprobó la intensidad del viento que les impedía alcanzar a la Santa Lucía. Las fuertes rachas obligaban a la nave a arribar con la consiguiente pérdida de rumbo. El vigía gritó de nuevo.

—¡El navío Europa en facha!

—Aguarda a la Preneurse y a la Santa Lucía para atacar —comentó Valcárcel, con el catalejo desplegado—. Los tres han izado en falso la bandera inglesa; tratan de dar lugar a que nos unamos. Señor Mier, mantenga la nave amurada al máximo. ¡Santo Cielo! ¡Van a por ellos sin esperarnos! —exclamó Valcárcel, excitado ante la inminencia de un combate.

Melchor procuraba controlar la ansiedad ante los crujidos de los cabos y la escora del barco. Alcanzado el punto en el que había virado el Europa, amollaron velas y cayeron a babor, poniéndose de través.

—¡Dos naves inglesas abandonan el refugio! —gritó el vigía de la cofa.

Melchor dio orden de aflojar las velas hasta situarse de empopada.

—¡Otra nave sale de un fondeadero! —anunció el vigía—. ¡Banderas y gallardetes ingleses! ¡El Europa iza la española y la insignia de Álava!

Se oyó un cañonazo y Melchor lo interpretó como el inicio del combate, pero no hubo respuesta.

—¡Macao a estribor! —gritó el vigía.

Sólo se distinguían una línea brumosa y las siluetas de las naves que iban delante persiguiéndose.

—El Europa va en cabeza de la persecución; a distancia lo siguen la Preneurse y la Lucía —le explicó Valcárcel a Anievas, que se había reunido con él en la toldilla.

A las dos de la tarde, Mier informó a Valcárcel de que se hallaban a siete millas del Europa. Hasta un neófito podía entender que la

distancia era insuperable.

—Los ingleses navegan por aguas de poco fondo —explicó Mier, consultando la carta de Macao—. Su intención es que el Europa encalle.

—Álava no conoce estas aguas —dijo Valcárcel—. Confío en que no caiga en una trampa tan burda. Conserva el barlovento —constató, con el catalejo de nuevo—, no se deja sorprender. ¡Oh! Abandona la caza. Ciñe el viento por babor para reunirse con las naves que lo siguen. Se dirigen a la isla Montaña.

—¡Señales de la capitana! —gritó el vigía.

—Ya las veo —corroboró Valcárcel—. Piden reunión. ¿A qué distancia estamos, piloto?

—A cinco millas a sotavento.

—¡Enemigos al este noreste! —avisó el vigía,

—A unas tres leguas, señor —midió Mier.

—Vienen de ceñida —anunció Anievas a estribor—. Pretenden cazarnos a la Fama y a nosotros, que vamos rezagados.

—El Europa ha cambiado de opinión, señor —informó Melchor, desde babor—. Navega sur sudeste a nuestro encuentro y al del enemigo, seguido de la Santa Lucía y las dos naves francesas.

—Vienen en nuestro auxilio, teniente —corrigió Valcárcel.

A las cinco de la tarde, el Europa dio el momento de la arribada con un cañonazo y marcó el rumbo sur sudeste para todas las naves con solo las gavias en dos rizos. En ese instante, un crujido anunció la rotura de la verga mayor, que quedó colgada de las jarcias.

Mier, sin aguardar la orden de Valcárcel, que estaba ocupado con el contramaestre y el cuidado de la verga, mandó al grumete que diese parte a la nave capitana con las señales.

—Manténgase amurado a babor hasta ocupar la línea detrás del Europa antes de que cierre la noche —ordenó Melchor, que veía, con preocupación, que el viento no sólo no amainaba, sino que había subido en intensidad.

Una vez alcanzada la flota, comprobaron que el Europa había encendido los faroles de posición.

—¿Qué se propone Álava? Ofreceremos un blanco perfecto —objetó Anievas.

—Haga lo mismo, teniente —ordenó Valcárcel, sin cuestionarse la decisión de un superior—. Señor Crespo, llame a zafarrancho en voz baja y desembraguen los cañones y abran las portas. Que los hombres estén preparados; no sabemos qué pasará.

Melchor bajó a la primera cubierta y ordenó que se preparasen para disparar. Cada equipo se ocupó de su cañón y en pocos minutos estaban preparados con las chilleras llenas de balas. Puso al condestable al frente, mientras subía al alcázar a ver qué ocurría.

—¡Ahí están! —divisó Anievas en medio de la oscuridad—. Llevan el bordo contrario. Están pasando por delante de nuestras narices. ¿No vamos a atacarlos? Son tres y navegan en silencio y sin luces.

—Álava no se mueve, y eso que nos exhibimos como una diana con tanto farol —notó Melchor, ansioso—. ¿A qué esperan?

—Dos navíos de línea y una fragata. Estamos igualados en fuerzas, ya que el Montañés, sin la verga, no somos un rival. Sin embargo, los ingleses escurren el bulto. No se animan a atacar, a pesar de que se lo hemos puesto fácil —analizó la situación Valcárcel, más próximo a la estrategia de Álava.

—Sólo atacan cuando están seguros de la victoria o a traición, como ya es tradición en ellos —concluyó el contramaestre, dejando un regusto amargo en la mente de los presentes—. Pero ¿por qué no atacamos nosotros?

—Sospecho que Álava no desea abrir fuego al haberse escapado el convoy. No hay ganancia en una lucha igualada —elucubró Valcárcel —. Aunque saliéramos airosos, volveríamos a los meses de reparaciones; prefiere preservar las naves, y los ingleses deben de ser del mismo parecer, a juzgar por cómo se comportan.

Avanzada la noche, se desconvocó el zafarrancho y se batiportaron los cañones sin haber disparado una sola bala. Con el mal tiempo y la persecución, perdieron a las naves que transportaban el trigo, que ya habían partido de Cantón y se hallaban de camino a Cavite. El contramaestre reparó la verga lo mejor que pudo para no retrasar la flotilla e iniciaron el regreso. La fragata y la corbeta francesas se despidieron de Álava y tomaron el rumbo a Batavia para reunirse con su comandante.

En la vuelta, el tiempo fue más benigno, y subió la temperatura

cuanto más se aproximaban al Ecuador para alivio de las tripulaciones indígenas. Se celebró el funeral y la sepultura en el mar del hombre que había muerto congelado.

Melchor, que había alcanzado el punto de ansiedad que generan el peligro y el momento previo a liarse a cañonazos con el enemigo, se sentía frustrado. El peor enemigo con el que había lidiado hasta entonces había sido un tifón.

18

MANILA, MARZO DE 1799

Comenzaba la mejor estación del año. La temperatura había subido sensiblemente, sin alcanzar los calores del verano, y las lluvias quedaban lejanas todavía. El Rey Carlos había arribado seriamente dañado y las reparaciones se prolongaban, así que la llegada de la nao Magallanes despertaba expectación entre los manileños, aunque no a Francisca, quien se sabía al margen. La Real Compañía se había visto obligada suspender el transporte por la ruta de cabo Buena Esperanza mientras persistiera el conflicto con Gran Bretaña. Corrían rumores de que uno de sus buques, el Filipino lo apodaban, igual se hacía al mar por el Pacífico, pero sólo eran rumores, pues los miembros del consulado no permitirían que se rompiese el monopolio con Acapulco, pese a la autorización de la Corona a comerciar con Chile y Perú.

Mientras tanto, pasaba los días trasegando con las redomas, las destilaciones y la creación de nuevos aromas, para paliar las fórmulas que le habían robado. No había olvidado los perfumes prometidos a los oficiales de la Armada, y esa noche se los entregaría. Habían invitado a los Orellana y a los oficiales del Montañés. La escuadra había regresado de un crucero por el mar de China con escasa fortuna, por lo que había oído en la iglesia entre los asistentes a la misa.

Le agradaban Anievas y Mier tanto como le inquietaba el teniente Crespo. Le vino a la mente el rostro moreno por la intemperie, en el que destacaban los ojos azules, escrutadores, afables e inteligentes, pero había algo más. Ella lo intuía, no era tonta, ni una inexperta en materia de hombres; había sincera admiración en ellos, y se sentía halagada y temerosa de no estar siempre a la altura de esa devoción. De ahí la turbación y la ansiedad cada vez que se

encontraba con él, o, al menos, era la explicación que se daba a sí misma.

—Francisca, se hace tarde —advirtió su madre, desde el umbral de la cocina.

Afortunadamente, doña Lisarda se había olvidado de don Agustín Monterroso, pues no había vuelto a mencionarlo ni a incluirlo entre los invitados, lo que representaba un enorme alivio. Bastante presión suponía la velada intención de don Agustín de proponerle matrimonio más adelante, pero Francisca no se hacía ilusiones de que fuera por mucho tiempo, y se devanaba el seso buscando una salida a su situación, que amenazaba con convertirse en insostenible. Era terca y no claudicaría de buenas a primeras sin haberlo intentado todo. No entendía cómo podía ser una buena negociante y un desastre para moverse entre los hilos que tejía la sociedad para atraparla.

Había barajado varias posibilidades, cada cual más desesperada: una, irse a vivir a Macao; otra, conseguir pasaje para Acapulco y asentarse con alguno de los dos hermanos de su madre, que eran los vendedores de sus perfumes: Virgilio y Cesáreo. Con Virgilio mantenía un trato comercial a espaldas de sus padres: el de las joyas falsas, cuyo negocio residía en la exclusividad y en la alta calidad de la factura. Las enviaba con el grueso de los fardos de la Casa de Muñoz, pero en cajas cerradas a nombre de Virgilio. Aunque en el Rey Carlos había llegado una inquietante carta del tío Virgilio: Cesáreo y él se habían separado. No contaba la razón, tan sólo exponía el hecho y ofrecía la posibilidad de seguir comerciando con él a su padre. De Cesáreo no habían tenido noticia.

Pero allá adonde fuera, la situación de mujer casadera se reproduciría, por desgracia; la diferencia la marcaría un mercado más amplio de aspirantes a su mano. Sólo una viuda con hijos varones crecidos se salvaba de repetir la experiencia matrimonial, y se le permitía vivir con independencia.

Apagó los alambiques, se quitó el mandil y cruzó la cocina, que se hallaba en pie de guerra con Serafina al frente: los días con invitados contrataban a dos mujeres de apoyo. La entrada se hallaba iluminada y vacía. Subió la escalera, cruzó el salón, ya dispuesto

para recibir, escuchó a sus padres discutir mientras se vestían y se dirigió a su aposento. Fei la aguardaba con el vestido elegido extendido sobre el lecho. En silencio, como era habitual, la china procedió como si de un ritual se tratara; seguía un orden escrupuloso, tanto para desvestirla como para vestirla. Sus pausados pero eficientes movimientos resultaban tranquilizadores. Francisca se había acostumbrado a la forma de proceder, de moverse y de pensar de los chinos. Era una civilización que la fascinaba, lejos del rechazo que provocaba en sus compatriotas. Incluso doña Lisarda se había mostrado reticente, en un principio, a alojarla en la casa. A su madre la inquietaba por extraña; a ella la sosegaba por la fidelidad y la inteligencia con las que la envolvía.

El vestido de seda, color oro, era muy escotado, como correspondía a un vestido de noche, pero ese detalle le permitía envolverse en una sutil gasa de seda color crema, que Fei colocaba con destreza de hombro a hombro, dejando a la vista parte del pecho y el cuello, realzados por la gasa. Esta última se cruzaba en la parte baja del pecho y se sujetaba al vestido con el joyel o broche que le había enviado Jian Zhou, de brillantes y con un topacio en el centro de cada flor, aunque ninguna piedra destacaba por los quilates. La destreza del orfebre residía en que las piedras no ocultasen el trabajo de filigrana, de la delicadeza de cada flor. Jian era muy paciente y un gran artista. Los diseños que más le gustaban eran los que implicaban a la naturaleza: broches florales, como el que iba a lucir ella esa noche, de mariposas, tortugas o colibríes.

—Sus padres salir. —Fei concluyó el tocado con una redecilla de chispitas, que aseguraba que no se le escapase alguna guedeja inoportuna.

—Imposible no oírlos —comentó Francisca—. ¿Somos muy ruidosos los españoles?

—En la casa sí. En China, nada perturbar la paz de la casa, no voces —explicó Fei, habituada a contestar sin ocultar la verdad—; en la calle todos ruidosos, no diferencia. ¿Seguir con plan mañana?

—No desearía posponerlo más de lo imprescindible.

—Ser peligroso.

—Sé cómo hacerlo. Nadie mejor que yo. Todo dependerá de si

consigo que nos escolte alguno de nuestros invitados.

Fei, a pesar de la orden de abandonar el Bagumbayan, donde ya la conocían, se había disfrazado y había continuado con la investigación. Francisca no podía dilucidar cuánto había de fidelidad a Jian o cuánto a sus ansias de venganza por la paliza que había recibido. Había localizado a uno de ellos y lo había seguido con la suerte de que la condujo al taller clandestino en el que elaboraban los perfumes.

La llegada de los invitados no pasó desapercibida. Francisca cogió los tres frascos de perfume que había preparado y se apresuró a ir a recibirlos. Se notaba la confianza de los oficiales porque las conversaciones se desdoblaban, las palabras fluían sin necesidad de animarlas a salir, cuando, en la primera cena, aguardaban a que hablase otro. Entró en la sala y, discretamente, dejó los perfumes sobre un velador.

Tras los saludos y los halagos a la apariencia, se acercaron a la mesa. La disposición se repetía y el señor Crespo se situó frente a ella. Francisca notó la mirada del piloto fija en su pecho y cómo la perplejidad se adueñaba del gesto del hombre. Las mujeres se sentaron primero, y, en esos segundos, Francisca cayó en la cuenta de que lucía el broche. Jian le había contado que un hombre de la escuadra había llegado con uno de los joyeles que se vendían en Nueva España, pero el hombre aseguró que venía de Cádiz y buscaba a un posible falsificador. Francisca palideció al pensar que ese hombre pudiera ser el señor Mier. ¿Era un defraudador?

Simuló prestar atención a las palabras del señor Crespo, quien les relataba la aventura en aguas de Macao, pero, por el rabillo del ojo, observaba al señor Mier, quien aguzaba la vista para obtener más detalles del broche floral. Francisca necesitaba salir de la duda, y decidió que lo más natural era abordar el tema; no podía disimular que no se percataba del interés que la joya despertaba en el piloto de tan evidente como era.

—¿Le gusta mi joyel, señor Mier? ¿Se ha decidido a invertir en joyas?

El piloto se sonrojó y bajó los ojos, pero la pregunta de Francisca había atraído la atención de los comensales, y el marino estaba

forzado a responder.

—Después de la lección que tan amablemente nos ofreció la señora de Orellana, no me siento capacitado para comerciar con joyas. No obstante, me preguntaba si su joyel es de calidad, es decir, cómo sabe usted que no se trata de una falsificación.

—No te conocía ese broche —intervino su madre—. Sin duda, el trabajo y el motivo son inusuales en las islas.

—Madre, desde que llegué he estado de luto, así que, con toda probabilidad, no conoce los aderezos con que me obsequió Severino en nuestro corto matrimonio. Estoy de acuerdo con usted en el detallismo de la pieza, por eso es mi favorita.

—¿Quién es el orfebre? —se interesó doña Ana María.

—Creo que no me lo dijo. Eran los primeros meses de casada y no tenía la suficiente confianza como para preguntarlo. Me pareció una descortesía por aquel entonces. La juventud es muy tímida.

—Al final, no ha obtenido respuesta el señor Mier —observó don Pedro.

—¡Oh! Muy cierto —aceptó doña Ana María—. La falsificación está muy perseguida y el trabajo de este joyel en concreto revela la mano de un buen orfebre, y le aseguro que alguien que alcanza esa maestría no mancharía su prestigio en elaboraciones con materiales bajos. Eso no quiere decir que el engaño no exista. Por lo general, este reside en escamotear la calidad de las piedras o en la cantidad de oro o de plata.

—Las falsificaciones —continuó el señor Orellana—, si es que pueden llamarse así, las encuentra en la calle: en manos de vendedores ambulantes y de truhanes. Son muy evidentes por la tosquedad del trabajo, se lo aseguro. Cualquier neófito puede darse cuenta.

A esas alturas de la conversación, Francisca se había cerciorado de que el señor Mier había tenido en sus manos o había visto el joyel a imitación del que llevaba prendido. Quedaba la duda de si era la misma persona que iba indagando por un falsificador o había más personas interesadas. Tendría que ingeniárselas para averiguarlo, aunque, por esa noche, ya se había hablado suficiente sobre el tema. Incidir conduciría a levantar sospechas.

El resto de la conversación giró en torno a la imposibilidad de que saliera alguna nao hacia Nueva España. Iban y venían bergantines y goletas de aviso con el correo, las cartas comerciales y poco más para desesperación de los manileños y de los agentes de las casas novohispanas. Entre las noticias que traían había malas y buenas. La mala denunciaba la presencia de naves inglesas despachadas para la pesca de ballenas, pero que actuaban bajo la patente de corso y acechaban la navegación de cabotaje entre Guayaquil y la costa peruana; y la buena se refería a la nao Magallanes, que había zarpado de Manila en 1797 y navegaba por el Pacífico de regreso, acompañada por la fragata Nuestra Señora del Pilar, que había salido a Acapulco en el noventa y ocho como escolta de la siniestrada San Andrés. Los oficiales, que habían realizado su primera inversión desde que estaban en Manila, y el señor Orellana se mostraron ansiosos de que la fragata de la Armada llegase sin novedad.

Cuando se levantaron de la mesa, Francisca atrajo la atención de todos.

—Señores, como les había prometido, he creado un perfume diferente para cada uno de ustedes. Para el señor Anievas —cogió el frasco del velador sobre el que los había dejado—, un perfume en el que predomina uno de los aromas más buscados: el sándalo. —Lo abrió y lo pasó a la persona más cercana, y el frasquito fue rotando para que todos apreciaran el aroma—. Para el señor Mier, otra esencia difícil de conseguir en Europa: el pachulí. —Repitió la operación y los perfumes fueron pasando de mano en mano—. Para el señor Crespo, una esencia casi desconocida y muy difícil de obtener, pues se trata de una resina de árbol: oud lo llaman los árabes. Huele al árbol que la genera, entre ahumado y dulce. Es el aroma de Oriente, sensual, elegante y diferente al resto.

En esta ocasión, los comensales no escatimaron las manifestaciones de placer al olerlo.

—¡Oh! Me recuerda al suyo, doña Francisca —dijo doña Ana María.

—Tiene muy buena nariz, mi querida amiga. Es una de las esencias que lleva.

—Muchísimas gracias en mi nombre y en el de mis compañeros —se adelantó Anievas—. Es un presente difícil de igualar.

—Fue un ofrecimiento y un reto por mi parte. Con haber contemplado sus expresiones ante los aromas, ya me siento correspondida.

—¿Es muy enconada la competencia entre perfumistas? —indagó el señor Crespo.

—En Manila somos pocos. Con los perfumes se gana dinero, y no son gente que necesite emigrar a un lugar tan lejano como este. La clave está en las fórmulas —replicó Francisca.

—La perfumería mueve mucho dinero en la adquisición de esencias y en la obtención de fórmulas, así que por estas se puede matar —resumió el teniente, mirando significativamente a Francisca.

—Es curioso que usted haga esa observación —intervino don Pedro —. Cuando ustedes llegaron a Manila, hace dos años, el taller de Francisca sufrió un asalto y le robaron la libreta de las fórmulas.

—¿Y no lo denunciaron? —preguntó Orellana.

—No merecía la pena —contestó Francisca—. En Manila son cuatro gatos los que pueden desarrollar mis perfumes, y lo sabría enseguida.

—Por la inconfundible estela de tus aromas, querida amiga —dijo doña Ana María.

Los invitados se levantaron y se movieron por el salón más distendidos. Se iniciaron diferentes conversaciones, y el señor Anievas y el señor Crespo se arrimaron a Francisca.

—Así que ha sufrido un asalto al taller, un robo y un intento de asesinarla. Ignoraba que fuera tan peligroso ser perfumista —ironizó el señor Crespo.

—¿Cómo es que no le ha puesto vigilancia su padre? —inquirió el señor Anievas.

—Porque sé quién es mi enemigo: mi hermanastro Miguel, hijo del primer matrimonio de mi padre con una filipina —reveló Francisca.

En unas breves pinceladas les contó los problemas que arrastraba con sus hermanastros y la posible participación de estos en la muerte de su marido, que había callado para evitarle un disgusto a su padre. Sin embargo, Miguel se estaba independizando del padre y temía que se avecinaba una guerra abierta.

—Mi doncella china, Fei, ha descubierto dónde se ubica el taller

clandestino que ha construido, y mi intención es volarlo mañana, de forma que parezca un accidente.

—Colijo que no puede denunciarlo… ¿por su padre o porque ocupa un puesto relevante en Manila? —indagó el señor Anievas, muy atinado en sus conjeturas.

—Por ambas cosas. Y porque el consulado anda revuelto. Cada cierto tiempo alguien agita el avispero de las rivalidades, y creo que Miguel está detrás. La ambición es una de sus «virtudes» —recalcó Francisca con sarcasmo—. Por otra parte, carezco de pruebas. He de resolverlo por mi cuenta y riesgo.

—Materiales, puede ser; pero no hace falta ser muy inteligente para unir los hechos. Demasiadas fatalidades en torno a su persona. ¿Qué gana él con su muerte?

—Además de satisfacer su odio, una fortuna. Vendí la compañía de mi marido, que codiciaba Miguel, a un comerciante portugués, y de la perfumería obtengo pingües beneficios. Lo que les estoy confiando es confidencial, y se lo cuento porque ustedes no están involucrados en la lucha comercial de la isla. Cualquier día la escuadra se marchará para no volver.

—No sabría explicarle por qué, pero cuente conmigo —se ofreció el señor Crespo—. Mi espíritu quijotesco acude en ayuda de una dama en apuros. ¿Mañana dice? ¿A plena luz del día?

—Por la noche cierran la ciudadela, y, por otro lado, ¿quién espera un ataque por el día? Si debe simular un accidente, es más creíble de día, un descuido del perfumista.

—Bien pensado. ¿Cómo quedamos?

—¡Eh, eh, teniente! —exclamó el señor Anievas—. No me excluya de la aventura. Se lo diremos luego al señor Mier, que anda enzarzado con el señor Orellana.

—Les estoy muy agradecida, a ustedes y a sus espíritus —bromeó Francisca, aliviada por el inesperado apoyo—. No es conveniente que nos vean juntos en Intramuros —reflexionó—. Pasado el revellín de la Puerta Real de Bagumbayan hay un establo con mucho trasiego, por lo que no despertarán las sospechas. Cuando las campanas toquen la hora prima.

En cuanto se despidieron de los invitados, Francisca se retiró para

descansar, aunque el sueño no le llegó de inmediato. En su cabeza bullía la acción de la mañana siguiente. No había nada que planificar. Era fácil que pareciera un accidente por un descuido cuando se trabajaba con líquidos inflamables. El reto residía en cuántas personas trabajaban en el taller. Fei no había podido acercarse sin que resultara sospechoso. Por lo tanto, habría mucho de improvisación, pero con la ayuda de los oficiales se sentía más segura.

Las aguardaban vestidos con ropa de faena, sin ningún distintivo militar. Subieron a la parte de atrás del carro, tras los saludos, y Fei condujo hacia la casa de doña Margarita. Por el camino, Francisca les explicó el plan.

—Es absurdo —dictaminó Anievas—. ¿A qué tanto cuidado si va a saber que usted está detrás?

—No es por él, sino por la justicia —aclaró Francisca—. No puedo dejar ninguna pista que me señale, aunque sea obvio.

En casa de doña Margarita, todos se cambiaron de ropa y salieron convertidos en un grupo de indígenas: se habían ensuciado el rostro con ceniza y las ropas les iban holgadas; el sombrero de nipa ayudaba mucho al disfraz. Francisca notó las curiosas miradas de los oficiales por la indumentaria de trabajadora china, pero ella no se arredró. Recorrieron el arrabal hacia las afueras, esquivando a la gente, a los carros y a las mulas; adquirieron a unos vendedores ambulantes unas cabras y cargaron con un azumbre de aguardiente, con el que empaparon las ropas para que olieran a taberna.

Miguel había construido el taller fuera de las miradas curiosas, lo que dificultaba acercarse sin llamar la atención. Husmearon por los alrededores del lugar para familiarizarse con él y descubrieron una granja con su gallinero y su huerto, pero no había nadie a la vista. Un riachuelo discurría cerca de aquella granja, y Mier señaló una canoa plana amarrada a la orilla, de esas que empleaban los lugareños para transportar los productos al mercado, por si hiciera falta para escapar. Cuando se cansaron de merodear, buscaron la sombra bajo un árbol lo suficientemente alejado desde el que se pudiera vigilar la entrada del taller y soltaron las cabras para que se movieran a su aire. Ellas se sentaron con el sombrero inclinado

sobre los ojos para que no pudieran percatarse de lo que las entretenía si alguien las observaba, los marinos se agacharon y examinaron el lugar y el señor Crespo se tumbó boca abajo y sacó un catalejo. De vez en cuando, cuchicheaban entre ellos.

—En el taller hay alguien —confirmó Francisca, aunque no habían visto a nadie—. Percibo los aromas de mis perfumes y vislumbro el vaho de los alambiques.

—Hay varias cuestiones: ¿cuántos? ¿Cómo vamos a acceder? ¿Cómo provocar el accidente?

—Han copiado mi taller, con las medidas de seguridad y una buena ventilación; aun así, nadie se libra de un descuido.

Francisca procedió a exponer el plan y los tres hombres lo aprobaron.

—Llegar el matón —anunció Fei.

Era un hombretón un poco desproporcionado y no tenía cara de inteligente, pero no había que menospreciar al enemigo. Permanecieron sentados, haraganeando. Crespo se levantó y se metió entre las cabras para dar más verisimilitud al disfraz.

—¡Eh! ¡Vosotros! —La voz venía de su espalda—. Coged a vuestras cabras y marchaos a otro sitio.

Francisca observó que el hombretón entró en el taller sin ocuparse de su compañero, que amonestaba a Crespo. A los demás tampoco les había pasado desapercibido. Anievas y Mier se acercaron a las cabras, como si fueran a ayudar a su amigo, pero rodearon al hombre. Antes de que alzara la voz pidiendo auxilio, expiró. Crespo le clavó el puñal en pleno corazón con la precisión de un cirujano.

—Llevar canoa —sugirió Fei—. Tirar cuerpo al río después.

—Buena idea. No deben quedar testigos si queremos que parezca un accidente —justificó Crespo. Los demás asintieron.

—Habrá que matar al otro —dijo Anievas.

Francisca no había contado con dejar un reguero de muertos, pero comprendía que tenían razón. Por los dos matones no lo sentía, pero lamentaría que muriera un inocente. Ella no estaba acostumbrada a los asuntos de la guerra.

Volvieron a ocupar las mismas posiciones que antes, menos Fei, que se escondió junto al sendero que conducía al riachuelo.

Al cabo de un rato, salió el hombretón con un cajón, que Francisca reconoció porque eran los que se empleaban para acomodar la mercancía en los barcos, y se sentó encima. Lo siguió un filipino, un perfumista de poca monta con el que había coincidido en alguna reunión de perfumeros. Ambos recorrieron el paraje con la vista en busca del compañero que faltaba. Charlaron un rato y el perfumista entró de nuevo. El hombretón se levantó y se encaminó en dirección a ellos, pero no se acercó tanto, y gritó si habían visto al amigo. Crespo, de pie entre las cabras, negó con la cabeza sin hacer amago de moverse. El hombretón se rascó la barbilla a la vez que miraba alrededor. Apartó a una cabra y se encaminó hacia el riachuelo. Anievas se incorporó para seguirlo cuando Fei abandonó su escondite tras un arbusto y le clavó un cuchillo por sorpresa. El hombretón no murió en el acto, y braceó como una mula. Fei se hizo a un lado con la agilidad de un lémur. El hombre se derrumbó y se revolcó hasta que llegó la inmovilidad. Francisca se aproximó fascinada y horrorizada a la vez.

—No acercar más —ordenó Fei—. Igual no muerto del todo.

Anievas, Mier y Crespo observaban el cuerpo inerte con expectación, mientras que a Francisca le admiraba la sangre fría de la china. ¿De qué estaba hecha esa gente? Jian era igual. Si no los conociera, habría pensado que carecían de sentimientos. Su código moral se circunscribía a la lealtad a los suyos y a la familia, y lo demás quedaba fuera de su consideración o piedad. Francisca se estremeció ante la impasibilidad de Fei. Le dio una patada al hombretón, lo agarró de los pies y tiró de él hacia el riachuelo. Mier se apresuró a ayudarla con uno de los pies.

—A la canoa —indicó Fei.

—Una doncella muy eficiente —reparó el señor Crespo—. Diría que no es la primera vez que lo hace.

—Ella y su familia han formado parte de un guerrilla que se opone al poder de los manchúes. Actualmente, son una secta. El Gobierno chino ha puesto precio a la cabeza de Fei, y está aquí exiliada.

—Desde que la conozco, me lleva usted de sorpresa en sorpresa. Le sientan muy bien esas ropas de indígena. —Francisca se sonrió ante el comentario admirativo—. Ahora nos toca a nosotros: Anievas

y Mier entretienen al perfumista y usted y yo vamos por detrás. La ayudaré a encaramarse hasta la abertura.

A Francisca se le aceleró el pulso. Crespo, Fei y Francisca rodearon la construcción mientras los demás aguardaban escondidos entre la maleza el aviso de Fei. Se acercó por la parte de atrás, y Crespo puso las manos a modo de escalón y por un solo pie la alzó, como si no pesara, para asomarse al espacio que había libre entre la pared y el techo para que entrara el aire en la estancia. El filipino estaba solo y le daba la espalda en ese momento. El fuego en el que hervían los alambiques iluminaba la estancia. Le asombró el tamaño de estos; sin duda, a Miguel le corría prisa fabricar la mayor cantidad de litros para la siguiente nao. Su avaricia no conocía límites.

Movió la mano para que la bajara.

—Sólo está el perfumista. Miguel está muy seguro de sí mismo.

Fei se marchó para avisar al resto. Francisca se agachó junto al señor Crespo. A pesar de ser delgado era muy fuerte para haberla mantenido arriba. Se puso nerviosa con la proximidad y se sintió incapaz de mirarlo de frente tan cerca, por lo que miró el suelo mientras él le preguntaba.

—¿Podrá hacerlo?

—Sí. Hay una mesa al otro lado que me servirá para salvar la altura. Ni siquiera tendré que bajar al suelo. Debo ser rápida. En cuanto salga, debemos correr lo más lejos y lo más rápido posible.

—Sé lo que hay en juego. Soy artillero —le recordó.

Fei regresó y dio la señal. Anievas y Mier habían conseguido sacar al perfumista del taller con una estratagema sobre las cabras. Se pusieron de pie y repitieron la acción, aunque en esa ocasión, Francisca se subió a los hombros del teniente. Pasó una pierna por el hueco, y luego la otra. No había mucha altura hasta la mesa en la que realizaba las pruebas con las redomas, por lo que podría salir de nuevo por ahí con facilidad. No bajó de la mesa, y desde allí mismo esparció el contenido de las redomas por el suelo, y la última la estrelló contra el fuego encendido. Sin detenerse a mirar lo que ocurría, levantó la pierna todo lo que pudo y se aupó con los brazos, pasó por el espacio abierto debajo del techo y tanteó con los pies en busca de los hombros del teniente. Unas manos tiraron de ella, y

cayó en sus brazos. En cuanto tocó el suelo, corrieron a ponerse a salvo hacia el riachuelo. Oyeron los gritos a su espalda, pero siguieron adelante. Habían quedado en reunirse en la canoa. Las volutas de humo se alzaron al cielo. Notaron movimiento en el camino. Como era de esperar, los campesinos, que se hallaban en los campos cercanos, se alarmaron y corrieron hacia el lugar del fuego para ayudar. Francisca se mojó los pies y se subió a la canoa junto a Fei. Los hombres empujaron la embarcación y, en cuanto montaron, se hicieron con los remos y se alejaron de la orilla empleándolos como pértigas. Luego se sentaron y remaron a favor de la corriente.

—Llegar a la curva —señaló Fei delante—. Acudir al río a por agua para apagar fuego.

Los oficiales entendieron el conciso mensaje y remaron con brío para alcanzar la invisibilidad. El riachuelo formaba parte de una amplia red de corrientes que recorrían los arrabales para facilitar la inundación de los arrozales, el riego de las huertas y el desplazamiento de la población. Desembocaron en otro canal más concurrido y Fei tapó los cadáveres con una estera de paja. Durante un buen rato, siguieron a un ritmo más pausado para no llamar la atención. Francisca se orientaba bien y era consciente de que estaban rodeando Manila por los canales, hasta que llegaron al majestuoso Pasig, sobre cuyas lodosas aguas reverberaba el sol del mediodía.

—Hay demasiados ojos. ¿Cómo lo haremos? —preguntó, preocupada, Francisca.

—Nosotros no. Llegar a Binondo. Amo Zhou ocupar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Anievas.

—Otros harán el trabajo sucio. No se preocupen, Fei lo tenía planeado —aseguró Francisca.

¿Cómo podía ser tan estúpida de pensar que Fei no informaría a su amo?, pensó Francisca. Se dejó llevar por lo inevitable y abarloaron la barca a otra, en la que esperaban los sangleyes de confianza de Jian. Dos hombres ocuparon sus puestos, y a ellos los acercaron al muelle de Binondo, donde los aguardaba una calesa tirada por una mula. Crespo la ayudó a subir y se sentó junto a ella. Francisca

sentía el calor del cuerpo del teniente de tan apretujados como iban. Intentó mirarlo con disimulo, pero se tropezó con los ojos acuosos y celestes del teniente, que le sonrieron con picardía. Francisca dedujo que era tan consciente de esa cercanía como ella. No pudo evitarlo y le devolvió la sonrisa. Fei arreó al animal e iniciaron el recorrido por tierra a la inversa, hasta la casa de doña Margarita, para asearse, recuperar la ropa y regresar a casa.

—Lo que lamento es haber tenido que abandonar las cabras —se quejó Mier, durante el traqueteo del trayecto. Las lluvias destrozaban los caminos por más que el gobernador se esforzara en mantenerlos transitables.

Jian Zhou levantó la cabeza de la pieza en la que estaba trabajando para descansar. Estaba satisfecho del fruto de sus desvelos: había conseguido, con guante de seda, ganarse la voluntad de uno de los trabajadores más cercanos a Miguel. A pesar de ser familia, había una grieta en la relación. Al parecer, Miguel se había erigido en patriarca de la familia de su madre y, bajo el pretexto de la sangre, abusaba del trabajo y de la obediente disposición de sus allegados. Esa actitud siempre originaba descontentos y roces. Miguel no cuidaba los detalles como lo hacía Jian. Los colaboradores más cercanos y valiosos requerían atención, bien lo sabía él, que navegaba entre la cultura china y la tagala, completamente diferentes y cada una con sus aristas, aunque a la hora de la verdad imperaban el dinero y el poder.

El espía le había descrito la falsificación que había interceptado Miguel. Provenía de un hombre de la escuadra de Cavite, no de un marinero cualquiera, sino de un piloto, aunque no vistiera el uniforme. Según ese hombre, la había adquirido en Cádiz, y buscaba hacer negocio con un orfebre predispuesto a la ilegalidad.

Jian se temía, por la inusitada aparición de un orfebre de la familia Ronzal —el apellido de la madre de Miguel— en su almacén, que había detectado su estilo o la forma de trabajo, y había venido a investigar más a fondo. Los orfebres eran como los artistas: cada uno dejaba su impronta en el trabajo, algo sutil que lo delataba ante

un conocedor del oficio. Por si quedara alguna duda, la libreta con los diseños, que le había sido robada a Francisca junto con la que contenía las recetas de sus perfumes, reafirmaría las sospechas que Miguel tenía de él. Su corazón, que rara vez se alteraba, se había acelerado: corrían peligro, tanto Francisca como él, si le ofrecían esa magnífica ocasión de chantaje a Miguel.

La única forma de protegerse había sido realizar una joya idéntica a la falsa, que había reconocido al instante en cuanto se la habían descrito, pues guardaba los dibujos de lo que diseñaba con notas añadidas de los problemas que había afrontado en su ejecución. Era muy meticuloso: nunca se sabía cuándo haría falta repetir el diseño, como había llegado el caso. Después de meditarlo, había decidido que lo mejor era aparecer como víctima de un desalmado copista y falsificador. Pero no de una forma directa: en la sutilidad se encontraba el triunfo del engaño. Sería la propia Francisca la que luciera la joya buena. Incluso se le había ocurrido una historia para acompañar la estratagema.

La había realizado en su taller clandestino, pues parte del éxito residía en que ninguno de sus empleados reconociera ese diseño específico, porque siempre había alguien que se iba de la lengua, consciente o inconscientemente. Por otra parte, había llevado al taller el resto de los diseños para que sus empleados los reprodujeran con auténticos materiales, para reforzar la idea de que había sido víctima de un copista.

19

El estrecho de San Bernardino, abril-junio de 1799

Melchor estaba de enhorabuena. El jefe de escuadra había cambiado de nave capitana y ahora, en lo alto del palo mayor del Montañés, ondeaba el gallardete de Álava. Se hallaban en el temido estrecho de san Bernardino de nuevo, aguardando a la nao que llegaba de Acapulco. Álava había optado por trasladarse al navío más moderno y más fuerte, como venía demostrando en las pequeñas salidas. La vida del Europa, vapuleado por tantas tormentas, tocaba a su fin. Como si de un viejo se tratase, sus cuadernas se resentían de la edad y hacía agua con frecuencia. El calafateo y las reparaciones eran constantes, y la fiabilidad en su resistencia en una navegación transoceánica había sido puesta en duda. De hecho, si recibían la orden de regresar a Cádiz, probablemente, la nao Europa se quedaría en las islas.

Ese cambio había significado que Mier había pasado a ser el piloto mayor, de cuyas decisiones y mediciones dependía el resto de la escuadra. Melchor estaba orgulloso de los triunfos de sus amigos, pues, desde la incursión en el arrabal y la quema del taller, habían dejado de ser meros compañeros y socios. Le había sorprendido que, sin dudarlo, Anievas y Mier se hubieran adherido a la aventura de ayudar a Francisca porque habían notado que a Melchor le importaba la mujer lo suficiente como para asumir el riesgo.

De una forma sutil, su vida iba entretejiendo un hilo de bramante que lo ataba al destino de ella. No lo había apreciado hasta que sus amigos repararon en ello, y se había asustado porque intuía que no sería un romance más. Sus brazos recordaban el peso y la forma del cuerpo que, durante breves segundos, había abrazado para detener su caída desde la abertura del taller incendiado y guardaba en la memoria el calor de su cuerpo durante el trayecto a la casa de doña

Margarita.

Por suerte para Melchor, la capacidad de trabajo de Álava los tenía muy ocupados, y disponían de poco tiempo libre: llevaban adelante los estudios sobre navegación en las islas, habían mejorado las defensas de Manila, habían reconstruido y organizado el apostadero de Cavite, habían levantado los tinglados y almacenes para proveer no sólo a la escuadra, sino también a los buques comerciales transoceánicos, se redactaban ordenanzas para mejorar la burocracia y la asistencia. Álava se había revelado como un gestor nato, un mérito más en su carrera de militar.

Por primera vez, disfrutaron de un tiempo bonancible en el estrecho que tantas penurias había significado para ellos. Fuera del estrecho se encontraban los dos océanos con corrientes opuestas y vientos inclementes. La bondad del clima animó a Álava a cartografiar las islas y a realizar un estudio detallado de aquella zona mientras esperaban a la nao.

Al teniente Anievas le correspondió el mando de un bote, con seis remeros y el indio Juan de asistente, mientras que Melchor comandaba la lancha, en la que habían montado una culebrina en la proa, y le asignaron otros seis remeros y tres artilleros, además de la asistencia del pilotín Terán. Ambos tenientes se dirigieron a las islas con la misma misión: sondear la profundidad en varios puntos, tomar nota de las corrientes y de la densidad del agua, cartografiar tanto las islas como los islotes para favorecer el paso de los grandes buques, así como descubrir las afiladas rocas sumergidas a una profundidad que pudieran perforar una nave.

Ese día se acercaron a las dos islas más grandes frente a la costa de Luzón. Aunque eran de origen volcánico, había una parte de origen coralino, cuyos arrecifes creaban enormes lagunas interiores. Melchor y Anievas desembarcaron para cerciorarse de que carecían de manantiales o de algún otro recurso interesante y decidieron rodear la isla cada uno en una dirección para terminar antes.

La mente de Melchor se distrajo mientras oía a Terán cantar las brazas y a sus remeros hablar de mujeres. Si antes le costaba quitarse de la mente a Francisca, desde el día en que les entregó el perfume, la enfermedad se había agudizado, porque para él esa

atadura mental era una dolencia. Había reparado en que le había reservado la esencia más exquisita. Había consultado con el boticario del convento en el que se quedaban a dormir y este le había explicado que se trataba de una esencia rara y cara que empleaban los árabes para seducir, como una especie de afrodisíaco. Y debía de serlo, porque lo había trastornado completamente. Doña Ana María había desvelado en la cena que el perfume de Francisca lo contenía, así que por esa razón se sentía atraído. No hallaba otra explicación a su estado. No obstante, por más argumentos peregrinos que inventaba, no conseguía convencerse, y temía haber caído bajo la flecha del pérfido Cupido.

Por si no hubiera sido suficiente, la incursión en el Bagumbayan le había revelado una mujer llena de recursos y con muy pocos reparos a romper con las conveniencias sociales. Era frágil, flexible, resistente y decidida, llena de contradicciones. Y luego estaba Fei, la china guerrillera exiliada. ¿Quién contrataba a una mujer así como doncella? Inconcebible entre las mujeres que había conocido. Sin embargo, ese detalle aumentaba el atractivo de la viuda de Puig para su perdición.

Andaba en estas cavilaciones cuando doblaron el extremo de la isla para introducirse en el canal, que separaba la isla de la tierra de Luzón, y se tropezaron con un espeluznante espectáculo: el ataque de los piratas a una pequeña población, alejada de la costa a juzgar por el humo negro que se alzaba en el interior. De la playa, a golpe de remo, salían varias canoas indígenas cargadas de prisioneros en dirección a un junco que los aguadaba en mar abierto.

—¡A las armas! —ordenó Melchor. Uno de los artilleros encendió la tea mientras los otros artilleros preparaban la culebrina. El llanto de las mujeres y de los niños llenaba los oídos de los salvadores.

El primer disparo salpicó de agua la proa de una de las canoas. Se trataba de una advertencia, pero los moros, confiados en que los prisioneros sirvieran como escudo, siguieron remando. La distancia con las canoas que se adentraban en el mar disminuía. Melchor se hizo con la culebrina y apuntó al que arengaba a los que remaban, que estaba más alto que el resto, y le voló la cabeza. El desconcierto entre los moros se originó cuando, por el otro extremo del canal,

asomó el bote de Anievas. Debieron de pensar que llegaban más y que se hallaban en una situación comprometida, y, ante los ojos de Melchor se desarrolló el drama final. Sin ningún tipo de piedad, empujaron al agua a los prisioneros atados, que se sumergieron entre gritos de terror.

—¡Remad! ¡Hay que salvar a esos desgraciados! —oyó el gritó de Anievas. La orden no había sido necesaria: los marineros, tanto de la lancha como los del bote, habían comprendido lo apurado de la situación.

Melchor se concentró en el tiro y la culebrina escupió la bala, que cayó delante de una de las canoas. La explosión y las salpicaduras del agua desestabilizaron la canoa, pero no lograron volcarla. Los moros no se arredraron y siguieron con su cruel escabechina. Una vez liberadas las canoas, estas se cruzaron con la lancha, y los artilleros, más curtidos en esas lides, dispararon con los fusiles y derribaron a dos piratas, que fueron echados al mar con la misma inclemencia que a los prisioneros. Melchor, en cuanto cobraron distancia, disparó de nuevo y dio de lleno a una de las canoas. Consciente de lo absurdo de seguirlos, pues se hallaban cerca del junco, que estaría mejor artillado que ellos, se giró para ayudar a los indígenas. Terán había echado las vejigas llenas de aire con la soga de sondeo para que pudieran agarrarse los presos como pudieran. Los que sabían nadar se mantenían a flote de espaldas, pero otros se ahogaban irremediablemente. Melchor, en medio del caos, llegó a contemplar el rostro sereno de una mujer con un niño en brazos mientras se hundía sin remedio, una imagen que nunca olvidaría: la reconciliación con el destino.

El junco recogió a los huidos e izó velas sin lanzar un disparo. Apurado en rescatar a aquellas pobres almas, Melchor no pensó en el peligro al que se había expuesto. Algunos marineros se echaron al agua con los cuchillos y fueron cortando las ligaduras de los presos. A los botes sólo subieron a los niños y a una mujer embarazada; los demás se agarraron a los cabos que tiraron sobre la regala y los remolcaron hasta la playa. Melchor puso a dos artilleros al cuidado de la culebrina y de la vigilancia por si el junco volviera. El bote de Anievas varó en la playa y, tras dejar dos marineros de guardia, se

bajaron para echar una mano a la gente de Melchor.

—¿Ha visto quién estaba en el junco? —inquirió Anievas, furioso.

—No. Confieso que descuidé el junco ocupado en disparar a las canoas.

—El señor Calderón, el desertor. Se ha unido a los piratas moros.

—¡Maldito sea! —blasfemó Melchor. Pero la realidad acuciaba—. Creo que deberíamos acercarnos a la aldea, señor —propuso—, antes de retirarnos.

—¿Teme que haya más piratas? —planteó Anievas, indeciso—. No contamos con medios para hacerles frente.

Melchor meneó la cabeza para expresar su duda y contestó.

—Si ha quedado alguno, nos tendrá más miedo a nosotros.

—Atienda a esta gente en lo que pueda; yo me interno con ocho hombres —decidió Anievas.

Se armaron los ocho hombres y se adentraron en la selva detrás del teniente. Melchor poco más podía hacer por aquella gente, cansada, desolada y apenada por los familiares perdidos, que, sentada sobre la arena, recuperaba las fuerzas para volver al poblado. Con el indígena Juan como traductor, trató de averiguar cómo se había desarrollado la tragedia.

—La historia de siempre, señor —relató Juan, después de hablar con varios de ellos—. El junco arribó fuera de su vista y los piratas se desplazaron por la selva. Los cogieron desprevenidos, pues no suelen llegar tan lejos. Esto está muy fuera de la ruta de los moros, junto al Pacífico, lejos del mar de Joló, y donde hay mayor tránsito de barcos españoles. Para ellos son aguas peligrosas. Han matado a los viejos, a los enfermos y a los hombres que han intentado defender la aldea. A los demás los habían hecho prisioneros para venderlos en los mercados de Macasar.

Anievas no tardó en regresar con la ratificación del relato.

—Hay muertos por todas partes y han quemado las casas. Ha sido una violencia innecesaria.

—Es así como actúan, señor —confirmó el aprendiz de piloto.

—Debemos irnos. En el Montañés se pondrán nerviosos si nos demoramos. Habría que decirles que entierren a los muertos antes de que se acerquen las alimañas. De momento, el fuego las ha

mantenido alejadas.

Juan se ocupó de hablar con algunos de los indígenas, y, mientras empujaban los botes para introducirlos en el agua, Melchor comprobó que los más jóvenes se iban levantando a las voces de los que parecían tener el mando y se encaminaban hacia los restos de la aldea.

Dieron por terminado el trabajo y remaron al encuentro del navío para dar parte de lo acaecido. Los moros se estaban envalentonando e iban cada vez más lejos, aunque, en esa ocasión, ignoraba si la presencia de Calderón, como piloto, habría tenido algo que ver. Los moros de Joló siempre habían sido un problema, les contó Juan, pero con la construcción de presidios en los puntos clave y con las pequeñas flotas sutiles, que vigilaban las costas, los filipinos habían conseguido hacerles frente y los esclavistas habían dirigido la búsqueda a otras tierras, como Guinea.

Álava recibió la noticia con el ceño fruncido e indicó que hablaría con el gobernador para que proclamara la busca y captura de Calderón, pero no duró mucho la preocupación, pues el vigía de la cofa anunció velas en el horizonte, por el este. Al cabo de una hora, obtuvieron la confirmación de que se trataba de la nao de Acapulco, escoltada por Nuestra Señora del Pilar. Anievas ordenó izar la lancha y el bote y acomodarlos en el combés. El navío se sacudió la modorra de la espera e inició la navegación de vuelta a Cavite.

A Melchor no le cabía la alegría en el cuerpo. Hasta que no tuvo a la fragata Nuestra Señora del Pilar delante de las narices, se mostró precavido, temeroso de echar las campanas al vuelo antes de tiempo; sin embargo, era una realidad, allí estaba, navegando con la majestuosidad de una reina, a barlovento del Magallanes.

Se le unieron Mier y Anievas. Este inició la conversación.

—Debo felicitarle, señor Crespo: su fama como artillero es bien merecida.

—Sin embargo, siento que no he hecho lo suficiente. ¡Pobres gentes! —lamentó Melchor, todavía afectado por aquel rostro de serenidad ante la muerte inevitable mientras se sumergía—. Esto ha sido muy diferente a disparar en una batalla.

—Al Magallanes le cuesta avanzar; va muy hundido —evaluó

Anievas, tras un rato de observación.

—Es milagroso que esas naos consigan cruzar el Pacífico —redundó Melchor.

—¿Se dan cuenta, señores, de que es la tercera nao que llega de Acapulco en los tres años que estamos en las islas y de que ninguna ha conseguido realizar el tornaviaje? —comentó Mier a su lado—. Vienen en un estado lamentable, sometidas a sobrepeso. El San Andrés no soportó el huracán y el Rey Carlos todavía está reparándose. Veremos en qué condiciones arriba la nao Magallanes y si podrá realizar el tornaviaje.

—Discrepo con usted, señor Mier —dijo Melchor—. Nuestra fragata ha ido y venido, que es la que nos interesa a los presentes.

Como niños ante un dulce, se sonrieron felices. Si las ventas se habían producido sin inconvenientes, Nuestra Señora del Pilar cargaba con los réditos que pronto les serían satisfechos.

Los tres, pensativos, contemplaban la lenta navegación de las dos fragatas. Melchor se estremeció al recordar que aquel era el cordón umbilical que unía Manila a la civilización, un cordón muy frágil y en manos de una inestable meteorología.

La pesadez de la nao Magallanes se acentuó cuando abandonó el mar libre y embocó el estrecho entre Luzón y Samar. La dificultad de maniobrar entre el laberinto de islas suponía un reto para el piloto, y despertó la admiración de Mier. Tardaron cinco días en avistar el cabo del Espíritu Santo. El Montañés se adelantó, rebasó la isla del Corregidor y entró en Cavite. Álava tenía prisa en repasar la información recogida por sus hombres en el estrecho de San Bernardino. En cuanto la nao de Acapulco asomó en la bahía, los cañones de los baluartes la recibieron con salvas y las campanas repicaron. La llegada del Magallanes significaba días de alegría y de prosperidad para la ciudad.

20

Manila, junio de 1799

Francisca se alegraba por su padre de que la nao de Acapulco hubiera arribado sin novedad. Tras el descalabro del San Andrés, los caudales recién llegados suponían una tregua a la economía. Una vez liquidada la parte de Miguel, la escisión entre padre e hijo no se hizo esperar. Don Pedro no podía soportar la felonía de su hijo, y deseaba cortar una relación que les perjudicaba a Esteban y a él. Francisca había recomendado a su padre que no le participara sus planes ni dejara entrever que había descubierto el juego de Miguel, y don Pedro así lo había hecho. A Miguel le cogió desprevenido que don Pedro lo apartara de forma tan perentoria del negocio familiar.

—Comprendo que desees independizarte. Yo, a tu edad y con familia, también lo habría deseado. —Don Pedro lo expuso como si la iniciativa hubiera partido de Miguel, tomando como referencia que dispusiera de derecho a carga con independencia de la Casa de Muñoz—. He escrito a Esteban y se lo he participado. Esto no quiere decir que Esteban no pueda ser el suministrador de los dos, aunque me ha parecido entender que tienes tu propio suministrador, pues Esteban no me ha comunicado nada sobre que hubieras realizado encargos personales.

—Eeeh… Sí, así ha sido, pero no me he entendido tan bien como confiaba —replicó Miguel, sorprendido de la buena memoria del viejo —. Si no le importa, escribiré a Esteban.

—Claro, claro. Al final, no hay nada como contar con la familia, mucho más fiable. —A Miguel no le alcanzó la ironía que implicaban las palabras de su padre.

El siguiente encuentro entre padre e hijo tuvo lugar en el consulado, cuando los consignatarios empezaron a rendir cuentas de los resultados de la feria de Acapulco. Francisca, a petición de su

padre, lo acompañó. Don Pedro había perdido el apoyo de su hijo y se sentía vulnerable. Como todos los hombres, anteponían sus necesidades a las de las mujeres. Las vulnerables eran Francisca y su madre, eran ellas las que necesitaban el apoyo de don Pedro; sin embargo, Francisca presentía que tendría que ser ella quien cogiera las riendas del negocio en breve, pues el declive de su padre corría parejo a su estado de ánimo. La traición no la había digerido correctamente, no había despertado al otrora luchador; por el contrario, lo había achantado, envejecido prematuramente.

En el consulado se les unieron José Cabrero, amigo en la vida y compañero en el consulado, al que acompañaba su hijo Marcos, y Gaspar Quiralte, el oidor de la Audiencia. Si no había un nuevo engaño, Francisca los consideraba amigos fieles de su padre. En el salón principal, como era habitual, habían dispuesto varios pupitres para los consignatarios, flanqueados por un escribano y un notario, los cuales daban fe de las transacciones efectuadas y de los pagos. Junto a uno de los consignatarios se encontraba el señor Orellana, como agente de su casa.

Francisca se abanicaba con garbo. La gente congregada, a la espera de que los nombraran para que los informaran de sus asuntos, generaba demasiado calor. Cuando llamaron a la Casa de Muñoz, su padre y Miguel se adelantaron hacia el pupitre de su consignatario. Los asuntos burocráticos llevaban tiempo, y aprovechó para salir al patio a respirar.

—Buenos días, señora —saludó don Agustín Monterroso—. Estamos de enhorabuena tras el funesto descalabro del San Andrés.

—Estarán ustedes, pues le recuerdo que no me permitió participar en el reparto de boletos. Además, la carga del Magallanes había sido apalabrada antes de que yo regresara de Cantón. La nao zarpó en enero de 1797 y yo llegué en diciembre del año anterior.

—Al mismo tiempo que la escuadra, si no recuerdo mal. —La desabrida acusación no parecía haberle afectado a don Agustín—. Entiendo que esté usted resentida, pero, en ocasiones, hay circunstancias que se imponen a nuestros deseos.

—Según cómo se mire. Yo lo veo como pusilánimes que permiten que las circunstancias los dobleguen. Así es como consiguen los

tiranos lo que quieren. Dígame, ¿qué desea mi hermano con tanto empeño?

—El priorato del consulado. Reúne todos los requisitos y está a punto de conseguir el caudal necesario.

—Se le ha olvidado citar los apoyos obtenidos mediante el chantaje. ¿Con qué lo ha amenazado a usted?

Francisca notó la tensión en el rostro de don Agustín. No le había gustado que le recordasen su debilidad. Pero era un hombre de temple y no permitió que fuera más allá; por el contrario, continuó con una calma sorprendente para alguien que acababa de ser insultado.

—Desde el día que me crucé con usted, mi percepción sobre su carácter no ha variado. Es una mujer con redaños, inteligente, luchadora, como a mí me agradan las hembras. Esta tierra es dura, esculpida en las rocas de los volcanes, y exige lo mismo de sus moradores. Juntos podríamos derrocar a Miguel y a cuantos se pongan por delante. Seríamos la mejor alianza que podría usted soñar. ¿No la tiento un poco, al menos?

—¿Se ha preguntado, siendo yo la hermana de Miguel, por qué este no ha contado nunca conmigo?

Don Agustín esbozó una mueca de medio lado antes de responder.

—Miguel las odia, a usted y a su madre, y eso no le permite pensar con claridad, por suerte para mí. Las pasiones no son buenas compañeras cuando se aspira al poder. Yo la respeto y la admiro; la diferencia es sustancial.

—Se equivoca. Le concedo la premisa del odio, pero no olvide que dos mujeres le han hecho frente con la fortaleza de esas rocas que ha mencionado. Me ha agradado su metáfora. De otra forma, hubiéramos sido maleables en sus manos y nos habría borrado de su existencia. Y es ahí donde yerra de nuevo, don Agustín: dos rocas no pueden convivir, ambas aspiran a dominar. Usted, a pesar de sus halagos, me ve como mujer, frágil ante la ley, como lo soy realmente, excepto si me mantengo viuda.

—¡Cuidado, señora! No me infravalore. El que le haya mostrado mi pensamiento no quiere decir que carezca de alternativas. Y, como muy bien ha dicho, es usted mujer ante la ley y ante la Iglesia,

cualquiera que sea su estado. En unos meses cambiará mucho esta ciudad: se renuevan cargos. Le doy de plazo hasta principios de año para que lo considere. Vaya usted con Dios.

Don Agustín no aguardó la réplica y se retiró al interior con paso firme. Francisca no era tan obtusa como para no comprender la razón que lo asistía. Le dejaba un margen para decidir, pero sus planes no iban en la dirección que deseaba don Agustín. Había revelado que tanto su persona como su fortuna eran importantes para derrocar a Miguel; se había convertido en una herramienta para sus pretensiones. La cuestión era: ¿cómo iba a disponer de ella misma para conseguir sus propias aspiraciones?

Abstraída en sus pensamientos, no se percató de la cercanía de Miguel, que cruzaba el patio en ese instante, hasta que se plantó delante de ella. Francisca apretó los dientes y recordó que se hallaba a salvo en el consulado. Con furia en los ojos, Miguel bajó la voz para amenazarla.

—Sé que estás detrás del accidente de mi taller. No te molestes en negarlo, zorra. Ya no necesito a mi padre ni a nadie. Os borraré de Manila y tú quedarás para servir de barragana en un burdel. ¡Ah! Ni sueñes que te vayas a casar, y, si lo hicieras a escondidas, te durará poco, como Severino. —Sonrió satisfecho y se retiró sin dejar de mirarla con desprecio.

Francisca se mantuvo inmutable, como si no fuera con ella, hasta que el mestizo abandonó el patio. Soltó el aire contenido y notó que las piernas le flaqueaban. Su padre tampoco significaba nada para él, y también corría peligro. Miguel carecía de moralidad.

Don Pedro y los Cabrero la sacaron de su abstracción. Entraron en el patio como heraldos, pero, en lugar de trompetas, los precedieron sus alegres voces. Se repuso de la impresión para recibirlos.

—Déjenme adivinar: han obtenido mayor beneficio del esperado.

—Los mercados americanos han acusado la falta de naos desde Manila y nos ha favorecido la carestía de algunos productos —explicó don José con una gran sonrisa—. No todo va a ser pulgas para el perro flaco.

—Hay más —apuntó su padre—. En vista de los cambios que está sufriendo la Casa de Muñoz, hemos decidido unirnos, y adaptaremos

las inversiones y las mercaderías a las nuevas expectativas. El consulado parece el patio de un convento, entre rencillas, disputas y prohibiciones, y el nombre de Miguel ya se pronuncia en susurros como nuevo prior, cuando se renueven los cargos a principios de año. Alguien ha movido la piedra y ya se está moliendo el trigo.

—¡Ay, padre! ¡Cuánto lo lamento por usted!

Por lo visto, don Agustín no le había adelantado nada que no corriera de boca en boca, pero él había hablado en plural, de lo que se deducía que habría más sorpresas, y no favorables, para los Muñoz.

—Si no fuera por vosotras, que sois mi mayor preocupación, yo me retiraría ahora mismo; no estoy en edad de emprender. La idea de don José de unir fuerzas resulta atractiva. Ya conoces a sus hijos —Marcos inclinó la cabeza en una ligera venia—: son trabajadores y buenos comerciantes.

Sí, por supuesto que los conocía; los llamaban los evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juana, la benjamina. Eran buena gente, y esa circunstancia los invalidaba para mantener un pulso con Miguel. Recordó que Marcos era viudo, como ella, y tembló ante la idea de que aquellos dos patricios hubieran ideado un enlace. Evitó mirarlo para no revelar que entendía a dónde quería llegar la unión. Su padre no cerraría ningún acuerdo sin tener en cuenta la opinión de ella, pero eso no excluía que cada cual tejiera sus pretensiones. La alianza era un proyecto todavía. El tiempo era la clave, pero tiempo ¿para qué? Jian Zhou ambicionaba borrar a Miguel de Manila, pero se lo tomaba con calma asiática. No obstante, ese tiempo, en el que todos tejían sus telas de araña, corría y ella no había trazado ningún plan; no podía dejar su futuro en manos de otros.

—Me parece muy buena idea, padre. Me complace verle tan alegre.

—Los nuevos horizontes traen energía renovada —sentenció don José, tan contento como su padre.

¿Y quién no? Unos meses atrás, la alianza no habría sido factible para la Casa de Muñoz, mucho más rentable que la empresa de los Cabrero, más modesta. Así que don José se hacía cruces ante la buena suerte. Francisca no era quién para hundir las esperanzas de

su padre, y menos cuando ella lo enfocaba de manera egoísta. No debía olvidar que su padre también velaba por su esposa.

—Fijemos un día de la próxima semana para cenar las dos familias en mi casa. He de avisar a Lisarda si no quiero que me expulse de casa. —Sonrió ante su broma.

—Perfecto. Así podremos, con los chicos presentes, trazar las directrices, y nos cuentas esas ideas sobre nuevas inversiones.

Así quedaron, y se despidieron. Era cosa hecha a juicio de Francisca, si no le llegaban a Miguel rumores y trataba de desbaratar el objetivo de don Pedro. Don José no era tonto, y sería discreto por la cuenta que le traía.

La semana transcurrió en un suspiro. Los sampanes chinos arribaban con mercancías ante el anuncio del regreso de la fragata Magallanes a Acapulco. La travesía de la nao había sido plácida y no habían sufrido ni el casco ni el aparejo, así que en un par de meses se haría de nuevo a la mar. La actividad llenaba los arrabales antes de que cayeran las lluvias y lo anegaran todo. Los comerciantes se apresuraban a llenar sus almacenes y a realizar tratos con los agentes novohispanos destacados en Manila.

—Gracias, Fei. Puedes recoger y retirarte. Te necesitarán en la cocina.

Francisca se había vestido para recibir a los nuevos socios de su padre. Le intrigaba la opinión de los vástagos de don José sobre la futura colaboración. Al igual que ella, eran hijos de españoles, aunque su madre había fallecido hacía años.

Se levantó y abandonó la estancia para no estorbar a Fei. Se había iluminado el salón con velas de cera, como si fuera una fiesta. Su madre había vestido la mesa con las mejores galas: mantel de lino bordado, la porcelana más exquisita, el cristal de Nagasaki y los cubiertos con mangos de marfil indio. Una espectacular fuente de plata de Potosí, llena de orquídeas, crisantemos y jazmines, adornaba el centro.

Oyó voces abajo; los invitados llegaban. Sus padres salieron de sus aposentos a recibirlos justo cuando entraba don José.

—Bienvenido. —Se estrecharon las manos los dos amigos.

—Mi hijo Mateo y su esposa, Blanca; Marcos, Lucas y Juanita.

Francisca se fijó en Marcos, el viudo, al que estimó el mejor candidato para el matrimonio, ya que Lucas era demasiado joven para ella. Había decidido darle una oportunidad antes de rechazarlo, aunque le resultaba imposible evitar la comparación con el teniente Crespo. Como era habitual, al principio era complicado iniciar la conversación. Se observaban cohibidos y escuchaban en silencio las banalidades que cruzaban los mayores, sobre el tiempo y las lluvias. No abordaron una conversación interesante hasta que se sentaron y se sirvió el primer plato. Fue Mateo, el más impaciente, el que abrió el fuego.

—¿Han decidido si participaremos conjuntamente en la carga del Magallanes?

—He pensado ya en ello —replicó don Pedro—, y me parecería una estupidez que perdiéramos capacidad de carga al unificarnos. Como una compañía, veríamos reducido el espacio. La unificación debería ser financiera, en compraventa y beneficios, pero no nominal.

—Para no hacernos la competencia —puntualizó Marcos—, deberíamos ponernos de acuerdo para diversificar las compras.

—Por supuesto —confirmó don Pedro—. Pero voy más lejos. Unas mercancías se venden más caras que otras. Mi propuesta es que la ganancia obtenida de la carga de cada compañía sea dividida a partes iguales, independientemente de cuál haya sido la compañía que lo haya gestionado.

—¿Lo permitirá el consulado? —planteó Mateo, el más renuente.

—Por normativa sí, pero no os voy a engañar —se sinceró don Pedro—: tendremos un enemigo que posiblemente ocupe el cargo de prior en el consulado.

—Nos lo ha contado nuestro padre —se apresuró a contestar Marcos, quien, a pesar de los esfuerzos que hacía, sus ojos terminaban posados en Francisca.

—Don Pedro y yo hemos analizado esa cuestión —intervino don José— y creemos que el comercio transatlántico va a cambiar. El consulado está anclado en el pasado, y debemos mirar al futuro. En el Caribe se comercia de espaldas a la Península con ingleses, franceses y holandeses. Se hace la vista gorda ante la falta de atención por parte de la monarquía española. De la misma forma

actúan los factores en Cantón.

—Es cierto —confirmó Francisca—. Mi difunto marido comerciaba con los portugueses, quienes navegaban con más libertad por la ruta del cabo de Buena Esperanza, así como con la Real Compañía. Severino no solía emplear la ruta del Pacífico, y le fue muy bien. Los consignatarios novohispanos se quedan un porcentaje muy alto por realizar el viaje y las transacciones.

—Esa alternativa es inviable —determinó Marcos— mientras estemos en guerra. Hasta las nuevas elecciones hemos de buscar otra solución.

—¿No os habéis enterado? —Mateo atrajo la atención de los comensales—. Compruebo que no os han llegado las últimas noticias: la Real Compañía quiere enviar uno de sus barcos a Callao, aprovechando la apertura de los puertos americanos. En el consulado se han puesto nerviosos, y hay apuestas sobre si les saldrá bien la jugada o no. La Real Compañía no suele navegar por el Pacífico.

—¡Vaya! —exclamó don Pedro—. Es una buena noticia que confirma lo que os decía: los tiempos están cambiando. Si lleva más de un siglo abierta la ruta con Acapulco, ¿por qué no va a ir bien otra ruta?

A Francisca se le aceleró la sangre. Sí que era una buena noticia, pues ella podría participar en la carga sin interferencia de Miguel. Su mente empezó a trazar planes: la carga sería de perfumes, por lo que debía aumentar la producción. No se atrevía a enviar joyas falsas sin conocer al vendedor. Si resultara un timador, la pondrían en un brete como cómplice. Estaba segura de que Jian ya tendría conocimiento de la partida de ambas naves.

La conversación siguió por el mismo derrotero. Mateo encontraba los inconvenientes y Marcos los despejaba; formaban un buen equipo. Lucas escuchaba sin intervenir. Su padre comentó que estaba aprendiendo desde su puesto de escribiente en el pupitre del almacén, y acompañaba a las compras como observador. Así aprendieron los mayores.

Las atenciones de Marcos se mantenían dentro de lo cortés, así como sus fugaces miradas; sin embargo, Francisca no era una

ingenua, y decidió que, para que la alianza siguiera el curso adecuado, debía sincerarse.

—Imagino que sentirán curiosidad por conocer mi taller de perfumería. El sitio es pequeño, así que, si les parece, se lo enseñaré a los mayores.

—Muy buena idea —alabó don Pedro—. Don José, ¿otra copita? ¿Y a esos jovencitos qué les agrada?

Francisca bajó las escaleras seguida de Marcos y Mateo con su esposa. Atravesaron la cocina en plena efervescencia hasta llegar al patio. Abrió el taller y encendió el candil. Una vez que pasaron, cerró la puerta.

—¿Va usted a participar en las cargas con sus perfumes? —se interesó Mateo.

—Es un lugar incómodo, pero necesitaba hablar de algunos detalles con ustedes. No sé hasta dónde han sido informados de nuestras relaciones familiares, pero me agrada la sinceridad entre los socios.

—Y a nosotros —corroboró Marcos—. Nuestro padre nos ha contado que sus hermanastros las rechazaron a usted y a su madre desde el primer día. Y que ahora se ha independizado, por lo que la Casa de Muñoz necesita fortalecerse de cara a un futuro.

—Esa es la idea principal. Pero el asunto es más grave. Miguel está chantajeando a los miembros del consulado para obtener el cargo de prior en la próxima renovación de cargos.

—Algo de eso hemos oído —ratificó Mateo—, y que ya está acorralando a algunas casas comerciales.

—Una de esas casas es la nuestra. Quiere hundir a mi padre para dejarnos en la miseria a mi madre y a mí.

—Si no he entendido mal, usted es independiente y con fortuna propia. —A Francisca no se le escapó la observación de Marcos. En la ciudad se hablaba de su fortuna, aunque nadie conocía a cuánto ascendía en realidad, ni siquiera Miguel.

—Miguel domina el consulado, la Junta de Repartimiento y quién sabe qué más. Su ambición carece de límite. La Junta me negó el boleto correspondiente como viuda y no pude disponer de espacio en el San Andrés. También ahuyenta a los posibles pretendientes

para que no encuentre un hombre que me respalde. Si mi padre faltara, no podría comerciar y mi madre y yo nos veríamos desvalidas. Miguel se quedaría con todo, que es lo que busca.

—Una venganza —resumió Blanca. Su voz sonó asustada.

—Quiero ayudar a mi padre. Vuestra alianza le daría una tranquilidad que ha perdido, pero no a cualquier precio, mi conciencia no me lo permite: aspiro a mantener mi independencia. Si aceptáis la fusión, debe ser con los ojos abiertos.

Durante un minuto se hizo el silencio. Marcos fue quien lo rompió.

—Le agradecemos su franqueza. Dice mucho sobre usted. Lo hablaremos en familia y estudiaremos la situación. —Miró a su alrededor—. Esta habitación huele de maravilla. ¿Qué tal si nos explica lo que hace aquí?

Entrada la noche, los invitados se despidieron. Los rayos iluminaban el cielo oscuro, aunque no había caído todavía una gota. Las lluvias se avecinaban.

Miguel entró en su casa con brusquedad y la ira bailando en sus ojos, cruzó el patio y se refugió en el despacho. Los criados, habituados a su temperamento, desaparecieron de su vista como por ensalmo.

Lo que había presenciado en el consulado lo había encorajinado. Había de ser un necio para no vislumbrar que Monterroso ofrecería la pala para que alguien le cavara la tumba, y qué mejor enterradora que Francisca. Desde el principio había desconfiado, pero ocupaba un lugar destacado en el consulado y lo necesitaba. El problema era que Monterroso no ignoraba su valor y jugaba con él, pero en todo había un límite, y lo rebasaba ese acercamiento a Francisca. ¿A qué se había dirigido a ella si no era para engatusarla?

Francisca era prescindible. Ya había atentado en una ocasión contra su vida y volvería a hacerlo en cuanto se presentase la ocasión. Tampoco había visto con buenos ojos la conversación que su hermanastra había mantenido con los Cabrero. Cierto que don José y su padre eran amigos, pero la presencia del hijo viudo despertaba su recelo. Se había corrido la voz de que Francisca era

una viuda con fortuna propia y se había convertido en el centro de atención de la población que buscaba esposa.

La razón por la que Francisca no estaba muerta era la dificultad que entrañaba pergeñar un asesinato fuera de Intramuros, ya que la víctima salía de la ciudadela en contadas ocasiones y siempre acompañada. A esa se había añadido otra: la pérdida del taller de perfumería. El incendio le había supuesto una considerable pérdida económica, pues las esencias le habían costado una fortuna, aunque ya había ideado la forma de recuperarlo, de ahí que Francisca siguiera con vida: iba robarle sus propios perfumes. Se sonrió ante la genial idea. Le molestaba un cabo suelto en la historia del perfumista: dos españoles que habían estado interesados en comprar perfumes y que habían desaparecido en el tumulto de los campesinos que habían acudido para impedir que el fuego se extendiera. ¿Una casualidad o estaban aconchabados?

La mugrienta sangley que servía a su hermanastra era otro tema que esperaba cerrar pronto: había puesto precio a su cabeza, ya que era la mano ejecutora de Francisca, de eso no le cabía duda, como tampoco de que trabajaba para el ladino de Zhou, pues la habían visto entrar y salir del almacén. La incertidumbre sobre si Francisca estaba enterada de esa alianza o era víctima del chino había quedado disipada cuando el piloto de la armada le presentó el falso joyel. La estrecha colaboración de Francisca con el sangley lo intimidaba, pues Jian Zhou era poderoso. Por eso debía simular un accidente para que no se desatara una guerra que no le interesaba.

Agustín Monterroso defendía varios frentes abiertos. No comprendía cómo se había complicado tanto su tranquilo ascenso en la sociedad. Francisca se le resistía, pero sabía que tendría que claudicar. Había oído de labios del cretino de Cabrero que aspiraban a una alianza con matrimonio incluido, y eso lo había obligado a acercarse a ella, a pesar de la admonición de Miguel. Y este, por supuesto, le había lanzado una mirada de reproche cuando lo sorprendió con ella. Estaba cegado por el odio ese hombre, y lo convertía en una compañía poco recomendable, pues podría descubrirlo cuando se

había esforzado tanto para conseguir la confianza de los comerciantes. Recordó al maldito teniente Crespo, que en aquella cena había revivido los hechos que habían sucedido en Gibraltar y el asesinato de su tío. Si Miguel sacaba a relucir su pasado, era hombre muerto. Mal que le pesara, debía regresar a la acción antes de que su plácida vida desapareciera de la noche a la mañana.

21

Cavite, junio de 1799

No tardó Mier ni una hora en localizar a Anievas y a Melchor para transmitirles la noticia.

—Álava ha pedido mi colaboración para trazar una derrota para cruzar el Pacífico.

—Enhorabuena, Mier —felicitó Anievas—. Es un gran paso para su aspiración a formar parte del profesorado de la Academia de Guardias Marinas.

—Mis felicitaciones —corroboró Melchor.

—Muchas gracias. Se lo cuento porque es importante para nuestros intereses comerciales. Los factores de la Real Compañía, atemorizados por las noticias que llegan sobre los barcos enemigos que recorren la costa americana a la espera de las naves que comercian con Acapulco, y al carecer de una escolta como la que cuenta el Consulado de Filipinas, le han rogado que les señale una ruta más segura para arribar a Callao, puerto recientemente abierto al comercio por decreto real.

Los tres amigos lo celebraron y pensaron en cuánto invertir si se resolvía de forma favorable la nueva ruta.

Una semana les llevó reunir la información sobre vientos y corrientes procedente de los datos reunidos por otros comandantes que estuvieron destinados en esos mares y de las cartas de navegación confiscadas a los ingleses. Otra semana tardaron en trazar la derrota y redactar las instrucciones que debían seguir, con la mayor cantidad de explicaciones que se pudo aportar.

Quince días después, Melchor, Anievas e Ibargoitia escuchaban la nueva ruta por el sur de labios de Mier.

—Dicho así, es sencillo —comentó Anievas—, como todas las rutas sobre el papel, pero ya conocemos los múltiples inconvenientes que

surgen, aunque el fundamental es la dirección del viento.

—Caballeros, es una ruta experimental, e imagino que el capitán tomará nota —dijo Ibargoitia.

—¿Usted cree que un capitán mercante se ocupará de ello? —objetó Melchor.

—Hay otro detalle que me he reservado para el final —anunció Mier—. En pago a nuestros servicios, la Real Compañía ha tenido la deferencia de reservar un espacio de carga para los oficiales de guerra de la escuadra. En reconocimiento a mi trabajo, hará una excepción conmigo. El intendente comunicará la cantidad y el peso de carga, según el rango.

—No sé si lanzar las campanas al vuelo —receló Melchor—. ¿Confía en que la aventura llegue a buen término? Si la ruta a Acapulco es complicada, no quiero ni pensar en una nueva.

—Desde que ha cubierto sus deudas con Mier y Orellana y ha obtenido beneficios, se ha vuelto más conservador —acusó Anievas, divertido por la reticencia de su amigo—. El comercio es sinónimo de riesgo, nunca lo olvide. Divida su pequeña fortuna en dos, para dos cargamentos en distintos barcos. Todavía no se ha designado la nave que acompañará al Magallanes en el tornaviaje.

—¡Pequeña fortuna! —exclamó Melchor con ironía—. Con lo que tengo no es suficiente para llevar la vida a la que estoy acostumbrado. Aunque seguiré su consejo: serán dos apuestas. Negra suerte debería ser la mía si perdiera las dos. ¿Cómo lo organizaremos?

—¿Recuerdan a don Marcelo Cuéllar? El hacendado de Lima —dijo Mier. Asintieron los presentes—. Le escribiremos para que realice las gestiones como nuestro agente. Mi familia carece de contactos allí.

—No creo que haya muchos comerciantes con agentes en un puerto tan nuevo —comentó Anievas, pensativo—. ¿No comercia la viuda de Puig con la Real Compañía?

—¡Cierto! —exclamó Mier—. Lo había olvidado. ¿Nos ayudaría? Seremos rivales.

—En absoluto —negó Melchor—. Ella comercia con perfumes. Para nosotros es un mercado fuera del alcance. Deberíamos acercarnos a su casa.

—Ya empieza a actuar como un comerciante —acusó Anievas.

—¡Si su padre lo viera! Las malas compañías. —Mier bromeó con la condición de nobleza de Melchor.

—Somos viles siervos del dinero —resopló Melchor sin acritud.

Enviaron una nota a la casa de los Muñoz y la familia respondió con prontitud; no obstante, tuvieron que demorar el encuentro un día a causa de una reunión de oficiales convocada por Álava.

—Ha surgido un nuevo inconveniente. La Real Compañía ha vuelto a acudir a mí en demanda de auxilio. —Álava se peinó el corto cabello hacia atrás. Lo llevaba a la francesa, más cómodo para aquellas latitudes, y había relegado el uso de la peluca a los actos oficiales—. Al sinvergüenza del capitán, un tal Ballivián, de la marina mercante, le faltan redaños para abrir la ruta, y ha exigido a la Real Compañía un sustancial aumento de sueldo y participación en la carga. Los factores se han negado, pues no era lo firmado cuando se le contrató en Cádiz. Aquí van de rufián en rufián: los unos, avaros, y el otro, oportunista. Así que las pulgas, para la Real Armada, como si no tuviéramos otro cometido.

—A mí no me importaría añadir una ruta experimental a mi hoja de servicios. La detallaría mucho mejor que ese pato de estanque —se ofreció García del Postigo.

—Usted es necesario aquí. Dirige el apostadero como un experto, comanda las lanchas cañoneras, corsea por el mar de China. A nadie se le escapa que ando escaso de personal cualificado, por eso me viene tan mal esta demanda, pero no puedo hacer oídos sordos a ella. Quien comande la nave debe realizar también el pilotaje.

García del Postigo paseó la vista sobre los reunidos.

—Ibargoitia, usted es joven y está muy instruido en ese tema. ¿Se anima? El anzuelo no es la nave, que irá medio sumergida, ni la tripulación, que no será de oficio, sino el descubrimiento y la relación al detalle de una nueva ruta, con sus ventajas e inconvenientes.

—¿Acaso intenta intimidarme, señor? —replicó con sorna el teniente nombrado—. Acaba usted de ofrecerse.

—Abrigaba la esperanza de que el puesto quedara libre para ocuparlo yo, pese al mal talante del comandante Álava, pero no contaba con el espíritu de nuestros oficiales.

Las risas se dejaron oír en la sala. Melchor comprendió, con pesar, que a él nunca le propondrían algo así porque lo suyo era la artillería.

—Informaré a los factores de que cuentan con un capitán —concluyó Álava—. Mañana por la mañana le entregaré la derrota. Deberá conocer a los oficiales que lo acompañarán y las características de su nave. Es la fragata San Francisco Xavier, aunque los factores la llaman El Filipino. ¡Vaya usted a saber la historia! Caballeros, pueden volver a sus quehaceres.

Salieron al exterior y Mier aguardó a que los compañeros felicitaran a Ibargoitia para hacerlo él.

—Mi enhorabuena. Estoy seguro de que usted realizará un trabajo loable.

—Le agradezco su consideración.

—Mañana por la noche —intervino Melchor— los señores Anievas, Mier y un servidor hemos sido invitados a la casa de un comerciante en Intramuros. Solemos quedarnos a dormir en el convento de los Agustinos. Me preguntaba si nos acompañaría. Decidiremos el tipo de mercaderías que vamos a embarcar y el asunto de los consignatarios y los agentes en Callao. Son personas muy versadas, y podría interesarle.

—No voy a ocultarle que no soy bisoño en esa lid, pues mi hermano mayor, que es teniente de navío, me avisó sobre el asunto en las Américas. Ningún marino vive sólo de las pagas. —Melchor asintió—. Estaré encantado de acompañarlos.

Al día siguiente, con un pequeño baúl que contenía los trajes de gala de los cuatro, Mier, Anievas y Melchor aguardaban en una calesa de alquiler a que el teniente Ibargoitia despachara con Álava. El teniente salió y les mostró el manuscrito.

—«Derrota de Manila a Lima que debe emprenderse en estación de vendavales o collas, desde mediados de junio hasta fin de septiembre» —leyó en voz alta Melchor—. ¿Cuándo zarpa?

—A finales de julio, en cuanto esté listo —contestó Ibargoitia, tomando asiento bajo la sombra del toldo de la calesa. Melchor lanzó un silbido prolongado.

—¿A qué tanta prisa?

—Son las reglas del comercio —respondió Ibargoitia—. Los factores quieren llegar antes que el Magallanes a Acapulco. De esa forma, los consignatarios de los virreinatos del sur no acudirán a aquella feria porque la tienen en Lima.

—Y eso nos beneficiará en los precios —remató Mier—. Hace tiempo que una nao no concluye la travesía hasta Acapulco.

—Cada vez me gusta más este asunto del comercio —declaró Melchor, y sus compañeros se sonrieron. Indicaron al cochero que se pusiera en marcha y siguieron hablando de islas, vientos y corrientes por el camino.

Como era lo usual, compartieron celda en el convento. Los conventos eran los alojamientos de los viajeros a falta de posadas y ofrecían un dormitorio alargado con catres. Sin embargo, para los viajeros de posición social y las mujeres, disponían de unas celdas mejor atendidas. Una vez bien afeitados y vestidos, se encaminaron a la casa de los Muñoz bajo un cielo oscuro y amenazante y un calor en exceso sofocante.

—Igual tenemos que regresar a remo —planteó Anievas.

—Tenía entendido que en Intramuros hay colectores —se extrañó Ibargoitia.

—Una de las escasas comodidades con las que cuentan —confirmó Melchor. Se sentía extrañamente nervioso ante el encuentro con Francisca. Ocupaba su mente más de lo que era conveniente, y le molestaba. Lo sensato era mantenerse alejado, pero no le quedaba alternativa mientras dependieran de esa familia para rentabilizar la estancia en unas islas dejadas de la mano de Dios.

No habían alcanzado el piso superior cuando el fragor de la lluvia llegó a sus oídos.

—Justo a tiempo —se alegró doña Lisarda—. Buenas tardes, caballeros, están ustedes en su casa.

Se produjeron las presentaciones de rigor y apoyaron sus espadas roperas en una esquina, pues molestaban para sentarse y sentirse cómodos durante la cena.

—Así que usted comandará El Filipino —comentó don Pedro mientras se servía la carne—. Estarás contenta de conocer al custodio de tus perfumes —dijo, dirigiéndose a Francisca.

—¿Dispone de espacio en el San Francisco Xavier? —se interesó Ibargoitia.

—Trabajo desde hace años con la Real Compañía —afirmó Francisca.

—Precisamente buscábamos su consejo sobre qué productos son los más ventajosos para vender en Lima —intervino Melchor. Su plato rebosaba de alimentos caseros, como los de sus compañeros, hartos de rancho, de galleta y de salazones—. Los factores han tenido el detalle de reservar espacio para los oficiales de la escuadra.

—¿Han tenido el detalle? —se burló Francisca—. ¿Se llama así al pago por los servicios de la Real Armada?

Los cuatro sonrieron ante la franqueza de la manileña.

—Las mercaderías son las mismas —contestó don Pedro—. Es igual que sea el virreinato del Perú que el de Nueva España: sedas, especias, porcelanas, algodones… Todo el mundo desea aparentar fortuna a través de objetos de lujo. Mientras que Manila reclama tabaco, armas, trigo, legumbres, maíz, utensilios de hierro para los campos, listonería francesa y mexicana, vacas, bueyes, mulas y caballos.

—¿Vacas, caballos? —repitió Ibargoitia, sorprendido.

—Los que han visto en Manila han sido traídos de Acapulco —explicó doña Lisarda—. Aquí sólo había carabaos, una especie de búfalos, y aves de corral.

—El espacio de carga del que disponemos se ha de repartir entre los oficiales —expuso Mier, decidido a centrar la conversación—. Necesitamos mercancías poco voluminosas y rentables, como las especias o los perfumes con los que comercia usted.

—Lo comprendo —dijo Francisca—. Su idea es mercancía pequeña, más cantidad y mayor beneficio. Es lo que obtengo con mis perfumes.

—Joyas, perlas, piedras preciosas —enumeró Ibargoitia.

—Yo traía otra idea de Cádiz —se sinceró Mier. Melchor intuyó que el piloto había decidido hablar—. Mi padre me entregó un joyel que, aunque era una baratija, estaba fabricado con el mismo esmero que una joya de calidad. Uno como el suyo.

La vista de los presentes confluyó en el joyel que Francisca lucía en el hombro.

—No es una baratija. —Procedió a desprenderlo—. Véanlo, señores. —Les pasó el joyel, que fue circulando de mano en mano.

—No he querido decir eso, señora —se sonrojó Mier—, sino que alguien se dedica a realizar ese trabajo.

—Está hablando de falsificación —observó don Pedro.

—No, si no hay engaño —alegó Mier—. Sucede igual con la moneda. Siempre habrá alguien que haga mal uso de ella.

—¿Quiere decir que no engañaron a su padre? —se interesó Francisca.

—En absoluto, ni tampoco al agente de la Casa de Ustáriz. Nos llegó junto a un cargamento y el agente preguntó si interesaba el comercio de ese tipo de baratijas. Desecharon la idea y mi padre le regaló el joyel a mi madre, quien lo exhibió en sus reuniones. La sorpresa vino del éxito que tuvo el dichoso joyel. Cuando nos enteramos de que me embarcaba y de cuál era mi destino, me encargaron que investigara el asunto y encontrara al orfebre. La idea es venderlos como lo que son, baratijas finas, por encima del precio normal por la calidad de la ejecución, pero asequible para las mujeres, que podrían disponer de un joyero más amplio.

—Muy inteligente —alabó Francisca—. ¿Se imagina, madre? Tendría un aderezo a juego con cada vestido, y, si se extraviara alguna sortija o algún pinjante, no sería tan doloroso.

—En París existe una corporación de *joailliers faussetiers* perfectamente reglada —intervino Ibargoitia—. No es nada nuevo. Es muy buena idea, señor Mier. ¿Hay algún orfebre de ese tipo en Manila?

—¡Oh! —exclamó doña Lisarda, con un brillo nostálgico en los ojos —. Eso me trae a la memoria una conversación que mantuvieron mi madre y sus amigas, allá en Ciudad de México. Hablaban de un joyero de Luis XV que inventó un vidrio incoloro con alto contenido en plomo, como el de las vidrieras, pero que pasaba por un diamante. Lo empleaban para botones y adornos. Yo creo que siempre ha existido la imitación. Si se vende como tal, entramos en la oferta y la demanda.

—Ha expuesto mejor que yo mi idea. Se lo agradezco, doña Lisarda —dijo Mier, aliviado ante el giro que había tomado la conversación.

—Confieso que soy un ignorante en el campo de la joyería —dijo don Pedro—, pero no he oído hablar de nada semejante. En cuanto al lugar en el que adquirir especias y artículos de marfil, carey y otras bagatelas menudas, la Casa de Zhou es la mejor surtida y la más fiable. Si necesitan un aval…

—Nosotras los acompañaremos —interrumpió la viuda—, ¿le parece, madre? ¿Quién mejor que una mujer para acertar con el gusto de las compradoras? Aunque queda otro asunto por resolver, y es el del consignatario en tierra. Carezco de agente en el Callao y no puedo indicarles uno. Es algo que me preocupa profundamente porque, ya que usted comanda la nave, ¿podría buscar un banquero fiable para abrir una cuenta con él?

—¡Ah! En ese punto podemos corresponder a su amabilidad —ofreció Melchor, contento de ser servicial—. Cuando estuvimos en Lima conocimos a un hacendado con el que trabamos amistad. Un hombre campechano, con una pequeña fortuna, muy entendido en los asuntos mercantiles y con los contactos deseados. Le pasaremos el nombre y la dirección, señor Ibargoitia. Le ayudará con las mercancías y en aquello que fuere menester.

Tan entretenido había estado Melchor que no se había dado cuenta de que habían llegado a los postres y que en el exterior la lluvia había dado una pequeña tregua. Por más que intentaba no caer en las redes de la mujer, siempre descubría una nueva razón para admirarla. Y eso no era conveniente, pues no se hallaba en su ánimo enterrarse en el fin del mundo, aunque fuera algo más serio que no se atrevía siquiera a considerar o, en el caso de que lo acompañara a Cádiz, no deseaba escuchar lo que diría su padre por un enlace tan desigual.

Sus compañeros lo sacaron de la abstracción en la que había caído. Se habían levantado, y su mirada tropezó con la de Francisca. ¿Qué había en ella? ¿Interés o admiración? Era una mujer versada en ese campo. ¿Lo había descubierto y trataba de cazarlo? No ignoraba la atracción que ejercía su origen privilegiado sobre las mujeres.

—La estación de lluvias y vendavales ha comenzado —observó el señor Ibargoitia—. He de incorporarme a mi nuevo puesto, y el cargamento del barco se iniciará en cuanto yo lo indique. ¿Sería posible que mañana nos acercáramos a esa casa china? Cuanto antes, mejor.

—Sí —confirmó doña Lisarda—. Estamos a tiempo: todavía no se han inundado los arrabales.

A la mañana siguiente, las mujeres en su calesa los precedían por la puerta del Parián hacia Binondo, y los caballeros compartían otra de alquiler. Las calles estaban encharcadas, pero eran accesibles. La estación se hallaba en sus comienzos. En los muelles del Parián se arremolinaban los sampanes de velas terrosas, granates o de rojo intenso, desplegadas como las alas de un ave.

En la Casa de Zhou, la viuda llamó a uno de los dependientes y le confiaron las calesas. Desde ese momento, la mujer tomó el mando y los demás la siguieron. Rebasaron la joyería y entraron en un amplio almacén con mucho trasiego de compradores y de empleados. Buscó con la mirada y llamó a uno de los chinos que vigilaban el trabajo de los empleados.

—Queremos carga para el San Francisco Xavier y debe ser enfardada aquí y enviada al muelle cuando se disponga.

El chino se inclinó y se dio la media vuelta. No tardó en emitir órdenes, y los guiaron a otro almacén en el que se exponía todo tipo de mercaderías.

Se aplicaron a la elección de las fruslerías que les atraían a las mujeres, y los empleados iban apartándolas. Les llevó la mañana, y, cuando el encargado los avisó de que habían llegado a la cifra estipulada, pasaron al primer almacén.

—Ahora hay que componer los fardos —anunció la viuda.

—Es algo de lo que no hemos hablado, señores. —Mier atrajo la atención de sus compañeros—. Ustedes disponen del mismo volumen de carga, pero yo soy piloto y mi cuota es menor.

Compararon sus cuotas y llegaron a un acuerdo. Se empaquetaría todo junto, sin distinciones, y el costo y la ganancia se dividió en tantos por ciento. Quedaron en hacerlo por escrito en un despacho en Intramuros.

Los sangleyes comenzaron a organizar las mercancías bien encajadas, para que ocuparan el menor espacio y cupieran más, y a envolverlas individualmente. Las especias viajaban en cajas de madera que las aislaban de la humedad. Extendieron una lona de algodón burdo sobre el suelo y acomodaron convenientemente los paquetes y cajas. Sobrepusieron un rectángulo de madera con las medidas requeridas a un fardo. Satisfechos, procedieron a fajarlo. A un lado, otro sangley, sentado ante un pupitre, redactaba la memoria para los consignatarios. Luego, se procedió con los cajones, que se llenaron de soperas, azucareros, fuentes, dulceras y joyeros femeninos de porcelana fina. Mientras doña Lisarda vigilaba acompañada de Ibargoitia, los demás se dirigieron al despacho del tal Jian Zhou.

A Melchor le causó buena impresión, y le sorprendió que hablara el castellano sin acento. Vestía elegante y sus maneras eran suaves y educadas, nada que ver con los sangleyes que se cruzaba por las calles. Fue afable y manifestó su interés en conocer al comandante de la nave. Aceptó el recibo para cobrar la plata y algunas letras de cambio y los acompañó al almacén.

Melchor notó la sorpresa de Ibargoitia cuando le presentó al señor Zhou, pues, como le había sucedido a él, no estaba acostumbrado a tratar con sangleyes de buena posición.

—Me comunica mi factor que están en el almacén desde esta mañana —dijo el señor Zhou—. Por favor, honren la mesa de su humilde servidor.

Dio unas palmadas, y acudió un joven al que habló en su lengua de forma rápida.

—Debemos aceptar. En caso contrario, lo ofenderíamos —susurró la viuda, aprovechando el instante.

El joven desapareció a cumplir el deseo del amo. Sus compañeros se mostraron renuentes, pero la viuda movió la cabeza en un gesto que no admitía duda y Melchor aceptó en nombre de todos.

Subieron al piso superior, ricamente decorado con alfombras de seda y cortinajes de algodón. Una mesa muy bajita presidía la estancia, dividida por biombos lacados con escenas chinas. A una indicación del señor Zhou, tomaron asiento sobre los cojines

dispuestos en el suelo. Salieron varias mujeres que, con ademanes pausados, se arrodillaron al lado de cada comensal y les ofrecieron un cuenco con agua jabonosa. Se lavaron y se secaron con el lienzo que colgaba del brazo de cada una de las mujeres. A continuación trajeron las viandas que llenaron la mesa: gallina, cerdo agridulce, pato lacado, huevos, arroz con cúrcuma, caldo de jengibre.

Lo más complicado fue manejar los palillos para desesperación de Melchor y sus compañeros hasta que descubrieron que las señoras comían con los dedos.

—Sólo tres dedos y de la mano derecha —explicó doña Lisarda.

A Melchor se le iban los ojos hacia la persona del señor Zhou; lo encontraba fascinante. Si él se dio cuenta, no lo mostró: había orgullo en su mirada. Melchor se preguntó cómo sería China realmente; sus orfebres, sus descubrimientos y su arte ofrecían una pista hasta al más ciego de los hombres. Había cometido el error de imaginar un país por una de sus muestras: los operarios que trabajaban en Cavite. ¿Qué pensarían los chinos de los europeos si los juzgaban por los marineros borrachos, oportunistas y buscadores de fortuna?

Caía la tarde cuando se despidieron de su anfitrión y con el asunto de las mercancías resuelto.

—¿Por qué confía tan ciegamente en él? —se atrevió a preguntar Melchor, cuando ayudó a la viuda a subir a la calesa bajo el aguacero.

—Porque vive aquí y es mestizo. Los mestizos no son admitidos en China. Y porque Ibargoitia es el capitán y se daría cuenta del engaño en el puerto. En resumen, porque el señor Zhou es un hombre inteligente y no hace sus necesidades donde come. Es un dicho muy ilustrativo.

—Me ha convencido con esa expresión final. —Melchor sonrió, y algo cambió en la expresión de ella. ¿Para bien?

22

Manila, octubre de 1799

La fragata San Francisco Xavier zarpó el 26 de julio y la nao Magallanes en septiembre, como se había anunciado, aunque seguirían derrotas diferentes y arribarían a puertos diferentes. Algunos manileños habían cruzado apuestas, si bien no tardó en preverse el resultado cuando la Magallanes entró en la bahía con un par de vergas rendidas y otros destrozos. Un huracán la había sorprendido. No así a la fragata de la Real Compañía —según las noticias recogidas de los pescadores—, que había librado el estrecho sin obstáculos y había arrumbado hacia el sur.

El regreso a puerto de la Magallanes no había sido bien recibido, y se especuló si no se podía haber reparado en San Jacinto con los pertrechos que portaba la nave. Los consulares le pidieron a Álava que investigase el asunto, pues había mucho dinero en riesgo a causa de los seguros.

Francisca se había volcado en la fabricación de perfumes, ya que había podido cargar toda la producción almacenada en El Filipino y, si llegaba a buen término el viaje, volvería con un cargamento de esencias como bálsamo de Perú y palo de rosa. Había solicitado al señor Ibargoitia que los pesos fuertes los remitiera, a través de un banquero, a Ciudad de México, donde tenía una cuenta a su nombre.

Bajo el pretexto del trabajo huía de la realidad, de un futuro incierto, de su problema con Miguel, de ese oficial amable e inteligente, de las propuestas de matrimonio que flotaban en el aire: Marcos o Agustín o ninguno de los dos, que era lo que le gritaba su ser. En realidad, suspiraba por un oficial de ojos azules que estaba fuera de su alcance. Se hallaba en una espiral sin fin que la agotaba. No había peor estado que el de la indecisión. Entre tanto, Miguel

avanzaba en su venganza: esa era la palabra con la que la esposa de Mateo lo definió. No había vuelto a hablar con su padre sobre la alianza con don José Cabrero, y no deseaba ser ella quien sacara el tema para no agobiarlo.

—¡Francisca! —oyó que su madre la llamaba desde la cocina.

No era la hora de la comida, luego algo sucedía. No solían molestarla cuando se hallaba en el taller a no ser que se tratara de una urgencia. Apagó los alambiques, tapó las redomas, se quitó el mandil, lo colgó del gancho y cerró la puerta.

En el salón aguardaban sus padres con el semblante grave y en silencio. Ante la mirada interrogativa de su hija, don Pedro le tendió una carta. Francisca se tomó su tiempo para leerla, a la vez que se planteaba cómo terminaría la historia de sus hermanastros con don Pedro: Esteban anunciaba que se desligaba de la Casa de Muñoz ante lo que sentía una traición por no haber contado con él. La alianza con la familia Cabrero le perjudicaba en el futuro liderazgo de la compañía familiar, pues tendría que compartirlo con unos extraños.

—A Miguel le ha faltado tiempo para informar a su hermano —dedujo Francisca con precaución, pues ignoraba lo que pensaba su padre acerca de la nueva deserción.

—Lo he informado yo, pero no han hecho mella mis argumentos —aclaró don Pedro—; ha preferido los de Miguel, a pesar de que lo he prevenido de su ambición, de que será un empleado dentro de su organización.

—El odio es más fuerte que los propios intereses —juzgó doña Lisarda.

—Y ciego y estúpido —agregó don Pedro, con un deje de amargura —. No hay vuelta atrás. Si no consigo la alianza con Cabrero, lo dejo todo.

—Han pasado las lluvias. ¿Cuándo han quedado en reunirse? —se interesó Francisca.

—No hemos fijado día. Mi esperanza es que tu barco llegue al Callao y eso los anime no sólo a la alianza, sino también a trabajar con la Real Compañía. Cabrero fue otro de los que se opuso en su día.

—Como todos los consulares —ratificó Francisca—. En cuanto a la defección de Esteban, no se aflija. Mantengo correspondencia con los que fueron empleados y agentes de mi marido en Cantón. Eso es lo de menos.

—Lo sé, hija. ¡Qué inteligente has sido! Ese Severino te enseñó bien. Al principio lo odié porque te llevó lejos, y ahora desearía que siguiera vivo, pues todo sería muy diferente. Suena egoísta, pero no soy perfecto.

—Es un buen padre, no se censure —restó importancia Francisca al sentimiento de culpabilidad—. Cada uno elige su camino, y sus hijos han tomado el de la ambición y la venganza. De ahí que Esteban haga oídos sordos a sus advertencias.

—Nunca ha destacado por su inteligencia —ponderó doña Lisarda —. Así como Jacinta es una mujer independiente, como bien ha mostrado, Esteban ha crecido a la sombra de su hermano: no sabe respirar sin él, y Miguel lo maneja a su antojo.

—Estaba pensando, padre, que, con este asunto del Magallanes, andará revuelto el consulado. ¿Qué le parece si vamos por allí? Igual nos topamos con alguno de los Cabrero.

—No perdemos nada —admitió don Pedro, conciso y resignado, aunque no muy convencido.

Al día siguiente, se acercaron andando para disfrutar del día y hacerse los encontradizos con más vecinos. Un rato de cotilleos a nadie le sienta mal, y nunca se sabe lo que puede llegar a los oídos.

No tardaron en dar con la primera chismosa, algo nada extraño, pues doña Rigoberta se pasaba la vida entre las calles de Intramuros, de aquí para allá, aparentemente atareada, pero con tiempo para detenerse con cualquiera que deseara escuchar las novedades sociales.

—¡Cuánto bueno! —exclamó la señora de Acevedo—. Padre e hija del brazo.

—Buenos días nos dé Dios, doña Rigoberta —saludó Francisca con una amplia sonrisa—. Vamos de camino al consulado, a ver si ya saben cuál será la demora del Magallanes.

—¡Oh! Mi marido también anda a vueltas con ello. Creo que depende de lo que diga ese señor Álava, que manda más que

nuestro capitán general —dijo, resentida—. Sin embargo, me he enterado de que corren vientos nuevos para la Casa de Muñoz.

Francisca se asombró del desparpajo y de la falta de delicadeza de la señora, aunque no lo dejó traslucir.

—No solamente para la Casa de Muñoz, sino para todos los comerciantes si la Real Compañía se sale con la suya. —Don Pedro amagó con estilo, pero la señora de Acevedo era pertinaz.

—¡Ah, sí! Pero el consulado seguirá adelante si se elige el prior adecuado en las próximas elecciones. Imagino, pese a las diferencias con su hijo Miguel, que lo apoyará.

—¿De qué diferencias habla? —Francisca fingió asombro, pues no interesaba que las disensiones familiares fueran del dominio público —. Miguel se ha independizado porque tiene una familia grande y otros planes, pero no ha habido desavenencias.

—Por supuesto que no —secundó don Pedro, y presionó el brazo de su hija, agradecido.

—¡Cuánto me alegro! Eso me pasa por atender a los rumores que se han esparcido —se disculpó la señora—. ¿Y usted? ¿Algún pretendiente en perspectiva? Hace casi dos años que finalizó el luto.

—No se le escapa nada, doña Rigoberta. —Francisca no disimuló el tono irónico, ya que la señora rebasaba las buenas maneras—. ¿Cómo están sus hijas? Hace tiempo que no las veo.

—Ocupadas con las comidas y los bailes que ofrece el gobernador a nuestros marinos. Hay uno muy simpático, el teniente Crespo, que mira mucho a la mayor. Tengo entendido que es hijo de un marqués.

—¡Estará de enhorabuena! —exclamó Francisca, ocultando su diversión bajo una sonrisa afable—. ¡Qué afortunada si llega a buen término! Pero ya se sabe que los hombres son muy tímidos en esta materia. Deberá animarla a insinuarse, para que al teniente no le quepa duda sobre los tiernos sentimientos de su hija.

—¿Usted cree? ¡Cómo cambian los tiempos! Es tan tímida… —Se quedó pensativa la mujer—. Debería ayudarla.

—Es su labor como madre y con hijas casaderas. Y como el hombre está bien dispuesto, ya tiene parte del camino recorrido. Encantada de haber charlado con usted, doña Rigoberta, seguimos camino. Vaya con Dios.

Francisca cortó algo brusca y tiró de su padre, que parecía alelado.

—¿Te has dado cuenta de lo que le has aconsejado a esa inconsciente?

—Padre, cierre la boca, que le van a entrar las moscas. Ella se lo ha buscado. Mis intenciones no han sido ni mejores ni peores que las suyas.

—No me imagino al teniente Crespo interesado en una provinciana y anodina niña —opinó don Pedro.

—Ni usted ni nadie. En el fondo, me da pena la mujer, pero es insufrible esa insistencia en meter el dedo en la llaga y removerlo.

—No es muy cristiano, pero es humano —defendió don Pedro, como un caballero.

—Olvidémonos del tema. Ya estamos.

Cruzaron el arco de entrada y observaron el patio antes de decidir hacia dónde dirigirse. Francisca sintió, con aprensión, que los miraban de reojo. Doña Rigoberta había dejado claro que Miguel había corrido el bulo de un desencuentro familiar. Esos temas no solían complacer a los mercaderes, pues ponían en peligro los acuerdos, los créditos y demás oficios en torno al comercio.

—¡Muñoz! —José Cabrero los vio primero y se acercó seguido de su hijo Marcos.

—Buena señal, padre: nos saludan en público —susurró Francisca.

—Buen día, don José. ¿También detrás de información del Magallanes? —se adelantó don Pedro.

—La Real Armada está valorando los daños y ponderando las responsabilidades; va para meses. Se rumorea que en marzo o abril quizá salga. ¡Quién sabe!

Los dos amigos se adelantaron a saludar a otro de los consulares y Francisca se quedó a solas con Marcos, quien la cogió por el codo con familiaridad y la empujó, suave pero con decisión, hacia el soportal: a la vista de todos, pero con un poco de privacidad para conversar.

—Corren todo tipo de rumores sobre ustedes, a cada cual más disparatado —informó Marcos sin delicadeza, pero en absoluto disgustado.

—¿Por eso no han tomado una decisión sobre la alianza? No se lo

tendremos en cuenta si no llegamos a un entendimiento. Comprendo que Miguel es un adversario formidable.

—¡Oh, no! Miguel no entra en nuestras decisiones. Por lo que hemos averiguado mi hermano y yo, hay muchos comerciantes que no ven con buenos ojos al mestizo como prior del consulado. La alianza entre las dos casas es una decisión muy importante y no se puede dilucidar de la noche a la mañana. Estudiamos las posibilidades y los detalles de cómo nos gustaría que fuera el contrato.

—¡Ah! Me alegro por mi padre. Anda muy preocupado últimamente con todos estos chismorreos de mal gusto.

—Nuestra duda es usted. Por lo que cuenta su padre, trabaja de forma independiente.

—Desde que me casé. Aunque, cuando regresé, mi padre me ha permitido introducir algunos cajones en su espacio de carga hasta que Miguel me puso el veto. Solicité un boleto como viuda, pero me lo denegaron. Me salva que no sólo conservé los derechos de mi marido con la Real Compañía, sino también los agentes y contactos en los principales puertos.

—¿Cómo conoce tanto los negocios de su marido?

Francisca observó la franca curiosidad en sus ojos; sin embargo, no podía decirle toda la verdad, igual que se la ocultó a Severino. ¿Cómo reconocer que se había asociado con un sangley? La muerte de Severino le había venido bien y podía atribuirle cualquier cosa sin correr el riesgo de ser desmentida.

—Descubrimos que el secretario extorsionaba a los clientes en provecho propio y lo despedimos. Yo ocupé su puesto y aprendí mucho. Para Severino supuso tranquilidad, y se dedicaba a la compraventa y a los cargamentos sin necesidad de supervisar cartas, contabilidades… En fin, la parte burocrática es la más fea del negocio.

—¡Oh! Lo comprendo muy bien. En ese ámbito, mi hermano y yo nos turnamos. El ladino de mi padre escurre el bulto.

Sonrieron a la vez y se miraron. A Marcos le asomaban algunas canas y el cuerpo acusaba la buena vida, aunque no de una forma llamativa. De que era un buen hombre y que sería un buen marido a

Francisca no le cabía duda al respecto, si no existiera un campo de batalla y un contendiente como Miguel.

—No me ha contestado. ¿Entraría en la alianza? —insistió Marcos.

—¿Influiría en su decisión?

—Por supuesto. Usted tiene la llave en la Real Compañía, y su comercio de perfumes es una mercancía de lujo y debe de dejar unos suculentos réditos. Y además, según sus palabras, podría trabajar en el despacho.

Francisca ladeó la cabeza y contuvo una llamarada de ira. Había aprendido a ser juiciosa, que una palabra a destiempo puede significar muchos quebraderos de cabeza, y la alianza pendía de un hilo. Mientras que a ella le daba igual, para su padre significaba seguir con lo que sabía hacer. Lo más templada posible resumió la situación.

—Es decir, seguiría produciendo perfumes y repartiría los beneficios con la compañía, trabajaría en un despacho como un miembro más de la familia, sin lucro personal. ¿Cuál sería mi ganancia en esa alianza?

—Mi propuesta de matrimonio. Estarían usted y su familia a salvo de los rumores que lanza su hermanastro.

Francisca se mordió el labio inferior para no gritar. Pensó en Fei y en el control de las expresiones. Adoptó una pose hierática y evaluó lo que más convenía: dilatar el tiempo.

—Lo pensaré. ¿Volvemos a reunirnos con nuestros progenitores? No debemos dar que hablar más de lo necesario.

Continuaron un rato en el consulado y Francisca vio a don Agustín Monterroso, quien inclinó la cabeza levemente a forma de saludo. Estaba segura de que no había perdido detalle del aparte que había mantenido con el hijo de Cabrero y de que se estaría haciendo muchas preguntas sobre ello.

Salieron al exterior y se encaminaron hacia casa. Don Pedro no callaba. Le explicaba algo sobre la extracción de aceite de coco, pero ella caminaba con la cabeza en la conversación mantenida con Marcos. No salía de su asombro. ¿Qué pretendía esa familia? ¿Esclavizarla? ¿Apropiarse de todo lo que había conseguido con su esfuerzo? Lo que sí creían era que estaba atrapada, que no tenía

alternativa, y ellos estaban frotándose las manos. Pero lo que más le había indignado había sido la brutalidad de la exposición. ¿O debía agradecerle a Marcos la sinceridad?

—Francisca, ¿dónde estás? Hemos llegado a casa. —Su padre se había percatado de su distracción—. No has escuchado nada de lo que te he contado. ¿Qué te preocupa tanto?

Doña Lisarda los oyó entrar y los exhortó desde arriba.

—No os quedéis abajo; subid y contadme cómo os ha ido.

Una vez acomodados en la sala, Francisca notó que su padre estaba contento. Se consideraba buena hija, pero no estaba dispuesta a sacrificarse por la empresa de su padre: aún tenía muchos años de vida por delante, Dios mediante. A veces la respuesta la tenías ante ti, pero uno no se decidía a admitirla. ¿Sus padres la aceptarían?

—Padre, además de mostrarse favorable a la alianza, ¿le ha adelantado don José algunas de las condiciones para llevar a efecto esa alianza?

—No, no hubo tiempo. Se nos acercó… ¿Recuerdas a Basilio Berrocal? —Se dirigió a doña Lisarda, quien asintió con una sonrisa —. Pues bien, sigue como siempre. Vive al sur de Luzón, en el barangayán de Albay, de cara al Pacífico. Es una región lluviosa y muy fértil. Su prosperidad viene de la obtención de aceite de coco, que sustituye al de oliva, tan caro y tan difícil de conseguir, y de la fabricación de papel. Me animó a que me uniera a él. Pero, perdona, hija, me he ido por las ramas. Lo cierto es que desprendía bienestar y alegría, y ha sido muy contagioso.

—Me alegro de que esté más animado que estos días atrás —dijo Francisca.

—Sin embargo, tú no lo pareces. —Doña Lisarda la observaba con ojo crítico. La conocía bien. Y si su marido no hubiera estado tan perdido en su angustia, también lo habría notado.

—No, pero el inesperado encuentro con ese Basilio Berrocal me ha despejado el camino para sincerarme con ustedes. Mientras padre hablaba con su amigo, yo mantuve una conversación muy interesante con Marcos. La alianza depende de mi persona: me quieren a mí y a mi lucrativo comercio de perfumes.

—Saben que no formas parte de la Casa de Muñoz —objetó don Pedro, con el ceño fruncido.

—Por supuesto. Como también saben que las dos casas comercian con los mismos productos. Sería aumentar el volumen, pero poco más. No son tontos: se han percatado de que cuento con contactos, agentes en puertos diferentes a los vuestros. Les intereso yo y me quieren ligar con un matrimonio; de esa manera ellos dispondrían de todo lo mío y yo me convertiría en una figura inútil.

—Y no estás dispuesta a ceder en nada y menos a contraer matrimonio y perder tu libertad —concluyó doña Lisarda.

—¿Me lo reprocha, madre? No soy como mis hermanastros. He pensado que no necesitamos esa alianza, que yo los puedo mantener como si fuera un hombre. Ustedes no ignoran que soy capaz de ello.

—¡Claro que eres capaz! —exclamó doña Lisarda—. Pero olvidas tu condición de mujer. Miguel, los Cabrero y otros más no lo olvidan, y, sin darte cuenta, te están incluyendo en sus planes mercantiles.

—Eso suena a disputa en un mercado, Lisarda —reconvino don Pedro.

—Dice mucho sobre su afecto, padre, que le moleste; sin embargo, madre ha dicho la verdad. Soy consciente de que valgo por lo que tengo, no por lo que soy.

—No voy a depender de un hijo mientras tenga dos manos para trabajar —dictaminó don Pedro—. Valoro tu ofrecimiento, pero conservo mi orgullo. Sin la alianza, me inclino por la propuesta de Basilio Berrocal. Os diré lo que haré: lo invitaré a cenar para que nos dé más detalles. Me fío de tu criterio, Francisca, y agradecería tu opinión sobre lo que nos cuente.

—¿Pero qué va a ser de ti, hija? —se preocupó doña Lisarda.

Jian se asomó desnudo a la ventana. Hacía un bochorno pegajoso. Su esposa, a la que había llamado a su lecho, dormía tan sólo vestida con su larga melena negra. Había sido un acierto su elección, pues la mujer había ganado su respeto y aprecio por su discreción, sus maneras suaves y el conocimiento de sus deberes y por ser una

buena madre. Jian no pedía más; la pasión destrozaba los matrimonios y alteraba la paz del hogar. La pasión había de mantenerse fuera de la familia, y, cuando terminaba, estaba la paz del hogar.

A falta de una, ahora habían zarpado dos fragatas, una del consulado y la otra de la Real Compañía. Los sampanes de la Casa de Zhou iban y venían de Cantón, llenando los almacenes que al poco se vaciaban. Era un buen negocio; no obstante, el que le generaba a él su independencia no tendría cabida en ninguno de las dos naos.

En uno de los almacenes se acumulaban los cajones repletos de joyería barata que seguía elaborando, aunque sin prisa, sin tanta dedicación. Su esposa creía que había dejado de visitar a su amante. Pasaba más tiempo entre los orfebres del taller, a quienes había pasado los diseños de las piezas falsas para que las reprodujeran en oro, plata y piedras preciosas, algo que debería haber hecho tiempo atrás.

El aire caliente y húmedo removió la tela de algodón que impedía el paso de los insectos. Miguel era un obstáculo para Jian, y sin el mestizo todo sería más fácil. Por lo que Fei le había contado a Jian la tarde anterior, Esteban había abandonado también la Casa de Muñoz: los dos hermanos se habían apartado del padre, y ese detalle le facilitaba a Jian llevar a cabo su proyecto.

Había descubierto a su agente en Cantón y ya estaba fuera de juego, así que tendría que acudir a su hermano Esteban. Por lo que le había contado Fei la tarde anterior, Esteban había abandonado la Casa de Muñoz; habían dejado al padre solo.

El problema era Francisca. Ella sí que estaba acorralada por su condición de mujer, a merced del mejor postor: belleza y fortuna. Mala combinación. Con ella como *taipán,* Manila sería un paraíso para Jian. Había repasado a los hombres bien posicionados y solteros, pero siempre había algún defecto. Necesitaba que el hombre fuera de paja y le permitiera dominar a ella, una causa perdida.

Jian salió de la estancia y se preparó para acudir a la cita con Francisca. Había cuidado los detalles del encuentro ante el peligro

que suponía cada vez que se movía: un lugar neutral y que no se lo relacionara con él. Se bajó de una calesa de alquiler frente a un almacén rodeado de palmeras que lo resguardaban del sol. Lin Ying era un chino muy versado en fármacos y en aromas y suministraba a Francisca ámbar gris, vainilla de Madagascar y resina de benjuí de la zona de Camboya, es decir, materias primas que no estaban al alcance de la Casa de Zhou. Jian se había vestido como un humilde campesino para despistar a los espías, y la Casa de Ying estaba suficientemente alejada de la Casa de Zhou para que no se estableciera una relación.

Entró por un lateral, como un sirviente más, aunque fue recibido por Ying con la deferencia propia de su rango. El anfitrión lo condujo a una estancia ricamente amueblada al estilo oriental y ordenó que le sirvieran un té. Se sentaron en torno a una mesa baja, y una mujer les sirvió el té y se retiró para que hablaran de sus asuntos. En cuanto anunciaron la llegada de la extranjera, Ying se despidió. A pesar del tiempo que llevaban los españoles en Filipinas, los sangleyes los seguían considerando extranjeros.

Francisca accedió a la habitación e inclinó el cuerpo a modo de saludo. Jian le indicó los cojines a su lado, y la joven, como buena alumna de Fei, se arrodilló y se sentó sobre los talones.

—Hay muchas novedades, pero una en particular nos atañe directamente, y creo que de forma beneficiosa. —Jian se sonrió por dentro. Los españoles tenían muchos defectos, pero no el de demorarse en palabras antes de abordar el tema, como era habitual en las conversaciones chinas, en las que el preámbulo formaba parte de la cortesía—. He averiguado cómo ha retornado el joyel falso a Manila. Uno de los compradores de la escuadra es piloto del Montañés y frecuenta mi casa.

—Estoy al corriente de esa relación de ustedes con algunos oficiales.

—Pues el joyel viajó a Cádiz desde Nueva España, y la familia del piloto, que es comerciante, desea vender ese tipo de joyas baratas. Pero el joyel le fue robado; no me aclararon la circunstancia del robo. Surgió en la conversación de la última visita de los oficiales a mi casa, en la que me enteré de que en Francia existe un conocido

gremio de orfebres que se dedican a la fabricación y venta de este tipo de aderezos sofisticados y ejecutados en materiales más baratos. Luego es algo reconocido y lícito y en absoluto vergonzoso.

—Sería un enlace directo con Cádiz —planteó Jian, pensativo—. Es interesante. Pero no resuelve el inconveniente de los derechos de carga.

—Habrá oído rumores sobre la Casa de Muñoz.

—Me interesan las noticias, no los rumores —matizó Jian—. ¿Se realizará la alianza?

—No. El precio es muy alto: mi taller de perfumería y mi persona. Mi padre va a iniciar un negocio diferente: la explotación forestal y la industria. Un amigo lo ha convencido para fabricar papel y desecar cocos para obtener la copra, fácil de transportar, y de la que se extrae el aceite. Estuvo cenando en casa y resultó convincente. Mi padre está cansado de las rencillas y de las luchas en el consulado y busca protección para mi madre. Teme que mis hermanastros le arrebaten todo si faltara él. Ignora que su propio hijo no dudaría en quitarlo de en medio en cuanto no le haga falta.

—Es un jaque para la reina Francisca. —Los ojos de Jian sonrieron ante su propia metáfora, no así su boca—. ¿Cómo evitará el mate?

—Hasta ahora no me había planteado abandonar Manila. Me pregunto si ya será hora de volar.

—¿Con qué beneficio? Tendría que dejar un agente aquí. ¿Adónde iría?

—A Nueva España, con la familia de mi madre. No es solamente Miguel quien me acosa, sino también los pretendientes. Dependo de ellos para conseguir espacio de carga, para comerciar sin trabas. Cada vez es más difícil, y sin mi padre será imposible. El agente lo creará usted de la nada. Cualquier español que desee un buen salario sin involucrarse en las pérdidas y con derecho a carga: un funcionario recién llegado sería lo ideal.

—¿Y esos hombres de la Real Armada que frecuentan su casa?

—Volverán a Cádiz. Unos están casados y otros no. Aunque comercien, no son mercaderes. Ninguno ha perdido el juicio como para afincarse en el fin del mundo.

—Antes de tomar una decisión ¿me la dará a conocer?

—No es mi intención cortar nuestra relación comercial. Estoy considerando cuál es mi mejor opción para mantener una ruta abierta. Mi negocio depende de las especias, como el de usted de mi disposición de espacio en las naos y mis agentes de venta.

—Me alegro de ello. El ladrón del joyel está en manos de Miguel, pero carece de importancia una vez que conocemos al que lo ha traído. Ha recorrido mucho mundo ese broche.

V

La furia de las islas

1800

23

Las Bisayas, febrero de 1800

El asunto del junco se había iniciado aquel memorable día en el que tanto Mier como Melchor habían mostrado interés en la navegación milenaria de los mares de China, y ese afán se había truncado cuando descubrieron las dos fragatas inglesas en la bahía. Desde entonces, esa experiencia estaba suspendida en el aire, y, por fin, habían logrado cumplir su deseo.

El trabajo que la escuadra venía realizando desde que llegaron a Filipinas, independientemente de la defensa y de estorbar al enemigo, consistía en la investigación y gestión de la hidrografía, la descripción de las aguas y sus corrientes predominantes, enseñar a realizar cartas marítimas, navegar y guiar bajeles o crear rutas nuevas. Con esa función, Álava había creado el Depósito Hidrográfico a poco de asentarse en Cavite, en 1797, y Mier se había convertido en una pieza imprescindible en la enseñanza teórica y práctica.

En cada salida de alguna de las naves de la Armada, se habían cartografiado y tomado datos, pero a Álava le faltaban algunas islas Bisayas. Mier se ofreció a realizar ese trabajo y pidió permiso para hacerlo a bordo de un junco chino. El jefe de la escuadra se mostró reticente, pero, cuando corrió la voz y se presentaron voluntarios, cedió. Los juncos habían despertado la curiosidad por ser un modelo muy antiguo y sin apenas evolución, pero eran capaces de cubrir considerables distancias entre China y las islas.

Como oficial al mando, se designó al teniente de navío Anievas; como suplente al mando, al teniente de fragata Crespo, y como piloto, a Mier. Los alumnos serían los guardiamarinas Montiel y Andújar y pilotos indígenas, Juan y José. De tripulación, Anievas eligió a varios grumetes para que controlaran a los indígenas de

leva.

Mier trazó una derrota, que el jefe de escuadra aprobó, y, al cabo de una semana, que emplearon en pertrecharse de culebrinas y abastecerse, zarparon de Cavite.

Tras días de navegación, Melchor observó una bruma en el horizonte y sacó el catalejo.

—Panaos —anunció—. Se acabó la diversión. A trabajar.

Mier responsabilizó a cada alumno de una determinada recogida de datos: densidad de las aguas, corriente, mareas. La cartografía la realizaron entre todos, y, en algunos puntos de la isla, desembarcaron. Los días pasaban rápidos de tan ocupados como estaban. En Iloílo se abastecieron de agua y verduras, conversaron con algunos hacendados establecidos allí y con la congregación de religiosos, quienes les ofrecieron bastante información sobre el clima y los movimientos sísmicos tan frecuentes.

De allí pasaron a Negros, una isla muy larga con parte de la costa abierta al mar de Joló y el extremo sur, adonde llegaron al caer la noche, cerca de la isla de Mindanao.

El junco estaba preparado para el comercio y el interior se había compartimentado en espacios estancos. En cada mampara se abría un agujero flexible que permitía que se comunicaran los espacios, o bien, que se taponaran para evitar una inundación y el rápido hundimiento de la nave. A Melchor le pareció ingenioso cómo habían resuelto un problema tan común cuando se producía un boquete en el casco. El inconveniente era la carencia de camarotes, por lo que dormían en la cubierta. En caso de lluvia, a pesar de que se encontraban en el monzón seco, se extendían unos toldos.

La noche era oscura, de luna nueva. Además de los faroles de posición, dejaron un fanal encendido, colgado de la botavara, para facilitar la vigilancia a la guardia o para que los que sintieran necesidad de evacuar no pisaran a los durmientes.

El tañido repetido de la campana y los gritos de Andújar llamando a las armas despertaron a Melchor, que retiró la manta y se puso de pie con el sable y la pistola ya en las manos. El brusco despertar y la ansiedad lo espabilaron rápidamente y disparó al hombre semidesnudo y mojado que se le vino encima. Al siguiente lo detuvo

con el sable. Desechó la pistola y se armó con el puñal. Un enjambre de moros, menudos y morenos, trepaban por el casco del junco. En la semioscuridad, Melchor no pudo hacerse una idea de si ganaban o perdían. Tiraba con el sable de acero toledano, unas veces en defensa y otras para atacar, sin pensar, pendiente de los reflejos de las hojas de metal que denunciaban la presencia del enemigo.

Uno de los moros gritó una orden y el enemigo aumentó en su entorno. Juan y Mier acudieron en su auxilio y acabaron con un par de ellos antes de que se dividieran. Melchor, como buen estratega, cubrió la espalda de Mier a la vez que la propia. Alguno de esos diablos rompió el fanal de la botavara, y la oscuridad fue completa.

—¡No pierda mi espalda! —gritó Melchor, que mantenía a raya a dos moros—. ¡Vaya aproximándose a la aleta de estribor!

Melchor captó un doble movimiento; los diablos se habían puesto de acuerdo y uno reptaba por el suelo a su derecha, mientras que el otro lo distraía, erguido, a su izquierda. Este último lo atacó y Melchor, con agilidad, se agachó para esquivarlo y aprovechó para hundir el sable en el cuerpo del que se arrastraba. Con el puñal de la mano izquierda, antes de levantarse, buscó el cuerpo del que se le abalanzaba y le atravesó el corazón; sin embargo, no logró evitar que el indígena le infligiera un corte en el brazo. Recuperó el sable a tiempo de parar la estocada de un tercero que se le venía encima. El moro no duró mucho, pues Juan le segó la mano que empuñaba un *parang*. El hombre intentó tirarse por la borda, pero se lo impidieron.

—Encended los fanales —ordenó Anievas. El asalto había terminado—. Que no escapen los que estén vivos. Quiero interrogarlos.

Melchor seguía tenso a pesar de que el peligro había pasado. Los fanales hirieron sus ojos, ya habituados a la oscuridad. La cubierta ofreció un espectáculo dantesco: cuerpos mutilados y sangre por doquier; sin embargo, no le afectó. Se hallaba sumergido en una extraña laxitud e indiferencia. Montiel cortaba los cabos de los rezones de asalto que habían empleado los moros para abordar la nave como prevención de que alguno quedara al amparo del casco.

—¿Alguien divisa la nave en la que han venido? —preguntó Melchor, preocupado.

—Ya se han ido —informó Juan—. Los sueltan, llegan a nado y la vinta se aleja para no delatar su presencia. Es como proceden siempre, de ahí el éxito. No se enfrentan abiertamente. Son muy silenciosos y disciplinados, señor.

—¿Cuántas bajas, señor Andújar? —indagó el comandante.

—El guardia de estribor y dos indígenas de leva por el momento, señor. En cuanto a los heridos, están siendo atendidos por José, que tiene conocimientos sobre curas.

—Los muertos, al agua. A los nuestros los preparan según la costumbre. Se les despedirá con honores —ordenó Anievas—. Juan, ayúdeme con el interrogatorio.

—No se moleste, señor: estos diablos no hablarán ni con amenazas.

—Asegúreles que dejaremos que empuñen un *parang* para que entren en el paraíso y los reciban las huríes que les ha prometido Mahoma —sugirió Melchor, acostumbrado al enemigo argelino—. La superstición es más fuerte que cualquier castigo físico. Además, ellos se dan por muertos.

—¿Ha comprendido la idea, Juan? —preguntó el comandante. El filipino asintió y se acercó a los tres prisioneros, dos de ellos malheridos.

—Separadlos —ordenó Melchor—. Será más fácil quebrar la voluntad del más débil si se encuentra solo.

Amanecía cuando consiguieron doblegar a uno de los heridos. Al borde de la muerte, confesó, y Juan, fiel a su palabra, le puso en la mano un *parang* para que entrase en el paraíso prometido por Mahoma a los valientes.

Antes de que se dieran cuenta, uno de los marineros indígenas se abalanzó sobre los cautivos y los decapitó con un hacha de asalto. Melchor, impresionado, exigió una explicación.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Ellos atacaron mi aldea. Raptaron a mi hija para venderla como esclava. Mejor muertos. Nunca vivos. —Ofreció sus manos para que lo apresaran y el comandante Anievas negó con la cabeza.

—Tiradlos al agua y limpiad la cubierta con el lampazo. Omitiré este desenlace en el informe. Señor Montiel, en una hora quiero

restaurada la actividad por la que nos hallamos aquí.

Melchor hizo una señal a Anievas y se retiraron a popa para hablar.

—No ha sido un ataque al azar. Lo dirigía un hombre blanco y tenían orden de atacar el junco y de matar a los hombres blancos. Conocían los detalles y sabían que seríamos presa fácil.

—¿Está pensando en el traidor de Calderón? —planteó Anievas.

—Álava ha dictado una orden de búsqueda y captura, pero es muy fácil esconderse en estas islas —dijo Melchor—. Imagino que los moros tendrán sus espías en Manila, y las actividades de la Armada están en boca de todos. Ha sido una necedad por nuestra parte habernos confiado. La realidad es que gracias a Andújar, que no se había adormilado y dio la alarma a tiempo, vivimos para contarlo. En caso contrario, nos hubieran pasado a cuchillo sin enterarnos.

Anievas elaboró un razonamiento.

—Este ataque es algo muy elaborado, con información y con enlaces con los moros. Desde su deserción, Calderón no nos ha buscado, incluso puede evitarnos. ¿Y ahora? ¿Por qué nos quiere muertos? ¿Qué ha cambiado?

Se quedaron en silencio, pensativos, en tanto se efectuaban las labores de limpieza en el junco.

—Vaya a que le curen esa herida, aunque sea superficial —recomendó Anievas a Melchor.

Levaron anclas y entraron en el estrecho entre Negros y Cebú, la isla que creaba expectación entre los marinos por ser la primera colonizada y donde había fallecido Fernando de Magallanes. La forma de punta de lanza les complicó la cartografía a causa de los días que tardaron en recorrer tantos kilómetros de costa, a lo largo de la cual se cruzaron con vintas y canoas de pescadores. Era una de las islas más habitadas.

El comandante Anievas decidió pasar un par de días en la villa de San Miguel, fundada por Legazpi. Después de Manila, era el lugar en el que más españoles se habían asentado, protegidos por el presidio de San Pedro, que vigilaba la entrada al estrecho que separaba Cebú de la isla de Mactán.

Fueron muy bien acogidos por los lugareños, ávidos de noticias. Asistieron a una misa en la iglesia que se había construido para

cobijar al Santo Niño, les mostraron la cruz de Magallanes y el sitio en el que había sido enterrado. La villa conservaba las primeras edificaciones civiles y guardaba el recuerdo de aquellos hombres con celo. La principal fuente de alimentación provenía del mar. Probaron diferentes guisos con tortuga, y el atún se asemejaba a la carne del tiburón, por ser prietas; conocieron el cebú y el cerdo verrugoso. La breve estancia permitió curar a los heridos y realizar el abastecimiento de alimentos frescos y la aguada. Bohol era su próximo destino.

Como el comandante no deseaba más sorpresas, observaban un estricto horario de guardias desde que sufrieron el ataque, incluso colgaron faroles a estribor y a babor para iluminar el casco del junco. Bohol se situaba al norte de Mindanao, un nido de piratas moros, sin embargo, no los importunaron durante su estancia por aquellas aguas.

Terminado el trabajo para el Depósito Hidrográfico, los tres amigos le habían encontrado placer a holgar y departir con los colonos. En Bohol habitaban los agustinos recoletos, que ocuparon el lugar que abandonaron los jesuitas al ser expulsados del territorio español en 1767. Los recibieron con el mismo entusiasmo que en San Miguel. Fray Domingo los acompañó al interior de la isla para ver a los pequeños primates de ojos rojos, los tarseros y a los lémures voladores. Les mostró algunas variedades de bambú y los ríos de aguas negras debido a su origen volcánico. Fray Domingo les comentó que en la isla de Panglao se había asentado una tribu de nómadas muy conocida en los mares de China por su resistencia sin respirar bajo el agua y los invitó a conocerlos si le permitían acompañarlos.

El señor Anievas no se lo pensó dos veces: embarcaron al fraile y se acercaron a la isla, muy cercana a la costa. En una protegida bahía, calcularon una veintena de canoas, largas y anchas, sobre las que vivían los indígenas. Para que no se asustaran, botaron uno de los botes al agua, y el fraile, con la cruz en alto, indicó a los remeros que se aproximaran. Los indígenas rodearon el bote con curiosidad. El fraile se explicaba, y, al cabo de un rato, les hizo señas para que desembarcaran.

—Se ha entendido con ellos —dedujo Mier.

—Los que estén libres de guardia pueden acercarse en un bote —permitió Anievas.

Andújar, Juan, Mier y Melchor se apretaron en el último bote con cuatro marineros indígenas a los remos.

—¡Mire! ¡Caminan por el fondo! —exclamó Mier, emocionado.

—¡Dejad de remar! —ordenó Melchor sin perder de vista al buceador—. ¿Cuánto tiempo aguantará sin respirar?

Observaron cómo el indígena recogía en una cesta cangrejos, erizos y algún pulpo. Se valía de las manos, excepto para el pulpo, al que atravesó con la lanza.

—¡Es increíble, señor, lleva mucho rato sin respirar! —se admiró Juan—. Había oído hablar de ellos, pero pensé que eran cuentos de nuestros mayores.

—El fraile nos hace señas, señor. —Mier los sacó de la distracción, y retomaron la boga.

—¿Qué opinan de este pueblo? Se llaman los Bajau Laut —informó el fraile desde su bote.

—Increíble —admitió Melchor— ¿Cuánto tiempo calcula que aguantan bajo el agua?

—Entre ocho y doce minutos —contestó el fraile—. Si no les importa, me quedaré entre ellos. Me han invitado. Les enseñaré el camino hacia el Señor y, de paso, estudiaré su comunidad y costumbres. No hay registro de ellos en el convento. Creo que será interesante.

—He comprobado que ustedes, los religiosos, realizan una importante labor en estas islas recabando información —elogió Melchor.

—Igual que los oficiales de la Real Armada, disfrutamos con el estudio. El mundo es inmenso y los pueblos despiertan el interés de las mentes curiosas. —El fraile pasó del bote a una de las casas flotantes. Un joven menudo, broncíneo y musculoso lo recibió y lo ayudó a instalarse. Y se volvió de nuevo hacia ellos—. Este hombre tiene una buena cantidad de perlas que le gustaría cambiar por cuchillos.

Corrió la voz entre los indígenas de que a cambio de perlas podían

obtener las preciadas armas, tan necesarias para la supervivencia, y enseguida se vieron rodeados y regateando por los filos que tenían encima.

Melchor pensó en los hombres que se habían quedado a bordo y le dijo a Juan que los invitara al barco. Cuando cayó la noche, oficiales y marineros eran ricos en perlas y pobres en armas blancas, algo que le hizo reflexionar al comandante Anievas.

—Es curiosa la importancia relativa de las cosas —les comentó a Mier y a Melchor. Apoyados en la borda de babor, contemplaban el mar oscuro—. Los cuchillos son de gran valor para esta gente; sin embargo, para nosotros las perlas representan lo mismo que para ellos los cuchillos.

—Si nos atacan, los echaremos de menos. ¿Y con qué comeremos? —El pragmatismo de Mier despertaba las conciencias.

—Son un poco grandes, pero los sables pueden servir, ¿no? —improvisó Melchor. Se rieron.

El 23 de marzo daban ancla en Cavite, en medio de la expectación que había despertado la aventura en junco. Anievas, Mier y Melchor se dirigieron a informar al jefe de la escuadra con los mapas y cuadernos llenos de los datos obtenidos en el viaje. Andújar y Montiel recibieron la orden de vaciar el junco de lo que perteneciera a la Real Armada para devolverlo a su dueño. Los dos oficiales y el piloto tardaron un par de horas en contestar las preguntas llenas de curiosidad de Álava y quedaron en repetir la entrevista más adelante, cuando el comandante hubiera revisado el trabajo. La traición seguía pendiente en el aire y afectaba a la escuadra. Álava, como era de esperar, no lo pasó por alto.

—Es muy grave lo que me cuentan. El señor Calderón conoce nuestras costumbres y nuestras debilidades. Pero, aunque organizásemos una cacería, sería imposible dar con él, y menos si está amparado por los moros.

Abandonaron el despacho del comandante y, antes de salir del fuerte San Felipe, el encargado del correo le entregó una misiva a Melchor. Los tres se encaminaron a la taberna en la que les sirvieron un guisado de ave y arroz. Melchor abrió el mensaje y lo leyó.

—El señor Zhou nos invita a pasarnos por la tienda —anunció.

—Querrá enseñarnos nueva mercancía, pero no hay barco, que yo sepa —dijo Anievas—. Aun así, nos pasaremos; debemos adquirir cuchillos, aunque no serán de hoja toledana.

—No menosprecie el acero japonés —reprendió Melchor—: corta un pelo en el aire y está bien templado. Tienen muchos tipos de sables, pero al que reverencian lo llaman catana, ligeramente curvado y de un filo. He manejado una en la herrería.

—¿Las fabrican nuestros herreros? —se interesó Anievas.

—No. Requieren un maestro. No las fabrica cualquiera, tienen sus sellos personales. El herrero la ha heredado de un familiar.

—La visita al almacén del señor Zhou le permitirá ver de nuevo a la viuda de Puig —notó Anievas, mirando de soslayo a Melchor—. No me negará que se siente atraído por ella…

—No lo negaré, pero me asusta meterme en una historia que tiene los visos de acabar mal. No creo que me siguiera a Cádiz, y a mí no se me ha perdido nada aquí. Me parece un lugar inhóspito y difícil para fundar una familia.

—Las mujeres están deseando ir a Nueva España o a la Península —contradijo Anievas.

—Pero me he ido a fijar en la que regenta un negocio que la ata aquí. Por eso no le veo futuro.

—¿Le dejaría seguir con su negocio en Cádiz? —planteó Anievas.

—¿Ha visto cómo habla de su taller y de sus creaciones? Es una mujer apasionada. Es una parte de su carácter que me encandila, esa libertad de decidir, de hacer. ¡Casi me muero cuando la vi con la ropa de Fei!

Se rieron ante el recuerdo.

—Sí que es atrevida —reconoció Anievas—. Ideal para usted, que está aburrido de las damiselas aristocráticas.

24

Manila, abril de 1800

Francisca arrastró el cesto con los frascos de perfume elaborados y sellados. La carpintería, a la que le encargaba los cajones para la estiba, estaba saturada de trabajo, pues había abastecido a clientes que habían enviado carga en el Magallanes, y llevaban retraso.

Se incorporó acalorada. Se había hecho público el dictamen de la comisión encargada de investigar las razones del regreso de la nave al puerto, y los oficiales de la Armada habían sido contundentes: la nao Magallanes podía haber continuado su derrota hasta Acapulco. No le gustaría estar en la piel de los que habían tomado la decisión de volver a puerto. Aparte de eso, la nao estaba a punto de hacerse a la mar con nueva oficialidad, por descontado. Los consulares rezaban para que el segundo intento fructificase y no sufriera otro temporal en el estrecho de san Bernardino.

—¡Señora, señora! —llamó Serafina desde el fogón. Francisca asomó la cabeza por la puerta—. Algo grave ha sucedido. Acaba de llegar su padre muy compungido y ha mandado avisarla.

Francisca se apresuró a quitarse el delantal, cerró la puerta, atravesó la cocina como una exhalación y subió las escaleras casi sin resuello, pues las voces provenían del salón.

—¡Ah, estás aquí! —La reconoció don Pedro con la mirada triste y cansada—. Han asesinado a Esteban. ¿Qué está ocurriendo? Es el segundo asesinato en esta familia: Severino y ahora Esteban. Antes se moría en los enfrentamientos, pero no se asesinaba a nadie de forma silenciosa y traidora.

—¿Se sabe quién es el asesino? —atinó a preguntar Francisca, por cuya mente pasaban las ideas en tropel: Miguel, Jian… Sin dudar se quedó con Jian, como una fijación, que fue interrumpida por el pliego que le alargó su padre, en el que le comunicaban la muerte

del hijo.

—No. Ha venido junto con el correo en una corbeta que cubre la ruta Cantón-Manila. Si había habido alguna posibilidad de que Esteban hubiera regresado al redil, ya no lo sabremos. La suerte está echada: sin Esteban no hay Casa de Muñoz. No puedo con todo solo, y la competitividad y los cambios que vienen… —Meneó la cabeza dubitativo. De pronto, se irguió, respiró hondo y tomó la decisión—. Lisarda, prepárame una bolsa para emprender viaje. Voy a enviar aviso a mi amigo Berrocal para decirle que lo acompaño a Alday.

—¿Está seguro, padre?

—Como hace tiempo que no lo he estado. Son productos con mucha menos competencia y que venden bien. Tengo buenos ahorros, así que no necesito grandes ganancias y dejo de depender del consulado y de los gremios.

Bajó al escritorio y garabateó unas palabras. Le confió la nota al mozo del almacén para que la llevara al puerto. Le dio el nombre del junco y de la persona a quien debía entregársela.

—Espero que llegue a tiempo. Entendí que saldría a mediodía —explicó don Pedro—. Por el camino, me detendré en casa del abogado.

—¿Ha hablado con los Cabrero? —indagó Francisca.

—No. Si te atosigan, dales largas hasta mi vuelta. Que no sabes nada sobre mis planes. Que, ante la noticia del fallecimiento de Esteban, me he trastornado y he salido de viaje, pero no les comentes a dónde he ido, porque atarán cabos. Prefiero asegurarme antes de dar el paso definitivo.

—Muy prudente, padre. No se preocupe: sabré lidiar con ellos.

—No tengo la menor duda. Ya sabes cómo son estos viajes: el tiempo corre muy deprisa y no sé a lo que me enfrentaré. Cuida de tu madre. Estará muy preocupada hasta que no me vea entrar de nuevo por esa puerta.

—Saldremos adelante, padre. Usted haga lo que deba hacer —aseguró Francisca, consciente del agobio del hombre. Don Pedro no acostumbraba a tomar decisiones tan repentinas, de lo que Francisca dedujo que llevaba rumiando la propuesta del amigo hacía

tiempo. La muerte de Esteban había servido de detonante. Si un par de años atrás le hubieran dicho cómo acabaría la Casa de Muñoz, no lo habría creído. Por otra parte, le había dolido la ingenuidad de su padre, pues le había quedado la tenue esperanza de que Esteban recapacitara.

—Aquí lo tienes, Pedro.

Lisarda, visiblemente angustiada, había bajado acompañada por Mauricia, que cargaba con la bolsa de viaje.

—Sal afuera —ordenó don Pedro a la criada—. En cuanto vuelva el mozo, le entregas la bolsa y me avisas. —Don Pedro se giró hacia Francisca y la abrazó—. Ve arriba, déjame despedirme de tu madre.

Francisca obedeció y subió al salón. Nerviosa por la forma tan precipitada en la que se habían desarrollado los acontecimientos, se asomó a la ventana. No tardó en divisar la calesa con el mozo. Era la primera vez, desde que sus padres se habían casado, que se separaban. Habría de lidiar con la tristeza y la impaciencia de su madre en cuanto empezasen a transcurrir las semanas. Emprender un viaje suponía una aventura, enfrentarse a lo impredecible. Y su padre partía de improviso. Se le encogió el corazón. Lo vio subir a la calesa, dar la orden al mozo y partir con la vista al frente, sin mirar atrás.

Escuchó los pasos de su madre, que subía la escalera, acompañados de un sollozo ahogado. Se acercó en cuanto esta cruzó la puerta, se abrazaron y se abandonaron al llanto. Al cabo de un rato, se serenaron y se separaron. Y el suelo tembló, la casa se estremeció, los enseres se movieron, las porcelanas tintinearon y cesó tan de repente como se había iniciado el temblor.

—¡Oh! —Doña Lisarda ahogó el grito entre las manos—. ¡Una premonición!

—¡Madre! La Iglesia nos previene contra esas supersticiones —reprendió Francisca, poco dada a los histerismos—. Los temblores son habituales; no hay nada de extraño ni premonitorio en este. Es igual a los demás.

—Ha sido más fuerte —reivindicó su madre, avergonzada por la muestra de debilidad.

—De vez en cuando se producen —restó importancia Francisca—.

Padre está a punto de abandonar Manila. De acuerdo que es un contratiempo no deseado, pero no debemos entregarnos a la desesperación cuando no ha salido siquiera de la bahía.

—Disculpa, hija. Ha sido tan repentino que no me ha dado tiempo a hacerme a la idea. Llevas razón, como siempre.

—Madre, no le voy a ocultar nada. Ignoro qué le habrá contado padre. Hemos de mantenernos firmes frente a las habladurías, que las habrá en cuanto se extienda la noticia de la muerte de Esteban. Todo el mundo querrá conocer la suerte de la Casa de Muñoz, y es bastante probable…, más bien, es seguro—se corrigió— que Miguel aprovechará para desacreditar a su padre.

—Lo habéis hablado delante de mí, no soy corta de entendederas. Intuyo que Pedro habrá diluido lo desagradable para no preocuparme.

—En absoluto. Es cierto que la Casa de Muñoz se ha disuelto, pero disolver no significa quebrar. Padre es muy solvente y sigue recibiendo los réditos de los últimos embarques. El último será el del Magallanes, así que no se encuentran en la miseria. Es importante que elaboremos una historia que los ociosos deberán obtener con paciencia. No lo pregonaremos, nos mostraremos renuentes a contar; cuanto menos hablemos sobre ello, menos peligro habrá de equivocarnos, y, sobre todo, no debemos entrar en las provocaciones que los rumores generen.

—Resumiendo, la familia es solvente, aunque la compañía de los Muñoz se ha disuelto porque un hijo ha fallecido y el otro se ha independizado. ¿Dónde se encuentra mi marido en un momento tan delicado?

—Necesitaba pensar y echaba de menos a su hija Jacinta. Está en Cebú. Usted ha pasado una temporada suelta de vientre y no se encontraba fuerte para acompañarlo.

—¡Ah! Muy inteligente, cariño —felicitó Lisarda, más animada—. Aunque esa excusa se notará falsa. Nuestras amistades no ignoran que no me llevo bien con mis hijastros.

—Mejor. La evidencia de la excusa le dará ese toque de veracidad. —Se sonrieron. Siempre se habían entendido.

—¡Cómo que no está! —La voz de Miguel les llegó desde abajo.

—Quédese aquí —dijo Francisca, dispuesta a enfrentarse a él.

Se acercó a la escalera y gritó.

—¿Qué sucede ahí abajo?

—Es el señor Miguel, que busca a su padre —informó el mozo del almacén.

Francisca bajó con el corazón en un puño. Hasta ese instante, no se había percatado de que estaban solas en la casa. Al pie de la escalera la aguardaba Fei, y se sintió más segura.

Entró en el despacho y sorprendió a Miguel registrando la mesa del padre.

—No tienes derecho a tocar nada en su ausencia —reprendió Francisca.

—¿Y quién me lo va a impedir?

Sin embargo, dejó de buscar lo que fuera, rodeó la mesa y se plantó frente a ella.

Francisca no comprendía cómo unos ojos, oscuros como el carbón, podían brillar tanto. La tez morena escondía la congestión del enfado, pero lo denunciaban las venas hinchadas del cuello. Para su desgracia, era bajo, como los tagalos, pero corpulento como don Pedro. Francisca pensó en la ironía del destino: su hermanastro, para mayor infortunio, había heredado lo peor de cada raza. No obstante, Francisca se fijó en que Miguel había perdido peso; la camisa denunciaba el exceso de sudor y el cabello lucía grasiento. Se había descuidado a causa del trabajo y de las preocupaciones que debían de causar los chantajes. ¿Tendría algún amigo? El poder y la ambición proporcionaban muchos quebraderos de cabeza.

—¿Qué es eso de que mi padre ha salido de viaje? ¿No se ha enterado de que Esteban ha sido asesinado?

—Sí, recibió el correo —confirmó Francisca—, pero el viaje ya estaba organizado y se ha ido, aunque muy triste —mintió descaradamente—. Se lamentó de que la familia estuviera rodeada de asesinatos: mi marido y ahora Esteban. Parece una maldición. —Francisca apostó por la superstición, tan pegada a los indígenas. Miguel había pasado media vida rodeado de ellos, por lo que algo le habría quedado.

—No soy estúpido —replicó Miguel con una mueca que pretendía

ser una sonrisa—. Yo creo más en la mediación de la mano del hombre. La cuestión es: ¿de quién te has valido para llevar a cabo tu venganza? Imagino que entre los factores de Cantón tendrías muchos dispuestos a servirte por conseguir tus favores en el lecho, ¿o ha sido ese maldito sangley que me persigue como si fuera mi sombra? ¿Crees que no estoy al cabo de tus manejos? ¿Crees que no sé que has sido tú quien ha incendiado mi taller? ¿Por quién me tomas?

—¿Y por quién me tomas tú a mí? ¿Crees que voy a dejar que me robes sin defenderme? —Francisca era consciente de la declaración de guerra que estaba teniendo lugar, aunque esta hubiera empezado años atrás, pero hasta entonces había sido una guerra soterrada.

La actitud de Miguel cambió de pronto. Sonrió enseñando los dientes, una sonrisa taimada que no presagiaba nada bueno.

—Bien, bien. Estamos solos, ya no está padre en medio y te voy a dar una lección que no olvidarás.

Levantó la mano con el puño cerrado y lo descargó hacia Francisca; sin embargo, otra mano, más menuda pero con la fuerza y la determinación milenaria de las luchas chinas, la detuvo en el camino, y, al mismo tiempo, sintió en las rodillas un golpe seco que lo obligó a doblegarse. Fei, alerta, se interpuso con la agilidad de un felino entre los hermanastros. Miguel se recuperó rápido, sin llegar a caer al suelo, pero ese pequeño intervalo le permitió a Francisca reaccionar, y estaba preparada para hacerle frente en la lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Sal de mi casa o te saco a patadas! —gritó, furiosa.

—¿Tu casa? —escupió Miguel, con el odio rebosando en la mirada —. Ya veremos por cuánto tiempo es tu casa. Esta es tu última afrenta, y la de la mugrienta sangley. La próxima vez que nos encontremos será con tu cuerpo a mis pies.

Miguel entendió que nada podía contra las dos. Conocía las artes marciales de los chinos y se mostró prudente optando por la retirada. Dio media vuelta y salió de la casa. El mozo, que se había mantenido apartado, cerró el portón.

—Gracias, Fei. —Y Francisca se dirigió hacia el mozo—: No vuelvas a franquearle la entrada mientras no esté mi padre presente. Carece

de derechos en esta casa, ¿queda claro?

El mozo asintió con cara de espanto. Y a Francisca se le heló la sangre. No había caído en la cuenta de que todo el servicio, a excepción de Fei, era filipino, y las ramificaciones de la familia Ronzal, la madre de Miguel, eran muy largas. Debía investigar sobre ellos para saber con quiénes podía contar.

Subió las escaleras y halló a su madre esperándola en lo alto.

—Lo he oído —dijo, blanca como la cal—. Si no regresa tu padre, ¿qué será de nosotras?

—Regresará —aseguró con firmeza Francisca—, pero no solucionará nada, a no ser que se vayan de Manila. Pero de eso hay tiempo para hablarlo. Hasta que no vuelva padre, son sólo ideas o posibilidades.

—¿Incendiaste su taller?

—Él destrozó el mío y me robó. Incendié su taller, con mis perfumes y mis fórmulas.

—Te desconozco. Tu padre siempre ha confiado en ti, pero nunca creí que tuvieras la determinación de un hombre. ¿De verdad piensas que podrás sobrevivir enfrentándote a Miguel?

—Si no lo pensara, ya estaría muerta. Madre, no puedo ser negativa ni pusilánime. El mundo es de los valientes, de los luchadores, padre siempre lo ha dicho. Si he de morir, lo haré luchando.

—¿Quién es ese sangley que ha mencionado? ¿Qué es toda esa historia acerca de tu criada?

—¡Oh! Creo que se refería al señor Zhou porque frecuento su almacén. Pero usted me acompaña a menudo y ya ve que sólo hay una relación comercial —mintió Francisca—, pero es un rival para Miguel. Busca cómo involucrarnos y escandalizar a la sociedad. No me preocupa. En cuanto a Fei, es algo más que una doncella. Pertenecía a la sociedad secreta del Loto Blanco y el Gobierno chino ha puesto precio a su cabeza. Yo le ofrecí la ocasión de escapar a cambio de enseñarme a luchar y de servirme en lo que hiciera falta. Fei reconoció a los dos hombres que asaltaron la casa. Ella estaba aquí, escondida, y salió detrás de ellos para saber dónde se escondían y quién les pagaba. No conté nada porque no quería

disgustar más a padre. Al fin y al cabo, es su hijo.

—¡Dios mío! ¡Qué complicado! —se lamentó doña Lisarda.

—Es una guerra, madre, desatada por Miguel en casa y en el consulado, pero, por primera vez, he ganado una batalla.

Francisca había aprovechado para desvincularse de las actividades de Zhou, por si se rumoreaba algo. No hay mejor mentira que aquella que guarda trazas de veracidad. Mentir era un arte. Tampoco lamentaba la media verdad relatada a su madre. Era complicado mantener transparencia en las relaciones familiares. Había asuntos que era mejor callarlos.

—¿Qué sabe sobre el mozo de almacén? ¿Cómo lo contrató padre?

—Es un pariente de Serafina, la cocinera. Es de confianza.

—¿Serafina y Mauricia trabajaban en la casa antes de que usted llegara?

—Serafina sí. A tu padre le gustaba cómo cocinaba y se la trajo. Mauricia empezó conmigo, pero no recuerdo quién la aconsejó. ¡No desconfiarás de ellas! Te han visto nacer y te han cuidado.

Francisca ya no se fiaba de nadie. Así que discurrió una forma de conseguir empleados fieles a su persona. Una criada que la siguiera allá donde fuera y careciera de vínculos familiares. Se le agotaba el tiempo. En cuanto su padre regresara, habría de tomar una decisión.

—Como Fei está ocupada en otros menesteres, hablaré con fray Joaquín para que me consiga una cita para visitar el orfanato. Contrataré una doncella.

—Muy buena idea —alabó doña Lisarda—. Muchas de ellas alcanzan la edad en la que deben abandonar la institución y no tienen dónde caerse muertas. Es terrible.

Miguel se hallaba junto a Monterroso y otros consulares que lo apoyaban. Aguardaban en el patio con los demás miembros el resultado de la elección del nuevo prior.

Observó a Monterroso, quien contemplaba a los consulares agrupados en el patio con el ceño fruncido. Dudaba de la victoria de Miguel, aunque no lo hubiera expresado. Había rebuscado en el pasado de Monterroso y su investigador no había hallado nada. Era

un hombre anónimo en busca de fortuna que se había embarcado en la nao como marinero para pagarse el pasaje. En Manila se había dado a conocer con el grado de sargento ante las autoridades y había aceptado el destino en Zamboanga, y allí había iniciado su escalada social hasta regresar a Manila. Ese grado de sargento no figuraba en Acapulco, de lo que había deducido que era falso; sin embargo, no había sido capaz de descubrir más.

Y luego estaba Zhou, que lo acosaba. Era el rival más potente al que se enfrentaba en el campo del comercio. Sin Esteban, debía buscar a alguien de confianza en Cantón. Su padre había trabajado en muchas ocasiones con Zhou, pero él no se fiaba. Lo había investigado y contaba con una flota propia que no sufría el ataque de los piratas y había trabajado con los chinos en Cantón. Demasiado poder para retarlo de frente. Lo mejor era socavar la credibilidad con bulos. ¡Qué buen instrumento el de los bulos! ¿Y si Zhou se dedicaba a falsificar joyas? Por más que interrogaba a los allegados, no conseguía ningún testimonio sobre el que apoyarse, por débil que fuera.

—Ya salen —advirtió Monterroso, igual de nervioso que Miguel.

En una pizarra habían escrito el resultado del recuento de los votos. Por una diferencia de cinco votos había ganado el rival de Miguel. Este apretó los labios, pero no dijo nada. Se acercó al ganador y le estrechó la mano con una sonrisa tan falsa como la de Judas. Había que quedar bien de cara a unas elecciones futuras, porque no cejaría hasta conseguirlo.

En cuanto abandonaron el consulado, Miguel no calló.

—Vuelva dentro y entérese de quienes son los traidores. Habíamos hecho bien el recuento y salía a nuestro favor. En las próximas elecciones no puede haber ninguna vacilación por parte de nadie, y, para lograrlo, los traidores deben ser castigados. Nos vemos en mi despacho.

Más tarde, ya en su casa, se presentó Monterroso con una lista de sospechosos y, mientras discutían las posibilidades sobre cómo descubrir a los verdaderos desertores, Aníbal anunció al piloto Calderón.

—Que pase —ordenó Miguel, con el ceño fruncido—. Es el desertor

de la Armada —explicó a Monterroso.

—Buenas tardes, capitán de los fracasos —se burló Miguel—. No sirve usted de mucho.

Calderón tampoco parecía muy contento, y se defendió.

—Soy piloto, no comandante de piratas moros, que van a su aire.

—Eso era en su vida anterior; ahora su vida es esta, y espero que lo haga mejor. Su próxima misión es un asesinato. Usted lo planeará y lo comandará. No es necesario que esté presente si no tiene entrañas. Vigilará el almacén Zhou y, en algún momento, lo visitará una mujer blanca de cabello negro, acompañada de una sangley, su perro guardián. Las quiero muertas, a ambas. Quienes las ejecuten deben ignorar quién lo ha ordenado. Espero que esto, más en el ámbito de la traición solapada, se le dé mejor —concluyó, con el sarcasmo flotando en el aire.

En cuanto se despidió el piloto, Monterroso echó leña al fuego que le interesaba.

—Esos oficiales frecuentan la casa de los Muñoz cuando están en Manila. Alguno de ellos debe de rondar a la viuda.

—Lo sé. Tengo espías —contestó lacónicamente Miguel, sin dejar traslucir su pensamiento.

—He de irme —anunció Monterroso, y se puso de pie.

—Sabré si alguien la avisa. No soy tonto, y sé que anda detrás de Francisca, pero desde el principio le advertí que no se arrimase. Tiene sus días contados.

—Aparte del interés económico, no me une nada a ella, si es lo que sugiere.

Monterroso salió y montó en su caballo, tras preguntar al mozo la dirección que había tomado el español. Había un punto en el que, por una vez, sus intereses coincidían con los de Miguel.

25

Cavite, mayo de 1800

Melchor aguardaba a sus compañeros ya subido a la calesa. La puntualidad era una exigencia en la Armada, pero ese día se debía a la impaciencia que lo embargaba. Anievas y Mier salieron con el baúl donde llevaban los trajes de gala y lo subieron a la calesa. Vestían cómodos, en mangas de camisa con el chaleco reglamentario y los sombreros de paja.

—¿Cuándo han organizado todo esto? —preguntó Mier. Se había colgado en bandolera la bolsa de grueso algodón.

—Escribí una nota a las señoras de Muñoz para que nos acompañaran a la Casa de Zhou y nos han invitado a cenar junto a los señores Orellana. Un gran detalle por su parte —explicó Melchor —. La contestación llegó ayer, a última hora, pero no me la entregaron hasta esta mañana. He amonestado al encargado del correo por su negligencia.

El conductor arreó a las mulas, salieron de la fortaleza, dejaron atrás el poblado de San Roque y se internaron en las marismas llenas de arrozales.

—He conseguido convertirle en un gran comerciante —comentó Mier socarrón—. Confío en que su padre no se moleste.

—No será quisquilloso, si regreso con éxito —restó importancia Melchor.

Que se hubiera dedicado al comercio no sería nada en comparación con volver casado con una mujer sin una gota de sangre noble. Eso sí que le escandalizaría. De hecho, hasta el propio Melchor ponía reparos. Esas ideas y esos deseos le venían a ráfagas, cuando menos lo esperaba, y le disgustaba: era un hombre práctico y con las ideas claras, no un soñador.

Melchor suspiró, cerró los ojos y los abrió dispuesto a disfrutar del

paseo bajo un sol brillante que resaltaba los colores con violencia: el azul del cielo, el verde oscuro de los arrozales y de los valles, el verde transparente del mar, la arena tan blanca que dolía mirarla… Contrastes intensos, como los aromas en cuanto te adentrabas en los arrabales, o la mezcla de etnias: malayos, tamiles, chinos, japoneses, tagalos… Mientras cartografiaba la costa de algunas islas, había apreciado la idiosincrasia de las Filipinas. Tres años y medio habían pasado y a Melchor se le antojaban una eternidad. Demasiado tiempo en un sitio, tan lejos de casa. Tres cartas había recibido de su padre, aunque no podía quejarse, ya que él tampoco podía presumir de ser un gran escritor, y debía reconocer que se había convertido en un extraño para su familia, que también le resultaba ajena. A los trece años se había embarcado y no había retornado a Huete. Anievas lo sacó de su abstracción.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso?

—Ni idea —replicó Melchor—. Veamos qué nos ofrece el señor Zhou, que es quien nos ha convocado.

—Ha sido buena idea que contactara con la viuda de Puig, señor Crespo; me fío de su criterio —celebró Mier.

Llegaron a Manila y accedieron a Intramuros por la Puerta Real de Bagumbayan. En el convento los recibió fray Joaquín Martínez de Zúñiga, con el que habían establecido una amistad desde que se alojaban para pasar la noche. A Melchor le agradaba la defensa de los principios morales que ejercía con valentía el fraile contra la corrupción de los administradores en las Filipinas, aunque no lo apoyaba cuando esgrimía denuncias como el abuso de la prestación obligatoria de los lugareños para mantener las defensas de la ciudad, para construir presidios o emplearlos como mano de obra barata en la tala de madera y otras labores en los astilleros, por no citar la adquisición a bajo precio de los productos de los agricultores por tratarse del abastecimiento de los barcos o de la milicia. Fray Joaquín escribía a la Corona y denunciaba, pero de nada le servía: predicaba al desierto. Las defensas eran por el bien de todos, para evitar las incursiones de los piratas moros.

Se instalaron en una celda y comieron frugalmente lo que les ofrecieron. Sobre las dos de la tarde se dirigieron a la casa de

Muñoz, bajo un cielo raso y un sol inclemente. Nadie se quejaba, ya que pronto vendrían los monzones con la lluvia y los vendavales. Se detuvieron ante el portalón y salió el mozo a sujetar las mulas. Entraron en el zaguán y esperaron a que acudiera la criada. Los recibió una muchacha nueva, a la que se le notaba el nerviosismo. Les preguntó sus nombres y subió las escaleras a dar aviso a la familia. Una voz de doña Lisarda anunció que bajaban.

A Melchor le sorprendió la sencillez del vestido de Francisca, de talle alto y falda con caída recta hasta el tobillo. Una muselina le cubría los hombros y el pecho. El aspecto de ingravidez de la mujer se acentuaba por la indumentaria de su madre, menos moderna y con las faldas y la basquiña más aparatosas.

—Es una delicia que, a pesar de la distancia, las mujeres se apañan para seguir la moda del continente —lisonjeó Melchor, haciendo gala de su dominio de las reglas de cortesía.

—A la señora de Orellana le han enviado las últimas tendencias en Ciudad de México y no queremos quedarnos anticuadas —justificó la viuda, acomodándose en la calesa—. Viene con nosotros mi doncella, Fei.

Mientras daban la vuelta al coche, Mier susurró a Melchor:

—¿Desde cuándo se interesa por la moda?

—Desde nunca. No conocía esa forma de vestir, de lo que deduje que era nueva la tendencia. Lo demás ha sido fácil.

Anievas sacudió la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa. Mier admiraba el estilo innato de Melchor para moverse por los salones y mantener conversaciones de cualquier índole, según fueran funcionarios, nobles, militares o damas, especialmente estas últimas. A su lado, Mier se veía torpe y falto de elegancia. Hasta la llegada a Filipinas era una cuestión que no le había importado, pero había descubierto que marcaba una diferencia social. Incluso Álava desplegaba unas dotes diplomáticas insospechadas en un marino.

El trayecto no se alargó mucho, pues las calles se hallaban vacías a la hora de la siesta. Durante el camino la viuda los aleccionó sobre el complejo protocolo en las relaciones con los sangleyes. Descendieron de la calesa los caballeros y ayudaron a las señoras. Fei se bajó por su cuenta y se apostó a la entrada del almacén. A

Melchor le resultó curioso el comportamiento de la doncella, pero Francisca acaparó su atención y se olvidó del detalle.

—¿Y dice que lo ha convocado el señor Zhou? —preguntaba Francisca—. Igual debería esperar en la tienda con mi madre mientras los recibe…

—No, no —interrumpió Melchor—. Precisamente hemos acudido a ustedes para que nos asesoren.

—Me abruman con su confianza. ¿No les hubiera servido el señor Orellana mejor que yo?

—En absoluto —sonrió Melchor, con una mueca pícara—. El señor Orellana tiene intereses familiares; sin embargo, usted es un pájaro libre.

—Vaya, vaya, señor Crespo, aprende muy rápido. —La mujer no calló su admiración, y a Melchor le agradó. Era la segunda vez que se fijaban en su aprendizaje sobre el mundo del comercio.

—En esta ocasión, son negocios, no galanterías de salón, y le agradezco su sinceridad.

Un sirviente los condujo a la parte de arriba, donde se encontraba el despacho del señor Zhou. Melchor se percató de que las sillas ante la mesa del comerciante habían sido hábilmente dispuestas: tres frente a él para ellos y otras dos, ligeramente atrasadas, para las mujeres. Reparó en la inclinación que realizó la viuda y que su madre imitaba con torpeza, antes de situarse delante de las sillas que les correspondían, pero sin sentarse: las mujeres después de los hombres, una costumbre muy extendida en Oriente. Terminadas las complejas formalidades del sangley, aguardaron a que el señor Zhou abriera la conversación, como la viuda les había sugerido.

—He tenido conocimiento de que un hombre de la escuadra española está buscando a un orfebre para que realice falsificaciones de joyas y muestra una igual a la que luce la señora viuda de Puig. —El señor Zhou alzó una mano para detener las palabras que iba a pronunciar Mier—. Un poco de paciencia, señor Mier. La señora viuda de Puig es una respetada cliente de la Casa de los Zhou, y me comentó que fue usted quien traía la joya, pero que le fue sustraída durante la travesía. —Como si los tres se hubieran puesto de acuerdo, dirigieron una mirada de sorpresa hacia Francisca, quien no

alteró su expresión, atenta al discurso del sangley—. Deben entender que esta conversación no puede salir de aquí. Las reglas entre los maestros orfebres chinos son muy rigurosas, y se castiga severamente al que las incumple. Yo soy el orfebre que ustedes están buscando. Me doy a conocer porque la señora viuda de Puig me ha asegurado que son personas de palabra y honrados en el comercio. Hasta ahora, he mantenido el anonimato, pero las vías comerciales están sufriendo cambios que me afectan y me obligan a buscar nuevas rutas para que mis productos lleguen a Nueva España o a Europa.

—Nos complace su confianza, y le aseguro que nuestro interés es puramente comercial. En nada nos beneficiaría descubrir su actividad, aunque en Europa es perfectamente legal —respondió Mier—. La ruta será la que establezca el agente que contratemos y dependerá de las guerras: una veces, por el Pacífico, y otras, por el cabo de Buena Esperanza, aunque esta última sería la preferida por ser la más directa.

—El problema al que me enfrento es que los sangleyes tenemos prohibido comerciar de forma directa con los europeos. Las transacciones deben realizarse a través de agentes, comisionistas o comerciantes españoles. Esos señores adquieren nuestros productos y ellos se encargan del traslado y de la venta. Es la norma del juego.

—Yo podría realizar esa labor —se ofreció la viuda.

—Una labor limitada a la Real Compañía y con un cupo reducido por ser mujer y que usted necesita para vender sus perfumes —objetó el señor Zhou.

—Sospecho que usted ha resuelto el dilema —intervino Anievas—; en caso contrario, no nos habría citado.

—No de inmediato, pero mi cuñado va a registrar una casa de comercio, y, por ser mestizo, hijo de español y filipina, se podrá afiliar al consulado y a la Real Compañía. Sin embargo —continuó el sangley—, la burocracia lleva su tiempo. Ustedes, como oficiales de la escuadra, tienen derecho a transportar cargamentos para la venta. Nos puede servir mientras organizo la casa comercial.

Melchor mantuvo el rostro inexpresivo, pero en su interior se sonrió. El cuñado era un hombre de paja y el sangley dirigiría los

acuerdos comerciales y las cargas. Muy listo el chino, aunque a él esos detalles no le interesaban, siempre y cuando no le afectara al negocio. Empezaba a encontrar divertido el comercio: venía a ser como la estrategia en un campo de batalla.

—Dependemos de la vuelta de la fragata San Francisco Xavier para disponer de pesos fuertes suficientes —se sinceró Mier.

—No es problema, incluso si no regresara —restó importancia el sangley—. La Casa de la Misericordia concede préstamos. Cualquier comerciante se puede avenir a ayudarlos a cambio de una comisión.

Ninguno mencionó los pesos que les restaban de la venta del cargamento de la fragata Nuestra Señora del Pilar ni los sacos de perlas que habían adquirido en Cebú. La plata era un bien muy solicitado.

—Yo no soy comerciante, sino marino —se excusó Mier—. Me parece más prudente cerrar el trato por envío, siempre que nos sea permitido comerciar a los oficiales. Cuando organice su casa comercial, lo pondré en contacto con la reciente Casa de Mier.

El sangley ponderó la oferta antes de responder.

—Acepto en tanto que se mantenga en secreto el contenido de los fardos y se venda sin estafa. No me interesa el contrabando, y es imprescindible salvaguardar la honorabilidad de la Casa de Zhou. La venta de joyas auténticas es nuestro principal ingreso.

—Antes ha mencionado a un oficial de la escuadra que buscaba a un falsificador —recordó Anievas.

—Me han informado del hecho, y, como no me interesaba, no he indagado la identidad del individuo. Lo he reconsiderado y creo que ha sido una negligencia por mi parte, pues sí me afecta.

Anievas decidió no abandonar esa conversación.

—Intuyo que usted posee más medios que nosotros para dar con el ladrón del joyel. Le estaríamos agradecidos si lo localizara. No le oculto que se trata de un desertor de la Armada y que ha sido visto en dos ocasiones en compañía de los moros de Joló.

—Se refiere a medios más discretos —tanteó el sangley, y Anievas asintió—. Le comunicaré el resultado.

Cerraron la visita con un té, sentados en el suelo. El anfitrión dio unas palmadas y una mujer trajo una arqueta. El señor Zhou sacó

con cuidado una serie de aderezos falsos que admiraron. Mier se sentía satisfecho con el acuerdo: su familia sería la única que vendería esas baratijas tan bien elaboradas en Cádiz.

—Felicite al orfebre —dijo Melchor, zalamero.

El sangley asintió inexpresivo.

—Ha llegado hasta mí el relato de su aventura en el junco. Es un orgullo que la ciencia china despierte la curiosidad de personas tan preparadas. Como cualquier científico, cometen muchos errores, como, por ejemplo, moverse por los arrabales desarmados.

—Llevamos nuestros sables y las pistolas —señaló Anievas, un poco humillado.

—Por favor, acepten un obsequio por la alianza que hemos establecido.

El señor Zhou dio un par de palmadas y salió la mujer fantasma de detrás de un biombo con tres cajas largas y delgadas y entregó una a cada uno. Melchor la abrió y contuvo una exclamación: la hoja de acero templada y bien afilada de la daga competía con el mango de marfil en el que se habían tallado animales y al que se había salpicado con incrustaciones de jade imperial. Sus compañeros habían recibido otras similares. Melchor cerró el estuche, e iba a rechazarlo cuando reparó en el rostro lleno de alarma de la viuda de Puig, quien, muy sutilmente negaba con la cabeza. Detuvo el ademán y el de sus compañeros, quienes lo miraron con extrañeza.

—Tienen mucha suerte de contar con la viuda de Puig como valedora. —El gesto no le había pasado desapercibido al sangley—. Sus conocimientos sobre la cultura china la ennoblecen a los ojos de este pobre servidor.

¿Pobre servidor? A Melchor no se le escapaba que ese mandarín del comercio dominaba las transacciones entre Cantón y Manila, y para muestra valía con la información de la que hacía gala.

—¿Cómo podemos corresponder a su obsequio?

—Acero toledano. Bien disimulado en algún fardo. Escasea en las islas, y no nos permiten obtenerlo. Hay una gran desconfianza entre los españoles y los sangleyes. Después de una sublevación de la población sangley contra los españoles, quedaron los rencores enquistados, y a mediados de siglo los traicionamos y abrimos las

puertas a los ingleses. Nos toleran por necesidad, pero nada más.

Melchor reparó en que se había incluido cuando ni siquiera había nacido. El señor Zhou se levantó y dio por terminada la entrevista. Los cinco siguieron su ejemplo y se despidieron. Bajaron a la tienda en silencio. Melchor sacó la daga de la caja para contemplarla con más detalle y salieron del almacén.

Se reagruparon en la calle a la espera de la calesa, y Fei, a quien había olvidado, surgió de la nada. Anievas le comentó algo sobre el puño labrado de la daga que tenía en la mano y se distrajo. Mientras hablaban, de entre la multitud, que se movía por la concurrida calle, se destacaron varios indígenas medio desnudos y bronceados y, sin mediar un grito o una voz, arremetieron contra ellos con los cuchillos malayos en alto. Cuando Melchor se dio la vuelta, su atacante se hallaba en el suelo: la viuda lo había derribado, y lo remató de un certero golpe con la mano en la zona del cuello. Al otro, el propio Melchor lo atravesó con la daga que sostenía en la mano, aunque, por desgracia, le rozó con el cuchillo el hombro izquierdo antes de morir. El revuelo llamó la atención y la gente gritó y corrió por las calles. Del almacén emergieron varios hombres que se enfrentaron a los malayos. Melchor se rehízo de su corte y empuñó el sable junto a sus compañeros, que se habían situado delante de la madre y de la hija para protegerlas.

Los empleados de Zhou consiguieron mantener a los asaltantes fuera del alcance de los europeos. El grito de Francisca a su espalda hizo que se volvieran hacia ella, que se abría paso por un lado entre el círculo de observadores. Un poco más allá, Fei, a la que habían rodeado entre varios, caía atravesada por un cuchillo. Melchor se precipitó hacia allí para defender la vida de Francisca, quien, sin pensar, acudía al lado de la sangley. Paró a uno de ellos con el sable y los otros dos formaron un frente para contenerlo, y, de pronto, echaron a correr en dirección contraria. Melchor comprendió la razón cuando sintió a Anievas a su lado. Francisca había llegado a la vera de Fei, quien yacía en el suelo con una mano sobre la mortal herida. Francisca, asustada, se arrodilló junto a ella y gritaba por un médico.

—No molestar. Yo muerta. Siento veneno —dijo Fei. Tras una mueca de dolor, recompuso su cara y sus ojos se clavaron en

Francisca, que, llorosa, la observaba horrorizada—. Voy con los míos.

—No, no, te salvarás. Te cuidaré. —Francisca negaba con la cabeza y la respiración agitada. Sujetaba con fuerza la mano libre de la sangley, como si con ese gesto la pudiera mantener anclada a la vida.

Melchor notó el momento en el que Fei exhaló el último aliento. No era la primera vez que asistía a un moribundo. Francisca ahogó un sollozo y hundió la cabeza en cuerpo de la sirvienta.

—Deprisa —El propio señor Zhou salió a prestar ayuda—. Entren en la tienda.

Los sirvientes y empleados se apresuraron a retirar el cuerpo de Fei y lo trasladaron al interior. Doña Lisarda tomó del brazo a su hija, deshecha en lágrimas, y regresaron al almacén. El señor Zhou se acercó a los oficiales.

—¿Los ha rozado algunos de los puñales de los atacantes?

—Sí, al señor Crespo —replicó Mier.

—Estoy bien. —Melchor intentó tranquilizar la alarma que se había formado a su alrededor—. No es la primera herida que recibo.

—No es la herida lo peligroso, sino el veneno —explicó el señor Zhou—. Eran sicarios, y no pueden fallar.

Melchor, una vez superado el lance, trataba de asimilar la imagen de Francisca derribando a su oponente y dejándolo sin sentido. No era el único sorprendido a juzgar por la expresión de doña Lisarda. Apareció un médico chino y le dio a beber una pócima. De pronto, empezó a sudar copiosamente y a sentirse mal.

—¿Se recuperará? —se preocupó Anievas.

—Sí, ha tomado el antídoto con prontitud —contestó el médico personal de Zhou, mientras indicaba que le acercaran una silla.

Melchor distinguió al señor Zhou mientras consolaba a Francisca, que se apoyaba en su madre. La vio asentir y poco más, pues perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, se hallaba en la enfermería del convento agustino.

26

MANILA, JUNIO DE 1800

El 24 de junio la tierra tembló, más fuerte de lo habitual, pero no causó ningún derrumbe, sólo la caída de objetos. Los manileños no le dieron importancia, pues estaban habituados, y siguieron con sus vidas. Habían llegado las lluvias, mucho más temibles por los destrozos que provocaban las inundaciones y las riadas, seguidas de fiebres palúdicas y del cólera.

Francisca había ocupado su tiempo entre la enseñanza de las tareas caseras a Cósima, una huérfana a la que había contratado como doncella, y la producción de perfumes. La relación con su madre estaba un poco tirante. Cuando regresaron de la infausta entrevista con Jian Zhou que había terminado con el asesinato de Fei, su madre la acorraló.

—Creía que te conocía lo suficiente y he descubierto que no te conozco en absoluto. Mentiste cuando me aseguraste que no había nada con el señor Zhou. ¿Qué te traes con el sangley?

En lo que había durado la entrevista entre los oficiales y el señor Zhou, Francisca sólo había intervenido una vez, aun así, su madre había sospechado que había mucho más entre el sangley y su hija, y quedó corroborado por las atenciones del sangley para con Fei, ya que se había encargado de las necesidades funerarias de la sirviente. Francisca se sinceró con ella, y doña Lisarda todavía seguía asimilando la revelación.

—¿Y desde cuándo te enfrentas a delincuentes como si fueras uno de ellos?

—Es un tipo de lucha que me enseñó Fei para que pudiera defenderme de una agresión, como la que hemos sufrido en la puerta de la tienda del señor Zhou.

—¡Qué vergüenza! Mi hija mezclada con sangleyes. Si esto se

sabe, será el ostracismo social —se lamentó su madre.

—No haga un drama donde no lo hay. Es un secreto de años. ¿Por qué habría de desvelarse ahora?

—Los oficiales no son tontos.

—No hablarán. No les importa lo que aquí acontece ni cómo vivamos. Ellos se marcharán.

—¿Qué dirá tu padre?

—No dirá nada, si usted no se lo dice. Y tal y como se están desarrollando los asuntos, igual hasta me felicita.

—¡Qué cosas dices!

—Madre, estoy segura de que yo era el objetivo del ataque, y Fei dio la vida por mí. —La voz se le veló. Todavía se emocionaba tanto por la pérdida como por la fidelidad de la mujer.

Y ahí había terminado la conversación. A doña Lisarda le costaba admitir la verdad, porque la temía. Llevaba días evitándola, y, cuando coincidían en las comidas, guardaba silencio. Francisca la dejaba. Comprendía que su educación había sido muy distinta.

Quien había salvado la vida por los pelos había sido el teniente Crespo. Tras una semana de lucha contra el veneno, había conseguido expulsarlo de su cuerpo. Seguía convaleciente, pero saldría adelante, según fray Joaquín. A juicio del fraile, había sido proverbial la intervención del médico chino. Francisca empezó a visitarlo en cuanto recuperó la consciencia.

—Lamento la muerte de su doncella, si es el nombre que se le puede dar. Sabe usted mucho sobre las costumbres de esas gentes —comentaba el teniente—. ¿Dónde aprendió a luchar así?

—Me enseñó Fei, mi maestra y guardaespaldas. Se trata de una forma de defensa milenaria, en la que lo que importa es la técnica y la concentración en la fuerza del interior. En China lo llaman kung-fu —explicó Francisca—. Los chinos gozan de una cultura milenaria muy interesante, pero su forma de pensar no coincide con la nuestra, y no me refiero a las costumbres. Aprendí mucho en los aburridos días que pasé en Cantón, mientras mi marido estaba ocupado con el despacho. Le ruego discreción: mi nombre se resentiría si divulgara mis habilidades o mis conocimientos sobre los sangleyes. No resulta correcto que una mujer se inmiscuya en esos

temas.

—He de hacerle una confesión. Imagino que pensará que como militar no aprecio mucho mi vida; sin embargo, cada vez que supero un peligro me descubro aferrándome a ella con más ahínco. Soy consciente de lo precioso que es el tiempo, y ello me anima a desvelarle mi interés y mi admiración por su persona, aunque nuestras vidas y nuestro futuro sigan diferentes caminos. No obstante, ahora esos caminos se han cruzado, y, aunque no sea de forma definitiva, me preguntaba si sus sentimientos coinciden con los míos. En caso contrario, no volveré a molestarla.

Francisca, aturdida ante la inesperada declaración, guardó silencio mientras lo observaba postrado en el sencillo lecho conventual, sudoroso tras el esfuerzo y cansado, pero con la mirada azul llena de esperanza. Su mente ponderó las consecuencias de entregarse a un amor sin futuro, tal y como lo había descrito él, sin subterfugios. Daba lo que tenía, sin más. ¿Y ella? Su razón la llamaba a la prudencia y su corazón latía alocadamente, desesperado por cumplir su deseo. La vida era muy corta. Hasta ese día, había tenido la suerte de esquivar la muerte en dos ocasiones, y Miguel no fallaría a la tercera, a no ser que diera con la solución a sus problemas, y parecía bastante improbable. El teniente tenía razón. ¿Quién era ella para negarse a disfrutar de los frutos que le ofrecía la vida?

—Comprendo. Soy un descarado. Acepte mis disculpas y sigamos como hasta ahora —dijo el señor Crespo, ante el prolongado silencio, sin ocultar su decepción.

—En absoluto. No comprende nada —negó Francisca, y una sonrisa asomó a sus labios—. No se ha equivocado en lo relativo a mis sentimientos. Un hombre como usted es una rareza que mi corazón supo apreciar desde el primer momento. La tardanza en mi contestación se debe a la misma razón por la que usted ha dilatado el realizar la propuesta: nuestras vidas se han encontrado en un cruce, pero siguen senderos diferentes. ¿Qué nos impide realizar la locura de dar rienda suelta a nuestro deseo?

—¿Lo cree un deseo que satisfacer? Me temo que es algo más complejo.

—Prefiero no ahondar en ello. Tendremos que separarnos. Pero me

preocupa otro asunto: mi hermanastro Miguel. Me temo que está detrás de los dos atentados. Me odia y desea mi dinero y mi taller de perfumes, así como mi muerte para quedarse con todo. Intenta aislarme y espanta a mis pretendientes.

—No tengo muy claro quién era el objetivo del asalto, pero no le temo a su hermanastro.

Francisca se inclinó sobre él y lo besó en la boca. Un beso casto, pero que selló algo más profundo.

—Ya veremos a dónde nos conduce este sentimiento que compartimos —dijo el teniente, más optimista que ella.

Francisca disfrutaba con las visitas al teniente, que recuperaba fuerzas cada día. Los besos, más apasionados, menudearon, como las manos entrelazadas. Se sentía libre de abordar cualquier tema sin que el hombre se escandalizara; al contrario, parecía divertirle. Por su parte descubrió que, pese a su carta de nobleza, no era ningún estúpido y sus conocimientos eran bastante amplios y amenos, y le animaba, sobre todo, que ambos compartían lo que ella consideraba un valor: la curiosidad. Echó de menos las conversaciones cuando el teniente se reincorporó a la vida activa y abandonó el convento y Manila, no sin que hubieran trazado un plan para sus encuentros sin testigos en la casa que Fei había empleado para la vigilancia de Miguel.

Reanudaron su día a día y Francisca regresó a su taller. Esa mañana, su madre acababa de llegar del mercado y la llamaba con alarma.

—¡Francisca! ¡Francisca!

—¿Qué sucede? —preguntó, asomándose a la cocina.

—El terremoto que sufrimos la semana pasada se debía a la erupción de un volcán al sur de la isla, en Alday, adonde ha ido tu padre. Hoy corría la noticia por toda Manila. Dicen que los destrozos han sido muchos. Temo por Pedro.

—Vamos, madre, no se ponga en lo peor. El que haya ido a esa zona no implica que se hallara junto al volcán en el momento de la erupción.

—No sé, hija, siento un vacío aquí —se tocó el pecho— desde hace días. Lo achaqué al disgusto que me diste, pero ahora creo que era

otra cosa.

—Es usted muy aprensiva. Tranquilícese. Ya verá cómo padre envía noticias.

Francisca se mostró muy tranquila ante la servidumbre, pues no deseaba que alcanzara los oídos de Miguel la angustia que se había instalado en el ánimo de su madre y en el de ella.

Lo que sí sorprendió fue la vuelta de la fragata San Francisco Xavier. Una vinta se adelantó para anunciar su llegada. Había sido avistada a la altura de Batangas, con la arboladura completa y navegando sin embarazo.

El día que entró en la bahía la recibieron con salvas y repique de campanas. Los manileños invadieron la playa y el muelle. La nueva derrota, que había sido trazada para esa nao, había despertado la curiosidad y el interés de los comerciantes. ¿Quién sabía lo que podría significar en un futuro?

Los consignatarios se encargaron de la mercancía, mientras que el teniente Ibargoitia era recibido en la fortaleza de Santiago por el comandante de la escuadra, quien se había desplazado desde Cavite. Los marineros eran interrogados por un público ávido de noticias; sin embargo, sólo hablaban del volcán Mayón, impresionados por la erupción que se divisaba a kilómetros.

Francisca, para entretener a su madre —y para que se olvidara un rato de don Pedro—, organizó una cena aprovechando que los oficiales se encontraban en Intramuros para recibir la fragata. La presencia de los señores Orellana evitaría rumores sobre dos mujeres que, en ausencia del cabeza de familia, recibían en su casa.

El teniente Ibargoitia acaparó la atención de los invitados, que deseaban conocer las vicisitudes del periplo en primera persona.

—No voy a aburrir a las señoras, así que resumiré el viaje —se disculpó Ibargoitia—. Intensas lluvias y mar gruesa hasta la altura de Nueva Zelanda. Pero como no localizaba los vientos para ganar longitud, llegué a los cuarenta grados de latitud. Y entonces sí que tuve suerte. Dejamos las lluvias atrás y la navegación fue constante hasta al puerto de Concepción.

—¿Muchas bajas? —se interesó Crespo.

—Catorce enfermos de escorbuto, de los cuales ocho están graves,

según lo que me han comunicado. Y lo habitual como resfriados, lesiones y cortes a causa de las labores —restó importancia el señor Ibargoitia.

Francisca comprendió que el teniente omitía las partes duras del viaje. Ya con lo que mencionaba se vislumbraban las calamidades y el peligro que entrañaba. Su traslado a Cantón y su vuelta, que a ella le habían parecido un suplicio, habían sido un paseo al lado de una travesía oceánica. Su madre recordaba con terror el viaje de Acapulco a Manila, como doña Ana María, a la que, aunque deseaba ardientemente el regreso a México, atemorizaba enfrentarse otra vez a los interminables días de mar.

—¿Cuánto tiempo? —se interesó Orellana, pues si la ruta era más práctica, la posición de Acapulco, en su calidad de puerto preferente, sería precaria.

—Un poco menos que a Acapulco por el hemisferio norte. Pero, como he señalado, aunque esa ruta fue recorrida por el señor Mier con la expedición de Malaspina, tuvimos muy mal tiempo con vientos constantes que nos impedían ganar longitud. Se trata de una ruta experimental. Habría que realizarla varias veces en estaciones distintas y contrastar los datos.

—Eso mismo iba a sugerir —intervino Mier—. La diferencia entre la travesía de Malaspina y la de usted ha sido el mes del año. Las condiciones atmosféricas no son las mismas.

—Pues me temo que el próximo mes repetiré la hazaña en la misma época, con los mismos monzones.

—¿Cómo es eso?

—Lo exigen los factores de Cantón. Debo recoger los caudales obtenidos en Lima. No es una plaza en la que les agrade tener paralizados sus pesos por la falta de un comercio asentado como el de Nueva España. En cuanto a eso, debo felicitarla, doña Francisca. Seguí sus instrucciones, y su ganancia debe de hallarse camino de Ciudad de México.

Ante la muda interrogación de los Orellana, Francisca aclaró:

—Tengo cuenta con un banquero que me proporcionaron mis tíos. Me envía regularmente el estado de cuentas.

—¿Regularmente? —ironizó doña Ana María.

—Siempre que es posible —corrigió Francisca, entre las sonrisas de los comensales.

—¿Y lo nuestro? —se impacientó Anievas.

—Me lo adelantó vuestro amigo el hacendado. Ahí anduve con buen tino, porque podremos adquirir más mercancías para el nuevo viaje.

—Tengan cuidado, señores —advirtió don Fernando—. El éxito es embriagador, pero la derrota acecha. Dividan, no realicen una única apuesta.

—Muchas gracias, don Fernando, por su consejo —agradeció Mier.

—Así que la ruta no está consolidada y tiene el problema del estancamiento de los caudales —resumió, satisfecho, Orellana.

—Es un alivio para usted —constató doña Lisarda.

—Mi único temor era que la ruta se pudiera realizar en menos tiempo, pero el problema, como ya preveía, son las comunicaciones. Lima debe consolidar la vieja ruta a Cartagena con posadas y tránsito frecuente de mercaderías, como ofrece Nueva España. Los virreinatos de Perú y Nueva Granada se han dormido. No han trabajado para arrebatarnos el monopolio.

—Los virreinatos puede que no, pero la Real Compañía está luchando hasta el último aliento —señaló Francisca, con orgullo.

—¡Qué épica has sonado, querida! —criticó doña Lisarda. La tensión entre madre e hija no se había diluido.

—Su hija tiene razón, doña Lisarda. Los cinco gremios de la villa de Madrid anhelan derribar el monopolio. Seguramente, terminen consiguiéndolo.

—¿Y qué medidas tomaría su casa comercial? —se interesó Mier.

—Como he dicho, México está en una encrucijada de caminos: entre el Pacífico y el Caribe y entre los virreinatos del sur y las posesiones de Norteamérica. Se mueven mercancías de todo tipo y nuestra casa está estudiando cuáles son las más beneficiosas. Y no olvide que Nueva España posee también minas de plata.

Llegó el momento de retirarse. Cósima los esperaba abajo.

—¿Esta es la huérfana a la que rescataste? —inquirió doña Ana María en un susurro—. Ha sido una lástima lo de Fei; me había acostumbrado a su silencioso servicio.

El teniente Crespo se rezagó para cogerle la mano a Francisca y depositar un beso en ella. Sus miradas se cruzaron y ella le entregó un papel con discreción.

Al día siguiente, los tres oficiales abandonaron el convento y regresaron a Cavite. El teniente Ibargoitia durmió en su nave.

Jian estaba disgustado. Se sentó ante la mesa de su despacho, su lugar preferido para pensar: era un hombre analítico y acostumbraba a no tomar decisiones precipitadas. Lo primero que entró en su consideración fue el reciente ataque. No era agradable que un asalto de semejante magnitud hubiera tenido lugar en la puerta de su negocio. Ahora las autoridades le presionarían y revolverían hasta conseguir la información deseada. Pero la información valía dinero. El dato que había deslizado de forma inconsciente el teniente sobre el ladrón del joyel era muy revelador. El hecho de que un piloto de la Armada estuviera al frente de los moros de Joló significaba que Miguel lo había reclutado para su comercio de esclavos. Y no eran los moros de Joló —algunos sí—, pero había indígenas de todo pelaje: malayos, de Mindanao, tamiles y de otros lugares: un grupo de piratas huidos de la ley. Resultaban molestos para el comercio, y, si se permitía que aumentaran, podían ser peligrosos. La Armada había puesto precio al piloto desertor, y Jian se lo entregaría para descabezar esa operación de Miguel.

Y luego estaba el asalto. Gracias al testimonio del oficial, Jian sabía quién estaba detrás del ataque: Miguel. Los asaltantes eran malayos y habían atacado a las mujeres y, seguramente, también a los oficiales, aunque se le escapaba la razón. El desertor pertenecía al mismo barco de los oficiales, y tendrían cuentas pendientes entre ellos, pero eso a Jian no le importaba. Su fijación era Miguel.

De ahí su mente vagó hacia el segundo objetivo, el comercio.

Cerró el cuaderno y se recostó sobre el respaldo de la silla. La desaparición de la Casa de Muñoz le había despejado el camino. Don Pedro Muñoz había sido buen cliente y respetuoso con los acuerdos y no había querido perjudicarlo. Sin embargo, ahora era libre y había iniciado la guerra. El Loto Blanco había eliminado a Esteban, el más

débil, y dejaba cojo al más fuerte, pues debía buscar a un agente comercial con urgencia. La siguiente buena noticia había sido el fracaso de Miguel en las elecciones a prior.

Tras la conversación mantenida con los oficiales, quedaba un cabo suelto: Francisca. Había dispuesto de tiempo durante el té para observar más de cerca a la mujer y al teniente de ojos azules. No se había equivocado: había atracción. Francisca ya no le servía en Manila; necesitaba que buscara otro puerto, y, si iba a negociar directamente con Cádiz, Francisca sería sus ojos, su agente. ¿Esa atracción sería suficiente para que Francisca se decidiera y diera un paso tan importante? Una pena que Fei hubiera muerto, porque habría sabido darle ese empujón a su ama, pues Francisca confiaba en ella.

Levantó la mirada al sentir que un sirviente se acercaba.

—Ha llegado al muelle el sampán que esperaba —anunció.

—Que desembarquen a los hombres por la noche y los lleven al refugio —ordenó Jian—. Y que se presente el cabecilla. Tengo una misión para sus hombres, la búsqueda de un hombre blanco.

El sirviente se retiró, tan silencioso como había aparecido.

Eran hombres de la etnia *han,* perseguidos por el Gobierno chino por revolucionarios. Como integrante de la sociedad del Loto Blanco, Jian se había ofrecido para acomodarlos en Filipinas y facilitarles una nueva vida. Era un intercambio de favores, mucho mejor que conseguir apoyos mediante chantaje. El mestizo filipino era muy estúpido, pero ¡ojo con la estupidez! No había que menospreciar al enemigo. Hasta el más estúpido podía estar tocado por el dragón *feng shui*.

27

Cavite, agosto de 1800

Mier y Anievas se hallaban bajo el techo de nipa que habían construido en medio de la calle, como si fuera un emparrado andaluz, bajo el cual se sentaban oficiales y marineros de la escuadra a descansar de la larga jornada diaria, después de la cena. La nipa los protegía del agua y del sol y les permitía disfrutar del aire libre. Cada uno había comprado a los lugareños su silla, en la que había grabado su nombre y la había decorado o pintado de forma llamativa, para localizarla con rapidez. Así lo había dispuesto el alto mando ante las disputas por los asientos en los primeros días.

Melchor salió del dispensario del señor Aramburu y buscó a sus amigos bajo la nipa.

—Se me acabó el andar holgazaneando —anunció Melchor. Se dejó caer en la silla—. Ya echo de menos a Ibargoitia. Buen hombre, el vizcaíno. Yo no habría repetido la endiablada ruta.

—Si se lo hubieran ordenado, no le habría quedado más remedio. Ya lo ha logrado una vez.

—Pero los estudiosos —término con el que Melchor designaba a los que trabajaban en el Depósito Hidrográfico— habéis deducido que los meses buenos para cruzar el estrecho de San Bernardino no coinciden con los meses buenos para navegar por el hemisferio sur.

Mier se sintió halagado por el término con el que los designaba Melchor y confirmó sus temores.

—Cierto. Bahía Botánica y Nueva Zelanda las recorrimos entre febrero y abril. Y cruzamos el Pacífico con vientos favorables y un tiempo más benigno que el que nos ha descrito el compañero, entre septiembre y noviembre.

—Mañana nos toca guardia de veinticuatro horas —comentó Anievas. Exhaló un suspiro de resignación.

—Lo que me salva de la desesperación —dramatizó Melchor— son los ahorros depositados en el banco del consulado.

—Y si Ibargoitia vuelve a tener buena estrella, aumentarán —recordó Anievas con satisfacción.

—Sí. Por eso empieza a resultarme atractiva esta isla en el fin del mundo —reconoció Melchor.

—Por eso y por cierta dama —recalcó Anievas con intención.

Melchor no cayó en la provocación, y desvió la conversación.

—¿Qué van a hacer con ese caudal cuando regresen a Cádiz? —De vez en cuando les gustaba fantasear.

—Adquirir una buena casa —dijo Mier—, encontrar una buena mujer y tener hijos. Soy muy familiar.

Anievas meneó la cabeza. Él también era familiar y no había desavenencias con su esposa; aun así, cada vez la sentía más lejana, como a sus hijos.

—Con las frecuentes ausencias, se convertirá en un extraño en su hogar —vaticinó Anievas.

Melchor alejó la nostalgia de sus compañeros con humor.

—Lo primero que yo haré será espulgarme, y luego compraré una buena casa. Necesito un sitio reconocible cada vez que regrese de una comisión. La casa del marquesado ya no es mi hogar. No me echarían a patadas, pero no me siento de la familia. Aunque mi padre me escribe, me estoy perdiendo muchas cosas. Quiero algo mío. Y, con lo que me sobre, seguiré comerciando, para mayor escándalo de esos petimetres con títulos: «¿No es ese el hijo del marqués de Huete? Y dicen que se dedica al comercio. ¡Qué infortunio!».

—¡Teniente Crespo! ¡Teniente Anievas! —gritó un paje desde el otro extremo del techado. Las caras de los que andaban por allí sentados se volvieron hacia ellos y los señalaron.

—¡Ahí, chico!

El chiquillo corrió hasta ellos y les transmitió el mensaje.

—Un sangley, que dice llamarse señor Gong, está en la Puerta de Tierra y pregunta por ustedes.

—¿Quién es Gong? —se preguntó Melchor en voz alta.

—Gracias —dijo Anievas, y le dio una propina.

Se pusieron de pie, y Mier, aunque no había sido citado, los siguió. Más allá de la puerta de tierra los aguardaba una calesa con techado. Reconocieron al encargado del almacén de la Casa de Zhou y se acercaron.

—Tengo orden de llevarlos a un lugar. Allí los conducirán al paraje en el que se esconde el desertor blanco.

—¿Está en la jungla? —indagó Anievas, y el hombre asintió.

—Aguarde. Hemos de pedir permiso para ausentarnos y vestirnos adecuadamente.

Mientras Anievas buscaba a Valcárcel, Melchor y Mier se cambiaron el uniforme por ropas de faena, menos llamativas, más cómodas y más baratas de adquirir. Revisaron las armas y cogieron los sombreros cónicos de nipa, más apropiados para la jungla.

—No olviden el agua —advirtió Anievas, ya con ellos.

Siguieron al señor Gong, rodearon Manila y en los arrabales de Dilao cambiaron la calesa por monturas, todo un lujo para los sangleyes, ya que la población sólo contaba con bueyes o búfalos para trabajar los campos. Hacia el norte de la ciudad predominaba la jungla, pues al sur, donde se ubicaba Cavite, se extendían tierras planas y fértiles para los campos de labranza. Mier, por la costumbre del oficio, consultaba la brújula de vez en cuando y tomaba nota de la dirección en una intrincada jungla que carecía de indicaciones o senderos marcados. Los caminos duraban poco a causa de las lluvias torrenciales que cambiaban el paisaje de un año para otro. Sin embargo, el señor Gong no dudaba de la ruta.

Llegaron a un arroyo, donde un joven les salió al paso. Cruzó unas frases en chino con el señor Gong y este se dirigió a ellos.

—Me despido de ustedes. El joven Pi será su traductor con los hombres que los acompañarán. Aunque no los comprendan, están en buenas manos: es gente de confianza del señor Zhou. Por esa razón sería interesante que no los citaran en sus informes. El hombre que buscan está al frente de un peligroso grupo de piratas, acostumbrados a la lucha y a vender cara la piel, pues saben que si los apresan será peor. Si consiguieran atrapar al desertor, recuerden que la recompensa que ofrecen por él pertenece a esos hombres.

Se separaron y los oficiales siguieron al joven Pi, que iba a pie.

Melchor se quitó el sombrero para enjugarse el sudor de la frente. La jungla, cada vez más impenetrable, resultaba asfixiante por la combinación del calor con la humedad de las plantas. No tardaron en reunirse con un grupo de chinos, vestidos de negro y armados con sables y machetes, con los que se abrían paso. Les indicaron que amarraran los caballos y siguieran a pie. El campamento de los piratas se hallaba a unas dos leguas, que recorrieron con rapidez. Eran hombres acostumbrados a avanzar por caminos difíciles y bien entrenados. A los tres oficiales les costó aguantar el ritmo. Se detuvieron de pronto y se arrodillaron mientras que uno de ellos se adelantaba agachado y silencioso. Melchor intentó ver algo a través de la vegetación y desistió; sin embargo, las aves fueron más comunicativas, pues guardaban silencio. Al cabo de un rato de permanecer quietos, las aves recobraron el habitual alboroto. El hombre regresó y conferenciaron entre ellos. El cabecilla se dirigió al joven Pi y este les tradujo:

—No creen que estén todos, pero hay bastantes haraganeando. Uno de ellos es el hombre blanco. Han construido un pequeño poblado, tres casas pequeñas y una muy grande, comunal, en la que conviven con mujeres y niños esclavizados. Los hombres *han* se ocuparán de la comunal; a ustedes les dejan el hombre blanco. Vive en una de las casas pequeñas.

Anievas asintió. Avanzaron sigilosamente hacia el claro y uno de ellos sorprendió al vigía, al que le rompió el cuello. Tomaron posiciones y observaron la escasa actividad: una mujer trenzando un sombrero con dos niños a sus pies, un perro que husmeaba por los rincones, un hombre que fue a orinar y volvió al interior. Habían llegado a la hora de la siesta.

Los chinos se desentendieron de ellos y el cabecilla dio la orden de salir. Melchor ni los sintió, como tampoco lo hizo la mujer, distraída con el trenzado y con uno de los niños que tiraba de su falda. Cuando levantó la mirada, tenía a los chinos encima y le taparon la boca. Anievas dio la orden de aproximarse por el lateral hacia la primera de las casas y Melchor apartó la vista del escenario de los chinos para concentrarse en el propio.

—Voy por detrás, vosotros entráis por la puerta —dijo Anievas.

La primera casa fue fácil, pues todavía reinaba el silencio. Entró Melchor y ensartó al hombre tumbado en el camastro, mientras Mier apuntaba a un niño y cruzaba un dedo en los labios para indicar silencio a la madre, que lo miraba asustada. Entró Pi y habló con la mujer.

—No gritará —les dijo—. Los odia. La raptaron y la han esclavizado. Ni siquiera el niño es suyo. Su madre murió al parirlo.

—Pregúntale dónde duerme el hombre blanco —dijo Melchor.

—En la tercera casa —tradujo Pi.

—Vamos allá —se impacientó Melchor.

En ese momento, se oyeron gritos que provenían de la casa comunal. Salieron al exterior y se tropezaron con Anievas.

—La tercera casa —indicó Melchor.

No hizo falta que entraran. El propio Calderón asomó a la puerta para enterarse de la razón del jaleo. En cuanto los vio, entró de nuevo. De la segunda casa emergieron dos hombres que se enzarzaron con Anievas, que iba rezagado.

—¡Que no se escape por detrás! —gritó Melchor a Mier.

Calderón, ajeno a lo que estaba ocurriendo, debió de pensar que la Armada lo había localizado y atacaba para prenderlo, por lo que no se le pasó por la mente la posibilidad de escapar. Se presentó armado, dispuesto a vender cara la vida, preferible a morir colgado de un penol.

—Dese preso —le instó Melchor, antes de atacar.

—Nunca —contestó Calderón.

Melchor se abalanzó con el sable en ristre. Tanteó el nivel de esgrima del piloto y comprobó que no era muy alto, el propio de un hombre que no es militar. No obstante, Calderón había manifestado su intención de morir allí mismo, y Melchor deseaba evitarlo si era posible. Unos metros más allá, en la casa de al lado, Anievas y Mier se medían con los residentes. Melchor no tardó en ser consciente de que el piloto estaba descansado mientras que él había recorrido un buen trecho de jungla para llegar allí, así que se contuvo en los ataques y observó los movimientos del contrario. Se sonrió cuando detectó una falla en la esgrima que dejaba indefensa la parte baja del brazo armado. Lo obligó a repetir la acción, desplazó el acero

contrario, se agachó y siguió llevando su acero hasta el cuerpo de Calderón. Lo hirió, pero el piloto lo ignoró y redobló el esfuerzo. Recibió otra herida por lo alto, en el hombro, y la determinación del hombre fue clara para Melchor, que ya notaba el cansancio, por lo que tiró a fondo y le atravesó el pecho. Calderón se retiró y se llevó la mano a la herida. Le costaba respirar, y Melchor dedujo que le había atravesado el pulmón.

—¿Ha merecido la pena la traición? —preguntó Melchor.

—El dinero siempre merece la pena para los que nada poseemos —replicó ahogadamente, con jadeos. Escupió sangre. Se sonrió—. Pero ha equivocado la pregunta. Le queda poco tiempo.

—¿Quién es su jefe? —inquirió Anievas, que se había situado al lado de Melchor una vez que había terminado con la amenaza de la segunda casa.

—Alguien muy prominente de la sociedad manileña, un mestizo, hijo del diablo. No le debo ninguna lealtad. Se llama Miguel. Pero hay alguien más que os quiere muertos, y paga bien.

La tez de Calderón palideció. Cayó de rodillas, vomitó sangre en abundancia y el cuerpo se precipitó hacia el suelo. Así, tendido boca abajo, se ahogó.

Detrás de ellos, el drama había terminado. Un par de chinos habían confeccionado unas parihuelas para trasladar al muerto.

—Dicen que deben llevarse el cuerpo para cobrar la recompensa —tradujo el joven Pi—. Nos retiramos.

—¿Y las mujeres y los niños? —indagó Mier.

—No es nuestro problema. Pueden permanecer aquí o regresar a sus casas. —El joven se encogió de hombros y los instó a seguirlo.

Los hombres *han* caminaban con el mismo sigilo al volver. El sol empezaba a descender, y en unas horas sería de noche. Alcanzaron el punto donde habían dejado los caballos y ataron las parihuelas a uno de los animales. No se pronunció ni una palabra de despedida. El cabecilla se inclinó y Melchor hizo lo mismo, como había visto hacer a Francisca en casa de Zhou.

Llegaron a los arrabales de Manila con el sol muy bajo, devolvieron las monturas y subieron el cadáver a la calesa. Como se habían temido, no pudieron entrar en el reducto de Cavite a causa de la

hora, y pasaron la noche al raso.

—Nos van a comer vivos los mosquitos —se quejó Mier.

—A mí lo que me preocupa es quién desea nuestra muerte. —Melchor recordó a sus compañeros las palabras del moribundo.

—Ese Miguel ¿será el hermanastro de la viuda? —planteó Anievas.

—Debe de ser una buena pieza —ponderó Melchor—. Ella me comentó que estaba detrás de los dos atentados. Así que, además, se dedica al lucrativo comercio de esclavos. Dinero, dijo Calderón, de Miguel y de otra persona interesada en que no nos metamos en su terreno.

—¿En qué terreno? Como no sea el comercial… Y tampoco lo entiendo. Estamos de paso y nuestras compras no afectan a los grandes almaceneros —dijo Anievas.

—¿Y si lo ha dicho para inquietarnos? —caviló Mier.

—La clave es la mujer —resolvió Anievas—. Crespo tiene razón. Temen nuestra amistad con la viuda. Es rica y soltera y estamos en medio.

—¡Oh, no! —se lamentó Melchor—. Creo que ha dado en el clavo.

Por la mañana entraron en Cavite y se presentaron ante Álava para informarlo de la muerte del desertor, entregar el cuerpo y cobrar la recompensa. Álava ordenó que se entregara la recompensa al señor Zhou para que este se la diera al informante. El comandante no receló, pues el sangley era conocido como banquero y los oficiales cumplieron su promesa de no desvelar la presencia de la temida sociedad secreta en la isla. El cuerpo de Calderón fue enterrado sin honores y sus bienes los repartieron entre los pilotos y los guardiamarinas, como era costumbre.

Durante unos días siguieron con sus obligaciones hasta que Melchor consiguió un par de días libres tras haberse apuntado a realizar muchas guardias. Alquiló un caballo, ya que se desplazaba solo a Manila. El billete que le había entregado Francisca era un plano del lugar en el que se encontraba la casa, en los arrabales de Bagumbayan. Por medio de uno de los guardiamarinas le envió una nota emplazándola ese día.

Ignoraba cómo se desarrollaría el encuentro, porque la iniciativa había partido de ella, y eso le preocupaba. Su alma de militar y

estratega le exigía un plan. Era un hombre que dejaba pocos asuntos al azar, incluso las citas amorosas. Sin embargo, en esta ocasión desconocía el terreno y a lo que se enfrentaba. El recorrido a caballo fue más rápido que en calesa. Lo complicado fue orientarse por el laberinto de calles irregulares del arrabal. La principal referencia por la que debía preguntar era un zapatero de reconocido prestigio, y de ahí ya era fácil dar con la casa.

Llegó y la casa parecía cerrada. Buscó un sitio discreto para atar al caballo fuera de la vista y se aventuró a subir al interior en medio de la penumbra. Acompañado por el ruido de sus pasos accedió a una gran sala vacía. En uno de los extremos había un lecho bajo rodeado de velas, y el aroma inconfundible que rodeaba a Francisca flotaba en el ambiente. Francisca salió de la penumbra a recibirlo, vestida como una sangley, igual que el día que asaltaron el taller de perfumes. Se aproximaron ambos y se miraron a los ojos, que reflejaban las llamas temblorosas de las velas, y mudos se entregaron al abrazo y al beso. Se separaron y Melchor aprovechó para desarmarse. Francisca procedió a quitarle la chupa.

—No es este ambiente de clandestinidad el que había pensado para nuestro primer encuentro —acertó a decir Melchor, con la voz entrecortada. Era absurdo, pero estaba nervioso.

—Como muy bien dijiste en el convento, no podemos permitirnos el lujo de esperar. Aceptemos lo que se nos ofrece.

Se desnudaron y el claroscuro esculpió el misterio que envolvió a los cuerpos mientras que las velas alumbraban los corazones ilusionados. Melchor se hallaba frente a una mujer experimentada, y se prometió dejar memoria de su paso. Ya en el lecho, imperó el tacto ardiente de las manos, de los labios por la piel de seda que latía de pasión, apreció el cuerpo esbelto y prieto de Francisca, acostumbrada al trabajo y a los extraños ejercicios chinos que practicaba. Sin prisa, despertó la piel dormida, arrancó suspiros enterrados bajo el luto de varios años hasta que la hizo suya. Sin embargo, Melchor no se engañaba: la dueña era ella, él había perdido el dominio de su corazón. En su entrega había mucho más que una satisfacción: semejaba a una llegada a casa, a ese hogar esquivo para el marino pero reconocible de tan soñado, y eso lo

inundaba de felicidad y de preocupación al mismo tiempo. Se repetía que eran dos caminos que se cruzaban, mientras el corazón enviaba un mensaje diferente, sordo a los dictados de la razón. Entre tanto exploraba y se rendía, entre gemidos placenteros, a un sentimiento virgen para él.

Melchor se volvió con el brazo de ella sobre el pecho, ambos sudorosos y felices. Francisca rompió el silencio.

—Había olvidado lo que era sentirse amada.

—Pues, según mi opinión, lo has recordado muy bien. Yo también había olvidado lo que era la intimidad, la confianza, así que ya somos dos en las mismas circunstancias. Contigo la vida sería diferente.

—No deseo promesas vanas. Estamos bien así.

A Melchor le impresionaba y le dolía el pragmatismo de la mujer, que se mostraba más fuerte que él: era lo que había, y no esperaba más; lo que viniera sería aceptado para bien o para mal.

—He traído algo para comer. Es mediodía —dijo Francisca. Se levantó, se puso la camisa negra y se acercó a una bolsa. Mientras hurgaba en ella, Melchor hizo lo mismo para no pensar, aunque en su caso la camisa era blanca, y se acercó a la ventana en busca de un poco de aire. Levantó levemente la mampara de nipa que la cubría y sorprendió a dos individuos que se movían sigilosamente por el jardín. Vaciaban un pequeño tonel alrededor de la casa.

—¿Dijiste que os valíais de esta casa para observar a tu hermanastro?

—Sí. Vive enfrente.

Melchor dejó caer la mampara de nipa con cuidado y buscó sus ropas.

—Ha sido una imprudencia citarnos aquí —dijo en voz baja—. ¡Vístete! Tenemos problemas.

Mientras obedecía, Francisca preguntó:

—¿Qué sucede?

—Hay dos tipos que van a prender fuego a la casa. El problema es que seguramente haya más esperándonos para impedirnos escapar. Un asesinato bajo la apariencia de un accidente, con el consabido escándalo sobre un encuentro clandestino entre la viuda de Puig y

un militar.

—Aprovechará la oportunidad —confirmó Francisca. Aguardó a que Melchor terminara de armarse—. Fei ideó otra salida, pero habrá que olvidarse del caballo.

—Indícame el camino y yo iré delante para cubrirte.

En lugar de bajar, atravesaron una puerta lateral disimulada que daba al vacío.

—Esa cuerda —señaló Francisca.

Melchor siguió el trayecto de la cuerda y descubrió lo ingeniosa que había sido la silenciosa doncella. Un árbol servía de separación con la casa contigua, y había una escalera recogida en él. Desató la cuerda y bajó la escalera. Pasaron al árbol y Francisca recogió la escalera mientras él desataba otra cuerda que los ayudaba a saltar a la terraza de la otra casa. Para Melchor fue fácil, acostumbrado a trepar por las jarcias, pero Francisca no dejaba de sorprenderlo, y saltó con la misma determinación.

—La casa está habitada por unos ancianos —informó Francisca—. Hay que avisarlos del fuego.

Entraron y Francisca habló con ellos. Se apresuraron a coger los objetos de valor, y le ofrecieron a Melchor unas ropas indígenas con las que ocultar el vistoso uniforme. La calle se inundó de gritos de alarma y los vecinos salieron a la calle. Melchor tiró de Francisca para aprovechar el instante de tumulto y deslizarse entre la gente en dirección contraria. A sus espaldas, la casa, en la que poco antes habían compartido una unión inolvidable, ardía como una tea y amenazaba al barrio, que se estaba organizando para mojar las casas colindantes y evitar la propagación del fuego.

—¡Por aquí! ¡Sígueme! —gritó Francisca.

Melchor confió en ella y la siguió entre el laberinto de callejuelas. Al cabo de un rato, llegaron a la casa de su amiga Margarita, la misma que los ayudó en la otra ocasión. Francisca recuperó sus ropas y la calesa. Juntos abandonaron el arrabal de Bagumbayan. La acompañó hasta el revellín de la Puerta Real, donde Melchor alquiló una calesa para regresar a Cavite.

Nada había resultado como él había pensado: que ya la echara de menos y que un momento de su vida, que él consideraba

trascendental, terminara en una angustiante huida. Francisca corría un verdadero peligro, sin embargo, no podía contar con las autoridades. La única forma de resolver aquella situación era el asesinato. ¿Estaba dispuesto a llegar tan lejos?

28

Manila, septiembre de 1800

Francisca sintió el mordisco de la soledad: por un lado, el teniente había dejado una honda huella en su piel, a pesar de que el encuentro hubiera terminado antes de tiempo a causa del fuego, y, por otro, percibía su indefensión y debilidad sin Fei. Cósima era una chiquilla lista y bien mandada, pero le faltaba la sabiduría de los años que arrastraba Fei, quien se adelantaba a los deseos de Francisca. El agradecimiento era una buena base para la fidelidad. A las huérfanas no las quería nadie y trabajaban como esclavas en el mismo orfanato, en un convento o en un burdel. Los chicos estaban muy demandados para realizar las pesadas labores de los campos. A ambos se los usaba como mano de obra barata y sin posibilidad de mejorar su vida. Muy diferente a la situación de los huérfanos recogidos por religiosos, a los que, además de cristianizarlos, les proporcionaban una enseñanza para salir adelante.

La explotación de Cósima como criada en el orfanato le había llegado al alma. Su carita morena, infantil y ovalada movía a la confianza; los ojos grandes, rodeados de largas pestañas, destilaban tristeza; la boca, bien perfilada y roja, no conocía la sonrisa; de estatura baja, andaba muy derecha; las trenzas negras lanzaban destellos azulados. No era mestiza, ni a Francisca le importaba.

La había vestido a la altura de la casa y la había inscrito en la escuela del convento de Santa Clara para que aprendiera a leer, a escribir y a calcular. ¿De qué le servía una criada a la que engañaran en el mercado? Ese había sido el argumento que había esgrimido delante de doña Lisarda.

—¿Cuántos años tienes, Cósima? —le preguntó el primer día.

—No lo sé. Si viene el supervisor, tengo catorce, y si alguien busca ayuda en casa, tengo doce.

—Sí, es lo que me dijeron, pero no lo creí. La encargada del orfanato destilaba desconfianza, y me lo acabas de confirmar. Negocian con los niños.

—Dicen que es para dar de comer a los que se quedan —dijo Cósima, con un encogimiento de hombros.

El mes de agosto, azotado por las lluvias torrenciales y los vendavales, había transcurrido lento. Las calles anegadas de los arrabales habían mantenido a los habitantes de Intramuros confinados. Francisca no había vuelto a aventurarse por los arrabales y no había tenido noticia de Miguel. Los meses de lluvia eran los ideales para emplearse a fondo con la fabricación y la obtención de nuevos aromas para no volverse loca en la larga ausencia de Melchor, quien se hallaba en una misión. Francisca, al igual que los oficiales, había subido media carga al San Francisco Xavier, bajo las mismas condiciones de pago y envío de la plata a Ciudad de México, y aguardaba noticias de su arribada en Callao.

En el mes de septiembre habían empezado a ceder las lluvias; las aguas estaban regresando a sus límites y las calles, aunque seguían enfangadas, pronto estarían secas. Doña Lisarda acudía puntualmente a misa en la iglesia cercana y cada día encendía una vela por su marido, preocupada ante la falta de noticias. Esa situación favorecía a Francisca, ya que su madre había postergado el asunto de sus tratos con Jian Zhou.

—Señora —Cósima entró, apurada, en el taller—, fray Joaquín está aquí.

El agustino fray Joaquín, a quien Francisca había conocido en el convento cuando iba a visitar al teniente durante la convalecencia, la esperaba en el salón. Su madre lo entretenía con su charla sobre los destrozos que habían provocado ese año las lluvias. Sin embargo, Francisca intuía que fray Joaquín no se había desplazado para realizar una visita social. Se sentó, con la curiosidad grabada en el rostro, y aguardó a que terminara de explicar el drama de algunas familias indígenas.

—Les extrañará mi presencia. Pronto lo sabrán por las autoridades competentes, pero he preferido ser el heraldo de tan terrible noticia, en lugar de que se enterasen por un frío listado. Entre los conventos

de la congregación, diseminados por las islas, mantenemos contacto epistolar. He recibido una carta de un hermano del convento de Ligao, una de las poblaciones afectadas por las erupciones del Mayón, cómo lo llaman los indígenas. Describe cómo la erupción los sorprendió y el volcán empezó a verter ríos de lava y agua, muy fluidos, como si fueran torrentes, por lo que alcanzaron rápidamente a las poblaciones periféricas al Mayón. Según el párroco don Manuel, a muchos no les dio tiempo de huir y algunos asentamientos quedaron totalmente destruidos, como Malinao. Su marido, don Pedro Muñoz, se encontraba allí, visitando unas tierras que deseaba adquirir. No hay equivoco porque así lo han declarado varios testigos. La lista de fallecimientos de españoles en aquella zona la harán pública en la Capitanía General. Dios lo tenga en su gloria. Mis más sinceras condolencias.

Francisca, a la que le había invadido el frío, miró a su madre, que vertía el llanto en silencio, intentando asimilar la noticia que había presentido. Cuando fray Joaquín terminó la relación, bajó los ojos y los fijó en las manos entrecruzadas sobre el regazo de doña Lisarda. Manos vacías.

—Don Pedro era un hombre muy conocido y respetado en Manila. Les ofrezco la iglesia del convento para celebrar una misa funeral.

—¿Y mi marido? —preguntó doña Lisarda, como quien despierta de un mal sueño. Francisca se levantó para buscar un pañuelo para su madre y escuchó la explicación de fray Joaquín.

—Creo que sepultado por la lava. Esté segura de que no sufrió, pero el cuerpo es irrecuperable. Su alma está en manos del Señor.

Francisca le entregó el pañuelo a su madre y escuchó las palabras de consuelo del religioso. Palabras vanas, pues no había consuelo. Su madre necesitaría tiempo para hacerse a la idea, para aceptar la muerte de su marido, y ella, para acostumbrarse a su ausencia. Fray Joaquín se retiró y Francisca lo acompañó hasta la puerta. Le agradeció la deferencia que había observado con ellas, y le aseguró que, en cuanto su madre saliera del estupor y la noticia fuera oficial, lo visitarían para organizar la misa. Regresó junto a su madre y así, juntas, pasaron el resto del día hasta que Cósima entró para anunciar la cena.

—Quédate con doña Lisarda. He de comunicar al servicio la muerte de don Pedro.

Francisca bajó y entró en la cocina. Serafina y Mauricia estaban muy afectadas. Trabajaban en la casa desde que don Pedro la había adquirido. Buscó al mozo del almacén, que estaba pendiente de la puerta y de acercar la calesa cuando era necesario, para darle la noticia.

—No recibimos visitas —lo aleccionó—. Que dejen recado, si es urgente.

A quien más temía era a Miguel. Eso la llevó a pensar en el testamento. Recordó que fray Joaquín había comentado que todavía no se habían publicado las listas. Cenó sola, pues su madre se había negado a comer y se había retirado a su aposento.

—Cósima, debemos colgar un crespón en el portalón de entrada mientras dure el luto. Mañana por la mañana me acompañarás al despacho del abogado. Que Mauricia atienda a mi madre, que no la deje sola. Pasará unos días muy triste. Espero que lo supere pronto, porque voy a necesitarla. —Las últimas palabras iban dirigidas a ella misma y no a Cósima.

A la mañana siguiente, se encaminó al despacho del abogado de su padre. Don Ignacio Fombellida la recibió y le ofreció su pésame: era la primera noticia que le llegaba sobre la muerte de don Pedro, y la aleccionó sobre el procedimiento.

—Aunque la Capitanía General publique esas listas, habrán de aguardar unas semanas al no haber cuerpo, para asegurarnos de que efectivamente ha fallecido. Si lo corroboran en la Audiencia, en diciembre podré abrir y leer el testamento.

—El Magallanes ha salido con un cargamento de mi padre.

—No debe preocuparse. Don Pedro, antes de partir al barangay de Alday, redactó un nuevo testamento y me entregó un poder para hacer frente a los derechos de avería, almojarifazgo, tercio de lonja y avería consular, entre otras tasas menores. En el momento de la lectura del testamento les presentaré los gastos que se hayan devengado hasta ese instante. Debo señalar que también me haré cargo de los costes del sepelio y de los que genere la casa en el entretanto. Lo dejó muy claro don Pedro.

—¡Dios mío! ¿Tuvo una premonición? —Francisca se santiguó.

—En absoluto. Es bastante corriente este tipo de disposiciones entre personas que emprenden un viaje o que se van a exponer a algún peligro. Su padre era una persona concienzuda, y le agobiaba que doña Lisarda padeciese estrecheces por su falta de previsión.

Francisca abandonó el despacho consciente de que se aproximaba una época dura. El tiempo para elegir marido se había agotado. Disponía del margen de unos meses para tomar una resolución. A lo mejor la cuestión no consistía en decidir, sino en eliminar: si se negaba a contraer matrimonio, debía mudarse, o mejor dicho, debían mudarse; había prometido a su padre cuidar de su madre. En cuanto doña Lisarda supiera que su destino era Ciudad de México, ¿se animaría? Su madre siempre había añorado la vida de allí, y en Manila no tendría ni una tumba sobre la que llorar a su marido. La idea resultaba muy atractiva, aunque faltaba el consentimiento de su madre. Sin embargo, ejecutarla planteaba muchos problemas que deberían resolver, como liquidar los bienes. Su cabeza hervía de actividad, considerando los trámites necesarios para cambiar de residencia y de vida.

La burocracia era lenta. Pasaron unos días hasta que les llegó la notificación del gobernador en la que les comunicaba el fallecimiento de don Pedro Muñoz, vecino y consular de Manila, y, junto a la firma del gobernador, se expresaba un sentido pésame a la viuda.

Resultó anecdótico, pero aquel trocito de papel grueso del gobernador le devolvió a su madre. Despertó del letargo en el que la había sumido la pérdida de un ser querido.

—Francisca, Miguel habrá recibido algo similar. ¿Qué será de nosotras? Igual se presenta aquí y nos echa.

—Tranquila, madre. He hablado con el abogado. Padre renovó el testamento antes de partir. No se leerá hasta final de año. Como no hay cuerpo, ha de pasar un tiempo prudencial. Mientras tanto, disfrutamos de todo como si estuviera con nosotras.

—¿Y luego?

—¿No le adelantó sus intenciones su marido?

—Me dijo que no me preocupase, que él me dejaría bien situada, pero no soy tonta: Miguel buscará cómo destrozarme la vida.

—Madre, no está sola. Siempre ha echado de menos México y sus fiestas.

—¿Regresar a Nueva España? —El tono de doña Lisarda fue de sorpresa—. No me lo había planteado. Lo cierto es que, cuando seguí a tu padre, me despedí de aquella tierra. Nunca soñé con volver.

—No lo comente con nadie, ni con el servicio, porque nos interesa el secreto, pero hágase a la idea. ¿Hay algo que la ate a este sitio? El recuerdo de padre lo lleva en el corazón. No hay tumba que cuidar. A padre le gustaría que fuera feliz.

—No sé, no sé. —Doña Lisarda movía la cabeza de un lado a otro, como si la superaran los acontecimientos—. Ya veremos. Soy incapaz de pensar y menos de decidir. Demasiados cambios en tan poco tiempo.

De Miguel no tuvieron noticia. Francisca no conseguía dilucidar si era bueno o malo. Siguieron adelante con la misa funeral y pagaron al pregonero para que lo anunciara en Intramuros. Francisca retomó los odiados vestidos negros y doña Lisarda se confeccionó tres para diferentes ocasiones. El portón de la casa lucía el crespón, así como cada ventana que daba al exterior. Los criados se ataron una cinta negra en el brazo. Francisca dio instrucciones al mozo sobre cómo enjaezar con plumeros negros el caballo, pues se acercarían a la iglesia en calesa, de acuerdo con su condición. El mozo, acicalado, las aguardaba calmando al nervioso caballo. Tomaron asiento e irguieron las cabezas cubiertas con un velo de encajes negro, sujeto al moño central con unos largos alfileres. El velo eximía del sombrero y el ridículo; la sombrilla y abanico también eran del mismo color. A Francisca se le atragantaba tanto negro. El mozo guiaba el caballo, y Serafina, Mauricia y Cósima los siguieron a pie.

—Recuerde, madre: usted no se ha planteado su futuro. Los asuntos importantes están en manos del abogado. Es mejor así mientras ignoremos los movimientos de Miguel; no quiero que él sospeche los nuestros.

—Que Dios me perdone, pero, si no hubiera existido ese hombre, mi dicha habría sido completa.

—No sólo la suya, madre, no sólo la suya —murmuró Francisca. No

convenía que el servicio las oyera hablar de esa forma. Don Pedro era el amo, infundía respeto; ahora, con la mente propia del patriarcado indígena, pensaban que sería Miguel, y no deseaba que le fueran con el cuento.

El recorrido fue corto, y, en un suspiro, se hallaron a la entrada del templo. Había gente en los alrededores, y algunos se acercaron a ofrecerles ayuda para descender del carruaje. Los pésames, las condolencias y muestras de afecto rodearon a su madre. Compañeros del consulado, regidores de la Junta de Repartimiento, de la Hermandad de la Santa Misericordia, vecinos en general las acompañaron al interior de la iglesia. El primer banco, reservado para los familiares, aguardaba vacío. Nadie de la familia Ronzal, hermanos o primos de la primera mujer de don Pedro, había acudido. Francisca lo sintió por su madre; por sí misma se alegró. Nada le molestaba más que mostrarse amable con quienes no lo merecían.

Terminada la misa, invitaron a los asistentes a la casa. Como no había cuerpo, no se había organizado un velatorio, así que decidieron abrir las puertas de la casa después del funeral para recibir el consuelo de los vecinos y amigos.

No habían bajado de la calesa y Francisca ya impartía órdenes.

—Serafina, en la cocina, y que no pase nadie al taller. Cósima, al pie de la escalera para recibir a la gente. Mauricia, en el salón, sirviendo las bebidas. ¡Ah!, y retira la gasa que extendimos sobre la mesa para que la comida y los dulces no se llenaran de insectos.

Dejaron al mozo para que guardase el carruaje y subieron a la parte noble de la casa. Como habían previsto, los visitantes empezaron a llegar a los pocos minutos, lo que habían tardado en recorrer la distancia desde la iglesia a pie. Doña Lisarda ocupó el sofá y Francisca se sentó a su lado en cuanto comprobó que todo estaba a su gusto para recibir. Según entraban las amistades, se dirigían hacia ellas para presentarles las condolencias, y luego se retiraban hacia la mesa en busca del refrigerio. Se formaron grupos por el salón en los que se comentaban las incidencias del día o recordaban anécdotas del fallecido.

—Doña Lisarda, mi querida amiga, cuánto lo siento. —Con lágrimas

en los ojos y una gran afectación, se acercó doña Rigoberta—. ¿Cómo se le ocurrió a don Pedro abandonar el comercio e irse a buscar tierras en un sitio tan peligroso? ¿Pretendía llevarla allí?

Para Francisca estaba claro que buscaba información para difundirla por las calles de Manila a su manera.

—Lo último que he sabido es que iba a asociarse con la familia Cabrero —dijo doña Lisarda, y añadió con sorna—: Pero parece usted mejor informada.

—Ah, no, no —rectificó doña Rigoberta, simulando un rubor que no asomaba a su rostro—. Son los rumores que corren por el consulado. Mi marido no los ha creído ni por un segundo. No se imaginaba a don Pedro en otra actividad.

Algo no tan extraño en el señor Acevedo, pensó Francisca, a juzgar por cómo hablaba su padre sobre él. Tras otra sarta de tonterías, la señora de Acevedo se retiró sin haber ampliado su conocimiento y dejó paso al señor Monterroso, quien, tras dar su pésame, no perdió la ocasión de recordarle sus intenciones a Francisca.

—Señora, la acompaño en su dolor. No todo son malas noticias: en cuanto el luto lo permita, le realizaré una propuesta matrimonial. No estará sola ni quedará desamparada.

—Lo escucharé con la deferencia que merece.

Mientras pronunciaba las palabras de cortesía, se percató de la presencia del teniente Crespo, quien observaba a Monterroso de arriba abajo con el ceño fruncido. Se retiró don Agustín y el teniente ocupó su lugar, seguido de los señores Mier y Anievas.

—Hablo en mi nombre y en el de mis compañeros. Nos sentimos profundamente conmocionados por el fallecimiento de su esposo y padre respectivamente.

Los oficiales Mier y Anievas se entretuvieron con doña Lisarda y Francisca permitió al señor Crespo susurrarle en un aparte:

—Ese caballero ¿tiene alguna posibilidad?

—Ninguna, pero he de jugar mis cartas —se sinceró Francisca en el mismo tono bajo.

Algo dentro de ella revivió en medio del dolor. Al teniente no le era indiferente, aunque, en medio de sus tribulaciones, carecía de importancia, porque no le propondría matrimonio.

La llegada de la familia Cabrero desplazó a los oficiales y olvidó el breve encuentro. La mujer de don José se sentó al lado de su madre a una indicación de esta. Los chicos desfilaron delante de Francisca, y don José la puso de pie y la abrazó como a una hija. Ambos gestos eran un aviso para los presentes: la cercanía en negocios y la admisión de una hija más. Marcos no había tenido ni que abrir la boca. Francisca no se acobardó y dijo bien alto para que lo oyeran los demás.

—Gracias, don José. En esta casa su familia siempre ha sido bienvenida. Muchos han sido los años compartidos entre los dos jerarcas, como si fueran hermanos, en esta tierra tan dura. Siempre lo he respetado como si de un tío se tratase. Para usted también será difícil seguir adelante sin mi padre.

De un plumazo había barrido cualquier interpretación que hubieran pretendido los Cabrero o realizado los presentes. No podía permitirse mostrar inclinación hacia nadie, porque ignoraba a quién necesitaría mañana. El resto de la tarde la pasó bajo el escrutinio de Monterroso y de los Cabrero. Si no hubiera sido tan trágica su situación, habría disfrutado del instante de gloria, como cualquier persona. No obstante, era consciente de que estaba alimentando esperanzas mientras su decisión seguía un camino muy distinto. No era conveniente cerrar las puertas y no dejar una ventana abierta.

A la mañana siguiente, Mauricia apareció con la noticia de que la familia Ronzal celebraba una misa funeral por don Pedro en Bagumbayan, y que era el comentario en la plaza Mayor. Francisca no perdió el tiempo y se paseó por las plazas en las que se reunían las amistades de su padre, las que no estaban bajo el influjo de Miguel, como los cargos administrativos dependientes de Nueva España. El que mejor sensación le había causado desde que lo conocía era don Gaspar Quiralte, oidor de la Audiencia y miembro de la Junta de Repartimiento. Estaba por encima de don Agustín Monterroso, un mero regidor de cabildo, y su aspiración era regresar a la civilización.

—Lamento mucho su pérdida. Si en algo puedo ayudarlas en tan luctuoso momento, no duden en solicitármelo.

Francisca se sinceró con el hombre y le contó cómo su hermano

había interferido en sus derechos a boleto para disponer de espacio en la nao de Acapulco. Y le reveló que, por esa causa, estaban evaluando la posibilidad de abandonar las Filipinas e instalarse en Nueva España, de donde era su madre y donde vivía su familia, que las acogería con agrado.

—Una idea excelente. Estas islas no son adecuadas para que vivan las mujeres solas. Incluso mi familia está deseando que llegue la orden de mi relevo. Para mi esposa ha sido un destierro y no un destino. Llevamos once años en esta ciudad.

—Son muchos para quien no ha nacido aquí —admitió Francisca.

—Y para usted —apuntó don Gaspar—. Es joven y hay un mundo ahí fuera esperándola. Cuando me entere de que se prepara una nao para Nueva España, la avisaré y yo me encargaré de que ambas obtengan sus boletos como viudas. Es su derecho. He oído rumores de los manejos de Miguel Muñoz en el consulado, pero sin denuncia no puedo actuar.

—Comprenda que era hijo de mi padre. No podía causarle semejante disgusto.

Con ese triunfo en la manga, pasaron las semanas. Doña Lisarda, como alma en pena, deambulaba por la casa y Francisca trabajaba en su taller, haciendo acopio de perfumes para el planeado viaje, pues ignoraba cuándo dispondría de otro taller para fabricar más. Y llegó el día de la lectura del testamento. Don Ignacio había citado a los interesados.

Se acicalaron de negro riguroso y pidieron la calesa. Acudieron puntuales y entraron con un hombre que les era desconocido. Francisca saludó a Miguel, quien les dirigió una mirada calculadora. Se sentaron donde les indicaron y, cuando don Ignacio comenzó a citar a los presentes, doña Lisarda cayó en la cuenta de que el extraño era el marido de Jacinta.

Don Ignacio procedió a leer las últimas voluntades de su padre, y, cuando terminó, se escucharon suspiros de alivio, excepto por parte de Miguel, que protestó.

—Eso no puede ser. Recurriré el testamento. Soy el primogénito y no se respetan mis derechos.

Don Ignacio no se amilanó, reunió los papeles desperdigados,

levantó la mirada y se enfrentó a Miguel sin alzar la voz, aunque el tono cortaba con la misma eficacia.

—Señor Muñoz, si usted recurre el testamento, el asunto se prolongará durante años en los que el activo y el pasivo estarán retenidos hasta que se alcance una resolución. Le recuerdo que, para entonces, usted podría haber muerto y las cargas almacenadas se habrán echado a perder o ya no valdrán lo mismo en los mercados. ¿Lo ha pensado bien?

Lo que a Francisca le agradaba de la situación era que, si Miguel quería perjudicarlas, también él se vería perjudicado. Estaba atrapado.

—¿Quién llevará a cabo el reparto? —inquirió Francisca.

—Pueden realizarlo entre ustedes de común acuerdo o pueden solicitar la mediación de un oidor de la Audiencia. Yo colaboraré en lo que sea menester.

—Gracias. Nosotras solicitaremos un oidor de la Audiencia.

—Nosotros no. Preferimos que quede en familia —se opuso Miguel.

—Lo lamento, Miguel —se disculpó el cuñado—, pero apoyo la decisión de las señoras. Después de la encendida carta que recibió Jacinta, cuando te enteraste de que vuestro padre le había transferido la propiedad de la hacienda, prefiero que los asuntos se diriman ante terceros.

A Francisca le sorprendió que las relaciones en la familia Ronzal distaran mucho de ser un mar en calma. Al menos ellas habían encontrado un aliado insospechado en el marido de Jacinta.

—De acuerdo entonces —resolvió don Ignacio—. Los avisaré en cuanto haya presentado el caso en la Audiencia y nos asignen al oidor.

—Vayan con Dios, señores. ¿Vamos, madre? ¿O desea preguntar algo más?

Doña Lisarda negó con la cabeza y se levantó. Francisca le cedió el paso a su madre, y se encaminaron hacia la puerta. Miguel se le acercó y le susurró al oído:

—Un accidente lo puede tener cualquiera. También pueden correr rumores sobre tu promiscuidad.

—El convento de Santa Clara os lo agradecería eternamente —

replicó Francisca en el mismo tono de voz, y no entró en la provocación sobre los devaneos amorosos.

A Francisca le vino bien el aire libre. Su padre se había portado magníficamente con todos, como era su carácter. A Lisarda le había legado la casa de Intramuros con el ajuar y las alhajas, a Jacinta le confirmaba la hacienda de Cebú y a Miguel, la casa de Bagumbayan y el despacho de la Casa de Muñoz. Aunque la compañía ya no existiese, había aún un cargamento y mobiliario por liquidar. Además, dejaba un importante patrimonio monetario y de mercancías que ascendía a 349.135 pesos fuertes, una vez descontados los gastos del sepelio y los que habían generado ellas hasta el día de la lectura. La cantidad la dividió don Pedro en cuatro partes, por lo que a cada uno de los herederos le había correspondido la friolera de 87.283 pesos fuertes.

—No lo entiendo —murmuró doña Lisarda, de camino a casa.

—¿El qué, madre? —Francisca colocó mejor el parasol para que sombreara a doña Lisarda.

—¿Por qué jugarse la vida con ese capital?

—Porque en ningún momento creyó que se jugaba la vida. Y ese capital le iba a servir para emprender un negocio industrial, sin depender de los caprichos del mar y de las guerras. Buscaba mejorar su vida.

Al menos, así lo había entendido ella. A su madre le resultaba más difícil.

Miguel salió furioso del despacho del abogado. Don Ignacio le había reiterado las escasas posibilidades de que se viera favorecido tras la demanda, por no hablar del tiempo que duraría el proceso. Si se hubiera hallado en mejor posición económica, no lo habría dudado, pues habría sido un golpe mortal para ellas. Por desgracia, las elecciones, la necesidad de buscar un agente en Cantón, la inversión en materia prima para elaborar unos perfumes que habían ardido y otros menesteres habían mermado sus ahorros.

La decisión de su padre lo empujaba a optar por medios más drásticos y menos sutiles. La amenaza a Francisca no había servido

de nada. Ella lo había previsto y madre e hija habían nombrado heredero de sus bienes al maldito convento. Y eso lo conducía a Monterroso. Su plan de matrimonio era el único viable, pero no se fiaba de alguien que escapaba a su control. La boda con Francisca le daría posición, casa en Intramuros y una fortuna, por no hablar de los contactos y de la elaboración de perfumes. Se convertiría en un nuevo competidor en el tablero del comercio, y ya eran multitud Zhou y Miguel.

No obstante, la idea de Monterroso no estaba mal. ¿Y si secuestraba a doña Lisarda y obligaba a Francisca a contraer matrimonio con alguien de la familia, por ejemplo con Aníbal, un sobrino afín a Miguel y totalmente inofensivo? Luego se simulaba un accidente y se cobraba la herencia que sería del marido. Debía madurar la estrategia.

En casa le aguardaba otra noticia. El eficiente Aníbal se adelantó a dársela.

—Uno de los consulares ha sufrido un accidente mortal. Se cree que ha sido un asesinato, pues el mozo de cuadra ha desaparecido.

—Bien, un aviso para los que me han traicionado en las elecciones. Por fin algo se hace como es debido —confesó, sin ocultar su satisfacción.

VI

El tornaviaje

1801

29

Cavite, febrero de 1801

Comenzaba a anochecer cuando Mier salió de la sala de trabajo, en la que Álava había formado un equipo de pilotos y oficiales de guerra para recoger los datos que iban proporcionando las expediciones de reconocimiento y para trazar nuevas derrotas experimentales. Álava se había tomado muy en serio el asunto y, por una vez, había coincidido con los deseos del capitán general don Rafael María de Aguilar y de los factores de la Real Compañía, no así de los miembros del consulado, quienes intuían el fin del monopolio con Nueva España. De hecho, la Real Compañía había enviado una segunda fragata, la San Rafael, a Callao por una de esas nuevas derrotas, aunque seguían a la espera de que llegaran noticias de la fragata San Francisco Xavier, que comandaba Ibargoitia.

De las sombras, surgieron Anievas y Melchor.

—¿Ha comido algo? —preguntó Anievas.

—Mucho y de calidad —se pavoneó Mier—. Una delicia compartir la mesa del comandante. Está muy pendiente de nuestros avances y propuestas, siempre que las obligaciones del servicio se lo permiten.

—Al menos, alguien se divierte. Un año más en este paraíso perdido —les recordó Melchor.

—No se queje. El paraíso ha dejado de temblar, que ya es algo. Dicen que el volcán se ha tranquilizado.

—Ya no tiembla de forma alarmante, pero la tierra sigue estremeciéndose como si fuera un barco —lo contradijo Melchor.

Se encaminaron al baluarte de Guadalupe, solitario a aquella hora en la que los hombres se sentaban bajo el tinglado de nipa en la calle para jugar a los naipes o charlar.

—Espero que la noticia les levante el ánimo, caballeros. Hemos hecho bien en desaprovechar la oportunidad del San Rafael. El

Consulado de Filipinas está preparando el Rey Carlos. Este verano saldrá hacia Acapulco. Todavía no hay escolta designada, pero los rumores citan el Montañés —les confió Mier.

—¿Los rumores? ¿Comparte mesa con el comandante y no lo sabe? —le reprochó Anievas.

Mier no se ofendió, pues conocía el estado de ánimo de sus compañeros desde el día del funeral del señor Muñoz y la revelación de la aventura de Crespo, que confirmaba el peligro que corría la viuda, así que replicó sin alterarse:

—Álava es una tumba en tanto no haya nada decidido. Los rumores se deben a que la nave de escolta deberá cargar efectos y caudales de la Hacienda Real y de los obtenidos en el comercio. El único navío de línea disponible y en condiciones de soportar un viaje transoceánico es el Montañés. El Europa está de reparaciones y el San Pedro, de crucero.

—¿Eso quiere decir…? —se animó Melchor.

—Sí, mi querido amigo. Tendremos nuestro derecho de pacotilla. El mío asciende a tres mil pesos.

—El mío, a cuatro mil. ¿Qué compraremos? —La reciente mente comercial de Melchor se había despertado de golpe.

Anievas, más templado, evaluó las posibilidades reales y probables.

—Creo que esa cifra que nos ofrece el Gobierno para completar nuestro sueldo la podemos aumentar con parte de los beneficios obtenidos con el primer cargamento del San Francisco Xavier. Llenaremos la bodega con sedas caras y algodones. No obtendremos mucho por ello porque será lo que carguen todos, pero la joyería auténtica o falsa y los perfumes ocupan poco y ofrecen un mayor rendimiento económico. Y pueden ir de contrabando.

—Somos oficiales. Si nos pillan… —Melchor frunció el ceño ante la duda.

Mier y Anievas se sonrieron.

—Incluso los oficiales contrabandean, señor Crespo, no sea ingenuo. ¿Acaso no recuerda las terribles reparaciones que sufrió el barco tras el tifón que nos sorprendió en el estrecho de San Bernardino y que aprovechamos para construir un cubículo entre las cuadernas del casco? Es el momento de usarlos. Caben unas

cuantas bolsas de joyas y de pesos fuertes bien acaldadas —aseguró Anievas.

Llegaron al baluarte y saludaron al hombre de guardia, quien tomó la dirección contraria en su paseo. Se apoyaron en el murete y dirigieron la mirada al oscuro mar y al cielo, vestido de celajes morados y violáceos.

—Así que el Montañés llevará bastante más carga que la declarada —dedujo Melchor.

—No lo ponga en duda. Irá sumergido y pesado como una nao mercante —aseguró Mier.

Melchor, revitalizado ante la perspectiva de algo de acción y de aumentar su bolsa, añadió con teatralidad:

—Admito que la posibilidad de enriquecerme acalla mi tedio por esta tierra. Soy un hombre sin honor, en venta por el vil metal. ¡Si me viera mi padre, no reconocería a su hijo!

Se rieron.

—Esta noche visitaré a mi amiga —anunció Mier—. He de celebrarlo. ¿Se animan? Hay que reconocer que estas mujeres de piel oscura y suave son deliciosas para calmar la sangre. Lo prefiero al opio que corre por el arrabal sangley.

—¿No habrá caído en ello? —se alarmó Melchor—. El señor Aramburu nos ha prevenido de los terribles efectos de la droga.

—No. He visto los estragos que causa en un hombre. No merece la pena. Es un suicidio a largo plazo.

Iniciaron el regreso, sin prisa, por una calle secundaria para evitar a las tripulaciones que se solazaban en la calle principal.

—¿Qué va a hacer respecto a la viuda? —Anievas abordó un tema espinoso para Melchor. Les había relatado la peripecia en el barrio de Bagumbayan.

—Nada. ¿Qué puedo hacer? —Melchor se mostró rebasado por la realidad. Decidió sincerarse—. Es una mujer única, pero dudo que viaje hasta Cádiz.

Anievas lo miró con los ojos entrecerrados y se paró para hablarle con el semblante serio.

—Su situación ha cambiado, por lo que nos ha contado, y corre un peligro real. La cuestión es: ¿usted la ama? Los observo en cada

encuentro y se repite el baile de miradas. Ninguno de los dos muestra indiferencia.

—Nunca me he sentido tan inseguro —confesó Melchor—. ¿De qué serviría que le abriera mi corazón si ella no va a seguirme a Cádiz? Y, qué quieren que les diga, el amor no me ciega hasta el punto de enterrarme en esta isla. Y, en cuanto a mi nobleza, no parece el tipo de mujer a la que le tiente un título, ni yo desearía que así fuera. De cualquier forma, conozco a mis padres, y no aceptarán un matrimonio morganático, por lo que queda descartado mi atractivo nobiliario.

—Propongo una visita a Manila ante la posibilidad de formar parte de ese convoy a Acapulco —dijo Anievas—. Será una buena excusa para propiciar un encuentro y que usted pueda sondear la intención de la viuda.

—Les recuerdo que las señoras están de luto —advirtió Mier.

Melchor sonrió ante la ingenuidad de su amigo y replicó con el cinismo que le era habitual.

—No están para fiestas, pero sí para visitas. Ironías de nuestras costumbres.

Esa noche, Anievas y Mier se perdieron en el burdel de los oficiales, en brazos de las tiernas y jóvenes mujeres de piel de seda. No hablaban mucho el castellano, pero cumplían más allá de las escasas expectativas que mostraban los blancos sobre los deseos sexuales, que eran más primarios y menos refinados que los orientales. Melchor no halló ánimo para borrar el recuerdo del cuerpo de Francisca entre unos brazos mercenarios.

Al día siguiente, los tres oficiales salieron hacia Manila. Decidieron visitar primero el almacén del señor Zhou. Por la tarde, se acercarían a cumplimentar a las señoras Muñoz.

Delante de la Casa de Zhou, aguardaban varias calesas. Despidieron la suya y se adentraron en el edificio sin dejar de observar a la gente de alrededor. No se olvidaban de que alguien más buscaba su perdición o, por lo menos, la de Crespo. Los vendedores estaban ocupados y había clientes deambulando a la espera de que los atendieran. Tropezaron con la señora de Orellana.

—Buenos días le dé Dios, señora. Cuánta dicha encontrarla aquí.

¿Sola? —se interesó Melchor, a la vez que miraba alrededor.

—Con mi marido. Se halla arriba, despachando con el señor Zhou —aclaró la mujer—. Ha sido una pena el fallecimiento del señor Muñoz. El luto mantiene a mis amigas confinadas.

—Nos acercaremos esta tarde para saludarlas —manifestó Melchor —. ¿Contaremos con su presencia? Evitaríamos comentarios inapropiados.

—Encantada. Con el asunto de la nao a Acapulco, mi marido anda muy ocupado.

—Por eso estamos nosotros aquí. Hay muchas posibilidades de que nuestro barco sea el designado para escolta —informó Anievas.

—¿De verdad? ¡Qué feliz coincidencia sería! —exclamó doña Ana María. Miró en torno y bajó la voz a un susurro—: Nuestras amigas están intentando embarcar en esa nao.

—¿Dejan…? —La sorpresa le hizo subir la voz a Melchor, y fue rápidamente amonestado por la mujer.

—Shhh. Es un secreto. Se ha leído el testamento y no pueden permanecer en Manila. Tienen familia en México. Esta tarde lo hablamos. No es el lugar apropiado. En Manila, hasta las nipas oyen.

A Melchor le había dado un brinco el corazón. Si Francisca estaba dispuesta a abandonar Manila, cabía la posibilidad de que aceptara llegar a Cádiz, siempre y cuando le interesara su proposición. Entonces, le entraron las dudas. ¿Le concedería Álava el permiso para contraer un matrimonio desigual en el caso de que ella aceptara?

El señor Orellana bajó y cortó el momento de confidencias. Su esposa le puso en antecedentes sobre la posibilidad de que fueran ellos los custodios de la nao y el señor Orellana se interesó por los detalles. Cuando supo que por la tarde visitarían a las mujeres de Muñoz, se aprestó a acompañar a su esposa.

Se quedaron solos, a la espera de que los recibiera el señor Zhou. Entre tanto, contemplaban el género expuesto y los precios y hacían sus cálculos.

—Buenos días, caballeros. —El señor Zhou los recibió de pie. Se estrecharon las manos a la europea, y les señaló los asientos. Aguardó a que estuvieran cómodos para seguir adelante—. Deduzco

por su presencia que disponen de permiso de flete para la nao de Acapulco.

—Mejor que eso —respondió Anievas—. Seguramente nuestra nave será la que lo escolte. Nos interesa género caro y pequeño, fácil de transportar.

—Joyas elaboradas y piedras en bruto —propuso el señor Zhou.

—Y también de las falsas —matizó Melchor.

—Les sugiero especias —continuó el señor Zhou—. Se trata de un cargamento tradicional pero efectivo. Y oro. China posee oro, de lo que carece es de plata, así que el oro tiene menos importancia, pero se valora en Europa.

—¿Lingotes de oro? —se admiró el señor Anievas.

—Cadenas. El oro trabajado se vende mejor —rectificó el señor Zhou. Dio unas palmadas y apareció un niño, a quien impartió unas instrucciones en cantonés.

Al cabo de unos minutos entraron un par de jóvenes cargados con grandes estuches que depositaron sobre la mesa del señor Zhou. Los abrieron y contemplaron con admiración las delicadas cadenas de diferentes diseños, tamaños y grosores. Otro de los estuches contenía perlas de variados tamaños y oriente y el último guardaba piedras, como rubíes, topacios, jade… Discutieron largo rato sobre los precios y las posibilidades de mercado. Llegada la hora de cerrar el trato, Anievas llamó a la prudencia a sus compañeros.

—Somos oficiales, no comerciantes —explicó innecesariamente Anievas—. Nos gustaría asesorarnos sobre las preferencias del marcado novohispano. ¿Posponemos el cierre del trato?

—Como ustedes deseen —aseguró el señor Zhou—. En cuanto a las joyas falsas, ¿qué cantidad sería necesaria?

—¿Un arcón? —planteó Melchor.

—Tres —replicó el señor Zhou. Ante la expresión de duda de los oficiales, propuso—: Pregunten y comprobarán que no es disparatado.

Se despidieron y buscaron una calesa de alquiler. De camino a Intramuros en busca de un lugar para comer, no dejaron de discutir las posibilidades de lo que fueran a declarar y de lo que se llevarían de contrabando ante un plato de cerdo con arroz.

Durante un rato, Melchor se llenó la cabeza de cifras y cargamentos. Pero, en cuanto terminaron de comer y se dispusieron a afrontar la tarde, empezaron a rondarle la figura de Francisca y la forma en la que abordaría el tema de Cádiz. Y luego, si ella aceptaba, habría de sortear el problema de la diferencia social. Mientras cavilaba en ello, se encontró delante del portón con el crespón preceptivo. Anievas llamó con la aldaba y el mozo les abrió.

Con una sensación de irrealidad y una opresión en el pecho, subió las escaleras detrás de sus compañeros. Para su alivio, los señores Orellana ya estaban allí. Eso le permitiría informarse de los planes de ella y si él podía encajar de alguna manera. Tras los saludos, en los que los dos amantes mantuvieron la distancia que dictaba la sociedad, descubrió que la conversación discurría por un derrotero contrario a sus fines.

—Pues sí, queridas —decía la señora de Orellana—. Ha sido terrible enterarme de lo pasadas de moda que estamos. ¿Opináis que es escandaloso?

—Es delicioso, sobre todo para estas tierras —opinó Francisca.

—Yo no sé si me atrevería. La sensación debe de ser como la de ir desnuda —comentó doña Lisarda.

—Te lo advertí, querida —contribuyó el señor Orellana—. Me temo que es muy osado para lo que se estila aquí.

—Deduzco que hablan del vestido de la señora —intervino Melchor —. En Lima observé unos cuantos.

—Pero no muchos. ¿Quién nos dice que ha triunfado semejante despropósito? —manifestó doña Lisarda.

—Bueno, era el año 1796 y estamos en 1801 —se justificó Melchor —. La moda cambia rápido. Si les sirve mi juicio, la visión de la señora de Orellana con el vestido me sugiere una mujer delicada y elegante.

—Es usted un adulador —restó importancia doña Lisarda—. No podemos confiar en la opinión de un caballero.

—Me ofende, señora. —Melchor era un maestro en las discusiones vanas de salón—. ¿Acaso las mujeres no buscan en el vestir que nos fijemos en ustedes? Creo que estoy cualificado para discernir lo que me agrada o no, y yo me inclino por la nueva tendencia: ese talle

alto y larga falda sin perifollos que engorden la figura…

—Mi hermana me ha enviado varios —explicó doña Ana María—; dice que en París hacen furor y en Inglaterra también. Si están decididas a ir a Nueva España, les aconsejo llevar algunos modelos para no quedar fuera de lugar. Según mi hermana, se ha generalizado el nuevo estilo, por atrevido que parezca. Les traeré los míos para que puedan copiarlos.

—Le estaré muy agradecida. —Doña Francisca se aprestó a aceptar la propuesta.

—¿Se van ustedes de Manila? —preguntó Anievas para alivio de Melchor, quien veía que se iban sin recabar la información que le interesaba.

—Es nuestra intención —declaró la viuda de Puig—, y cuanto antes, mejor; sin embargo, no sé si podremos conseguirlo. Mi hermanastro Miguel es una fuente de problemas. Durante la lectura del testamento, amenazó con impugnarlo porque mi padre había repartido a partes iguales el patrimonio. El abogado consiguió detener su pretensión ante la seguridad de que el proceso inmovilizaría el patrimonio hasta que se dirimiera la disputa, y podríamos estar hablando de años. Miguel no tuvo más remedio que entrar en razón, pero dio con la forma de amargarnos la herencia. Parte del legado monetario nos lo ha entregado en mercaderías que había en el almacén. Y nos sucede lo mismo que a él: si lo reclamamos, se inmovilizaría todo el patrimonio. Eso no nos conviene, cuando lo que estamos deseando es alejarnos de Manila. Si nos quedáramos, les seré sincera, caballeros, tendría que aceptar a alguno de mis pretendientes, y, aun así, no estoy segura de que mi vida ya no corriera peligro. En caso contrario, no sólo Miguel nos haría la vida imposible, sino también los despechados, ya que dependemos de ellos para comerciar. Nos ahogarían hasta reducirnos a cenizas. Entre unos y otros nos hallamos acorraladas.

—Entiendo que don Pedro las ha dejado bien situadas —dijo el señor Orellana.

—Mi hija ya era un buen partido con la herencia del marido —señaló doña Lisarda—. Ahora, imagínese.

—Y con uno de los negocios de lujo más codiciados —recalcó doña

Ana María—. Nunca sospeché que ser rica fuera un problema.

—No comprendo —intervino Melchor—. Perdonen mi ignorancia, pero ¿qué importa que les haya entregado parte de la herencia en mercaderías?

—Hay que transportarlas a Acapulco —aclaró doña Francisca—. Gracias a un amigo de mi padre, que es oidor en la Audiencia, nos concederán boletos en la nao para disponer de espacio para el transporte. Es muy poco en comparación con el espacio del que disponen los consulares. Prácticamente lo lleno con mis perfumes y algo más. Lo que no podamos cargar habríamos de venderlo aquí, y eso significaría vender muy por debajo del precio que ofrecen los sangleyes: una ruina, y Miguel lo sabe. Es su venganza.

—No se desanimen. Para todo hay solución. —Melchor se había hecho una idea de la posición de las mujeres, aunque todavía no veía claro cómo abordaría el tema que le interesaba—. ¿Le ha comentado doña Ana María que seguramente sea el Montañés el barco de escolta?

—Sí, ¿pero eso en qué nos beneficiaría a nosotras?

—El Montañés llevaría carga —explicó Anievas—. Así lo han hecho las naves que han escoltado hasta el momento a las naos. El problema es que las cargas pertenecen a la tripulación y a altos dignatarios de la administración, a quienes se les ha concedido un espacio por ser quienes son.

A Melchor lo ensordeció una idea que se le cruzó mientras escuchaba a Anievas: ¿y a la esposa de un oficial? ¿Se le permitía embarcar mercancía?

30

Manila, febrero de 1801

Francisca acompañó a don José hasta el portón. Su ingenio había superado la dura prueba de eludir el compromiso con el que tanto presionaba la familia Cabrero. Por fortuna, no les había llegado ningún rumor sobre su intención de irse. Los Orellana habían mantenido su palabra. De hecho, que sus planes triunfaran les supondría a ellos una mejora en la vivienda, pues ya habían cerrado un acuerdo de venta con ellos. Doña Lisarda estaba satisfecha con cualquier resolución que impidiera que la casa acabara en manos de Miguel. El reto era evitar que Serafina y Mauricia se enterasen del viaje, pues Francisca intuía que ahora consideraban a Miguel el cabeza de familia, como se estilaba en el barrio de Bagumbayan.

Pero había de ser realista. En breve, la Junta de Repartimiento realizaría la asignación de boletos y venta de pasajes en el Rey Carlos. Para cuando eso sucediera, ellas tendrían que haber vendido las mercancías que no podían fletar. Y, en el momento en que adquiriesen los pasajes, sería del dominio público que abandonaban Manila.

Se despidió de don José, quien se retiraba ufano tras haber arrancado a su madre la promesa de asistir a una cena privada en casa de los Cabrero en cuanto terminara el luto. El cerco se cerraba cada vez más en torno a Francisca.

Aunque le apetecía perderse en su taller y olvidarse de todo, subió a reunirse con su madre. Había aceptado regresar a Ciudad de México, a pesar de que enfrentarse de nuevo al mar le horrorizaba. No conservaba buen recuerdo de la travesía, que soportó estoicamente por amor y siendo más joven.

Se sentó junto a ella, y, como solían hacerlo desde que tomaron la decisión de irse, hablaban muy bajo para que el servicio no las

oyera.

—¿Tú crees que hacemos bien engañándolos? —Doña Lisarda mostraba sus dudas. Desde que su marido había fallecido, la mujer acumulaba temores e incertidumbres.

—Madre, son ellos quienes presionan en su favor, que no en el nuestro. Considero que, por mi parte, es igual de lícito defenderme.

—¿Qué será de nosotras? No soy tan fuerte como tú. De casa de mi padre pasé a la de mi marido. Me encuentro tan perdida…

—De alguien habré heredado este carácter. No se subestime, madre. La casa, los recuerdos, el dolor y la presión a la que nos someten la hacen vacilar. En cuanto suelte amarras, verá que navega sola, sin trabas y con ilusiones renovadas. A mí me sucedió cuando asesinaron a Severino. Y no me hundí.

—Señora. —Cósima reclamó su atención desde el umbral de la puerta. Francisca levantó la cabeza—. Un caballero, oficial de la Real Armada, solicita verla a solas.

Madre e hija se miraron extrañadas.

—No es muy correcto —ponderó doña Lisarda—. Pero están sucediendo cosas extraordinarias. Me retiraré a mis aposentos. Grita si necesitas ayuda. ¿Quién de ellos será? —se preguntaba mientras se levantaba y se encaminaba a su habitación.

Francisca, que intuía la presencia de Melchor, indicó a Cósima que invitara al caballero a subir. Se atusó el cabello y se estiró la falda, nerviosa ante lo imprevisto. Lo aguardó de pie. Melchor apareció en el umbral, con el bicornio en una mano y los llamativos colores de la casaca de oficial, cruzó la habitación y la saludó formalmente con una ligera venia.

—Buenos días, teniente Crespo —dijo en voz alta, pues sospechaba que la intempestiva visita había suscitado la curiosidad de los sirvientes—. ¿Nos sentamos a la mesa? —Señaló el largo tablero de madera noble sobre el que solían comer. Lo estimó más correcto o menos informal que compartir asiento en la sala de recibir. Se sentaron uno enfrente del otro. Melchor dejó el bicornio a un lado y Francisca notó que tomaba aire. Estaba tan nervioso como ella. La piel había alcanzado el moreno de un indígena y contrastaba con el azul de la mirada. Eran ojos amables, acuosos, sonrientes, con

múltiples arrugas en las comisuras, y expresivos, ya que transmitían la inquietud de su dueño.

—Disculpa la intromisión —susurró—. Te echo de menos. Ayer fue un suplicio no poder abrazarte.

—Para mí también —confesó Francisca, ruborizada ante el significado real de las palabras.

—Podría envolverte con las zalamerías y halagos —continuó Melchor en voz baja— a los que se recurren para justificar una situación inapropiada, pero te respeto lo suficiente como para no emplearlos. Además, si nos extendemos en esta entrevista, puedo ponerte en un brete. Así que el tiempo apremia, y te plantearé mi pregunta sin ambages.

—Te lo agradezco —respondió ella en el mismo tono íntimo—. No negaré que tu visita en solitario ha despertado la curiosidad en la casa.

—No sé cómo abordar la cuestión sin que me haga quedar como un hombre poco sensible.

—Será harto difícil. ¿Qué es lo que tanto te inquieta?

Francisca intentaba transmitir al objeto de su amor la calma que necesitaba.

—Me preguntaba si considerarías la posibilidad de cruzar otro océano más allá de Nueva España y llegar hasta Cádiz.

—Comprendo que estés acostumbrado a cruzar océanos como si fueran charcas, pero cruzar uno ya entraña muchas dificultades, no digamos la aventura que supondría navegar por dos. Habría de ser una razón poderosa la que me animara a correr tal riesgo.

—Un matrimonio —expuso Melchor sin rodeos.

Francisca se echó hacia atrás, sorprendida. Melchor retomó la palabra.

—Hasta ahora, nos hemos considerado dos almas que se cruzan en el camino, pero ese camino ha variado su trazado, y existe la posibilidad de hacerlo coincidir. No te ocultaré que mi fortuna es reciente y limitada, pese a mi ascendiente nobiliario, pero espero ampliarla y ofrecerte una buena casa y una manutención digna. No pretendo hacerme con lo que no me pertenece: lo tuyo es tuyo, y lo administrarás a tu conveniencia como has venido haciendo. Conmigo

tendrás libertad de ejercer tu oficio de perfumera. Mi nombre será una ventaja en el viaje y, posteriormente, en tus negocios, a pesar de ser un matrimonio morganático.

—¿Y qué obtendrías a cambio? ¿Perderías tu opción de heredar un título?

—Probablemente, pero no me quita el sueño. Desde el día en el que te conocí, descubrí la mujer excepcional que ocultas en tu interior. Si no te lo confesé antes fue porque consideré que tenías una vida por delante en Manila. Sin embargo, las circunstancias han cambiado, y tu decisión de abandonar la tierra en la que has nacido me ha impulsado a declararte mi amor de una forma apresurada y poco romántica, lo reconozco, pero nada está sucediendo como debería ser, y a preguntarte si habría alguna posibilidad de que reconsiderases tu destino. Mi mayor deseo es fundar un hogar en el que refugiarme cuando regrese de mis largos viajes. Confío en que el respeto y mi anhelo de hacerte feliz te inclinen a aceptarme.

Francisca notó cómo la tensión abandonaba al teniente según hablaba, incluso sonrió por primera vez.

Era un matrimonio lo que le ofrecía, no como los demás, que ofrecían un acuerdo. Un matrimonio en el que Melchor no se anteponía a ella y a su felicidad, un matrimonio entre iguales, lejos del egoísmo, pues Francisca calibró que el teniente, hijo de un marqués, perdía más que ella. Las leyes protegían de esa forma los títulos para que no hubiera advenedizos interesados.

—Te ha frenado la posibilidad de que yo no quisiera seguirte a Cádiz, eso lo hablamos desde el primer momento. Estabas en lo cierto, porque esa misma circunstancia me detuvo a mí desde el instante en que te deslizaste subrepticiamente dentro de mi corazón. No niego que traté de no ceder a ese sentimiento por considerarlo un imposible ante la desigualdad social y la distancia que nos separa. Pero la razón y el corazón no siempre coinciden, como hemos comprobado ambos. —Según hablaba alargó la mano por encima de la mesa y él se la tomó. Una mano de hombre, sin muchos callos, de dedos gruesos y firmes, que transmitía calidez y confianza. Reunía los requisitos para alcanzar la felicidad—. Aquí estaban mis padres, mi taller, la fuente de las materias primas

necesarias para elaborar mis aromas. Sin embargo, de la noche a la mañana, como no ignoras, ha cambiado mi vida y debo tomar decisiones que nunca había sospechado. Para mí, Cádiz ha sido algo de lo que se habla, pero que es ajeno por inalcanzable. Tu proposición está ligada a la resolución por mi parte de un problema muy serio: la forma de escapar de Manila. Nunca sustentaría un matrimonio, con la seriedad que me ofreces y que te cerraría el acceso a un título que te pertenece, bajo esa premisa de urgencia que me acucia.

—Olvida la urgencia, entonces. Hablemos de nosotros.

—Eres porfiado.

—Porque lo que sucedió entre nosotros en Bagumbayan fue trascendental para mí, y lucho por algo que merece la pena. No te escudes en circunstancias que no influyen en nuestros sentimientos. ¿Qué te dice el corazón?

—Pero el corazón es egoísta, no puedo fiarme de él. Es lo suficientemente loco como para hacerme correr detrás de ti sin pensar en las consecuencias.

—No entiendo de qué me hablas. Yo te hablo de amor y de ser feliz. ¿Acaso rechazas la felicidad porque consideras que es egoísta?

—Ya me has hecho feliz al permitirme seguir con mi taller de perfumería —respondió Francisca, con las lágrimas amenazando con desbordarse.

—¿Cómo iba a privarte de algo así? El día que nos enseñaste el taller destilabas pasión y una alegría contagiosa. Prohibírtelo sería matar tu esencia.

Francisca esbozó una sonrisa, consciente del grado de conocimiento sobre su persona de la que hacía gala el teniente. No era ningún necio engreído como dejaba entrever con sus conversaciones de salón. Así que respiró fuerte antes de comunicar su decisión.

—Te daré ese hogar con el que sueñas —cedió, consciente de las complicaciones que suponía hasta que consiguieran realmente lo que deseaban, y las lágrimas corrieron libres por un rostro radiante—, pero te advierto que los hijos no llegaron en mi anterior matrimonio.

—Eso queda en la mano de Dios —respondió Melchor no menos

emocionado. Francisca sintió el apretón de la mano del hombre y la alegría que rebosaba de sus ojos—. Me hace muy feliz que hayas aceptado. Ya había desesperado de encontrar una compañera, y, cuando te conocí, renegué de mi mala suerte, por saberte tan lejos. —Melchor le besó la mano que no soltaba, como si la vida dependiera de ese lazo.

—¿Cuál será el siguiente paso? —indagó Francisca. La propuesta de matrimonio la había cogido desprevenida y necesitaba organizarse, pensar.

—Me pliego a tus necesidades. ¿Deseas hacer público el compromiso? Aunque antes he de convencer al comandante de la escuadra de este matrimonio.

Francisca se sonrió. Era un hombre práctico, como ella, e iba derecho a aquello que importaba. Otra mujer habría querido que le susurrasen madrigales o reiterasen promesas de amor. A ella su futuro marido le ofrecía allanar el camino para salir de Filipinas.

—No. Me supondría un obstáculo para adquirir los pasajes o cualquier movimiento del patrimonio. El señor Monterroso es uno de mis pretendientes y tiene poder en el consulado, como Miguel. Don José Cabrero cree que ya somos familia. Dirás que soy una cobarde…

La risa de Melchor la interrumpió.

—Eres astuta, no cobarde. Te propongo un plan, Francisca: te servirás de los dos nombres. Nos casaremos en secreto. Tu madre y mis compañeros Mier y Anievas bastarán como testigos. De esta manera, yo podré obtener los pasajes para ti y tu madre, como familiares, en la nao Rey Carlos.

—Y para Cósima. Es huérfana. Me la llevo conmigo.

—De acuerdo. Con tu nombre de viuda, te otorgarán los boletos. Me he enterado de que hay algunas viudas a las que se los conceden y luego los revenden. Supondría un aumento de carga si consiguieras adquirir alguno. Y yo buscaré la forma de que dispongas de espacio de carga en el Montañés como mi esposa. Viajaremos juntos a Acapulco, aunque yo tendré que regresar a Manila. Pero ya iremos hablando de los detalles. Sigue con tus planes para embarcar la mayor carga posible. En cuanto yo haya

conseguido el permiso y haya organizado todo, te lo comunicaré.

Se puso de pie su futuro esposo, rodeó la mesa y la ayudó a levantarse. La miraba intensamente hasta que Francisca comprendió, con el lenguaje mudo de dos personas que van a caminar juntas por la vida, que le pedía permiso para besarla. Le sonrió y sus bocas se unieron, y sintió sus brazos que la rodeaban y la estrechaban. Francisca cerró los ojos y rememoró otros brazos, otro calor, ya muy lejanos y olvidados de otro compromiso. Los nuevos reavivaron sensaciones perdidas, recuperaron alegrías y alborotaron la sangre en demanda de aquello que le había sido negado tan bruscamente hacía varios años. Era joven y el deseo seguía vivo como había comprobado en la casa del arrabal, había despertado y había reconocido la insaciabilidad de la carne. Se separaron con la respiración agitada y la mirada llena de promesas de placer y de dicha. Era mediodía, pero para ellos amanecía.

—He de irme. Hay mucho que organizar. Vendré a verte siempre que me sea posible. No creo que el Montañés se haga a la mar en vísperas de un viaje transoceánico. Si tuviera que ausentarme, te enviaría una nota.

Les costó separarse, enganchadas las miradas, llenas de emoción ante la novedad de un futuro insospechado. Francisca lo vio perderse escaleras abajo. No se movió, paladeando cada momento de la conversación, tomando conciencia de los compromisos que había adquirido en pocos minutos, y sólo entonces se acordó de su madre. Se mordió el labio inferior. Su madre. Intentó ponerse en su lugar para adivinar sus deseos y sus inquietudes, a su edad y sin un hombre que la amparase. Doña Lisarda había dicho que carecía de la fortaleza de su hija, pero Francisca no lo veía así. La incertidumbre del futuro nublaba el entendimiento, pero, cuando se tomaba una decisión, como ella acababa de hacer, la incertidumbre se convertía en la fuerza necesaria para realizar el deseo. Eso le faltaba a su madre.

Respiró hondo y se encaminó al aposento de doña Lisarda. Llamó a la puerta.

—¿Madre? —Oyó el permiso y entró.

—¿Quién era y qué quería? —indagó, nerviosa.

—El señor Crespo. Nos hemos comprometido, madre, pero vamos a mantenerlo en secreto. Ahora le cuento. Lo primero es usted. Tengo una proposición. Cruzaremos el Pacífico en el Rey Carlos, llegaremos a Acapulco y nos dirigiremos a Ciudad de México. Usted tiene recuerdos, pero ignora cómo habrá cambiado aquello, así que le propongo prolongar la estancia allí. Verá a sus hermanos y conocerá a sus familias. Si desea quedarse con ellos, adquiriremos una casa para usted y un despacho que le organice los asuntos monetarios. Por eso no debe preocuparse: tendrá más que suficiente para vivir con holgura. En el caso de que sufra una decepción, seguirá el viaje conmigo a Veracruz, donde embarcaremos con rumbo a Cádiz, mi destino final.

—¿Y si yo decido vivir en México, seguirás sola a Cádiz?

—Me acompañará Cósima, si es lo que le preocupa. Se me olvidó decirle que saldré de Manila como señora de Crespo, esposa de un oficial de la Real Armada. Pero tanto para el compromiso como para la boda guardaremos el secreto. Así como nuestra marcha.

Su madre se miraba, pensativa, las manos entrelazadas sobre el regazo. El sol empezaba a caer; un rayo se filtró entre la gasa que cubría la ventana e iluminó el cabello grisáceo de la mujer. Levantó la cabeza y, con los labios distendidos en una sonrisa, dijo:

—Has claudicado ante el marquesito. Eres más lista que yo. ¿Estás enamorada?

—Creo que sí; hay una ansiedad y un deseo que no sentía por Severino, a quien consideraba con respeto y como un compañero. Estoy ilusionada como una niña. Nunca sospeché que pudiera hallar el amor.

—Me alegro mucho por ti y por mí. Me preocupaba nuestro futuro. Ahora sé que triunfaremos, y acepto tu propuesta. Sinceramente, me da mucha tranquilidad la posibilidad de elegir, aunque, si me decidiera por Nueva España, me dolería separarme de ti. Pero es la vida. Ya te fuiste una vez a Cantón. ¡Cuántas vueltas da la vida!

—Madre, ¿conoce otras viudas con derecho a que les asignen boletos y que luego los revendan?

—Sí, claro. Para las mujeres es duro el comercio, y, si se pierde la carga, supone la ruina. Prefieren asegurarse una cantidad sin riesgo.

Ahora bien, creo que tienen comprador fijo las que yo conozco. Están los comerciantes al acecho. ¿Quieres que indague?

—Que indague y que se ofrezca a comprarlo si surgiera la ocasión. Es importante.

Francisca puso a doña Lisarda en antecedentes de la conversación mantenida con el señor Crespo. Francisca se alegró al detectar la chispa de vida que animaba a su madre antes de la muerte de don Pedro. Ignoraba que le hubiera pesado tanto la ausencia de un hombre en sus vidas. Había mujeres a las que les costaba vivir sin uno a su lado. Por su parte, la revitalización de su madre le quitaba un peso y le aseguraba que estaba haciendo lo correcto. Había prometido a su padre que la cuidaría, cuando se fue a Alday. Volvió la idea recurrente de la premonición. No era supersticiosa, pero había muchas casualidades que obligaban a replantearse algunas creencias.

Jian Zhou esbozó una sorprendente sonrisa que borró su gesto hierático cuando Francisca abandonó su despacho. La había reñido por abandonar la seguridad de Intramuros. Con la guerra contra Miguel desatada, podía suceder cualquier cosa. Se alegraba de que Francisca abandonara Manila, pero más aún que fuera a vivir en Cádiz, el corazón al que iban a parar las mercaderías asiáticas. Mantendrían correspondencia epistolar y sería sus ojos en aquella misteriosa ciudad.

Los gritos en la calle lo obligaron a asomarse. La calesa de Francisca estaba volcada y sin una rueda, mientras que el caballo agitaba las patas en el aire, encabritado. Sus hombres salieron del almacén a socorrerla. Uno de ellos se encargó de apaciguar al animal y otros dos levantaron a Francisca y a su doncella. Jian observó aliviado que Francisca no estaba herida, pues se movía por su propio pie, no así su sirviente.

Regresó al interior y ordenó llamar a su médico. Bajó al almacén, donde reinaba el revuelo entre los empleados y los clientes y no se hablaba de otro asunto que del accidente. Introdujeron a la sirviente, que gemía sujetándose un brazo. Uno de los hombres se

acercó a Jian.

—El cochero ha huido. El eje ha sido cortado con la suerte de que se ha roto en el momento de moverse la calesa.

Apareció el médico de Jian y examinó a la muchacha, le cogió el brazo y realizó un movimiento brusco. El grito de la mujer llenó el establecimiento y las conversaciones enmudecieron. El médico volvió a tantear el brazo dolorido y dio unas instrucciones a Francisca, quien asentía. Luego, rechazó que la asistiera a ella.

Jian decidió que había llegado la hora de apretar al espía de la familia de Miguel. Era el mismo tipo de atentado que había sufrido el fallecido consular el año anterior, y los rumores de que la mano de Muñoz estaba detrás eran abrumadores. Jian acababa de obtener la prueba de ello. Se giró hacia el hombre que lo había informado y le ordenó la vigilancia de las mujeres hasta Intramuros.

—Prepara otra calesa para llevarlas a casa. Que las sigan por las calles hasta que entren en la ciudadela. No quiero sorpresas.

31

CAVITE, MARZO DE 1801

El cielo estaba nuboso. Ese día no disfrutarían de una puesta de sol bonita. Melchor se había sentado con Mier y Anievas bajo el techado de nipa, un poco apartados del grupo más cercano que formaban condestables, contramaestres y pilotos; más alejados, varios marineros jugaban a los naipes; al otro extremo, alféreces y tenientes debatían sobre algo interesante, por la pasión que ponían. Era la hora de descanso antes de acostarse. Los horarios de tierra se humanizaban frente a los horarios tiránicos que imponía la navegación.

—Ya está todo resuelto por esa parte —explicó Melchor a sus compañeros—. Ha sido laborioso, pero Álava, tras asegurarse de que la viuda de Puig poseía la fortuna que se rumoreaba, me ha concedido el permiso. Aunque comprendía que la fortuna era importante para asentarme, me pidió que lo pensase dos veces. Le consulté el asunto del traslado de las señoras y del ajuar de la casa y me ha concedido un espacio de carga un par de varas mayor en el Montañés en detrimento del espacio reservado a los altos funcionarios manileños.

—Enhorabuena —lo felicitó Anievas—. ¿Ha decidido el lugar y el día del enlace?

—En el convento agustino. Fray Joaquín nos casará la primera semana de abril, el miércoles. Ya le hemos advertido de que no deseamos amonestaciones ni ningún tipo de anuncio. La señora sigue de luto, pero, ante el inminente viaje, contraeremos matrimonio de la forma más discreta posible.

—Una vez resuelto el asunto de nuestros dos tórtolos —dijo Mier—, vayamos al meollo del otro problema, el contrabando: qué adquiriremos, cuánta cantidad y cómo lo embarcaremos.

—El señor Anievas es el experto —reveló Melchor, volviéndose hacia él—. Ha navegado en la Armada de la Mar Océana.

—No se le escapa nada, señor Crespo —dijo Anievas, sin acritud—. En efecto. El contrabando se permite en los virreinatos. Parece un contrasentido, pero tiene su lógica. La Real Armada no encontraría oficiales que formaran parte de los convoyes transoceánicos si no hiciera la vista gorda. El sobresueldo que se obtiene compensa de los riesgos y de las privaciones que se sufren en las largas travesías.

—Para eso se ha creado la pacotilla —comentó Melchor.

—Sí, como complemento de un sueldo insuficiente. Al Estado le viene bien: se ahorra dinero al permitir una pequeña carga a todos los tripulantes, libre de impuestos y flete, pero no es suficiente. Los comandantes e intendentes designan los espacios reservados a la gente principal de la ciudad. Sin embargo, en la realidad, esos espacios son mayores a las medidas señaladas, y es ahí donde entran las mercancías sin declarar, y, por tanto, no pagan la cantidad de impuestos con los que la Corona grava el comercio exterior y dejan un margen mayor de beneficio a los oficiales. En el Caribe, el contrabando de este tipo está prácticamente institucionalizado. Desde el comandante hasta el último marinero, llevan cargamento sin registrar. El intendente del navío, el primero. Aun así, hay otra forma más sutil y menos dependiente del espacio de carga para introducir contrabando: mintiendo en las relaciones del contenido de los fardos por los que debe pagar impuestos. Usted declara algodones baratos, productos manufacturados de nipa, sedas corrientes para forros, por los que pagará una nimiedad. En cambio, esos fardos contendrán textiles de lujo, marfil, nácar, incluso oro y piedras preciosas.

—¿Y en el puerto de llegada? —se interesó Mier.

—Los comandantes deben mantener su prestigio. Los intendentes no se atreverían a denunciarlos, y dan por buena y justa la carga, sin entrar en averiguaciones, con un pequeño soborno que redondeará su sueldo de funcionario. El contrabando es mejor negocio que denunciar a quien no paga los impuestos.

—Así que los oficiales, militares, órdenes religiosas, los intendentes y los aduaneros redondean su sueldo. Menos la Corona, se beneficia

todo el mundo —resumió Melchor.

Los días pasaron rápido para Melchor, llenos de trabajo, planes y nervios ante el inminente cambio de estado civil. No había vuelto a ver a Francisca, y sólo habían cruzado un mensaje a través del piloto Terán, a quien Mier había propuesto para un ascenso a piloto segundo por la experiencia adquirida. Álava se había mostrado cauto y había concedido el ascenso temporal, mientras que la Real Armada no lo confirmase como definitivo.

Anievas y Mier habían conseguido dos días de permiso, suficientes para cerrar el trato con el señor Zhou y para asistir como testigos al enlace de su amigo. A Melchor, por ser el contrayente, le habían concedido cuatro días. El primer día, salieron pronto por la mañana hacia Manila en una calesa de alquiler. Tomaron posesión de una de las celdas del convento agustino en el que se celebraría el enlace y fueron a comprar ropa nueva para el novio y a visitar unos baños chinos. Ya acicalados, se dirigieron al almacén de la Casa de Zhou.

La actividad era mayor de la habitual al acercarse la partida de la nao a Acapulco. La presencia de sampanes, con las inconfundibles velas listonadas que semejaban las alas de un murciélago, llenaban los muelles del Parián. Les costó avanzar por las calles abigarradas de carros con mercancías. Entraron en el almacén y esperaron hasta que el señor Zhou los recibió. La cantidad de cadenas de oro había aumentado significativamente. Fueron eligiendo y guardándolas en bolsas de terciopelo que acomodaban en pequeñas arcas. Mier revisó un cajón de joyería falsa.

—El cobre parece oro y llama a engaño por el delicado trabajo del orfebre —comentó Mier al sangley, quien se agachó junto a él.

—Por eso tienen éxito —corroboró el señor Zhou—. Las piedras más comunes son auténticas; las raras y más costosas son cristales. Las perlas son buenas también, pero de peor calidad: las que han sido desechadas por imperfecciones y se han tirado; sin embargo, sirven para este tipo de trabajo. Como verá, la joya falsa es igual de sofisticada que una cara; está pensada para que las mujeres la luzcan sin sonrojo.

—Muy inteligente. Haré buen uso de ellas, y me complacería ser el único comprador de su trabajo en Cádiz.

—En un principio pensé en su casa como depositaria, pero la situación ha cambiado. La exclusiva es de la viuda de Puig ahora que va a ir a Cádiz —dijo el señor Zhou—. Es la única que las ha estado vendiendo en la feria de Acapulco, y así seguirá siendo, en Acapulco o en Cádiz. Si les vendo estos arcones, es por deseo de ella, no por el mío.

—¿Considera que no estoy a la altura por ser marino?

—Se trata de un acuerdo antiguo. La Casa de Zhou es seria, no oportunista. La lealtad y la confianza son inherentes a los pactos.

—Y a mí me place esa seriedad. Estaré a la altura.

Jian Zhou les había reservado una sorpresa. Pasaron a una sala contigua en la que se acumulaban cajones llenos de platos, soperas, fuentes y tazas perfectamente embalados. Otro cajón estaba lleno de joyeros de porcelana fina, donde las mujeres guardarían sus alhajas. En medio de la estancia, extendidas en montones, había alfombras de Persia; apoyados en la pared se apilaban biombos de madera lacada con incrustaciones de marfil, de carey y de iridiscente nácar, en los que destacaban delicados paisajes y motivos chinos. Sobre los estantes se exhibían una suerte de objetos: cajas esmaltadas de rapé, aguamaniles, tinteros, peines de marfil, abanicos.

—Nuestro espacio es limitado. Somos militares —objetó Melchor, molesto por aquella riqueza que no sería suya.

—Estoy informado —replicó el señor Zhou—. Es mi oficio. Sus fardos no siguen el mismo camino que el de los comerciantes. El contador real no tasará sus mercancías. Enfardar las mercancías es un arte que mis hombres dominan. Lo que hay en esta habitación cabe en el espacio destinado a ustedes si lo pueden adquirir.

Los tres amigos se quedaron mudos, contemplando la sala con ojos incrédulos. Se informaron del precio en reales de a ocho, la moneda de plata por excelencia y codiciada por los chinos, y Jian, como buen comerciante, los dejó solos y se retiró a atender las demandas de otros clientes.

—El señor Zhou tiene razón —corroboró Anievas—. La solución es unir los tres espacios que nos corresponden. Al estar seguidos, será más fácil añadir alguna vara. La cuestión es si cada uno disponemos

de los pesos necesarios para cubrir la tercera parte del precio.

—Sí —respondió Mier—, y antes de que responda una tontería el señor Crespo, él también.

—¿Yo también? —repitió el interesado con el ceño fruncido.

—Me firmará el préstamo por la cantidad que no cubra —asintió Mier—. Cada peso invertido se multiplicará por cuatro, y algo más según el artículo.

—Pues si están de acuerdo —concluyó Anievas—, seremos socios en esta aventura comercial. Lo que me intriga es el asunto de enfardar todo esto.

Mier advirtió que el señor Zhou lo había oído, pues había regresado. Como era el más habituado al comercio, le tocó regatear, pero Jian Zhou era un experto y sólo cedió lo que él ya había calculado.

El señor Zhou dio unas palmadas y se personó un niño al que habló en cantonés. El niño se retiró y volvió acompañado de diez hombres con amplias telas de seda corriente y un rectángulo de madera de las medidas que debía tener un fardo. Otro hombre llegó cargando un pupitre, sacó un pliego y recado para escribir y se dispuso a tomar nota de los objetos que se iban a envolver. Cada fardo con su memoria del contenido, que luego los tres amigos falsificarían para aligerar los impuestos, siguiendo las instrucciones del veterano Anievas. Melchor y sus compañeros ya habían presenciado en otra ocasión la habilidad de enfardar de los hombres de Zhou. Poco a poco, las mercaderías desaparecían y los fardos aumentaban, preparados para ser abarrotados con travesaños de madera en la bodega de la nave, para que no se moviesen en medio de una tempestad. Uno de los hombres se acercó y preguntó algo al señor Zhou.

—¿Qué letras o símbolos deben pintar en cada fardo para que sea reconocido como suyo?

—¿La A, la C y la M? —Melchor propuso la inicial del apellido de cada uno. Mier y Anievas asintieron.

El hombre mojó un pincel grueso y pintó las tres letras en grande y el número 1.

—Esta es la memoria de ese fardo —explicó el señor Zhou ante el

pliego que le presentaba el escribano—. El número de fardos será exacto a las varas que les corresponden para embarcar mercancías. La cuestión de las joyas…

—Las joyas, sean falsas o auténticas, y el oro no irán en los fardos. Lo llevaremos aparte —se adelantó Mier. Serían las destinadas a los compartimentos secretos.

Se calculó el pago en reales de a ocho y se concertó el día en el que lo harían efectivo ante escribano y notario.

—¡Qué vida tan perra! —se lamentó Melchor, ya fuera del almacén —. En breve volveré a ser pobre.

—Si todo sale bien, cuadruplicará su inversión —lo alentó Anievas.

—Y si sale mal —terminó Mier—, le dará lo mismo porque estará muerto. Es el único inconveniente que nos separa de la fortuna: un océano y sus tempestades.

—Usted sí que sabe dar ánimos. —Se rio Melchor—. Busquemos un lugar para cenar y regresemos al convento. La boda es a primera hora.

Melchor durmió poco. La consciencia de lo que implicaba la responsabilidad de crear una familia, aun siendo un hombre templado, impedía la entrada del sueño en el silencio de la noche, roto por las pesadas respiraciones de sus compañeros de celda.

Se levantó temprano y abandonó el aposento para estirar las piernas por el claustro, vacío a esas horas, ya que los frailes, llamados a maitines, debían estar en la iglesia. Al cabo de un rato, su amigo Anievas lo encontró ensimismado.

—¿Arrepentido?

—En absoluto. Sorprendido por los giros de la vida. En ningún momento me planteé el matrimonio. No digo que me moleste, simplemente que no figuraba entre mis preferencias, al menos antes de enriquecerme.

Se sonrieron y volvieron a la celda, donde Mier ya estaba vistiéndose. Melchor estrenaba la muda y la camisa, de algodón fino y blanco. Encima, el uniforme de su rango: chupa roja, corta y sin mangas; la casaca azul, en la que destacaban las solapas rojas con entorchados dorados y la vuelta de la bocamanga roja y adornada con sardinetas; el cuello elevado, protegiendo el corbatín que

cerraba la camisa; las medias de seda blanca y los zapatos lucían hebillas de plata. Acomodó el bicornio bajo el brazo, renuente a estropear el cabello, que se lo había recogido en una coleta.

—¿Me falta algún detalle? —sondeó a sus amigos, nervioso.

—Sí, pero no es en el vestir —corrigió Anievas—. Va usted perfecto.

—¿Entonces?

Anievas y Mier cruzaron una mirada, sonrientes. Mier sacó una cajita y la abrió.

—¡Oh! ¡Los anillos! ¿Qué haría sin ustedes?

—Es nuestra aportación —confirmó Anievas, muy elegante con su traje de gala de teniente de navío. Su presencia daba distinción a la reunión—. Apresurémonos o llegaremos tarde. La señora podría pensárselo dos veces.

Recorrieron el claustro y entraron por un lateral a la iglesia. Fray Joaquín ya se encontraba allí, revisando que el altar estuviera dispuesto. El ruido de la puerta al pie de la iglesia los obligó a volver la mirada. Entraron madre e hija, envueltas cada una en una capa oscura y seguidas por la doncella de Francisca y los señores Orellana. Se agruparon antes de iniciar el avance por el pasillo central. La madre y la hija entregaron sus capas a la doncella, que se sentó en el último banco, y Francisca se echó el velo de encaje negro sobre el rostro.

Melchor se fijó en el vestido de la novia según avanzaba hacia el altar, negro y con el controvertido corte francés que estaba de moda y que dejaba poco a la imaginación: ligero y elegante. Sonrió nervioso. ¡Qué cosas tan tontas venían a la mente en los momentos culminantes! ¡Lástima que el encaje fuera tan tupido! Le habría gustado contemplar la expresión de su… ¿esposa? En breves minutos, todavía no. Se situaron los presentes a ambos lados de los contrayentes y fray Joaquín les dio la espalda al empezar la misa. Melchor no guardó más recuerdo que el de que se le hizo eterno el oficio: el cuerpo le pedía salir corriendo, las plantas de los pies le picaban, la oreja le molestaba y la chupa le impedía respirar hondo. Por fin, terminó el calvario y pudo retirar el velo de su ya esposa. La mirada de ella fue como un bálsamo para un enfermo: sonriente,

feliz. Transmitía la tranquilidad que a él le había faltado. Se besaron con la castidad que se requiere en una iglesia y recibieron las felicitaciones de los que los acompañaban. Fray Joaquín los instó a pasar a la sacristía y a firmar los documentos requeridos por duplicado, ya que los esposos viajarían por separado, y se registró la ceremonia en los libros conventuales.

—Señores —convocó doña Lisarda—, el desayuno espera en casa.

—Hay dos calesas en la puerta —comunicó el señor Orellana—. Para no atraer la atención, nos iremos como hemos venido. Ustedes nos siguen en la segunda calesa —indicó a los oficiales.

Llegaron a la casa unos minutos después que las dueñas. La calesa del señor Orellana, vacía, permanecía a la puerta. Melchor y sus padrinos bajaron de la de alquiler y Mier cargó con la bolsa de su amigo recién casado. La esposa había decidido pasar allí los dos días de estreno de su matrimonio ante la inminente amenaza de Miguel.

—¡Qué silencio! —se extrañó Melchor mientras subían las escaleras.

—Hemos dado unos días libres a los criados —explicó doña Lisarda desde arriba—, para que no corriera la voz. Sólo Cósima permanecerá en la casa. Yo me retiraré unos días al convento de Santa Clara. Por si no lo conocen, les diré que fue el primer convento femenino en Filipinas, fundado por una franciscana muy perseverante, sor Jerónima de la Asunción. Veintidós años tuvieron a la mujer pendiente de la resolución del Consejo de Indias, de buscar patronazgo y de conseguir que permitieran el traslado de las monjas desde México para habitarlo. Podrán imaginarse la odisea que supuso la fundación. Se habló mucho de esa religiosa en el siglo pasado, pues era de ideas muy peculiares. —Doña Lisarda se centró en el presente—. Doña Ana María y don Fernando se han ofrecido a acompañarme allí después del ágape. Es la disculpa que hemos dado a los sirvientes.

Doña Lisarda señaló una mesa auxiliar alargada junto a la pared para que dejaran los bicornios y sombreros. Entre tanto, Francisca regresó de su aposento sin el velo y sin la capa y amplió la información.

—Con el pretexto de la pena que le aflige a mi madre, nos vamos

unos días de retiro.

—Buena estrategia —alabó Melchor.

Los recién casados se sentaron hacia el centro de la mesa y los demás a los lados y enfrente. Cósima, con un brazo en cabestrillo, iba y venía, completando las viandas, que había ya preparadas y servidas en fuentes, con la mano libre.

—¿Ha sido grave el accidente de tu sirviente? —se interesó doña Ana María.

—No. Se dislocó el hombro, pero lleva un vendaje para que no se le vuelva a salir. Pronto estará completamente recuperada.

—Un accidente con la calesa —matizó doña Lisarda.

Melchor iba a preguntar, pero un gesto de Francisca lo obligó a desistir.

Las expectativas del viaje ocuparon la conversación, así como la organización de la feria en Acapulco. El señor Orellana fue un magnífico guía en ese sentido, pues había asistido a muchas.

Terminaron el desayuno y se entretuvieron un rato más, en tanto Cósima retiraba los servicios de la mesa y los metía en una cesta de mimbre que podía coger con una mano para bajarlos a la cocina. El señor Orellana fue el primero en sugerir que debían retirarse. Doña Lisarda avisó a Cósima para que bajara su bolsa. Se despidieron del matrimonio en la misma sala y bajaron. Una vez en la calle, el señor Orellana tomó las riendas y los oficiales ayudaron a subir a la calesa a las dos señoras. Mier y Anievas los vieron partir, cerraron el portón y se retiraron andando hacia el convento, donde se cambiarían, recogerían sus cosas y retornarían a Cavite.

Melchor aguardó hasta que oyó que se cerraba la puerta de abajo.

—¿Hemos de aguardar a que se haga de noche? —La atrevida pregunta de Francisca le sorprendió en un principio y, luego, dejó paso a una amplia sonrisa.

Francisca tomó la delantera y lo condujo a su aposento. Olía a almizcle y otra esencia oriental que él no reconocía. Se había casado con una maestra del perfume con el que se complacen los sentidos. La cama, amplia, estaba vestida con frescos algodones y del dosel caía una gasa de seda para mantener fuera a los insectos. A pesar de ser de día, había velas encendidas. El ambiente era sensual, muy

diferente al sórdido de la casa en el arrabal, aunque la cita hubiera sido memorable.

La nueva moda permitía a las mujeres desvestirse sin problema, y Francisca lo esperaba ya en camisola. Se quitó la chupa y deshizo el lazo del corbatín. Ella lo miraba con curiosidad. Melchor se descalzó y se retiró las medias. Se acercó a ella y la abrazó. Necesitaba volver a sentir su cuerpo, su calor. Los labios buscaron su cuello, blanco y delicado, donde latía la vida. Ella suspiró. Y así siguieron, como si fuera la primera vez, y con una prenda menos en cada aproximación, como si fueran dos buques que a cañonazos debilitaban las defensas del contrario. Las camisas y los calzones semejaban velas rendidas ante el enemigo. Hasta que llegó el abordaje, sobre el lecho, perdidos en la pasión del asalto. Melchor, caballeroso, se rindió y se entregó al bello enemigo, que lo aceptó de buen grado, piel con piel, la cubierta ya conquistada, hasta la bodega y más allá, hasta las entrañas de la nave enemiga, donde se guardaban los preciados tesoros, y juntos culminaron su deseo. Sudorosos, se acurrucaron complacidos, escuchando el ritmo de sus corazones, contemplando su desnudez sin los claroscuros de las velas titilantes. Melchor se fijó en que, en algunas zonas, la piel de su esposa no era tan blanca.

—¿Y estos moratones?

—El accidente de la calesa. Bueno, el atentado. Otro intento de Miguel.

Melchor cerró los ojos. Ese día no le iba a dedicar un pensamiento a la venganza, pero ese mestizo tenía las horas contadas. Se perdieron en una agradable duermevela.

Un ruido despertó a Melchor; el lecho estaba vacío. Se incorporó y descubrió a Francisca, que se vestía con los conocidos ropajes negros de los trabajadores sangleyes y se había recogido el pelo en una coleta. Francisca se dio cuenta de su movimiento y se puso un dedo delante de la boca.

—Shhh. Ladrones.

—¿En Intramuros? —susurró Melchor, al tiempo que se apresuraba a ponerse los calzones y cogía el sable.

—Sospecho que son gente de mi hermanastro Miguel. El servicio le

habrá ido con el cuento de que la casa se quedaba vacía. Hemos hecho bien en desconfiar de Serafina y de Mauricia. El mozo del almacén fue el que arregló el atentado de la calesa y huyó.

—Tú ve a buscar ayuda mientras yo los detengo —ordenó Melchor, ya despierto y con el conocimiento de a qué se enfrentaba.

—De eso nada. Esto se mantendrá entre estas paredes. Si lo denunciáramos, no nos permitirían embarcar, se abriría una investigación interminable. Lo haré a mi manera.

—¿Y qué manera es esa? —indagó Melchor, empuñando el sable que había extraído de la vaina.

No obtuvo respuesta: Francisca ya corría descalza por el pasillo; ganó el salón y bajó las escaleras sin ruido. Él la siguió y, abajo, la situó a su espalda. Asomaron la cabeza. El portón se hallaba abierto y los ladrones estaban en el despacho que antecedía al almacén o en el interior del almacén.

—Buscad los arcones con los perfumes —se oyó una voz—. Las telas no me interesan.

Melchor se percató de que había alguien en el portón.

—Tú te encargas del vigilante de la puerta; yo, de los de dentro.

Dicho esto, se internó en el almacén. Los faroles estaban encendidos, y encontró al mentado Miguel, vestido a la europea, hurgando entre los papeles del despacho. El mestizo levantó la cabeza, más por intuición que por haberlo oído, y se sorprendió al ver a Melchor mal vestido y con el sable en la mano. Con la agilidad de un felino sacó una pistola que llevaba disimulada a la espalda, bajo la casaca. Melchor saltó a un lado y el disparo se perdió. Ese intervalo le permitió llegar hasta Miguel, que retrocedía hasta la pared. Sin embargo, el disparo atrajo a los tres hombres que se hallaban en el almacén, y tuvo que enfrentarse a ellos. Miguel aprovechó la ventaja para desenvainar el sable. Los indígenas, como Melchor ya había comprobado, si no les daba la espalda, no eran contendientes para un militar, pero eran demasiados. Por fortuna, Francisca apareció en la puerta del despacho y, con las manos desnudas, derribó a uno de ellos y lo desarmó mientras Melchor se ocupaba de los otros dos sin perder de vista a Miguel, que había envainado la espada, que no dominaba, y trataba de cargar de

nuevo la pistola. Al primero lo eliminó en menos de pronunciar un ay; el segundo no se arredró y le lanzó una cuchillada que no lo tocó.

—¡Maldita ramera! —escupió Miguel—. Así que te acuestas con media armada con la connivencia de la alcahueta de tu madre. —Levantó el arma y disparó.

Melchor remató a su adversario y lo plantó delante de Francisca para que recibiera la bala. Mientras Francisca vigilaba a los indígenas, Melchor esbozó una sonrisa al notar que Miguel empuñaba de nuevo un sable, y tiró dos veces contra el mestizo. No tardó en comprobar que la esgrima de Miguel era muy elemental. Él mismo debió de darse cuenta de su necedad al enfrentarse a un profesional e intentó seducirlo con la palabra.

—No sea estúpido. Esa mujer no merece que luche por ella. A usted esta historia ni le va ni le viene.

—No sólo ha insultado a mi esposa, sino que ha atentado contra su vida. Ya lo creo que me interesa esta historia. De aquí no va a salir vivo.

Miguel perdió un paso por el estupor al recibir la noticia del matrimonio, y Melchor aprovechó para producirle un corte en el brazo que empuñaba el sable. Miguel reaccionó al saberse acorralado con furia y escaso raciocinio, consciente de que se jugaba la vida. Melchor se percató de que Miguel se batía buscando un hueco para huir hacia la puerta. Le dejó cierta ventaja para que se envalentonara, como cualquier principiante, y el mestizo se confió y tiró a matarlo, aunque en vano. Miguel, una vez rehecho y consciente de su inferioridad, le fue arrojando tinteros y secantes que había sobre la mesa de despacho mientras la rodeaba para huir. Melchor se defendió de los objetos cubriéndose con un brazo y lo persiguió hasta la puerta. Al mestizo no le quedó más remedio que volver a cruzar el sable con Melchor con el temor asomando a sus ojos y la respiración más afectada. Con una finta el oficial desarmó a Miguel y lo atravesó limpiamente. Con una mano en la herida, por donde se le escapaba la vida, y con la otra colgando sin fuerza, los oscuros ojos del mestizo lo miraban incrédulos; tardaron un minuto largo en vidriarse, y el cuerpo se desplomó sin vida. Un movimiento

en la puerta alertó a Melchor.

—¡Cuidado! Vienen más.

—No, son amigos —lo contradijo Francisca—. Son hombres de Jian Zhou.

Melchor cayó en la cuenta de que vestían como Francisca. Oyó unas palmadas y unas órdenes pronunciadas en chino y el señor Zhou se presentó en el umbral de la puerta del despacho.

—Vayan a vestirse —aconsejó Jian Zhou—. Es necesario que los vecinos los vean a la puerta de casa para cubrir las apariencias. Hay mucho movimiento y pronto indagarán qué ocurre.

—Vamos —apremió Francisca—. Yo te explico entre tanto qué hacía Miguel aquí.

Melchor la siguió y ella le puso al corriente. Miguel había venido a robarle el cargamento de perfumes que había preparado, enterado por alguien del servicio filipino de su ausencia, según le había confesado uno de los atacantes antes de morir.

La mente de Melchor trabajaba sin descanso mientras se vestía apresuradamente.

—¿Cómo explicaremos su muerte? Ahora sí que no podrás embarcarte.

—Jian Zhou nos ofrecerá su ayuda. Confío en él. ¿No te ha parecido sorprendente su presencia? Rara vez abandona sus dominios y le han dejado entrar en Intramuros con sus hombres.

Regresaron abajo decentemente vestidos. Los cadáveres habían desaparecido, y, en su lugar, había una serie de baúles, en medio del almacén.

—Hemos vaciado los baúles —explicó Jian Zhou, y señaló el rincón en el que habían apilado el género—. Los muertos ocupan su lugar. Mañana sin falta recibirán otros iguales.

—¿Qué va a hacer con ellos? —se interesó Melchor, nervioso por la eventualidad.

—Salgamos a la calle para nos vean los vecinos. He enviado a buscar al señor Orellana. Es un buen recurso. Llegaré a un acuerdo con él.

—¿Con los muertos aquí? —Melchor no salía de su asombro.

—¿Usted ve muertos? —preguntó el señor Zhou—. Yo veo baúles

llenos de perfumes, listos para embarcar en un sampán.

Melchor se admiró del agudo ingenio del sangley: sacaba de Filipinas la prueba del delito a plena luz del día.

—Necesitaremos el despacho de su padre para cerrar el trato —le indicó el señor Zhou a Francisca—. Asegúrese de que no está revuelto. Señor Crespo, recorreremos el almacén. Debe estar en orden para no levantar sospechas.

—Francisca afirma que usted no acostumbra a moverse de Binondo. Es mucha casualidad que se halle aquí en el momento preciso —planteó Melchor.

—Hace años que sigo los pasos de Muñoz, y tengo un espía dentro de su casa que me ha avisado de las intenciones de su señor. Su muerte estaba decidida, pero esperaba a que la viuda de Puig…, disculpe, la señora de Crespo estuviera ausente para que no se la relacionara. No obstante, nada está perdido: la ausencia del cuerpo no retrasará el viaje de la madre y de la hija.

—Está informado de la boda. —No preguntaba, sino que afirmaba —. Francisca me ha explicado su relación comercial, de ahí la consideración que ha tenido conmigo.

—No se confunda. Mi consideración es por el bien comercial que me reporta. ¿Acaso usted da un paso sin obtener un beneficio? ¿Su matrimonio es totalmente desinteresado? Aunque estén enamorados, ningún hombre ni mujer libres obran en contra de sus intereses. Convendrá conmigo en que serían estúpidos.

Melchor no pudo negar la gran verdad que encerraban sus palabras, y le admiró que el sangley hubiera expresado lo que nadie pronunciaba pero todos pensaban.

Para cuando entró el señor Orellana, se hallaban apaciblemente sentados y con unos documentos de compraventa sobre la mesa.

—Lamento haberle molestado. —Se levantó el señor Zhou, quien llevó el peso de la conversación—. Me han informado de que la señora viuda de Puig abandonaba las islas y me he apresurado a comprarle unos cuantos baúles de sus perfumes. Habrá carestía y se venderán a muy buen precio en el futuro. Usted será un testigo objetivo. Parece ser que el señor oficial no es el adecuado, aunque no me han explicado la razón.

—Ah, no se preocupe. —Orellana se mostró afable y colaborador en cuanto se enteró de la razón por la que había sido requerido. Revisó los papeles y firmó—. Es usted un hábil comerciante. Dentro de un año, los perfumes de la señora duplicarán su precio. Lamento no haber estado tan ágil.

Cumplidas las formalidades, salieron al exterior. Se tropezaron con la curiosa señora de Acevedo, doña Rigoberta.

—Había entendido que usted y su madre se habían retirado a un convento —indagó doña Rigoberta tras los saludos.

—Mi madre sí, pero yo, como puede comprobar, no. Estoy cerrando una venta. Enseguida la atiendo. Señor Zhou, no lo entretengo más. Ha sido un placer.

El señor Zhou no demoró la invitación y partió con sus hombres y con sus dos calesas llenas de fúnebres cajones. El señor Orellana se interesó por la intempestiva venta y Melchor se mostró igual de sorprendido que Orellana. La mejor mentira era aquella que más se asemejaba a la verdad.

32

Manila, abril de 1801

Francisca caminaba ligera hacia el consulado, acompañada de Cósima. Desde la consumación del matrimonio, no había vuelto a tener noticias de Melchor. Su marido no le había reprochado su relación comercial con un sangley. Lo único que había encontrado escandaloso era el hecho de que hubiera sido su esposa la que había transgredido las reglas sociales, y, con gesto serio y un brillo traidor en los ojos lagunosos, añadió: *«Y si a mí no me importa, al resto del mundo, menos»*. Esbozó una sonrisa ante el recuerdo y la cortó al trasponer la entrada al consulado. El patio estaba lleno de actividad, y se dirigió a las escaleras. Recorrió el pasillo superior desde el que se contemplaba el patio y llamó a la puerta del despacho del oidor de la Audiencia, don Gaspar Quiralte.

Tras los saludos pertinentes, el oidor la instó a sentarse, y a Cósima le indicó un banco adosado a la pared, bajo una estantería repleta de legajos que amenazaba con romperse. La habitación estaba bien iluminada y la mesa ocupaba el centro. Francisca no perdió el tiempo.

—Ha sido muy amable por responder con tanta prontitud mi mensaje, un hombre tan ocupado como usted.

—Muy considerada, señora; sin embargo, es la necesidad la que me empuja a dar término con los asuntos que he empezado. Primero, porque la Junta de Repartimiento ya ha adjudicado los boletos, y me he asegurado de que sus solicitudes no se perdieran en esta ocasión. Y segundo, porque he recibido noticias de que mi relevo se halla en camino. En cuanto informé a mi señora del cambio de la situación, se ha negado a permanecer más tiempo, incluso me ha amenazado con embarcarse ella y los niños si yo alegaba que debía aguardar al sustituto. Por esta razón, he tomado pasajes en el

Rey Carlos: regreso a Nueva España. No sé qué tiene el aire de Manila que afecta tan negativamente a las mujeres.

No obstante, Francisca intuyó cierta complacencia por parte del magistrado en la determinación de su esposa. No era la primera vez que descubría ese anhelo en los funcionarios por cumplir el cometido y retornar a su origen, a Nueva España, eso sí, con los bolsillos llenos. La ociosidad comercial era un vicio que no existía en Manila.

Doña Lisarda, desde que habían decidido abandonar Manila, no dejaba de hablarle de sus recuerdos de Nueva España. Francisca la animaba, pues notaba que su madre revivía. Nunca había sentido el deseo de conocer Ciudad de México, pero una vez acordado el viaje, se había despertado su curiosidad.

—Me alegro de que vuelva a casa. Los manileños comprendemos que los funcionarios están de paso, y no nos ofendemos. Estoy acostumbrada a los suspiros de nostalgia de mi madre. Y quién sabe, ahora que se ha quedado viuda, quizá la convenza para que nos traslademos allí.

—¡Ah! Lamenté la muerte de don Pedro. Fue un gran anfitrión. Y mire cómo se lo han pagado las islas. Ojalá ustedes tengan suerte. Manila es muy triste para dos mujeres viudas. Ciudad de México ofrece muchas oportunidades, y hay mucha vida social. Usted es joven para morir encerrada entre estos muros. Tenga —le alargó un papel—. Abajo, en la Junta de Repartimiento, le darán los dos boletos correspondientes. No creo que surja ningún problema, y, si así sucediera, no dude en emplear mi nombre y amenazar con mi intervención. Los consulares andan muy enardecidos por ese mestizo hermano suyo. Lo siento, pero los rumores sobre él son desagradables.

—Lo sé. No es el primer comentario que escucho al respecto. A mi padre sólo le ha causado disgustos, por eso tuvo que cerrar la Casa de Muñoz y se hallaba en Alday, evaluando una nueva inversión.

—Así es la vida —suspiró don Gaspar—. En fin, usted me pidió el nombre de los nuevos boleteros. Las instituciones y los comerciantes andan pendientes para comprarles el derecho de carga, pero he conseguido que dos viudas aguanten las ofertas hasta escuchar la de ustedes. He aquí los nombres y las direcciones.

—Esto sí que es un regalo, señor Quiralte. Quedo en deuda con usted. Le haré llegar un pequeño obsequio a su casa.

—No es menester. Lo he hecho en nombre de la amistad —rechazó con humildad el señor Quiralte.

—No me cabe la menor duda, pero permita que corresponda de alguna manera a su amabilidad. Seguro que su esposa agradecerá un nuevo perfume.

Se despidieron y Francisca bajó dispuesta a enfrentarse con Monterroso. Cruzaba el patio con Cósima a la zaga cuando la interceptó una mujer filipina.

—Dígame, ¿qué ha hecho con mi marido? No se irá de aquí hasta que me dé una respuesta.

—Ignoro quién es su marido y quién es usted —respondió Francisca, sorprendida.

El señor Orellana, que se hallaba pendiente de que Francisca fuera recibida y consiguiera retirar sus boletos, se acercó, previendo problemas.

—Mi marido es Miguel Muñoz. Me dijo que iba a su casa hace un par de semanas y no ha vuelto. Lo vieron entrar los guardias de las puertas de Intramuros, pero no salir.

—Entendió mal, porque a mi casa no fue. Además, ¿para qué iba a ir? La cuestión de la herencia se ha solventado. Ya nada nos une.

—Usted le ha tendido una trampa. No fue al convento con su madre —acusó la mujer.

—Parece muy enterada de mis movimientos. Habré de hablar con el servicio. Y no, no fui al convento, me surgió algo que no es de su incumbencia. ¿De qué trampa habla? Tenga cuidado con las acusaciones.

—Señora —intervino el señor Orellana—, yo estuve ese día en casa de los Muñoz, cerrando un trato, y Miguel Muñoz no asomó por allí. La señora viuda de Puig ignora el paradero de su marido.

Francisca advirtió que se había formado un círculo de curiosos y decidió dejar zanjada cualquier sospecha.

—¿Es que Miguel ha desaparecido? Desde que estamos de luto alternamos poco, y no nos había llegado la noticia. Lo sorprendente es que usted me acuse de su desaparición.

—Cierto que lo es, señora —confirmó el señor Acevedo—. Mi esposa pasó por casa de la señora, que se hallaba bastante concurrida según su criterio, pero no mencionó a Miguel Muñoz.

La esposa de Miguel, lejos de amilanarse, la miró furibunda; sin embargo, desenmascarar la mentira significaba revelar la intención que movía a su marido, y no podía reconocer la actividad ilícita que se había propuesto Miguel. Ante el apoyo de los señores a Francisca, a la mujer no le quedó más remedio que retirarse. Con la espalda erguida y la cabeza alta, se encaminó a la puerta, no sin antes amenazar a Francisca en un susurro al pasar junto a ella.

—Esto no termina aquí. Le sigo los pasos.

Francisca aprovechó la oportunidad que le había ofrecido su cuñada.

—Es increíble hasta dónde alcanza la persecución de la familia de mi padre —se quejó, dolida, de cara a los curiosos— desde que ha fallecido.

—No se preocupe, señora —intercedió el señor Acevedo—. Seguramente su hermanastro estará de viaje, y, si no volviera, nadie lo echaría de menos.

Hubo murmullos de asentimiento, y los testigos del altercado se fueron dispersando al haberse terminado el espectáculo. Francisca agradeció el apoyo a los señores Orellana y Acevedo y se dirigió con determinación hacia el despacho de la Junta de Repartimiento. No hizo falta que llamara: la puerta se abrió antes y el señor Monterroso le permitió el acceso.

—He presenciado el escándalo.

—¿Qué escándalo? Más bien el vergonzoso espectáculo que ha ofrecido esa pobre mujer —corrigió Francisca.

—¿Desde cuándo la compadece? Es su enemiga.

—Esa es su percepción. Yo no la conocía hasta hace unos minutos.

—Es encomiable la calma con la que se ha enfrentado a esa mujer —evaluó don Agustín, con los ojos entrecerrados. Recelaba, y Francisca no lo podía permitir, así que, con un tono más liviano, continuó la conversación.

—Esa señora me ha dado una noticia maravillosa: Miguel no se halla en Manila. Es la ocasión perfecta para que me entregue los

boletos que nos corresponden a mi madre y a mí. —Extendió el papel que le había entregado el señor Quiralte—. ¿O pondrá usted algún reparo?

—Me juzga mal. Estoy interesado en que le vayan bien los negocios. No hace falta que me recuerde que está de luto para que deje de insistir en mi pretensión. Sé que el señor Cabrero las visita.

—¿Nos vigila?

—Ni falta que hace. Él lo pregona allá adonde va y da a entender con ello que hay algo apalabrado. Quiero un compromiso en firme por parte de usted.

—Tiene usted razón, no es el momento. ¿Me va a entregar los boletos?

—En cuanto los tenga, usted saldrá por esa puerta, y yo quiero una respuesta. ¿Le complace el mes de septiembre? Después de las lluvias.

—Es un buen mes —respondió Francisca.

—Perfecto. No ha costado tanto —dijo don Agustín, ufano ante el triunfo—. Aquí tiene. Su derecho a cargar mercancías. No se arrepentirá de su decisión.

—No me cabe duda —aseveró Francisca, igual de ambigua. El juego de las palabras se le daba bien. Monterroso no se había percatado de que no había prometido nada. Tan sólo se había limitado a opinar sobre lo que le parecía el mes de septiembre.

Salió del despacho de la Junta de Repartimiento con alivio y premura, cruzó el patio y abandonó el agobiante ambiente del consulado. Había superado la dura prueba y llevaba consigo los boletos. Se sonrió satisfecha. Por el camino contrató una calesa para la tarde y entró en casa en medio de un aguacero. Había que apresurarse a terminar con la burocracia, pues las lluvias impedirían el traslado de las mercancías pesadas.

Discutió con su madre la estrategia para conseguir que las viudas les vendieran los boletos, y, en cuanto apareció la calesa, se dirigieron a las direcciones que les había facilitado el señor Quiralte.

—Sobre todo, madre, no sea avara. Imagino que las instituciones habrán recurrido a las cantinelas de la misericordia y de la caridad de las almas buenas, y los comerciantes habrán esgrimido cualquier

argumento a su favor, pero ninguno se habrá mostrado generoso, y esas mujeres estarán muy necesitadas.

Doña Lisarda manejó las conversaciones mejor que ella, y no les costó que les vendieran los boletos, de lo que Francisca dedujo que su intuición no le había fallado. Las dos viudas aceptaron la primera oferta, ni siquiera regatearon, como era lo habitual, y Francisca les regaló sendos perfumes. En cuanto se corriera la voz de lo que las viudas habían obtenido por los boletos, los comerciantes protestarían, pero a ella le daba igual: abandonaban Manila, una ciudad que se le quedaba más pequeña a medida que transcurría el tiempo.

Cuando llegaron a casa, le esperaba una nota de Melchor: había conseguido espacio para ellas en el Montañés y había adquirido los pasajes para tres mujeres a nombre de la señora de Crespo, sin especificar los nombres de la madre y de la doncella. Había estado muy hábil su esposo. Cualquiera que tuviera acceso al listado de pasajeros no las relacionaría. En un pliego aparte, le decía cuánto la echaba de menos.

Francisca se pasó una semana seleccionando qué fardos irían en cada espacio conseguido. Comprobaba el contenido y los marcaba, así como los baúles. Había decidido que en el Montañés cargaría el ajuar de su madre y el de ella: sedas para vestidos, mantones, algodones, hebillas de plata, botones de nácar y vajillas de porcelana fina para sus futuras casas.

Sumergida en los planes y con los alambiques destilando a cualquier hora, pasaban los días lluviosos como en un suspiro. Su madre se hallaba ocupada confeccionando para el viaje ropas de abrigo, de las que carecían, con ayuda de Cósima. Melchor les había advertido que alcanzarían temperaturas por debajo de los diez grados centígrados.

Serafina y Mauricia observaban la actividad en silencio. Francisca había aleccionado a Cósima para que hablara lo indispensable con el servicio y la avisó de que no mencionara el viaje. La joven era bastante despierta, como mostraba con sus avances en la escuela, y sabía lo que le convenía. No había dudado en unir su suerte a la de Francisca cuando le propuso abandonar Filipinas.

Monterroso andaba desorientado con Miguel. Nadie sabía dar cuenta de su paradero, y menos su familia. Había escuchado la versión de su esposa, una filipina avariciosa y necia, y de su mano derecha, Aníbal. Ambos coincidían con las intenciones de Miguel de entrar en la ciudadela y robar los perfumes de la hermana; sin embargo, así como la esposa insistía en culpar a Francisca de la desaparición de Miguel, Aníbal ofrecía otra versión más lógica.

—Miguel siempre ha sido imprevisible. No es la primera vez que dice una cosa y hace lo contrario. Salió con cuatro hombres; ¿cómo habría podido deshacerse esa señora de cinco hombres? Es absurdo lo que mantiene mi tía.

Era evidente que, en el último momento le habría llegado un aviso y habría cambiado de planes. O bien, cabía otra posibilidad más siniestra y más placentera para Monterroso: que algún consular lo hubiera interceptado por el camino, lo hubiera eliminado y hubiera borrado las huellas del delito. Esta última era la que más le satisfacía y también la más probable. Había desatado los temores de los consulares al asesinar a uno de ellos. Con Miguel fuera de juego, Aníbal era un principiante que se perdería en la jungla del comercio y de las rivalidades. No era un contrincante.

Jian Zhou había soportado un mes de mucho trabajo. Los ojos acusaban la falta de sueño, y la lentitud en la toma de decisiones, el cansancio. No sólo por las ventas y las continuas arribadas de sampanes con más mercancía para cubrir la demanda de los agentes y consulares, que en realidad llevaban sus subordinados, sino por el trabajo nocturno, forjando joyas falsas para cumplir con el señor Mier. Era una oportunidad, y no deseaba fracasar. Por lo que le habían contado, sus creaciones de cobre y cristal competirían con las francesas en Europa. Si conseguía igualar o superar el trabajo de los orfebres europeos significaría una gran ganancia propia, al margen de la Casa de Zhou.

Un sirviente apareció en el umbral. Con un leve gesto, lo invitó a hablar.

—El capitán del sampán que solicitó audiencia.

Jian aceptó verlo. Era uno de sus capitanes de confianza. Jian tenía fama de serio y severo, pero también de justo y generoso. Entró un hombre de facciones mongolas y acento cantonés cerrado. El equipaje había sido arrojado en mitad del mar de China: nunca se sabría de ellos. Jian elogió el trabajo y dio un par de palmadas. El joven secretario se personó con un bolsillo de monedas que entregó al capitán, quien lo tomó y se inclinó ante Jian antes de retirarse.

Ahora que había solventado el problema del mestizo filipino, había de poner orden en la casa de Miguel. El traidor, Aníbal, ocuparía el puesto del muerto al frente de los negocios: ese era el acuerdo y la razón de su silencio en cuanto al paradero de su tío. Como pago a haberle despejado el camino hacia el poder en la casa Ronzal, Jian había exigido a Aníbal la relación de personas a las que Miguel había presionado y la razón del chantaje. El conocimiento daba poder, aunque él no lo emplearía de la forma burda de Miguel. Los chantajistas no eran personas apreciadas en la sociedad, y fomentaban el odio. Él emplearía esa información, si fuera necesario, como un favor para introducirse en esa sociedad mestiza, cada vez más numerosa que la europea.

Jian estaba creando un imperio mercantil con un pie en Cantón y otro en Manila. Lo esencial lo había conseguido. Sin embargo, el futuro del comercio con Nueva España y Europa era incierto. Esperaba que la red que estaba tejiendo diera resultado, pero no ignoraba la fragilidad a causa de la distancia, de los deseos de los reyes y de las compañías comerciales. Para adelantarse a los cambios, era imprescindible mantener la comunicación con Francisca: su agente y su espía comercial en Europa. Por otra parte, en cuanto Jian hubiera asegurado su posición, imitaría a los franceses y haría visible su comercio de joyas falsas sin perjuicio a su labor como orfebre en joyería auténtica. Construiría un taller aparte con operarios que realizarían el trabajo que le robaba el sueño por el secretismo que guardaba. La vida le sonreía.

33

Cavite, junio de 1801

En el barco imperaba la actividad. En el pañol de proa, el contramaestre comprobaba que los pertrechos llegaran en buen estado y se guardaran de forma que no entorpecieran el acceso a lo que hiciera falta. El intendente, en la bodega, se aseguraba de que se respetasen los espacios de carga y de que se registrasen los fardos que se embarcaban, con la supervisión del alférez Marañón, como oficial responsable. El condestable vigilaba cómo se almacenaban la pólvora y las balas en la santabárbara. Terán lucía con orgullo su uniforme de segundo piloto y cuidaba de los instrumentos del pilotaje en ausencia del primer piloto, que se hallaba trabajando en el Depósito Hidrográfico.

Melchor contemplaba el trajín desde tierra.

—Buen día, señor Crespo —saludó Anievas.

—Buen día, señor. ¿Se ha enterado de que la fragata Nuestra Señora del Pilar nos seguirá la estela un mes más tarde?

—No. ¿Y cómo es eso? ¿Álava va a dejar desprotegida Manila ante los rumores de que los ingleses quieren atacarnos?

—Ha enviado espías a Cantón para verificar las intenciones del enemigo. En cuanto regresen, la Pilar zarpará con la información verídica a Acapulco.

—Estoy de acuerdo con la cautela de Álava —dijo Anievas—, aunque, sinceramente, creo que es otra de las bravatas de los ingleses. Desde que se ha iniciado la guerra, no hemos entablado un combate. Estoy seguro de que nos esquivan.

—Recuerde el susto del año noventa y ocho. —Melchor no se mostraba tan optimista.

—¿Aquella farsa? Estuvimos riéndonos el resto del mes. Y luego aquel baile en la niebla, frente a Macao: ni ellos ni nosotros nos

decidimos a disparar primero. Esto está muy lejos para que le importe a nadie lo que aquí acontezca. Y los océanos son tan amplios que ni nos encontramos las dos armadas. En el Caribe y en el Mediterráneo sí que se lucha. Bueno, es cierto que Puerto España se entregó sin mediar un disparo, los muy cobardes, pero en San Juan les dieron su merecido a los ingleses.

—Mi situación ha cambiado, y en este viaje aspiro a fondear en Acapulco sin haber visto una sola vela que no sea amiga —confesó Melchor.

—Seguramente no veamos ni la vela amiga del Rey Carlos. Esas naos van tan cargadas que navegan muy lentas.

—El Montañés va a ir inusualmente cargado —notó Melchor. La mera posibilidad de que el Rey Carlos no llegara a Acapulco lo ponía nervioso.

—No tanto —negó Anievas—. La nave debe permanecer operativa. Somos la escolta.

Melchor no lo contradijo, pero pensó en el contrabando, una carga extra sin registrar y sin pesar. Anievas cambió el rumbo de la conversación.

—¿Consiguió el permiso?

—Sí, gracias por su interés. Estaré tres días en Manila. Usted está casado: ¿no echa de menos a su familia?

Anievas rio como para sí.

—Usted está disfrutando de la novedad. Cuando nacen los hijos, la vida de la mujer también se complica. Y además están las largas ausencias. Cuando regreso al hogar, soy un extraño y ellos me son ajenos. Veamos, cinco años llevamos en las islas. El pequeño Bernardo tenía tres años, ahora rondará los ocho. Dos años más y comenzará sus estudios para entrar en la Academia de Guardias Marinas. El único consuelo del hogar es que es un ancla en tierra que evita que me convierta en una nave errabunda. He visto a muchos oficiales en los puertos, perdidos en los lupanares y en la bebida, o los que terminan su vida de servicio sin haber formado una familia, solos. Si me dejo la vida en el mar, sea, Dios lo ha querido así; pero si alcanzo el retiro, ese depende de mí y quiero disfrutarlo con la misma dignidad con la que he servido a mi rey. ¿A

qué si no el riesgo del contrabando?

Melchor pensó en Francisca. Su hogar no estaría poblado de niños, así que ese no sería su problema. Su temor, igual por estar en el principio de su matrimonio, era que ella se cansara de él o que sucediera al revés. Ambas opciones le resultaban igual de desagradables.

Sin embargo, pese al resumen de Anievas sobre su matrimonio, Melchor se había percatado de que su amigo no era de esos oficiales que no salían del lupanar; por el contrario, lo visitaba de tarde en tarde, cuando lo atacaba la nostalgia de unos brazos femeninos, de lo que dedujo que había todavía complicidad entre los dos cónyuges.

Con la ilusión de un recién casado, alquiló una calesa que lo condujo a Manila. Mientras cruzaba los arrozales, le sorprendió una copiosa y fina lluvia que no afectaba a los campesinos que trabajaban con los pies hundidos en el agua. El toldo rectangular de las calesas servía para proteger tanto del sol como de la lluvia. Entró por la puerta del Parián, salvando el foso y el revellín, saludó al guardia, que ya lo conocía, y contempló las sólidas construcciones españolas de Intramuros hasta que llegó a la casa de los Muñoz. Melchor pagó al cochero y bajó con la bolsa. Le extrañó encontrar el portalón cerrado. Llamó y aguardó a que lo abrieran.

—Buenos días nos dé Dios, señor.

—Buenos días, Cósima —saludó a la joven, que le franqueaba la entrada. Había cambiado su trenza por un rodete en la nuca—. Ya me anuncio yo. Es una sorpresa.

—Sí, señor.

La doncella se retiró sonrojada y Melchor subió las escaleras. En el salón se hallaba doña Lisarda cosiendo, rodeada de telas y de hilos, y la mesa del comedor rebosaba de patrones, retales y pasamanería.

—¡Oh! Melchor, qué sorpresa tan agradable. Perdona el desorden. Es lo que hay cuando se ultiman los detalles de un viaje tan definitivo.

Se acercó a su suegra y besó la mano que le ofreció.

—¿No la ayuda el servicio?

—Francisca las despidió. Demasiados espías en la casa.

—Miguel ya no representa un peligro.

—Eso pensábamos nosotras, pero Cósima oyó una conversación entre Serafina y Mauricia, y Francisca decidió poner fin. Después de tantos años que las he tenido a mi servicio, me entero de que vendían información al mejor postor, y hay muchos, créelo. Se estaban embolsando una sustancial cantidad a costa nuestra. Los pretendientes no están dispuestos a dejarla escapar. Al principio, no comprendía a mi hija, pero ahora la apoyo. Me parece escandalosa la persecución de la que está siendo objeto. Pero que te lo cuente ella. Se encuentra abajo, desmontando el taller.

—No, madre. Ya estoy aquí. Me ha avisado Cósima.

Salvaba los últimos escalones y Melchor le sonrió a pesar del desaliño del atuendo. Había pasado muchas noches soñando con ella como para no verla más hermosa que nunca. Se acercó y le besó la mano. De reojo comprobó que doña Lisarda, muy discreta, les daba la espalda. Melchor giró la mano de Francisca y le besó la muñeca, como promesa de algo más íntimo.

—Le preguntaba a tu madre por el servicio. ¿Tienes problemas con los pretendientes? Si es necesario, hacemos público nuestro matrimonio. Quedo a tu disposición.

Francisca retiró algunas de las prendas que había sobre el sofá, se sentó e invitó a Melchor a que hiciera lo mismo.

—Lo sé, mi querido Melchor, pero pueden hacerme la vida imposible a última hora con cualquier majadería burocrática e impedirme embarcar. El Rey Carlos ya está acomodando la carga en las bodegas y nosotras ya hemos enviado nuestro flete. No pueden posponerlo hasta el último momento; entre las comprobaciones, la estiba, los pagos de impuestos y de avería, en muchas ocasiones se demora la partida. ¿Recibiste nuestro ajuar en Cavite?

—Sí —contestó Melchor—. A estas horas estará embarcado.

Francisca jugaba con los dedos de Melchor al tiempo que hablaba, una intimidad que, por novedosa, a él le complació. Mientras la escuchaba, su mirada se perdía por la blanca piel y el rostro ovalado, se anticipaba al sabor de sus rojos labios, y el aroma que desprendía su persona lo sumergía en apasionados recuerdos.

—Jian Zhou me enviará tres calesas y personal para cargar con los baúles que nos acompañarán en la travesía: uno por persona. La

cabina la compartiremos con la esposa y la hija de don Gaspar Quiralte, que también viajarán a Nueva España. Lo han relevado del cargo y ya es oficial, por lo que habría perdido un apoyo importante en el caso de que no consiguiera salir de Filipinas. Otra razón para mantenerlo en secreto.

—Me alegro de que os acompañen personas conocidas. La travesía se hace muy pesada sin nada que hacer. Esto me recuerda que os traigo un presente muy importante y que me ha costado lo suyo conseguirlo. —Se levantó, cogió el saco que había traído consigo y rebuscó—. Mirad, esto son bizcochos de trigo. Cuando se os terminen los víveres, los mojáis en agua o en vino hasta que se reblandezcan e impedirán que paséis hambre. Y esto otro —les enseñó unos cubitos compactos— son unas pastillas de caldo; contienen carne y verduras y también se diluyen en agua. Se emplean con los enfermos. Me las ha facilitado el señor Aramburu, el médico del barco. Guardadlo con vosotras como si fuera oro. Vuestra vida puede depender de esos humildes cubitos.

—¿Carne y verduras en algo tan pequeño? —receló doña Lisarda.

—Un invento de la armada bastante fiable —insistió Melchor.

Doña Lisarda se hizo cargo del regalo y lo retiró a su aposento. Melchor aprovechó el instante para besar el cuello de su esposa, que estaba volviéndolo loco. Los pasos de vuelta de su suegra lo separaron de la acalorada Francisca, y Melchor retomó la conversación de los pretendientes, mientras ella se llevaba la mano al cuello, donde había dejado su húmeda huella, y sonreía con mirada boba.

—¿Han vuelto a asediarte?

—Monterroso, de la Junta de Repartimiento, es al que más temo porque tiene el brazo largo y conoce los resortes del consulado. El que mi carga haya sido embarcada me tranquiliza un poco, pero no debo confiarme: al enemigo no se le debe dar la espalda, y he descubierto que era uno de los que pagaban al servicio. Lo hemos pensado bien, y lo único que esas dos chismosas han podido contar es que andamos muy revueltas, pero sirve la explicación de que es nuestra primera transacción económica y de que tratamos de dar salida a los fardos heredados de mi padre.

—En cuanto a la costura que llena mis días —continuó doña Lisarda ya de regreso—, les dijo que, transida de dolor, me había refugiado en una actividad que me era familiar. Al contemplar el estado del salón, habrán pensado que me he vuelto loca.

Melchor sonrió ante el aspaviento de los brazos de su suegra, que abarcaban la desordenada estancia.

—¿Y el otro? —No le permitió escabullirse.

—Don José Cabrero. Es curioso, le pone más afán el padre que el hijo. Creo que al hijo no le complace una esposa cogida de la oreja.

—Es inteligente el hombre —ponderó Melchor, con cierto alivio.

—Pero don José es pertinaz, como la estación de las lluvias —se quejó Francisca—. Para no perder la paciencia, me recuerdo que sólo debo resistir unas semanas más.

—Y luego meses sin vernos —concluyó Melchor, revelando la idea que más lo agobiaba.

—No sé qué hacéis perdiendo el tiempo —jaleó doña Lisarda—. Pedro era fuego. ¡Oh! ¡Qué desafortunada comparación! —A sus ojos acudieron las lágrimas al recordar su muerte.

—¿Estabas desmontando el taller? —Melchor trató de desviar la atención de los molestos recuerdos.

—Sí. He terminado con los perfumes. He llenado los arcones que podía transportar, pues otros van con las esencias necesarias para elaborarlos: jazmín, benjuí, canela, vainilla, sándalo, agar…

—Eso suena muy caro —interrumpió Melchor.

—Como si el cargamento fuera de barras de oro —confirmó ella.

—Ahora comprendo mejor el asunto de tus pretendientes —bromeó Melchor, aunque el rostro reflejó preocupación—. ¿Te ayudo a desmontarlo?

—Si no te importa… En cuanto nos vayamos, los Orellana ocuparán la casa. Ya nos han pagado con letras que haremos efectivas en Ciudad de México.

Bajaron y trabajaron hasta la hora del almuerzo. Melchor se empleó con las labores más pesadas, como desmontar el techo de nipa y las paredes de madera mientras Francisca retiraba las encimeras y las piedras que aislaban los fuegos de los alambiques.

Se lavaron y se sentaron a la mesa en la cocina, donde comían los

sirvientes. De esa forma facilitaban el trabajo a Cósima, que se había quedado sola para resolver el servicio, y a doña Lisarda, que no necesitaba recoger su trabajo en el salón.

—Los alambiques, las redomas y algunos frascos han sido embarcados en un fardo de telas —explicó Francisca.

Se sirvieron fideos chinos con trozos de pollo cocidos en una suerte de especias como cúrcuma, jengibre, cilantro y comino, que le daban un sabor fuerte y muy característico.

—¿Qué haremos con todos los desechos? —indagó Melchor.

—Nada. Los hombres de Jian Zhou dejarán limpio el patio y la casa para el señor Orellana. Le interesa el novohispano como cliente, y sospecho que aspira a que lo contrate como agente cuando los Orellana regresen a Ciudad de México.

—Recuerdo que, cuando llegué a Manila, me previnieron contra las malas artes de los comerciantes sangleyes; sin embargo, el señor Zhou se escapa a la norma.

—El señor Zhou es mestizo. Tiene que vivir en Manila el resto de su vida y es lo suficientemente inteligente para comprender que le interesa ganarse la confianza de los comerciantes europeos. Si suprime al agente europeo y lo sustituye él…

—¡Ah! —Se le aclaró la mente a Melchor—. Sin el intermediario, mayor es la ganancia. Se convierte en el factor imprescindible tanto para los chinos como para los europeos.

Doña Lisarda meneó la cabeza al oírlos hablar.

—Me alegro de que no haya secretos entre vosotros. La verdad es que creía conocer a mi hija, pero he descubierto que lo ignoraba todo.

—Madre, me conoce. Que yo haya omitido información acerca de mis negocios y de con quién me relacionaba es otro asunto.

Melchor tuvo la paciencia de contentarse con contemplar a su amada hasta que terminaron de comer. Llegada la hora de la siesta, lanzó elocuentes miradas a Francisca, que no se hizo de rogar. Se retiraron a su aposento y se unieron en un prolongado beso y un abrazo. Con la respiración entrecortada por la ansiedad, se desvistieron con dedos torpes por la prisa, salpicando con besos y sonrisas la familiar desnudez. Mientras repasaba la blanca piel

aterciopelada, Melchor recordó la confesión de Anievas y le pareció imposible dejar de desear a su esposa o verla como a una extraña. Habían pasado unas semanas separados y Francisca respondía a sus caricias y el cuerpo de él la reconocía como suya, cálida y sensual, como el aroma de los perfumes que la impregnaban. La tormenta de la pasión se desató inclemente, turbia, salvaje y egoísta por ambas partes, luchando por obtener lo que la imaginación les había prometido para terminar rindiéndose al único dios admitido en un lecho conyugal: el placer de ser uno.

Sudorosos, se separaron y permanecieron el uno junto al otro, mirándose. Poco a poco, Melchor inició otro placer diferente, más sensorial, con las manos, con la boca, recorriendo la desnudez, los pechos turgentes, el ombligo insondable, arrancando gemidos de la garganta de Francisca, que disfrutaba entregada a sus deseos, abierta a recibirlo y recomenzar el baile, lento, sutil, hasta alcanzar la satisfacción, más perdurable que la anterior. Saciados, sucumbieron al sopor de la tarde. Cuando Melchor abandonó la estancia, caía el sol. Francisca le había enseñado algunas artes amatorias chinas. Ignoraba la de sensaciones tan gratificantes que producían los pies, ni que determinados puntos del cuerpo afectaran tan positivamente a su hombría. Nunca se convertiría en una extraña cuando el océano los distanciase; el temor de Melchor se resumía en si el amor conseguiría sobrevivir a la ausencia.

Melchor entró en la sala y doña Lisarda se hallaba sobre un escabel y Cósima, a sus pies, le recogía el dobladillo de la falda de terciopelo oscuro.

—Estoy sudando como un pollo —objetó la suegra cuando lo vio entrar—. Espero que la tela sea suficientemente gruesa para soportar el frío.

El oficial se acercó un tanto avergonzado, pues era obvio en qué había gastado las horas que había estado ausente, y respondió con una escueta afirmación. Sin embargo, doña Lisarda no hizo caso del asunto y preguntó a Cósima si le faltaba mucho.

—Enseguida acabo, señora.

—Ya casi he terminado —comento doña Lisarda a Melchor—. Este vestido es el último. He confeccionado uno para cada una. Recuerdo

que, una vez embarcada, no puedes cambiarte de ropa hasta que atracas en el puerto de destino. Es terrible. —Hizo un ademán para acentuar su apreciación—. Lo que me anima del viaje es que veré de nuevo Ciudad de México, aunque temo que mis recuerdos no coincidan con la realidad: han sido muchos años de ausencia.

—Si decide continuar el viaje con su hija hasta Cádiz, será bien recibida en nuestra casa. Se lo ofrezco de corazón.

Las arrugas de doña Lisarda se estiraron en una sonrisa que alcanzaron sus ojos y los labios.

—Me complace ese corazón tan generoso. Francisca ha sabido elegir, no hay duda.

Melchor se sintió extrañamente halagado. El cambio de rumbo en su vida lo mantenía perplejo, y se preguntaba cuándo había surgido esa necesidad asfixiante de tener a Francisca a su lado. Desde el principio, cuando era un recién llegado a Manila, Francisca destacó con luz propia, vestida de luto en el salón del gobernador. Luego, según fue conociéndola, creció la admiración, y, a partir de ahí, no recordaba cuándo se había trocado en un sentimiento tan intenso.

El segundo día, la visita de don José Cabrero casi los sorprendió. Por una casualidad, Melchor había bajado con Francisca al almacén, y se encontraban vaciando el despacho de don Pedro cuando el señor llamó a la puerta. Cósima se apresuró a abrir.

—Anúncieme a la señora viuda de Puig —pidió.

Melchor miró a Francisca y esta se puso un dedo en los labios y salió al vestíbulo sola.

—Buenas tardes, don José. ¿Desea saludar a mi madre?

—No, en esta ocasión es a usted a quien vengo a exigirle una explicación. El señor Monterroso me cortó la palabra esta mañana para anunciarme su compromiso con usted. No lo creí, pero fue tanta su porfía que me he acercado para que me lo confirme o lo desdiga.

Melchor lo escuchó desde el despacho, pues Francisca había dejado la puerta abierta. El tono del señor Cabrero no era amistoso. A su modo de ver, no le asistía ningún derecho a exigir una explicación, sin embargo, le sorprendió que ella se aviniera a complacerlo.

—¿Conmigo? Lo ha entendido usted mal o él ha interpretado a su favor mis palabras. Cuando fui a recoger los boletos que me correspondían me preguntó que si el mes de septiembre era un mes apropiado para contraer matrimonio y yo le respondí que así me lo parecía. No hubo más. Que el señor Monterroso se vaya a casar no es de mi incumbencia.

—Pues dice que es con usted —insistió el señor Cabrero, receloso.

—Yo no he recibido ninguna propuesta de su parte.

—Ignoro si usted ha sido cándida ante esa serpiente de Monterroso o si está jugando con todos, pero le advierto que, si me convierte en el hazmerreír de Manila, habrá consecuencias.

Por experiencia, Melchor sabía que, cuanto más se alargaran ese tipo de conversaciones, se acababa diciendo cosas de las que uno se arrepentiría más adelante. Decidió presentarse y cortar con aquella absurda diatriba.

—Señora, ¿concluimos el asunto que llevamos entre manos? Debo partir hacia Cavite. —Melchor notó la expresión de asombro del señor Cabrero, aunque fingió no darse cuenta—. Buenas tardes; teniente de fragata de la escuadra del comandante Álava, Melchor Crespo, a su servicio, señor…

—Don José Cabrero. ¿Crespo? Hay una señora de Crespo en la lista de pasajeros.

Melchor se felicitó por la previsión que tuvo al adquirir los pasajes. Francisca no se había equivocado en su presunción: casi podía sentir la sociedad manileña asfixiando cualquier iniciativa.

—He contraído matrimonio con una mujer nacida en Filipinas. —No mentía: ella era filipina de nacimiento, aunque la ambigüedad daba a entender otra cosa, como demostró la expresión de don José, quien lo miró de arriba abajo.

—¿No hay mujeres en Cádiz? Comprendo que los hombres de aquí se conformen con lo que hay.

Francisca aprovechó la irrupción de Melchor con inteligencia.

—Si me permite, don José, debo atender el negocio. El señor Crespo zarpará en la nave que servirá de escolta al Rey Carlos y le gustan los perfumes por su escaso volumen.

—Sí, por supuesto —aceptó don José renuente—. Otra razón más

por la que debería contraer matrimonio cuanto antes. Esto es tarea de un hombre; una mujer no debería recibir sin compañía.

El señor Cabrero cruzó el portón y lo dejó abierto, como si esperase para acompañar al teniente. Francisca no se lo pensó dos veces y se apresuró a cerrarlo. Se dio la vuelta y Melchor tiró de ella, la arrastró al despacho, antesala del almacén, se la comió a besos, la apoyó contra una pared y refrescaron la memoria de sus cuerpos.

—¿Eres celoso? —susurró su esposa.

—Si me hubieras preguntado hace un mes, mi respuesta habría sido negativa. Hoy, me desconozco.

—Si cada vez que te acometan los celos reaccionas así, pondré a mis pretendientes haciendo fila.

Se rieron al unísono, abrazados.

34

Manila, julio de 1801

Francisca revisó por última vez las estancias vacías. Se quedaban sólo los muebles y el ajuar ya había sido embarcado en el Montañés. Los hombres de Jian Zhou se habían llevado los baúles que les permitían conservar en el camarote con los efectos personales más necesarios. Los bastimentos para el viaje habían sido entregados al intendente de la nave: las jaulas con las gallinas, el jabalí, las frutas y las verduras en conserva, los dulces y los vinos de palma; y había contratado al cocinero, como le había indicado Melchor.

Durante el abundante desayuno, en previsión de que ese día no tuvieran oportunidad de volver a comer, reconocieron que no habían dormido. Cósima no había salido nunca de Manila, y para ella suponía una aventura. En la escuela le habían enseñado un mapa y se había dado cuenta de lo grande que era el mundo. A doña Lisarda le perseguía el recuerdo del primer viaje y a Francisca, la incertidumbre de la vida que la aguardaba en Cádiz. Melchor había escrito a sus padres una carta en la que les anunciaba su matrimonio y les describía el complicado viaje que emprendía Francisca hasta Cádiz. Como precaución, Melchor había escrito otra para los marqueses que ella guardaba en su equipaje . Sin embargo, no le mintió en cuanto a las expectativas de que la aceptaran, y, si ella llegaba antes que Melchor, tendría que ocuparse de sí misma. Ella le aseguró a su esposo que eso no la asustaría después de haber recorrido medio mundo sola.

—¡Francisca! —la llamó su madre, impaciente.

—¡Ya bajo!

El suelo vibró levemente a causa de uno de los frecuentes seísmos que experimentaban casi a diario. ¿Cómo sería vivir sin el temor a un seísmo fuerte? ¿Y vivir sin los monzones? Grandes incógnitas se

abrían ante ella, y, lejos de amilanarla, despertaban su curiosidad y la animaban a realizar ese viaje a través de medio mundo.

Cósima y doña Lisarda la aguardaban en el vestíbulo. Los vestidos eran ligeros, de acuerdo con el clima, en tonos marrones, para que ocultaran la suciedad, y cómodos, para que facilitasen los movimientos dentro del barco. Cada una llevaba su ridículo de viaje, más grande de lo usual, en el que Francisca, además de sus documentos para el embarque que las identificaba como súbditas de la Corona de España, guardaba un pañuelo rojo, que debería agitar cuando avistase el Montañés. De esa manera Melchor sabría que habían embarcado. Le había explicado que, si había algún problema con alguno de los pretendientes, lo importante era que ellas estuvieran embarcadas, pues los civiles carecían de autoridad en un barco. Cósima se adelantó, cargada con un cesto de frutas y algunas golosinas para tener a mano en el camarote. Francisca le dio las llaves al hombre de confianza de Jian Zhou, quien realizaría la limpieza de la casa y le entregaría las llaves esa misma tarde al señor Orellana, y siguió a su madre al exterior. Las ayudaron a subir a la calesa y partieron. Francisca se volvió y contempló cómo la casa en la que había nacido se empequeñecía con la distancia. Doña Lisarda mantenía la mirada al frente con obstinación. Cuando notó que Francisca persistía en observar la ciudad, le tocó el brazo para atraer su atención.

—Si emprendes un viaje, una vida nueva, no mires lo que abandonas. El dolor no te permitirá apreciar lo que tienes delante.

—Sabias palabras, madre, pero difíciles de acatar.

—No es tu primera despedida. Deberías haber aprendido algo.

—Fue diferente. Abandoné Cantón para llegar al hogar del que había salido.

El muelle se hallaba abarrotado de gente: unos para despedirse, otros aguardaban la lancha para embarcar, los intendentes y consulares supervisaban que se cumplieran las normas, incluso el gobernador don Rafael María de Aguilar se había acercado a despedir al comandante de la nao, quien había subido a una lancha, junto al fraile que bendeciría el viaje y dos de sus oficiales.

La calesa avanzó hasta donde se lo permitieron. Las mujeres

bajaron y recorrieron a pie el trayecto hasta el muelle. Francisca divisó la enorme nao, fondeada en medio de la bahía, y distinguió una hilera de barcas que iban y venían de la nave, transportando a los pasajeros y a los tripulantes.

—¡Doña Lisarda! ¡Doña Francisca!

Doña Ana María las llamaba, agarrada al brazo de su marido. Se aproximaron y se abrazaron con lágrimas en los ojos.

—Que la Virgen las acompañe —deseó doña Ana María—. He escrito a la familia para advertirles de su llegada.

—Les deseo una feliz travesía —dijo don Fernando.

—Esta tarde les entregarán las llaves —explicó doña Lisarda—, como acordamos. Les habrán dejado la casa limpia, lista para su mudanza.

—Mañana nos trasladaremos. Ya he contratado carros y hombres para ayudarnos —corroboró don Fernando.

—Espero que sean tan felices como Pedro y yo lo hemos sido. Sin el taller de Francisca, ha quedado un amplio patio para que jueguen los niños.

Se abrazaron por última vez entre promesas de escribir, susurradas con la voz tomada por la emoción. Francisca tiró suavemente de su madre. El tiempo apremiaba y corrían peligro mientras no se embarcasen.

Don Fernando les abrió paso hasta una de las lanchas y las ayudó a subirse. Francisca levantó la mano para despedirse por última vez mientras los marineros, con la ayuda de los remos, alejaban la lancha del muelle. Y entonces descubrió al señor Monterroso, que se hacía un hueco entre los mirones del muelle y las observaba con el ceño fruncido. Los hombres se pusieron de acuerdo en la boga y se adentraron en la bahía.

Con el corazón en la boca, Francisca presagió que Monterroso se lo iba a poner difícil. Se había subido a un bote y gritaba algo a varios mozos del muelle que saltaron dentro de la embarcación. Comprendió la intención de Monterroso y volvió el rostro a la nave, todavía lo suficientemente lejos como para que al pretendiente burlado le diera tiempo a alcanzarlas. Alarmada, se dirigió a los cuatro remeros.

—¡Señores! Les entregaré un real de a ocho a cada uno si aquel bote no nos alcanza.

No hizo falta más. Los marineros se pusieron serios y, a la voz de uno de ellos, fueron aumentando el ritmo de la boga. Doña Lisarda y Cósima se sujetaron al banco sin hacer preguntas mientras Francisca evaluaba la distancia que empezaron a ganar con respecto al bote, cuyo patrón no se había percatado todavía de la jugada.

—Madre, usted subirá la primera lo más rápido que pueda. Tenemos que estar en la cubierta del Rey Carlos antes de que llegue el bote de Monterroso. Allí carece de potestad.

Sin embargo, aunque los cuatro hombres le ponían voluntad, el cansancio se dejaba notar. Por suerte, la barca seguía avanzando a buen ritmo por la inercia del impulso.

—¡Virad! ¡Virad para abarloar! —gritó el que mandaba, y hundieron los remos los de estribor mientras los levantaban los de babor.

Chocaron con el casco de la nave, y uno de los marineros echó la estacha para amarrar el bote al candelero de la escalera. Doña Lisarda ya estaba de pie con ayuda de Cósima, quien la sostenía mientras se aferraba a la escala con las faldas agarradas entre los dientes para que no le estorbasen en los pies al subir. Francisca, a pesar de la urgencia del momento, se sonrió ante la imagen que ofrecía su madre.

—Señora, el bote se nos echa encima —anunció uno de los marineros.

—Doblo la recompensa si lo mantenéis a raya hasta que estemos las tres arriba.

Cósima, sin que nadie se lo indicara, ya trepaba detrás de doña Lisarda. En cuanto hubo espacio, Francisca imitó a su madre, se sujetó la falda con los dientes y comenzó la escalada. Debajo oía la escaramuza con los del bote de Monterroso y las voces de este anunciando quién era. Arriba, los marineros del barco andaban pendientes del jaleo al pie de la escalerilla y ayudaron a doña Lisarda a alzarse sobre el combés. Cuando estuvieron las tres a salvo, Francisca se presentó al oficial y le pidió que entregaran unas monedas a los remeros de su bote.

—Señora, esto es mucho —observó el oficial, cortés.

—Le aseguro que se lo han ganado con creces. Hágame el favor.

Un marinero descendió con gran agilidad y entregó el premio a los remeros, que dieron gritos de júbilo, y Francisca los saludó desde la batayola. El bote de Monterroso permanecía apartado: había perdido. Sin embargo, Monterroso hizo un gesto que, por innecesario, la turbó: se pasó la mano de un lado al otro del cuello.

—Por muy poco hemos escapado. —Doña Lisarda rompió el silencio.

—Una vez embarcada, no puede sacarme de la nave. Según las leyes, es mi marido quien posee esa potestad.

En tierra, cualquier acusación, por zafia que fuera, las podría haber retenido y habrían perdido la posibilidad de zarpar en la nao. Sin embargo, una vez en la nave, era al comandante a quien correspondía otorgar el permiso para desembarcar. Melchor, decidido a no dejar nada a la suerte, había explicado al comandante del Rey Carlos el parentesco que lo unía a ellas.

Francisca, más relajada, se fijó en la nave. Por todas partes se amontonaban las jaulas de gallinas y ocas, jabalíes con las patas atadas y aves de todo tipo. Nunca había navegado en un barco tan grande y con tanta tripulación, sólo en juncos, goletas y naves similares, de rápido desplazamiento y maniobrables. Sin disimulo, admiraba la intrincada arboladura y las enormes escotillas que conducían a las entrañas de las bodegas y de los pañoles.

Un paje las instó a que lo siguieran y las condujo a una cabina en la que viajarían confinadas los próximos meses y que se encontraba en el alcázar, junto a otras cabinas de pasajeros y a las de los oficiales. Tres estrechos camastros, debajo de los cuales habían acomodado los baúles, componían el mobiliario que llenaba el angosto espacio y dificultaban revolverse. En un rincón había dos colchonetas enrolladas.

—Cósima, dormirás en el suelo con la niña que viaja con la señora de Quiralte —dijo doña Lisarda.

—Estoy acostumbrada, no se preocupe, señora. ¿No hay una palangana para lavarse? —preguntó Cósima, ignorante a lo que se enfrentaba.

—¿Lavarnos? El agua es para beber —sentenció doña Lisarda,

convencida—. Haceos a la idea de que llegaremos en unas condiciones deplorables.

—No sea agorera, madre. Tomémoslo como un pequeño sacrificio. Cósima, deja el cesto sobre uno de los camastros y vamos arriba.

No había terminado de hablar cuando la señora de Quiralte apareció en la puerta, cargada con otra cesta.

—Buenos días. ¡Qué día tan largo! Estoy agotada. —Una niña asomó detrás de ella, aferrada a su falda—. Vamos, cariño, no seas tímida. Son las señoras de Muñoz, que van a viajar con nosotras, y… —Se quedó mirando a Cósima.

—Es Cósima, nuestra doncella —aclaró Francisca—. ¿Cuántos hijos tiene?

—Además de Marta, que es la benjamina, tres caballeretes que compartirán la cabina con mi marido y dos consignatarios enviados por el consulado. Ha sido una epopeya ocuparme de todo esta mañana. El servicio se despidió ayer. ¿Cuál será mi cama?

—Escoja la que mejor le convenga —contestó doña Lisarda—. Han preparado un par de colchones para la niña y Cósima. Ese paje se ha olvidado de mostrarnos el camino a las jardineras.

—¿Hay jardín? —preguntó Marta, mientras curioseaba el camarote. Su madre puso la cesta sobre uno de los lechos extremos para permitir que Francisca y su madre fueran vecinas.

—No, cariño, se llama así a las letrinas. Necesitaremos cubos. En cuanto esto empiece a moverse, va a ser terrible. Por cierto, mi nombre es Ambrosia. Me temo que vamos a compartir algo más que un camarote en este viaje.

Se oyeron gritos de niños.

—Me requieren. —Levantó los ojos al techo en un ademán de impotencia.

—Vaya usted. Nos llevaremos a Marta a la cubierta —ofreció Francisca—. A Cósima se le dan bien los niños.

La mujer se lo agradeció y prometió reunirse con ellas en cuanto le fuera posible.

Francisca ensanchó los pulmones con el aire de la bahía. La cabina rezumaba el olor salobre del mar y rancio del sudor, acumulados tras largas travesías oceánicas. Su pobre olfato quedaría atrofiado tras

semanas allí encerrada.

En el combés reinaba la actividad. Se acercaron al pasamanos del alcázar para contemplar las murallas de Manila. La lancha con las autoridades y el comandante de la nao se aproximaba, y, cuando se acercaron a la amura de estribor, sonó un silbato y se hizo el silencio. El fraile de la lancha sacó el hisopo y roció las cuadernas con agua bendita a la vez que recitaba unos latines que no escucharon los que se asomaban en el alcázar. La señora de Quiralte se unió a ellas, seguida de tres chiquillos de edades muy seguidas. A Francisca no le hizo falta mucha imaginación para colegir cómo el matrimonio había superado el tedio de un destino desagradable. Esperaba que ese viaje le ilustrara la razón por la cual los funcionarios consideraban las islas un castigo en lugar de una oportunidad.

El comandante y los dos oficiales treparon por la escala hasta el combés y la lancha regresó al muelle. Un silbido anunció la presencia del comandante en el buque y otro dio la señal de que se levaran las anclas. Al volteo de las campanas de las iglesias de la ciudad se unieron las salvas de los cañones de la fortaleza de San Felipe. Los marineros treparon por los obenques hasta las vergas para largar las velas en cuanto recibiesen la orden.

—Buenos días, señoras; coronel de milicias Jacinto Celis, a su servicio. Como comandante de esta nao les deseo una afortunada travesía.

—Me complace el calificativo de afortunada —sonrió doña Lisarda —. Cualquier otra palabra habría parecido absurda. Sabemos a lo que nos exponemos.

—El único inconveniente del viaje —informó el comandante Celis— es el estrecho de San Bernardino, pero, una vez superado, se trata de un ejercicio de paciencia.

Mientras las mujeres se presentaban, la nave era remolcada por un par de lanchas hacia Cavite, en busca de la brisa que hinchara las velas. La nave, a pesar de su envergadura, se deslizaba obediente sobre el agua. Pasaron por delante de la fortificación de Cavite, pero no había rastro del Montañés, para decepción de Francisca, quien apretujaba el pañuelo rojo en la mano. El señor Quiralte se acercó a

ellos y saludó efusivamente al coronel.

—Conozco al coronel Celis de hace años —explicó—. Es un rico comerciante de Manila, algo nada extraño si comanda la nao de Acapulco —añadió con intención y en tono jocoso. Hábilmente, cambió de conversación para no dar pie a controversias—. ¿Salimos tarde o se han adelantado? —preguntó el señor Quiralte. Había adivinado la inquietud de los pasajeros al no hallar la escolta.

—Lo más que veremos del Montañés será las velas en la lejanía, y eso con suerte —contestó el coronel Celis.

—¿No es nuestra escolta? —preguntó un joven mestizo, apuesto y bien vestido, que se había acercado.

—Es muy complicado navegar junto a una nao como esta —dijo el señor Celis—. A ellos el viento y la corriente marina los adelantará, porque son más ligeros. Nosotros somos como una mujer a punto de alumbrar.

—He comprobado que hay mercancías por doquier —se quejó el señor Quiralte.

—No es responsabilidad mía —se defendió el coronel—, y no son mercancías, sino los baúles privativos de los pasajeros y de los oficiales. El consulado así lo quiere. Para dejar sitio a los viajeros, los oficiales viajamos tan confinados que los baúles no caben en las cabinas.

Francisca aprovechó la discusión para fijarse en el resto del pasaje. Las únicas mujeres eran ellas, las que compartían el camarote. Por doña Ambrosia se enteró de que el joven respondía al nombre de Rafael, que viajaba para aprender cómo funcionaba la ruta de la nao y las ferias, tanto en Manila como en Acapulco. Los dos consignatarios del consulado eran intendentes avezados en las subastas que se celebraban en Acapulco y que, a la vuelta, rendían cuentas de los fardos vendidos y los precios conseguidos. El pasaje civil sin billete de vuelta lo conformaban la familia Quiralte y ellas.

—Ya han soltado los cabos de remolque y se van las lanchas —señaló uno de los consignatarios.

Francisca se giró y contempló cómo se hinchaban las velas bajas. Las más altas continuaban aferradas. No ignoraba que cada una recibía un nombre, y pensó que, ahora que se había casado con un

marino, debería aprender un poco sobre el oficio de su marido. Lo echaba ya de menos y no llevaban ni una semana separados.

—¿Cómo iba a imaginar que regresaría a Nueva España? —susurró doña Lisarda con lágrimas en los ojos. Francisca, que estaba a su lado, la oyó—. Me acostumbré a la idea de ser enterrada junto a mi marido; sin embargo, un volcán me lo ha impedido. Tantos años sintiendo esos temblores bajo los pies sin sospechar que me lo arrebatarían.

Francisca comprendía que, si para ella la vida había dado un giro inesperado, para su madre, sumida en un apacible discurrir de los días junto a su Pedro, había supuesto una convulsión de consecuencias imprevisibles. A su edad le costaba mudar de hábitos, y la decisión de cambiar de vida la trastornaba.

—Allí, señora —captó su atención Cósima—, el Montañés.

Los que estaban alrededor y la oyeron volvieron a aproximarse al pasamanos. El Montañés se mantenía al pairo. Francisca observó orgullosa la doble hilera de portas en la obra muerta, donde se escondían los cañones que tanta gloria habían proporcionado a Melchor como artillero. La nave de guerra, de mayores proporciones que la fragata de Francisca, la dejó pasar de largo y los pasajeros se recrearon en los detalles del imponente navío de línea. Francisca sacó el pañuelo rojo y lo agitó. Con la emoción contenida, vislumbró otro que se agitaba en el alcázar del Montañés. Tan cerca y tan lejos. ¡Qué extraño resultaba!

—¿Te quedas tranquila? —indagó su madre—. Toma, lo necesitas más que yo.

Le entregó su pañuelo de encaje. Francisca no se había percatado de las lágrimas que surcaban sus mejillas y amenazaban con gotear al llegar a la barbilla.

—¿Y el león rampante de la Armada? —se extrañó el señor Quiralte.

—El mascarón de proa representa a un emigrante montañés —explicó Francisca la historia que le habían referido los oficiales durante una de la cenas que habían compartido—, de ahí el nombre del barco. La construcción se sufragó con caudales aportados por los montañeses residentes en los virreinatos y se la ofrecieron al rey con

la condición de que la comandasen capitanes de origen montañés.

En cuanto salieron de la bahía, el buque abandonó la pereza para rendirse al viento. Cósima entregó a Marta a sus padres, que vigilaban las correrías de los chicos, y bajó con doña Lisarda a investigar el camino a las jardineras. Francisca, renuente a regresar al ambiente cerrado, prolongó su estancia en el alcázar y llamó a un paje para preguntar por su cocinero, Serapio. Se personó al cabo de un rato. Era un hombre joven, acostumbrado a cocinar en las condiciones más difíciles y los alimentos más dispares, siempre y cuando las señoras no tuvieran un paladar muy fino. Serapio le explicó que tenía permiso para usar los fogones una vez al día. Si deseaban algo más, serían restos fríos o cecinas, aunque aconsejaba que estas se conservaran para el mes siguiente. Francisca escuchó los consejos, consciente de que había que administrar sabiamente los recursos si no deseaban morir de hambre antes de llegar a Acapulco. Una vez solventadas las colaciones de los quince primeros días, se entregó a la ensoñación sobre el pasamanos.

A la mañana siguiente, Francisca descubrió que el Montañés, en algún momento de la noche, los había adelantado y abría el camino a la nao. Se fijó en el piloto del Rey Carlos, que se hallaba en la toldilla con unos instrumentos. Cayó en la cuenta de la responsabilidad que recaía sobre los hombros de ese hombre: sus cálculos y sus conocimientos los llevarían a través de un camino sin señales al otro lado del mundo, y le pareció muy meritorio.

Durante una semana navegaron entre islas, siguiendo la estela del Montañés, cuyo piloto, el señor Mier, sorteaba con acierto los arrecifes y los islotes. Embocaron el canal entre la isla Burias y el sur de Luzón, que formaba la provincia de Alday, con cierta aprensión. Los pasajeros inundaron el alcázar con la esperanza de vislumbrar el volcán Mayón, que tanto destrozo había causado. Francisca acompañó a su madre y observaron el verde lujurioso de la tierra, pero no había rastro del volcán.

—Creo que mira al Pacífico, madre; se lo oí decir a padre. Es una zona de lluvias y tormentas.

—Aun así, es ahí donde yace su cuerpo —replicó, terca—. Rezaré un rato.

Francisca no rezó, pero no se separó de su lado. Contempló el intrincado canal y las dificultades de una nave tan pesada para avanzar. En la toldilla, el piloto daba órdenes, nervioso. Francisca frunció el ceño, consciente de que algo iba mal. El Montañés, que había avanzado mucho más, hacia señales. El piloto se asomó al alcázar y gritó al oficial que se hallaba junto a la rueda del timón.

—¡Nos esperan en San Jacinto! ¡Hay que fondear allí antes de la noche o lo pasaremos mal!

San Jacinto. Francisca había oído hablar de las zonas de peligro. El embarcadero se encontraba en el estrecho de Ticao, donde había encallado unos años antes la nao San Andrés. Era la antesala del temido estrecho de San Bernardino, a causa de la fuerte corriente provocada por el llenado del Pacífico entre las islas o del vaciado hacia el Pacífico. Al Rey Carlos le costó todo el día remontar el estrecho hasta San Jacinto, pendientes de que el viento no los estrellara contra algún acantilado. Francisca estaba agotada, como si ella misma hubiera tirado de la nave. Cuando se introdujeron en la pequeña rada, el Montañés llevaba un rato borneando en dirección de la corriente, rodeado de canoas indígenas. Mantuvieron la distancia al fondear para que las corrientes no empujasen una nave contra la otra. Entonces, Francisca divisó un pañuelo rojo y su corazón revivió. Sacó el suyo y lo agitó. Se sintió como si hubiera recibido una carta de puño y letra de Melchor.

—Señora. —Se volvió para atender a Serapio—. En pocos minutos nos rodearán los indígenas con sus canoas para vendernos frutas y verduras. Sería conveniente que repusiera la despensa. El comandante ya ha dado orden de rellenar de agua los toneles vacíos.

Francisca le entregó un real de a ocho a Serapio, quien se ocupó del regateo. Se había botado una lancha con los toneles que debían rellenar y ya bogaba a tierra.

—Francisca, ¿aprovechamos para comer algo? —preguntó doña Lisarda a su espalda.

—Asómese y mire dónde está nuestro cocinero.

Serapio, colgado de la escala, discutía con un indígena. Se avinieron y Serapio entregó un saco e indicó lo que quería. El

indígena lo fue llenando y Serapio le pagó al final.

—Hoy cenaremos algo de verdura y fruta frescas —dijo Francisca, sonriente.

Dos días aguardaron a que la corriente y el viento fueran favorables en el estrecho de San Bernardino. Los oficiales del Montañés aseguraban el paso. Zarparon y cruzaron el legendario y temido estrecho sin novedad, empujados por el viento del nordeste. Ante ellos se abrió el océano Pacífico, inconmensurable y monótono. A partir de allí, la siguiente tierra que avistarían pertenecería a Nueva España. Habían abandonado el archipiélago filipino definitivamente.

—Adiós, Filipinas —se despidió Francisca en un susurro, con un deje de melancolía, pero en absoluto arrepentida.

Cada vez que Francisca subía a cubierta a tomar el aire se enfrentaba a la misma monotonía: el mar, el cielo y la lluvia. Como había vaticinado el coronel Celis, del Montañés sólo se veían las velas, hasta que, el 21 de agosto, el vigía dio parte de haber perdido contacto visual esa noche.

Se sintió sola y estúpida por ello. Había perdido el control sobre sus sentimientos y había dado paso una serie de inseguridades impropias de ella. Y, como una niña, se dormía a veces al arrullo de los recuerdos de los besos, de los abrazos, y otras veces se encendía como una pavesa, pues en la pasión afloraba la parte salvaje, y jadeaba ahogadamente hasta que llegaba el alivio.

Los pasajeros, aburridos, seguían los partes de navegación bajo la lluvia pertinaz o de alguna que otra tormenta que los confinaba en el interior de la nave. La dirección oscilaba entre norte y noroeste, hacia las islas de Japón. Pasaban las semanas y el frío se agudizaba. Francisca agradeció los consejos de Melchor cuando descubrió que, aparte de los consignatarios y de ellas, que lucían prendas de lana forradas de piel, el resto de los pasajeros se vestía con todas las ropas que llevaban a mano. Aun así, el frío se instalaba en el alma y era imposible deshacerse de él.

Una noche escarchó sobre la cubierta y las calamidades empezaron a sucederse sin remedio. La pequeña Marta enfermó. Francisca se enteró de que la enfermería era un espacio muy reducido a

expensas de la carga, en el sollado, bajo la línea de flotación, y de que carecían de médico. Tan sólo contaban con dos barberos, cuyos conocimientos no iban más allá de reparar huesos, sacar muelas y sangrar, y con la pericia en hierbas, emplastos y tisanas del fraile que navegaba con ellos. La niña, para desolación de sus padres, falleció al cabo de una semana con fiebre muy alta.

La ceremonia de entregar su pequeño cuerpo a un mar oscuro y profundo estremeció a Francisca. Había tantas leyendas, tantas historias sobre lo que habitaba en el fondo de los océanos que le resultó desagradable la idea de que la dulce Marta acabara bajo las aguas. Ambrosia permaneció abrazada a su marido durante el sepelio y el llanto arreció cuando su niña se deslizó hacia las profundidades. Francisca apretó la mano de su madre, que meneaba la cabeza compungida.

—Ahora sabes por qué me desazonaba la idea del viaje —dijo doña Lisarda, como si continuara la conversación de unos meses atrás.

El anuncio del racionamiento del agua no fue bienvenido, pero se aceptó con resignación. Francisca decidió mezclarla con el vino de palma de coco que habían embarcado y descubrió que les templaba el estómago como un caldo de gallina. Los animales escaseaban, y algunos murieron de frío, por lo que la dieta se centró en ellos. Las frutas y las verduras hacía tiempo que se habían agotado, aunque quedaban los salazones y escabeches.

Y el día se hizo noche y el viento arreció y el mar grisáceo se picó bajo una lluvia torrencial. La nao navegaba con las velas bajas y soportaba los embates de las olas rompientes. Los pasajeros pasaron las horas confinados en los camarotes, rezando para que el temporal, más duro que los anteriores, pasara de largo pronto y sin causar estragos. Doña Lisarda se mareó seriamente y Francisca no tardó en acompañarla. Una vez vaciados los estómagos, se sintieron peor y sin ganas de ingerir nada. Cósima, ajena al mareo, resultó de gran ayuda. Dos días los vapulearon los vendavales, y una semana después seguían indispuestas. Cuando Francisca recuperó las fuerzas, subió bien abrigada a cubierta y miró por el rabillo del ojo a doña Ambrosia, que, sumida en el dolor de la pérdida, se había encerrado en su tristeza. Sentada sobre el borde de una escotilla,

vigilaba a los chicos, que aprendían a hacer nudos con uno de los pajes. Francisca intentó varias veces sujetar las guedejas que le soltaba el viento. Se fijó en las velas y notó que habían cambiado la orientación.

—¿Se encuentra mejor, señora de Crespo? —El coronel se había acercado para interesarse por su salud.

—Sí, gracias. Pero mi rincón favorito se ha vuelto un tanto inhóspito.

—Se debe a que derivamos a favor de los vientos del oeste. He observado que miraba las velas. Las hemos cazado a estribor, poco a poco, según nos lo va pidiendo el viento. En cuanto lo recibamos por popa, las amollaremos. Notará el cambio porque el buque dejará de cabecear y la navegación será muy apacible hasta San Francisco. Le recomiendo que busque el abrigo de la construcción de la toldilla, ya sea a babor o a estribor.

—Muchas gracias por el consejo. Si no he entendido mal, ¿estamos cerca de California?

—No, todavía falta. Pero lo más duro lo hemos pasado, y ahora, gracias a la corriente y los vientos de popa, ganaremos en velocidad.

La buena noticia animó a Francisca, y bajó a comunicárselo a su madre. Sin embargo, en la cabina se encontró un nuevo drama. Entre Cósima y doña Lisarda habían levantado los tres lechos y sacudían las mantas. Un paje con un cubo que despedía un fuerte olor a vinagre y un lampazo aguardaba la orden de las dos mujeres en pleno zafarrancho de limpieza.

—¿Qué ocurre?

—Pulgas, chinches —enumeró su madre, desesperada—. Nos van a comer vivas. No paro de rascarme. Chico, pasa por aquí. ¿Qué es eso? ¡Una cucaracha!

Cósima levantó los lechos y empujó los baúles. Salieron toda clase de insectos que el paje mató con el lampazo. Restregó suelo, cuadernas, mamparos y los baos del techo siguiendo las indicaciones de doña Lisarda, que no perdonó un rincón. Recolocaron los baúles y los lechos y subieron las mantas a cubierta para orearlas, tras dos meses de uso intensivo. De nuevo en el camarote, el paje les llevó varios cubos de agua salada. En uno lavaron los paños de los

sangrados, y el agua del otro la emplearon, a pesar de la frialdad, para asear las partes íntimas y aliviarlas de los picores. Doña Ambrosia las sorprendió y la animaron a unirse en los lavados.

Esa noche, Serapio las obsequió con un guiso de pescado bien caliente, que devolvió a la vida a sus castigados estómagos. Como había pronosticado el coronel, la nave se movía mucho menos, o bien se habían acostumbrado, pero el tiempo no mejoró, incluso cayó una buena granizada. La cruzada de doña Lisarda contra los parásitos no había hecho más que empezar.

—¿Qué son esas cosas blancas en la cecina? —preguntó, pues sus ojos se resentían con la falta de luz.

Francisca se adelantó con un pañuelo y limpió la cecina.

—Nada, madre. Le diré a Serapio que tenga más cuidado.

Pero fue imposible. Los gorgojos y las larvas habían invadido la despensa. Francisca notó que la ropa le flojeaba, que cada vez que se cepillaban el pelo se les caían mechones y los piojos se paseaban incontrolables. Pero el gasto de vinagre estaba medido porque se empleaba para la desinfección de la diminuta enfermería.

Francisca pasaba el mayor tiempo posible al aire libre. El ambiente enrarecido del interior la enfermaba. Bien abrigada y al resguardo, pasaba las horas releyendo los escasos libros que había metido en el baúl que estaba debajo de su lecho. Terminaba el mes de octubre y doña Ambrosia estaba sentada junto a ella cuando un marinero llamó la atención de uno de los oficiales. Francisca no se movió; había dejado de importarle lo que sucediera en el mar. Había visto ballenas, delfines, cardúmenes de peces. Ya nada la distraía. Sin embargo, esa vez se equivocó.

—Una buena noticia —anunció don Gaspar—. Un marinero ha sacado del agua una rama, pero el oficial de guardia no ha permitido que nos hagamos ilusiones. Todavía puede estar lejos la costa.

Sin embargo, Francisca había aprendido a leer en los elementos. La temperatura se había suavizado, las horas de sol se habían prolongado y los indicios de una costa próxima comenzaron a menudear, incluso se avistó un albatros. Así como a doña Lisarda le flaqueaban las fuerzas en su combate contra las cucarachas, que habían proliferado con el calor, a doña Ambrosia le volvieron las

ganas de vivir. Unos días más tarde el vigía de la cofa gritó *«¡Tierra!»,* y todos se agolparon para divisar una especie de neblina en el horizonte. La nave, en lugar de acercarse a la costa, fue virando, a merced de la corriente litoral, hasta cambiar su rumbo hacia el sudeste; la denominaban la corriente de California. Le habían explicado que las corrientes eran una especie de caminos en el océano, y ese camino en particular los conducía directamente a Acapulco. A partir de ese día, según avanzaban hacia el sur, las temperaturas se humanizaron y los parásitos engordaron a pesar de los desvelos de doña Lisarda.

A medida que pasaba la semana, aumentaba la ansiedad en el pasaje. Avistaron focas y leones marinos sobre los islotes de Guadalupe y Los Cedros. El calor, familiar a los manileños, se dejó sentir, y las mujeres cambiaron sus ropas por las que vestían cuando embarcaron, más adecuadas al clima. Bajaron un bote con varios marineros hasta el nivel del mar, pero sin llegar a botarlo en el agua. Desde allí, se dedicaron a pescar y atraparon varias tortugas. Esa noche, se dieron un festín de carne fresca de tortuga, en lugar de los restos rancios y agusanados que llevaban en la vacía despensa. El agua había sido racionada al límite, y a Francisca se le agrietaban los labios. Entre la tripulación hubo desmayos por la deshidratación y aparecieron dos casos de escorbuto. Ellas diluyeron los cubitos que les había proporcionado Melchor, y les acallaban el estómago. El cabo Lucas señalaba la distancia que los separaba de Acapulco y les dio el ánimo para resistir hasta el final. El fraile celebró una misa de tedeum, y Francisca, poco proclive al rezo, se entregó a él como nunca en su vida.

Un día los adelantó un paquebote de cabotaje, y otro, los marineros vislumbraron una zabra. Dos días más tarde, el vigía gritó *«¡Acapulco!».* El piloto anotó en el cuaderno de bitácora la fecha: 7 de diciembre de 1801.

De las entrañas de la nao, surgieron pasajeros y tripulantes para contemplar, codo con codo y con los ojos acuosos, la entrada a una amplia ensenada. Lo habían logrado. Francisca apretó los resecos labios para contener un grito de alegría: el Montañés estaba fondeado en medio de la bahía.

VII

A OCÉANOS DE DISTANCIA

1802

35

Acapulco, enero de 1802

Melchor nunca había realizado una travesía tan angustiosa como aquella. Acababa de descubrir lo que significaba ser dos. Desde el día 16 de noviembre, en que el Montañés fondeó en la ensenada, vivió en una constante ansiedad hasta que un barco de cabotaje anunció la presencia de la nao de Manila en la costa californiana. Dos días después, la inconfundible silueta de la pesada y torpe fragata, hundida hasta el límite de lo que se consideraba prudente, embocó la ensenada y disparó unas salvas anunciando su presencia. Desde el fuerte de Acapulco respondieron con otra salva de bienvenida.

Los minutos se le hicieron horas y las horas, el día completo. Conocía el protocolo y se armó de impaciencia, porque la paciencia no era lo suyo. Subió al barco la autoridad portuaria y, después, los intendentes de la Real Hacienda para estipular el porcentaje de la Corona, además de revisar la carga en busca de contrabando.

Como Anievas había vaticinado, los intendentes fueron benévolos con la nave de guerra y se limitaron a confirmar lo declarado por una discreta bonificación por parte del comandante Valcárcel, que habían aportado los oficiales a partes iguales. Sin embargo, los almaceneros de Acapulco les revelaron que con la nao de Manila se mostraban más minuciosos y les llevaría horas inventariar los fardos que transportaba y comprobar las memorias en posesión de los consignatarios.

Desde el Rey Carlos se realizó una señal visual a la costa y varios botes partieron del muelle para recoger a los viajeros. Con el fin de evitarles la molestia de permanecer más tiempo confinados, habían revisado los baúles del pasaje sobre la cubierta antes de bajar a la bodega.

Melchor, aunque no ignoraba los estragos que causaba una travesía de meses sin tocar tierra, notó que se le encogía el corazón cuando distinguió en el primer bote a Francisca con su madre y la doncella. Se repuso de la impresión y sacó su mejor sonrisa. Un remero las ayudó a desembarcar. Anievas ofreció el brazo a la inestable doña Lisarda y Melchor se abrazó a Francisca, quien se separó avergonzada.

—Huelo fatal y los insectos me comen viva —se disculpó—. ¿Aquí también hay temblores de tierra?

—No. Es la percepción que tienes tras meses sobre una nave inestable —explicó Melchor, sonriendo—. Anievas y Mier han contratado a unos mozos y se ocuparán de vuestros baúles. Vosotras venís conmigo; tú también, Cósima. Os aguarda una sorpresa.

La sorpresa fue bienvenida: unos baños chinos. Las desnudaron, hirvieron sus ropas, las bañaron, les despiojaron el cabello con vinagre, las depilaron, les dieron un masaje con aceites mientras bebían zumos y picoteaban frutas. Después de horas, abandonaron los baños. Melchor las esperaba con un carro.

—¡Qué vergüenza! ¿Por qué he permitido que me depilaran? —se quejó doña Lisarda, ya de camino.

—Porque no tenía fuerzas para oponerse, pero con el masaje parece que las ha recuperado. —Francisca se volvió a Melchor, que guiaba el carro—. Ha sido un gran detalle. En Cantón frecuentaba este tipo de baños. Son un lujo muy agradable.

—Más información sobre las correrías de mi hija —suspiró doña Lisarda.

—Os acompañaré a las habitaciones que he alquilado. Allí tenéis vuestros baúles. Os recomiendo dormir. Es lo que hacemos los marinos, entre otras cosas: dormir mucho para recuperar las fuerzas y el cuerpo.

—¿Y tú? —indagó Francisca, con los ojos entrecerrados.

—Yo estoy citado con unos señores. Y no me mires así. No habrá nada entre nosotros hasta que hayas dormido y comido en condiciones.

—Vaya decepción. No estoy atractiva.

—Francisca, no soy un eremita: no me provoques y aprovecha la

ventaja que te doy. —Bajó la voz—. Luego no habrá clemencia.

—¡Vaya par de tórtolos! —exclamó doña Lisarda—. Diciéndose lindezas en público. No hay pudor entre los jóvenes. Vamos, Cósima, ayúdame a bajar.

Melchor las dejó instaladas y fue a reunirse con Anievas y Mier en el mesón Aguascalientes. Entró y se dio cuenta de que llegaba tarde: sus amigos estaban acompañados de los almaceneros mexicanos, con los que debían encontrarse. Anievas realizó las presentaciones.

—Señores, les presento al teniente Melchor Crespo. Los señores don Salustiano Orellana, primo de don Fernando, y don Virgilio Ledesma de Riaza, tío de su esposa.

Tras los comentarios sobre la travesía y el estado de la guerra en Asia, que apenas habían sufrido, entraron en el asunto que los había reunido: las mercancías. Los tres oficiales se enteraron de que podían vender los fardos sin necesidad de pasar por la subasta, como harían en ese viaje doña Lisarda y Francisca, ya que, desde hacía años, vendían directamente a sus hermanos don Cesáreo y don Virgilio.

—Yo he venido con el trato cerrado —explicó don Virgilio— a recoger los fardos de mi cuñado y los arcones de mi sobrina. De paso, si encuentro alguna mercancía interesante, me quedo a la subasta.

—Nuestra casa envió a mi primo a Manila para que adquiriera la mercancía, así evitamos los intermediarios y las subastas —corroboró don Salustiano—. Sin embargo, en la carta que me han entregado ustedes me insta a que eche un vistazo a sus mercancías.

—Tenemos aquí las memorias. —Melchor les ofreció los pliegos de las memorias originales de los fardos.

Mientras los dos caballeros las leían detenidamente, Anievas encargó la cena. En silencio, los tres socios se miraban y observaban los rostros hieráticos de los dos almaceneros. Hubo trato con ambos. No sólo adquirieron los fardos, sino también las cadenas de oro de contrabando, pero rechazaron las perlas que habían conseguido del pueblo buceador. Los consejos de la señora de Orellana habían sido de gran provecho. El pago se realizaría parte en pesos fuertes, parte

en letras de cambio y parte en harina de maíz, de trigo y aceite, como mercancía para vender en Manila a su regreso. Cerrado el trato y terminada la cena, se despidieron de los almaceneros y los tres amigos salieron al exterior para comentar, sin testigos, los avatares de la transacción. Ya era de noche y sólo había borrachos por los alrededores.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¿Conocéis al teniente Crespo? —preguntó un hombre con ropas que conocieron mejores tiempos, de porte militar, a juzgar por cómo colgaba la espada y llevaba la pistola en el cinto. A Melchor no le sonaba de nada su cara. Anievas se adelantó en responder.

—¿Quién se interesa por él?

—Tenemos un negocio entre manos —mintió el desconocido.

—Difícil, pues no lo conozco —replicó Melchor, tenso y alerta. Preveía el tipo de problemas que se dirimían con la espada.

El desconocido esbozó una mueca y emitió un silbido. Varios hombres de la misma traza surgieron de las sombras. Los tres amigos desenvainaron sus sables y se aprestaron a hacer frente a los rufianes: cuatro contra tres. La balanza no estaba de su lado. Melchor, ducho en esas lides, se mantuvo frío y a la expectativa. Cedía el primer movimiento al enemigo. No tardó el jayán que lo buscaba en arremeter contra Melchor. Paró con destreza el envite y sacó un cuchillo, que ocupó la mano libre. El público del mesón, avisado por algún cliente, salió a presenciar la reyerta, aunque nadie supo dar razón de cómo había empezado. Melchor se adjudicó a dos y Anievas y Mier, los que quedaban. Si hubiera habido alguna duda, pronto habría sido solventada, pues tiraban de la espada con destreza y frialdad, con la veteranía de muchas luchas. Melchor se limitó a parar, pero advirtió que no le valdría de nada, que el duelo era a muerte, y se concentró en la defensa de los enemigos, en romperla y entrar por el hueco que descuidaran unos segundos. No era la primera vez que defendía la vida contra varios enemigos. Sin embargo, el enfrentamiento se redujo a algunos cortes. Se oyó un silbato y los atacantes no esperaron a ver qué sucedía y desaparecieron, dispersos, entre los callejones.

—¡Señores, qué oportunos! —exclamó Anievas, al reconocer a los

salvadores.

El contramaestre Ramírez, seguido de los guardiamarinas Andújar y Montiel, se aproximó a paso vivo por la calle. A la falta de espectáculo, los parroquianos del mesón regresaron a sus conversaciones y negocios.

—El señor Montiel tiene una vista muy aguda, incluso en la oscuridad —se restó mérito el señor Ramírez, mientras los tres amigos enfundaban los sables—. Íbamos de retirada al barco. La hamaca es más económica que dormir entre sábanas ahora que está limpio el barco. No me acostumbro a dormir solo.

—Nosotros también nos retiramos —informó Melchor—. Les debemos una por su intervención.

Se despidieron y retomaron el camino hacia la posada.

—¿No recuerda al individuo? —preguntó Anievas a Melchor—. Él sí que lo conocía.

—No, señor Anievas, está equivocado —lo contradijo Melchor—. Si tuviera cuentas pendientes con alguien, ¿lo olvidaría? Eran mercenarios, pagados para matarme, por eso preguntaron, para asegurarse de que cumplían el encargo.

—Eso quiere decir que volverán a intentarlo —confirmó Anievas—. ¿Cómo podríamos enterarnos de quiénes son?

—Complicado —dijo Melchor—. ¿Cuántos mesones y pulquerías hay en Acapulco?

—Más que conventos, y ya es decir —replicó Mier con sorna.

—Al menos no tendrán problema para enterrarme —bromeó Melchor para restar importancia al mal trago que habían pasado.

—Esto explicaría los ataques en Manila —reflexionó Anievas—, aquellos en los que no se reconoció como autor el piloto Calderón. Se lo advirtió, ¿lo recuerda? Reclutaremos a unos infantes de marina y recorreremos Acapulco en busca de esos rufianes. A ver si nos enteramos de a qué viene tanta saña.

Una vez en la posada y se retiraron a sus habitaciones. Melchor se descalzó antes de abrir la puerta y se adentró en la oscuridad. Se desvistió y se acostó junto a Francisca, que dormía con la paz de los justos.

La luz del amanecer y una respiración rítmica lo despertaron. Se

encontró solo en la cama. Se incorporó medio dormido para investigar el asunto de la respiración y vio a Francisca, vestida como una sangley y descalza, que se movía despacio, ejecutando unos ejercicios con manos y pies. Fascinado, se quedó contemplándola: el control, la elasticidad…

—Llegaste tarde. —Francisca rompió el encanto del momento y le sonrió.

—¿Qué haces levantada? Se supone que debes reponer fuerzas —la reprendió Melchor, que se acomodó para verla mejor.

—Y eso hago. Durante el viaje no pude ejercitarme como es debido para no escandalizar a la señora de Quiralte, la esposa del oidor de la Audiencia. ¡Qué triste perder a una niña! No logro imaginar el dolor de los padres. —Apartó el mal recuerdo y retomó la conversación—. Estos movimientos fortalecen los brazos y las piernas.

—Ahora que mencionas la pérdida, he de comunicarte que hemos tenido noticias del San Francisco Xavier. —A Melchor le cambió el semblante, y Francisca intuyó algún tipo de catástrofe, se detuvo y lo miró—. Ibargoitia no pudo realizar la misma ruta que en el primer viaje a causa del mal tiempo y los vientos contrarios, aunque sí realizó el estudio de las islas Carolinas que se había propuesto. Pero la navegación duró más tiempo de lo previsto, y andaban escasos de víveres. Decidió tomar la ruta tradicional, más segura por conocida, y el San Francisco Xavier arribó al apostadero de San Blas muy maltrecho y con bastantes enfermos, entre ellos el propio comandante Ibargoitia. Lo trasladaron a la cercana población de Tepic, donde, a los pocos días, falleció.

Francisca se llevó la mano al pecho, impresionada por el triste final de un hombre tan joven y preparado. Había compartido su mesa en la casa de Manila. Prestó atención a Melchor, que seguía hablando.

—Nos dieron la noticia cuando pasamos frente al apostadero. Allí seguía la fragata, fondeada desde el mes de agosto.

—¿No zarpó en agosto? ¡Un año en el mar! —exclamó, horrorizada, Francisca. Ahora que había experimentado en su propia piel lo que significaba la navegación transoceánica, valoraba el esfuerzo y las calamidades que ello suponía. Melchor hizo caso omiso del

sentimiento de Francisca, acostumbrado a desenlaces como ese.

—La Real Hacienda se ha ocupado de la carga, y habremos de presentarnos para reclamar nuestros bienes. Por otra parte, te comento que anoche nos atacaron al salir de una taberna. Estaba con Anievas y Mier, aunque me buscaban a mí. Eran mercenarios. ¿Se te ocurre quién puede desear mi muerte?

Francisca se detuvo y lo miró horrorizada. De una tragedia pasó a una amenaza sin recuperarse. Melchor la malinterpretó.

—No, no pasó nada. El contramaestre y los guardiamarinas acudieron a tiempo y los rufianes huyeron.

Francisca inspiró y espiró para lograr el equilibrio entre el dolor por la pérdida y la alarma por el ataque. Se sentó junto a Melchor, lo miró a los ojos y le acarició la cara.

—Llevo meses deseándote, y la vida no deja de emitir señales para que aprovechemos cada instante. ¿A qué esperamos?

A nada, se contestó Melchor, pero no llegó a pronunciar las palabras. Estrechó a Francisca y le robó los besos, el cuerpo y el alma, como ella había soñado, perdidos en el deseo desatado, insaciables, generosos y egoístas.

36

Acapulco, enero de 1802

La luz de Acapulco era muy similar a la de Manila. Francisca abrió los ojos tarde. El amanecer despertaba la pasión y los besos dormidos, y, sin pronunciar nombres, los cuerpos se habían unido como si quedara una reminiscencia de la noche pasada. Se estiró como una gata satisfecha. En la cabeza de Melchor había un reloj infalible, y a su hora se hallaba cumpliendo con su deber. Ella no era tan fuerte.

Acapulco era una villa de pescadores, y fue elegida por Urdaneta por ser el puerto mejor comunicado, y más salubre que el de isla Navidad. Se levantaron los Reales Almacenes para acomodar las mercaderías que procedían de Manila y las que venían de Europa y Nueva España para ser embarcadas con destino a Filipinas. Junto a los almacenes se habían construido mesones y varios conventos para acoger a los viajeros. Melchor le había contado que había desechado el convento, pues no permitían la coyunda aunque fueran matrimonio. Anievas había descubierto la posada y Melchor había alquilado dos habitaciones, una para su madre y Cósima y otra para ellos. A Francisca y a su madre, tras la experiencia en la nao, las alcobas semejaban palacios.

A la llegada del Rey Carlos, la población de la pequeña villa, custodiada por el presidio de San Diego, se había cuadruplicado. Por las calles y mercados se mezclaban marineros, soldados, religiosos de órdenes mendicantes, arrieros, aguadores, vivanderos, curanderos y comerciantes, que pululaban entre los tinglados y observaban las mercancías expuestas, originarias del Perú, de Asia o de Europa. La presencia de chinos, que desplegaban sus mercancías bajo entoldados o bien las adquirían, sorprendió a Francisca y la hizo sentir como en casa. Por desgracia, a las ferias se arrimaban gentes de malvivir como lectores del futuro en los naipes, chirleros,

timadores y tahúres, que se arremolinaban donde hubiera una pelea de gallos, juegos de naipes o burdeles.

Francisca escanció agua en la palangana y se lavó. Se miró al espejo y comprobó que las ojeras habían desaparecido, la piel había cobrado su brillo y las carnes empezaban a rellenar el cuerpo. Satisfecha con lo que veía, sacó un vestido cómodo de algodón para moverse por la población. Habían quedado para comer con el tío Virgilio. Recordó el conmovedor encuentro entre los hermanos, deshechas las emociones en un abrazo. Francisca había conseguido poner cara a un familiar con el que se había carteado y del que tanto había oído hablar a su madre. No encontró parecido físico entre ellos, pero en los gestos y en la forma de hablar flotaba el aire familiar.

—¡Qué población tan desagradable! —se quejó doña Lisarda, bastante mejorada—. Ni una tienda, ni un jardín, sólo mesones y lugares de rezo. De la posada al mesón y del mesón a la posada.

—Se olvida de los baños chinos —recordó Francisca. Cogió su sombrilla y un mantón chino de seda para no dejar tanto a la vista con la nueva moda—. Los ha visitado un par de veces. Ya la conocen.

—¿Tú crees que los hombres que hay ahí fuera apreciarán tu esfuerzo al vestirte? —criticó doña Lisarda—. No me acostumbro a verte con el pecho tan expuesto.

—Madre, me visto para encandilar a mi marido —replicó Francisca —. ¿Están ya? Se hace tarde.

—A ese lo tienes más que encendido. Vamos, Cósima.

Bajaron, pero Melchor no había llegado a recogerlas. Se sentaron junto a la ventana, pendientes de la calle. Francisca, cansada ante el retraso de su marido, se distrajo observando a Cósima, que andaba pendiente de algo que sucedía en el interior de la posada. Se volvió y descubrió al joven mestizo que había realizado el viaje con ellas desde Manila. El muchacho se percató de que los había sorprendido y disimuló. Melchor apareció con un calesín tirado por un caballo. Se levantaron y salieron a su encuentro. Sin embargo, Francisca no olvidó lo que había descubierto. Ignoraba las intenciones del joven, pero bastaba con fijarse en la riqueza de sus ropajes para discernir

que no había allí futuro para Cósima. Debía hablar con ella antes de que se entregase a ensoñaciones o a los brazos del primer tunante que la avasallase.

Se apretujaron en el calesín y partieron al mesón Aguascalientes.

—Les pido disculpas por el retraso, pero el vendedor era un regateador hábil —se justificó su marido.

—¿Qué has comprado? —se interesó Francisca.

—El calesín. ¿O cómo piensan ir a Ciudad de México?

—¡Qué detalle, Melchor! —exclamó doña Lisarda—. Este marido tuyo vale un potosí, Francisca.

Una vez en el mesón Melchor entregó la custodia del calesín al mozo de cuadra. El tío Virgilio los esperaba junto a otro caballero que les fue presentado como Salustiano Orellana, primo de don Fernando. La conversación giró en torno al comercio, a la próxima subasta y a la posible fecha de partida de la nao.

—Te recuerdo que cuentas con dos espacios de carga de estas dos viudas presentes en el Rey Carlos para la mercancía de regreso—dijo Francisca a su marido—, a un precio ridículo por ser de la familia.

Francisca le sonrió con los ojos acuosos. Le había enternecido el recordatorio de que habrían de separarse, e ignoraban cuándo se reencontrarían, Dios y los elementos mediante. Se unieron a la conversación de sus vecinos de mesa que describían los cambios en Ciudad de México desde que doña Lisarda la había abandonado.

La subasta se realizó en los Reales Almacenes y la afluencia fue masiva. En un espacio reducido se apiñaban consignatarios, almaceneros, intendentes, notarios y todos aquellos que guardaban algún interés. Francisca acudió con su marido y los oficiales Anievas y Mier. El tío Virgilio les explicó la dinámica y asistieron a un espectáculo bastante aburrido. A los únicos que les despertaba interés era a los almaceneros que deseaban rematar el viaje con fardos a bajo precio, pues el tope estaba estipulado para que nadie pujara por encima del valor.

Entraron en la posada y Francisca sorprendió a Cósima hablando con el joven aprendiz de mercader. ¿Aprendiz de mercader? ¿Por qué no había acudido a la subasta? El joven, en cuanto se percató de su presencia, se retiró discretamente. Francisca tuvo que posponer de

nuevo la conversación, pues Melchor reclamaba su atención.

Desde que los oficiales habían tenido el mal encuentro y no habían dado con los mercenarios, evitaban salir de noche. Francisca y Melchor volvieron a hablar de ello, y ella había añadido otra posibilidad cuando le describió el gesto amenazador de Monterroso desde el bote. Se rumoreaba que don Agustín se había instalado en Manila obligado por la justicia de Nueva España y había ascendido socialmente con buen comportamiento y esfuerzo; sin embargo, aunque no se le podía reprochar nada, se le trataba con cierto reparo por parte de la sociedad española manileña. Pero el argumento de Francisca no había convencido a su marido. Melchor porfiaba que el rufián lo buscaba a él, y, si hubiera sido pagado por Monterroso para vengarse de ella por su desplante, en Acapulco no había muchas mujeres de calidad, por lo que habría sido fácil localizarla, y ese no había sido el caso.

37

Acapulco, febrero de 1802

Según se iban formalizando las compraventas, los almaceneros cargaban los carros que habían traído consigo y se ponían en camino.

Melchor sabía que se les acababa el tiempo a Francisca y a él de estar juntos. El estado de ansiedad aumentaba según se acercaba el momento de la partida. Rogaba a Dios para que su esposa no cambiara de decisión por el camino, pues el viaje era muy largo, y, acostumbrada a ser independiente, tomara otro rumbo distinto al de Cádiz.

—¿Se ha enterado de las ultimas noticias? —lo abordó Anievas en el vestíbulo de la posada. Melchor lo miró con desconcierto—. El comandante Valcárcel ha sido relevado por el estúpido del virrey, Félix Berenguer. Ha desembarcado esta mañana y ya va camino de Ciudad de México.

—¿Sabe algo del sustituto? —preguntó Melchor, lamentando el no haber podido despedirse de un buen comandante y preocupado por el sustituto.

—Sí, Juan José Martínez Elizalde y Ustáriz: un protegido del virrey. Por lo que el señor Mier y yo hemos conseguido enterarnos, ha estado muy enfermo.

—Pues no creo que le haga mucha gracia a Álava —opinó Melchor —: lo despojan de un hombre sano y le entregan uno con mala salud, como si no tuviera problemas para cubrir las dotaciones de los barcos.

—Es un militar. No se quejará —sentenció Anievas, con seguridad —. Se barajan las fechas de vuelta para el mes de marzo. Las reparaciones y limpieza de las naves han terminado y comenzará en breve la carga de mercaderías para Manila. Orellana y Ledesma me

han asegurado que el cargamento de harina de maíz y de trigo y el aceite ya están en camino. Ocuparemos el espacio de carga de las señoras en el Rey Carlos. El botín de pesos fuertes, obtenidos por la venta de las cadenas de oro traídas de contrabando, regresará de la misma manera: en los compartimentos secretos del Montañés.

—Estoy asombrado de la pequeña fortuna que hemos reunido. —Melchor cambió de tema, pues no le agradaba la idea de separarse de Francisca—. En la vida he tenido tanto dinero, y lo más interesante es que hay aún viajes por realizar. Comprendo la razón por la que los jóvenes oficiales, destinados a la Armada del Mediterráneo, suspiran por un destino en las Indias. Es peligroso, pero muy rentable. Compensa el riesgo.

Don Virgilio y Francisca llegaron casi al tiempo y tomaron asiento. Francisca se situó junto a la ventana y frente a Melchor.

—El cargamento de harinas y aceite —informó don Virgilio— vendrá en unos días, y, en cuanto descarguen, partiremos a Ciudad de México. Dispondremos de suficientes carros para transportar el ajuar de las mujeres y el cargamento que Francisca deseaba llevar para comerciar en Cádiz. Aquí ya no hacemos nada; en un mes, en Acapulco sólo quedarán los mesoneros, los pocos militares que defienden el presidio de San Diego, los frailes de los conventos y los pescadores.

—Una población fantasma —corroboró Francisca.

Melchor dirigió a Francisca una mirada cargada de nostalgia anticipada, que ella le devolvió envuelta en una triste sonrisa. Sin razón aparente, Francisca se levantó sin disculparse y salió al exterior. Melchor, sorprendido, la siguió. A la vuelta del edificio la encontró doblada y con frecuentes arcadas: había vomitado el desayuno. Entró en la posada en busca de un jarro de agua y regresó a su lado.

—Estás pálida. ¿Te ha sentado mal algo?

—Eso parece. Gracias por el agua. —Se enjuagó la boca, escupió y luego bebió. Más recuperada, volvió al interior del brazo de Melchor.

—Signo inconfundible de un embarazo —diagnosticó don Virgilio cuando explicaron la indisposición—. Se lo dice un experto. Tengo cuatro hijos vivos y dos que no lograron salir adelante.

—Lamento contradecirle, tío, pero ya estuve casada y los hijos no vinieron.

—Virgilio tiene razón —apoyó doña Lisarda—. El defectuoso podría haber sido Severino. Haz cuentas, hija. ¿Es posible?

—Sí, pero llevo una vida irregular y de muchos cambios que me afectan. No deseo emocionarme tan pronto.

Melchor comprendió la renuencia de Francisca. Lo había pasado mal esperando un milagro que no se había dado y se había hecho a la idea de que era estéril. Sin embargo, la posibilidad que había mencionado doña Lisarda flotaba en su cabeza. ¡Un hijo! Sería un acontecimiento feliz para ambos, la culminación de su amor. Se fijó en Francisca, que atendía a lo que se hablaba sobre el traslado, y la halló resplandeciente, pese a la reciente indisposición. ¡Un hijo!, se repitió, y una sonrisa iluminó su tostado rostro.

Los carros de don Virgilio entraron en Acapulco demasiado pronto, a juicio de Melchor. Descargaron la mercancía en los Reales Almacenes, el intendente la tasó y se abonaron la alcabala, el almojarifazgo, el tercio de lonja y el de avería. Después, pasaron a enfardarla y a almacenarla ya dispuesta para ser cargada en el Rey Carlos.

Melchor entró en la habitación como alma en pena. Habían cenado pronto porque había que madrugar. Era su última noche. Francisca realizaba esos extraños movimientos de kung-fu vestida con su ropaje sangley. Ella se detuvo y lo miró, como si la tristeza de uno se reflejara en los ojos del otro. Se acercaron sin romper el contacto de la mirada y se entregaron a un prolongado beso mientras se desnudaban el uno al otro, sin hablar, memorizando la sensación de cada paso para rememorarlo en las noches de ausencia. El sabor de su boca, el olor de su cuerpo, el tacto sedoso de la piel y el sonido del placer más íntimo y la entrega, el abandono, el ser uno en lugar de dos, en perfecta armonía, porque ambos buscaban lo mismo en el último encuentro: el dejar huella en el otro, la única arma para velar los sueños cuando los océanos los separasen. El alba los sorprendió en plena conversación, sobre los planes futuros, sobre Cádiz, sobre las cartas que se enviarían. Insomnes irredentos, cortaron la vana plática y se entregaron una vez más no a la pasión,

sino al amor encontrado y del que hay que despedirse.

Oyeron pasos en el pasillo, y Francisca se levantó para asearse un poco; sin embargo, se agachó sobre el orinal y vomitó. Melchor se levantó a ayudarla y, cuando se recuperó, la miró con ternura.

—Has de reconocer que la posibilidad del embarazo cobra fuerza. He notado que eres más sensible a mis caricias en tus senos. —Y, para confirmarlo, se los acarició una vez más, deseoso de que recordara su contacto en su ausencia—. Lamento dejarte sola en semejante estado. Ha sido una irresponsabilidad no tomar precauciones, a pesar de tu seguridad. Tu madre tiene razón: hemos descartado que tu marido fuera el estéril.

—No estoy sola. Tengo familia —replicó Francisca, todavía perpleja ante la revelación, pero feliz ante la idea de ser madre—. Estaré bien. El problema es que el embarazo aplazará el viaje. No voy a embarcarme a punto de dar a luz.

—Ni yo lo aconsejo. No olvides escribirme, y tú decidirás el mejor momento para viajar.

Francisca cogió un lienzo, lo mojó en el palanganero y empezó a lavarse el cuerpo. A Melchor le pareció el acto más sensual que había presenciado en su vida mientras se vestía. Avaricioso de imágenes, recogió aquellas como si fueran mendrugos para su hambrienta soledad, pues ya echaba de menos a Francisca y aún no se había ido, una soledad que no había conocido y que, a partir de entonces, sería su compañera. Se quedó observándola hasta que requirió su ayuda para terminar de abotonarse. Golpearon con los nudillos la puerta. Se besaron una vez más antes de abrir. Dos mozos aguardaban para bajar el baúl. Doña Lisarda y Cósima con una cesta al brazo dejaban el cuarto en ese instante, y se reunieron con ellos.

—Los nuestros ya están cargados —informó doña Lisarda—. No queríamos molestaros hasta el final. Virgilio nos ha entregado esta cesta para comer en el camino. Las jornadas duran el día completo.

Los dos mozos acomodaron el último baúl en la carreta y las instaron a que subieran al calesín, pues la caravana de carros los esperaba a la salida de la villa. Se abrazaron por última vez, con lágrimas en los ojos.

—Cuídela, doña Lisarda. Es testaruda, pero tiene usted razón: lleva a mi hijo en sus entrañas —admitió Melchor cuando abrazó a su suegra.

Melchor había visto a los más recios llorar de miedo ante una tormenta, llorar de alivio porque seguían vivos, llorar porque sí tras un combate; él lloraba de impotencia, de amor, de ausencia. Eran muchas las razones por las que las lágrimas brotaban sin ser llamadas. Se limpió con la manga de la camisa, apretó los labios y respiró hondo. Volvió a la habitación a recoger su saco. En el aire flotaba la fragancia del sexo compartido, el olor a Francisca y su característico perfume. Cerró los ojos y lo aspiró: era como si no se hubiera ido. Los abrió de pronto y se repuso: no era sano entregarse a la nostalgia. Sin pensarlo más, cogió su saco y bajó a cumplir la cuenta con el posadero.

Mientras pagaba, entró Anievas.

—Crespo, ¿abandona la posada?

—Se acaban de marchar. Demasiados recuerdos. Estaré mejor en el barco.

—Vengo de despedir a don Virgilio, que las aguardaba impaciente. He tenido tiempo de desearles buen viaje. Van bien escoltadas. En todos los carros viajan dos hombres fuertemente armados, además de los arrieros, para turnarse en las vigilancias y en el sueño.

—Sí, me lo comentó don Virgilio. Me preocupa otro asunto del que he tenido noticia ayer y la confirmación hoy: voy a ser padre.

—¿Le doy la enhorabuena? —preguntó, dubitativo, Anievas—. Las mujeres se apañan bien en esos asuntos —intentó animarlo.

—Pero retrasará el viaje. No debe embarcarse encinta.

—¡Ah! Intuía que algo le molestaba del asunto —manifestó Anievas —. Vamos a celebrarlo. Al fin y al cabo, nosotros ignoramos cuánto tiempo seguiremos en aquel desastroso puerto de Cavite.

Melchor se despidió del posadero y añadió socarrón mientras se dirigían a la puerta:

—Es lo que más me gusta de usted: sabe cómo levantar el ánimo.

—¡Espere! —lo detuvo Anievas. Se aproximó a un lado de la puerta y observó el exterior—. Deje el saco al cuidado del posadero y vamos. He visto a uno de los que nos atacaron.

Melchor obedeció y regresó junto a Anievas para seguir los pasos de uno de los mercenarios, que los condujo hasta una pulquería, cerca de la playa. El individuo entró en el local y Anievas desaconsejó seguirlo adentro.

—Ignoramos si se ha citado con alguien. Es mejor espiarlo y localizar dónde se aloja. Nos toca vigilar aquí fuera.

La espera no se prolongó. Entró un chiquillo presuroso en la pulquería y se fue enseguida.

—Ha debido de entregar un recado a alguien —dedujo Melchor.

—Ha tenido que ser para nuestro «amigo», porque ahí sale, y solo —anunció Anievas—.Yo le corto el paso y usted se sitúa a su espalda para impedirle la huida.

El mercenario tomó la senda que lo alejaba de la población con paso inseguro. Melchor, al amparo de los árboles y arbustos que poblaban la zona, lo adelantó, mientras que Anievas se esforzaba por mantener la marcha sin hacer ruido. El hombre debió de oír algo, porque se detuvo, momento que Melchor aprovechó para interceptarlo en el camino. Anievas se apresuró y vio que el mercenario, sonriente, empuñaba, sin buen pulso, una pistola para hacer frente a Melchor, que también había preparado la pistola. De una carrera, Anievas atacó al rufián por la espalda, con un brazo aferró el cuello y con la otra mano golpeó el brazo que empuñaba la pistola, que se disparó. Melchor, atento a la maniobra de su amigo, se apartó de un salto para evitar la trayectoria de la bala, cubrió la distancia que los separaba y golpeó al mercenario, que cayó desmadejado en cuanto Anievas lo soltó.

—¿Quién os paga para matar al teniente Crespo? —preguntó Melchor, con el cuchillo en el cuello del borracho. Estaba tan cerca que se permitió observarlo con detenimiento. Era un viejo alcoholizado, como indicaban los ojos enramados y las venas de la cara abotargada; la saliva se le escapaba por la boca descolgada, adormecida e insensible, a causa del golpe o por efecto del alcohol; el aliento, por sí solo, habría emborrachado a un regimiento—. ¡Contesta! —apremió, apretando el cuchillo, aunque consideró ineficaz el gesto, ya que el estado del individuo le impedía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué teniente? A mí me gusta la mujer —dijo, con voz estropajosa y vacilante—. Echaremos a suertes quién será el primero.

—¿Por qué buscabais al oficial Crespo? —insistió Melchor.

—¿Al marino? ¿Quién quiere jugarse la piel con militares si la mujer es más fácil y más placentera? —confesó el hombre, sin abandonar la sonrisa de idiota.

—Preguntasteis por el señor Crespo —insistió Melchor, dejó el cuchillo por ineficaz y lo abofeteó para que no se durmiera.

—¡Crespo! ¡Crespo! ¡Maldito oficial! Hasta aquí nos persigue su espíritu. Teníamos que haberlo echado al mar, pero los muy estúpidos tenían prisa por llegar a la costa y huir. Nadie hubiera sabido de nosotros si no lo hubieran encontrado. ¡Necios!

Melchor miró a Anievas, que se encogió de hombros.

—Parece que le da por muerto —dedujo Anievas.

—A no ser… ¿Hablas de mi tío? ¿Tú eres uno de los desertores? —Melchor lo repitió para asegurarse de que había entendido bien; sin embargo, el borracho perdía de nuevo el conocimiento, y Melchor volvió a abofetearlo.

—¿Quién os paga? —preguntó Anievas.

—No he visto ni un real de a ocho, por eso me he negado a seguirlos. Yo conozco a ese canalla de Gómez, y no pagará. Muchos años en el mismo regimiento y con las mismas miserias. Siempre engañando, traicionando. Mala peste lo arrastre al infierno.

Melchor y Anievas lo observaban con la incertidumbre en el rostro. La conversación cada vez resultaba más errática.

—¿Quién es Gómez? —inquirió Melchor.

—¡Y yo qué sé! —se rio el individuo, como si le hiciera gracia—. Gómez o Monterroso, como se hace llamar ahora. Tuvo suerte, el cochino. Se hizo con la identidad de un muerto para evitar a la justicia y se embarcó al día siguiente a un lugar donde nadie conociera al verdadero Monterroso, que está muerto y enterrado desde entonces. Yo también deseo una vida nueva —dijo, con voz cada vez más pastosa, pues entraba en la inconsciencia que proporcionaba el pulque.

—¿Qué hacemos? —indagó Anievas.

—Nada. Déjelo. Es una ruina humana. Ya sabemos lo que queríamos, lo que no me tranquiliza en absoluto. Hubiera preferido que tuviera algo que ver con Calderón.

Se levantaron, Melchor guardó el cuchillo, recogió la pistola y palpó los bolsillos del desmayado, que roncaba con la lengua pegada a la garganta, hasta que encontró las balas que buscaba y la bolsa de pólvora. Anievas, compadecido, giró el cuerpo con el pie hasta ponerlo de costado, para que no se ahogase mientras la dormía.

—¿Lo dejamos aquí o lo denunciamos? —preguntó Anievas.

—¿Quién nos asegura que no es la primera vez que duerme tirado en un camino? No tenga tantos reparos con esta gentuza, señor Anievas. Hace apenas unos días buscaba arruinarnos la vida. Denunciarlo significaría problemas.

—No durará mucho —dijo Anievas, y señaló una serpiente que se deslizaba sigilosa.

—Vámonos —apremió Melchor, e inició la marcha sin volver la vista —. Me preocupan los otros dos que, a juzgar por lo que ha dicho, van detrás de Francisca. Por desgracia, ella tenía razón: la venganza de Monterroso la ha seguido hasta Nueva España. Imagino que la orden a sus secuaces de antaño habrá llegado en una nave de aviso, más rápidas que las naos de mercancías.

—Está bien custodiada —adujo Anievas, comprensivo con la inquietud de su amigo—. Recuerde que vi la caravana de don Virgilio. Aguardarán a sorprenderla en Ciudad de México. Envíele un mensaje para alertarla; no podemos hacer más. Por otra parte, hemos resuelto el enigma que nos planteó Calderón sobre otro interesado en su muerte. Recuerdo que Monterroso estaba el día de la cena en la que usted narró los hechos de Gibraltar y el asesinato de su tío a manos de unos desertores. Debió de asustarse y lo juzgó un peligro para su vida inventada.

—Absurdo, ya que nunca he visto a esos hombres y no podría identificarlos. Sólo conozco los nombres, y Monterroso se ha ocupado de no dejar rastro de su pasado cambiándolo.

38

El camino de Asia, febrero de 1802

El calesín era el más ligero y don Virgilio lo situó el primero en la columna de carros y mulas. Las mujeres se congratularon de su suerte, pues se salvarían del polvo que levantaba la larga caravana. Francisca observó las medidas de seguridad de su tío: los arrieros conducían los carros y las reatas de las mulas, dos hombres armados viajaban en cada carro y una veintena, además de su tío, armados y a caballo, recorrían la larga hilera. Francisca había decidido conducir ella misma el calesín para ir más cómodas, sin la presencia de un desconocido. Acapulco estaba rodeado de montañas y el camino cuesta arriba fue lento.

Le pasó las riendas a Cósima para que aprendiera a guiar al caballo; le habló de lo asustadizo que era y de la necesidad de controlarlo con mano férrea en esos casos si no deseaba que volcara el calesín. Tras una hora de correcciones, la joven lo llevaba con cierta destreza, y Francisca se distrajo en contemplar el paisaje, tan verde y fértil como las Filipinas.

Lo que atrajo su atención fue el propio camino, ancho y aplanado, los lados protegidos de la invasión de la naturaleza con paredes y pretiles de mampostería. Era una obra de ingeniería de un país con medios, mientras que en las islas se habían limitado a levantar bastiones, iglesias, conventos, edificios administrativos, una universidad y un hospital, pero olvidaron comunicar los puertos con el interior, todavía inhóspito y recorrido tan sólo por los agustinos y dominicos en su labor misionera. Los españoles que recalaban en Manila se interesaban en cómo enriquecerse lo más rápido para volver a sus lugares de origen, sin importarles los problemas a los que se enfrentaban los que se afincaban allí.

El primer día no resultó agotador, y el hecho de que el camino se

hallara jalonado de ventas debidamente espaciadas en jornadas de un día animaba a las viajeras. Era una comodidad desconocida para ellas. Con la altura, el calor se había atemperado, y los mosquitos las torturaron a la caída del sol.

Un hombre de los que montaban junto al tío Virgilio se hizo cargo del calesín e indicó a los mozos de la venta que cargaran con las bolsas de las señoras. Entraron en el resguardo del edificio y una mujer las recibió con bebida fresca y dio instrucciones a los mozos para que subieran el equipaje y, cuando estos bajaron, la mujer las condujo a su habitación, les mostró un cuarto contiguo con bañera y el aguamanil y se retiró. El bañarse era un lujo que se pagaba aparte; sin embargo, el hecho de que lo ofrecieran indicaba que había una demanda por parte de los viajeros de calidad. Más tarde, ya refrescadas, bajaron a realizar la comida del día. El tío Virgilio las esperaba sentado a la mesa.

—Tengo el cuerpo molido —se quejó doña Lisarda—. ¡Qué satisfactorio sería viajar y conocer mundo si se pudiera realizar de una forma cómoda! Los bandazos y las cabezadas del barco me tiraban al suelo si no me andaba con cuidado, por no mencionar el mareo; y el coche, que para un rato no está mal, pero una jornada completa me muele y me deja tan fina como si fuera harina.

Francisca no discutió con su madre. Reconocía la verdad de sus palabras y el grito de auxilio que había implícito en ellas, así que adquirió unos cojines para las tres. A su edad, doña Lisarda no se recuperaba del cansancio tan rápido como ella o como Cósima.

Cada mañana, Francisca sentía el malestar del embarazo. Afortunadamente, se le pasaba y el resto del día se olvidaba de su estado. La orografía era difícil, pero Cósima se reveló como una guía excelente. Un puente de mampostería facilitó el paso del caudaloso río Papagayo y, tras otra jornada, entraron en la población más importante del viaje: Chilpancingo, a mitad de camino. Francisca deseó permanecer un día más para que doña Lisarda se recuperara, pero el tío Virgilio se negó en redondo.

—Debe resistir. No puedo sacrificar parte de la guardia para que descansen: la mercancía es lo primero. Los exploradores han notado que nos siguen desde Acapulco —le confió Virgilio—. Se trata de dos

hombres, nada importante, pero podrían ser la avanzadilla de una banda de ladrones.

Las jornadas se tornaron agotadoras. En el camino a Cuernavaca, el tío Virgilio envió un correo a Cesáreo, quien se presentó con hombres de refuerzo para recorrer los últimos kilómetros, los más peligrosos. Las mujeres no lo saludaron, pues los dos hermanos Ledesma andaban muy ocupados para que ningún carro ni recua se retrasara y dividiera la columna. Las armas las llevaban bien visibles para disuadir a los asaltantes, que aguardaban las riquezas que se acercaban a la gran ciudad.

En un punto del camino que estaba un poco alto, Francisca abrió la boca de asombro: Ciudad de México se extendía ante ella en medio de una laguna. La calesa descendió por un camino muy trillado sin trabajo y sin daño para los riñones de las pasajeras.

—Madre, mire. Ya estamos.

Doña Lisarda se incorporó expectante y observó la gran ciudad en la que había crecido.

—Es más grande —atinó a decir.

—¿Recuerda dónde vivía?

—Sí, ahora es la casa de Cesáreo. Al ser el primogénito, la heredó.

El trasiego de campesinos, carros y hombres a caballo aumentaba gradualmente. En las llanuras se levantaban haciendas y construcciones, se araban los campos. Poco antes de cruzar la laguna por uno de sus puentes la columna se dividió en dos: una parte no entró en la ciudad y siguió un camino diferente; la otra se internó en la ciudad detrás de ellas.

—¿Van a introducir los carros y las mulas en la ciudad?

—Mi padre, es decir, tu abuelo, levantó una hacienda de varias hectáreas, que Cesáreo ha conservado sin ceder un palmo a la ciudad. Virgilio vive en las afueras, en una hacienda muy grande, adonde se ha dirigido la otra columna.

Los dos hombres armados que las precedían las condujeron, evitando el núcleo de la ciudad, hasta la hacienda Ledesma, cuyas tierras se extendían hasta el borde de la laguna, que servía como límite. Desviaron la calesa hacia la casa y los demás siguieron hasta unas edificaciones alargadas: los almacenes de la familia, donde

descargarían los fardos y los arcones.

Francisca detuvo el calesín y salió un chico a sujetar el caballo. Un esclavo africano, con ropajes de lacayo, se aprestó a ayudarlas a descender de la calesa. Dos mujeres, vestidas a la moda que tanto había impresionado en Manila, las aguardaban en el soportal de la vivienda. Francisca dejó que su madre avanzara la primera y una de las mujeres se adelantó.

—¿Lisarda?

—¿Josefina? —reconoció a su vez su madre, quien se llevó las manos a las mejillas—. ¡Cuántos años! Era una jovencita recién casada cuando me fui. —Se fundieron en un emocionado abrazo.

—Como usted —recordó doña Josefina, llorosa.

—Francisca, mi hija —la presentó doña Lisarda—. Es la esposa de Cesáreo, Francisca. Se casaron un año antes que yo.

Doña Josefina se volvió hacia la mujer que había permanecido en un segundo plano.

—Les presento a la esposa de Virgilio, Ascensión, a quien no llegó a conocer, pues contrajo matrimonio cuando usted ya había partido.

Tras los abrazos, doña Josefina avisó a varias indígenas del servicio para que las condujeran a sus habitaciones.

—Cada una tiene una doncella asignada que se encargará de deshacer el equipaje, de ayudarlas en el baño y de llevarles un refrigerio a la habitación. Esta noche cenaremos con los hombres y nos conoceremos mejor. Tenemos mucho de qué hablar.

—Cósima es la doncella que hemos traído con nosotras de Manila —indicó Francisca.

—Rosario le mostrará dónde dormirá y cuáles serán sus obligaciones mientras esté aquí. ¡Ah! Se me olvidaba: hay una carta para usted, Francisca.

Esa noche se reunieron las tres familias de los hermanos Ledesma. Cesáreo y Josefina tenían cinco hijos, tres muchachos y dos jovencitas, una de ellas ya casada y con un niño; Virgilio y Ascensión habían concebido tres hijas y un hijo, el benjamín y heredero. Había habido otros dos chicos más que habían fallecido antes de cumplir el año.

La conversación transcurrió en torno a la familia, y los negocios se

postergaron para el desayuno. En la intimidad de su dormitorio, Francisca leyó la carta de Melchor, en la que le narraba la oscura vida del señor Monterroso, que no era tal, sino un soldado desertor y buscado por la ley; le pedía que se cuidase de dos hombres, viejos militares y compañeros de Monterroso, que iban detrás de ella para perderla. El resto de la misiva le arrancó una sonrisa a la joven, y se sonrojó.

Al día siguiente, Francisca acompañó a sus tíos a los almacenes e indicó cuáles eran sus marcas y las de su madre. Varios esclavos las buscaron y apartaron los fardos y cajones de una y de otra.

—Estaré hasta que dé a luz —explicó Francisca a sus tíos—; sin embargo, ignoro lo que decidirá mi madre. Si se queda, habré de buscarle alojamiento definitivo antes de irme. Yo, suceda lo que suceda, seguiré mi camino a Cádiz, donde he de encontrarme con mi esposo.

—Si en algún momento desea, querida sobrina, vender algo más, nosotros lo adquiriremos sin problema —se ofreció Cesáreo.

—Por mi parte —aclaró Francisca—, he cerrado cuentas con su sociedad cuando les entregué las mercaderías estipuladas: les he vendido la mayor parte de las que he heredado de mi padre. A partir de ahora, mis negocios habrán de ser con uno o con otro, como ya se lo comuniqué al tío Virgilio en Acapulco.

Era una mentira piadosa, pues Virgilio y Francisca habían cerrado el trato cuando ella no había salido todavía de Manila. De hecho, el cargamento de perfumes y joyas falsas, apartado en Acapulco, había seguido ruta hacia la hacienda de Virgilio. Pero eso era un asunto entre ellos que no interesaba a Cesáreo.

—En cuanto a mi madre… —continuó Francisca, dubitativa—, su decisión anda en el aire. El viaje le ha consumido las fuerzas y no termina de recuperarse, y prefiero no atosigarla con nuevas demandas. Le costó mucho abandonar Manila, no porque estuviera enamorada de la isla, sino por el temor al viaje en barco, y, créanme, nunca imaginé lo duro que sería.

—Voy a Acapulco siempre que arriba una nao —corroboró Virgilio— y presencio el desembarco de los pasajeros y de la tripulación. Es lamentable el deterioro físico en el que llegan. No se preocupe,

sobrina, no hay ninguna prisa si se decide a dar a luz aquí.

—Necesito un último favor de ustedes: que me ayuden a alquilar una casa adecuada para nosotras.

—De eso nada —atajó Cesáreo—. Ustedes se alojan con Josefina y conmigo. Hay espacio de sobra en la hacienda. Es lo menos que podemos hacer por nuestra hermana y en memoria de mi cuñado, que nos ha servido de agente en Manila, y, desde hace años, sin necesidad de intermediarios, recibimos las mercancías. Parte de nuestra fortuna se debe a él. Sin embargo, estoy de acuerdo en buscar algo más cómodo si Lisarda decide establecerse definitivamente.

Francisca agradeció a sus tíos la acogida y la buena disposición. Las semanas siguientes transcurrieron en recorrer la hacienda de Virgilio y en visitar la ciudad. Doña Lisarda la encontró muy cambiada, aunque la catedral seguía en construcción después de tantos años. El palacio de Hernán Cortés, donde residía el virrey, y algunos palacios de la nobleza rodeaban la plaza de Armas, donde proliferaban los tinglados y los cajones que vendían al por menor a los ciudadanos y visitantes. Los tíos eran dueños de algunos puestos. Se podían adquirir desde productos del campo a joyas, lencería, productos de La Habana, de la China o de Europa. Ciudad de México estaba situada en un cruce de caminos por los que se accedía a California, siguiendo el Camino Real, y, por el Camino del Sur, a Lima o Montevideo. Francisca comprendió que la ciudad vivía del trasiego de mercaderías al resto de las capitanías generales y virreinatos, y, a lo largo de lustros, los habitantes se habían lucrado de ello.

—¡Madre! ¿Hay un Parián como en Manila? —exclamó Francisca, atónita.

—¡Ah, sí! Los chinos se embarcan como tripulantes en las naos para asentarse en México. Son grandes comerciantes y han construido un mercado igual al de Manila. Carecen de imaginación, aunque reconozco que son gente pragmática. Los sangleyes de aquí no son peligrosos porque son una minoría, no como en Filipinas: aquellos están demasiado cerca de China.

Doña Josefina y doña Ascensión les presentaron a sus amistades.

Fueron invitadas a fiestas y a bailes, y las modistas del lugar les confeccionaron ricos y elegantes vestidos con las telas que traían. No obstante, Francisca no tardó en vislumbrar lo que escondía una sociedad tan sofisticada y cosmopolita. En las pequeñas reuniones de mujeres, de vez en cuando, se escapaban, en voz baja, observaciones sobre la mala vida que le daban a tal o a cual señora, bien el marido, o bien los hijos. En Manila también sucedía, por desgracia, pero por lo que escuchó, en la capital de Nueva España era habitual.

El asunto se desbordó cuando un día apareció una sirvienta de la hacienda aledaña para pedir auxilio para su señora, que resultó ser una antigua amistad de doña Lisarda: doña Eufemia Guevara y Pedraja. Su madre le contó que, además de ser vecinas, fueron grandes amigas de niñas. Doña Josefina las puso al corriente de la vida de doña Eufemia, que había heredado de su padre la hacienda y algunos recursos más. Al morir su marido, la casa familiar pasó al único hijo vivo que tenía, y doña Eufemia decidió trasladarse a la casa de su padre, que se hallaba hasta entonces cerrada.

Doña Josefina no se detuvo y siguió con la historia. El hijo había dilapidado la hacienda en el juego, y se rumoreaba que, en medio de una borrachera, había vendido a su esposa. El caso era que esta había desaparecido y no se tenía noticia de ella. De la segunda parte del drama Francisca y su madre fueron testigos. El hijo se había presentado en la casa de doña Eufemia, y, ante la negativa de ella a someterse a su deseo de que le cediera la hacienda, se le ocurrió convencerla a golpes. No la mató porque se percató de que la doncella había huido y dedujo que regresaría con ayuda y testigos, así que se detuvo. Cuando los Ledesma llegaron, doña Eufemia yacía sin sentido en el suelo, con sangre en los labios y un brazo y un par de costillas rotos. Don Cesáreo habló con el servicio en tanto que doña Josefina, doña Lisarda y Francisca cuidaban de la víctima y ayudaban al médico a entablillar el brazo.

—Yo la acompañaré —se ofreció su madre. Francisca la admiró, pero arrugó la frente ante la idea de que volviera el energúmeno.

—Tiene servicio suficiente —objetó doña Josefina, haciendo eco de la aprensión de Francisca.

—Ya sé cómo es el servicio —replicó su madre—. Si no hay una mano fuerte que lo dirija, holgazanea.

—En eso le doy la razón —se avino doña Josefina—. Diré a Cesáreo que, mientras esté usted aquí, ponga dos guardias.

Francisca se retiró con su tía más tranquila al saberlas custodiadas.

—Parece que estas situaciones son frecuentes. Las asumen con experiencia —se atrevió a opinar.

—La culpa es de las pulquerías —explicó doña Josefina de camino a casa—. Corrompen a nuestros hombres y a nuestros hijos. Una vez borrachos, acuden a las peleas de gallos y a las mesas de naipes o dados, donde más de uno ha perdido la camisa y la familia. El marido de doña Eufemia no era mal hombre, pero tenía sus ideas. El hijo las siguió al pie de la letra y he ahí el resultado. Cesáreo se comporta, y hemos alcanzado un acuerdo para que nuestros hijos no se desmanden y pongan en peligro el patrimonio familiar. Lo primero es que al servicio no se le toca. Una amiga no ganaba para disgustos: cuando había conseguido que las muchachas aprendieran a realizar el trabajo, las tenía que expulsar porque el marido o el hijo las habían dejado embarazadas. ¡Como si no hubiera burdeles para desfogar su hombría! Lo segundo es que, si se bebe, no se juega y, si se juega, no se bebe. Es una combinación peligrosa. De momento, los chicos no han dado problemas; ya se cuida Cesáreo de ello.

Habían llegado a la casa y doña Josefina se retiró a investigar cómo iba el trabajo en la cocina. Francisca estaba anonadada ante la asunción de los vicios como inherentes a los hombres. No lo ignoraba, pero nunca lo había escuchado como si fuera tan natural como el comer. Se dirigió a la sala en busca de recado para escribir unas cartas y se tropezó con el mayor de los adolescentes, Luis Miguel.

—¡Vaya escándalo que ha montado la vecina! —comentó Luis Miguel.

—¿La vecina? Será su hijo. Ella es la víctima —replicó Francisca, sin pensarlo dos veces.

—Bueno, sí. Pedrito es una mala pieza, pero los problemas familiares no deben traspasar la puerta de la vivienda.

Cesáreo entró en la estancia a tiempo de escuchar las últimas

palabras de su hijo.

—Luis Miguel, a una mujer no se le pega, y menos si pertenece a la familia —reprendió con una ceja alzada.

—No he querido decir eso, padre, sino que los trapos sucios no deben orearse.

—Eso es otro asunto. Doña Eufemia ha sido atacada por el sinvergüenza de su hijo, y no tiene excusa.

Doña Josefina entró en la sala.

—Francisca, querida, su doncella ha desaparecido. No la juzgué como una mujer que rehuyera el trabajo.

—¿Cómo que ha desaparecido? —se inquietó Francisca—. ¿La han enviado a algún recado?

—No. Sería de esperar que se perdiera. Se ha marchado. Una de las cocineras la ha visto traspasar la cancela.

—¿Con sus cosas?

—No. Iba muy arreglada. Algo extraño: se supone que no conoce a nadie.

—Volverá, y, en cuanto llegue, que suba a mi habitación.

Francisca sospechó del lindo comerciante manileño, por extraño e imposible que pareciera. ¿Las había seguido? ¿Cómo había averiguado dónde se alojaban? No perdió el tiempo con elucubraciones y se dedicó a escribir a Jian Zhou, para describirle la feria de Acapulco, y a Melchor, para tranquilizarlo. A este último le comunicaba que había recibido su misiva y que quedaba advertida de la existencia de los dos esbirros que la seguían, aguardando la oportunidad de cumplir el encargo del airado pretendiente.

Cósima regresó y llamó a su puerta. Francisca la hizo entrar y la miró de arriba abajo. No le faltaba razón a su compañera de cocina: se había acicalado.

—¿Quién es él? ¿El comerciante manileño? —Cósima, sonrojada, bajó la vista. De nada servía negarlo—. Te has criado en un orfanato. ¿De verdad crees que ese joven te ama? Sí, te lo ha dicho —se anticipó a la respuesta—, y te lo habrá jurado, pero es mentira. Proviene de buena cuna y no le falta dinero. ¿Crees que su familia no habrá pactado su casamiento con alguna muchacha bonita y con dinero? Lo único que desea es tu cuerpo, y, cuando lo obtenga, te

abandonará.

—Él tenía que embarcarse en la nao —dijo Cósima, con los ojos brillantes—, pero está aquí por mí.

—Dime —una terrible sospecha empezó a crecer en Francisca—, cuando estáis solos, ¿de qué habláis? ¿Sobre el futuro, sobre cuánto te quiere? ¿O te pregunta sobre los planes de tu señora, como, por ejemplo, adónde, cuándo o cómo?

Los ojos traicionaron a Cósima. Se abrieron brevemente para endurecer la mirada al momento.

—Bien. Le interesan más mis planes que tu persona, como no sea para pasear su mano y su boca por tu cuerpo. Es el truco más viejo. Seducir a la doncella para conocer los movimientos de la señora.

—¿Cree que se ha enamorado de usted? —preguntó la ingenua muchacha con temor.

—¡Qué va! Ese busca mi perdición. La pregunta es por qué. ¿Cuándo y dónde te has citado con él?

Francisca no se planteó involucrar en sus asuntos a su tío Cesáreo. Como había dicho su primo, los trapos sucios se oreaban en casa. Con Cósima a la zaga, cogió el calesín y se presentó en casa de doña Eufemia. Participó a su madre lo sucedido y lo que se proponía para desenmascarar al joven. Se vistió de china con el blusón y los calzones negros, se manchó la cara y se cubrió con el sombrero de nipa para ocultar el cabello y ensombrecer el rostro. Cósima guio la calesa hasta una plaza cercana a la hacienda en la que había una fuente con cuatro caños. Sentado en el borde, Romeo esperaba a Julieta. En cuanto se fijó en Cósima se acercó sonriente.

—¡Qué lujo! ¿A quién has robado el calesín? ¿Y esa sucia sangley? ¿Por qué no la dejamos aquí y vamos a dar un paseo tú y yo?

—La dejaremos —prometió Cósima—, pero aquí no. Me han encargado llevarla a una hacienda. ¿Me acompañas? El regreso lo haremos solos.

—Perfecto, mi amor. ¿Te he dicho lo hermosa que eres? Me robas el aliento.

Cósima, consciente de la presencia de su señora, se puso nerviosa y arreó al caballo. Partieron hacia la hacienda de doña Eufemia y, antes de llegar, se desviaron y entraron en un solitario callejón. En

cuanto Cósima detuvo el coche, Francisca realizó un movimiento por sorpresa e inmovilizó al joven con un brazo a la espalda y un cuchillo en la garganta.

—¿Por qué me vigilas? ¿Quién eres? —apremió Francisca, y le hizo un pequeño corte.

—Rafael… ¿Va a matarme como a mi padre?

—¿Tu padre? ¿Eres hijo de Miguel? —Francisca retiró el cuchillo y empujó fuera del calesín al joven, que cayó al suelo y se levantó de un salto al sentirse libre. Rafael echó mano de la espada, pero la vaina estaba vacía. Francisca la blandía en una mano.

—¡Perra!

—¿Quién te envía? ¿Tu madre? No hace más que acosarme. Yo no he visto a tu padre —mintió ella—, quien se ha rodeado de enemigos. Si realmente lo han matado, ha podido ser cualquiera a quien le estorbara con sus miserables chantajes. Se le daba muy bien molestar.

—Dijo que iba a casa de su padre —insistió el joven, con la mirada llena de odio.

—Y varios testigos lo negaron —replicó Francisca—. ¿No te lo dijo tu madre? Y tú ¿qué pretendes al seguirme?

El joven calló sin apartar la mirada.

—¡Tu madre no tiene cerebro! —exclamó Francisca—. ¿Has cruzado el océano para matarme o qué buscas?

—Debo lavar el honor de la familia.

—Eso corresponde al primogénito. —A Francisca se le ocurrió una idea diabólica—. ¿Eres el primogénito? —Al no recibir confirmación, lo consideró una afirmación—. Y tendrás más hermanos, ¿no?

—¿Y eso qué importa?

—Mucho. ¿Cuál es el favorito de tu madre? —planteó Francisca con maldad. Era tal su furia que sólo buscaba devolver el daño que pensaban infligirle a ella—. Has experimentado lo que supone una travesía y debes retornar. ¿Acaso tu madre quería deshacerse de ti para que herede otro hermano, en el caso de que no aparezca tu padre? La muy ladina… Sí que te ha tendido una buena trampa; si sobrevives, te detendría la justicia por asesinato, eso si consiguieras llevarlo a cabo —matizó.

Había sido fácil. La duda se reflejó en el rostro perplejo del muchacho que jugaba a ser hombre. Francisca decidió ser generosa, y deseó no arrepentirse.

—Vuelve a Acapulco, que algún barco correo partirá para Manila, y recupera tu sitio al frente de los negocios de tu padre en lugar de perder el tiempo en Nueva España. ¿Cómo supiste que abandonaríamos Manila en el Rey Carlos?

—Una criada de los Orellana es prima de Serafina. El matrimonio habló de la boda, y por el apellido Crespo localizamos su embarque. Se ha vestido usted como esa sangley que tenía de criada.

—Sí, visto y lucho como un sangley, comercio como un hombre y traigo hijos al mundo como una mujer. ¿Y tú qué haces además de comportarte como un toro ante un trapo rojo?

—Si tuviera mi sable, tendría que responder a la ofensa.

—¡Ah! La verdad ofende, a la mentira se la desprecia, se la ignora y nadie se bate por ella, cuando es la que debería ofender. Yo no soy rival, pues no regresaré a Manila. Vuelve a casa, pon orden y no permitas que te manejen otros, que te digan cómo pensar. Lábrate tu futuro, el que tú quieres y no el que a los demás les interese. Llévate la espada, te hará falta.

No se la entregó en mano, sino que la depositó en el suelo a cierta distancia y se subió al calesín. Y, antes de que Cósima arrancara, lo amenazó.

—Si te vuelves a cruzar en mi camino, no te dejaré partir. Aprovecha la oportunidad que te doy. No tenemos cuentas pendientes, a pesar de lo que diga la histérica de tu madre. Sigue con tu vida.

—Mis hermanos son muy pequeños para ser rivales para mí. ¡Es mi primo Aníbal, el sobrino de mi madre, quien dirige la empresa! —Las últimas palabras del muchacho salieron como un torrente de amargura, gritadas a la espalda de las mujeres, que ya partían.

Cósima arreó al caballo y marcharon al trote hacia la calle principal.

—Usted también miente —constató Cósima con cierto resquemor.

—Ya lo has oído: quería matarme. En esos casos, las mentiras son tácticas de supervivencia. No deseo que me vaya a la zaga. Es muy

molesto caminar hacia delante mirando lo que queda a la espalda. Espero que hayas aprendido la lección. No ha vuelto a preocuparse por ti en ese callejón, ni siquiera se ha despedido.

Francisca la miró reojo mientras hablaba. La muchacha guiaba el calesín con un ceño fruncido más propio del enfado que de un desengaño amoroso. Por fortuna, el asunto se había quedado en un mero coqueteo y no habría lamentaciones. Crecer era duro.

39

CAVITE, JULIO DE 1802

Bajo una cortina de lluvia fina, se divisó la isla del Corregidor. Se hicieron a la vela del puerto de Cavite con destino a Acapulco un 16 de julio y volvían el 8 de julio del año siguiente. El Montañés transportaba dos millones de pesos fuertes, destinados a la escuadra de Asia y a las fortificaciones de tierra, un tema que preocupaba a Álava y que este dejaba registrado en la memoria que estaba redactando para el Ministerio Supremo de Marina: *«Plan de defensa y estado»*. Además de los caudales, habían cargado cajones y mercancías variadas de los oficiales; en el caso de Melchor y sus amigos, aceite, harina de maíz y de trigo, productos mucho menos rentables que la carga de ida, porque algunos eran estancos y los oficiales de Su Majestad no podían entregarse a ese tipo de contrabando. Aun así, seguía aumentando la bolsa de cada uno.

En los largos meses de navegación, a Anievas le había llegado un rumor mucho más importante. Se decía que le había sido confiada al comandante Martínez Elizalde la noticia sobre los preliminares de la paz ajustada entre Inglaterra y Francia y sus aliados, y que el virrey enviaría una nave ligera con la confirmación de la paz y con órdenes para la escuadra en cuanto recibiera la comunicación oficial de Madrid.

Melchor había cruzado los dedos, pues eso podría significar el fin de la estancia en Filipinas. La cuestión sería la ruta que escogería Álava para navegar hacia Cádiz, siempre y cuando no les encomendaran una nueva misión.

Las cuestiones que lo perturbaban fueron respondidas en cuanto fondearon en la rada de Cavite. El propio oficial que subió a bordo a darles la bienvenida los informó de que la corbeta Concepción los había adelantado y había arribado con la noticia de que se había

firmado, el 25 de marzo, el Tratado de Amiens, a poco de haber abandonado el Montañés Acapulco, y que don Ignacio María Álava había recibido la orden de regresar a Cádiz con la flota de Asia.

El corazón de Melchor se aceleró ante la nueva de que se reuniría, Dios mediante, con Francisca antes de lo que creía.

—Señor Anievas, queda al mando de la nave —ordenó el comandante—. He de bajar a tierra con los despachos y la documentación sobre los caudales que portamos.

La rutina en el puerto siempre resultaba tediosa, pues los hombres se impacientaban por la demora de bajar a tierra. Sin embargo, eso podría retrasarse unos días. Una vez desembarcado el situado para la escuadra y los funcionarios públicos y los caudales de los particulares delante de administradores y notarios, se concedían los permisos para trasladar a los enfermos. Luego, se procedía a desembarcar los productos para la venta: los que eran estancos los recogían los asentistas y pagaban el precio estipulado por el monopolio, como les sucedía a ellos con el aceite y las harinas.

Veinte días más tarde, los tres amigos obtuvieron unos días libres y, en medio de un aguacero, se desplazaron a Manila. Fray Joaquín se hallaba ausente, embarcado en uno de esos estudios del comandante Álava. El fraile les había explicado que recogía datos sobre la vida y costumbres de los habitantes filipinos para completar la redacción que llevaba entre manos: *«Estadismo de las islas Filipinas o mis viajes por este archipiélago».* La congregación los recibió con la amabilidad que acostumbraba. Enviaron recado a don Fernando Orellana para informarlo de su presencia en la ciudad y se internaron en el arrabal de Binondo, donde se hallaba el enorme Parián en el que se encontraban los almacenes del señor Zhou.

El sangley los invitó a que lo acompañaran a tomar el té. Melchor, familiarizado con las costumbres, fue consciente del honor que les hacía. Se sentaron sobre los cojines y una mujer, de rodillas, les sirvió y se retiró. Los tres oficiales esperaron a que el señor Zhou abriera la conversación.

—He oído que la travesía ha sido un éxito, en ambas direcciones.

—Si alude al tiempo —contestó Anievas—, no está en nuestras manos; si se refiere al comercial, sí. Hemos regresado con pesos

suficientes para contratar otra carga.

—La paz trae la prosperidad —constató el señor Zhou—, aunque significará la partida de buenos compañeros de fortuna.

A Melchor no se le escapó que no mencionó la palabra «amigos». El señor Zhou era muy preciso con los términos que empleaba. No eran amigos, tan sólo compañeros comerciales mientras durase la relación.

—La información le llega con puntualidad —observó Melchor—. Hemos hablado entre nosotros, y realizaremos la misma compra que hicimos para Acapulco.

—¿También cadenas de oro? —Asintieron los oficiales—. ¿Para qué fecha deberá estar preparada?

—No hay fecha todavía —dijo Anievas—. En cuanto haya noticia, le avisaremos para que prepare las memorias, los documentos de compraventa y demás trámites para cerrar el trato y realizar el pago.

—Deseo añadir un encargo propio, aparte de mis socios —intervino Melchor antes de que dieran por terminada la transacción—. Un arcón lleno de las especias que mi esposa suele comprar para elaborar sus perfumes. Estoy seguro de que usted está mejor informado de ello que yo. Será un regalo y una sorpresa para ella.

El señor Zhou dio por terminado el acuerdo y se levantó, y los demás lo imitaron.

—Ignoro si está en su mano concederme un favor —se arriesgó Melchor. Mier y Anievas, curiosos, se detuvieron a escuchar la nueva petición. El sangley asintió y, con un gesto de la mano, lo animó a hablar—. Necesito que algunos de sus sirvientes sigan los pasos de un hombre del consulado y que me den cuenta detallada de sus movimientos y costumbres, en los que incluyan las calles por las que transita habitualmente para desplazarse: don Agustín Monterroso.

El señor Zhou no parpadeó, ni mostró emoción ni preguntó.

—Le haré el favor —respondió de forma escueta.

Abandonaron el almacén del señor Zhou, y los dos amigos felicitaron efusivamente a Melchor.

—Ha estado muy ágil, amigo Crespo —dijo Anievas—. No se me había ocurrido que el chino pudiera ayudarnos.

—Es un favor que no lo compromete —advirtió Mier—. Cuenten

conmigo cuando llegue el día. No me agrada que me asalten a traición.

—No es necesario que se impliquen. Es un asunto privado —se opuso Melchor.

—De acuerdo —admitió Anievas—, pero todo duelo requiere de padrinos, y, en el caso de que salga herido, nos turnaremos. Monterroso también tiene una cuenta pendiente con nosotros.

En el convento los esperaba una invitación de la familia Orellana para cenar, a la que asistieron de buen grado. A Melchor se le hizo extraño entrar en la casa que había sido de Francisca y la nostalgia lo cogió por sorpresa. Mientras subía por la escalera pensó en su embarazo y se preguntó cómo le iría la vida en México. Una vez en el salón, la conversación disipó la melancolía, y Melchor se concentró en la información acerca de la situación comercial. Le agradecieron a don Fernando el contacto con su primo, don Salustiano. Hablaron sobre la paz y sus consecuencias y prometieron una nueva visita cuando regresaran a Manila, antes de zarpar definitivamente.

En Cavite la actividad no decaía y, desde la noticia de la vuelta a Cádiz, había crecido la expectación sobre cuáles serían los barcos que retornarían: la flota había quedado muy reducida. Se habían perdido dos fragatas: la María, en el mar, y la Santa María de la Cabeza, que se hundió en la misma ensenada de Cavite sin que pudieran hacer nada más que aprovechar los pertrechos para otras reparaciones. Y dos navíos de línea se hallaban en tan penosas condiciones que ni con reparaciones conseguirían llegar a Cádiz: el San Pedro Apóstol y el Europa. Álava no tardó en informar a los comandantes sobre las naves que tendrían preferencia para las reparaciones en los astilleros de Cavite y también para hacer acopio de pertrechos para el largo viaje de regreso.

—¡Nos vamos! —gritó Anievas en medio de la calle, mientras se acercaba adonde descansaban Mier y Melchor. Los compañeros de otros grupos, que lo oyeron, saltaron de alegría y decidieron celebrarlo.

—Cuente, ¿quién será el capitán del Montañés? —apremió Melchor —. ¿Tendremos que tragar otra vez con el estirado de Martínez Elizalde? No invitó a comer a nadie durante la travesía y asomó poco

por el alcázar, pretextando encontrarse enfermo.

—El único navío de línea disponible es el Montañés. Enseguida lo carenarán y forrarán de cobre el casco. Álava establecerá su mando en él y, por tanto, lo comandará nuestro estimado señor don Isidoro García del Postigo, que, por cierto, me he enterado de que su hijo Carlos, al que conocimos en Callao, ha venido y acompañará al padre a Cádiz.

—Feliz acontecimiento —dijo Mier, ya que le caía bien García del Postigo, con quien había trabajado en el Depósito Hidrográfico.

—¿Y el resto de naves que nos acompañarán? —se interesó Melchor.

—Las fragatas Fama, Santa Lucía y Nuestra Señora del Pilar y la urca Aurora, que han sobrevivido a la larga estancia, como nuestra nave —enumeró Anievas.

Guardaron silencio. A ninguno se le escapaba que el único navío con potencia de disparo era el suyo.

—¿Y la ruta? —preguntó Melchor.

—Ni idea. Mier, usted es el piloto, por lo que será el primero en enterarse, en cuanto Álava lo decida o quiera hacerlo público.

—No será hasta que estemos embarcados, por el asunto del espionaje —declaró Mier—. Aunque se haya firmado la paz, no debemos olvidar a los corsarios. En Manila hay todo tipo de individuos a la caza de noticias.

Al cabo de un mes, en septiembre, Melchor recibió una nota con una relación detallada de las costumbres del señor Monterroso, alguna información adicional sobre las actividades viciosas y corruptas del hombre y el anuncio del compromiso entre Monterroso y la viuda de Miguel Muñoz, aunque no podían contraer matrimonio porque sólo había transcurrido un año desde su desaparición. Melchor intuyó que el sangley sospechaba lo que se traían entre manos, y no le importó.

Entre los tres decidieron la estrategia que seguirían. Tardaron una semana en disponer de un par de días libres y actuaron como solían, incluso aceptaron la invitación a cenar en casa de los Orellana. Estudiada la rutina de Monterroso, habían convenido que el momento ideal era a primera hora de la tarde, cuando abandonaba

Intramuros y se internaba en el arrabal filipino de Bagumbayan. Se trasladaba en un calesín propio y se perdía por las callejas en las que proliferaban los burdeles, mesones de reputación dudosa, corrales en los que se celebraban peleas de gallos y fumaderos de opio. Cuanto más alejados del núcleo urbano, más deleznables eran los tugurios y las costumbres.

Los tres oficiales reconocieron el lugar por el que pasaba Monterroso y escogieron un camino desolado, flanqueado por corrales y almacenes, lejos de las viviendas. Escondieron la calesa en la que habían llegado y aguardaron alrededor de una hora, apostados en un punto del trayecto. Oyeron el chacoloteo de un caballo y se aprestaron a salirle al paso. Melchor y Mier lo hicieron delante del caballo, al que Mier sujetó del arreo, y Anievas detrás, para impedirle la huida.

Monterroso, lívido al reconocerlos, intentó mantener la compostura.

—Buenas tardes. ¿Qué se les ofrece, caballeros? ¿Se han extraviado? Están muy lejos de Cavite.

—Le traemos saludos de sus compañeros de Acapulco, señor Monterroso —replicó Melchor, sin perder de vista ningún movimiento del hombre—, ¿o debería llamarlo Gómez?

Monterroso levantó el látigo para fustigarlo.

—¡Baje ese látigo o disparo! —amenazó Melchor, apuntándole con una pistola.

—No sé de qué me hablan ni por qué me cambian de nombre. ¿Qué quieren de mí?

—Haga el favor de bajar por su pie, a no ser que sea tan cobarde como lo han descrito sus antiguos compinches: un desertor y asesino de un oficial. Aquí terminan sus mentiras y sus delitos, señor Gómez.

—Son tres contra uno —observó, renuente.

—Seremos uno contra uno —recalcó Melchor—. Y usted no nos ofreció paridad en Acapulco. Baje de una vez o le atravieso ahí mismo como la gallina que es.

Monterroso descendió lentamente, calibrando dónde se hallaba cada uno de los oficiales: uno sujetaba el caballo, otro le apuntaba

con la pistola y el tercero cubría la retaguardia.

Simuló bajarse con lentitud y, con la agilidad de un mono, restalló el látigo y el caballo se zafó del agarre de Mier. No había recorrido un metro cuando Melchor disparó al aire y el caballo se encabritó. Los tres amigos corrieron para evitar que el cobarde se escapara a pie. La buena vida que llevaba Monterroso le pasó factura, y le faltó el aire en la breve carrera, pues Melchor lo alcanzó con facilidad. Monterroso, rabioso, se volvió con el sable en la mano, dispuesto a defenderse como fuera. Intentó las triquiñuelas más sucias, aprendidas de sus días como soldado, pero que habían quedado obsoletas por demasiado conocidas. Melchor esquivó la cuchillada que le lanzó por lo bajo y se dedicó a bailar a su alrededor, a tirar de sable para obligarlo a realizar el esfuerzo de defenderse. No hizo falta mucho para que Monterroso sudase copiosamente, y, tras la carrera inicial, estaba sin aliento hacía rato. Aun así, conservaba el oficio de la espada y no había que confiarse. En el entretanto, sus amigos habían atado el rocín de Monterroso y se disponían a presenciar el final del felón.

—Así que después de pretender a mi esposa, ahora se ha comprometido con la mujer de Miguel Muñoz —resumió Melchor, con la intención de acuciarlo a hablar—. Le van las viudas ricas y que le allanen el camino hacia el poder.

—La perfumera nos la ha jugado a todos. Y se la jugará a usted también, pobre ingenuo. Aquí está, batiéndose por ella.

—No por ella, sino por mí, pues fue a mí a quien buscaban sus compinches.

—A ambos —corrigió Monterroso. A esas alturas, el consular jadeaba y no sujetaba el sable con buen pulso—. Déjeme ir y lo haré rico. He de casarme con la viuda, antes de que otro se lo lleve todo. Miguel y yo compartíamos negocios muy rentables.

—Como el de esclavizar a poblaciones enteras —escupió Melchor, que no olvidaba el rostro de aquella mujer que se sumergía con el bebé en brazos.

Melchor le hizo la primera sangre. A los ojos de Monterroso asomó la furia y la rabia del soldado que tenía dormido dentro. El viejo mercenario recobró la compostura y las fuerzas y se concentró en

salvar el pellejo. Sin embargo, ocupado en parar las estocadas, dejó libre un hueco, por el que el sable de Melchor alcanzó el corazón. Monterroso cayó de rodillas, se le vidrió la vista y se desplomó hacia delante, sin un quejido.

Melchor se acercó para comprobar su muerte.

—Vámonos —apremió Anievas, ante la confirmación de Melchor de que estaba muerto.

Sin volver la mirada, Melchor limpió la hoja en unos matojos y la envainó. Se encaminaron al lugar en el que habían ocultado la calesa y se alejaron del lugar, camino de casa de los Orellana para cenar con ellos.

Las semanas siguientes se entregaron a sus obligaciones en el buque y a planificar cómo desembarcarían el oro y los pesos de plata de contrabando en la ciudad gaditana. Porque Cádiz no era Acapulco, donde los funcionarios se avenían a su conveniencia. Un día en el que se hallaban descansando bajo un toldo dispuesto en la calle, abordaron el tema en voz baja para que no los oyeran los grupos cercanos.

—El comandante del buque debe estar en connivencia con el asunto —aseguró Anievas—. En caso contrario, desembarcarlo será muy difícil, por no decir que imposible. Cada vez que he entrado en ese puerto, he comprobado que los funcionarios tienen experiencia y conocimiento de cómo se introducen las mercancías no registradas. Después de revisar el buque y las pertenencias de cada tripulante, cuando desembarcan confiados en que ya han pasado la revisión, los vuelven a registrar en tierra y pillan a muchos incautos. Son perros viejos.

—Mal nos pinta —pronosticó Melchor—. A falta de uno, llevaremos dos comandantes.

—García de Postigo es buena gente —abogó Anievas, que, por ser el mayor y de más rango, acumulaba más conocimiento sobre los asuntos de los puertos y los mandos—. Hablaré con él. Lo que me tranquiliza es que no seremos los únicos que nos encontraremos en esa situación.

Y no se equivocaba. A Melchor le sorprendió que, al cabo de pocos días, el teniente Anievas retomara el tema en otro descanso.

—Asunto resuelto. Todos andan en la misma tesitura, incluso Álava. El contrabando se desembarcará frente a las marismas de la desembocadura del Guadalquivir, antes de entrar en la bahía de Cádiz. Ahora la cuestión es quién recogerá nuestra parte.

—Mi familia —ofreció Mier—. Cuentan con pequeños barcos de cabotaje. Escribiré para avisarlos de que estén pendientes de nuestra llegada y nos salgan al encuentro.

—Pues rápido —aconsejó Anievas—. Se ha corrido el anuncio de la paz y está preparándose para viajar a Cádiz una corbeta con caudales de los comerciantes gaditanos y correo.

Mier no perdió el tiempo. Planificó el desembarco concienzudamente. Las marismas del Guadalquivir eran un nido de bandidos y contrabandistas, y las consideraba una zona peligrosa para la aventura que se traía entre manos. Las instrucciones a su familia debían ser muy precisas y debían salvar cualquier contingencia que pudiera surgir. Los barcos se identificarían con señales luminosas de noche y banderas de día, y habría una contraseña con los remeros del bote que se acercara. El transporte sería con caballos, mejor que con mulas y carros, hombres de confianza y fuertemente armados, y, si podían disponer de un patache o similar, mucho mejor.

En el mes de diciembre terminaron las reparaciones los últimos barcos. Sin demora, se inició la carga de mercancías y se embarcaron el avituallamiento y las aguadas para tan larga y complicada travesía. Los comandantes recibieron un manual de instrucciones que deberían observar durante la navegación para no dejar atrás ninguna nave y que comenzaba con la descripción de la formación que guardarían y seguía con una larga enumeración, desde el anclote, que debía colgar del bauprés listo para fondear, hasta las velas que debían llevar tendidas o aferradas. Los oficiales reconocieron la impronta de Álava en el detallismo exhaustivo al que los tenía acostumbrados.

Jian Zhou había oído hablar de la recepción y el baile que se celebraba para despedir a la Armada Real en el palacio del

gobernador. Él, como sangley, no había sido invitado. El único interés por su parte se ceñía a saciar la curiosidad sobre cómo se desarrollaban esas celebraciones tan apreciadas por los europeos. Por lo demás, la estancia de la Armada había beneficiado su posición en Manila: había mantenido activo el comercio en tiempos de guerra.

Por otra parte, se había librado de dos serios competidores: Miguel Muñoz y Agustín Monterroso, este último, la mente urdidora del entramado de chantaje que se estaba llevando a cabo, porque era quien trabajaba en el consulado y se informaba de todo lo que acaecía o se comentaba entre susurros. De hecho, casi había dado al traste con sus planes al engatusar a la necia de la esposa de Miguel para que se casara con él. Aníbal había bramado como un carabao herido. Por fortuna, el favor que le había pedido el teniente Crespo le había evitado mancharse de sangre y había solucionado el problema. Había ordenado que siguieran a los oficiales si regresaban a Manila, y su pálpito había sido correcto: los europeos no eran cuidadosos en sus crímenes. Habían sido sus hombres los que habían limpiado el escenario del enfrentamiento. En Manila se hacían lenguas de las extrañas desapariciones de Muñoz y de Monterroso. Con el tiempo, las murmuraciones se diluirían en el mar en que se perdieron.

Una vez despejado el terreno, la Casa de Zhou se había erigido como dueña indiscutible del comercio internacional de Manila.

El padre de Jian proveía desde Cantón la flota de sampanes con mercancía para Europa; sus acuerdos con los piratas chinos aseguraban la llegada de los sampanes a los muelles de Binondo; ya no había molestos intermediarios, pues contaba con los encargos y la venta directa de los Ledesma y los Orellana en Nueva España, ya que esas familias también se beneficiaban. El diamante de ese complejo entramado mercantil era Francisca en Cádiz, la ciudad base del comercio europeo y fuera del alcance para un sangley.

En Manila se había convertido en el comerciante sangley con mayor volumen de ventas, incluso había abierto una pequeña banca para préstamos, y, tras la derrota de Miguel, Jian, casado con una mestiza de español y filipina, llegaría a dominar el comercio del

Bagumbayan. Construiría una gran mansión en la afueras de Manila, bien aireada y drenada, que lo mantuviera a salvo de las epidemias, tan frecuentes durante el monzón de las lluvias. Al no vivir en la ciudad, lo que no se veía no se recordaba. Crearía su propio imperio y lo dirigiría desde la sombra. Siempre había sabido que la sonrisa de aquella niña blanca era la sonrisa de la fortuna, su *feng shui* privado, y no se había equivocado.

40

Ciudad de México, diciembre de 1802

Francisca se acomodó en su habitación para darle el pecho a la niña. Todavía no le permitían bautizarla, pero ella la llamaba Guadalupe, en honor a la patrona de la ciudad en la que la niña había nacido. El parto, para su asombro, había sido rápido, y sus tías lo achacaron al escaso peso del bebé. Aunque estaba bien formada y sana, la comadrona la miraba con desconfianza.

—Esmirriada y poca fuerza en el llanto —dictaminó la indígena, conocedora de hierbas y remedios de tiempos ancestrales.

Doña Josefina confiaba plenamente en su sabiduría —decía que era infalible—, por lo que Francisca frunció el ceño y la miró con dureza por el juicio tan poco halagüeño que había lanzado sobre su queridísimo retoño. Francisca se hallaba en una nube. Había renunciado a ser madre y se había convencido de que no le importaba. Sin embargo, un milagro se aferraba a su pecho y succionaba el alimento que le daba la vida.

Reconoció la voz de su madre cuando pidió permiso para entrar.

—Ah, ya está la glotona. A ver si se pone fuerte y sale adelante —deseó doña Lisarda. No se había retirado el velo de encaje negro, que le llegaba más abajo de la cintura, y el ridículo le pesaba por el rosario de cuentas de jade imperial que guardaba.

—¿Cómo han transcurrido el funeral y el entierro? ¿Estaba muy afectada doña Eufemia? No deja de ser su hijo.

—¡Quía! Poco le ha faltado para ponerse a bailar durante el entierro —exageró doña Lisarda—. ¡Vaya peso que se ha quitado de encima! El alguacil ha dicho que se ha tratado de un ajuste de cuentas. A mi amiga eso ni le va ni le viene. Se lo ha hecho pasar muy mal, y dice que ese no es el hijo que trajo al mundo, que el suyo murió hace tiempo. Es duro hablar así de un hijo, pero es

humano —la disculpó. Tomó asiento en la poltrona que había frente a Francisca.

—¿Regresa a casa de Cesáreo o va seguir con doña Eufemia?

—No sé qué hacer. La situación ha sido tan sorpresiva que no hemos hablado. Lo cierto es que me encuentro a gusto con Eufemia: compartimos recuerdos, pensamos muy parecido acerca de la vida y nos acompañamos. Con Josefina compartí un año, nos caímos bien por aquel entonces, pero ella tiene su familia y otras amistades. Siempre sería una pariente en casa ajena. Por otro lado, si viviera con Eufemia, no me iría muy lejos y seríamos vecinos.

—¿Si viviera con Eufemia? —repitió Francisca—. ¿En qué está pensando, madre? —Le tembló el corazón. Se daba cuenta de que el tiempo pasaba y de que, en algún momento, habría que tomar una decisión postergada.

—Cuando me planteo continuar el viaje, no me siento con fuerzas para experimentar una nueva travesía transoceánica. Nada me atrae de Cádiz, excepto tú. La ilusión de volver a la casa que me vio crecer me mantuvo viva en aquel horrible barco, aunque no deseo estorbar a mis hermanos. Está bien una visita, pero no vivir de una forma permanente. Esos escollos me han desvelado desde que llegamos, y era consciente de que esperabas mi decisión. No obstante, todo encajó cuando apareció Eufemia y su vida jalonada de desgracias. Entre el padre y el hijo se han gastado la mayor parte del dinero de la pobre, aunque ha podido conservar la casa paterna y las joyas, que va vendiendo poco a poco para mantenerse. He pensado en adquirir la hacienda de Eufemia, repararla, contratar más servicio y vivir juntas. Es una idea mía que he de hablar con ella —se apresuró a puntualizar—; puede que no acepte. No hay nada decidido, pero te hago partícipe de la posibilidad y te pido tu opinión al respecto.

—¡Ay, madre! Me rompe el alma el dejarla aquí. Le confieso que tenía la esperanza de que me acompañara hasta el final, pero no soy tan insensible como para no comprenderla. Hasta yo tengo miedo de emprender el viaje con una niña tan pequeña. No se me va de la mente la pequeña Marta.

—¡No te arrepentirás ahora de haberte casado! —cuestionó doña Lisarda, preocupada.

—En absoluto. Ansío reencontrarme con Melchor, lo echo de menos, pero no estoy ciega en cuanto al riesgo que supone el viaje.

—En realidad, es sólo una idea —restó importancia doña Lisarda—. Ya veremos.

Francisca se sintió culpable y egoísta, pues era una idea muy elaborada para desecharla. Su madre, sin saberlo ella, había elegido. Se obligó a ser generosa y la ayudó.

—Si lo expone con tacto, aceptará. Se ha quedado sin herederos, pues era hija única, por eso no ha tenido a nadie que la defendiera de esos dos energúmenos. La echaré de menos en Cádiz, madre, pero comprendo sus razones y la apoyo en su decisión; la estimo muy sabia.

Las semanas pasaron y la pequeña Guadalupe no medraba. Doña Josefina trajo un ama de cría, y, cuando parecía que el bebé esponjaba, contrajo unas fiebres, de las muchas que flotaban en el aire de la ciudad a causa de la humedad y la suciedad de las aguas que la rodeaban y que ocasionaban una gran mortandad infantil. Guadalupe era tan pequeña que la devoraron en tres días, pese a los cuidados de las mujeres de la casa, para desolación de Francisca. Una maternidad esperada durante años y, una vez lograda, tan breve y tan trágica. Su madre y sus tías intentaron consolarla sin éxito. El duelo requería un tiempo, y quien mejor lo sabía era Ambrosia Quiralte, que presenció cómo su niña era entregada al mar, y se desplazó desde Puebla, donde residía, a instancias de doña Lisarda para que iluminara a Francisca con su experiencia.

Francisca, con los brazos vacíos de felicidad, se hundió en una tristeza que le restaba fuerzas, y la vida se convirtió en un obstáculo insalvable con un marido lejos y en la ignorancia de si volverían a encontrarse. Se habían dado cita a océanos de distancia y su destino estaba en manos de la Corona, de Dios y de las tempestades. Vagaba por el vasto mundo en busca de un puerto y de un hombre. ¿Cuánto tiempo más duraría su periplo?

Cuando se sintió con fuerzas, escribió una larga carta a Melchor, entre lágrimas, para informarlo del fallecimiento de su hija Guadalupe, a quien había bautizado *in extremis*. No hablaba de embarcarse, porque no lo había considerado de momento. Era algo

que había que estudiar cuidadosamente, y no hallaba el ánimo. Envió la carta a la dirección que Melchor le había facilitado en Cádiz en su última misiva, en la que le anunciaba la muerte de Monterroso y la partida de la escuadra hacia Cádiz, pero por la ruta contraria a la que ella seguía; ellos rodearían África. Ni el consuelo del reencuentro tenía.

Se dejó llevar por las rutinas diarias de la casa de Cesáreo, pero sin conseguir superar el infeliz vacío. Fue su primo Jacinto, un joven de veintitrés años, quien sin proponérselo la sacó de la pasividad. Con Luis Miguel, el mayor y heredero del patrimonio familiar, había tenido varias discrepancias. A Francisca se le antojó un hombre arrogante, con las ideas limitadas al blanco y negro, obviando el arco iris de posibilidades que ofrecen la vida y las situaciones. Para él, las mujeres tenían un espacio muy concreto que en ninguna ocasión debía invadir el espacio de los hombres, así que Francisca era la reencarnación de lo que él aborrecía. Su padre, el tío Cesáreo, era de la misma idea, aunque era un hombre con más mundo y más inteligente, consciente de que su sobrina había contribuido a la riqueza familiar, y, por tanto, más cauto en las conversaciones para no ofenderla. No olvidaba que residiría en Cádiz y que, una vez recuperada de su dolor, podía reiniciar su actividad mercantil.

Una mañana bajaba por la escalera cuando oyó la discusión que mantenían entre los dos hermanos: Jacinto y Luis Miguel. En la casa no quedaba nadie. Cesáreo se ausentaba en cuanto desayunaba y doña Josefina se iba con sus hermanas, con las que salía de compras o a visitar a las amigas.

Luis Miguel reprochaba a Jacinto que no le hubiera preparado los balances y las memorias de los productos que había en los almacenes. Jacinto argumentó que no podía realizar todo el trabajo él solo y que Luis Miguel debía arrimar el hombro y no pasarse las tardes de paseo con las señoritas casaderas ni de baile en baile. Luis Miguel arguyó que debía buscar una esposa bien situada socialmente y que no era fácil; se marchó después de amenazar a su hermano con decirle a su padre que era un vago y un desagradecido. Francisca aguardó un rato prudencial y continuó bajando. Entró en el despacho de Cesáreo, pues ella tenía permiso

para leer la prensa, y encontró a Jacinto junto al escritorio. Se acercó a él.

—¿Necesitas ayuda? En Cantón le llevaba a mi primer marido las cuentas y la burocracia, mientras él acudía a la lonja y cerraba las compras con los chinos.

—¿Sabe hablar cantonés?

—Un poco. ¿Hace falta para cerrar el balance?

El joven sonrió. Era dos años menor que su hermano, tímido, no se le sentía en casa, pues había aprendido a opinar poco y callar mucho. Francisca aprovechó ese rato para hablar de los lugares que conocía, de las diferentes culturas y formas de entender la vida, y Jacinto escuchaba con una sonrisa. Se ganó al joven y le permitió que lo ayudara. Francisca descubrió que su sobrino se apañaba bien con la contabilidad y era ordenado y pulcro con los datos y la presentación de las memorias, que detallaba exhaustivamente. Comprobó que allí había trabajo para varios escribientes, ya que Cesáreo, de la misma pasta que su hijo mayor, rehuía el trabajo de despacho.

—¿Y este acuerdo? —indagó Francisca al toparse con un documento que le pareció fuera de lugar.

—He de revisarlo. Luego se lo comento a mi padre y él decide si lo firma o no.

—¿Y tú qué harías?

—No lo firmaría. Después de haber repasado los balances, es arriesgado. Tenemos demasiada mercancía y escaso efectivo en este momento.

—¿Los contratos y los acuerdos pasan por este escritorio?

—Sí. Trabajé y estudié con un oidor de la Audiencia, amigo de mi padre, y continué la formación con un intendente. Como Luis Miguel heredará la mayor parte y mi hermana necesitará dote, Juan Ignacio y yo debemos prepararnos para trabajar y hacernos un sitio en la vida.

—¿Cuánto te paga tu padre?

—Nada —contestó Jacinto con asombro—. Son asuntos de la familia. Vivo aquí.

—¿Y cómo vas a adquirir una vivienda y una familia si no ganas un

sueldo?

—Ya lo había pensado. Es un gran problema. Le planteé a mi padre la idea de irme a Manila con ustedes, pero mi padre se negó en redondo. Que hacía falta aquí mientras mi hermano sentaba la cabeza.

—Sabes que, mientras tú hagas el trabajo, Luis Miguel nunca sentará la cabeza.

—Sí, pero ustedes ya no están en Manila. He de buscar otro sitio en el que haga falta alguien como yo y conseguir el dinero para el viaje. Me temo que mi padre se negará a dármelo. Estoy estudiando las posibilidades que ofrecen La Habana y Cartagena de Indias.

—Confirmo tu temor en cuanto a que tu padre te facilite el desplazamiento. Sin embargo, yo sí sé de un lugar que te gustaría conocer, en el que asentarte y formar tu propia familia, sin la opresión de tu padre y el abuso de tu hermano. Ahora bien, has de mantener cerrada la boca. Ya te contaré el plan.

Francisca tomó prestada la calesa para ir a ver a su madre, y, por el camino, se despertó su instinto de supervivencia. Observó el paraje por el que se desplazaba y no vio nada extraño entre la gente que se desplazaba a pie y, sin embargo, persistía la sensación de peligro. Con el tiempo y los problemas que la rodeaban había olvidado el aviso de su marido sobre unos hombres enviados por Monterroso. Quedaba tan lejos Manila que le parecía imposible.

Llegó a la hacienda sin novedad y mantuvo una larga conversación con su madre. En realidad, sin habérselo propuesto, los planes de reemprender el viaje habían comenzado. Como se temía, su madre había decidido permanecer allí, por mucho que le doliera la separación, y doña Eufemia había aceptado de buen grado a la propuesta de su amiga. Organizaron la compraventa de la casa a favor de doña Lisarda.

Contrataron hombres para mantener la finca y servicio doméstico más joven que el artrítico que conservaba doña Eufemia porque era barato. Trasladaron los baúles de su madre del almacén de Cesáreo, donde habían estado guardados, a la hacienda y acomodaron el ajuar y las pertenencias de doña Lisarda en su nuevo hogar. Con el resto de la herencia de su padre y el dinero obtenido con la venta de

los fardos y arcones Francisca abrió, con un abogado, un fondo que estaría bajo la supervisión de Virgilio, para el mantenimiento de la finca y las necesidades de su madre.

El haber convivido con la familia de Cesáreo le había permitido ahondar en la personalidad de su tío, y se alegraba de que su madre estuviera fuera de su alcance: doña Lisarda no estaba acostumbrada a un trato prepotente y marginal. Don Pedro había sido un marido considerado, de ahí que Francisca le hubiera confiado a su tío Virgilio el cuidado económico de su madre.

Fue el tío Cesáreo quien se enteró de que una fragata navegaría en solitario ese verano con destino al puerto de Cádiz, y no tardó en darle la noticia a Francisca cuando esta regresaba del cementerio. Había tomado la costumbre de acercarse cada día a llevarle flores a su hija.

—Siempre hay corsarios —dijo Cesáreo—, pero he hablado con otros mercaderes y los buques mercantes no están sufriendo problemas de esa índole. Los ánimos están calmados. Creo que es una buena ocasión para cruzar el Atlántico —opinó su tío.

Llegado el momento, Francisca no supo cómo enfrentarse a ello. Fue su madre quien la sacudió para que reaccionara.

—Hija, es la oportunidad que esperabas. Quién sabe cuándo habrá otro barco. No puedes dilatarlo más. Yo atenderé la tumba de mi nieta en tu lugar —prometió su madre, consciente de lo que la ataba a esa tierra—, pero tú debes reunirte con tu esposo. Siempre me has dado lecciones de fuerza y voluntad; ¿deberé recordártelas? No me decepciones.

Al ruego de doña Lisarda se unió el pragmatismo del tío Virgilio.

—Yo también embarcaré mercancía en esa fragata, querida sobrina, si se aviene a servirme de agente en Cádiz —se animó el tío Virgilio en cuanto se enteró—. Así tengo una excusa para acompañarla a Veracruz.

Francisca comprendió que su vida no estaba allí. Que Melchor, Jian Zhou y ahora el tío Virgilio la empujaban a seguir el viaje a Cádiz, que ya no era sólo por ella, sino por los demás, cuyos negocios o deseos de formar una familia dependían del cumplimiento de su palabra, de su entereza para afrontar los reveses. Y había otra

persona que andaba como alma en pena pendiente de su decisión después de su ofrecimiento.

Se armó de determinación, aunque dejara parte de su corazón en esa tierra, y compró espacio de carga y tres pasajes.

VIII

Cádiz

1803

41

CAVITE, ENERO DE 1803

Los últimos en embarcar fueron el propio comandante de la escuadra, Álava, y el comandante de la nave, García de Postigo, y su hijo Carlos, guardiamarina que había sido destinado al apostadero de Callao y que regresaba a España para enfrentarse al examen que lo facultaría para iniciar su carrera como oficial de la Real Armada.

Se izó el gallardete que indicaba la presencia del jefe de escuadra y el inminente aviso de hacerse a la vela. Melchor respiró hondo y rezó la salve. Paseó la vista por las verdes campiñas y los brumosos montes de Luzón. No lamentaba partir: no dejaba nada atrás y había mucho mar hasta casa, donde lo aguardaba el futuro.

Salió Álava de su cámara, seguido del comandante García de Postigo. Se izaron banderas con la orden de levar anclas y los silbatos de los oficiales no dieron tregua a la tripulación hasta que las anclas estuvieron amarradas, cada una a su amura. Desde el fuerte San Felipe de Cavite los despidieron con salvas y las naves más lentas tomaron la delantera. La navegación más complicada, como venía siendo habitual, era salir del archipiélago, jalonado de bajíos y rompientes de coral o de basalto. Pasaron por delante de la isla del Corregidor y de las Mariveles y se adentraron en el mar de China.

Mier, siguiendo las indicaciones de Álava, buscaba las islas que servían de referencia para cruzar la barrera de las islas malayas. Aunque era una ruta muy transitada por el resto de las potencias europeas, no lo era para los españoles, acostumbrados a navegar por el Pacífico. Resultó extraño coincidir con una fragata de la Compañía Oriental Inglesa y no liarse a cañonazos, y con otra mercante de Hamburgo; ambas navegaban de Cantón a Europa. Llegando al estrecho de Sonda, el Montañés, de mayor calado que el

resto de las naves, tomó la delantera y, con ayuda de la sonda, fue sorteando los bajíos e indicando la ruta que seguir a las demás. La buena mar y la excelente visibilidad permitían observar las rompientes con nitidez, por lo que salvaron el estrecho sin dificultad añadida. Como la urca Aurora enlentecía la marcha de la escuadra más de lo que se había previsto cuando se calcularon las raciones de boca, una vez en el océano Índico Álava le dio libertad en su singladura a Cádiz.

A principios de febrero, cerca de Madagascar, la fragata Fama hacía tanta agua que necesitaba arribar con urgencia para reparar el daño. Álava y García de Postigo convinieron con su comandante, Miguel de Zapiain, que Puerto Mauricio era el lugar ideal, y el día 12 la perdieron de vista. El día 5 de marzo la mermada escuadra recaló en la bahía de Mesa, en la colonia del Cabo. Compartieron el fondeadero con una escuadra inglesa formada por cinco buques, una corbeta de guerra holandesa y varios barcos mercantes. La prosperidad de la colonia se debía al punto estratégico que ocupaba en la ruta marítima entre Asia y Europa.

Mientras Álava y García de Postigo cumplimentaban al vicealmirante Roger Curtis y al gobernador de la colonia e intercambiaban frutas exóticas por vino de jerez, las tres naves realizaban reparaciones, reponían víveres y renovaban el agua. El segundo día, el gobernador invitó a Álava, a los comandantes de las tres naves y a algunos oficiales, que eligió el jefe de escuadra, a comer en el castillo.

Álava hizo honor a la segunda parte del documento que contenía las normas de navegación y se titulaba *«Precauciones para conservar la salud de los equipajes»*. Se trataba de una relación de consejos y órdenes sobre cómo mantener en buen estado los víveres durante la travesía, así como sobre el aseo de los hombres y la limpieza de la nave. Y por esa razón, durante la estancia en la rada, llegaron a diario raciones de pan, carne fresca y verduras para los tres equipajes de los barcos, así como leche y fruta para los enfermos. Era una forma de economizar los víveres que llevaban en las bodegas. Anievas dio parte de las reparaciones y de la imposibilidad de achicar el agua que hacía el barco, aunque no era

alarmante.

El día 14 de marzo, a las 11 de la mañana, se hicieron a la vela y el comandante Álava, como acostumbraba, los invitó a cenar a su mesa, bien provista en esta ocasión. La conversación se deslizó hacia las experiencias del señor Álava en tierra africana.

—La comida que nos ofrecieron en el castillo no fue nada del otro mundo, pero, a los postres, una banda de música militar nos regaló los oídos. ¡Oh! Después de tantos años escuchando a los horribles músicos manilenses, me pareció que las melodías descendían del cielo.

Los contertulios, entre ellos Melchor, rieron.

—¿Qué nos cuenta sobre la excursión al interior? —preguntó el señor García de Postigo, que no había sido invitado en aquella ocasión.

—Interesante. Desde la rada sólo se aprecia la aridez de los montes que la rodean, pero el interior es verde y fértil. La hacienda de La Constancia se hallaba a cuatro leguas. ¡Pepe! —se interrumpió Álava para llamar al paje—. Trae el vino que te dije que estuviera preparado. —Tras la orden, retomó el discurso—. Les voy a ofrecer una cata para que ustedes mismos se formen una opinión sobre su madurez. En la hacienda se cultivaba todo tipo de frutas de muy buena calidad, pero las viñas destacaban por encima. Créanme, probé la uva, tomada del mismo viñedo, y era dulce y suave.

Una vez servidos, realizaron un brindis por un viaje tranquilo. Se hizo el silencio mientras paladeaban el vino tinto. Melchor aventuró su opinión.

—Muy logrado, y me duele reconocerlo de un producto del enemigo. Porque hoy somos amigos, pero mañana… Y no me agradaría que nos hicieran la competencia.

—Eso pensé yo, señor Crespo —lo apoyó Álava—, pero hoy lo apreciaremos como se debe.

La navegación prosiguió rumbo al noroeste, tan amable como había sido la travesía del océano Índico. Fue comentario común la facilidad de la ruta frente a la que habían realizado en el viaje de ida, enfrentándose a las tormentas del cabo de Hornos y al interminable Pacífico. Tampoco había resultado agradable soportar

los vendavales filipinos, que los habían desarbolado en más de una ocasión.

El día 27, a las cinco de la mañana, la escuadra cortó el meridiano de Cádiz y Mier escribió en el cuaderno de bitácora con orgullo: *«Vuelta al globo en la dirección E. a O. a los 7 años, 3 meses y 28 días de nuestra salida del puerto de Cádiz».*

Al sur del Ecuador se cruzaron con una división francesa, compuesta por un navío y tres fragatas, que les dio noticias de la paz en Europa, y el 1 de mayo el vigía de la cofa avistó la isla de San Miguel en las Azores. Ya casi estaban en casa, y se notaba en el ánimo de la tripulación: demasiados años lejos de la familia y de la tierra que los había visto nacer. En la madrugada del día 13 divisaron el cabo San Vicente, que tan funestos recuerdos trajo a los oficiales del Montañés. Aunque estaban lejos, había llegado la noticia de la derrota de don José de Córdova y el posterior juicio, por el que había perdido el empleo de teniente general de la Real Armada.

El paje encargado de dar vueltas al reloj de arena cantó la hora y Álava y García de Postigo se reunieron en la cámara del comandante. Cuando salieron, el señor García de Postigo conferenció con Anievas y Melchor, que se hallaban en el alcázar.

—Hemos calculado los días que faltan para entrar en la bahía de Cádiz. Hay que ralentizar el avance de tal suerte que alcancemos las marismas de noche. Daremos la orden de ponerse en facha a las otras dos naves para facilitar el desembarco de mercancías.

No mencionó el contrabando, ni falta que hacía: todos se hallaban en el juego. Al atardecer del día 14 de abril, frente a las marismas que se habían formado antes de la desembocadura del Guadalquivir, se toparon con una veintena de barcas con las redes echadas. La brisa era suave, el mar estaba en calma y el cielo despejado, lo que facilitaría el desembarco, a pesar de que no habría luna esa noche.

La escuadra recibió la orden de ponerse en facha. Melchor facilitó el farol de señales y cada oficial realizó las que había acordado con los suyos por la aleta de babor. Mientras tanto, por estribor, botaron una lancha al agua con la culebrina en la proa, seis marineros al remo y ocho infantes armados, por si se produjera algún altercado durante la descarga. Las barcas recogieron los aparejos de pesca y

se situaron alrededor de las naves a la espera de la orden. En el Montañés, se sacaron los fardos y los cajones que habían sido señalados por sus dueños. Álava estableció el desembarco por orden jerárquico, y su mercancía fue la primera. Mier y Melchor se ajustaron al rango de teniente de navío del señor Anievas y, a la voz de la contraseña, se acercó la lancha en la que Mier reconoció a su hermano Dionisio, más avejentado. Se saludaron con un gesto de la cabeza y los remeros recibieron las arquetas con monedas de pesos fuertes y reales de a ocho, cadenas de oro, piedras preciosas, perlas y cartas de pago, así como los cajones con porcelanas y especias, y los acomodaron para que no zozobrara la lancha con la rapidez que exigía el momento.

—Miren —avisó a Melchor y a Anievas—. No van por tierra, sino por mar: un jabeque los espera. Cuando lleguemos a Cádiz, ellos ya habrán puesto a buen recaudo el botín.

—Parece que su familia es experta en estas lides —apuntó con tono jocoso Melchor.

—Y ustedes, los nobles, para vivir en Cádiz, parece que están en la inopia —replicó Mier con ganas de broma.

Anievas soltó una carcajada. Estaban contentos y casi en casa. Habían regresado con vida tras pasar penalidades y con los bolsillos llenos, lo cual no era cualquier nadería. Las últimas noches venían soñando con la familia, con los proyectos para invertir la pequeña fortuna y con el siguiente destino.

Entonces, sucedió lo imprevisible. Una lancha, dotada de vela y una culebrina en la proa, atacó a los botes que se retiraban con el contrabando.

—¡Mal rayo los parta! —maldijo el señor García de Postigo—. Señor Crespo, pronto, a la lancha, y vaya a por esos contrabandistas de malasangre. Dispare sin piedad.

Los oficiales, impotentes, observaban cómo los contrabandistas arribaban para interceptar el bote que iba a la cabeza para desembarcar en la marisma. Melchor descendió en un abrir y cerrar de ojos a la lancha y, con los remeros al máximo esfuerzo, se dirigió al escenario. El segundo bote, que cargaba la mercancía de los dos comandantes, viró la boga para escapar, y lo imitaron los demás. El

bote del hermano de Mier se hallaba fuera de la ruta a tierra y bogaba tranquilo hacia el jabeque. La luz disminuyó sensiblemente, y amenazó la oscuridad absoluta.

Melchor no había permitido encender ningún farol en la lancha para que los ojos se habituaran a la oscuridad. Los contrabandistas navegaban sin luz y con la vela sucia para acercarse a la presa sin que los notasen. Los botes con cargamento mantenían los faroles encendidos para no abordarse. La lancha llegó a la altura del bote que transportaba la mercancía de los comandantes García del Postigo y Álava, y Melchor les recomendó que se alejasen de la costa e intentaran ganar el jabeque. La lancha siguió adelante a la caza de los contrabandistas que intentaban apoderarse de los bienes conseguidos tras años de trabajo y lejanía.

—Allí, señor —indicó uno de los infantes de marina que lo acompañaban.

Melchor intuyó la silueta recortada, se agachó junto a la culebrina y reguló la altura con la ayuda del artillero. Volvió a buscar la silueta y prendió la mecha. El disparo cayó delante del velero. El artillero ya había limpiado el alma y la estaba cebando de nuevo. Melchor hizo gala de su cualidad de artillero y militar entregado. A pesar de la oscuridad, disparó la culebrina varias veces: una de las balas rasgó la lona del velero que huía, y otra frustró la ayuda desde tierra, levantando arena delante de los que se aprestaban a botar otra barca en socorro de los compañeros. Mientras tanto, los remeros seguían bogando, y se hallaban casi encima del velero. Los contrabandistas, conscientes del peligro que corrían, dispararon con sus trabucos, aunque ninguno consiguió dar en el blanco entre las arfadas del velero y de la lancha. Melchor dio la orden a los soldados de prepararse para el abordaje, pues la lancha se aproximaba por estribor peligrosamente al velero, que apenas avanzaba hacia la costa con la vela rota y gualdrapeando. No hubo mucha resistencia, y Melchor prometió perdonarlos si devolvían lo robado. Se realizó el trasiego de la mercancía y se retiraron.

De regreso, Melchor vislumbró los faroles de los botes restantes, que aprovecharon la marea entrante y remaron hacia la embocadura del río en busca de algún lugar seguro en el que desembarcar. El

jabeque, por su parte, mantuvo las luces de posición, y socorrieron a los que se acercaron y se identificaron. Luego, largaron la vela y arrumbaron hacia Cádiz.

—Señor, un bote nos sigue —alertó uno de los soldados.

—Permitamos que se acerque —ordenó Melchor, y dejaron de remar—. Debe de ser el bote asaltado.

Una vez identificado el bote como dueño de la carga robada y perteneciente a la Santa Lucía, se dirigieron hacia la fragata. Los oficiales se debatían ante el alivio de haber recuperado los bienes y la decepción de tener que declararlo como una partida adicional, es decir, embarcada después del registro, para que no lo confiscaran.

El 15 de abril de 1803, por la tarde, entraban en la bahía de Cádiz el navío de línea Montañés y las fragatas Santa Lucía y Nuestra Señora del Pilar. Los cañones del baluarte de San Sebastián dispararon salvas de bienvenida y las campanas de la nueva catedral inconclusa de Santa Cruz repicaron. El Montañés respondió con otras salvas.

Las maniobras se realizaron con presteza y alegría, aunque ya conocían el protocolo de los puertos: tardarían días en desembarcar, pero contarían con buena comida y agua limpia para beber, el sol, la luz y los familiares sones y aromas de Cádiz.

En el muelle aguardaban las autoridades portuarias y de la ciudad, y la burocracia se adueñó del barco. Álava se desplazaba a la Capitanía a diario, con los cuadernos de bitácora de las naves y con los diarios de los siete años en Filipinas. Los funcionarios revisaban las cargas y las memorias, además de registrar las pacotillas de las tripulaciones y de los soldados, autorizadas por la Corona como complemento del sueldo.

Los oficiales intentaban distraer a los hombres con labores de aseo y limpieza, pero andaban pendientes de lo que sucedía en las bodegas y en el muelle. Los primeros en desembarcar fueron los enfermos, y, como había predicho Anievas, revisaron los sacos e incluso las parihuelas de los que no desembarcaron por su pie. Uno de los funcionarios entró en el camarín de Mier y lo obligó a abrir los estuches en los que guardaba los instrumentos de navegación, golpeó las cuadernas y los baos en busca de sitios secretos, revolvió

el baúl y se retiró sin borrar el gesto suspicaz de su rostro, como si le enviara una advertencia. Un recibimiento muy distinto del que habían experimentado en Acapulco.

Llegó el día en el que Álava dio la orden de desalojar las naves y los oficiales del Montañés permitieron que la marinería, los infantes de batallones y de brigadas y los oficiales de mar desembarcaran primero. En tierra, los funcionarios siguieron con las revisiones, pero no encontraron nada. Los oficiales mayores y de guerra se quedaron los últimos. En cuanto regresaron los botes de recogida, se estrecharon las manos efusivamente. Habían sido años de compartir alegrías y penas. Anievas, Mier y Melchor echarían de menos el compañerismo del cirujano Aramburu y los elocuentes y directos sermones del padre Anselmo, quien descendió rodeado de los pajes. Como oficial, Melchor portaba un baúl con el uniforme de diario —pues el de revista lo llevaba puesto para desembarcar—, recado de escribir, instrumentos de navegación, libretas llenas de notas y efectos personales de aseo. Lo bajaron al bote junto con los otros y, por último, descendieron los oficiales. Melchor ocupó su sitio en la bancada y se separaron del navío. Se giró para contemplarlo una vez más.

—Quién sabe si volveremos a navegar en él —dijo, sentado delante de Anievas—. Lo trasladan al astillero de La Carraca para ponerlo a punto.

—¿Cuándo nos reuniremos? —preguntó Anievas.

—Dentro de dos días, en la entrada de la catedral nueva —los citó Mier—. Haremos las cuentas y decidiremos qué deseamos hacer, bien juntos o por separado.

Una vez en el muelle, se despidieron de nuevo. Melchor dejó a sus compañeros con sus familias y él contrató a un carretero para que le llevara el baúl a la casa de una prima de su madre, viuda y ya mayor, con la que solía quedarse. En cuanto se bañara y descansara, se lanzaría a las calles en busca del que sería su hogar.

42

Camino de Europa, mayo de 1803

Unos días antes de la partida, se desató una crisis en la casa de Cesáreo. Regresaba Francisca de la hacienda de Virgilio, donde estaban cargando los carros con su ajuar y con las mercancías que vendería en Cádiz, cuando la abordó su tía Josefina.

—¡Qué tragedia, Francisca! Ya se lo había advertido a Cesáreo, pero no quiso escucharme.

—¿Qué ha sucedido?

—Jacinto se ha ido. Andaba raro estos días, ensimismado. Luis Miguel pensó que esta mañana se había dormido y subió a despertarlo, pero no estaba. Uno de los sirvientes lo vio salir a caballo al amanecer y subí a su alcoba con un mal presentimiento: vi que había vaciado el armario y los cajones. Se ha ido para siempre —sollozó la mujer.

Francisca sintió una punzada de remordimiento, pues la tía Josefina no se merecía esa pena. Había llevado tres baúles a la hacienda del tío Virgilio para que los cargaran en las carretas, uno de los cuales pertenecía a su primo Jacinto. El joven se hallaba de camino a Jalapa, donde habían quedado en encontrarse. Había adelantado unos días su partida para que no lo relacionasen con ella. Sin embargo, ese escozor en la conciencia se le borró de un plumazo cuando su tía continuó enumerando las desgracias que acaecerían a la familia por la deserción de Jacinto.

—¿Qué hará ahora Luis Miguel sin él? —gimoteó—. Cesáreo tendrá que ponerse de nuevo al frente del papeleo o habrá de contratar a alguien. ¿Y qué será de mí si falta Cesáreo?

—¿De usted? —se intrigó Francisca—. Usted es parte de la hacienda, es su madre. A usted no le faltará de nada.

—¡Ah! No. La hacienda es para el primogénito. Cesáreo ha

prometido que me comprará una casita en el centro, pero no lo ha hecho todavía. Le había encargado a Jacinto que lo hiciera, pero Jacinto se excusaba diciendo que su padre no le había proporcionado los fondos.

—¿Se excusaba? ¿Acaso cree que mentía? —Francisca conocía el estado de las cuentas de la casa por Jacinto, y hacían agua por todas partes. Esa había sido otra de las razones por las que había confiado las cuentas de su madre al tío Virgilio, muy solvente y trabajador, con tres niñas a las que sacar adelante, pues el heredero era el benjamín.

—¿Si no mentía él, mentía mi marido? Es absurdo. —Doña Josefina contuvo el gimoteo por el asombro que le había producido semejante idea.

—Sí, claro. No lo había considerado desde ese punto de vista —rectificó Francisca. No quería dejar rencores tras de sí que, de alguna manera, pudieran afectar a su madre, y los problemas de Cesáreo no eran de su incumbencia. Su tío había intentado concretar algún trato mercantil con ella, pero Francisca lo había eludido con el argumento de su estado de casada y de la ignorancia sobre el funcionamiento del comercio en Cádiz. Deslizó la vaga promesa de hablar con su marido, pero él era teniente de la Real Armada y desconocía los detalles de los asuntos mercantiles. Cesáreo lamentó la pérdida de tan buen agente en Manila, pero no insistió. Era cierto que había cobrado por el cargamento que había heredado de su padre, pero había sido porque los hermanos andaban liquidando la colaboración entre ellos, y el tío Virgilio era un aval.

La tarde anterior a la partida se había despedido de su madre y de doña Eufemia. Fue un encuentro lleno de nostalgias, lágrimas y promesas. En un intento vano, Francisca insistió en que la acompañara, pero doña Lisarda se mantuvo firme.

—La travesía del Pacífico me abrió los ojos, hija. Viste los peligros que entraña un viaje, tanto para viejos como para jóvenes. ¿Y si fallecieras en medio del Atlántico? ¿Qué haría yo sola en Cádiz? No me aguarda un marido como a ti, ni sé valerme por mí misma. No soy como tú. Lamento que hayamos de separarnos, pero tu sitio es aquel y este, el mío —argumentó doña Lisarda—. Vete sin mirar

atrás. Yo estoy bien. El servicio doméstico, bajo mis indicaciones, ha organizado un huerto y construido un gallinero en una parte de la hacienda, dispongo de un calesín y un mozo de cuadra, así como de varios hombres que se alternan en la custodia de la hacienda. Esta es mi vida, segura y arropada, como siempre me mantuvo tu padre, a quien sigo echando de menos. Pero tú debes buscar tu sitio en el mundo, junto a tu esposo, como yo hice en otro tiempo.

Francisca comprendía las razones de su madre, pero no por ello aliviaba el dolor de la separación. Entre lágrimas, prometieron escribirse con frecuencia, se abrazaron varias veces antes de subir a la calesa para regresar a la hacienda de Cesáreo, y esa noche durmió mal, con la angustia de la despedida y la ansiedad de la partida.

Francisca y Cósima salieron antes de amanecer, al alba. Se habían vestido con la falda pantalón que habían confeccionado en Manila. Se encontraban más seguras sin las faldas rectas que se llevaban y que resultaban un estorbo para subir a la calesa o al barco o para realizar cualquier otra actividad propia de los viajes. La hacienda de Virgilio se hallaba fuera de la laguna y la caravana las aguardaba para permitirles ir delante, como en el otro viaje. Francisca había llegado por el camino de Asia y partía por el camino de Europa. Ochenta leguas había hasta Veracruz, por una vía ancha y jalonada de columnas indicadoras. Según su tío, tardarían veintidós días si no había imprevistos, como la rotura de algún eje de un carro.

En la primera posada, durante la cena, volvió a experimentar esa sensación de peligro, que nuevamente había olvidado. Recorrió la sala llena de carreteros, comerciantes, viajeros de toda índole y soldados, pero no observó nada que le hiciera recelar. Sin embargo, cualquiera de esos soldados podían ser los compinches de Monterroso. En realidad, ignoraba la apariencia que ofrecían, y le pareció una locura hacer partícipe a su tío, que se enfrentaba a bastantes problemas, para añadirle una preocupación más sin motivo aparente, porque no dejaba de ser una aprensión.

La ciudad de Puebla le sorprendió gratamente. Se trataba de una gran urbe en medio de una llanura cubierta de trigales. Allí se producía la harina para ser distribuida por las poblaciones caribeñas.

A partir de Córdoba, comenzaron las penurias: el camino se hizo angosto y empinado entre imponentes montañas.

A Francisca le admiró el espíritu indomable de su tío Virgilio, e imaginó a su padre a esa edad abriéndose camino en Filipinas, como tantos emigrantes. Si lo pensaba bien, ella había tenido suerte con los hombres, que la habían amparado y habían favorecido su supervivencia. Se identificaba con las mujeres que habían participado en el engrandecimiento del imperio acompañando a los maridos y, una vez fallecidos estos, ocupándose de los negocios familiares y saliendo airosas de ello. No se trataba de casos aislados, sino bastante habituales, como le había señalado doña Ana María en Manila, que ayudaba a su marido y conocía los entresijos del mercadeo. Otras, por el contrario, menos afortunadas, habían conocido la necesidad y habían sufrido la humillación, algo frecuente entre las que soportaban las imposiciones de sus padres o las tropelías de los maridos o de los hijos.

La lluvia les dio una tregua cuando llegaron a una de las ventas, pero estaban caladas hasta los huesos. Poco protegían los capotes cuando se empapaban de agua.

Bajaron ateridas y Cósima entregó las riendas a un mozo. Uno de los hombres armados del tío cogió las bolsas de viaje y las soltó en el vestíbulo. Sabían que durante un buen rato el tío y los carreteros se sumergirían en la rutina, alineando las carretas, desunciendo las mulas y organizando las guardias. Francisca se dirigió al ventero para reclamar sus habitaciones, previamente reservadas, y para que les subieran el equipaje. Necesitaba deshacerse de las ropas mojadas cuanto antes, y se adelantó mientras Cósima se quedaba para vigilar las bolsas hasta que las subieran.

Abrió la puerta y entró hasta el medio de la habitación, ligeramente iluminada por la luz que provenía de un farol que colgaba en el patio el exterior, donde los ruidos de las caballerías y de las carretas prevalecían sobre cualquier otro sonido. Notó algo extraño, sintió un golpe y se hizo de noche.

Volvió en sí y no reconoció el lugar: un cuarto más pequeño y bien iluminado. Se hallaba atada a una silla y amordazada. La habían liberado de la ropa mojada y la habían dejado tan sólo con la

camisola y el calzón interiores. Dos hombres susurraban acuclillados y mostraban su desacuerdo hasta que se dieron cuenta de que ella había recobrado la consciencia.

—Es dura de cabeza. No ha estado mucho tiempo fuera de juego —constató uno de ellos.

Francisca reconoció en las ropas, en las armas y en la postura al soldado. Había bajado la guardia y la habían sorprendido. Sintió ira contra ella misma por ser tan incauta, a pesar de las advertencias de su instinto.

—Tenemos un pequeño problema —siguió el que llevaba la voz cantante: delgado, lleno de arrugas, los ojos enrojecidos y el aliento oliendo a podredumbre. Las ropas hablaban del resto de su infortunio. El compinche, más bajo y con la maldad esculpida en la mirada y en la sonrisa estúpida, era lo más semejante a un animal insatisfecho y, por tanto, peligroso—. Hemos pensado que su integridad vale más que uno de esos baúles que transporta. Queremos el que contiene la plata, las monedas de a ocho. No me tome por tonto. Transporta un pequeño tesoro con todo lo que ha vendido en Cantón y en Manila.

—No cederá así porque sí —intervino el otro con voz carrasposa—. Deberíamos darle un adelanto de lo que le espera si se niega. ¿No te parece? —Según hablaba se puso la mano en la entrepierna.

Francisca, lejos de rendirse a la desesperación, evaluó las circunstancias en las que se hallaba, como le había enseñado Fei. Para cumplir su amenaza tendrían que desatarle los pies. Dedujo, por el ruido exterior y por los postigos abiertos de la ventana, que se hallaban en algún cuartucho en la parte alta de la venta. La puerta era de madera sólida, para dar seguridad al viajero, pero era la única alternativa que tenía. Contra el que se estaba abriendo la portañuela para sacar al aire la verga podría, pero no contra el segundo. Convencida de que, cediera lo que cediera, no saldría con vida, la iba a vender cara.

El gañán se acercó y la meneó delante de la cara de Francisca, riendo como un poseso. Ella aguantó el hedor de las partes pudendas e ignoró las ladillas que poblaban el vello púbico. El individuo sacó el cuchillo y, excitado por el temor que producía en la

víctima, le cortó las ligaduras de los pies. No llegó a incorporarse.

Francisca le propinó un rodillazo en la nariz y una patada en los genitales que lo derrumbó de dolor. Antes de que el compañero tuviera tiempo de reaccionar, ella se lanzó sobre la puerta y estrelló la silla, hasta partir las patas y romper el asiento en astillas, pero no consiguió liberar los brazos. Aturdida por el golpe, se volvió para hacer frente al segundo en tan incómoda postura y esquivó el puño del hombre, que acabó contra la puerta. La expresión de dolor del soldado le ofreció unos segundos de ventaja y, girando el cuerpo, le incrustó en el vientre uno de los palos del respaldo de la silla a los que seguía atada. Lo rodeó y con un pie le golpeó el riñón.

Tan concentrada estaba en defenderse que no fue consciente de cómo echaban abajo la puerta entre varios hombres. El soldado, ciego de ira, desenvainó y atacó como un animal herido. De nuevo, Francisca lo esquivó y se situó a su espalda para golpearlo otra vez con el pie, derribándolo en esa ocasión. Se disponía a rematarlo en el suelo cuando una figura se interpuso y la llamó por su nombre.

El tío Virgilio se quitó la chaqueta y se la echó encima para cubrir a la sobrina en paños menores ante la mirada de los hombres armados que lo acompañaban. Detuvieron a los dos secuestradores en un estado lastimoso. El tío dio orden de que los llevasen al patio y aguardaran a que bajara él. Sacó su cuchillo y cortó las ligaduras de los brazos de Francisca y le soltó la mordaza.

—Bajemos a su habitación para que la atienda Cósima.

—Me buscaban. Los ha enviado un pretendiente airado de Manila, pero que ya está muerto, según la última carta de mi marido. Estos esbirros habían decidido hacerse ricos a mi costa.

—Ya me lo contará luego.

Cósima consiguió una pequeña bañera de cobre y la ayudó con el aseo. Tenía el cuerpo dolorido y un poco de sangre en la nuca, donde había recibido el primer golpe.

—¿Cómo me encontró el tío Virgilio?

—Cuando subí a la habitación con los mozos y no la vi, me asusté. Bajé y avisé al señor. Vino con un par de hombres armados y, mientras subíamos por la escalera, se oyó un golpe muy fuerte en el piso superior. El señor, sin pensarlo dos veces, avanzó por los

escalones de dos en dos. La habitación fue fácil de localizar a causa del ruido de la pelea.

Cuando terminó el baño, se sintió muy cansada debido a la tensión y al esfuerzo. Cósima ordenó que sacaran la bañera y dispusieran una mesa y la cena en un reservado. Tanto viaje y tanta posada le habían permitido a la joven desarrollar un tono autoritario y organizativo, de lo que se alegró Francisca. Necesitaba una persona resolutiva a su lado y no una mujer melindrosa. Se había acostumbrado a Fei, a la que tanto debía, a pesar de su extraño carácter.

Bajaron al reservado, donde el tío Virgilio las aguardaba. En las posadas Cósima se sentaba con ella: no le gustaba dejarla desamparada con tanto hombre alrededor. En cuanto el ventero los atendió, su tío entró de lleno en lo que le preocupaba.

—Muchas molestias se ha tomado ese pretendiente muerto.

—No fue el único. En Manila éramos una familia conocida, algo no muy difícil. No llegamos a dos mil los españoles de Intramuros, y, si se resta a los religiosos, nos quedamos en una pequeña comunidad, en la que es complicado guardar secretos. Al morir mi primer marido, vendí su empresa comercial, muy lucrativa, con los permisos de comerciar en Cantón. Además, era muy conocida mi rentable producción de perfumes.

—Entiendo. Una viuda muy rica, joven y hermosa. ¿Qué tiene ese teniente que no tuvieron los demás? Admito que me pareció agradable e inteligente.

Se callaron mientras les sirvieron el guiso de cerdo y retomaron la conversación en cuanto estuvieron solos.

—Lo ignoro. Fue una elección del corazón que, más adelante, se ha revelado como muy acertada. Terminó por vencer mi reticencia cuando me ofreció un matrimonio igualitario y me prometió que me permitiría seguir con mis perfumes y con el comercio de ellos o de lo que quisiera. Los demás aspirantes a mi mano pretendían apoderarse de lo que no era suyo, incluso uno de ellos dijo que me autorizaría a fabricar perfumes para su provecho. —Francisca notó que la nostalgia la invadía por el mero hecho de hablar de su marido, así que cambió de conversación—. ¿Qué vamos a hacer con

esos dos truhanes?

—Ya nada. Están muertos. El ventero ha sido de la misma opinión que yo: todo se complica cuando interviene la justicia; mejor dejarlo arreglado. ¿Quién le ha enseñado a luchar?

—Se sorprenderá: una china, en Cantón, y Severino, mi primer marido, me animó. Me dijo que una mujer debe saber defenderse, y aquella era la mejor forma.

Al día siguiente le dolían las muñecas y los pies a causa de las ligaduras, pero apretó los dientes y subió al calesín. A partir de entonces no les permitieron entrar solas en ninguna de las posadas en las que se detuvieron, y el resto del viaje hasta Jalapa los acompañó la lluvia.

Jalapa era similar a Acapulco. Una población con numerosas posadas, almacenes para mercancías, sucesivas ferias, llenas de tenderetes y de despachos con escribanos y notarios para cerrar las ventas, y las tan apreciadas subastas de mercancías procedentes de Asia o de Europa. El trasiego de personas relacionadas con el comercio y el transporte la convertía en una ciudad engañosa, pues nadie permanecía en ella: arrieros, juristas, mercaderes, asentistas, mozos de cuerda, vendedores. Tras el día de trabajo venía la noche y surgía el lado oscuro de la ciudad: venta de esclavos, prostíbulos, pulquerías, peleas de gallos y mesas de naipes o dados y personajes de baja estofa con cuentas pendientes con la ley.

Dos hombres armados se ocuparon de las bolsas de viaje y las acompañaron a la posada, en la que conocían al tío Virgilio. Cuando bajaron a cenar, el comedor estaba invadido por comerciantes, militares y viajeros. El tío Virgilio había tenido la precaución de reservar una mesa, y se sentaron a esperarlo. Francisca paseó la vista por la amplia taberna y se preguntó si Jacinto se habría enterado de su llegada. La respuesta entró por la puerta en compañía de su tío.

—¡Mira qué casualidad! Me he topado con Jacinto —dijo en un tono que no admitía desmentirlo. Tomó asiento y con la misma sorna continuó—: No lo he preguntado, pero apostaría un carro de los que me acompañan a que tiene un pasaje en el mismo barco. Seguro que se trata de otra casualidad.

—Yo lo explico, Jacinto. —Francisca se anticipó al ademán de su primo—. Lo explotaban y no le pagaban, lo que lo condenaba a trabajar para su hermano de por vida. No me parece justo el asunto de la primogenitura, y no pretendo discutir acerca de algo que no tiene solución, pero sí puedo ayudar a desuncir al esclavo.

El tío Virgilio soltó una carcajada.

—No sea tan melodramática, sobrina. Yo soy el menor de los tres hermanos Ledesma. Con la familia he aprendido todo lo necesario para salir adelante, igual que Jacinto. Yo hallé la forma de independizarme de Cesáreo; Jacinto habría encontrado su camino; lo único que ha hecho ha sido precipitar los acontecimientos.

—Me alegro de que no me censure. Por lo que cuenta, la situación se repite.

—No exactamente. Cuando yo trabajaba con Cesáreo, este no remoloneaba. Sabía combinar la sociedad con el trabajo. Sin embargo, Luis Miguel no ha aprendido nada y mi hermano no se muestra exigente con él. El propio Cesáreo ha cambiado, algo que me da miedo porque, aunque ya no estemos juntos en los negocios, el apellido arrastra.

—Le anticipo, tío, que esos negocios están muy descuidados —intervino Jacinto—, y que falta dinero. Luis Miguel se ha metido en varios aprietos a causa de las apuestas. Están buscando desesperadamente una buena heredera.

—¡Vaya! Me lo temía, pero ignoraba que la situación fuera tan grave.

Detuvieron la conversación mientras repartían un guiso de carne de gallina con verduras y una salsa de la zona, que acompañaron con pan, queso y buen vino de España.

—Por esa razón, he cerrado el trato de los perfumes y de la joyería barata con usted y no con Cesáreo. Tiene la exclusiva en Nueva España. ¿Me permite darle un consejo? Dirá que no es de mi incumbencia, pero ya empieza a conocerme y no sé callarme.

—Si es sobre Cesáreo, sabré lidiar ese toro.

—No, es sobre mis primas, sus tres hijas. Le deseo una larga vida; sin embargo, la última palabra la tiene Nuestro Señor. El niño es muy pequeño y las cuatro mujeres quedarían desamparadas. No soy la

única ni la primera mujer comerciante. No cierre los ojos y edúquelas, enséñeles el negocio, la contabilidad, que lo acompañen en el cierre de los tratos, que conozcan los pagos e impuestos, que puedan defenderse de hombres como Luis Miguel, porque pobre de la mujer que consienta, pues acabará como doña Eufemia.

—Es una idea que me ronda desde que la he conocido, Francisca. En las lonjas se habla de mí con cierta lástima al estar rodeado de mujeres y carecer de varones: como bien ha señalado, Juan José sólo tiene tres años. No lo esperábamos. —Sonrió ante el recuerdo —. Las niñas tienen edad para aprender, y me sentiría más tranquilo. Ahora mismo, la responsabilidad me pesa como una losa.

—Y si, además de enseñarles, no las empujara al matrimonio, tendría su respeto y su cariño, como mi padre se ganó el mío. Era muy liberal, y, como yo me apañaba bien, nunca me presionó.

—E hizo bien, porque los pretendientes que me ha descrito no eran los adecuados. Aun así es su segundo matrimonio —notó don Virgilio.

—¿Y qué espera de las islas? El virrey sólo envía presidiarios y gentes de fortuna, y los funcionarios van con familia y huyen en cuanto pueden. No soñé con casarme una segunda vez; ha sido una sorpresa.

—¿Tan horrible es aquello?

—Ahora que he emprendido este viaje, me doy cuenta de lo grande que es el mundo.

El tío Virgilio se sonrió.

—Todos estamos ligados al lugar en el que vivimos: vayas a donde vayas, la vida, en el fondo, es la misma. Pero eso es algo que cada uno debe aprender. Creo que es un buen consejo y que debo seguirlo.

—Los hombres de mente abierta son una bendición —lo halagó Francisca.

—¿Y qué planes tiene para este joven prófugo?

—Me ayudará a instalarme y con los negocios. Eso le dará un margen para introducirse en la sociedad y conocer los contactos adecuados. Habrá de abrirse camino, como tendré que hacer yo, pero nos apoyaremos el uno al otro. Y convendremos un sueldo.

—Con un sueldo, habré de llamarlo don Jacinto. A mí no me lo pusieron tan fácil —dijo el tío, jocoso.

—No mienta —delató Jacinto—. En la ciudad el apellido Ledesma abre puertas; en Cádiz no me abrirá ninguna, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Si me quedo en Nueva España, mi familia dará conmigo, y no seré capaz de negarme a ayudarlos.

Llegaron noticias de la fragata que venía de Cádiz y Jalapa se puso en movimiento. De varias posadas emergieron hileras de carros y recuas de mulas hacia Veracruz. El camino, pese al trasiego de siglos, era complicado por lo accidentado. Cruzar el río de La Antigua se convirtió en una odisea, con el peligro añadido de la abundancia de caimanes en las riberas. Veracruz decepcionó a Francisca. Maloliente, llena de tinglados, almacenes y posadas inferiores en comodidad eran razones por las que las ferias se desarrollaban en un lugar alto y más saneado como Jalapa.

El día de embarcarse Francisca se despidió de su tío con emoción. Prometió que cuidaría de Jacinto, aunque ella lo consideraba un hombre.

—Un hombre joven y que nunca ha salido de casa, por lo tanto proclive a verse envuelto en líos —matizó su tío.

A Francisca le hizo gracia, y le halagó al mismo tiempo que su tío la considerase una mujer de mundo.

El puerto no contaba con un muelle, y a las mujeres las transportaban en unas sillas, llevadas por dos braceros, hasta el bote. Por la playa corrían unos cangrejos azules de aspecto peligroso para los pies, y el pobre Jacinto hubo de descalzarse para alcanzar la barca y subirse. La fragata era vieja a simple vista, y Francisca se preguntó, con cierta aprensión, si no se habría precipitado en embarcarse. El capitán, de mediana edad, parecía agradable. Un grumete cargó con las bolsas y las condujo al camarote, mientras Jacinto era atendido por otro marinero.

—Hay cuatro catres —constató Cósima, ya familiarizada con la vida en un barco.

—Se espera que embarquen otras dos señoras —replicó el grumete antes de retirarse.

Las dos mujeres llegaron muy justas de tiempo. El barco había

terminado de cargar las jaulas de gallinas y los últimos toneles de agua. Antes de que el capitán diera la orden de levar anclas, le anunciaron que se aproximaba el bote con las dos pasajeras. Francisca se hallaba en el alcázar con Cósima y Jacinto, que asistía fascinado a las faenas del barco: era su primer viaje por mar.

—¡Ay, Remigia! ¡Qué sofoco! Casi perdemos el barco —exclamó una de las señoras una vez en cubierta en medio de un revoltijo de faldas y el escote cerrado a pesar del calor.

—Ya te dije, Purificación, que ese arriero nos estaba engañando, pero tú a lo tuyo —reprendió la otra mujer, mientras la ayudaban a salvar el último tramo hasta la cubierta. Vestían muy parecido: entre modernas, en cuanto al corte, y antiguas, en cuanto al recato.

—¡Otra vez esas dos! —exclamó uno de los oficiales en voz baja al compañero, y, como se hallaban cerca de Francisca, esta los oyó—. ¡No callan ni debajo del agua!

Eran dos hermanas que vivían en La Habana, le contaron a Francisca, y que, por asuntos de la herencia de un tío, se habían desplazado a Ciudad de México, así que desembarcarían cuando recalaran en Cuba.

La fragata se hizo a la vela en medio de un nuevo chubasco, pero con el mar en calma, lo que fue de agradecer hasta que se acostumbraran al cabeceo de la nave. Las dos hermanas subieron a cubierta, y les detallaron el viaje que compartirían: dejaban atrás la fortaleza de San Juan de Ulúa y arrumbaban al nordeste, hacia Florida, luego descenderían hacia La Habana, donde recalarían para intercambiar pasaje y mercancías y embarcar otras, así como para abastecerse para alcanzar las Azores.

—Están muy informadas de la ruta y de los trabajos en los barcos —se admiró Francisca.

—Nuestra familia se dedica al comercio desde hace un siglo: abuelos, padres, tíos y hermanos —explicó doña Purificación—. Las conversaciones siempre giraban en torno al momento de la zafra, de la llegada de los barcos, hundimientos, tormentas, piratas. En fin, ya conoce la vida caribeña.

—No, no la conozco. Nací en Manila y es la primera vez que viajo tan lejos.

—¡Remigia! ¡Mira! ¡Una manileña! —Su hermana se acercó, intrigada, a observar la rareza.

Desde entonces, fue imposible callar. Francisca les habló de Cantón y Manila y ellas, de La Habana y Luisiana. Las hermanas eran agradables, aunque demasiado intensas para soportar con ellas el encierro en el camarote durante un tiempo prolongado. Por otra parte, se mostraron muy hospitalarias cuando la invitaron a conocer La Habana.

—Por supuesto que pueden desembarcar unas horas —aclaró doña Purificación—. No se harán a la vela hasta dentro de varios días.

Hablaron con el capitán y les concedió el permiso, siempre que dejasen sus efectos personales a bordo, como medida de seguridad de su vuelta. Entusiasmada ante la posibilidad de conocer una ciudad tan renombrada, Francisca habló con Jacinto y decidieron pasar una noche en un alojamiento que les recomendaron las hermanas.

Si Ciudad de México rezumaba riqueza, La Habana añadía el toque distinguido y sofisticado como el puerto más importante del Caribe y en posesión de unos astilleros en pleno rendimiento. Y el olor. La ciudad de la laguna era insalubre, y La Habana olía a mar, a dulce de azúcar y al humo del tabaco. Ni siquiera Manila contaba con unas fortificaciones tan sólidas y atendidas como aquellas. Los fuertes del Morro y de la Punta defendían la entrada de la bahía, pero había otros dos por si conseguían rebasarlos, la fortaleza de San Carlos de la Cabaña y el castillo de la Real Fuerza. A eso se sumaban las murallas que la defendían de un ataque por tierra. Las casas eran elegantes, con las calles porticadas para salvaguardar a los transeúntes del sol, y en los pisos superiores se abrían corredores con una veranda, excelentes para descansar al final del día. Cancelas de hierro forjado que emulaban la labor de las encajeras, ventanas adornadas con un alfiz barroco, calesas con mujeres vestidas a la última moda con ricos algodones y acompañadas por sirvientes negros. La ciudad bullía de actividad en los mercados, los talleres de torcido de tabaco, tiendas abarrotadas con productos de Cartagena, Veracruz, Florida o cualquier país de Europa, pues el puerto se abría en tiempos de paz. La población esclava sustituía a la población

sangley. Cuanto más al este, con menos chinos se tropezaban.

Regresaron al barco y encontraron cambiado el camarote: uno de los catres había sido retirado y había quedado más espacio para los tres restantes. No tardaron en conocer a la mujer que las acompañaría hasta Cádiz, una jovencísima viuda de un alférez de navío: doña Julia Molina y Castro.

—Vuelvo a casa de mis padres —les contó—. Mi marido sufrió un dolor agudo en el vientre y falleció en un par de semanas. Estaba destinado en La Habana, pero ninguno de los dos contamos con familia aquí.

—Yo estoy casada con un teniente de la Real Armada y mi viaje es para reunirme con él en Cádiz —correspondió Francisca a la confidencia.

—Es usted afortunada. —La mujer era de maneras pausadas, de rostro sereno y sonrisa amable que, sin ser hermosa, le confería un atractivo. La viveza de sus ojos denunciaba su juventud y la dureza del luto impuesto; el cabello oscuro bien cuidado, como las manos, y la ropa poco gastada denunciaban la calidad y la educación—. ¿Proviene de una familia de marinos? —Francisca negó con la cabeza—. Yo sí. Me dije que no me casaría con uno, pues conozco la soledad de las largas ausencias, los retrasos en las noticias, los rezos de mi madre para que retornasen sanos y salvos mi padre y mis hermanos. Yo no quería eso para mí, pero me enamoré como una tonta, así que no puedo lamentarme.

—Comprendo su pena. Le confesaré que yo también me he casado por amor. Somos unas románticas. —Se sonrieron y empatizaron rápidamente.

Doña Julia les explicó que la parte más precaria de la navegación era pasar el canal de las Bahamas que circunvalaba la Florida, jalonada de islotes y bajíos, con la dificultad añadida de las variables corrientes que confluían desde varios sitios y formaban remolinos. Los naufragios eran usuales. Con el alma en vilo, observaron cómo superaban tan complicado paso. En varias ocasiones avistaron velas, pues era una ruta consolidada. A medida que avanzaban hacia el norte, el aire refrescaba, aunque el tiempo se mantenía estable.

Con el paso de los días, a Francisca no le pasó desapercibida la

atracción que crecía entre doña Julia y su sobrino Jacinto. Dudó en intervenir, pero recordó que ya eran mayorcitos para cometer sus propios errores: Jacinto tenía veintitrés años y la viuda era más joven, pero ya sabía de la vida. Sospechaba que la familia de ella era noble; su sobrino era un imberbe sin futuro.

En cuanto viraron al nordeste, se internaron en el océano, y la soledad del mar y del cielo infinito los envolvió. A Francisca la rutina de los días le pesaba, pero le reconfortaba el pensar que cada día se encontraba más cerca del final de su periplo. Arrebujada en el mantón de seda, contempló desde el alcázar la difusa costa de la isla San Miguel, donde recalarían para renovar el agua y comprar frutas a los isleños. Los cielos se habían nublado y amenazaban con uno de esos chubascos pertinaces propios de las Azores, según los oficiales. Francisca pagó a uno de los grumetes para que le consiguiera frutas y alguna golosina para tener en el camarote. Cruzar el Atlántico era un juego al lado de la travesía que había realizado por el Pacífico, sin una sola recalada durante meses. Doña Lisarda habría soportado mucho mejor este viaje, pero ya era tarde para cambiar las decisiones.

A los tres meses de haberse hecho a la vela en Veracruz, avistaban el cabo de San Vicente. Tres días después, que se le hicieron eternos a Francisca a causa de la impaciencia, enfilaban la bahía de Cádiz, bajo la mirada de las fortificaciones y la bienvenida de la iglesia de Santa Cruz, cuyas torres y cúpula desafiaban al azul intenso del cielo.

Allí, en algún lugar, la aguardaba Melchor. Tras dos largos años, ambos estarían muy cambiados. ¿Cómo sería el encuentro? El rostro de su marido casi se desdibujaba de su memoria. Demasiado tiempo separados.

43

Cádiz, octubre de 1803

Los tres amigos habían saldado cuentas y habían renovado la sociedad mercantil, ya que Mier y Anievas se habían embarcado de nuevo e iban rumbo a La Habana. Sin embargo, Melchor había sacrificado el nuevo destino por un puesto en el arsenal de La Carraca hasta que llegara Francisca.

El que consideraba su barco, el Montañés, había sido conducido a La Carraca en cuanto se produjo el cambio de comandante el día 1 de junio. Álava había arriado su insignia y la había izado don Fernando Bustillo de la Cueva, montañés de nacimiento, del valle de Toranzo, quien se había ocupado de que se realizaran las reparaciones necesarias y, luego, el navío se había dado a la vela rumbo al Ferrol, el nuevo destino.

Por doña Úrsula, la prima de su madre en cuya casa se alojaba, se había enterado de que un pequeño palacete salía a la venta ante la falta de herederos, para satisfacer las deudas que había contraído la vieja ocupante, con mucho título pero escaso erario, algo que le resultaba familiar.

El palacete, construido con la característica piedra de Cádiz, había sido en su origen una casa de comerciantes, a la que habían retocado la fachada y la puerta para que estuviera en consonancia con la nobleza del nuevo dueño.

La parte baja se distribuía alrededor de un patio con un pozo útil y una fuente de adorno que refrescaba el ambiente: almacenes, el lavadero y las cocinas, además de un despacho con anaqueles. Los arcos, que protegían un corredor abierto, eran carpaneles y sustentaban el corredor superior.

Escogió uno de los almacenes con una gran ventana enrejada, que comunicaba la estancia con el exterior, para recrear el taller de

Francisca en Manila. Incluso había ordenado que la ventana se cubriera con una gasa de algodón muy fina para salvaguardar el lugar de los insectos que acudieran atraídos por el olor dulzón. Y el suelo era de losas de piedra con fuegos sobre un poyo para evitar incendios y, en medio de la sala, había una gran mesa de madera sobre la que Francisca pudiera trabajar.

Una amplia escalera imperial de mármol frente a la cancela de entrada al otro lado del patio conducía a la primera planta. El salón familiar lo había decorado con la novísima moda francesa, por la que los muebles se estilizaban y las formas y la decoración se simplificaban, llenando menos el espacio. Había conservado la enorme chimenea, que daba carácter a la habitación, y había dispuesto un pequeño escritorio para la correspondencia y las notas sociales. Seis habitaciones completaban la vivienda, aunque Melchor sólo había amueblado el dormitorio principal y había destinado la estancia vecina a baño y excusado, una extravagancia que Francisca apreciaría.

Melchor salió de La Carraca con las alforjas al hombro. Un mozo de cuadra del astillero le había preparado un caballo para trasladarse a Cádiz. Había conseguido un permiso de cinco días para reunirse con su esposa, a la que no veía desde hacía dos años. La carta que le había escrito desde Veracruz había llegado tres días antes que la nao de Francisca, por lo que había tenido el tiempo justo para preparar el recibimiento y ordenar al lacayo que las fuera a recoger al muelle.

Pasó por la Puerta de Tierra y entró en el núcleo urbano. No tardó en desmontar frente al portón. El lacayo de guardia fue a hacerse cargo de la montura y de las alforjas. Melchor, impaciente y nervioso ante el reencuentro, entró en la vivienda. El patio se hallaba ocupado por los fardos y cajones desembarcados. Subió las escaleras; por los corredores laterales se sucedían los baúles. Siguió el sonido del revuelo y de las voces hasta el dormitorio principal.

—Cósima, toma nota: un armario para la ropa en la estancia del baño. Narcisa, tenga cuidado con ese vestido.

Melchor se detuvo en el umbral y observó en silencio a Francisca, afanada en vaciar los baúles con la ayuda de las sirvientas que él había contratado. No estaba tan delgada como cuando desembarcó

en Acapulco: la travesía atlántica era mucho más corta y amable que la pacífica. La mujer se volvió y lo descubrió contemplándola.

—Estás igual que en mi sueño —dijo Melchor, galante.

—Es mentira, adulador —sonrió Francisca, tan nerviosa como él—, pero sigue mintiendo y yo lo creeré.

Mientras hablaban, no dejaban de contemplarse, de recordar cada gesto, cada arruga. Dos años separados y mucha vida de por medio.

—Cósima, Narcisa, haced esto más tarde. Ocupaos de acomodar la porcelana en el salón grande.

Melchor se apartó de la puerta para que pasaran. Cerró detrás de ellas y se aproximó a Francisca. Sin dejar de mirarla, alzó una mano, con la que recorrió el rostro de su esposa, y bajó hacia el cuello. Lo hizo lentamente, recordando la tersura de la piel y aspirando la fragancia tan familiar. Lejos, en el mar, quedaba la agonía de la soledad, y se abrazó al cuerpo estremecido y sintió sus brazos vivos. Se besaron sin prisa y las manos, tanto tiempo vacías, recorrían el cuerpo ajeno, memorizando lo olvidado. Comenzaron a desvestirse, Melchor perdido en los ojos de Francisca que decían más de lo que ella sospechaba. ¿Hablarían los suyos el mismo lenguaje? Cuando la última prenda fue arrojada al suelo, llegó el romanticismo sobre las suaves sábanas de algodón indio, el amor sin pausa, cálido, sensual y contemplativo. Los dulces quejidos le confesaron su devoción y el mecerse al unísono desveló el vientre amante que no lo había olvidado y temblaba removido por la pasión. Y desfallecer juntos, perezosos para separarse, con los sentimientos más íntimos desbordados.

—Estoy enamorada de usted, señor Crespo.

Los ojos azules de Melchor se estrecharon por la sonrisa que anegó su cara.

—Es usted más valiente que yo, señora de Crespo, pues en Acapulco quedó mi corazón al lado del suyo y me marché como un cobarde, sin advertírselo. Le agradezco que haya tenido la consideración de cuidarlo en tan largo viaje y de devolvérmelo. Hasta este instante, he sido un hombre incompleto, sin vida.

—Yo también he sido una mujer sin vida cuando falleció nuestra pequeña Guadalupe.

—¡Oh, Francisca! —Melchor la abrazó y sumergió la cara entre sus senos—. ¡Cuánto lamento no haber estado a tu lado! Me volví loco de pena cuando recibí tu carta.

—Nació muy pequeña y con problemas para sobrevivir. —Melchor levantó la cabeza y recogió con los dedos las lágrimas que Francisca derramaba—. ¡Qué estúpida! Es un momento para la alegría, no para la tristeza, pero me ha costado separarme de ella, dejarla atrás, como a mi madre.

—No la has dejado atrás: está aquí, entre nosotros, en nuestros corazones. Sonriendo con su carita redonda y sus ojos azules.

—¿Recuerdas mi descripción? —Francisca se emocionó de nuevo.

—Mil veces la he leído, por si me había perdido algún detalle.

El día transcurría inclemente, y decidieron arreglarse y bajar a inspeccionar lo que había en el patio.

—La familia de Mier se hará cargo de lo que desees vender —le comunicó Melchor—. Mañana te acompañaré al despacho del abogado que lleva mis asuntos y te presentaré.

—Buenas tardes.

Melchor asomó por detrás de un fardo y se encontró con un joven bien parecido y acicalado.

—Buenas tardes. ¿Por qué no le ha anunciado el lacayo?

—Porque vive aquí —contestó Francisca—. Me traje de Ciudad de México un recuerdo.

Melchor frunció el ceño, confuso.

—No admito esclavos en mi casa.

—Me alegro. Es mi primo Jacinto, hijo del tío Cesáreo. Vivirá con nosotros hasta que encuentre empleo y me ayudará a poner orden en mis asuntos hasta que pueda navegar en solitario. ¿Es así como lo decís los marinos?

—En ese caso, bienvenido a bordo, Jacinto.

Los cinco días de permiso pasaron en un suspiro para Melchor entre despachos jurídicos y comerciales, para que Francisca vendiera su cargamento y se despejara el patio de la casa. La familia de Mier aceptó de buen grado la compra y contrató a un joven tan preparado como Jacinto para que trabajara en la casa comercial.

Regresó al arsenal de La Carraca, en el que se ocupaba del

polvorín y la fabricación de balas como oficial de artillería hasta que lo incorporasen a la dotación de algún barco. Mientras tanto, visitaba a Francisca con la mayor frecuencia que le era posible.

La casa, poco a poco, cobraba forma. Francisca había adquirido nuevos armarios y otros muebles necesarios, y entre ella y el servicio habían ido desembalando su ajuar. Días después, los hombres enviados por la Casa de Mier habían retirado el cargamento del patio. Le habían pagado mucho más por él que en Acapulco al no mediar tanto intermediario o agentes.

A Jacinto lo veía poco desde que se había incorporado al trabajo; sin embargo, la joven viuda, doña Julia, la visitaba con frecuencia y la asesoraba sobre tiendas y costumbres locales, aunque a Francisca no la había engañado por mucho que disimulara el interés que le despertaba Jacinto. Como estaba de luto, doña Julia había encargado a una de sus hermanas que organizara una merienda para presentarlo a las amistades. Al cabo de un mes, Francisca se había aclimatado a la nueva ciudad y había organizado su taller de perfumería. Melchor la había sorprendido con el regalo de un cajón de especias para sus aromas. Francisca había escrito a Jian para describirle Cádiz y la facilidad de vender cualquier producto; y a su madre para comunicarle la noticia de que volvería a ser abuela.

Era un nuevo milagro. Pese al malestar del comienzo del embarazo, se acariciaba el vientre con la esperanza renovada. Aunque no olvidaba a su pequeña Guadalupe, deseaba la maternidad, el llenar sus brazos de nuevo.

Epílogo

Cádiz, 23 de octubre de 1805

A Francisca le iba a estallar el pecho de ansiedad. Además de soportar la incertidumbre del resultado de la batalla y de si seguía casada, ahora se había desatado una tormenta. Las noticias corrían por las calles: que si la batalla había sido terrible, que arrastraba cientos de cuerpos hasta la costa, que si el mar se había teñido de sangre…

—Señora, la pequeña María la reclama. —Cósima interrumpió su inquietud—. ¿Por qué no contrata a una nodriza?

—Ya lo he hecho, empezará dentro de una semana. Ha costado encontrar una con garantías. Tráemela. ¿Y Gabriel?

—Ha venido su primo Jacinto, y está con él.

—Dile que bajaré en un rato.

Jacinto se había situado bien en la sociedad gaditana. Trabajaba en el despacho de la familia de cargadores Mier y le llevaba la administración de las inversiones a Melchor. Había conseguido comprar una casa y, una vez cumplido el año de luto de Julia, había solicitado su mano y había contraído matrimonio. A pesar del trabajo y de las responsabilidades familiares, visitaba con frecuencia a Francisca cuando Melchor se hallaba ausente. Francisca ignoraba si lo hacía por cariño o por haber alcanzado algún acuerdo con su marido para que velara por la familia.

La lluvia, llevada por el fuerte vendaval, golpeaba con fuerza los cristales. Cósima entró con la pequeña en brazos, que lloraba desconsolada, y Francisca preparó el pecho. En cuanto la niña lo enganchó, se hizo el silencio.

Aquella maldita guerra había empezado el año anterior, cuando los ingleses habían roto la paz al atacar, sin mediar aviso, una flota que retornaba a la Península con pasajeros civiles desde Montevideo, entre ellos el gobernador Bustamante y Guerra con su esposa. Una

de las fragatas era la Fama, que se había quedado descolgada durante el regreso de la escuadra de Álava; sin embargo, el drama había culminado con la explosión de la fragata Mercedes, en la que viajaban mujeres y niños. Francisca se había estremecido cuando había recibido la noticia. Habían apresado a las restantes y las habían conducido a Londres. Las campanas de Cádiz habían tocado a difuntos.

Y ahora, de nuevo embarcado en el Montañés, Melchor había salido del resguardo de la bahía con el resto de la flota combinada a enfrentarse a los ingleses, de forma absurda a su juicio y al de los gaditanos. Allá a donde fuera, el comandante francés Villeneuve no era muy apreciado, pues se había difundido el desastre de Finisterre, y se lo consideraba mal marino y peor estratega.

Se limpió y se recompuso el pecho cuando notó que la niña se había dormido y no succionaba. Cósima asomó como si lo hubiera presentido y le cogió la niña. Una vez liberada hasta la siguiente toma, Francisca se encaminó a la sala familiar, donde Jacinto entretenía con unos animales de madera a Gabriel, que ya había cumplido el año y medio. Francisca preguntó directamente lo que le preocupaba.

—Buenos días. ¿Se sabe algo?

—Buenos días, querida prima. Con esta tormenta, es difícil. Han sido avistados algunos barcos fondeados en Rota, bastante desvencijados, pero ignoro los nombres.

—¿Y esos cañonazos que se oyen?

—Son los que se encuentran a la deriva y sin posibilidad de entrar en la bahía para refugiarse. Piden auxilio.

Francisca se llevó la mano al pecho, que latía con angustia. No era pesimista, pero no podía evitar el miedo de que Melchor se hallara desamparado en medio de ese mar inclemente.

—No se angustie sin necesidad, prima. Mañana obtendremos más noticias. Volveré.

Y lo hizo al atardecer del siguiente día con la noticia de que el Montañés era uno de los barcos que estaban aguantando el temporal frente a Rota. Para Francisca fue un alivio, pues la ayudaba a mantener la esperanza. Sin embargo, hasta el día 29 el viento sur

no amainó. La mar gruesa se tornó en bonancible y permitió que el Montañés desembarcara a los heridos.

Jacinto irrumpió en el patio con la noticia de que Melchor había sido ingresado en el hospital de la Segunda Aguada. Francisca se arregló en un suspiro y bajó las escaleras corriendo. El servicio se asomó al patio y expresó los mejores deseos a su señora. Jacinto la ayudó a subir a la calesa y por el camino observaron los destrozos de la devastadora tormenta. La explanada delante del hospital se hallaba llena de heridos, atendidos por monjas de un convento cercano, que se habían ofrecido a ayudar.

Jacinto la guio al interior y preguntaron a una mujer, vestida con un delantal y una cofia, por el teniente Crespo. Se acercó a una mesa y consultó una lista.

—Síganme. Si creo que es quien sospecho, el médico le dará el alta con gran placer.

A Francisca le extrañó el comentario, y, antes de entrar en una larga sala, escuchó las voces de su marido y suspiró de alivio: si era capaz de esos exabruptos, no estaría tan mal. Sin embargo, el espectáculo al que asistió hasta que llegó al catre en el que se encontraba Melchor no fue agradable, y se le encogió el alma: unos con la cabeza vendada y múltiples cicatrices, otros habían perdido algún miembro y gemían sumidos en el dolor, inconscientes y medio desangrados.

—¡Maldito seas Villeneuve, tú y toda tu estirpe! ¡Cobarde incompetente! ¡Inepto! —gritaba Melchor, febril. Le habían vendado el brazo al cuerpo y presentaba varias heridas en la cara, aunque sospechaba que habría algunas más en las partes no visibles.

—¿Es usted su esposa? —le preguntó un hombre con un delantal lleno de sangre. Francisca asintió—. Pues lléveselo. Altera a toda la sala. Sólo tiene el brazo roto y le ha subido la fiebre como consecuencia de no haber sido atendido durante días. La buena noticia es que no se ha producido una gangrena. Se lo puede curar el médico de la familia. Usted —indicó a Jacinto—, coja de ahí, y yo cogeré de aquí.

—¡Ahí tenéis! Un cañonazo con mi nombre. ¡Traidores! —seguía gritando Melchor en medio de su enajenación.

Lo trasladaron en el mismo catre, que servía de parihuela, hasta la calesa. Lo sentaron entre los dos y Jacinto arreó los caballos mientras Francisca se ocupaba de mantener derecho a Melchor. El aire lo calmó y se quedó dormido, lo que facilitó el viaje de regreso. En la casa, los lacayos lo subieron a la habitación y avisaron al médico.

Durante los siguientes días, la inflamación del brazo bajó y la fiebre remitió, le realizaron las curas de múltiples cortes y le pusieron el brazo en cabestrillo. Uno de los lacayos lo ayudó a bañarse y le puso ropa limpia. Melchor, una vez recuperado, impaciente y desoyendo las advertencias de Francisca, fue en busca de noticias y volvió alterado.

—¡Malditos franceses! No sólo huyó Villeneuve, sino también Dumanoir. ¡Cobardes!

—¿Qué ha sucedido? —se interesó Francisca, saliendo de su taller al encuentro de su marido.

—La derrota más humillante. Tanto esfuerzo para nada. —Melchor se desinfló, embargado por la tristeza—. El comandante Alsedo Bustamante ha muerto a causa de la estupidez de los galos. Entregamos su cuerpo al mar frente a Rota. No se podía hacer otra cosa. Nos batimos bien. Los cañones del Montañés dispararon siempre que se les ofreció la ocasión. Los artilleros tenían experiencia y los marineros eran gente de matrícula de mar, norteña y bregada en aguas difíciles. Pero en lugar de estrategia, hubo mucha incompetencia y falta de órdenes por parte de los franceses. Y luego el temporal que nos impidió acudir en ayuda de los compañeros. El Montañés estaba tan descalabrado que el pobre Gutiérrez de Rubalcaba no hacía más que tender espías para que el oleaje no nos estrellase contra la costa o los bajíos, pero aguantó, por lo que fuimos afortunados.

Francisca hizo lo único que podía hacer: abrazarlo y ofrecerle su consuelo. Comprendía la impotencia que corroía a su marido, pero ella cerraba los ojos y se adhería a ese hombre que milagrosamente, por lo que contaban en las calles, había regresado entero. La felicitaban los vecinos por la hazaña del Montañés, que había represado los navíos Neptuno y Santa Ana, que comandaba Álava, el

que había sido jefe de la escuadra de Asia. Y Francisca sonreía orgullosa de su marido.

En los meses siguientes, la población gaditana seguía volcada en las historias del combate naval, a medida que los heridos se recuperaban y relataban sus experiencias. Melchor había repetido la suya hasta quedarse ronco allá donde quisieran escucharlo, y siempre terminaba con una maldición para el francés.

No obstante, aquella batalla trajo buenos vientos a la familia. Una tarde, durante la siesta y después de hacer el amor, Melchor acarició la cara de Francisca y mirándola a los ojos planteó.

—¿Y si dejo la Armada? Cuanto más tiempo paso en casa menos me animo a abandonaros. Además del acuerdo que cerré con Mier y Anievas, he realizado buenas inversiones, según Jacinto, en viñedos, olivares, salinas y en la producción de todos ellos.

—¿No te aburrirás como rentista? —se preocupó Francisca, aunque su corazón saltaba de alegría—. Me harías la mujer más feliz del mundo, pero no lo deseo a costa de tu sacrificio.

—En absoluto. Estaba pensando en algo que conozco: un pequeño astillero para construir goletas y embarcaciones menores.

Interrumpieron la conversación y se incorporaron para escuchar mejor el revuelo de voces y exclamaciones que venía de abajo.

—¿Alguno de los niños? —elucubró Francisca, que había abandonado el lecho y empezaba a vestirse. Melchor siguió su ejemplo; la siesta había terminado.

Llamaron a la puerta perentoriamente y Francisca comprobó que Melchor estuviera presentable antes de dar el permiso.

—¡Señora! ¡Su madre! —Entró, acalorada, Cósima.

—¿Le ha sucedido algo? ¿Cómo ha llegado la noticia? —preguntó con un nudo en el estómago.

—¡Está aquí! ¡Abajo! —Cósima no salía de su asombro. Parecía que había visto un fantasma.

—¡¿Cómo?! —exclamaron al unísono los esposos, y se precipitaron a la escalera.

Doña Lisarda, acompañada de su doncella mexicana, se hallaba en medio del patio, con su vestido de viaje, rodeada de baúles y el cansancio reflejado en la caída de sus hombros.

—¡Madre! —gritó Francisca, mientras bajaba las escaleras. Melchor no consiguió alcanzar a su ágil esposa.

Una vez abajo se fundieron en un abrazo madre e hija, y las lágrimas brotaron en tanto Melchor y Cósima aguardaban a su lado a que se separasen. Superada la impresión del encuentro, subieron al salón familiar.

—¿Qué ha sucedido para que usted se aventurara sola a semejante viaje? —indagó, con cierta angustia, Francisca, pues no ignoraba que algo grave había movido a su madre a dejar Nueva España.

—Te escribí contándotelo, pero compruebo que no ha llegado el correo con la guerra. De hecho, creo que he viajado yo con él.

—Empiece por el principio —sugirió Melchor, igual de intrigado que su esposa.

—Al año de irte, Eufemia falleció. Anteriormente, a causa de la huida de Jacinto, Cesáreo y Josefina me habían retirado el saludo, y los asuntos entre mis dos hermanos tampoco iban bien. Así que me vi sola. Entonces leí tu carta en la que me anunciabas que era abuela de nuevo. Creo que no era la primera que escribías, pero fue la primera que recibí. Me arrepentí de mi estúpida cobardía. Era contigo donde debía y quería estar. Hablé con Virgilio y me comentó las dificultades de navegar a Cádiz desde Veracruz. Desde La Habana había más probabilidades de encontrar un barco, aunque ignoraba el tiempo que podía transcurrir a causa de la guerra. Así que me armé de valor y fui a La Habana. A los dos meses de mi estancia, conocí a dos hermanas de mi edad, muy divertidas, y hablando resultó que habían coincidido contigo en el viaje.

—¡Ah, sí! —recordó Francisca—. Purificación y Remigia.

—Las mismas. Y, gracias a ellas, Virgilio y yo hemos vendido todo lo que nos ataba a México y lo hemos invertido en grandes explotaciones tabaqueras en Pinar del Río, desde campos de cultivo hasta secaderos y talleres de torcido.

—¿Virgilio? Corre mucho, madre.

—En La Habana he estado viviendo casi un año. En el entretanto, Virgilio, a quien la vida se le había complicado en México por culpa de Cesáreo, me preguntó por la situación y la vida en Cuba; es más, vino a verme y se enredó en conversaciones con las dos hermanas,

quienes nos allanaron el camino para realizar las inversiones y el traslado de los efectivos a la isla. Así que ahora somos dueñas de tierras y de una hacienda en Cuba, que nos administra Virgilio junto a las suyas.

—¿Y cómo es que no se quedó allí? —se extrañó Francisca.

—Te echaba de menos. Y me animó el testimonio de los viajeros de que la travesía atlántica no era tan dura como la pacífica. Es igual de temible, pero mucho más breve y con las Azores en medio. El teniente Anievas me consiguió pasaje en una goleta que cruzaba el Atlántico con correo y caudales. No llevan civiles, pero el señor Anievas convenció de alguna forma al capitán. Viajé con menos comodidades y más peligro. Ya lo sé, no me reprendas —le rogó a su hija.

—¿Anievas? —se interesó Melchor.

—¡Ah, sí! Sus amigos llegaron en un buque de la Armada —recordó doña Lisarda—. Enseguida se entendieron con Virgilio, a quien ya conocían, pero no me preguntéis qué negocios se traían entre manos.

—La habitación de la señora ya está preparada —anunció Cósima.

—Madre, sea usted bienvenida —dijo Francisca, abrazándola de nuevo. La acompañó hasta el umbral y regresó junto a Melchor—. ¿Qué opinas de tanto trajín? —preguntó, desbordada con tanta novedad y por la felicidad de tener a su madre consigo—. Además del coraje insospechado de mi madre.

—Bueno, no tan insospechado: eres su hija —halagó Melchor—. Lo que sí me ha parecido interesante es que posea tierras y hacienda en Cuba. Las noticias sobre los avances de Napoleón son inquietantes, y quién sabe lo que ocurrirá por muy aliados que seamos ahora. Lo que he aprendido en mi corta carrera militar es que las alianzas entre potencias se hacen y se deshacen al arbitrio de los intereses, que no de los hombres.

—¡Oh, no! No me hables de cruzar más océanos y abrázame.

Nota de la autora

Hacía tiempo que deseaba regresar a mis orígenes literarios. Me estrené con una obra ambiciosa que se iniciaba en Cartagena de Indias, con un asalto combinado de la Armada Francesa y los colonos franceses afincados en el Caribe. El mar siempre me ha atraído como un imán; igual estoy influenciada por mi entorno santanderino. El caso es que un amigo, Alfonso García Aranzábal, me ofreció, sin saberlo, la ocasión de volver a escribir una aventura allende los mares, siguiendo la estela del navío de línea Montañés, que estuvo destinado a la escuadra de Álava y sirvió durante seis años en Asia.

Mis propósitos en esta novela son tres principalmente. El primero de ellos es reflejar las enormes distancias que debían recorrer las naves, ya fueran de guerra o mercantes, para mantener abastecidos los virreinatos y capitanías generales, distancias que se agrandaban si eran civiles los que se desplazaban. En aquella época, el viajero debía residir cerca del puerto a la espera de que alguna nave arribara y esta se dirigiera al lugar al que deseaba llegar, y si lograba esa casualidad, había de añadir la suerte de que el capitán admitiera pasaje civil en su barco, que no siempre estaba dispuesto. Con esto quiero señalar que un viaje entre los virreinatos y la Península podía alargarse uno o dos años con relativa facilidad. Con nuestra mentalidad actual, cuesta hacerse a la idea del riesgo que entrañaba, por aquel entonces, realizar semejantes travesías.

El segundo propósito se centra en el comercio. ¿Quién no ha oído hablar del galeón de Manila? Sin embargo, ¿en qué consistía ese comercio, cómo se organizaba, quiénes participaban? ¿De qué estamos hablando cuando nos referimos al comercio con Asia?

Y el tercero es Manila. Se ha escrito mucho sobre Legazpi y el asentamiento de los españoles, luego se produce un salto del siglo XVI al XIX, cuando se cubre la causa de la pérdida de la provincia de Filipinas. ¿Y qué sucedió entre medias? Manila, ciudad fortificada,

sufrió una constante carencia de emigrantes por diversas causas: la lejanía, las dificultades para defender el territorio fragmentado en mil islas, el escaso abastecimiento por parte del virreinato de Nueva España, del que dependía esta Capitanía General, y las terribles condiciones climáticas. La erupción del volcán Mayón fue relatada con todo detalle por un padre agustino y quedó registrada como una de las mayores tragedias en la historia de las islas.

La intervención de las órdenes monacales, como los agustinos, fue muy importante para la conservación de las islas bajo el dominio español. La mayor parte de los testimonios de aquel siglo provienen de los sacerdotes y frailes que poblaron esas tierras, conocedores de materias como la geología, hidrografía, medicina y farmacopea, agricultura, ingeniería —tanto civil como militar, pues llegaron a fortificar poblados— o la construcción de barcos pequeños para la pesca o para hacer frente a los moros de las islas de Joló.

Para mí, responder a las incógnitas que me iban surgiendo ha constituido mi propia aventura y espero que la de los lectores que me hayan otorgado su confianza al abrir esta novela.

La investigación en la que me sumergí me ha permitido ofrecer personajes históricos, como Valcárcel, Riquelme o el propio Álava. Pero hay dos figuras que me llegan muy dentro: Isidoro García del Postigo y Poyo, casado una española que residía en Chile, padre de seis hijos, debe trasladarse a la Península y deja atrás, con la familia de la esposa, al más pequeño, Carlos, por temor a que no soportara el rigor del viaje. Es el mismo Carlos quien acompañará a su padre en el viaje de regreso de la escuadra de Manila a la Península, y el mismo Carlos García del Postigo que se puso al frente de la Marina de las nuevas repúblicas en proceso de emancipación de Chile y de Perú. No pude sustraerme al encanto del teniente Ibargoitia y su valentía durante la búsqueda de una nueva derrota para alcanzar las costas americanas. No siempre acaban bien las historias, y la de este teniente terminó con un trabajo bien hecho que le costó la vida.

En cuanto a situaciones reales, recuerdo la de la herencia. En mi novela es una amenaza velada si no aceptan los términos porque pueden perderlo todo. En la historia real el caso fue mucho más sangrante, pues se trataba de una madre que heredaba mayor

porcentaje que sus hijos y al tratar de mejorar la parte de los hijos, el trámite se demoró tantos años que acabaron en la ruina.

La expedición de Álava y los barcos que tomaron parte, así como su destino, los tifones y demás penalidades que sufrieron durante su estancia en Asia, son reales, y fueron tomados del ensayo de Alfonso García Aranzábal *El Montañés y su tiempo*. La escuadra fue enviada para cartografiar las islas, estudiar la hidrografía, buscar nuevas rutas, defender la posición española contra los enemigos. La guerra contra los ingleses apenas se notó en Asia: el peso de los combates se soportó en el ámbito caribeño y Cádiz.

De los dos relatos contra los ingleses que incluyo en la novela, el del capitán inglés Cooke fue inventado por este peculiar sujeto que falleció al año siguiente. Si mi episodio resulta histriónico, el del inglés es una burda astracanada confeccionada para su gloria. Yo me he limitado a darle la vuelta a la tortilla y dejarlo a él como el payaso que debió de ser.

Al otro relato se le conoce como el «Incidente de Macao». Este sí es real y extraño. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre lo que ocurrió allí. Lo cierto es que, según los detalles, inauditos para un marino de su formación, que ofrece Álava al ministro es imposible averiguar qué sucedió frente a Macao con la flota inglesa. Por mi cuenta, he llegado a una conclusión: las dos flotas se encontraban muy lejos de sus países de origen y, por lo que he podido comprobar, las reparaciones eran complicadas por la carencia de astilleros. Una cosa son las reparaciones por las roturas ocasionadas por los temporales y otra muy diferente, reparar en el casco los boquetes producidos por un enfrentamiento que se presentaba peliagudo, pues las fuerzas estaban bastante igualadas. Ambas flotas tomaron la misma decisión de esperar a que la contraria disparara primero y entonces se vería obligada a responder; sin embargo, ninguna ofreció esa ocasión, por lo que se cruzaron sin abrir fuego contra el enemigo y siguieron su rumbo sin presentar batalla y con sus barcos incólumes. La narración del encuentro corresponde a Álava; no he necesitado añadir nada al extraño, de por sí, suceso. Lo curioso es cómo cierra la carta Álava, consciente de que ignora lo que relatará el inglés, por lo que se cura en salud:

«Todo lo que comunico a V. E. para su debida inteligencia añadiendo que di mi permiso para que se publicase impreso este suceso a fin de prevenir el concepto público para en caso que los ingleses lo hiciesen notorio en sus gacetas con las falsas alteraciones que acostumbran».

Lo dicho, es mi humilde opinión; seguro que hay otras bien argumentadas.

Y la guinda del pastel: el contrabando que realizan los oficiales de la Armada y sus muchas variantes. Rafael Castro Rodríguez, en su ensayo *Matanzas 1628,* cita esta interesante actividad, aunque no es el único.

Son anécdotas, datos curiosos que ayudan a hacerse una idea de lo dilatado que era el mundo y de las complicaciones que surgían al depender de la administración centralizada.

Por último, en mi web, elenabargues.com, encontraréis una amplia bibliografía, biografías completas de los personajes históricos, planos y mapas de los puertos y de Manila que ayudan a comprender y completan la información para aquellos que disfrutan de una curiosidad insaciable.

GLOSARIO

Abarloar: Situar el costado del buque junto a un muelle u otra embarcación.
Abordar: Chocar o tocar con otra embarcación por accidente o con el propósito de ocuparla.
Alcabala: Tributo que paga al Estado el vendedor por cada mercancía.
Alcázar: Espacio de la nave desde el palo mayor hasta popa por encima de la primera cubierta, y en el que se sitúan el timón, la cámara del comandante y las de los oficiales.
Al pairo: Maniobra en la que se bracean las velas para perder viento, pero sin recoger velamen, de forma que el barco no se detenga. Se emplea cuando se está a la espera de otra nave.
Aleta: Costado de la nave, tanto de estribor como de babor, desde el palo mayor a la popa.
Amollar: Aflojar escotas de las velas.
Ampolleta: Reloj de arena.
Amura: Costado de la nave, tanto de estribor como de babor, desde el palo mayor a la proa.
Amurar: Ajustar las velas para aprovechar mejor el viento.
Apostadero: Lugar donde las naves se aprovisionan de pertrechos y que cuenta con personal cualificado para la reparación de barcos. Sin embargo, no es un astillero porque carece de medios técnicos para construirlos.
Arfada: Cabeceo del barco, levantando la nave de proa a popa.
Arribar: Alejar la proa del viento.
Bordada: Cambio de rumbo la proa. Navegar dando bordos es navegar en zigzag cuando la nave se dirige hacia el barlovento.
Cabilla: Palo de madera donde se atan los cabos o cada palo de la rueda del timón para girarlo el timonel.
Cabrestante: Torno de eje vertical para enrollar maromas y levantar pesos.

Candelero: Hierros verticales para amarrar cabos y que impiden que los marinos caigan al mar en caso de tormenta.
Cargador: Comerciante que puede llevar carga en un barco. El consulado de Filipinas se llamaba también «consulado de cargadores».
Cazar: Tensar escotas de las velas.
Cofa: Plataforma en lo alto de un palo para vigilar. A la más alta la llaman «carajo». De ahí la expresión «vete al carajo», castigo clásico en un buque.
Colla: Nombre que reciben las tormentas en Filipinas.
Combés: Parte de la nave que va desde el palo mayor a la proa.
Culebrina: De cañón delgado y poco calibre, muy usada en las lanchas por ser manejable.
Derrota: Trazado del trayecto que seguirá una nave para ir de un punto A a otro B.
Drizas: Cabos para izar velas o banderas. Forman parte de la jarcia de labor.
En facha: Maniobra que orienta las velas de forma divergente para contrarrestar el avance de la nave, y como resultado esta se detiene.
Equipaje: Dotación de un barco de guerra: oficiales, tripulación, cirujanos, capellán, infantes de marina, pajes…
Escota: Cabos para marear las velas. Forma parte de la jarcia de labor.
Espía: Cabo que se echa a un objeto fijo para mover la nave o impedir que se la lleve la corriente.
Estacha: Cabo grueso para amarrar embarcaciones o remolcar. Forma parte de la jarcia de labor.
Fragata: Barco de tres palos y una cubierta con una potencia de tiro entre treinta o cuarenta cañones. Si es de guerra, es veloz y marinera; si es mercante, admite bastante carga.
Guindaste: Armazón con forma de horca para sujetar roldanas y cabos. Grúa.
Jardín o beque: Letrina. Las de popa (oficiales y pasaje), cubiertas; las de proa (marinería y soldados), al aire.
Navío de línea: Barco de guerra de gran porte, tres palos y dos o tres cubiertas con potencia de tiro, entre sesenta y ciento veinte

cañones.
Orzar: Acercar la proa al viento.
Oud o madera de agar: Resina oscura, oleosa y muy fragante que segregan los árboles de Aquilaria (especie protegida por peligro de extinción) para defenderse de los hongos. Son originarios de Bangladesh e India. Es el oro de la perfumería y tan caro que en la actualidad se obtiene de forma sintética.
Pacotilla o generala: Lo que el Gobierno permite transportar a cada tripulante en provecho propio para completar su paga.
Rezón: Ancla pequeña con cuatro garfios o ganchos.
Sentina: Zona más baja de una nave en la que se reúnen las aguas que se filtran por las cubiertas.
Singladura: Distancia que recorre una nave durante veinticuatro horas.
Toldilla: Zona más alta de una nave que va desde el palo de mesana a la popa.
Urca: Similar a la fragata, pero con mayor capacidad de carga. Suelen ser mercantes.
Verga: Palo horizontal respecto al mástil que sujeta la vela cuadra.
Vinta: Embarcación pequeña tradicional de Filipinas.

Agradecimientos

Es el apartado que refleja el trabajo y el sacrificio que hay detrás del mero hecho de escribir, además de la amabilidad de las personas que contribuyen con su granito de arena a hacer realidad un libro y que acabe en manos de un lector.

Primero citaré al culpable de encandilarme con el Montañés, un navío de línea costeado con caudales de los emigrantes montañeses en América. Tras asistir a presentaciones y ponencias de Alfonso García Aranzábal sobre su ensayo *El Montañés y su tiempo,* editado por Librucos, me percaté de lo olvidada que tenía la historia de Filipinas. Quiero agradecerle el interés, el apoyo y la documentación facilitada para llevar a buen término mi proyecto novelístico. Las conversaciones no las incluyo porque, entre dos locos por la historia naval, siempre han sido prolongadas y placenteras. Espero que no hayan terminado.

Imagino que, como la mayor parte de los mortales, los lectores tendrán el mismo desconocimiento que yo sobre joyería. La suerte de nadar entre diamantes y rubíes no me acompaña, pero sí he contado con la voz de un experto como Javier Alonso, de la joyería Javier en Santander, con quien pasé un rato muy agradable hablando sobre cómo serían las falsificaciones en el año 1800. Seguramente el lector esté más versado que yo, pero me quedé perpleja cuando me informó de que el color original del oro no era el amarillo, sino el rosado, por lo que solía confundirse con el cobre; o que las espinelas, bastante comunes, suplían muy bien a las esmeraldas, los rubíes y los zafiros. Desde estas líneas, mi más sincera gratitud.

En esta sección no puede faltar mi tripulación de lectores beta —¿qué sería de mí sin vosotros?—, cada vez más involucrados: revisan, comentan, leen y releen, un trabajo con el que consiguen que las novelas arriben a buen puerto. Gracias de nuevo a Isabel, Flor, Marta, Fernando y Emilio, y hasta la siguiente singladura, que

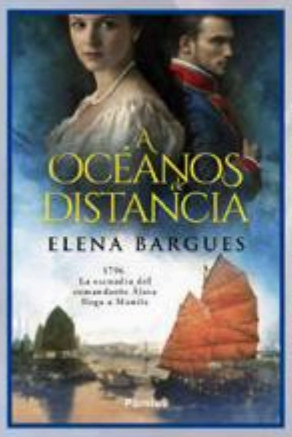
está a la vuelta de la esquina. Mención aparte requiere mi sobrino informático, Pablo, que cuida de mi web y soporta con paciencia mi ineptitud con los ordenadores e internet.

Mi agradecimiento a Pàmies, a la confianza de su director, Carlos Alonso, y al conocimiento de su editora, Conchi Gábana, así como al resto de sus colaboradores. Es una tranquilidad el apoyo y el buen hacer de un equipo editorial.

Y no me olvido del apoyo de la familia, pues escribir es una labor bastante absorbente. Ni de mis lectores, que cada vez sois más los que disfrutáis con mis historias y me animáis a que siga escribiendo.

A OCÉANOS DE DISTANCIA

SINOPSIS



1796.

Francisca Muñoz, tras quedarse viuda, regresa a Manila desde Cantón y retoma su labor de creadora de perfumes. Además, a espaldas de su familia y de la sociedad, mantiene con Jian Zhou, hijo de una familia de mercaderes, una relación comercial de diseño y venta de joyas falsas. Sin embargo, el Consulado de Cargadores de Filipinas pone a prueba su fortaleza con obstáculos a su condición femenina, y sus hermanastros, que la consideran una advenediza, amenazan su independencia económica.

Melchor Crespo, teniente de fragata destinado al navío de línea Montañés, llega a Cavite con la escuadra del comandante Álava. Es consciente de la oportunidad que le brinda el destino asiático y se aventura, junto con sus compañeros Anievas y Mier, en el terreno del comercio y del contrabando. Para lograr su fin, los oficiales consiguen la ayuda de Francisca, conocedora de los entresijos del comercio, pero que arrastra muchos problemas y secretos en los que se verán involucrados y que pondrán en peligro sus vidas.

Una narración que nos traslada al ámbito de los relatos de aventuras en parajes exóticos, en los que se desatan las pasiones, las ambiciones y las rivalidades en medio de la lucha por la supervivencia en un entorno hostil, rodeados de potencias enemigas y bajo la amenaza de tifones, inundaciones y piratas.

Tras los pasos de la Real Armada en Asia entre los años 1796 y 1803, la novela nos sumerge en la vida manileña y en las dificultades del comercio con Acapulco.

Elena Bargues

Biografía de la autora

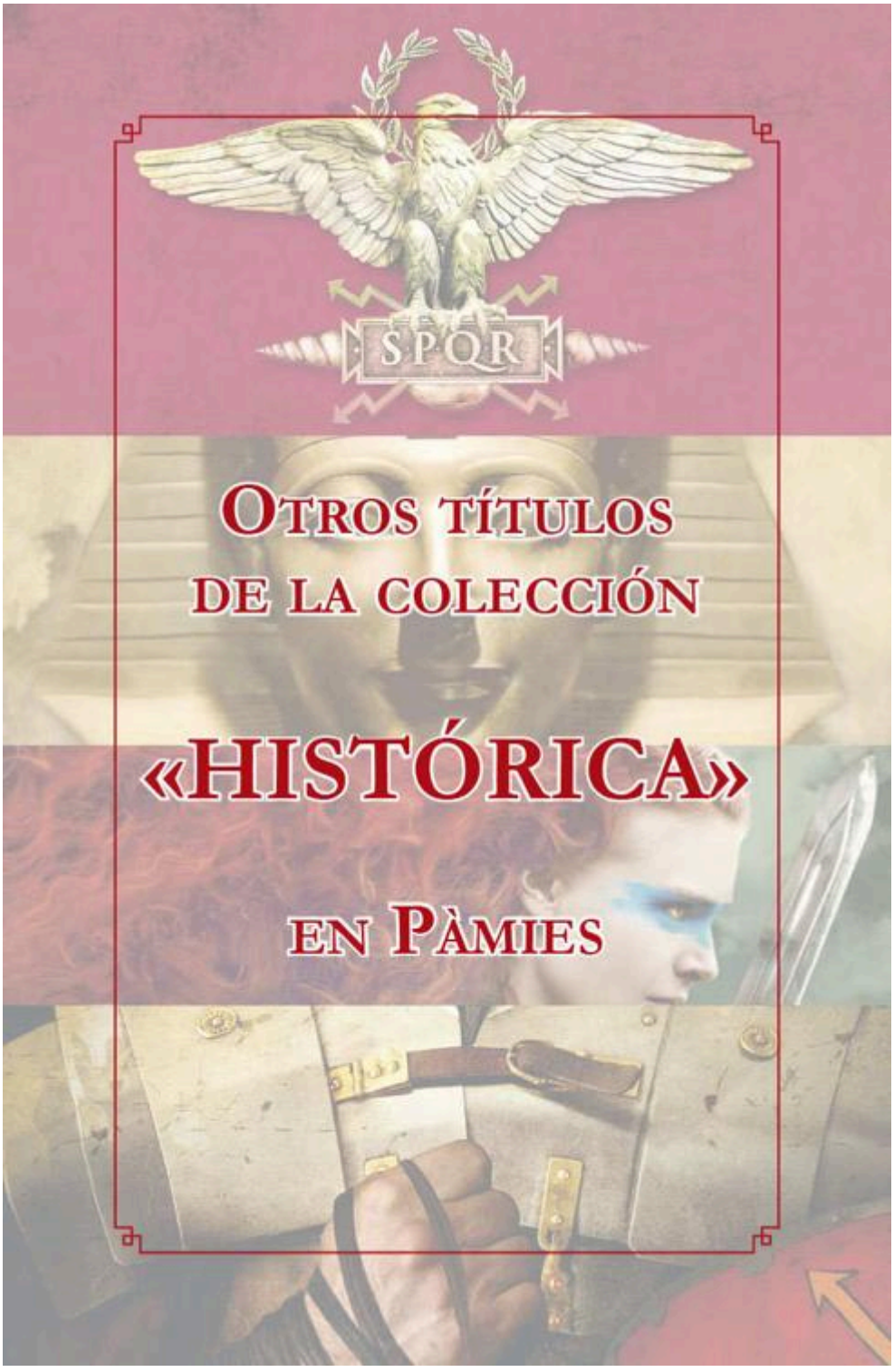


(Valencia, 1960). Soy licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Resido en Santander y me dedico a recorrer los arenales del Sardinero, mi factoría de ideas, para luego plasmarlas sobre el papel. Crecí en el seno de una familia que me inculcó la afición a la lectura y me decidí a escribir ya entradita en años. Mi primera novela salió a la luz en el año 2014, y, desde entonces, no he dejado de publicar.

Actualmente comparto mi vida, además de con Javier y mis dos hijas, con la novela histórica y la novela romántica. Me subo a la moto con mi marido y me convierto en una friki del museo Naval Militar de Madrid, del museo de Artillería de Segovia o de cualquier fortaleza que me recuerde a las francesas de Vauban.

A océanos de distancia es la tercera novela que publico con Pàmies, después de *El encargo del maestro Goya,* ganadora del X Certamen de Novela Histórica Ciudad de Úbeda, y *La Fuente del Francés.*

Mi vida literaria está recogida en mi web: www.elenabargues.com


SPQR
OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN
«HISTÓRICA»
EN PÀMIES

El encargo del maestro Goya

Elena Bargues

(Novela ganadora del Premio de Novela Historica Ciudad de Úbeda 2021)



1810.

En plena guerra napoleónica, Mercedes Velarde emprende un viaje a Santander junto con sus hermanos, Salvador y Marta, para tomar posesión de una herencia. Marta es sordomuda y discípula aventajada del pintor Francisco de Goya, quien, aprovechando el desplazamiento de los hermanos al norte, les encomienda un increíble y arriesgado encargo.

El coronel de la Gendarmería Imperial Claude Cornulier llega a Santander para investigar una serie de denuncias por abusos en el seno del propio ejército de ocupación y resolver el malestar de los civiles franceses afincados en la ciudad, cuyas protestas, por el perjuicio que les causa el gobernador Barthélémy, han llegado a París. Además, al frente del regimiento de la gendarmería, Courlier debe mantener abiertas las rutas de comunicación en la provincia y organizar las escoltas a las columnas de avituallamiento. En un desplazamiento a San Vicente de la Barquera, coincide en el coche de línea con una misteriosa mujer: Mercedes Velarde.

El teniente de navío Alfonso Bustamante vive retirado en el valle de Liébana a causa de las heridas recibidas en la batalla de Trafalgar. Las lesiones no le permiten tomar las armas, pero sí organizar una red de informadores para acosar a las fuerzas invasoras desde el cuartel general de la División Cántabra, ubicado en Potes. Junto a Porlier y Llano Ponte, dirige las guerrillas que acosan al ejército francés en la región. Su vida solitaria se ve alterada cuando se cruza con los hermanos Velarde y su extraño encargo.

Las vidas de todos estos personajes se entrecruzarán en un tiempo de guerra en la que la avaricia, el odio, el miedo y el hambre dictan las leyes, y en el que cada uno lucha por sobrevivir y mantener sus ideales.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El encargo del maestro Goya

La Fuente del Francés

Elena Bargues



Cantabria, 1891.

Charles Webster es un diplomático norteamericano que se hospeda en el balneario La Fuente del Francés, donde se ha citado con un potencial comprador de armas. Allí conocerá a dos mujeres cubanas que marcarán su vida: la señora de Carvajal, perteneciente a una familia de ricos terratenientes y atrapada en un matrimonio infeliz, y la tía de esta, doña Emelina.

Al mismo tiempo, en el balneario corren rumores sobre la inminente llegada del líder liberal de la oposición, Sagasta, en un momento en el que la política arancelaria proteccionista de Cánovas pone en peligro la lealtad de las últimas colonias españolas: Cuba y Puerto Rico.

Pero todo se ve alterado cuando aparece asesinado un rico plantador de tabaco cubano y se encuentra una bomba en la habitación de un empleado, que resulta ser un conocido anarquista. Webster, temiendo que se trate de un complot político, decide iniciar una investigación que lo llevará a conclusiones insospechadas según vaya hurgando en las vidas de los huéspedes. Mientras tanto, la señora de Carvajal se verá obligada a salir de su letargo y a tomar decisiones desesperadas que cambiarán su vida.

Una apasionante historia en la que los intereses personales se mezclan con los políticos y en la que las mujeres defienden su espacio en una sociedad que las excluye.

Captura en el código
los primeros capítulos de
La Fuente del Francés


LA
FUENTE
del
FRANCÉS
Santander, 1891. Un insólito crimen
en un famoso balneario durante la visita de Sagasta.
ELENA BARGUES
Pàmies

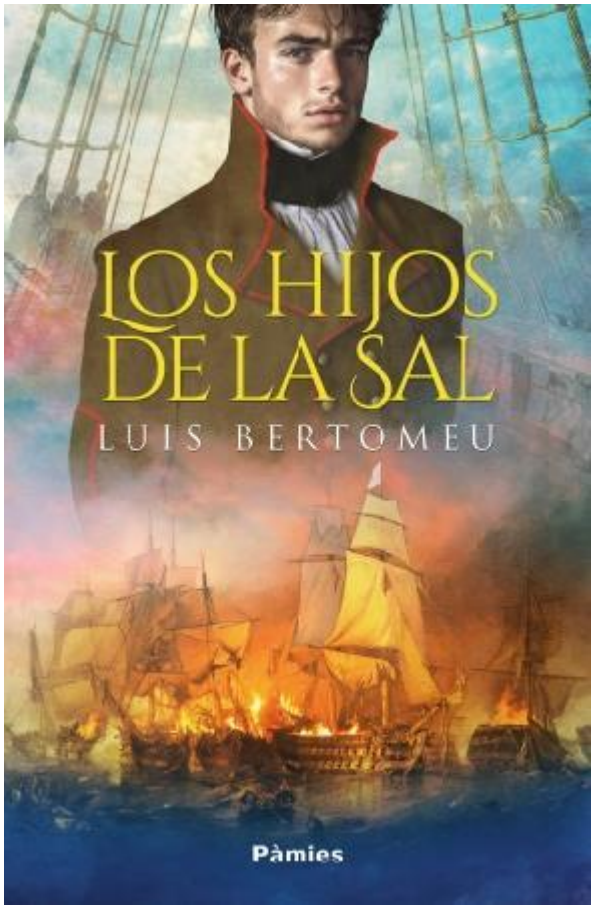
La Fuente del Francés

Bargues, Elena
9788419301642
390

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cantabria, 1891. Charles Webster es un diplomático norteamericano que se hospeda en el balneario La Fuente del Francés, donde se ha citado con un potencial comprador de armas. Allí conocerá a dos mujeres cubanas que marcarán su vida: la señora de Carvajal, perteneciente a una familia de ricos terratenientes y atrapada en un matrimonio infeliz, y la tía de esta, doña Emelina. Al mismo tiempo, en el balneario corren rumores sobre la inminente llegada del líder liberal de la oposición, Sagasta, en un momento en el que la política arancelaria proteccionista de Cánovas pone en peligro la lealtad de las últimas colonias españolas: Cuba y Puerto Rico. Pero todo se ve alterado cuando aparece asesinado un rico plantador de tabaco cubano y se encuentra una bomba en la habitación de un empleado, que resulta ser un conocido anarquista. Webster, temiendo que se trate de un complot político, decide iniciar una investigación que lo llevará a conclusiones insospechadas según vaya hurgando en las vidas de los huéspedes. Mientras tanto, la señora de Carvajal se verá obligada a salir de su letargo y a tomar decisiones desesperadas que cambiarán su vida. Una apasionante historia en la que los intereses personales se mezclan con los políticos y en la que las mujeres defienden su espacio en una sociedad que las excluye.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



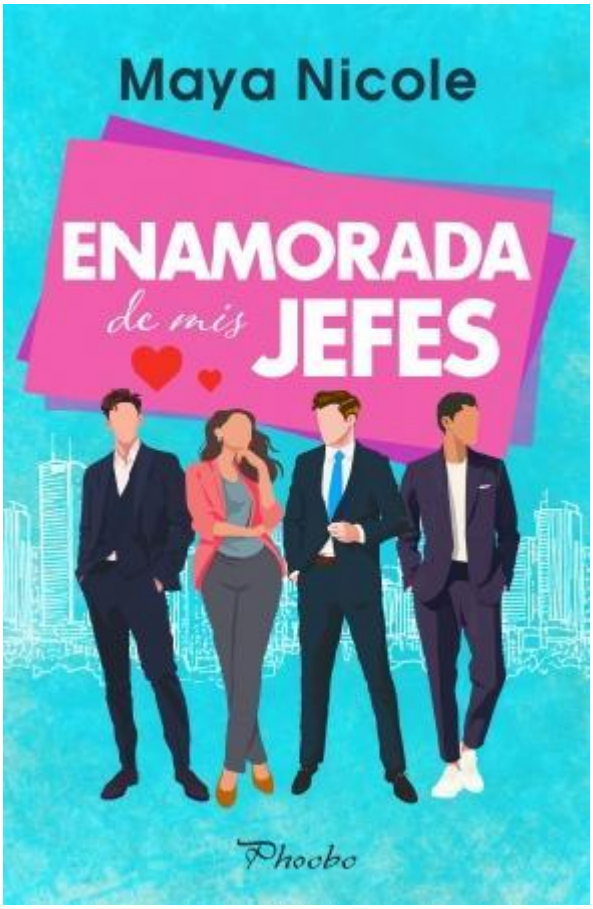
Los hijos de la sal

Bertomeu, Luis
9788410070745
370

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cartagena, 1782. El destino del pequeño Ricardo Sancho se ve sellado la madrugada en la que pierde a toda su familia en una extraña reyerta cerca de la ensenada de El Portús. Huérfano y sin hogar, se convierte en otro más de los golfillos que pueblan el puerto de Cartagena, de esos a los que todavía hoy llaman «icues». Tras varios años de hambre y penurias, encuentra la oportunidad de ingresar en la Academia de Guardias Marinas, donde con alguna que otra artimaña logrará ocultar sus humildes orígenes, para licenciarse como el mejor de su promoción. Veinticuatro años después, tras la derrota de Trafalgar, Ricardo regresa a la Cartagena que lo vio marchar. Descubre entonces que todo en lo que creía puede desmoronarse como un castillo de naipes. Su patria se ve amenazada por un conflicto interno que la desgaja hasta la médula, además de por la inminencia de la guerra contra el francés. Sin embargo, la guerra nunca termina cuando callan las armas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Maya Nicole
ENAMORADA
de mis
JEFES
Phoobo

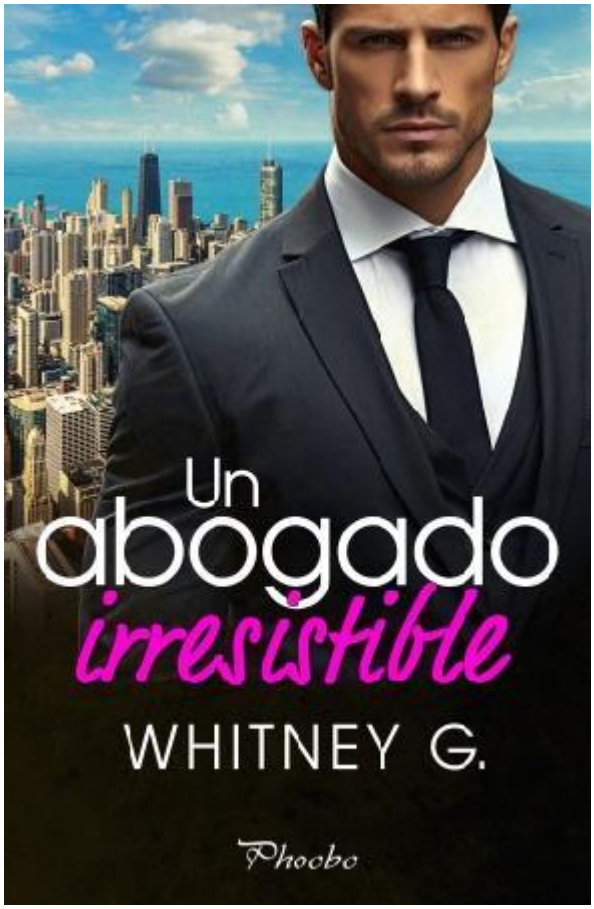
Enamorada de mis jefes

Nicole, Maya
9791387787011
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todo comenzó con una huida. Dejé atrás un compromiso roto y llegué a Nueva York dispuesta a empezar de cero. Lo que encontré fue un apartamento minúsculo, un baño compartido y una vida muy distinta a la que había imaginado. Y entonces, una noche, lo conocí a él. Misterioso. Atractivo. Irresistible. Lo que parecía un momento fugaz de placer se volvió aún más inesperado cuando descubrí que no estaba solo... y que sus dos amigos también querían formar parte del juego. ¿Lo mejor —o lo peor— de todo? Que ahora los tres son mis jefes… y mantener la distancia no está exactamente en la descripción del puesto.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Un
abogado
irresistible
WHITNEY G.
Phoebo

Un abogado irresistible

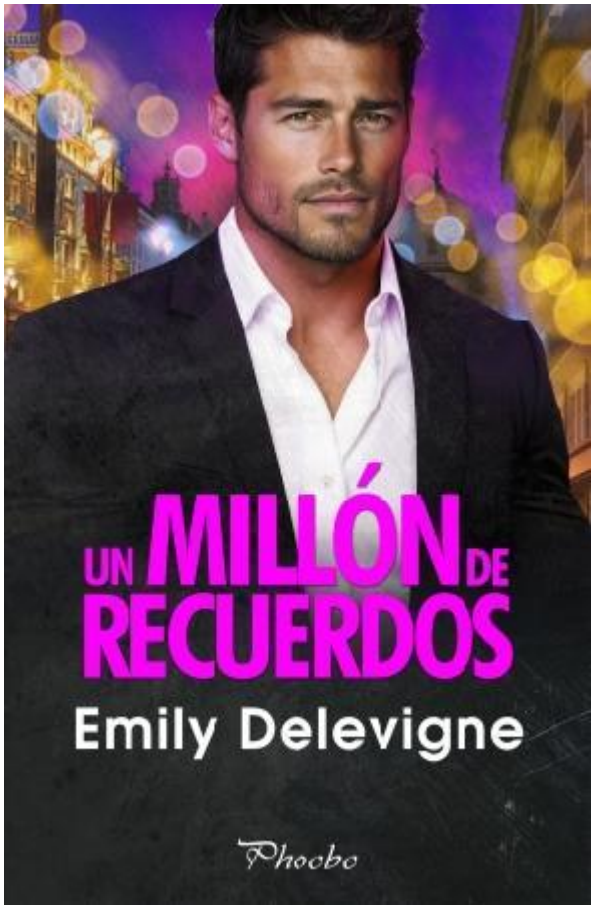
G., Whitney
9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros

secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un millón de recuerdos

Delevigne, Emily
9788410070974
475

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sofía regresa a su pueblo natal para asistir al funeral de su abuela Linda. Cuando su padre le comunica que ha heredado una misteriosa caja, Sofía apenas le presta atención: hacía años que apenas tenía relación con ella. Cinco años después, vuelve para pasar el verano con su padre, quien le recuerda la existencia de aquella caja olvidada. Al fin decide abrirla, sin imaginar que descubrirá los secretos de una vida apasionante que cambiarán su percepción de Linda para siempre. Lo que Sofía tampoco espera es cruzarse con Colton, un hombre tan irresistible como exasperante, que pronto se convierte en su mayor dolor de cabeza… y en su mayor tentación. Entre encontronazos, sarcasmos y una química imposible de ignorar, Sofía se verá atrapada en un torbellino de emociones que la harán replantearse su estancia más de una vez. Pero en medio de la confusión descubrirá que a veces el mayor enemigo puede ser también el mejor aliado… y quizá algo más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)